



1152

NOVISIMA
BIBLIOTECA DE PREDICADORES

VOLUMEN DE DISCURSOS

DISCURSOS, SERMONES, MORALES, INSTRUCCIONES, PREGONZAS, ETC.
DE LOS SIGLOS XVI, XVII, XVIII Y XIX.
CON UN INTRODUCCION Y UN PLAN GENERAL DE LA BIBLIOTECA.

NOVISIMA BIBLIOTECA
DE PREDICADORES.

TOMO I.



Gonzalez

BIBLIOTECA NACIONAL

Es propiedad del autor.

DE PRENSAS



NOVISIMA
BIBLIOTECA DE PREDICADORES.

COLECCION DE DISCURSOS

DOGMÁTICOS, APOLOGÉTICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEGÍRICOS, ETC.,

CLASIFICADOS POR SÉRIES,

ACOMODADOS A TODAS LAS DOMINICAS, MISTERIOS Y FESTIVIDADES

QUE ANUALMENTE CELEBRA LA IGLESIA CATÓLICA,

A LAS PARTICULARES DE LA IGLESIA DE ESPAÑA,

Y A OTROS ASUNTOS DE ACTUALIDAD RELIGIOSO-SOCIAL.

OBRA ORIGINAL DEL PRESBITERO

D. JUAN TRONCOSO,

Lector que fué de Filosofía, y destinado á leer sagrada Teología en su Colegio de San Carlos de las Cuatro Fuentes de la ciudad de Roma, predicador de varias diócesis, y autor de la **Biblioteca completa de Oratoria Sagrada** y de las **Glorias y triunfos de la Iglesia de España**, publicadas hace algunos años con general aceptación del clero español.

CON LAS LICENCIAS NECESARIAS.

TOMO I.



MADRID:

IMPRENTA DE H. RENESES, calle de Valverde, n. 24.

1854.

NOVISIMA

BIBLIOTECA DE PREDICADORES

COLECCION DE DISCURSOS

NOVIATOS, APOLOGETICOS, MORALES, DOCTRINALES, PANEIRIOS, ETC.
CLASIFICADOS POR SERIES
ACORDADOS A TODAS LAS GONIMIAS, HISTORIAS Y RESTRICIONES
QUE ANUALMENTE CELEBRA LA IGLESIA CATOLICA
LAS PREDICACIONES DE LA IGLESIA EN ESPAÑA

Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.

JOAN XX, 21.

Vos estis lux mundi... Luceat lux vestra eoram hominibus, ut videant opera vestra bona et glorificent Patrem vestrum, qui in caelis est.

MATTH. V. 14, 16.

Predicate Evangelium omni creaturae.

MARC. XVI. 15.



TOMO I.

MADRID:

IMPRESA DE D. BARRAL, calle de Valverde, n. 24.

1884.

INTRODUCCION

DISCURSO PRELIMINAR,

SOBRE LA MISION DEL SACERDOCIO CATOLICO EN LA PREDICACION
DE LA DIVINA PALABRA, CON RELACION A LAS NECESIDADES DEL SIGLO
PRESENTE, Y AL DESARROLLO DE LAS CIENCIAS HUMANAS.

A NUESTROS CONSACERDOTES.

OTROS muchos vienen refiriéndoos los acontecimientos de este bajo mundo. Sentados sobre el rio del tiempo que les arrastra junto con los mutilados restos de tronos abatidos, de generaciones de reyes proscritos, de pueblos despedazados, de altares arruinados y de pontífices errantes, solo se ocupan en pintar esos cuadros rápidos y fugitivos que pasan ante sus ojos como una vision, y en adivinar los que les resta presenciar todavia. Semejantes con harta frecuencia al navegante que se imagina ver huir la rivera inmóvil, cuando es él quien huye empujado por la corriente, equivocan el movimiento desordenado que les precipita con el desenvolvimiento regular é invariable de las leyes del mundo moral. Nosotros no hemos participado de este error: y si hoy nos detenemos un momento á hablaros de aquellos dias tan tristes que pasaron, y de esos otros que se acercan envueltos en un siniestro velo, las lecciones que nos recuerda lo pasado, los justos temores que

nos inspira el porvenir, y la vista de tantos pueblos que se hallan en disolucion porque les ha faltado el principio vivificador de la fé, escitan en nuestras almas bien distintas.

¡Ved esas plagas calamitosas que pesan sobre la sociedad actual! ¡Contemplad esas naciones en cuyo seno hierve la fiebre ardiente del sepulcro que parece presagiar el reinado de los gusanos y de la muerte! Sin duda la enfermedad que aqueja al mundo moral es gravísima, y espesas y horribles sobre todo encarecimiento son las tinieblas que le rodean. Las doctrinas mas contradictorias é insensatas dividen los espíritus; los verdaderos principios hállanse cada dia mas abandonados; las almas enervadas solo piden teorías medias entre el error y la verdad; los ojos se cierran gradualmente á la luz, al propio tiempo que se presta atento oído á los sofismas mentirosos que celebran en todos los tonos los progresos de la inteligencia; la filosofía moderna no adula á la razon sino para estraviarla, ni la invita á conquistar nuevas luces sino para arrancarla las que posee: la manía en fin del siglo es progresar, pero no en el verdadero sentido de esta palabra, no cual las necesidades de la humanidad lo exigen: las ciencias materiales ó físicas absorven todas sus ideas, y en ellas funda el porvenir de las sociedades; las ciencias morales nada significan en las tendencias de un siglo tan profundamente materializado..... ¡Cómo si no fuesen ellas las que realmente perfeccionan la razón: y como si los progresos de ésta no consistiesen mucho menos en la adquisicion de nuevas luces, que en una adhesion mas ilustrada y firme á las antiguas doctrinas fundadas en principios de eterna verdad!

¿Quién, pues, calmará esa fiebre abrasadora? ¿Quién curará la honda herida que en el corazón de las sociedades abrieran los principios deletéreos del error? ¿Qué voz será bastante

poderosa para hacer levantar ese vasto cadáver de la tumba que le cavó la impiedad, y á donde corrió fascinado á buscar paz y reposo? ¡Ah! No desconocemos el remedio, bien así como no ignoramos la causa del mal. El sacerdocio católico sucesor del divino Reparador, es el llamado á regenerar y salvar los pueblos, él que es la sal de la tierra y la luz del mundo, él que fué enviado por Jesucristo, como este lo fué por su Eterno Padre, para llenar la mision mas sublime cuanto civilizadora: *Vos estis sal terræ..... Vos estis lux mundi..... Sicut misit me Pater, et ego mitto vos.*

No insistiremos en probar una verdad que la misma impotencia de la impiedad para crear una nueva religion bastaría á demostrarnos aun cuando la ignorásemos. Sus porfiados quanto inútiles esfuerzos por regenerar los pueblos sin el concurso del catolicismo, ponen de manifiesto la divina mision del Sacerdocio, y la necesidad indispensable de su accion benéfica y salvadora en todos tiempos. Ahora bien, siendo *la predicacion de la palabra divina* el principal elemento de la accion sacerdotal, y el medio casi esclusivo que Jesucristo puso á disposicion de sus enviados para conquistar el mundo, nuestro objeto en este discurso debe limitarse á apreciar la mision del clero católico bajo este punto de vista, con relacion á las actuales necesidades del siglo en que vivimos, atendido el desarrollo que en él han tomado las ciencias humanas.

¡Se nos ha acusado enfáticamente de que intentamos hacer retroceder los límites de la ciencia! ¡Se nos ha llamado estacionarios y retrógados! ¡Se nos ha dicho que estamos empeñados en reprimir el vuelo de la inteligencia, en contener el impulso del génio, y que aspiramos á volver á colocar á la humanidad en los funestos siglos del oscurantismo y de la ignorancia! Nosotros rechazamos como altamente calumniosa se-

mejante acusacion; nos gloriamos de amar las luces, y de ser los primeros en desear que se desarrolle el verdadero saber en todos sus ramos, y como el que mas estamos dispuestos á contribuir con todas nuestras fuerzas al verdadero progreso que con tanta instancia reclama la humanidad. Pensar lo contrario es desconocer nuestra mision ó desfigurarla maliciosamente para hacerla odiosa á los pueblos.

¿Cuál es, pues, y cuál debe ser esta en sus relaciones con la ciencia moderna? Hé aquí el punto principal que debemos discutir, y sobre el que deben girar nuestras reflexiones en el presente discurso.

Al indicar la mision científica del sacerdocio católico como asunto de nuestras investigaciones, no se crea que intentamos disertar acerca de la forma ó de la espresion del arte oratorio; arte respecto del cual, todo el que sabe mover, persuadir y convencer, es siempre suficientemente instruido: y del que San Pablo, que mejor que ningun otro entendia de convertir no solo las almas sino las naciones, decia: *Misit me Christus non in sapientia verbi, ut non evacuetur crux Christi* (1). Además de que sería poca cordura de nuestra parte, querer hablar de un arte ó de una ciencia, acerca de la cual no solamente poseemos los preceptos y modelos antiguos de la escuela, sino tambien los preciosos trabajos de los Granadas, de los Maury, y de tantos otros génios á cuyo lado no son mas que hueca palabrería el romanticismo y la ideología modernas.

Modestos escritores que solo aspiramos á ayudar á nuestros hermanos con nuestros humildes trabajos, no tenemos otras pretensiones, ni nos proponemos otro fin que indicarles qué ciencia deben poseer para que su mision sea eficaz en la épo-

(1) I. Corint. I. 47.

ca presente; qué conocimientos deben adquirir, y á qué clase de estudios deben dedicarse los que se consagran á la accion pública del sacerdocio, esto es, á la predicacion de la palabra divina. Y considerada la cuestion bajo este punto de vista, decimos que la ciencia del sacerdocio debe estar *á la altura del siglo*, por servirnos de una espresion que la misma ciencia impía ha popularizado; es decir, que la ciencia del hombre de Dios llamado á ilustrar á los hombres, á regenerar los pueblos, y á salvar las sociedades con la predicacion evangélica, debe ser diversa segun la diversidad de los siglos y en proporcion que son diferentes sus errores, sus vicios, sus dolencias morales, su carácter, sus pasiones, sus tendencias y su marcha. Y esto lo concibe fácilmente el simple buen sentido: puesto que asi como seria absurdo oponer al arte militar moderno, á nuestra estrategia y á las armas de que hoy usamos, el arte militar de los romanos, la estrategia de los macedonios y las armas de los persas, del mismo modo seria estúpido sobre absurdo no oponer nuevos remedios á las nuevas enfermedades que aquejan al siglo en que vivimos, y el no hacer marchar la ciencia religiosa paralelamente á los progresos del error y del vicio.

Cierto que en el fondo la ciencia católica debe ser invariable, como que es divinamente verdadera, y emana de la ciencia de Dios, única inmutable porque es infalible é infinita. Pero la ciencia del hombre, por invariable é infalible que sea su fondo ó el principio de donde nace, debe ser progresiva tanto en su forma como en su objeto, por cuanto es limitada é imperfecta en el hecho mismo de ser una cosa humana, siendo lo perfecto y lo infinito el tipo á donde debe dirigirse, y tambien porque los errores y los vicios que ella combate varían, cambian y progresan.

En la edad media, cuando la iglesia solo tenia que instruir y formar pueblos niños, dóciles y groseros, ¿cuán absurdo no hubiera sido emplear aquella ciencia con que en dias mas avanzados tuvo que regenerar unos pueblos podridos de saber y de inmoralidad, y combatir sus errores inveterados y sus sabios escesos! Hubiéralo sido tanto como si la ciencia elemental de aquella misma época se hubiese empleado para hacer frente á un siglo en que todos los pueblos no formaban mas que un solo pueblo, en que la ciencia renaciente conmovia todas las clases sociales, en que el fogoso fanatismo de un monje aleman desencadenaba todos los espíritus, encendia por do quiera la guerra civil, y precipitaba unas tras otras las naciones cristianas, despues de haberlas sublevado contra la autoridad religiosa.

Ahora, empero, que tenemos detrás de nosotros diez y ocho siglos de grandes y poderosas esperiencias, que han dado los resultados mas decisivos y completos que jamás se obtuvieron bajo del cielo: ¿por qué no habremos de consultarlos en vez de gastarnos en estériles meditaciones, y de atenernos obstinadamente á la rutina de nuestros antiguos cuadernos? La inmensa victoria reportada por la ciencia de los Santos Padres, nos responde lo bastante de la bondad de su marcha y de la fuerza de sus armas. La predicacion de los Padres que combatian al paganismo, ¿era acaso la misma de los que hicieron frente á la heregía? ¿Oponian iguales armas á la filosofia racionalista que á la filosofia tradicional? ¿Quién no advierte la notable diferencia que hay entre la lógica nerviosa que los Justinos, Lactancios y Arnobios emplearon contra el racionalismo griego, y la vasta erudicion con que Eusebio, Clemente de Alejandría y San Agustin destruyeron las tradiciones paganas de la filosofia orientalista?

En aquellos primeros siglos las heregias presentaron tres periodos muy diversos. Aspiróse en el primero á hacer entrar el cristianismo en alguno de los sistemas filosóficos preexistentes. Tal fué el pensamiento de los Gnósticos, Marcionitas, Valentinianos, Carpocracianos, etc. En el segundo periodo, la heregia corrompió la religion cristiana en sí misma: y en este figuran los Eutiquianos, los Monothelitas, los Nestorianos, los Arianos, etc. Ultimamente la heregia corrompió el cristianismo en sus relaciones con el hombre; y esta fué la obra de los Pelagianos, Semipelagianos, etc. Es decir, en otros términos, que la heregia corrompió el cristianismo en su principio, en su medio y en su fin: en su principio desnaturalizando las nociones de la Divinidad y de la revelacion; en su medio desnaturalizando las de Cristo Mediador; y en su fin desnaturalizando las del hombre redimido y regenerado.

Ahora bien, tómese cualquiera el trabajo de estudiar los Santos Padres, léanse sus escritos y discursos dirigidos á pulverizar los errores de aquellos tiempos, y se verá cómo su ciencia se desarrolla, grande, victoriosa, en sentido paralelo á los progresos de las diversas heregias que surgen por doquiera; cómo saben sostenerse á la altura de los conocimientos humanos de la época, y aun dejan atrás á sus antagonistas. Ved al grande Obispo de Hipona, ese fenómeno de ciencia universal, bajándose con los pequeñuelos y hablándoles su lenguaje familiar, azotando despues con su nerviosa lógica al tortuoso pelagianismo, desarrollando contra el paganismo una erudicion contundente, é interpretando la Escritura contra el arianismo con una habilidad divina. El fué por la increíble estension y la fuerza incomparable de su ciencia, y por la oportunidad con que supo manejarla, como el resúmen de los cinco primeros siglos, resúmen magnífico de saber y de grandeza

que demuestra con su ejemplo la tésis que nos propusimos probar: «que la ciencia religiosa y por consiguiente la predicación católica debe estar á la altura del siglo.»

Limitar hoy dia ésta á saber combatir los errores desencadenados por Lutero, á sostener las escaramuzas de los guerrilleros de quienes fué el génio audacioso, ó á rechazar la incredulidad fria, enconosa y dogmática que Voltaire sostuvo infatigablemente durante medio siglo, seria desconocer la época en que se vive. En el siglo pasado, cuando se ridiculizaban ó ajaban una por una todas las verdades religiosas y todas las palabras de los sagrados libros, los Bergier, los Bullet, los Guénéé y otros, estuvieron perfectamente á la altura de aquel siglo, cuya ciencia y polémica oratoria reasumió de un modo tan brillante M. de Frayssinous en sus inmortales *Conferencias*. Pero querer limitar, repetimos, hoy dia la ciencia eclesiástica y la predicación católica á la ciencia de esos hombres que acabamos de citar, equivaldria á querer ostentar habilidad combatiendo un ejército en dispersion; seria hacer guerra á los muertos, ó formar en batalla en un campo abandonado tiempo há por el enemigo. ¿Quién hace caso ya de la famosa ciencia del siglo XVIII? Los doctrinarios, los sansimonianos y otros muchos la han hollado, beñado y hecho caer en tal descrédito, que hablar de ella sino como de un hecho histórico, seria cometer un verdadero anacronismo.

En la época actual la filosofía no es ya una odiosa caricatura, sino que se muestra seria y llena de gravedad; la historia ha dejado de ser un repertorio de anécdotas escandalosas, y se ha hecho sabia y razonada. Todo ha cambiado de carácter y de fisonomía. En vez de fundar la geología, la astronomía, la filología y otras ciencias en vanas hipótesis, se escaban los senos del globo, se desentraña la tierra, se revuelven los monu-

mentos de los pueblos y los escombros de las ciudades antiguas, amontónanse experiencias sobre experiencias, todo para convencer de error y de ignorancia al cristianismo. Y si bien es cierto que estos gigantescos trabajos, contra el fin que se propusieron sus autores, han proporcionado la prueba mas brillante y poderosa de la verdad y santidad de la religion, ¿no es esto mismo una razon mas para que el sacerdocio católico trate de colocarse á la altura de esos conocimientos, para poder hacer frente á los errores de la época, y rechazarlos con las mismas armas con que ellos pretenden abrir brecha en el corazon de la Iglesia?

Y es tanto mas necesario esto, cuanto que nuestro siglo no es, por decirlo así, un siglo simple, sino un siglo complejo, empujado por diversos movimientos que le tiran en todas direcciones para arrastrarle mas fácilmente á su ruina. Siglo literario y científico que tiende á conquistar el mundo con la fuerza de la inteligencia y del génio, consúmese en formar planes, y repite sin cesar ensayos por crear y dar á luz cosas nuevas. Ciencias, literatura, artes, religion, todo aspira á reedificarlo, avergonzado de oír que no sabe hacer otra cosa que arruinar y demoler lo existente. ¿Y qué le queda en efecto por demoler? ¿No desaparecieron bajo su mano de hierro las instituciones cristianas, las ciencias cristianas, la literatura cristiana y todas esas imponentes creaciones de la edad media, de la edad cristiana? Y si algo de esto quedaba ¿no era á condicion de que fuese completamente secularizado, descristianizado, si podemos usar de esta frase para espresar mejor nuestra idea? Nuestro siglo afectando un religioso respeto á los muertos, quiere conservar á todo trance las ruinas que han quedado dispersas aquí y allí, como recuerdos de un pasado glorioso: deja al tiempo el cuidado de gastarlas, y revuelve

en todos sentidos nuestros monumentos, nuestra historia, y nuestras doctrinas, para apropiarse sus materiales á la construcción del edificio que medita levantar.

Los hombres de bien que creyendo más á lo que desea su corazón que á lo que ven sus ojos, han dicho que el siglo es religioso, que se acerca hácia nosotros y que bien presto va á entrar en masa en nuestras solitarias basílicas, no han tenido razón más que en parte: pues no han tenido en cuenta el hecho social complejo. Y por eso otros católicos, en mucho mayor número, cuyo talento se apoya en una larga experiencia, han formado de nuestro siglo un juicio muy distinto. Los primeros no conocen el siglo pasado, científicamente hablando, más que por la historia, porque no han vivido más que en el presente. Los segundos por el contrario, han visto pasar ese siglo filosófico, ese siglo brutal que no supo obrar más que por la fuerza, ese siglo violento que solo supo tiranizar y destruir: hánse visto oprimidos bajo su huesuda mano, y no pueden persuadirse que haya pasado. Y en efecto no es así: él domina todavía sobre la superficie del globo con la fuerza y el poder, con las riquezas y el comercio, con las supersticiones filosóficas y las pasiones, con el despotismo y la rebelión... Y si los discípulos de Jesús con su palabra y con su sangre necesitaron más de tres siglos para cristianizar el mundo: y si el protestantismo ha trabajado con ardiente perseverancia por espacio de trescientos años para arruinar las creaciones cristianas; ¿cuánto tiempo no necesitará el siglo presente para domeñar al siglo pasado, *que aun existe*, y hacerle religioso? Se habla mucho del progreso del siglo hácia la religión, y sin embargo, no se nos muestra los hombres que hácia ella le impulsan: solo vemos Sansimonianos, Falaansterianos, Doctrinarios, etc., gentes todas sin misión é impotentes para realizar ese colosal pensamiento.

Entre tanto, ved el pueblo, ese pueblo desmoralizado y sin dignidad; ese pueblo incrédulo, que no lee mas libros que los de sus maestros; ese pueblo escéptico y egoista, que en medio de su miseria y degradacion no cree mas que en el placer y en el oro; ese pueblo engañado, que no oye mas palabras que las de una política enconosa y disolvente, palabras de rebelion y de envidia. Y no solamente en las grandes ciudades, sino que hasta en las villas, en las aldeas, en el campo, en todas partes existe ese pueblo: donde quiera ocupan el lugar de los libros piadosos, las corrompidas páginas de los Voltaire, Rousseau, Volney, Dupuy, y otros mil romances impuros y compendios históricos, que solo contienen lecciones de escándalo é inmoralidad. Dejemos empero ese triste cuadro, pasando en silencio unos males que nos son harto conocidos; y reasumiendo en tres palabras el carácter de nuestra época, conpongamos en que el pueblo es escéptico y vicioso; el partido de la fuerza, impío, filosófico é incrédulo; y que la clase científica y jóven se halla aguijada de una gran necesidad religiosa.

El fenómeno social de que venimos hablando, es pues un hecho innegable, y las ciencias todas conspiran á demostrar la necesidad, la urgencia de un pronto retorno á los sanos principios. Pero pretender que los que se hallan apremiados de esa necesidad, los que la proclaman y evidencian científicamente, son los llamados á regenerar y cristianizar el siglo, es desconocer la mision que fué confiada al sacerdocio en el monte de las Olivas, cuando Jesus antes de subir al reino de su Padre celestial, dijo á sus apóstoles: «Id y enseñad... Predicad el Evangelio á todas las criaturas (1).»

(1) Euntes docete omnes gentes... Prædicate Evangelium omni creaturæ. (Matth. XXVIII. 19.—Marc. XVI. 15.)

El únicamente está destinado á realizar ese gigantesco proyecto, solo él ha recibido el poder y la autoridad de enseñanza, y á él exclusivamente cumple hacer que la verdad reine en el mundo; que las buenas doctrinas religiosas y sociales reconquisten el imperio que las arrebatára en parte la anarquía intelectual; que la razon marche de acuerdo con la fé; y que el genio y la ciencia, que un dia conspiraron contra el cristianismo é hicieron guerra á la divina revelacion, vengan á ser dos poderosos auxiliares de la unidad católica.

¿Y cómo podrá conseguirlo el sacerdocio, sino colocándose al nivel de los conocimientos humanos de la época y á la altura de su siglo? Esto es una necesidad que hemos procurado demostrar, y que creemos haber demostrado lo suficiente, para que el clero católico, y especialmente los individuos de esta clase que se consagran al penoso ministerio de la predicacion evangélica, no mirea con indiferencia cierta clase de estudios, sin los cuales les seria imposible combatir los errores reinantes; dar á su palabra toda la energía, todo el poder, toda la fuerza de convencimiento que necesita en unos tiempos tan calamitosos para domeñar los espíritus indóciles, para sojuzgar á los entendimientos obstinados, y para triunfar de los corazones encallecidos en el escepticismo ó en la impiedad. Cuando vemos que todas las ciencias se desarrollan cada dia mas, estienden progresivamente sus límites y toman mayores proporciones, ¿habria de permanecer estacionario el sacerdocio, sin seguir las en su rápida marcha, á fin de poder mejor con su auxilio descubrir la máscara del error donde quiera que intente ocultarse, y contribuir con ellas á hacer mas visible la gloria de Dios, y mas respetable, grande y digna de admiracion la economía de la religion católica? Guardémonos de de-

primir la ciencia, solo porque haya hombres que la desprecien; espíritus falsos y temerarios que quisieran que todo el mundo fuese igual á ellos, para escusar su propia ignorancia con la ignorancia general, y servirse de ella como de un valuarte contra los reproches merecidos. No: el sacerdocio católico, llamado á ser la antorcha luminosa de la humanidad, el faro que dirija las inteligencias á través de los escollos en que abunda el borrascoso océano del mundo, nada debe ignorar de cuanto pueda contribuir á llenar con éxito su mision regeneradora. Ved lo que hicieron en su tiempo esos grandes génios, esos predicadores ilustres, esos apóstoles infatigables cuyos nombres han pasado llenos de gloria á la posteridad, porque tan oportunamente supieron colocarse al nivel de las circunstancias de su respectiva época, y estudiar sus necesidades, y combatir la ciencia con la ciencia, y refutar la sabiduría del error con la sabiduría de la verdad. Ved en nuestro siglo lo que hicieron los Marc-Carthy y demás famosos oradores que tanto han ilustrado el púlpito católico: observad en nuestros dias los Lacordaire, los Combalot, los Ravignan, los Ventura de Raulica, y todos esos génios que, colocándose en primera línea en la marcha intelectual del siglo, tantos prodigios están obrando con su palabra llena de uncion y de ciencia en pró de la religion y de la sociedad. ¡Gloria y prez á esos hombres que tan bien han comprendido su mision, y haciendo una bella alianza entre la piedad y el génio, entre la virtud y el verdadero saber, marchan á la conquista del mundo moral llenos de fé y de entusiasmo, y dejan por do quiera gloriosos recuerdos; sublimes simpatías, y gérmenes fecundísimos de vida social, que en su dia producirán abundantes y preciosos frutos!

No lo comprenden así (y es lástima por cierto) los que en

un siglo tan complejo como el nuestro, sin estudiar sus antecedentes, sin observar su marcha, sus tendencias, sus aspiraciones, ni tener en cuenta esa fiebre de ciencia y de saber que le tiene desasosegado ó inquieto, y le arrastra ávido tras toda clase de conocimientos humanos, contentándose con estudiar unas cuantas tesis teológicas, aprenden á tejer algunos argumentos, como la araña teje su tela, por servirme del similitud de Bacon, y despues de haber leído algunos sermones de Bossuet, de Bourdaloue, de Massillon, etc., se lanzan en la espionosa carrera del púlpito. Y ¿cómo predicán? ¡Ah! Frecuentemente hablan de una manera superficial de lo que nunca estudiaron, ó de lo que solo han aprendido en algunas citas esparcidas en los libros, multiplicando con la division lo poco que se les enseñó, al modo de esas reglas aritméticas que de mínimas fracciones hacen resultar enormidades numerales. ¿Y á quién predicán? A los siglos pasados; porque ni conocen su siglo, ni le han estudiado, ni tienen conocimiento alguno de las ciencias, ni de los diversos argumentos que estas facilitan á la impiedad y al error. Así es que, á pesar de las numerosas pretensiones que rodean y miran envidiosamente la elocuencia del púlpito, no es menos cierto que se halla en una lastimosa decadencia.

Concíbese que al espresarnos así, no hablamos de los pastores que esponen á su rebaño las invariables enseñanzas de la fé y la moral eterna de la religion; sino de esos apóstoles de la Iglesia, que poniéndose al frente de su siglo, y dirigiéndose á las naciones y á los pueblos arrastrados por los vicios y por el torbellino de la ciencia y de la política, les dicen como San Pablo en el Areópago (1): «Nosotros os anunciamos aquel á

(1) p. Act. apost. XVII, 23.

quien honrais sin saberlo; el Dios de las ciencias, de esas ciencias que os estravian, porque no veis en ellas al que las dirige, ni la mano de quien ha puesto sus fundamentos, y fijado los límites que no deben traspasar. Os anunciamos el Dios criador del mundo, que dá á todo el alimento y la vida del espíritu, que es la regla y la sancion necesaria de la sociedad.» De estos, pues, decimos, que las condiciones de su mision dependen del estado moral y científico del mundo; por consiguiente, siendo el estado de nuestra sociedad vacilante el resultado del divorcio que hiciera con la religion, hácese preciso presentar esta como base, como regla, y como sancion de todo órden social, haciendo surgir esta alta enseñanza del estudio concienzudo de las ciencias, para con ellas mismas poder demostrar lo que tienen de absurdo y peligroso. El desarrollo que han tomado en nuestro siglo, deja muy atrás los conocimientos del siglo pasado. Los gé-nios que las han cultivado, han osado decir que cuanto mas se ensancha el dominio del hombre, menos visible y necesario aparece Dios. Venid, pues, y demostradles por el contrario, que cada paso que dá la ciencia es una nueva revelacion de la divinidad, una nueva prueba de su religion; y en esto no hareis mas que llenar el programa que parecen proponeros los gé-nios de la ciencia y los que la estudian con corazon sencillo.

Al oír esto tal vez os sonreireis como si pretendiésemos convertir el púlpito en una tribuna científica. No es este nuestro pensamiento; queremos sí que, comprendiendo la necesidad que teneis de conocer sus relaciones con el catolicismo, no os sean estrañas de todo punto, y poseais los suficientes conocimientos para poderlas convertir en elementos de regeneracion religiosa y social. Por poco que las profundiceis, no tardareis en aper-

cibiros que todas ellas convergen á un centro comun que es como su base, su origen y su fuente, á saber, la creacion, la revelacion, la redencion y la Providencia. Colocados como estais á la altura de donde parten los rayos divergentes de las ciencias humanas, fácil os será cogerlas por su base comun, y sacudirlas como se sacude un vestido para hacer caer de él la polilla que le corroe; fácil os será mostrar que la religion poderosa que anunciáis os coloca precisamente en el punto desde donde podeis medir como con la mano todo cuanto Dios ha puesto bajo el dominio del hombre, y la ingratitud de éste en desconocer al que le formára: fácil os será en fin conmover á nombre de este gran Dios las inteligencias que se abrigan bajo las ramas de la ciencia, á la manera que el podador espanta y hace huir las aves que se refugiaban en el árbol á cuya raiz aplica la segur. Y todo esto lo hareis sin estralimitaros de vuestro sagrado ministerio, sin envilecerle ni deteriorarle; puesto que bien lejos de rebajarle y confundirle con esas ciencias terrenales, no hareis por el contrario sino elevar estas, conducir las á Dios y hacerlas tributarias fieles y poderosas de la religion que predicáis.

Hé aquí cómo concebimos la mision del predicador con relacion al siglo en que vivimos. ¿Y qué diremos de la mision de los pastores colocados al frente de su rebaño? Si se considera que el pueblo se ha hecho escéptico y vicioso, que el Voltarianismo se ha refugiado en su seno, y que la prensa periódica le comunica diariamente los frios y vacilantes resplandores de la ciencia junto con el calor devorante de una polémica delétea, ¿quién no comprenderá cuánto no debe redoblar el celo del sacerdocio católico, con cuánto ahinco no debe trabajar por adquirir esas puras luces de la verdadera ciencia, á fin de poder calentar con el fuego de una caridad siempre crecien-

te á ese pobre pueblo, de cuyo corazon se va apoderando progresivamente el frio de la indiferencia y de la incredulidad?

¡ Ah! No pongais vuestra confianza en los libros y en las publicaciones, pues no es de ahí de donde debe venir la salud de esa numerosa fraccion de la sociedad. Sobre que el pueblo no tiene el tiempo suficiente para leer, ni talento bastante para comprender las producciones del génio, todo libro que no le habla al corazon le es casi completamente inútil. La salvacion debe venir de la palabra, pues tal es la mision que la ha dado el cielo. Solo con ella podrá el clero católico combatir y triunfar porque es su privilegio esclusivo que jamás podrá apropiarse la impiedad ni parodiarla como lo hace con las producciones del génio. El sacerdocio será siempre muy superior con la palabra y ejercerá con ella mayor ascendiente sobre los pueblos que la impiedad con la escritura. Esta no es mas que una letra muerta, al paso que aquella, siempre viva y eficaz en lenguaje de San Pablo, conmueve, ora suavemente, ora con energía y vigor las inteligencias, y penetrando como una espada de dos filos hasta las médulas del alma (1), abate los espíritus arrogantes que se alzan contra Dios, humilla las elevadas eminencias de la sabiduría carnal y terrestre, despedaza los pujantes cedros de la humanal soberbia, hace estremecer las espantosas soledades del error, y surgir por todo quiera la gloria y la magnificencia de la verdad pura y luminosa del catolicismo (2).

(1) *Vivus est enim sermo Dei, et efficax, et penetrabilior omni gladio ancipiti, et pertingens usque ad divisionem animæ ac spiritus etc.* (Ad Hæbr. IV. 12.)

(2) *Vox Domini in virtute, vox Domini in magnificentia. Vox Domini confringentis cedros... vox Domini concutientis desertos, etc.* (Ps. XXVIII, 4. et seq.)

Consagrémonos pues, hermanos míos, con mas decision que nunca al ministerio de la palabra. La enseñanza constituye nuestra mision casi esclusiva en este mundo. Sal de la tierra, luz de los pueblos, enviados por Jesucristo para regenerar las sociedades y renovar la faz de nuestro siglo, seamos los faros brillantes de todos cuantos navegan en el tempestuoso mar de esas doctrinas en que frecuentemente naufraga la inteligencia, pierde su derrotero el génio, y da al través y se estrella lastimosamente la fé de los cristianos. Señalemos á todos el verdadero rumbo que deben seguir para hallar puerto seguro y bonancible á través de tantos escollos como presenta la impiedad, la corrupcion y el libertinaje, embellecidos con el barniz seductor de la ciencia. Procuremos al efecto colocarnos á la altura de los conocimientos de la época; reconozcamos que el estudio de las ciencias humanas y su regeneracion por medio del sacerdocio entran en la mision actual del clero católico, y constituyen hoy uno de sus mas imperiosos deberes. ¡Y plegue al cielo que no tengamos que arrepentirnos un dia del desprecio con que las miramos, cuando esa antorcha, apenas visible ahora, haya sido encendida por las manos del sacerdote en la inmortal antorcha de la religion! Porque todo debe experimentar una regeneracion universal en el cielo y en la tierra (1).

Tal es la mision del sacerdocio católico en la predicacion de la divina palabra con relacion á las necesidades del siglo presente y al desarrollo de las ciencias humanas. Mas no por eso nos creamos dispensados de emplear nuestro celo con todas las demás clases de la sociedad. A todos somos deudores (2), á los

(1) In dispensatione plenitudinis temporum, instaurare omnia in Christo, quæ in coelis, et quæ in terra sunt in ipso. (I. ad Ephes. I. 40.)

(2) Sapientibus et insipientibus debitor sum. (Ad Rom. I. 44.)

sabios y á los ignorantes, á los grandes y á los pequeños, á los poderosos y á los indigentes, á la ancianidad y á la juventud, á la virilidad y á la infancia. Prediquemos pues á todos, valiéndonos de todo género de armas espirituales para combatir las malas doctrinas, instruyendo á cada cual en sus respectivos deberes, inculcándoles sus obligaciones, reprochándoles sus excesos, haciendo frente á las pasiones reinantes, arguyendo, increpando, suplicando, reprendiendo, amonestando oportuna é importunamente (1), con caridad pero con energía, con celo ardiente pero sin acrimonia, sin temor pero con mansedumbre evangélica; tolerantes sin servilismo, indulgentes sin debilidad, condescendientes con el que yerra, pero inflexibles con el error; sin prostituir nuestro ministerio al interés, sin transigir con las injustas exigencias del poder, sin doblegarnos ante las amenazas de la arbitrariedad, dispuestos siempre á sacrificarnos por la verdad y á ser anatemas por nuestros hermanos á trueque de conquistarlos todos para Jesucristo.

Vasto campo se ofrece al celo del sacerdocio católico en el siglo en que vivimos. Abundante es la mies que se presenta y pocos los operarios. Aprestémonos á trabajar en la grande obra de regeneracion religiosa y social á que somos llamados; y lo que hasta aquí hayamos perdido en tiempo procuremos ganarlo en intensidad. Comprendamos bien nuestra mision, y colocándonos á la altura de la época presente, y estudiando las verdaderas necesidades de los pueblos, aspiremos con ardor á merecer el dictado que nos dió Jesucristo cuando dijo: *Vos estis sal terræ... Vos estis lux mundi.*

Deseosos por nuestra parte de contribuir con nuestras esca-

(1) *Insta opportune, importune, argue, obsecra, increpa, etc.* (II. Timot. V. 2.)

sas luces á ese gran pensamiento de regeneracion universal, cuya realizacion está confiada al sacerdocio, nos atrevemos á ofrecerle la presente obra, fruto de nuestros trabajos y desvelos, en la que procurando acomodarnos á todas las capacidades, y teniendo en cuenta las diversas necesidades del siglo, presentamos una coleccion de discursos escritos en diversos estilos sobre todas las materias que pueden ocurrir al orador cristiano en el desempeño de su ministerio. Dogma, moral, controversia, doctrina, todo lo abraza nuestro vasto plan, y nos sentimos dispuestos á llenarle concienzudamente, sin omitir ningun asunto de necesidad, de interés ó de actualidad, oyendo al efecto y tomando en consideracion las indicaciones que nuestros hermanos en el sacerdocio se sirvan hacernos, pues nuestro deseo es ofrecerles una publicacion completísima en este género, mucho mas estensa, si bien mas económica, que la que hace algunos años tuvimos el honor de dar á luz con el título de *Biblioteca completa de Oratoria Sagrada*, en la que, por causas que no es del caso espresar aquí, se omitieron muchas materias que en la presente obra abrazamos.

Hé aquí en compendio nuestro plan y el orden que seguimos en la publicacion de nuestros trabajos.

- 1.^a SÉRIE. Discursos dogmático-apologéticos para todas las dominicas y ferias principales del año; sermones morales y homilías para idem.
- 2.^a SÉRIE. Sermones y homilías para todos los días de Cuaresma y Semana Santa.
- 3.^a SÉRIE. Pláticas doctrinales sobre todos los puntos de la doctrina cristiana.
- 4.^a SÉRIE. Discursos sobre los misterios y festividades de N. S. J. C. y de la Santísima Virgen.

5.^a SÉRIE. Panegíricos de los Santos y festividades principales que se celebran en la Iglesia universal, y de las particulares de la iglesia de España.

6.^a SÉRIE. Novenas, septenarios, tríduos, misiones, etc.

7.^a SÉRIE. Asuntos varios.

Hemos adoptado esta division por séries porque nos ha parecido mas conveniente en todos conceptos, y á fin de observar la unidad que debe brillar en toda obra, y especialmente en las de esta clase. De este modo, á pesar de que en muchas ocasiones duplicamos y aun triplicamos los discursos sobre un mismo asunto, evitamos la confusion é incoherencia que resulta en las materias cuando no se hallan clasificadas metódicamente como sucede en algunas publicaciones análogas.

Además de los discursos ya formados hemos creído oportuno enriquecer nuestra obra con planes de sermones en todos géneros y estilos, ya para que los jóvenes oradores se acostumbren á componer sus oraciones, y ya tambien para que los que necesiten improvisar, puedan hacerlo mas fácilmente ayudados de los materiales que les facilitamos.

Concebimos muy bien la gravedad del compromiso que contraemos con el público; no desconocemos los inconvenientes con que tenemos que luchar, los obstáculos que tenemos que vencer, los sinsabores que habremos de devorar y los sacrificios de todo género que nos será preciso hacer para realizar nuestra idea. Pero sobre no faltarnos decision y voluntad, tenemos gran fé en el porvenir: y esta fé la fundamos ante todo en Dios, fuente y origen de toda luz y de todo bien, que conociendo nuestra sinceridad y buen deseo, no permitirá que queden frustradas nuestras esperanzas; y despues de él la basamos en la cooperacion constante del clero de nuestra patria,

quien habiéndonos favorecido tan bondadosamente en nuestras anteriores publicaciones, acogiéndolas con una aceptación tan universal, no es de esperar que nos abandone en la ocasión presente. Por lo demás, si el desempeño de la obra no correspondiese en un todo á lo grandioso del plan que nos hemos propuesto, si en ella se advirtiesen ciertos lunares de que nunca pueden estar exentas las producciones del hombre, contamos seguros con la indulgencia de los sabios, persuadidos de que las faltas, hijas de nuestra escasa capacidad, en nada harán desmerecer la pureza de nuestras intenciones y los buenos deseos de nuestro corazón. Contentos con contribuir en algún modo á la grande obra á que está llamado el sacerdocio católico, daremos por bien empleados nuestros trabajos si conseguimos hacer algunas piedras que sirvan para el augusto edificio de la regeneración religioso-social á que aspiramos. Otros vendrán tras nosotros cuyo génio y vasto saber consiga el honor de coronar su gigantesca cúpula.

Madrid 4.º de Enero de 1854.

JUAN TRONCOSO.

DISCURSO

PARA LA DÓMINICA I DE ADVIENTO.

GRANDEZA Y MAGESTAD DEL CATOLICISMO, ANUNCIADO COMO PRIMER ELEMENTO CIVILIZADOR DE LAS SOCIEDADES.

Videbunt filium hominis venientem..... cum potestate magna et majestate..... Respiciite, et levate capita vestra: quoniam appropinquat redemptio vestra.

Verán al Hijo del Hombre venir sobre una nube con gran poder y magestad..... Mirad, y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redención.

LUC. XXI. 27, 28.

ACERCÁBANSE los tiempos designados para la redención del linaje humano. El mundo iba á experimentar un cambio radical en su estado físico y en su constitución moral. El imperio de los Césares debía ceder el puesto al imperio de la Cruz. Leyes, costumbres, creencias, hábitos, todo estaba próximo á sufrir una gran revolución. Iban á realizarse los vaticinios de los profetas. Un cielo nuevo y una nueva tierra, debían formar el patrimonio del padre del siglo venidero, del príncipe de la paz, del Dios fuerte, de Emmanuel, de aquel, en fin, á quien el Eterno dijera un día: «pideme, y te daré en herencia todas las naciones, y te designaré por límites de tu reinado todo cuanto abarca el mundo (1).»

(1) Postula a me et dabo tibi gentes hereditatem tuam, et possessionem tuam terminos terræ. (Ps. II, 8.)

El mundo, en efecto, necesitaba rehabilitarse completamente: y para conseguirlo, nada menos era menester que la presencia del Hombre-Dios, que desde la eternidad recibiera ya esta sublime misión de su Eterno Padre. Solo él era capaz de renovar la faz de unas sociedades sumidas á través de siglos y siglos en la degradación mas profunda. Solo él podía inaugurar una nueva era de civilización cual exigían imperiosamente las necesidades de la humanidad, aboliendo para siempre aquella civilización de sangre, de guerra y de esclavitud, que venía sosteniendo y propagando Roma dominadora del orbe. Su religión, sus creencias, sus dioses mismos, tan depravados como sus emperadores, su culto, sus leyes, su gobierno, á cuya sombra la tiranía se erigía en poder, la impudencia tenía admiradores, la crueldad encontraba panegiristas, y los vicios mas vergonzosos podían aspirar al honor de la inmortalidad, todo esto no podía ya subsistir por mas tiempo: había cumplido el plazo que se le marcára; era necesario que desapareciese como incapaz de llenar los altos fines de la creación, para hacer lugar á una civilización mas suave, mas pura, mas humanitaria, mas perfecta, la civilización del Evangelio, tipo de la verdadera libertad, de la fraternidad común, de la igualdad ante la ley; expresión genuina de los positivos derechos del hombre, y de sus graves é importantes deberes para con Dios, para con sus hermanos, para consigo mismo y para con la sociedad; origen admirable de las virtudes que santifican, del heroísmo que ensalza, del amor que une, de la caridad que estrecha. Todo, en una palabra, debía cambiar, porque todo debía ser nuevo en la nueva sociedad que iba á surgir de las ruinas de la antigua; y al efecto, cumplidas ya las profecías relativas á la venida del Hijo del Hombre, realizados los vaticinios que anunciáran al nuevo legislador de la humanidad, inaugurada la feliz revolución que debía abrir el camino al nuevo principio civilizador, solo faltaba su completo desarrollo: y hé aquí lo que Jesucristo parecía anunciar en el Evangelio de este día, cuando preparando á sus discípulos para los combates que les esperaban, les pinta los sucesos de que iba á ser teatro la ciudad de Jerusalem, como precursora de la gran revolución religiosa y social que iba á experimentar el mundo.

Habrà, dice, señales en el sol y en la luna y en las estrellas, y en la tierra estarán consternadas y atónitas las gentes, por el estruendo del mar y de las olas; secándose los hombres de temor por las cosas que han de sobrevenir á todo el universo; porque las virtudes ó fuerzas de los cielos se commoverán, Y ENTONCES VERÁN AL HIJO DEL HOMBRE VENIR SOBRE UNA NUBE CON GRANDE PODER Y MAGESTAD. Empero cuando estas cosas empiecen á verificarse, mirad y levantad vuestras cabezas, porque se acerca vuestra redencion. Reparad en la higuera y todos los demas árboles. Cuando ya empieza á brotar de sí el fruto, conoceis que está cerca el verano. Asi tambien cuando vosotros veais que estas cosas se verifican, entended que el reino de Dios está cerca. En verdad os digo, que no pasará esta generacion hasta que todo lo dicho se cumpla. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no faltarán.

Sin detenernos mas en preliminares, vamos á desenvolver este brillante pasage del sagrado Evangelio, y veremos presentarse á nuestra vista la grandeza y magestad del catolicismo anunciado como primer elemento civilizador de las sociedades. Invoquemos ante todo los auxilios divinos, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Grande debia ser el acontecimiento que venia esperando la humanidad á través de mas de cuarenta siglos, si se calcula su importancia por las aspiraciones y los deseos que donde quiera manifestaban los hombres de ver al esperado de las naciones (1) y al libertador del linage humano. Desde los primeros momentos de la creacion, aparece ya por entre misteriosos signos la gran figura del Mesias

(1) Et ipse erit expectatio gentium. (Genes. XLIX. 40.)

prometido á la raza proscripta (1), y desde el Paraiso hasta la humilde gruta de Belen, esta figura, este simbolo, esta mistificacion del Hombre-Dios, va abultándose progresivamente, y adquiriendo mayores proporciones á medida que se acercan los dias destinados al desarrollo de la realidad. Bajo las tiendas del patriarca como en los campamentos del guerrero, bajo el cetro del monarca bien así como bajo el cayado del pastor, en los consistorios de los ancianos no menos que en las deslumbradoras asambleas de los reyes de Israel, en el seno de las familias igualmente que en el sentimiento íntimo de cada uno de sus individuos, vive siempre fresca la idea de un Reparador llamado á quebrantar los hierros de la esclavitud que viene pesando sobre la humanidad desde su origen, á darla una nueva existencia, y á abrirla el camino de sus verdaderos destinos.

De aquí el multiplicarse en todas partes y bajo diversas formas los simbolos mesiánicos; de aquí el clamoreo universal y los vehementes suspiros y las ardientes lágrimas del mundo en pos del deseado de los collados eternos; de aquí el pedir los unos que rasgue los cielos y descienda á la tierra como el rocío de la mañana, los otros que se abran las nubes y envíen al Justo cual lluvia benéfica, y todos unánimemente que abrevie el plazo de su venida, y ponga término á sus dilatadas esperanzas (2). ¡Tan grandioso era el objeto, tan vasto el plan, y de tan inmensas consecuencias el fin de la venida del Salvador! Isaias lo habia reasumido todo en este brillante pasaje: «En los últimos dias, el monte en que se erigirá la casa del Señor, »tendrá sus cimientos sobre la cumbre de todos los montes, y se »eleará sobre los collados, y todas las naciones acudirán á él. Y »vendrán muchos pueblos diciendo: Subamos á la casa del Dios de »Jacob, y él nos mostrará sus caminos, y marcharemos por las vias »que él abrirá delante de nosotros, porque de Sion saldrá la ley, y »de Jerusalem la palabra del Señor... (3).»

(1) *Inimicitias ponam inter te et mulierem, et semen tuum, et semen illius.* (Genes. III. 15.)

(2) *Rorate cœli desuper, et nubes pluant justum, aperiatur terra, et germinet Salvatoreum.* (Isaiæ. XLV. 8.)

(3) *Ibid. II. 2 et seq.*

Y Hé aquí en compendio toda la economía del catolicismo, anunciado como primer elemento civilizador del mundo : redificar las estraviadas ideas de la humanidad; abolir sus antiguos errores, substituyendo en su lugar verdades que la hiciesen digna de sí misma y de los destinos á que estaba llamada; mejorar su condicion, ilustrando su inteligencia y purificando su corazon de los vicios que la degradaban; abrir ante sus ojos un porvenir mas conforme á los altos fines de la creacion; mostrarla el camino de la gloria á través de los ásperos senderos de la humillacion; en una palabra, hacerla ver en Jesu-eristo y en su doctrina eminentemente humanitaria, y en su Iglesia, personificacion sublime del progreso religioso y social, el verdadero, el único elemento de bienestar y dicha positiva para los pueblos y para los individuos.

Y vino en efecto Jesu-eristo llegada la plenitud de los tiempos, y dió principio á su obra de civilizacion, abriendo los cimientos de un edificio imperecedero que debia sobrevivir á los siglos y durar mas que todas las generaciones. Segun estaba previsto, el fundador del nuevo culto atravesó un periodo de humillacion mezclada de gloria, y pasó por las diversas fases del honor y del oprobio, del respeto y del desprecio, de las aclamaciones y de los insultos, de la ovacion y de la calumnia, de la admiracion y del ódio, hasta que por último subió á la cumbre santa del monte de la mirra, al collado de los incienso, en donde debia consumir su obra, y dar á su plan divino el conveniente desarrollo para que se propagase en todas las estremidades de la tierra. Allí le habia visto el hijo de Amos, y allí le esperaba la humanidad para dar su ley al mundo. Desde allí debia dictar sus preceptos á Jacob y sus mandatos á Israel; desde allí debia reunir como en un haz misterioso todas las inteligencias y todas las voluntades para dirigirlas á un mismo fin; desde allí debia dominar todas las ideas y dar giro á todas las opiniones humanas; desde allí debia sojuzgar todos los poderes y humillar todos los cetros que se elevasen contra Dios; desde allí debia poner un dique á todos los errores, y contener el impetuoso curso de la ciencia carnal y terrestre; desde allí debia señalar los justos limites del progreso humano, y abrir la verdadera senda de una ilustracion bien entendida;

porque él era la luz del cielo que venia á ilustrar á los hombres, (1) y el camino y la verdad y la vida (2); porque de Sion debia salir la ley, y de Jerusalem debia arrancar la primera palabra civilizadora (3), la palabra de Dios, el Evangelio eterno de Jesus, su doctrina superior á todas las doctrinas, su enseñanza mas sublime, que todas las teorías del hombre, su código, en fin, llamado á ser en lo sucesivo la base y el fundamento de todos los códigos y de todas las constituciones humanas.

Pero antes que el plan divino tuviese su completo desarrollo, preciso era se cumplièsen los vaticinios del Hombre-Dios. «Habrà seña-» les (habia dicho el mismo) en el sol, en la luna y en las estrellas, y » en la tierra gran consternacion en las gentes por el estruendo del » mar y de las olas, secándose los hombres de temor por las cosas » que acaecerán en el universo.» ¿Y quién ignora los prodigiosos fenómenos que acompañaron y sucedieron á la crucifixion del Salvador? ¿Quién ignora que el sol envuelto en una oscuridad espantosa, la luna enlutada y moribunda, las estrellas del firmamento despojadas de su brillo y claridad, el mar con sus espantosos bramidos, la tierra con horribles sacudimientos, y todo el sistema del mundo amenazando ruina, dió á entender de una manera sensible que se estaba verificando un cambio radical en el universo, que se realizaba una transicion completa de la civilizacion antigua á la civilizacion nueva, de la ley de la carne á la ley del espíritu, de la sombra á la realidad, de la servidumbre á la libertad, de la muerte á la vida? ¿Quién no sabe la impresion que en todos los ánimos hiciera aquel acontecimiento inaudito que inauguraba una época de amor, aboliendo para siempre el imperio del terror; que proclamaba la fraternidad, cerrando definitivamente la puerta á las preocupaciones del egoismo nacional; que devolvia al hombre sus primitivos derechos, poniendo término á sus exajeradas pretensiones; que le hacia hijo en vez de esclavo, dándole el cielo en cambio de la tierra? ¿Y todo esto

(1) Erat lux vera quæ illuminat omnem hominem. (Joan. I. 9.)

(2) Ego sum via, veritas, et vita. (Ibid. XIV. 6.)

(3) De Sion exhibit lex, et verbum Domini de Jerusalem. (Isaïc. II. 3.)

entré los gemidos de la victima que se ofrecia en hostia propiciatoria por los crímenes de una raza maldecida, y entre la sangre del que venia á lavar con ella todas las maldades de la humanidad condenada á morir para siempre!!

Aun no estaba cumplido todo: «Las virtudes de los cielos se conmoverán», dijera el nuevo legislador, y entonces verán venir al «Hijo del Hombre sobre una nube con gran poder y magestad.» Que el sistema del cielo padeció una conmocion terrible; que los ejes sobre que giran los globos oscilaron de una manera espantosa; que el orden, la armonía y la perpetuidad del movimiento de los cuerpos celestes perdieron su equilibrio ó experimentaron algun cambio brusco, aunque momentáneo, solo pudiera dudarlo quien ignorase los fenómenos observados entonces en varios puntos del globo, y que hicieron esclamar á un sábio: *Aut Deus naturæ patitur, aut mundi machina dissolvitur*. Pero ¿dónde está la magestad con que se anuncia el Hijo del Hombre? ¿Dónde el brillo de ese poder que aspira á sojuzgar el mundo y á imponerle una nueva civilizacion sobre los escombros de la antigua? Un hombre humillado hasta el suplicio de los esclavos, ¿será el que venga á prometer á los hombres la libertad? Un ser oriundo de un pais escarnecido y odiado por los dominadores del orbe, ¿será quien venga á intimarles la caridad y el amor recíproco? Un judío que muere en una cruz, acusado de haber querido sembrar el desorden y la rebelion en su pais, ¿será el que venga á introducir un sistema de gobierno universal, contrario á cuanto viene respetando y sancionando la antigüedad? Un hombre, en fin, que *por haber pretendido usurpar los derechos de la divinidad* (1), al decir de sus jueces, espía en un madero, y á la presencia de todo el pueblo á quien quisiera arrastrar en su ilusion, el justo castigo de su atrevimiento, ¿será el que venga á entronizar en toda la tierra un culto, una religion, una creencia que reasuma en sí exclusivamente todos los principios de orden y de bienestar público y privado; todos los gérmenes de progreso y de ventura social, todos los elementos de positiva civilizacion? ¡Misterio incomprensible! Así dis-

(1) Dixit enim: quia Filius Dei sum. (Matth. XXVII. 43.)

curriria indudablemente cualquiera que careciese de las luces de la fé. «Sin embargo, cuando estas cosas empiecen á verificarse (habia dicho Jesucristo), levantad vuestras cabezas y mirad, pues se acerca vuestra redencion. A la manera que la higuera y los demás árboles, luego que empiezan á brotar de sí el fruto, conoceis que el verano está cerca, así tambien, cuando veais que todo esto se verifica, entended que el reino de Dios está cerca.»

Efectivamente, un momento despues del grandioso acontecimiento del Gólgota, vuelvo mis ojos á aquel monte donde poco há no veia sino rastros de sangre y de ignominia, y huellas de debilidad y humillacion, y de repente una escena brillante se presenta á mi vista. La víctima ha desaparecido, y los verdugos han apelado á la fuga esclamando que el Crucificado era hijo de Dios. La Cruz desnuda corona la cresta de la montaña, y sobre ella se lee escrito en tres idiomas distintos: JESUS NAZARENO REY DE LOS JUDÍOS. Jerusalem posa en un silencio profundo; la calma ha sucedido á la agitacion. Entonces hiere mis oidos el misterioso cántico de Isaías: «Levántate, levántate, revístete con tu fuerza, Sion, toma tus vestidos de gloria, Jerusalem, ciudad del Santo, porque el inmundo y el incircunciso no habitan ya dentro de tus murallas (1). ¡Cuán bellos son sobre los montes los piés del que anuncia y predica la luz y la salvacion, y dice á Sion: Tu Dios reinará! (2) El Señor ha preparado su brazo santo á los ojos de todas las naciones, y todos los puntos de la tierra verán la salud de nuestro Dios... (3) Delante de él guardarán silencio los reyes, y aquellos á quienes no habia sido anunciado le verán, y contemplarán de cerca á aquel de quien nunca oyeran hablar (4).»

Así es; este vaticinio se realiza; Jesucristo resucitado y glorioso se aparece á sus apóstoles, los reúne en torno suyo, les muestra la Cruz como símbolo de su imperio y primer elemento civilizador de las naciones, les envia á todas ellas á predicar el Evangelio, y algunos momentos despues su eco resuena por toda la tierra, y la pala-

(1) Isaías, LII. 4.

(2) Ibid., 7.

(3) Isaías, LII. 10.

(4) Ibid., 15.

bra de vida penetra hasta los últimos confines del globo (1). Recorred con la vista todo el espacio que abarca la geografía antigua. ¿Qué es lo que veis? Doce pescadores pobres y sin talentos que se reparten entre sí el imperio del mundo, y marchan á conquistar con la Cruz lo que á través de siglos y siglos viene conquistando la espada del guerrero; mas no para avasallar á sus semejantes y uncir á su carro victorioso mil y mil víctimas sacrificadas á la ambicion y al egoismo, sino antes bien para proclamar la paz universal; para abolir los privilegios de nacimiento y de conquista; para levantar al esclavo del embrutecimiento intelectual y moral á que le condenará la ley de la fuerza; para emancipar el pensamiento al propio tiempo que la voluntad de unos seres privados hasta entonces de existencia religiosa y legal, de afecciones y descendencia legitima; para pregonar por do quiera un nuevo reinado de virtud, de legalidad y de justicia, y abrir los cimientos de la unidad del género humano sobre el dogma sublime de la unidad de un Dios, que á todos llama á entrar en el goce de los derechos de la igualdad y de la fraternidad que ha venido á establecer en el mundo. ¿Qué veis? ¡Ah! Es el principio civilizador del Evangelio que marcha con Andrés al pais de los Escitas, atraviesa el Ponto, se introduce en Grecia y recorre la Acaya; que funda iglesias en Smirna, Pergamo, Sardis, Laodicea, y lleva la buena nueva á toda el Asia menor por medio de Juan; que penetra en la alta Asia y en Frigia con Felipe; se lanza á la Armenia, á la Etiopia y á la Arabia con Bartolomé; se deja ver en Persia, Media, Bactriana y hasta en las Indias con Tomás; llega con Simon á Mesopotamia, Idumea y Libia; se presenta con Pedro en la misma capital del imperio romano; y despues de haber confundido en la persona de Pablo al Areópago y arrancádole conquistas de gran valía, despues de haber hecho enmudecer y temblar á los procónsules, despues de haber triunfado de la sabiduría de Atenas, sube al Capitolio, se introduce en el palacio de Neron, hace vacilar los ídolos sobre sus pedestales de mármol, y en el mismo sitio en que se levanta el sόlio de los dominadores del orbe, en donde se forjan las ca-

(1) Ps. XVII. 5.

(A) Rom. IX. 21.

(2) Bar. I. 10. (3)

denas que avasallan á toda la humanidad, y los dioses que fomentan por do quiera la supersticion, y los errores que estravian las inteligencias, y los vicios que gangrenan los corazones, y las leyes que llevan á todas partes la guerra, la devastacion y la sangre, allí mismo asienta los fundamentos de una sociedad nueva, modelada sobre la combinacion de formas pacíficas, de un poder espiritual en oposicion á los excesos del poder armado, de un orden de cosas divino en su origen, invariable en su esencia, maravilloso en los medios de desenvolverse, y sin igual en sus consecuencias, puesto que propende á hacer la felicidad de todos los seres humanos, cualquiera que sea su condicion, y no solo en el tiempo sino tambien en la eternidad.

Pasad mas adelante. ¿Qué veis? Es la civilizacion cristiana que por primera vez, al cabo de cuatro mil años, se presenta á los hombres para decirles que todos son hermanos y herederos con Jesucristo del reino celestial; que el enemigo es digno de amor no menos que el amigo; que no hay distincion alguna entre el extranjero y el indigena, entre el siervo y el libre, entre el judío y el gentil, entre el griego y el romano, porque no hay mas que un Dios que lo es igualmente de todos (1); que el pobre es bienaventurado (2), y el poderoso no tiene mas derecho que él á la herencia del padre comun; y con estas máximas sublimes y altamente humanitarias y sociales, rebaja al tirano hasta nivelarle con el oprimido; eleva al esclavo hasta igualarle ante Dios con el mismo que lo encadena; humilla al rico hasta colocarle al nivel del menesteroso; y á todos les ofrece las mismas esperanzas, idénticos derechos, sin que en adelanté el sabio pueda tener pretensiones sobre el ignorante, ni el que viste púrpura se crea autorizado para menospreciar al que se cubre de harapos, ni el marido se juzgue un señor respecto de su consorte, sino un compañero amoroso y condescendiente con la debilidad de un sexo frágil.

Recorred todavía algunos siglos. ¿Qué veis? Es el mismo principio civilizador del catolicismo, que poco á poco va minando sordamente

(1) Non est distinctio Judæi et Græci: nam idem Dominus omnium. (Ad Rom. IX. 12.)

(2) ¡Beati pauperes! (Luc. VI. 20.)

el vetusto edificio de la idolatría, y hace desaparecer los altares del politeísmo, ostentando sobre las cumbres del Capitolio el lábaro de la Cruz, simbolo de unidad religiosa y social; suaviza lentamente las costumbres, cambia los instintos feroces, apaga la fogosidad guerrera de los hijos de Rómulo, y despues de triunfar de sus preocupaciones aboliendo los sacrificios cruentos, haciendo desaparecer de los códigos la arbitrariedad de los suplicios, la crueldad con los vencidos, la prostitucion legal, la esposicion de los niños, el asesinato autorizado, y otros mil escesos á cual mas repugnantes, los cristianiza, «los hace abandonar, como ha dicho un sabio escritor, la civilizacion pueril, corrompida, falsa y privada de la sociedad antigua, y entrar en el camino de la civilizacion razonable, moral, verdadera y general de la sociedad moderna.»

—¿Qué mas veis? Es el código civilizador del Evangelio, que atravesando siglos y distancias inmensas, aquí contiene las hordas del Norte y las hace plegar ante el Crucificado, y las dá leyes, y las reúne en cuerpo de nacion, y las hace servir al desarrollo de la civilizacion, dejando por do quiera gérmenes fecundos que, andando el tiempo, debian producir inmensas consecuencias sociales; allí se pone á la cabeza de las grandes empresas, funda las Cruzadas, y á la vez de un pobre ermitaño recorre la Palestina, se opone al poder de la media luna, lucha en diversos paises contra el Islamismo, personificacion del servilismo intelectual y social, hace prodigios de valor y le arranca millares de víctimas, trofeos gloriosos del Dios del Evangelio. Ora se asocia á las concepciones mas gigantescas, y atravesando mares desconocidos con Vasco de Gama y Cristóbal Colon descubre nuevos mundos, planta el árbol civilizador de la Cruz en medio de los eternos bosques de América y en las orillas de sus inmensos rios, marcha tras las hordas salvajes para enseñarlas, junto con la unidad de Dios, la unidad de la gran familia humana, y logra á fuerza de tiempo y de abnegacion formar de unos pueblos estúpidos é insociables, pueblos civilizados y discipulos del Hombre-Dios. Ora....

—Mas ¿á dónde vamos á parar? ¿Quién seria capaz de desenvolver en un breve discurso, no digo todas, ni siquiera una pequeña parte de las bellezas de ese gran principio civilizador? Ni es posi-

ble, ni lo intentaremos tampoco. Por lo demás las grandezas del catolicismo en este punto son bien conocidas. El preside á todas las obras colosales del humano ingenio. Inspira á los grandes artistas y crea esos soberbios monumentos de la arquitectura que están proclamando en alta voz la mágica influencia del elemento que los empezó y llevó á cabo para admiracion de los siglos por venir. Se asocia al pensamiento de los grandes pintores, y produce esos bellos lienzos de Rafael, Miguel-Angelo y otros de diversas escuelas, que bajo su inspiracion han llevado ese hermoso arte hasta un punto de perfeccion inimitable. Hasta la poesía y la música deben al catolicismo sus mas brillantes producciones, sus asombrosos adelantos, sus mas tiernas escenas, y esa especie de fascinacion que causan en el alma sus melodiosos acentos. Nada hay, en una palabra, de grande, de importante y útil, nada bello y digno de consignarse en la historia de la humanidad, en que no haya tomado una parte activa el catolicismo, llamado á ser el principal elemento de civilizacion y de progreso intelectual y social en todas las naciones y en todos los siglos. Ahí está la historia; abiertas están sus páginas para todos cuantos deseen evidenciar esta verdad importante. Nosotros no necesitamos recurrir á su testimonio, porque estamos íntimamente convencidos de ella.

Reasumiendo, pues, lo que llevamos dicho, y dando una ligera mirada retrospectiva hácia el advenimiento del Salvador al mundo, y partiendo desde allí hasta el presente, preciso nos es convenir en que una religion que se anuncia desde los primeros dias de la creacion con todos los caracteres de única salvadora; un culto que es desde el mismo paraiso el objeto de los deseos y de los suspiros de toda la humanidad, y que se halla simbolizado en todos los sacrificios, en todas las profecías, en todos los monumentos del pueblo hebreo, y en sus mas notables acontecimientos; una creencia que se halla encarnada en el sentimiento íntimo de todos los hombres, desde Adán hasta el Bautista; una doctrina que aparece con su divino autor en el siglo mas brillante, en el apogeo de la antigua civilizacion, y se estiende con rapidez por todos los ángulos del globo llevada por los discípulos del Hombre-Dios, é inaugura una nueva

era, nuevas leyes, nuevas costumbres, nuevas doctrinas, y un nuevo culto, el culto de la abnegacion y del sacrificio, de la humildad y del propio menosprecio; y sin embargo cambia la faz del universo, renueva el mundo en su totalidad, opera una reaccion universal en los hábitos, en las afecciones, en los instintos, en la legislacion, y emancipa al siervo, y engrandece á la mujer, y glorifica al pobre, y humilla al poderoso, y rompe las cadenas de la esclavitud, y proclama la libertad, y enseña el amor comun, y condena el despotismo y la tiranía, y disipa el error, y ahuyenta el vicio, y hace surgir la virtud en medio de los excesos del crimen, y sustituye la unidad de Dios al politeismo pagano, y estrecha los lazos de la familia, y hace desaparecer las preocupaciones de nacionalidad; una doctrina en fin que en todos los paises marcha al frente del progreso intelectual y moral, y suaviza las costumbres salvajes, y rectifica las ideas erróneas, y modifica los instintos incivilizados, y se une á las grandes empresas, y se asocia á las conquistas colosales de la inteligencia, y toma la iniciativa en los proyectos útiles, é inspira á los génios eminentes, y presta su concurso á todo cuanto de grandioso y positivo viene realizándose en el mundo á través de diez y ocho siglos; preciso es convenir, repito, en que todo esto prueba de un modo indudable «la grandeza y magestad del catolicismo, anunciado como primer elemento civilizador de las sociedades.»

Lo es y lo será siempre, pues escrito está en el Evangelio de este día: «En verdad os digo que no pasará esta generacion hasta que todo lo dicho se cumpla. El cielo y la tierra pasarán pero mis palabras no faltarán jamás.» Ellas subsistirán siempre invariables y por consiguiente lo será el catolicismo, principio de dicha y bienandanza en el tiempo, y camino único para llegar á la eterna inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA II DE ADVIENTO.

UNÁNIME CONFORMIDAD DEL MUNDO EN ESPERAR UN SALVADOR, CUYA
DOCTRINA REUNIESE TODAS LAS CONDICIONES DE VERDADERA Y
ESENCIALMENTE CIVILIZADORA.

Tu es qui venturus es, an alium expectamus?

¿Eres tú el que has de venir, ó es otro el que esperamos?

MATH. XI, 3.

EL hombre, ser inteligente, nació para creer. La religion es para él mas que un sentimiento ó una pasion, es una necesidad. Falsa ó verdadera, absurda ó racional, há menester una creencia que alimente su espiritu, bien así como no puede pasarse sin el alimento cotidiano que fomenta y sostenga sus fuerzas vitales. Por eso se ha visto siempre el principio religioso en primera línea en todos los pueblos, aun los mas bárbaros é idiotas, si bien envuelto en groseras supersticiones y en errores á cual mas degradantes. Pero como quiera que el error no puede satisfacer al alma que instintivamente apetece y busca la verdad, de ahí las dudas, los temores, la curiosidad, y ese deseo insaciable que arrastra de continuo al hombre en pos de lo que únicamente puede formar el objeto de su fé, siquiera la pasion unas veces, otras la ignorancia, y no pocas la depravacion ó el vicio, pretendan extinguir en su corazon ese sentimiento innato que descubre en él el sello de la creacion.

Esta propension irresistible á inquirir la verdad se manifiesta par-

tiularmente en aquellos pueblos en que ha brillado la luz de la revelacion; y entre todos aquel que estaba destinado á ser como la primera conquista del Evangelio, el tipo y la piedra angular del grandioso edificio del catolicismo, nos ofrece una conformidad sorprendente y una maravillosa unanimidad en este punto. Cuatro mil años de deseos y esperanzas, no habian podido amenguar en el pueblo hebreo el sentimiento íntimo de un futuro Reparador, y la fé en los vaticinios que venian anunciándole. A medida que se acercaba el término prefijado para ver surgir la estrella de Jacob, y el tallo de la casa de Israel, acrecentábase su entusiasmo. Pero por lo mismo que le deseaban con avidez, parece que temian incurrir en error acerca de su persona y querian cerciorarse acerca de su mision.

Harto nos manifiesta esta verdad el Evangelio de hoy poniéndonos á la vista las dudas del precursor aun despues de estar ya en el mundo el Mesías prometido. *Como oyese Juan en la prision las obras maravillosas de Cristo, envió dos de sus discípulos á preguntarle: ¿Eres tú el que ha de venir, ó es otro el que esperamos? A lo que Jesus les respondió diciendo: Id y decid á Juan lo que habeis oido y visto. Los ciegos ven, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios, los cojos andan, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados; y bien aventurado aquel que no fuere escandalizado en mí. Luego que se marcharon estos empezó Jesus á decir á las turbas hablando de Juan: ¿Qué salisteis á ver al desierto? ¿Una caña agitada por el viento? ¿Pero qué salisteis á ver? ¿A un hombre vestido con afeminacion? Ya sabeis que los que visten así están en los palacios de los reyes. ¿Mas qué habeis salido á ver? ¿A un profeta? Yo os digo que es mas que profeta. Pues él es de quien está escrito: Hé aquí que yo envío á mi ángel ante tu rostro, el cual irá delante de tí preparando el camino.*

A la simple lectura de este pasage evangélico se descubre desde luego por una parte la persuasion general en que á la venida del Salvador estaban los hombres de que su doctrina debia ser una doctrina pura, verdadera, celestial, nueva, nunca oida en el mundo, y adornada de todos los caracteres de divina, y por consiguiente que sus obras debian estar en completa conformidad con ella. De aquí

el juzgar el Bautista, y no sin fundamento, que el que obraba tamaños prodigios cuál le habian referido, no podía ser sino el Salvador prometido, y por eso quiere cerciorarse de ello. Por otra parte se ve que el que dió al hombre esa inquieta curiosidad de saber y el deseo de hallar la verdad, jamás le niega los elementos necesarios para encontrarla; y ved por qué á las preguntas de Juan contesta Jesucristo con hechos tan luminosos y con pruebas tan irrecusables que no pueden admitir duda ni tergiversacion de ningun género. Lo que entonces aconteció, aconteció todos los dias entre nosotros. Los siglos vienen demostrando la misma fermentacion de ideas y de errores que se agitan en el seno de las sociedades, prueban de un modo inequívoco que así como en los tiempos primitivos era general la espectacion del Mesias reparador del linage humano que debía venir á enseñar una doctrina celestial y única verdadera, del mismo modo hoy dia todos ansian saber cuál es esa y en dónde se halla depositada. Todo lo cual manifiesta la *unánime conformidad del mundo en esperar un Salvador cuya doctrina reuniese todas las condiciones de verdadera y esencialmente civilizadora.* Hé aquí el asunto del presente discurso, etc.

Ave María.

REFLEXION ÚNICA.

Como el error habia tenido su origen en el Paraíso, y allí en la cuna de la creacion habia surgido el génio de la incredulidad, era consiguiente que del mismo punto que partiera el mal partiese tambien el remedio. Por eso al lado de la doctrina falsa y seductora de la serpiente antigua que intentó y consiguió fascinar la inteligencia y origen de los dos primeros habitantes del globo con ideas y pretensiones de divinidad, se oye por primera vez la voz de la verdad divina, que se pone en lucha abierta con la mentira, y promete realizar en el porvenir el triunfo mas completo sobre la seduccion y el error.

No es decir que Dios aplazase para la época demasiado lejana de la venida del Salvador al mundo el dar á la humanidad una enseñanza suficiente á sostener su fé. Instruyóla de muchos modos y en diversas formas por medio de sus profetas (1), depositarios de la verdadera revelacion, y la antorcha de la divina enseñanza jamás dejó de brillar durante los cuatro mil años que precedieron á la aparicion del cristianismo. Sin embargo, en proporcion que la gran familia humana se propagaba, desarrollábanse las ideas, crecian y tomaban mayor ensanche las aspiraciones, y no eran menós vehementes los deseos de ver al doctor universal que les habia sido prometido, cuya doctrina debia estar marcada con el sello de la mas alta sabiduría. Tal era el unánime sentimiento que reinaba en todas las clases de la antigua sociedad judáica. El Señor habia dicho por Isaías: «Hé aquí que yo voy á dar á los pueblos un gran testimonio de mi divinidad, y un caudillo y preceptor á las naciones... Y al modo que la lluvia y la nieve caen del cielo y empápan la tierra, la penetran y la fecundan, á fin de que dé simiente que sembrar y pan que comer, así tambien mi palabra no carecerá de fruto... Saldreis con gozo de la esclavitud y tornareis en paz á Jerusalem... (2) Practicad la justicia porque la salvacion que yo envio está para llegar (3).» «Regocijaos, hijos de Sion, dijera tambien por medio de Joel, alegraos en el Señor Dios vuestro, porque os va á dar el MAESTRO DE LA JUSTICIA... y bendecireis el nombre del Señor que ha hecho en vuestro favor cosas tan admirables, y nunca mas será confundido mi pueblo (4).» Todos los libros proféticos abundan en estas mismas ideas; no hay una sola página que no revele la fé de la humanidad en el Mesías que estaba destinado á traerla una nueva doctrina que la rehabilitase completamente dando cumplida satisfaccion á todas sus necesidades. De aquí aquellas expansiones de gozo

(1) Multifariam multisque modis olim Deus loquens Patribus in prophetis, etc. (Ad Hæbr. I. 1.)

(2) Isaïe. LV. 4. 10. 11. 12.

(3) Ibid. LVI. 1.

(4) Joel. II. 23. 26.

en que prorrumpia el hijo de Amós, cuando al vislumbrar la futura grandeza del catolicismo, esclámaba: «Levántate, oh Jérusalen, y recibe la luz, porque ha aparecido sobre tí la gloria del Señor...» A tu luz caminarán las gentes y los reyes irán en pos de sus resplandores... Vendrán de lejos tus hijos, y tus hijas afluirán de todas partes. Entonces se asombrará tu corazón y se ensanchará al ver la muchedumbre de pueblos que vendrán á unirse contigo de la otra parte del mar... Y estarán siempre abiertas tus puertas, y no se cerrarán de día ni de noche... La nación y el reino que no se someta á tí perecerá... No habrás menester sol que te alumbré durante el día, ni necesitarás de noche el esplendor de la luna, porque tu mismo Dios será la sempiterna luz tuya y tu gloria (1).»

Mas no se crea que la idea mesiánica se concretase á los estrechos límites de la Judea ni á las tradiciones particulares de aquel pueblo. «Ella atravesó el Jordan, salvó el Eufrates, el Indo, el Mediterráneo, todos los Océanos, y llevada en las alas invisibles de la Providencia, como se espresa un eminente orador contemporáneo, penetró en los pueblos mas diversos y remotos para crear en ellos una esperanza uniforme y un recuerdo universal.» Consultad las tradiciones de todos los países, y os asombrará el ver una conformidad tan sorprendente acerca de la misma idea, en hombres separados por tantos siglos y por distancias inmensas. Si pasais á la estremidad oriental del Asia oireis á Confucio hablar de un *Santo verdadero*, que segun él debia dejarse ver hácia el Occidente (2). Si os transportais al país de Rómulo escucharéis á Virgilio anunciar al siglo de Augusto la venida de un niño misterioso llamado á desterrar del mundo la iniquidad é inaugurar un nuevo orden de cosas y el reinado de la justicia (3). Tácito, refiriéndose al reinado de Vespasiano, asegura que era una persuasion muy general, fundada en antiguos escritos sacerdotales, que en aquella época debia prevalecer el Oriente, y que algunos hombres venidos de la Judea se apoderarian

(1) Isaia. LX. per tot.

(2) D'Herbelot. Biblioth. oriental.

(3) Aeneid. VI. 16. et alib.

del gobierno del mundo (1). Por último, es cosa sabida que hasta los mismos racionalistas del último siglo han reconocido y respetado esta unanimidad de la espectacion mesiánica, encarnada por decirlo así en el sentimiento íntimo de los antiguos pueblos, y consignada en sus libros sagrados y mitológicos. Voltaire lo ha confesado (2); Volney lo ha repetido muchas veces (3); y Boulanger llega hasta el punto de decir «que pudiera llamarse al Oriente el polo de la esperanza de todas las naciones (4).»

Ahora bien; ¿se realizó en efecto esta idea universal? Indudablemente. La luz anunciada por Isaias se dejó ver en la plenitud de los tiempos. El ORIENTE vaticinado en los libros proféticos, el SANTO por excelencia consignado en los mitos paganos, el Salvador prometido á la raza proscripta apareció sobre la tierra, y vino con él el cristianismo cuando debía venir, con la oportunidad propia de las grandes revoluciones preparadas por la Providencia. Reducido primeramente á un estrecho rincon de la Judea, va despues ensanchando sus límites, y lenta y gradualmente sube desde la choza hasta el sòlio, desde la red del pescador hasta el cetro de los Césares, penetra en las escuelas, se difunde entre los sabios, invade los tronos, y pasa de uno á otro confin del globo. El persa voluptuoso que se curva ante el sol, el caldeo que busca en el curso de los astros el objeto de sus adoraciones, el egipcio inventor de las ciencias y las artes, el árabe morador de los desiertos, el griego presuntuoso y grave pero fino y civilizado, el romano dominador del orbe, los que habitan los bosques de la Germania, no menos que los habitantes de los Palus-Meotides, los que en las pantanosas lagunas de la Galia consultan á la encina sagrada, bien así como los que en las orillas del Duero ofrecen una vaca blanca á Diana y Pasiphae, los países mas remotos y encarcelados en la negra region de la muerte ven la gran luz del catolicismo, y como el precursor en las prisiones, lle-

(1) Histor. V.

(2) Additions á l'histoire générale. pág. 45.

(3) Les Ruines. p. 228.

(4) Recherches sur l'origine du despotisme oriental. Sect. 4.

gan á oír las maravillas que por donde quiera va desarrollando ese gran principio civilizador. ¿Y qué sucedió? ¿Qué es lo que viene sucediendo á través de mas de diez y ocho siglos? Lo mismo que hoy nos refiere el Evangelio del tiempo de San Juan; el cual «como oyese en la cárcel las obras maravillosas de Cristo, envió dos de sus discípulos á preguntarle: ¿Eres tú el que ha de venir, ó es otro el que esperamos?»

En efecto, esta pregunta viene repitiéndose de siglo en siglo y de generacion en generacion. Admirados los hombres en un principio de oír una doctrina que enseña al mundo la unidad cuando todo en torno suyo se divide y disuelve; que aspira á reformar con la caridad unas sociedades que caminan á su destruccion bajo el poder de la espada y del mas bárbaro despotismo; que predica la abnegacion á un siglo gangrenado por el sensualismo epicúreo; que aconseja el sacrificio del espíritu en una época en que, como dice un historiador contemporáneo, «los sangrientos holocaustos humanos servian hasta en la civilizada Roma de placentero espectáculo á los hombres y á las matronas, y de alegre y sabroso recreo á las delicadas doncellas;» admirados, digo, los hombres de ver estos y otros mil prodigios de civilizacion que gradualmente van desenvolviéndose bajo la accion poderosa y eminentemente social del catolicismo, todos se preguntan: «¿Es este el que ha de venir?» ¿Es esta la religion verdadera? ¿Es esta la doctrina que el mundo necesita y la que únicamente puede conducirlo á sus altos destinos, ilustrando las inteligencias y purificando los corazones? ¿Es ella la que está llamada á regenerar la gran familia humana? ¿Reune todas las condiciones de divina, humanitaria y esencialmente civilizadora? Estas dudas, idénticas vacilaciones, y los mismos ecos han resonado siempre en los siglos mas avanzados, y han tomado mayores proporciones segun que las sociedades han ido adelantando en las vías del progreso humano. El catolicismo, á pesar de los inmensos beneficios que ha ido derramando por do quiera, á despecho de las innumerables pruebas de su divinidad, no obstante esa larga huella de luz que viene marcando su carrera á través de las edades, ha sido y es hoy día el objeto de interpelaciones inmotivadas, de bruscos ataques y de apó-

trofes mas ó menos exagerados. El error filosófico le citó ante el tribunal de la razon; la incredulidad apeló de él al fallo de las revoluciones; la ciencia escudriñó los monumentos geológicos de la antigüedad, y buscó en ellos pruebas suficientes para desmentir las tradiciones biblicas; el racionalismo, el fourierismo, el proudhonismo, todas las escuelas modernas mas ó menos absurdas le han desafiado á discutir y á probar si es él el llamado á reinar en el mundo; le han exigido los títulos de su mision civilizadora. Pero él que no aspiró nunca á triunfar por medio de la discusion y de vanas polémicas, sin que por eso tema la luz ni esquite la demostracion; él que solo exige de los hombres una piadosa adhesion de la voluntad, y un racional vasallage del entendimiento á las verdades de la fé (3); él á quien sobran las pruebas de hecho para colocar su doctrina en el grado mas luminoso de evidencia, ha hecho y hace siempre lo que hiciera su divino autor, quien respondiendo á los emisarios del Bautista, les dijo: «Id y decid á Juan lo que habeis oido y visto. Los ciegos ven, los sordos oyen, los leprosos quedan limpios, los cojos andan, los muertos resucitan, los pobres son evangelizados. Y bien ayenturado aquel que no fuere escandalizado en mí.»

¿Y qué respuesta mas convincente pudiera darse al incrédulo, al sofista, al filósofo, al racionalista, y á cuantos por vana presuncion ó por curiosidad, por malicia ó por orgullo, preguntan si el catolicismo es una religion divina, y esencialmente civilizadora? ¿Cómo mejor que con hechos, y hechos públicos, palpables y á cual mas brillantes, pudiera contestarse á las objeciones de unos siglos llamados positivos, y que en todo y para todo apelan á los hechos? ¿Qué culto, qué religion, qué doctrina ha surgido en el mundo que como el catolicismo pueda presentar una série de testimonios tan luminosos de su mision, continuados á través de mas de mil ochocientos años? ¿Qué otro fuera de él ha realizado la idea mesiánica sostenida con una perseverancia tan admirable por espacio de cuatro mil años antes de la venida de Jesucristo, y encarnada no solamente en el mundo judío, si que tambien en el mundo griego, en el mundo ro-

(3) Rationabile obsequium vestrum. (Ad Rom. XII. 1.)

mano, en el mundo civilizado? Él solo ha podido y puede apelar al testimonio de los hechos y decir: «Id y referid lo que habeis oido y visto.» No son los milagros, digámoslo así, materiales, que desde la aparicion del cristianismo vienen multiplicándose en la Iglesia, las curaciones maravillosas, las resurrecciones instantáneas, y otros mil sucesos sobrenaturales, los únicos que prueban la divinidad de la religion y de la doctrina de Jesús, no: hay otros hechos portentosos, no menos visibles, y si se quiere mas propios para confundir la humana incredulidad. Ojead la historia, registrad los monumentos antiguos y modernós, recorred los pueblós, estudiad las revoluciones, observad los cambios sociales y políticos, reasumid, en una palabra, los acontecimientos históricos de mas de diez y ocho siglos, y ved sino encontrais donde quiera la accion civilizadora del Evangelio, desplegando anté vuestros ojos el espectáculo mas brillante y sublime.

«Los ciegos ven.» ¡Ah! ¿Quién no admira esa multitud de pueblós que, al difundirse el cristianismo por el globo, salen del caos de la idolatria, abren los ojos á la luz del Evangelio, se despojan de sus antiguas preocupaciones, huellan lo que antes adoraban, y adoran lo que antes escarnecian? «Los sordos oyen.» ¿No veis cómo al eco de la doctrina civilizadora de la Cruz desaparecen por todas partes las fabulosas mentiras del politeismo, caen los idólos de sus altares como en otro tiempo cayeron los muros de Jericó al sonido de las trompetas de Josué, y los hombres poco há sanguinarios, crueles, déspotas, sésuales y estraños á todo sentimiento de humanidad, se van despojando de sus envejecidos hábitos, y abrazan la mansedumbre, la caridad, la continencia, y todas las demás virtudes cristianas y sociales, que los hacen dignos de sí mismos y del gran porvenir á que están llamados por Dios? «Los leprosos quedan limpios.» ¿Cuántos errores no ha estinguido, de cuántas heregias no ha triunfado la doctrina evangélica? Perseguida desde su cuna, y siempre y donde quiera objeto de los tiros de mil enemigos conjurados contra ella, jamás estos han logrado prevalecer. Despues de prolongadas luchas, y de los mas bruscos ataques sostenidos por espacio de diez y ocho siglos, ella se ostenta victoriosa, y sus adversarios, unos en pos de otros, en su mayor parte, han sacudido las asquerosas es-

camas del error, han hecho justicia á la verdad, han rendido homenaje al catolicismo, y no pocos de ellos se han convertido en sus mas decididos apologistas. No necesitamos citar nombres: la historia los ha consignado en sus páginas, y muchos de ellos son harto conocidos. «Los cojos andan.» ¿Quién ha marchado siempre á la cabeza del movimiento religioso y civilizador de todos los pueblos que no han permanecido estacionarios en la servidumbre y en la ignorancia? El catolicismo. ¿Quién abrió el camino de la civilización á las hordas del Norte, que en los dias de Atila y Alarico amenazaban sepultar el Occidente en la mas completa ruina? El catolicismo. ¿Quién se opuso de frente al poder de la media luna, y lanzó el servilismo musulman que pretendia haer retrogradar la Europa al estado de su primitiva barbarie? El catolicismo. En suma, si el mundo marcha hoy libre y sin trabas de ningun género en las vias del verdadero progreso, y avanza de dia en dia en las ciencias, en las artes, y en todos los ramos del saber humano, es bien sabido que á la influencia del catolicismo debe una parte no pequeña de sus adelantos. Nadie como él ha estimulado y fomentado el génio; ningun otro principio ha sabido ni podido inspirar tantas bellezas; hasta en los mismos paises en que no es reconocido como culto dominante, ha presidido frecuentemente á los mas importantes proyectos, y de él se han tomado prestadas las mas bellas inspiraciones. «Los muertos resucitan.» No hablaremos de esas resurrecciones prodigiosas que vienen operándose sin interrupcion en las naciones no católicas: nada diremos de tantas y tan brillantes conversiones como se han verificado en las iglesias protestantes ó cismáticas. ¡Cuántos Lázaros que ya hedian en el sepulcro de la heresia ó de la incredulidad, han arrojado la losa que les cubria y han vuelto á la vida de la unidad católica! ¡Cuántos huesos áridos y descarnados, separados por mucho tiempo del cuerpo místico de la verdadera iglesia, reanimados despues por el sopro vivificador de la gracia, han tornado á unirse al principio vital del catolicismo! Pero estos milagros son demasiado patentes y públicos para que nos detengamos á enumerarlos. Los triunfos de esta clase que ha reportado y reporta diariamente la verdad católica, son tan brillantes que equivalen á una demostracion

la mas innegable de su accion siempre divina y civilizadora. «Los pobres son evangelizados.» ¡Ah! hé aquí la apología mas sublime del catolicismo: él solo se ha anunciado en el mundo como la religion de los pobres. Obra de un Dios que se hace hombre y aparece en la tierra reducido voluntariamente á la pobreza mas estremada, que elige por compañeros y confidentes á unos pobres pescadores, asociándose á su gran mision, ningun otro culto, ninguna otra doctrina ha simpatizado con la clase menesterosa de la humanidad hasta el punto de decir: «Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el reino de los cielos.» El pobre en la antigüedad, lo mismo en las naciones bárbaras que en las mas civilizadas, equivalia á lo mas abyecto y despreciable. Léanse los anales de la ilustrada Roma, y se verá cómo era tratada la clase pobre. Objeto de la mas refinada crueldad, condenada á la mas bárbara servidumbre, víctima del despotismo mas feroz, vivia en el mayor abandono y moria en la mas espantosa desesperacion. ¡Cuántas veces por servir de solaz á dueños desalmados eran arrojados los pobres á las fieras! ¡Cuántas por un brutal capricho se les condenaba á sufrir los mas repugnantes suplicios! ¡Cuántas!... Pero pasemos por alto unas escenas que no pueden recordarse sin horror, y demos gracias al cielo por habernos enviado esa religion civilizadora, que sola entre todas las demás ha sabido nivelar al pobre con el rico en la presencia de Dios, darle idénticos derechos, y proporcionarle iguales consideraciones sociales, humillando así la arrogancia del poderoso, condenando el orgullo y la inhumanidad del que por poseer mas bienes de fortuna se creia de una naturaleza superior á la del desgraciado que carece de ellos, confundiendo, en fin, la humana soberbia, y haciéndola respetar en los harapos del indigente la imagen del Hombre-Dios, que con la pobreza triunfó del mundo y conquistó un poder que jamás le será quitado. Bien puede exclamar, pues, el catolicismo á vista de tantas grandezas desarrolladas por su accion omnipotente, como su divino fundador en el presente Evangelio: «¡Bienaventurado, aquel que no fuere escandalizado en mí!»

Mas si lo dicho hasta aquí no bastase para convencer á los hombres de que la doctrina del Evangelio reúne todas las condiciones de

divina y esencialmente civilizadora, todavía podemos evocar otras pruebas no menos brillantes, y convidando á los que aun dudan, á considerar atentamente y estudiar sin preocupaciones el sublime espectáculo de la unidad católica, les preguntaremos como Jesucristo á las turbas hablando del Bautista: «¿Qué habeis salido á ver en el desierto? ¿Una caña agitada por el viento?» ¿Qué es lo que veis en la Iglesia católica? ¿Es por ventura alguna combinacion de formas tan várias y versátiles como nuestros sistemas de gobierno, que hoy se plantean para sufrir mañana reformas y modificaciones, y desaparecer al dia siguiente con descrédito? ¿Es acaso algun conjunto de bellas teorías que no sirven sino para fascinar momentáneamente los espíritus, sin dar otros resultados mas que la ignominia del que las concibiera? No: la constitucion de la Iglesia no es un sistema variable de leyes ó creencias basadas en la política ni en las combinaciones del saber humano: sus fundamentos son divinos, sus leyes emanan del cielo, sus creencias no pueden variar, porque la palabra de Dios es siempre una y eterna; en ella no hay opiniones, no hay partidos, no hay mas que un Dios, una fé, un bautismo; todo es unidad, y por consiguiente, nada en ella está sujeto á mudanza. Por eso, aun cuando se haya visto mecida y agitada por los vientos de las persecuciones, ó por los huracanes del error, siempre ha permanecido en pié, siempre firme; sus cimientos no han vacilado, y hoy, como el primer dia, se muestra cual roca inmóvil, contra la cual vienen estrellándose las espumosas olas del Occéano. «¿Pero qué salisteis á ver?» repetiremos con el Salvador: «¿A un hombre vestido con afeminacion?» ¿Por ventura el catolicismo se presentó al mundo halagando los sentidos, lisongeando las pasiones, predicando la molicie, ó fomentando la sensualidad? No: lejos de esto, él se manifiesta contrario á todas esas debilidades de la corrompida naturaleza; predica la mortificacion y la castidad á un siglo esencialmente muelle y voluptuoso; aconseja la parsimonia y la modestia á unas sociedades deslumbradas con el falso brillo del lujo y los placeres; enseña la austeridad de costumbres á unos hombres que divinizaban el vicio y levantaban altares á la prostitucion; ordena el desprendimiento y la caridad á unos

pueblos dominados por la ambicion y por el mas glacial egoismo. Y sin embargo, su doctrina, á pesar de las resistencias que encuentra, y á despecho de unas pasiones que se exaltan, va infiltrándose en las almas y ganando un terreno inmenso, hasta triunfar completamente de las preocupaciones, de los hábitos y de la corrupcion general. ¿Y no es esta misma doctrina la que andando el tiempo dió al mundo el brillante espectáculo de las mas bellas virtudes y del mas sublime heroismo, en los desiertos, en los monasterios, en medio de las ciudades, y hasta en el seno del gran mundo, hasta en los mismos palacios de los reyes? Y eso que Jesucristo habia dicho en el Evangelio de este dia: «Ya sabeis que los que visten afeminadamente solo moran en los régios alcázares.» Porque efectivamente, alli es donde mas que en ninguna otra parte habita la molicie, la voluptuosidad, el refinamiento del lujo, y ese deseo insaciable de lucir y gozar, que lejos de proporcionar esas ventajas que los modernos economistas nos abultan, no hacen, á la verdad, sino relajar los lazos sociales, fomentar el orgullo, dar alimento al vicio, nutrir el egoismo, y romper las costumbres.

Concluyamos ya, y epilógando todo cuanto llevamos dicho acerca de ese gran principio civilizador, preguntemos, por último, como el Salvador lo hiciera á las turbas: «¿Qué es lo que habeis salido á ver? ¿A un profeta?» Todos esos caracteres de la doctrina católica, ¿os parecen acaso la obra de un mero hombre? ¿No os revelan su origen celestial? ¿No encontráis en ellos el sello de la divinidad? Recordad la espectacion universal del mundo á través de cuarenta siglos; los vaticinios que anunciaron la venida de su áugusto fundador; la uniformidad de todos los pueblos y de todas las teogonias en sostener la idea mesiánica, y su realizacion esacta en la persona de Jesucristo; los progresos de esta doctrina salvadora; sus triunfos; sus prodigiosas consecuencias con relacion á la humanidad; su accion humanitaria y benéfica; y os convencereis de que el autor de esta doctrina «es mas que profeta,» y que del catolicismo es de quien estaba escrito: «Hé aquí que yo envio á mi ángel ante tu rostro, el cual irá delante de ti preparando el camino.» En efecto, la doctrina católica preparó el camino á la verdadera y positiva civilizacion,

inaugurando la mas sublime revolucion religiosa y social; ella ha continuado marchando á la cabeza de ese movimiento; ella ha multiplicado por do quiera sus beneficios; y su accion toda divina influye hoy como siempre en todos los grandes acontecimientos que tienden á mejorar la humanidad y á dar lustre y estabilidad á las sociedades: confirmando de este modo la *unánime conformidad del mundo en esperar un Salvador cuya doctrina reuniese todas las condiciones de verdadera y esencialmente civilizadora*, que es lo que me propuse probar en este discurso.

Haga el cielo que continuando entre nosotros esta misma persuasion, obremos conforme á ella, y merezcamos en esta vida los beneficios y bendiciones que derrama el catolicismo en los que siguen constantemente sus huellas, y en la otra una eterna y perdurable bienandanza.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA III DE ADVIENTO.

MISION SUBLIME DEL CATOLICISMO PERPETUADA EN LA IGLESIA POR
MEDIO DE SU DOCTRINA DIVINA Y CIVILIZADORA.

¿ Tu quis es ?

¿ Quién eres tú ?

JOAN. I. 49.

EL orgullo humano, siempre dispuesto á rechazar las verdades mas luminosas y autorizadas, cuando no las comprende ó no están en armonía con sus desordenadas pasiones, no se plega tan facilmente ante la revelacion. Empeñado en juzgar de todo segun las nociones de su menguada inteligencia, todo quiere someterlo á un exámen privado, de todo quiere enterarse por sí mismo, todo lo desea analizar, aun aquellas cosas que están fuera del dominio del análisis y de la humana demostracion, por hallarse basadas en el principio de la fé sobrenatural. Acontece con frecuencia, respecto del catolicismo, lo que hoy nos refiere el sagrado Evangelio hablando del Bautista. Todo el mundo esperaba al Mesías prometido como el único Reparador de la raza humana. Nadie ignoraba su mision esencialmente divina y civilizadora. Reinaba una persuasion unánime en todas las clases, de que aquel á quien esperaban era el enviado de Dios, y su

doctrina la única verdadera, como dejamos ya manifestado en los discursos anteriores. Ninguna duda pedia ofrecerse acerca de esto á los que discurriesen con juicio y sin preocupaciones. Sin embargo, *los judíos*, que por lo visto no debian estar muy conformes con la doctrina que el precursor predicaba en el desierto, *enviaron desde Jerusalem sacerdotes y levitas á San Juan, para preguntarle: ¿Quién eres tú? y confesó y no negó, antes protestó diciendo: Yo no soy el Cristo... ¿Pues quién eres? repusieron. ¿Eres tú Elias? Y dijo: No lo soy. ¿Eres tú un profeta? Y contestó: No. Pues ¿quién eres, volvieron á preguntarle, para que podamos dar alguna respuesta á los que nos han enviado? ¿Qué dices de tí mismo? Yo soy, dijo, la voz del que clama en el desierto: enderezad el camino del Señor como lo tiene dicho el profeta Isaías. Los enviados eran de la secta de los fariseos. Y le preguntaron de nuevo diciendo: ¿Pues cómo bautizas, si tú no eres el Cristo, ni Elias, ni profeta? Respondióles Juan diciendo: Yo bautizo con agua; pero en medio de vosotros está uno á quien no conoceis. El es el que ha de venir despues de mí; que ha sido engendrado antes que yo, y á quien no soy digno de desatar la correa de su zapato. Todo esto ocurrió en Bethanja, al otro lado del Jordan, donde estaba Juan bautizando.* Hasta aquí el texto evangélico, por el que se trasluce desde luego que la intencion de los judíos, bien así como la de sus emisarios, no era la de identificar la persona del Bautista, como á primera vista parece, sino la de explorar su mision y el objeto de sus predicaciones.

Y esta misma petulancia farisáica, ¡en cuántas ocasiones la hemos visto reproducirse en el mundo despues del advenimiento del catolicismo! Mil y mil veces saliéndole al encuentro en su marcha civilizadora, sorprendiéndole, digámoslo así, en medio de sus mas brillantes triunfos, se le ha interpelado en la persona de sus precursores, los ministros del Evangelio, se le han exigido las credenciales de su mision, y en nuestros mismos dias se le ha preguntado con arrogante orgullo: «¿Quién eres tú?» ¡Como si diez y ocho siglos de existencia á través de tantas y tan crudas pruebas no evidenciasen su origen celestial, y no pusiesen de manifesto sus altos destinos! ¡Como si

despues de una lucha sin tregua en que ha sobrevivido á todas las doctrinas y á todas las sectas mancomunadas contra él, pudiera dudarse de su procedencia divina, y de que está llamado á gozar de una duracion eterna! Los enviados de Jesucristo, los heraldos evangélicos, así lo han manifestado á cuantos curiosos ó arrogantes, incrédulos ú orgullosos les han interrogado acerca de su mision. «Nosotros, han dicho, bien así como el Bautista, no somos Cristos, ni Elias, ni profetas; somos, si, los ecos de la verdad increada, los representantes del Verbo hecho carne, los depositarios del dogma católico, llamados á transmitir la doctrina que el Salvador vino á enseñar al mundo y á civilizar con ella al universo, dirigiendo á los hombres por el camino de la salvacion. Esto mismo vengo yo á confirmar en el presente discurso, en el cual, sin salirme del texto evangélico, os mostraré la *mision sublime del catolicismo perpetuada en la Iglesia por medio de su doctrina divina y civilizadora*. Invoquemos las luces celestiales por la intercesion de la Virgen-Madre, saludándola con las palabras angélicas:

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

«Los judios piden milagros; los griegos por su parte exigen ciencia; nosotros, empero, predicamos sencillamente á Jesucristo crucificado, lo cual es para los unos motivo de escándalo, y para los otros una fatuidad, si bien para los que han sido llamados á la fé, ora judios ó griegos, es Cristo la virtud de Dios y la sabiduria de Dios. (1).» Así hablaba San Pablo en su tiempo, aludiendo á los que menospreciaban la doctrina del Evangelio como insu-

(1) Judæi signa petunt, et Græci sapientiam quærunt; nos autem predicamus Christum crucifixum: Judæis quidem scandalum, Gentibus autem stultitiam: ipsis autem vocatis judæis, atque Græcis, Christum Dei virtutem, et Dei sapientiam. (1. Corint. I. 22, 23, 24.)

ficiente para llenar sus deseos y satisfacer sus exigencias. Querian los unos verla confirmada con hechos milagrosos, pero hechos que estuviesen en relacion con la conquista temporal del mundo: como si del mundo fuese el reino de Jesus en el sentido material que el judaismo venia entendiendo las profecias relativas al futuro dominador del orbe. Aspiraban los otros á ver una doctrina embellecida con el follaje de la humana elocuencia, que se prestase fácilmente á su imaginacion poética, y se armonizase con su cultura y civilizacion. No comprendieron los misterios de aquella ciencia divina; no supieron apreciar como debian los tesoros de celestial sabiduría encerrados en el Evangelio; su luz les deslumbró; se cegaron con sus resplandores; la ceguedad de sus inteligencias pasó á sus corazones (1); y ensoberbeciéndose en vez de humillarse, desconocieron su origen divino, abandonaron sus enseñanzas, y apelaron á su propia razon estraviada contra la razon luminosa del catolicismo. De aquí, como consecuencia inmediata, el lanzarse la humanidad en un caos de aberraciones y absurdos cuales nos demuestra la historia de los pueblos que no quisieron abrir los ojos á la luz del Evangelio; de aquí esa cadena de errores y de crímenes en que se vieron envueltas las naciones que despues de recibir la doctrina católica abjuraron sus principios por correr en pos de doctrinas nuevas y peregrinas; de aquí las pretensiones de someter los dogmas católicos al exámen privado é individual; la lucha de la filosofia contra Jesucristo; los ataques de la ciencia humana contra la ciencia divina; de aquí, en fin, ese enfático desden con que los emisarios del error, siguiendo las huellas de los enviados por los judíos de Jerusalem á San Juan, interrogan al catolicismo como aquellos al precursor: «¿Quién eres tú?» ¿Qué doctrina es esa que aspira á dominar en el mundo de las inteligencias sobre todas las demás doctrinas? Y en efecto, no hay punto de esta doctrina que no se haya analizado, ni pasaje evangélico que la ciencia filosófica no haya evocado á un minucioso exá-

(1) Cum cognovissent Deum, non sicut Deum glorificaverunt... sed evanuerunt in cogitationibus suis, et obscuratum est insipiens cor eorum. etc. (Ad. Rom. I. 21.)

men para encontrar en él algo que reprochar ó que oponer á las verdades reveladas; pero por fortuna ha sucedido todo lo contrario, y las investigaciones mismas de la filosofia no han hecho sino dar mayor realce á la divinidad de la religion, y apoyar sus sublimes enseñanzas con los testimonios mas brillantes en favor de su autor. Léanse los libros de esos mismos hombres que se propusieron hacer una guerra sin tregua al catolicismo; ojeéense las páginas del corifeo de la incredulidad, del enemigo mas temible que ha tenido la religion del Crucificado en los últimos siglos; y no podrá menos de admirarse cualquiera al ver cómo el convencimiento les arrancó en ciertos momentos de calma y reflexion, confesiones que pudieran tomarse por rasgos de los mas decididos apologistas del cristianismo. No citaré mas que algunos entre otros muchísimos que todos saben. «El libro »divino del Evangelio (dice el filósofo de Ginebra), es el solo necesario á un cristiano, y el mas útil aun para aquellos que no lo sean. »El no necesita mas que ser meditado para engendrar en el alma el »amor hácia su áutor, y escitar en ella el deseo de cumplir sus pre- »ceptos. Jamás la virtud habló un lenguaje tan dulce é insinuante: »nunca la mas profunda sabiduría se espresó con una energía y sencillez tan admirables (1).» «Los primeros nazarenos (escribe el autor »de las cartas judías), han predicado una doctrina tan conforme á la »equidad y tan útil á las sociedades, que sus mas pertinaces enemigos, no pueden menos de convenir en que los preceptos morales »de aquella son infinitamente superiores á los de los hombres mas »ilustrados de la antigüedad... Ellos poseen todos nuestros principios; »pero solo ellos han deducido sus verdaderas consecuencias.» Por último, hé aquí cómo se espresa otro escritor nada sospechoso en la materia: «Si alguno dudare de la escelencia de la doctrina del cristianismo sobre todas cuantas anteriormente habian sido enseñadas, »no há menester mas que leer atentamente esos incomparables escritos por cuyo medio ha llegado á nosotros, y compararlos con las »mas célebres producciones del mundo pagano. Si despues de este »exámen hay quien se atreva á dudar que estos escritos son mas be-

(1) Pensam. de J. J. Rousseau, p. 3.

»los, mas sencillos y originales que cualesquiera otros, no tendré
»dificultad en asegurar que está tan falto de buen gusto como de buena
»fé, y tan lejos de ser buen crítico como de ser buen cristiano (1).»

En vista de estos testimonios que nos economizan otras muchas pruebas que pudiéramos aducir en confirmacion de nuestro aserto, bien puede el catolicismo decir como el Bautista en el presente Evangelio: «Yo no soy el Cristo, pero soy la espresion genuina de su divinidad, el eco de su doctrina, el depositario fiel de sus preceptos y enseñanzas, la personificacion de su autoridad, y el destinado á continuar en el mundo su mision civilizadora. De él la he recibido, y en su nombre vengo ejerciéndola á través de diez y ocho siglos, y la ejerceré hasta la consumacion de los tiempos.» ¿Pueden, por ventura, decir otro tanto el paganismo, el islamismo, el protestantismo, el filosofismo, y todas esas escuelas antiguas y modernas que han surgido en el mundo antes y despues del advenimiento del Salvador? Devolvámoslas el mismo argumento que ellas hacen al catolicismo, preguntemos á cada una separadamente, para que así resalte mas la divinidad de la doctrina católica: «¿Qué eres tú? ¿Eres Elías?» Muéstranos las pruebas y los títulos de tu mision civilizadora. En vano. Si examinamos la doctrina del paganismo, desde luego habrá de contestarnos: No soy yo la que estaba llamada á reinar en el mundo. Y de hecho, ¿qué bienes, qué ilustracion podia proporcionar á la humanidad una doctrina basada en la razon orgullosa, que por no querer inclinarse ante la magestad del Dios Criador, concluyó por postrarse y hacer postrar al hombre ante las criaturas mas viles y despreciables, tributando á los cuadrúpedos, á las aves, á las serpientes, como dice San Pablo, el culto que se habia resistido á tributar á su Hacedor? (2). ¿Cómo podia satisfacer sus necesidades una doctrina que en todo encontraba á Dios menos en el Dios

(1) Milord Jenis. Exámen de la evidencia intrinseca del Cristianismo; Propos. 2.

(2) Et mutaverunt gloriam incorruptibilis Dei in similitudinem imaginis corruptibilis hominis, et volucrum, et quadrupedum, et serpentum...—Commutterunt veritatem Dei in mendacium: et coluerunt et servierunt creaturæ potius quam Creatori. (Ad Rom. I. 23, 25.)

verdadero, que enseñaba el vicio como un deber, aplaudía el crimen como un acto de religion, sancionaba el homicidio como un sacrificio grato á la divinidad, formaba el apoteosis de la lascivia, y relajaba los lazos sociales fomentando la desunion en la familia, las rivalidades entre las diversas clases del estado, el ódio de nacion á nacion, la venganza, y las mas bajas preocupaciones?

Si del paganismo pasamos al islamismo, que es despues de la verdadera religion la doctrina que mas se ha propagado en el mundo, y le preguntamos «¿Qué eres tú? ¿Eres algun profeta?» Indudablemente habrá de contestar: «No soy.» Gloríese en buen hora, de reconocer por fundador á un hombre á quien ha querido titular Gran Profeta; pero ¿cuál ha sido su mision sobre la tierra? ¿Qué es lo que ha venido á enseñar? ¿Qué civilizacion ha traído á los hombres? Su mision fué la de fundar un imperio universal basado en la fuerza y en el mas bárbaro despotismo. Su civilizacion era la civilizacion del alfanje; y su doctrina la doctrina del sensualismo. Ciertamente que la religion de Mahoma es, como observó el sábio Grocio, de un origen enteramente bíblico. En el Corán vereis citados con frecuencia los nombres de los mas ilustres patriarcas, y hasta los sitios mas célebres en que se realizaron los grandes acontecimientos del pueblo judáico; leereis páginas enteras que parecen extractadas de los sagrados libros, ó de las antigüedades cristianas. El islamismo es, en una palabra, la parodia mejor inventada, la asimilacion mas perfecta del cristianismo. Pero esto mismo ¿qué otra cosa prueba sino que no pudiendo Mahoma fundar su religion sobre bases propias, tuvo que tomarlas prestadas de la única que estaba cimentada sobre fundamentos indestructibles? «El cristianismo, ha dicho un escritor contemporáneo, es la única religion que tiene pruebas; y donde quiera que se ha manifestado una vez con la autoridad de su historia, preciso es que el error tome de ella su punto de apoyo, y se ingerte en su tronco poderoso, único que ha echado raíces en la antigüedad.» La mision pues del islamismo no era legítima, era usurpada, y como tal el mundo la rechazó como insuficiente para llenar sus deseos y satisfacer sus verdaderas necesidades. La humanidad necesitaba otra doctrina que estuviese mas en armonía con sus altos destinos; no era el

servilismo musulman, ni su ciego fatalismo el llamado á civilizar unos seres dotados del sentimiento de su libertad para obrar el bien, é instruidos ya por el cristianismo acerca de un gobierno providencial que rige los destinos del universo; ni los placeres de su soñado Eden, podian reemplazar el dogma de una inmortalidad de goces celestiales reservados para el justo en una vida sin fin.

Dirijámos la misma pregunta al protestantismo y al filosofismo: «¿Quién eres para que podamos dar una respuesta á los que nos han enviado?» «Yo soy, dirán tal vez, la voz del que clama en el desierto.» Y de hecho, nada mas que una voz, un eco adulterado del catolicismo son estas y todas las demás sectas que se han levantado contra él en los pasados y presentes siglos. Ramas cortadas del robusto tronco de ese árbol magestuoso, é impregnadas con su sávia han podido conservar algunos restos de su primitivo origen: pero no son ya el mismo árbol ni pueden brotar frutos de verdadera vida y de positiva civilizacion. «El catolicismo, usando de la elocuente expresion de un sabio, ha llegado á ser el tronco del error como el de la verdad, y el que lo niega totalmente, se abre un abismo donde solo germinará la muerte; por eso no se ha formado ningun culto despues de él que no haya tomado por base su historia y su nombre.» Ninguno, empero, como él ha llegado á vulgarizar su doctrina en todas las clases de la sociedad, desde un estremó á otro del mundo, desde la choza del pescador hasta el sòlio del monarca; ninguno ha podido resistir como él á los embates de los siglos; y la mano helada del tiempo que derrocó los imperios primitivos de la Siria y de la Caldea, y destruyó el poder de Ciro y Alejandro, y derribó el coloso del mundo romano, y pulverizó todas esas grandes repúblicas de la edad media, esa mano en fin que deslustra los mas grandiosos acontecimientos y precipita de su trono las mas sólidas dinastías, ni siquiera ha podido conmover los cimientos del catolicismo, fundado sobre la piedra inmóvil, Cristo, que le prometió una duracion eterna á despecho de las puertas del infierno (1).

¿Y por qué la doctrina católica ha sobrevivido á todas las demás

(1) Et portæ inferi non prævalebant adversus eam. (Matt. XVI. 18.)

doctrinas? ¿Cómo es que á pesar de oponerse de frente á las mas lisonjeras pasiones del hombre, y de ser diametralmente enemiga de cuanto mas halaga al corazon humano, ha podido no obstante triunfar de unas doctrinas que mas ó menos se acomodaban á sus corrompidas inclinaciones, y hallaban simpatías en sus mas vergonzosos instintos? El problema no es tan fácil de resolver si se busca la esplicacion de este fenómeno en las causas puramente naturales. Porque ¿quién puede concebir, humanamente hablando y segun la lógica y el orden natural de las causas y de los efectos, que una doctrina que enseña á someter ciegamente el entendimiento y á cautivar la orgullosa razon á las verdades de la fé, pueda prevalecer sobre una doctrina que emancipando las inteligencias de lo que ella llama una servidumbre deshonorosa, proclama la libertad omnimoda del pensamiento y el derecho de someterlo todo al crisol del raciocinio, y á la prueba del examen privado? ¿Quién puede explicar que una doctrina que predica la crucifixion de la carne con todos sus apetitos, el enfrenamiento de las pasiones, aun de aquellas que son mas caras al corazon humano, la castidad hasta en el pensamiento, la humildad hasta en las acciones mas virtuosas, la mansedumbre hasta dar la mejilla izquierda al que nos hiere en la derecha, el amor hasta con los mismos que nos persiguen y ultrajan, y otras mil cosas que parecen destruir todo el sistema del hombre y toda la economía de su creacion; cómo explicar, repito, que semejante doctrina haya podido triunfar de esas doctrinas que presentándose en el mundo con los mas seductores atractivos, han halagado la sensualidad, han lisonjeado el orgullo, han alimentado el egoísmo y prestado abundante pábulo á todas las demás pasiones del hombre, pintándole los goces materiales como la única felicidad á que puede aspirar en el mundo, la venganza como un deber, la ambicion de la gloria como una necesidad de las almas elevadas, la codicia insaciable del oro como un progreso de la moderna civilizacion, el duelo como un acto de honor y los vicios mas infamantes como una despreocupacion? Esto, vuelvo á decir, no se concibe fácilmente. En el orden natural y en la marcha ordinaria de las cosas, estas últimas doctrinas, inauguradas por el paganismo mucho antes del advenimiento de Jesucristo, y embe-

llecidas y sancionadas con el aparato de un culto magestuoso y fascinador, acreditadas despues sucesivamente por el islamismo y por casi todas las sectas que surgieron en los siglos medios, confirmadas últimamente en los tiempos modernos por la reforma, el materialismo, el racionalismo, y las demás escuelas filosóficas que desde Voltaire hasta Prudhoñ ha abortado el error, debieron sepultar y hacer desaparecer para siempre hasta el menor vestigio de la doctrina católica. Y sin embargo, no sucedió así: antes por el contrario ella subsiste rodeada cada vez de mayor prestigio, mientras todas las demás, unas en pos de otras, van cayendo en el mayor descrédito y desapareciendo como el humo, pero dejando cada cual una piedra para engrandecer el indestructible edificio del catolicismo.

Preciso es pues, para explicar este triunfo, recurrir á su origen divino. Todo lo que viene del cielo no puede menos de ser subsistente y eterno, bien así como lo que es de la tierra tiene el destino de perecer tan luego como ha llenado su mision transitoria. La mision del catolicismo debia durar tanto como los siglos, porque su doctrina era la única llamada á civilizar al mundo. Él solo puede decir como el precursor de Cristo á los fariseos de nuestro Evangelio: «Yo soy la voz del que clama en el desierto: dirigid el camino del Señor, como dijo Isaias profeta.» Yo soy la espresion legitima del pensamiento divino en orden á la gran familia humana: yo el destinado á mostrar á los hombres las sendas del deber y á conducirles por medio de la virtud á su positiva felicidad; yo encierro en mis enseñanzas todos los elementos de verdadera civilizacion, y «el que me sigue no andará en tinieblas sino que tendrá la luz de la vida (1);» porque mi doctrina responde cumplidamente á todas las necesidades del hombre, y mi espíritu, mas suave que la misma miel, satisface con creces todos los deseos bien ordenados de su corazon (2).

Pregúntenle en buen hora los que son incapaces de comprende,

(1) Qui sequitur me non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ.
(Joan. VIII. 12.)

(2) Transite ad me omnes qui concupiscitis me... Spiritus enim meus, super mel dulcis. (Ecci. XXIV. 25. 26.)

los tesoros de gracia y de belleza que encierra la doctrina evangélica, en medio del horror que inspira á la naturaleza corrompida con el vicio; interróguele como los emisarios de los judíos á Juan: « ¿Pues por qué bautizas si no eres tú el Cristo, ni Elias, ni un profeta? » Efectivamente: la arrogancia del error ha pretendido en todas épocas saber el por qué de todas las enseñanzas de la Iglesia católica y de sus sublimes prácticas religiosas. Impotentes los incrédulos para comprender los arcanos de la celestial sabiduría, se han querido arrogar el derecho de examinar por sí propios, y con las únicas luces de su inteligencia enferma y estraviada, la razon de sus operaciones, y la marcha que viene siguiendo á través de los siglos en su misión civilizadora. Han censurado sus misterios y sacramentos como vanas supersticiones; han satirizado sus creencias como preocupaciones y ensueños; se han burlado de sus dogmas como de unas fábulas inventadas para alucinar á los ignorantes; todo lo mas santo y sublime del culto católico, ha sido para ellos objeto de befa y de desprecio. Afectando ignorar lo que el catolicismo viene haciendo de grandioso y sublime en el mundo, las luces que ha derramado por do quiera que se ha llegado á sentir su acción esencialmente divina, los gérmenes de civilización que ha dejado en pos de sí, y los inmensos beneficios que ha derramado en el seno de la humanidad, han tachado unos su doctrina de revolucionaria y favorecedora del despotismo: la han evocado otros como favorable á sus ideas de demagogia y anarquía; estos la juzgan enemiga de los tronos: aquellos la acusan de tendencias tiránicas; quién la presenta como el tipo de una ambición insaciable de reinar: quién como el punto culminante del socialismo mas avanzado... ¡Ignorantes! El catolicismo no es una doctrina que varie de formas á cada momento, como el Prothéo de la fábula; es siempre consecuente con sus principios, siempre el mismo, siquiera en lo exterior respete las diversas formas de gobierno, y se acomode á las circunstancias de los tiempos y de los lugares, sin variar empero un ápice en lo esencial de su constitucion divina. Si hay hombres que, abusando de sus enseñanzas y torciendo el espíritu y la letra de sus doctrinas, las interpretan en favor de sus propios sistemas, mas ó menos absurdos, la culpa no es del catolicismo, es sí del er-

ror, que no comprende ó no quiere comprender el genuino y verdadero sentido del Evangelio. A estos y á cuantos intentan oponerle objeciones infundadas, puede muy bien contestar como San Juan á los emisarios de los judíos: «Cierto que yo bautizo con agua,» esto es, yo enseño misterios que la humana razon no alcanza á esplicarse, y autorizo ciertas prácticas que no están conformes con las ideas terrenales de unos siglos materializados; pero no por eso dejan de ser inspiradas por Dios y esencialmente civilizadoras: «pues en medio de vosotros está aquel á quien no conocéis. Él es el que ha de venir en pos de mí, y que fué engendrado antes que yo.»

Hé aquí la última y la mas brillante prueba de la mision del catolicismo: la asistencia continua del espíritu de verdad. El Salvador habia prometido solemnemente á sus enviados que estaria con ellos hasta la consumacion de los siglos (1), y esta promesa ha tenido exacto cumplimiento. Por grandes que hayan sido las tormentas que el espíritu de mentira ha suscitado contra la Iglesia; siquiera la barca de Pedro se haya visto muchas veces azotada por los impetuosos vientos del error, y amenazada frecuentemente por los huracanes de las revoluciones; en sus mayores conflictos, en sus peligros mas inminentes, en los momentos mas críticos y decisivos, la asistencia del divino fundador del catolicismo no ha faltado; su presencia ha dominado el poder de todos los elementos de destruccion hacinados por sus enemigos en torno suyo; su voz omnipotente ha calmado el furor de las embravecidas olas; y salvando los escollos que se presentaban ante él para obstruir su magestuosa marcha, ha continuado su rumbo á través de los siglos, y le continuará sin interrupcion hasta el último dia de los tiempos.

Nada pues nos resta sino admirar los inescrutables designios de la divina Providencia, que con tanta bondad se ha dignado multiplicar en el mundo las pruebas de esa religion salvadora que forma nuestra delicia en este mundo, y que está llamada á consumir nuestra dicha en la eternidad. Como quiera que la consideremos, ora en su inefable

(1) Et ecce ego vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi. (Matth. XXVIII. 20.)

autor, ora en los sublimes principios que enseña; ya contemplemos su acción poderosa y benéfica con relación al individuo, ya observe-
mos su influencia mágica respecto de las sociedades; bien sea que la
miremos en sí misma, ó bien relativamente á los demás cultos y sec-
tas que han surgido en el mundo antes y después de la venida del
Salvador, siempre admiraremos donde quiera *la misión sublime del
catolicismo perpetuada en la Iglesia por medio de su doctrina di-
vina y civilizadora.*

Seamos dóciles á esta doctrina, única que encierra en sí todos los
elementos del verdadero saber, y cuyos preceptos comunican la
ciencia mas sublime hasta á los mismos parvulitos (1). Sigamos cons-
tantes en pos de sus mandamientos que son rectos, y alegran los co-
razones é iluminan los ojos del hombre (2), para no caminar á ciegas
por los peligrosos senderos de la vida presente. No abandonemos sus
enseñanzas, que son la verdad por esencia, justificadas en sí mismas,
y mas codiciables que el oro y los tesoros (3); seguros de que ha-
ciéndolo así marcharemos sin temor á través de este siglo de corrup-
ción, y llegaremos á disfrutar de las delicias de una gloriosa inmor-
talidad.

(1) Testimonium Domini fidele sapientiam præstans parvulis,
(Ps. XVIII. 8.)

(2) Justitiæ Domini rectæ, lætificantes corda: præceptum Domini
lucidum, illuminans oculos. (Ibid 9.)

(3) Juditia Domini vera justificata in semetipsa... Desiderabilia super
aurum et lapidem præciosum multum. (Ibid. 10, 11.)

DISCURSO

PARA LA DOMINICA IV DE ADVIENTO.

SOLO EL CATALICISMO ESTABA LLAMADO A DESARROLLAR LOS FECUNDOS GÉRMENES DE LA VERDADERA CIVILIZACION, RECTIFICANDO CON SU DOCTRINA LAS ESTRAVIADAS IDEAS DE LA HUMANIDAD.

Omnis vallis implebitur, et omnis mons et collis humiliabitur; et erunt prava in directa, et aspera in vias planas; et videbit omnis caro Salutare Dei.

Los valles serán terraplenados, y los montes y los collados se allanarán. Las cosas tortuosas serán rectificadas, y las asperezas se convertirán en llanuras, y toda carne verá al Salvador de Dios.

LUC. III. 5. 6.

Decir que Dios arrojó al hombre sobre la tierra como un vil insecto y en el estado de bruto, esto es, en una completa ignorancia de sus deberes para con su Criador, para consigo mismo y para con sus semejantes, es un error tan absurdo en sí mismo, como funesto en sus consecuencias, y no menos injurioso al Sér Supremo, que humillante para el sér que él formara á su imagen y semejanza. La humanidad ha protestado y protesta contra esa aberracion de la escuela epicurea, siquiera en los siglos civilizados una filosofia insensata no se haya avergonzado de resucitar esa doctrina que el mismo sentimiento íntimo rechaza, y que vienen combatiendo á la vez á través de las edades la recta razon, la sana filosofia y la religion. Esta, en particular, ha demostrado hasta la evidencia que el hombre, al salir de las manos de Dios, salió ya perfecto, esto es, dotado no solamente de la vida material, si que tambien de la vida intelectual,

capaz de comprender el fin de su creacion y los altos destinos á que estaba llamado. Dios mismo, ó bien, hablando el lenguaje del Angel de las Escuelas, el Verbo que debia encarnar en el tiempo, fué quien aleccionó al hombre en la ciencia del deber, revelándole las verdades que habian de formar el objeto de su fé y el término de sus esperanzas (1); y esta enseñanza continuó propagándose por medio de la tradicion, del lenguaje y de las profecias, como hemos probado ya en uno de los discursos anteriores.

Si el hombre, por efecto de un orgullo insensato, no hubiese pretendido sustituir la razon á la fé, como lo hiciera en el Paraiso, su inteligencia no se hubiera extraviado; pero habiéndolo hecho así, quedó herida de muerte, y desde entonces comenzó esa lucha intestina que dura todavía, y durará hasta la consumacion de los siglos entre la carne y el espiritu, entre la verdad y la mentira; desde entonces se entronizó la ignorancia, y cundió la supersticion, y el error fué tomando de dia en dia mayores proporciones. ¡Tales fueron los frutos que produjo el árbol funesto de la ciencia del bien y del mal! ¡Hé ahí las consecuencias de la rebeldía de la razon humana contra la razon divina!

¿Quién, pues, podia curar esta profunda llaga que gangrenaba todo el cuerpo social? ¿Quién seria capaz de renovar la faz del mundo, y sacarle del caos en que le lanzaran los estravíos de una razon destituida, en justo castigo de su soberbia, de las luces de la verdadera ciencia? ¿Quién? Solo el cristianismo, anunciado ya de antemano á través de los siglos como la única religion salvadora y el único elemento de civilizacion para la humanidad. Y hé aquí lo que el Evangelio de este dia nos da á entender cuando hablando del Santo Precursor, dice: *En el año quince del imperio de Tiberio César, gobernando Poncio Pilato la Judea, siendo Herodes tetrarca de la Galilea, y su hermano Philipo tetrarca de Iturée y de la provincia de Trachonite, y Lysanias tetrarca de Abilina; hallándose sumos sacerdotes Annás y Caiphás, el Señor hizo entender su palabra á Juan, hijo de Zacharias, en el desierto. El cual vino por*

(1) S. Thom. adv. Praxeam.

toda la ribera del Jordan predicando un bautismo de penitencia para la remision de los pecados, como está escrito en el libro de Isaías el Profeta: Hé aquí la voz del que clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, enderezad sus sendas: todo valle será terraplenado: todo monte y cerro allanado: las cosas tortuosas serán rectificadas, y las asperezas se convertirán en llanuras, y toda carne verá al Salvador de Dios.

En efecto: la humanidad esperaba con ansia, y vió aparecer con gozo al Mesías prometido. Desde que el Hombre-Dios se dejó ver en la tierra, todo cambió de aspecto, y el mundo que hasta entonces se iba precipitando cada vez con mas ímpetu por la pendiente del mal, y envolviéndose de día en día en mayores tinieblas, saludó lleno de júbilo al eterno Sol de justicia que venia á ilustrar las inteligencias y á reformar los corazones; porque *solo el catolicismo estaba llamado á desarrollar los secundos gérmenes de verdadera civilizacion, rectificando con su doctrina las estraviadas ideas de la humanidad*, como voy á demostrar en el presente discurso, despues de implorar los auxilios divinos por la mediacion de la Virgen Purisima, á quien el ángel saludó, y nosotros con él saludaremos repitiendo sus sublimes palabras :

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Es cosa generalmente sabida y hasta vulgar, el estado de humillante degradacion en que se hallaba el mundo al tiempo de la venida de Jesucristo. No hay quien ignore cuán hondas raíces habia echado la supersticion, cuán profunda era la corrupcion del corazon humano, y á qué grado habian llegado los extravíos de su inteligencia. El fallo que San Pablo pronunciára respecto de los filósofos de la antigüedad, aunque severo al parecer, no era sino muy esacto. A fuerza de discurrir y sutilizar, guiados por la sola luz de

una razon enferma, no hicieron sino envolverse cada vez mas en las tinieblas de una ignorancia que pareceria increíble á no tener de ella pruebas tan convincentes é indudables. Enemigos en su lenguaje de las supersticiones populares, eran no obstante en su conducta los mas supersticiosos de los hombres; afectando burlarse de la nécia credulidad del vulgo, llegaron á ser los mas crédulos; y blasonando de sábios y despreocupados, hiciéronse los mas ignorantes y estúpidos (1).

No descorreremos el velo de la historia que oculta ese vergonzoso cuadro de vicios y de crímenes, cuya sola vista haria estremecer de espanto al hombre mas impasible y estoico. No reproduciremos la larga relacion de las aberraciones paganas, de sus ritos sanguinarios, de sus lúbricas festividades, de sus pueriles augurios, de sus monstruosos dogmas, y de sus divinidades nefandas. Bástenos saber, segun ha dicho el gran Bossuet, que en la antigua sociedad todo se divinizaba menos el verdadero Dios, todo era virtud menos la virtud misma. Apartemos, pues, los ojos de ese espectáculo tan repugnante y asqueroso de las costumbres idólatras, y fijémoslos únicamente en las doctrinas, considerándolas bajo el punto de vista social, y en orden á la civilizacion del linage humano.

Todas las escuelas filosóficas venian disputándose el mérito de la ciencia, y cada cual aspiraba á merecer la primacía en sus enseñanzas morales. En Grecia como en Roma, en el Areópago no menos que en el Foro, los grandes génios discutian con calor las cuestiones mas interesantes á la humanidad, y consignaban sus opiniones de la manera mas esplicita y terminante. ¿Y qué es lo que enseñaban? ¿Qué es lo que nos han legado esos hombres, en quienes se halla personificado todo el saber de la antigüedad y la verdadera historia de la civilizacion del mundo griego y romano? Interrogadles acerca de la divinidad. Los unos la constituyen en los cuatro elementos que entran en la composicion de los cuerpos: los otros no reconocen mas que una inteligencia acuatil ó sumida en el agua; estos os dirán que es un ser ideal que se halla en todos los demás séres,

(1) Dicentes enim se esse sapientes, stulti facti sunt. (Ad Rom. I. 22.)

y está mezclado con ellos, y como ellos sujeto á todas sus modificaciones: aquellos os darán por Dios un ser puramente mortal, ó bien un zodiaco ó una corona: quiénes le reducen á un círculo ó á una figura cónica, esférica ó piramidal; quiénes al sol, á la luna, ó á los astros que brillan en el firmamento. Hed ahí los sistemas de Thales, Empedocles, Pitágoras, Anaximenes, Parmenides, Anaximandro, Teófrastro, Zenon, Aristóteles y Platon. ¡Vergonzosa degradacion de la razon humana! ¡Lastimosos delirios de unas imaginaciones febriles, que hacian dudar al mas célebre filósofo y orador romano, si acaso no existiria Dios alguno, en vista de tantas y tan diversas opiniones, ó mas bien de aberraciones tan insensatas (1)! Examinadles con respecto á la naturaleza del alma, y les oireis divagar del mismo modo, constituyéndola ora en el fuego, ora en el agua, ya en la armonía numérica, ya en la combinacion de los átomos, unas veces en el soplo, otras en la palabra, tal vez en un quinto elemento, sin contar con que unos la hacian múltiple, otros única, y no pocos ninguna. ¿Y qué os dirán con respecto á la suprema felicidad del hombre? Para los unos no es mas que la posesion de la ciencia: para los otros el goce de los placeres sensuales; aquí es la abundancia de las riquezas: allí la ausencia de todo dolor; ahora la impasibilidad: despues la indiferencia; los menos desacertados la constituyen en los goces del espíritu: los mas cuerdos proclaman por principio la virtud y la honestidad. ¿Pero qué significaba esta fraseologia en la boca de un Platon que legitimaba los amores mas deshonestos é impúdicos? ¿Qué en la de un Ciceron, que sancionaba la venganza? ¿Qué en la de Aristóteles, para quien el robo no era un crimen? ¿Qué en la de Zenon, que aplaudia el suicidio? ¿Qué en la de Séneca, que autorizaba la prostitucion? ¿Qué, en fin, por abreviar este cuadro insoportable de miserias, qué en la del severo Caton, que se creia feliz en la embriaguez?

Basta; no nos detengamos mas en examinar los principios de las doctrinas filosóficas de la antigüedad, y deduzcamos la gran consecuencia que de lo dicho se desprende con relacion al asunto que nos

(1) Cicer. de Nat. Dior. I. 34.

hemos propuesto. Es pues cierto, indudable, que semejantes doctrinas, lejos de contribuir á la civilizaci6n del mundo, no hicieron sino degradar mas y mas á la humanidad. De las escuelas de los filósofos surgieron las mas densas tinieblas que oscurecieron los entendimientos, y las enseñanzas mas inmorales que completaron la corrupci6n de las costumbres. Las verdades primitivas, harto disminuidas ya entre los hijos de los hombres, segun el lenguaje bíblico (1), llegaron casi á desaparecer, merced á sus deletéreos principios. El indiferentismo, la incredulidad, el escepticismo, el ateismo, con todos los demás errores que ha consignado en sus páginas la historia de la filosofía griega y romana; hé ahí lo único que el mundo tuvo que agradecer á esos grandes maestros, impotentes para asentar una sola verdad, incapaces de enseñar una sola virtud, á pesar de tener esos bellos nombres pegados siempre á sus lábios. Así se explica que esos antiguos pueblos, tan orgullosos un día por su decantada ilustraci6n, por sus grandes hombres, y por sus grandes recursos, víctimas despues de su propia degradaci6n, gimiesen bajo el yugo del despotismo mas estúpido, atravesasen siglos y siglos encadenados al poder de tiranos tan corrompidos como ellos, y desapareciesen últimamente ante la hacha destructora de las hordas del Norte, que fueron el azote de Dios enviado á castigar los excesos y los extravíos de la pretendida civilizaci6n filosófica.

Era pues de absoluta necesidad que las doctrinas de la filosofía pagana fuesen reemplazadas por otra capaz de renovar la faz del mundo, ó mas bien de crear una nueva sociedad sobre las ruinas de la antigua. Esta gran misi6n pertenecia al catolicismo: él solo estaba llamado á desarrollar los fecundos gérmenes de la verdadera y positiva civilizaci6n, rectificando las estraviadas ideas de la humanidad. Tenia que empezar destruyendo todo cuanto edificára el filosofismo pagano, y derribando el gran coloso de una raz6n divinizada hasta el punto de ser ella el único árbitro de todas las creencias, de todos los dogmas y de todas las doctrinas, si es que doctrinas, ni dogmas, ni creencias quedaban en el mundo que pudiesen llamarse tales, y

(1) *Diminutæ sunt veritates a filiis hominum.* (Ps. XI. 4.)

no mas bien el colmo de la corrupcion, el refinamiento del vicio, y el delirio intelectual en su mas alta expresion. Tenia que entrar luchando con preocupaciones tan envejecidas como la misma sociedad que venia á reformar; condenando errores tan encarnados en los instintos de la humanidad como el sentimiento mismo de su existencia; enseñando, en una palabra, verdades tan superiores á la inteligencia enferma del hombre, y tan opuestas á lo que, á través de muchos siglos, venian enseñándole los maestros del mundo, que no podia menos de encontrar una resistencia tenaz y una oposicion universal. El triunfo de las nuevas ideas, si se conseguia, era indudablemente el mejor, el mas glorioso que habian visto las pasadas generaciones, porque era el mas dificil de todos, imposible si hubiera de realizarse con solo el poder humano. Pero era un poder divino el que presidia á esta grande obra de civilizacion; era un Dios-Hombre el que enviaba á sus discípulos á la conquista del universo; era el catolicismo, creacion de la divinidad, el que marchaba al frente de esta concepcion gigantesca; y su doctrina encerraba gérmenes fecundísimos y elementos bastantes para llevarla á feliz término.

En efecto, el catolicismo comienza á desenvolver estos gérmenes, y va sembrándolos por todo el universo. El fundamento de su doctrina es la unidad de Dios, principio de la unidad social. Combate desde luego el dogma de los cincuenta mil dioses del Olimpo, celebrados por los poetas paganos, y multiplicados casi al infinito por los caprichosos ensueños de los filósofos; y si bien en los principios su doctrina no encuentra mas que menosprecio ó desden, persecuciones ó amargas burlas, cadalsos ó esclavitud, sin embargo, ella va infiltrándose en las inteligencias, como la lluvia benéfica que cae sobre una tierra sedienta y erial, y por último produce en los corazones frutos abundantísimos de fé, la cual gana de dia en dia un terreno inmenso, y se propaga con admirable rapidez por todos los ángulos de la tierra.

Con la creencia de un Dios único quedan destruidos los principales cimientos del politeismo pagano, del idealismo filosófico, del panteísmo y demás escuelas que negaban este dogma fundamental de nuestra religion. Y una vez asentado este principio, ¡qué série de

consecuencias no se deducen de él tan consoladoras para la humanidad como favorables al progreso moral é intelectual, y á la verdadera civilizacion! Desde entonces el hombre que se creia atado al carro del irresistible y ciego destino, reconoce un sér providencial que desde el cielo preside á todos los acontecimientos de su vida, pero sin violentar su libre albedrío, antes bien dejándole en completa libertad de obrar el bien ó el mal, salvo empero el derecho de imponerle las recompensas ó los castigos á que se hiciese acreedor por sus méritos ó deméritos. Desde entonces el hombre no es ya un sér sin causa y sin objeto ostensible, arrojado sobre la tierra para vivir en ella algunos días luchando con la desgracia y con todo género de privaciones, y morir después sin esperanza alguna para el porvenir. El dogma de la inmortalidad del alma que se desprende necesariamente del de la existencia y unidad de Dios, engrandece sus ideas; el dogma de una felicidad eterna ennoblece sus pensamientos; el dogma de un Dios remunerador dá un gran valor á sus acciones, le hace fijar sus miradas en la eternidad, y dando una expansion indefinible á los afectos de su corazon, hácele que se considere como lo que es y como lo que está llamado á ser, como un ente racional dotado de una inteligencia capaz de remontarse sobre todo lo que dice relacion al tiempo, y de comprender los inefables misterios del amor divino, y de un alma destinada á participar de los efectos de este mismo amor y de la felicidad del que la criara á su imágen y semejanza. Y de aquí, ¡qué incremento no va tomando la doctrina católica! ¡Qué sentimientos tan diversos no va inspirando al hombre! ¡Qué diferentes son las miras de éste para consigo mismo, para con sus semejantes y con respecto á la sociedad! Considerando su propia dignidad, aprende á respetarse y á no hacerse indigno de sus altos destinos; mirando en los demás hombres otros tantos hermanos, aprende á amarles como tales; y al ver en ellos impreso el sello de la creacion y el tipo de la divinidad, reconoce el deber de respetar hasta las mismas debilidades y desgracias que son consecuencias de la humana naturaleza. Por último, contemplando en la sociedad el armonioso conjunto de unos seres criados para un mismo fin, llamados á unos mismos goces, y oriundos de un mismo origen, Dios, reconoce los altos deberes que

le están impuestos, sin querer que prevalezcan sus derechos; hácese una obligacion sagrada de observar las leyes fundamentales sobre que descansa el equilibrio social; aprende á obedecer con sumision, pero sin servilismo, á los depositarios de la autoridad; mira en los poderes constituidos una emanacion del poder supremo; y conformándose en un todo con los principios de órden establecidos para el bien público, contribuye por su parte á conservar la armonía que debe reinar en el mundo.

¿Y no son estos los principios que el catolicismo inculcó desde luego á todos los hombres, y los que no ha cesado de enseñar por espacio de mas de mil ochocientos años que cuenta de existencia? Dígase qué otra escuela, qué otra doctrina hubo jamás que desarrollase tantos y tan fecundos gérmenes de civilizacion. Cítese una sola que haya hecho en bien de la humanidad la mas mínima parte de lo que ha hecho el Evangelio. ¡Imposible! A la manera de las antiguas doctrinas filosóficas, las modernas no han hecho sino desviar cada vez mas al hombre de los verdaderos principios. Errores y extravagancias, aberraciones y mentiras, hé ahí lo que han enseñado; y crímenes, y revoluciones, y disolucion, y anarquía, tales han sido los amargos frutos de sus enseñanzas y todo el fondo de su decantada civilizacion.

Solo el catolicismo ha realizado sobre la tierra la bella alegoría de los libros sagrados de que hace mencion el Evangelio de este dia, cuando tomando las palabras del profeta Isaias, dice: «Todo valle será terraplenado, todo monte y cerro allanado, las cosas tortuosas serán rectificadas, y las asperezas se convertirán en llanuras, y toda carne verá al Salvador de Dios.» ¿No fué él el que con su doctrina esencialmente civilizadora levantó á la humanidad de la postracion y del envilecimiento en que la sumieran las doctrinas de la filosofía pagana, en cuyo estado hubiera permanecido siempre abatida, á la manera de esos humildes valles que apenas parecen participar de las influencias del cielo? ¿No fué él el que abatiendo los elevados montes del humano orgullo que se señoreaba despóticamente sobre sus semejantes, allanó el camino á la doctrina de la fraternidad, é hizo desaparecer poco á poco el derecho de servidumbre de los códigos de todas las

naciones en que llegó á ejercer su accion benéfica? ¿No fué él el que oponiendo virtudes heroicas á los vicios mas vergonzosos, entronizando la verdad sobre las ruinas del error, sustituyendo el imperio de la Cruz al imperio de las pasiones, y haciendo reinar en todas partes á Jesucristo sobre los mismos altares en que antes reinara el demonio, rectificó las ideas, cambió los instintos, dió distinta direccion á las costumbres, creó nuevos hombres, nuevas sociedades, y un mundo enteramente nuevo y diverso del mundo pagano? ¿No fué él, en fin, el que allanando por do quiera los inconvenientes que se oponian á la marcha de la humanidad hácia sus altos fines, abriendo nuevas vías al progreso civilizador del Evangelio, y facilitando nuevos elementos á su accion poderosa en proporcion á las necesidades, consiguió estender sus beneficios hasta mas allá de los mares, introducir su luz en regiones desconocidas, y hacer que todos los hombres y todos los pueblos, aun los mas distantes, viesen y conociesen al Salvador Hijo de Dios?

Ved ahí, pues, la mayor gloria del catolicismo, gloria de que jamás podrá despojarle el orgullo de la incredulidad, ni la envidia de esas sectas fundadas sobre el error. Ningun otro principio ha sabido ni ha podido sobreponerse como él á la accion del tiempo, á la fuerza de las preocupaciones humanas, y al furor de las persecuciones. Ninguna otra doctrina ha sido capaz de crear un nuevo orden de cosas que haya durado tantos siglos, ni de fundar unas creencias que estén llamadas, como lo está el catolicismo, á sobrevivir á todos los demás cultos y á triunfar de todas las aberraciones del entendimiento humano: porque solo él encierra elementos de verdadera y positiva civilizacion; porque solo él puede satisfacer las necesidades de la humanidad; porque solo él enseña verdaderas virtudes religiosas y sociales; porque solo él, en fin, sabe inspirar sentimientos humanos, instintos generosos, acciones sublimes y sacrificios heroicos. Pero ya es tiempo que abandonemos un terreno en que las ideas se suceden unas á otras con inconcebible rapidez, y si tratásemos de desmenuzarlas todas, nos haríamos interminables. No hemos hecho, en verdad, mas que bosquejar ese inmenso cuadro en que la gran figura del catolicismo toma cada vez mayores proporciones: pero tampoco nos

propusimos otra cosa, ni nos seria posible hacer mas en un simple discurso: sobre que esto poco basta, á nuestro entender, para que los hombres de fé y de buen criterio puedan formar una idea exacta de lo que ha venido siendo ese gran principio con relacion á la humanidad, y de los beneficios de que le es deudora en órden á su positiva ilustracion. Por lo demás, os diré con un sábio orador contemporáneo, «Jesucristo vive, y su obra está delante de vosotros; siquiera »ella haya sufrido mas ó menos golpes en esa larga peregrinacion, »verificada bajo la rebelde mano de los siglos, se halla no obstante »en pié, y subsiste rodeada de suficiente brillo, para atraer todas »las miradas y para ser aun el objeto de una veneracion incompara- »ble, como lo es el encarnizamiento de los enemigos que no han »aceptado en su duracion temporal la prueba de su origen en el seno »mismo de la eternidad.»

Admiremos, pues, esa obra divina, reconozcamos en ella la grandeza y magestad de su autor: y en vista de lo que en bien de los hombres, de las sociedades y de todo el mundo en general viene realizando el Evangelio desde que se anunció por primera vez por los discípulos del Hombre-Dios hasta la época en que vivimos; en vista de que su doctrina, como hemos probado, ha sido la que triunfando de todas las mentiras del paganismo, de todos los errores de la filosofia antigua, y de los sofismas de las escuelas modernas, ha enseñado los verdaderos deberes, las verdaderas creencias, los verdaderos dogmas y las verdaderas virtudes, paguemos un justo homenaje de agradecimiento al catolicismo, confesando que *solo él estaba llamado á desarrollar los fecundos gérmenes de la positiva civilizacion, rectificando las estraviadas ideas de la humanidad*; bien así como es el único que conduciendo al hombre por los senderos de la virtud en esta vida, le proporciona en la otra una perdurable bienandanza.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE NAVIDAD.

EL CATOLICISMO CONSIDERADO COMO PRINCIPIO DE RUINA
PARA LOS PUEBLOS Y LOS INDIVIDUOS QUE RECHAZAN SU DOCTRINA
ESENCIALMENTE CIVILIZADORA, Y COMO PRINCIPIO DE RESURRECCION
PARA LOS QUE PERSEVERAN CONSTANTEMENTE ADHERIDOS Á LAS
SUBLIMES VERDADES QUE ENSEÑA.

Ecce positus est hic in ruinam, et in resurrectionem multorum.

Hé aqui el que está destinado para ruina y para resurreccion de muchos.

LUC. II. 34.

EL espectáculo que hoy nos ofrece la iglesia en el Evangelio que acaba de leerse, es uno de los mas interesantes al par que instructivos, y de tan inmensas consecuencias, que no es posible recordarle sin experimentar sentimientos de admiracion y de un terror profundo. Háblanos el historiador sagrado de aquel dia en que, habiendo ido María Santísima á presentar su hijo Jesus en el templo de Jerusalem, el santo anciano Simeon, que á través de muchos años venia esperando la redencion de Israel, al ver el divino infante, le tomó en sus brazos en un arrebató de inspiracion celestial, y entonó aquel sublime cántico que hoy dia repite entusiasmada la iglesia católica: «Ahora, Señor, puedes sacar en paz de este mundo á tu siervo, segun tu promesa; puesto que mis ojos han visto ya al Salvador que nos has dado, para que espuesto á la vista de todos los pueblos, sea la luz que ilumine á las naciones, y la gloria de tu pueblo de Is-

rael (1). » De este modo dió el santo anciano un ilustre testimonio de la divinidad de aquel tierno niño, cuyo exterior en nada le distinguía de los demás hijos de los hombres; en quien no se apercibía el menor signo de fuerza ó de poder, de opulencia ni de grandeza, y si únicamente los vagidos de la infancia y las lágrimas de la debilidad. La fé le había revelado este gran misterio; ella le hizo ver por entre los velos que ocultaban la magestad anonadada de un Dios á aquel de quien iban á depender los destinos del mundo, y en el hijo de una pobre y humilde virgen, reconoció y adoró al unigénito del Eterno. Asi es que, como nos dice el sagrado Evangelio, *su padre y su madre escuchaban con admiracion las cosas que de él se decian*. Pero en medio de estas expansiones de gozo, hé aquí que Simeon, abarcando en un golpe de vista todos los efectos que debía producir la venida del Salvador, y todos los prodigios de su justicia y de su misericordia en el curso de los siglos venideros, *bendijo á entrambos*, esto es, á María y á Joseph, y *dirigiéndose á la madre la dijo: Mira, este niño que ves, está destinado para ruina y para resurreccion de muchos en Israel, y para ser el blanco de la contradiccion: lo que será para tí una espada que traspasará tu alma, á fin de que sean descubiertos los pensamientos en los corazones de muchos*.

No continuemos mas el texto evangélico. Dije en el principio, y vuelvo á repetir, que este espectáculo debe producir en nuestras almas sentimientos de admiracion y de terror: de admiracion, al ver á Jesucristo reconocido y adorado entre los pañales de la infancia por hijo de Dios y soberano del universo, á pesar de todas las apariencias de la débil humanidad; y de terror, al verle anunciado ya desde entonces como un principio de ruina y de resurreccion, de muerte y de vida, de reprobacion y de gloria para muchos. En efecto, en las breves y sencillas palabras del viejo Simeon, veo trazada toda la historia del catolicismo, las diversas fases que debía recorrer, los efectos distintos que estaba llamada á producir su doctrina, las contradicciones que debía sufrir, las persecuciones de que iba á ser objeto, la maldiccion que caería sobre los que no la aceptasen, y la feli-

(1) Luc. II. 29 et seq.

cidad de los que, fieles á sus dogmas y enseñanzas, la practicasen en toda su estension. En suma, cuanto á través de diez y ocho siglos viene aconteciendo con relacion al catolicismo, todo lo hallo anunciado en aquellas memorables espresiones del anciano de Jerusalem: *Ecce positus est hic in ruinum et in resurrectionem multorum... et in signum cui contradicetur.*

Esto mismo vengo á confirmar yo en el presente discurso. Habeis visto en los anteriores las grandezas del catolicismo considerado como elemento civilizador de las sociedades; y al modo que Joseph y Maria se admiraban un dia al escuchar las cosas que se decian de Jesus recién nacido, tambien vosotros os habeis admirado de ver á su religion santa desarrollar sus magnificencias, propagarse por todos los ángulos del orbe, llevar por do quiera su brillante luz, y demostrar de la manera mas asombrosa la divinidad de su origen y su accion poderosa y benéfica. Hoy pues vais á admirar otra prueba no menos luminosa y convincente de esta verdad, pero terrible al mismo tiempo y digna de ser profundamente meditada. Os voy á proponer el catolicismo como *principio de ruina para los pueblos y los individuos que, rechazando su doctrina esencialmente civilizadora, siguen en pos del error; y como principio de resurreccion, para los que abrazando y observando esta misma doctrina, perseveran constantemente adheridos á las sublimes verdades que enseña.*

AVE MARIA.

PRIMERA REFLEXION.

En el catolicismo, bien asi como en Jesucristo su divino fundador, es preciso distinguir dos vidas, dos acciones: una interior y enteramente espiritual, con la que opera invisiblemente en los corazones los prodigios de la gracia: otra exterior y visible, con la que influye irresistiblemente sobre las sociedades y sobre sus individuos, conduciendo todas las cosas á sus respectivos fines, á través de esos

grandes sacudimientos que á veces escitan las pasiones humanas. De esta segunda accion, de este poder visible del catolicismo nos suministran pruebas en abundancia los diez y ocho siglos que cuenta de existencia desde la venida del Salvador al mundo. Donde quiera se le ve dominando la accion del tiempo y de las revoluciones, presidiendo á todos los acontecimientos, disponiendo de los imperios, cambiando las dinastías, asistiendo á la fundacion ó á los funerales de los pueblos, abatiendo á unos, ensalzando á otros; desechando á estos ó escogiendo á aquellos á su beneplácito; echando por tierra cuanto se opone á su accion poderosa, hundiendo en el polvo á los que resisten á su doctrina, en una palabra, probando en todas partes que á él pertenece el derecho de destruir ó edificar, que él es un principio de ruina y de resurreccion, de muerte ó de vida para las sociedades y los individuos, en proporcion que desechan ó admiten sus enseñanzas esencialmente civilizadoras. Su doctrina viene siendo, digámoslo asi, el termómetro que marca el estado del mundo social, la alza ó baja de las naciones, su decadencia ó sus progresos, sus desgracias ó sus felicidades, su retroceso ó su civilizacion.

Con solo dar una rápida ojeada por la historia del mundo desde la aparicion del cristianismo, quedaria bastante demostrada esta verdad. Consideremos en primer lugar la ruina de los pueblos que han rechazado la doctrina católica, ó bien la han abandonado despues de abrazarla, por seguir en pos del error: *Ecce positus est hic in ruinam*. Y desde luego, ¿qué otra fué la causa de los males que affligieron á la nacion judía, de su disolucion, de su esclavitud y de su total esterminio? ¿Por qué ese pueblo, depositario un dia de las mas sublimes promesas, heredero de las bendiciones del cielo, por cuyas venas circuló por espacio de cuatro mil años la idea Mesianica, en cuyo seno se realizaron los mas grandes hechos históricos, que supo sostenerse á través de quince siglos contra los imperios mas poderosos del mundo, y que bajo el aspecto social fué, á no dudarlo, el monumento mas grandioso de los tiempos anteriores á Jesucristo; por qué, repito, ese pueblo se halla hace ya mil ochocientos años diseminado por toda la tierra, habiendo dejado de existir como nacion, siquiera mezclado con los demás pueblos conserve sus tradi-

ciones, sus leyes, y una esperanza que en su concepto no se ha realizado todavía? Vedle desheredado de su patria, desposeído de su antiguo templo, sin jefe, sin territorio, sin porvenir.... ¿Y cuál fué la causa de tamaña ruina, sino el haber desconocido al Salvador que naciera en medio de él, despues de haberle esperado con tanta avidéz á través de cuarenta siglos? Rechazó su doctrina, se burló de sus milagros, le persiguió, le dió muerte afrentosa, derramó su sangre divina, y esta sangre, cayendo de golpe sobre su cabeza y sobre la de su posteridad, le dispersó por la haz de la tierra, llevando impreso en su frente el sello de una reprobacion que no tendrá fin (1), é hizole sentir cuán malo y amargo le es el haber abandonado á su Dios y Señor, como se lo tenia predicho por su profeta (2).

Y esa soberbia Roma, ese poder colosal que por tantos siglos tuvo encadenados bajo su yugo á todos los poderes del mundo, ¿cómo es que, cuando mas orgullosa estaba con sus triunfos y mas envanecida de su dominacion casi universal, se vió de repente hecha á su vez el objeto de una ruina que jamás hubiera llegado á creer posible? ¿No la visteis invadida por una multitud de pueblos bárbaros, que unos en pos de otros se dividen entre sí el imperio, despues de haber reducido á cenizas sus grandiosos monumentos, apoderándose de sus tesoros, y hecho rodar por el suelo los cetros y las coronas de los Césares? ¿No visteis á aquella Roma que antes llevó sus águilas imperiales desde el Eufrates hasta las columnas de Hércules, que dominó en los mares é hizo temblar desde uno á otro polo todos los reyes de la tierra, que marchitó los laureles de Ciro, y eclipsó las glorias de Alejandro, no la visteis despues temblar ante las huestes de Alarico, y desaparecer por último bajo la hacha devastadora de Totila, que consumó su desolacion y su esterminio? ¡Ah! No hay por qué preguntar la causa de semejante ruina. Ya trescientos años

(1) Et usque ad consummationem et finem perseverabit desolatio (Dan. IX. 27.)

(2) Scito, et vide, quia malum et amarum est reliquisse te Dominum Deum tuum. (Jerem. II. 49.)

antes habíala anunciado el apóstol de Pathmos, y marcado con caracteres bien claros el motivo de los males que la amenazaban. Ella se había embriagado con la sangre pura é inocente de los mártires de Jesus (1); había ejercido durante tres siglos la persecucion mas cruda y violenta contra el catolicismo; menospreciando su doctrina que venia á traerla la verdadera civilizacion del Evangelio, opúsola la civilizacion de la espada, y pensó triunfar de ella ahogándola en mares de sangre noble y generosa: creyó, por último, haber hecho desaparecer del mundo la llamada entonces supersticion cristiana, y elevó columnas de mármol en memoria de este acontecimiento: pero llegó la hora de que se cumpliesen los decretos del cielo, y Roma idólatra dejó de existir, y sobre sus ruinas se alzó el catolicismo, inaugurando un reinado que, segun las divinas promesas, no tendrá fin (2), y durará hasta la consumacion de los tiempos.

Y si tan visible ha sido la ruina de los pueblos que no quisieron abrazar la doctrina de Jesucristo, ¿lo ha sido acaso menos la de aquellos que despues de haberla recibido la abandonaron por seguir tras los errores de la estraviada razon humana? No os recordaré esas regiones del Asia y del Africa, tan florecientes un dia, y tan envidiables por su civilizacion y sus costumbres bajo la influencia del catolicismo, esclavas hoy del mas bárbaro despotismo, envueltas en la mas profunda ignorancia, y reducidas á la mas humillante degradacion por haber dado oidos á doctrinas disolventes que las hicieran retroceder á la infancia de las sociedades, habiendo perdido juntamente con su religion su libertad, sus luces, su gloria y hasta su misma civilizacion. No os hablaré de esa Constantinopla fundada por el primer emperador cristiano, centro en otro tiempo de la magnificencia, del saber y de la mas alta política, dominada hoy por el alfange musulman, y esclava de su ignorancia y de sus errores. Solo os citaré un pueblo que está cerca de nosotros, esa nacion vecina que teneis á la vista. ¡Ah! ¡A qué estado de decadencia, de humi-

(1) Et vidi mulierem ebriam de sanguine sanctorum, et de sanguine martyrum Jesu. (Apoc. XVII. 6.)

(2) Et regni ejus non erit finis. (Luc. I. 33.)

llacion y de ruina no llegó á últimos del pasado siglo! ¿Quién no la vió envuelta en la anarquía mas espantosa, y embriagada de un delirio satánico, llevar por do quiera la tea incendiaria que reducía á pavesas los templos, los palacios y los mas bellos monumentos del arte? ¿Quién no la vió conducir al cadalso sus reyes, hacer rodar por el suelo las testas coronadas, deportar y sacrificar sus sacerdotes, y realizar en su propio seno el mas completo trastorno del orden social? El despotismo entronizado, la venganza erigida en derecho, el despojo autorizado, el asesinato á la orden del dia, y todos los crímenes triunfantes sobre las ruinas de la virtud; la educacion pública y privada interrumpida, las artes abandonadas, la ciencia proscrita, la industria sin recursos, la agricultura sin brazos, el comercio sin accion, y entre tanto la Francia convertida en una vasta tumba, sus hijos representando alternativamente el papel de víctimas ó de verdugos, en una palabra, el pueblo mas civilizado y suave del mundo hecho el objeto de la burla de los demás pueblos por su delirante frenesí, ó de desprecio y de horror por sus inconcebibles excesos; hé aquí lo que nos ofrece la historia de la patria de Clodoveo y de San Luis por los años 1792 y siguientes. La causa de esta ruina no es necesario decirlo: todo el mundo sabe el grado de impiedad á que la condujeran las doctrinas filosóficas; nadie ignora que en su loco furor llamó infame al Dios del Evangelio, que levantó altares á la prostitucion sobre las aras del Crucificado, que divinizó la razon, y lanzó de su seno á Cristo, que quiso, en una palabra, vivir sin Dios y sin religion: por eso el que habita en los cielos se burló de esa nacion impia (1), y armando su brazo para vengar su altanería, la abandonó á sí misma y á sus insensatos caprichos, dejola correr en pos de sus aberraciones (2), para que allí donde habia fundado su soñado triunfo contra el catolicismo, tuviese origen su humillacion y su ruina, ruina y humillacion que no tendrá semejante en la historia de la humanidad: *Positus est hic in ruinam.*

(1) Qui habitat in caelis irridebit eos. (Ps. II. 4.)

(2) Tradidit illos Deus in reprobum sensum, ut faciant ea, quæ non conveniunt. (Ad. Rom. I. 28.)

Y no solamente los pueblos, tambien los individuos que rechazan ó no admiten las doctrinas civilizadoras del catolicismo, experimentan la ruina anunciada por el anciano Simeon en el Evangelio de este dia. La apostasia ó la incredulidad de los particulares no podia quedar sin su correspondiente castigo. Léase la historia de esos grandes maestros de la impiedad que en su decantada ilustracion no se avergonzaron de predicarnos la materialidad del alma, la igualdad del hombre y del bruto, ensalzando el estado salvaje como el mas natural y el mas conforme á sus destinos, con otras mil blasfemias y absurdos que la misma razon humana se resiste á creer puedan caber en ningun cerebro bien organizado. ¿No experimentaron demasiado la ruina de sus inteligencias en esos mismos delirios que les han valido el desprécio y la aversion de la posteridad, que no cesa de maldecir y anatematizar sus nombres y sus doctrinas? ¿No han visto tambien la ruina de sus descabellados planes y de sus insensatas teorías en esa admirable reaccion religiosa que sucedió al triunfo momentáneo de sus monstruosas ideas? Nunca mejor se conoció la necesidad de la religion civilizadora del Evangelio, que despues de haber experimentado los trastornos sociales que produjo en el mundo la filosofia que pretendió orgullosa reemplazarla. Jamás la influencia beneficosa del catolicismo pareció mas sublime y divina que luego que los pueblos observaron el esceso de degradacion á que les condujeran las doctrinas enciclopédicas que se propusieran destruirle. Si alguna vez pareció bella y encantadora la doctrina católica, y el mundo la saludó entusiasmado como la única llamada á formar la dicha del hombre aun en la vida presente, nunca como despues de haber atravesado aquellos dias de vértigo en que todo parecia amenazar la completa destruccion de la moral, de las creencias y de las instituciones mas hondamente arraigadas en el sentimiento íntimo de los pueblos.

Asi es como los triunfos del catolicismo han hecho resaltar y puesto de manifesto en todas partes la ruina de los que, insensatos, intentaron cabar su tumba y celebrar sus funerales. Ellos creyeron haber desmentido las promesas inefables de su augusto fundador, y mintieron á sí propios, viendo á su despecho que aquellas promesas

estaban basadas en la palabra de un Dios infalible. Juzgaron haber destruido para siempre el imperio de la Cruz, y la Cruz continuó dominando sobre los escombros de la filosofía sepultada con sus corifeos en ese panteon que, lejos de ser para ellos un monumento de gloria como creyeran los que le edificaron, ha venido á ser el poste de infamia en donde han quedado atados, por decirlo así, sus nombres y sus cadáveres, para perpetuar su eterna ignominia. Envane-ciéronse de haber creado una sociedad atea y de haber dado por el pié al augusto edificio de la Iglesia de Jesucristo, lanzando al desprecio su doctrina, desacreditando su culto, aboliendo sus dogmas, sus sacramentos y todas sus prácticas religiosas; y lejos de ser así, ellos mismos vieron surgir de entre los insignificantes restos que sobrevivieron á la hacha devastadora, una nueva sociedad mas cristiana que nunca, una iglesia incomparablemente mas gloriosa, un culto sino tan magnífico como antes en lo exterior, mucho mas grave, mas positivo, mas interior, y una muchedumbre de fieles que adoraron á su Dios en espíritu y verdad; verificándose de este modo que el catolicismo ha venido á ser bajo todos aspectos un principio de ruina, tanto para los pueblos como para los individuos que, rechazando su doctrina esencialmente salvadora, han seguido en pos del error: *Ecce positus est hic in ruinam*. Veamos ahora como tambien es un principio de resurreccion para los que, abrazando y observando esta misma doctrina, perseveran constantemente adheridos á las sublimes verdades que enseña: *Ecce positus est hic... in resurrectionem*.

SEGUNDA REFLEXION.

Un espectáculo mas consolador se desarrolla á nuestra vista. El triunfo sucede al castigo, y la resurreccion á las ruinas. Retrocedamos á la cuna del catolicismo, y recordemos que el pueblo deicida, desheredado de sus derechos en punicion de su incredulidad, dejó de existir como sociedad y murió como nacion, para no volver á re-

sucitar jamás. A primera vista creeríase que con él había perecido el pueblo de Dios, la raza escogida, las promesas hechas á los patriarcas, y las esperanzas de todo el mundo. Mas no fué así: lo único que sucedió fué pasar los derechos del antiguo pueblo al nuevo, y entrar este en posesion de lo que aquel había perdido. Es decir, que el pueblo judío desapareció para hacer lugar al pueblo cristiano; que la sinagoga concluyó para que empezase la iglesia; que los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob fueron lanzados á las tinieblas en punición de su ingratitud, para que los habitantes del Oriente y del Occidente viniesen á ocupar su sitio, conforme á la prediccion de Jesucristo (1); operándose de este modo una resurreccion instantánea y sobremanera brillante, allí donde poco antes habíase verificado la muerte.

En efecto, no bien los apóstoles enviados á predicar el Evangelio á los gentiles, empiezan á sembrar la doctrina evangélica en aquellas regiones, sepultadas hasta entonces en las sombras de la ignorancia y del error, cuando abriendo éstas los ojos á la brillante luz que se derrama sobre ellas, corren en pos de sus resplandores, abrazan la buena nueva que de parte del Dios para ellas desconocido les llevan unos pobres pescadores de los mares de Galilea, y abjurando sus errores y abandonando poco á poco sus preocupaciones, llegan á formar un nuevo pueblo, el pueblo de adquisicion, la nacion santa, el linage escogido para perpetuar en los siglos venideros la gloria de aquel que le ha llamado á entrar en posesion de su herencia y de las promesas de que se hiciera indigno el pueblo de Israel. ¡Qué resurreccion tan prodigiosa! Hé aquí cumplido el vaticinio de Isaias: « Han venido á buscarme aquellos que antes no preguntaban por mí, y me han hallado los que no me buscaron. Yo he dicho á una nacion que no invocaba mi nombre: héme aquí..... » Al modo que cuando se halla un grano bueno en un racimo podrido, se dice: no le desperdicies, pues es una bendicion, eso mismo haré yo por amor de mis siervos..... Entresacaré de Jacob un linage, y de Judá quien domine sobre mis montes: y esta será la

(1) Math. VIII. 11.

» herencia de mis escogidos, y en ella habitarán mis servidores. . . .
» A vosotros que abandonásteis al Señor, os iré entregando uno á
» uno al filo de mi espada, y todos pereceréis: puesto que os llamé
» y no respondisteis; os hablé y no hicisteis caso. . . . Por lo tanto,
» sabed que mis siervos comerán, y vosotros padecereis hambre; mis
» siervos beberán, y vosotros padecereis sed; mis siervos se rego-
» cijarán, y vosotros estareis avergonzados; mis siervos entonarán
» himnos de alabanza, y vosotros llenos de dolor lanzareis gritos
» de aflicción. Y dejareis cubierto de execración vuestro nombre á
» mis escogidos, á los cuales llamaré con otro nombre. . . . y los días
» de mi pueblo serán duraderos como los del árbol de la vida. . . .
» porque estirpe de benditos del Señor son ellos (1). »

¿Quién no vé en este pasaje profético, pintados con los mas bellos coloridos los triunfos del catolicismo; su propagacion por toda la redondez de la tierra, y la felicidad de los pueblos y de los individuos que han abrazado su doctrina santa y civilizadora? ¡Ah! Si el tiempo me lo permitiese, yo os conduciría como por la mano á través de los diez y ocho siglos que cuenta de existencia, desarrollaría á vuestros ojos los pergaminos de la historia, evocaría los monumentos antiguos, los de la edad media, y los de los tiempos modernos, y os llenaríais de asombro al contemplar la accion poderosa y la influencia siempre creciente de esa religion que por do quiera va recogiendo nuevos laureles, fijando su trono en todos los paises, y dejando por donde pasa huellas de una luz que nunca se amengua, de una civilizacion que oscurece todas las antiguas civilizaciones, de una moral que siempre ilustra, de una doctrina, en fin, que eleva el alma, engrandece las ideas, consuela el corazón, calma todos los infortunios, y posee todos los elementos de felicidad para los que la practican y la toman por norma de sus acciones: *Ecce positus est hic in resurrectionem multorum.*

Pero todo esto ya lo sabéis, y sería superfluo sobre inoportuno insistir en una cosa que está á la vista de todos: cuantos de buena fé y esentos de pasiones quieran consultar las páginas de la histo-

(1) Isaia. LXV. per tot.

ria del catolicismo. En ella puede verse cuán diversa ha sido la suerte de los pueblos que han permanecido fieles á sus enseñanzas, de la de los que las han impugnado. Mientras que en aquéllos ha reinado la justicia, la paz y todas las virtudes que hacen la dicha de las sociedades, en estos ha surgido el despotismo, la anarquía, y los vicios todos que la arrastran á su ruina y disolucion. Cuando los unos han hecho progresos admirables en todos los ramos del saber humano, y han nadado en la abundancia y en la prosperidad, los otros han permanecido estacionarios sin dar un paso en las artes ni en las ciencias, y han sido víctimas de todas esas desgracias que hundén las naciones y las empujan á su total esterminio. En vez que allí todo marcha en órden, y el poder se hace respetar y amar de los súbditos, y las leyes son acatadas como una emanacion de la eterna ley que rige los destinos del universo, y las buenas costumbres facilitan la accion de unos gobiernos justos y paternales, aquí, por el contrario, todo es desórden, y ni el poder tiene fuerza suficiente para hacerse respetar del discolo, ni las leyes tienen accion bastante para reprimir las demasías del malvado, ni hay gobierno que pueda dominar sino con la fuerza unas sociedades corrompidas en sus costumbres, y que no se rigen por los principios altamente sociales del Evangelio.

Harto claramente hemos visto ya en la primera parte de este discurso, lo que es una nacion, un pueblo, una sociedad cualquiera, que sacude el yugo de las doctrinas católicas, y aspira á gobernarse por los principios de su propia razon estraviada y enferma. Y no se nos diga que hay naciones que, no obstante estar separadas del principio católico, no por eso dejan de ser felices, de progresar y de marchar cada vez mas pujantes en las vias de la civilizacion. No será, por cierto, el Egipto, cuna un dia de las ciencias y de las artes, reducido hoy á un estado de inaccion y de ignorancia que contrasta prodigiosamente con su ilustracion pasada. No será la Grecia, emporio antiguamente de la cultura y del buen gusto en toda clase de literatura, y modelo de gobiernos por sus costumbres tan severas al par que sencillas, atrasada hoy dia cual ningún otro pueblo, y sin poder dar un paso en las vias del adelantamiento social, merced

á los cismas que la devoran y fomentan un gérmen de anarquía, que enervan la accion de los gobiernos. No será... Pero no volvámos sin querer al mismo tema que nos hemos propuesto abandonar. Pondérese cuánto se quiera la civilizacion de la Gran Bretaña y sus gigantescos progresos en todos los ramos del saber y de la industria, abúltese la felicidad aparente de los Estados-Unidos y de otros países no católicos; no les negaremos su preponderancia en el comercio, su dominio casi esclusivo en los mares, y su génio especial para cierta clase de inventos, en lo que no admiten competencia. Mas por ventura, ¿está cifrada á esto solo la felicidad de un pueblo? ¿No está llamado el hombre mas que á los gozes del tiempo? ¿La dicha de las sociedades, se limita á robar en cierto modo á Dios su omnipotencia, ó al menos á disputársela por medio del vapor y de la electricidad? No: las sociedades, bien así como los hombres, no viven solamente del alimento material, necesitan otro sustento mas nutritivo, mas sustancial, el del espíritu: y esto solo puede proporcionarle la doctrina católica, si ha de satisfacer todas sus exigencias y responder á sus verdaderas necesidades. Sobre que, aun suponiendo esa felicidad, ese gran desenvolvimiento de la industria en las sociedades que acabamos de citar, y sin hacer mérito del gran vacío que en ellas se encuentra, ni mencionar las grandes privaciones del mayor número, cuya dicha absorbe, por decirlo así, el número menor y respectivamente insignificante de poderosos, aun tenemos una razon para explicar esta especie de contradiccion aparente, atendiendo á que, si bien el catolicismo no es el principio dominante en esos países, como que conservan, no obstante, sus principales bases en medio de los errores en que se han lanzado, siempre el elemento católico tiene su parte no escasa de influencia en todos los adelantos del ingenio, y en el desarrollo de la civilizacion. Como quiera empero que sea, ello es un hecho innegable, como decíamos al encabezar este discurso, que el catolicismo ha sido siempre el termómetro que marca el estado del mundo social, y que la felicidad ó los reveses de este, están en proporcion directa de la influencia que en él ejerce la doctrina evangélica, siendo un principio infalible de resurreccion para los pueblos y los individuos que permanecen fieles á ella.

Y concretándonos ya á estos últimos, ¿quién es mas feliz, el hombre religioso, ó el incrédulo? ¿el que observa la ley de Dios, ó el que la huella con avilantez? ¿el que en todo se dirige por los principios del Evangelio, ó el que los menosprecia y se burla de ellos? ¡Ah! «Yo vi, dice el profeta, yo vi el impío ensalzado y disputando su elevacion á los cedros del Libano, mas poco despues miré, y ya no existia (1). Tal es, en efecto, el carácter de la felicidad fundada en el orgullo de la impiedad, ó en la llamada despreocupacion del vicio. Dura un momento ese brillo deslumbrador que fascina los ojos del mortal, para despues desaparecer dejándole sumido en el espantoso caos del envilecimiento y de la desgracia: en vez de que el justo, el creyente que vive de la fé, florece como la palma, y se multiplica como el cedro en la casa del Señor (2), alimentado con el jugo de una doctrina que forma su dicha en este mundo y su esperanza para el porvenir. ¡Cuán envidiable es y cuán feliz, el varon que jamás tomó parte en las reuniones de los impíos, ni marchó por las sendas de los pecadores, ni dió oídos á las doctrinas pestilentes de la incredulidad, antes bien estuvo inviolablemente adherido á la ley divina, y observó sus sublimes máximas (3)! En su alma no anida el remordimiento roedor, ni atormenta á su corazon la angustia, ni le sobrecoje el temor, ni le asusta la perspectiva de la muerte. Unido á su Dios por el amor en el tiempo, solo anhela á estrecharse inseparablemente á él por toda una eternidad.

(1) *Vidi impium superexaltatum, et elevatum sicut cedros Libani: et transivi, et ecce non erat.* (Ps. XXXVI. 35. 36.)

(2) *Justus ut palma florebit: sicut cedrus Libani multiplicabitur.* (Ps. XCI. 43.)

(3) *Beatus vir qui non abiit in consilio impiorum, et in via peccatorum non stetit, et in cathedra pestilentiae non sedit: sed in lege Domini voluntas ejus, etc.* (Ps. I. 1, 2.)

— 66 —

DISCURSO

PARA LA DOMINICA I DESPUES DE EPIFANIA.

UNICAMENTE EN EL CATOLICISMO SE PUEDE HALLAR Á JESUCRISTO,
PORQUE SOLO ALLÍ RESIDE LA UNIDAD DE LA FÉ,
Y LA VERDADERA DOCTRINA DE LA DIVINA REVELACION.

Remansit puer Jesus in Jerusalem, et non cognoverunt parentes ejus... Et non invenientes, regressi sunt in Jerusalem requirentes eum. Et post tri-duum invenerunt illum in templo, sedentem in medio doctorum.

El niño Jesus se quedó en Jerusalem, sin que sus padres lo advirtiesen. Y como no le hallasen, tornaron á Jerusalem en busca suya. Y al cabo de tres dias le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores.

LUC. II. 43, 45, 46.

CUANTO mas avanzamos en el estudio de la doctrina evangélica, y en proporcion que vamos desenvolviendo las sublimes enseñanzas que encierra, tanto mas nos vamos persuadiendo de una verdad que asentamos desde el principio, y viene formando el fondo de todas nuestras instrucciones; á saber, que Jesucristo es la verdadera luz del mundo, y el catolicismo, creacion suya por escelencia, el fecundo origen de la positiva civilizacion. Esta verdad, de suyo innegable, va tomando unas proporciones gigantescas á medida que la gran figura del Salvador de la humanidad vá desarrollándose á nuestra vista en las páginas de la historia sagrada. Contemplábamosle poco há en los brazos maternos siendo ya, á pesar de su tierna infancia, objeto de un vaticinio misterioso, cuyo cumplimiento terrible y consolador á la vez hemos demostrado en el discurso anterior. Hoy nos le presenta el Santo Evangelio entrado ya en la edad

de doce años, ofreciendo al mundo una lección sublime de que se deducen consecuencias harto graves é interesantes para que podamos dejarlas pasar desapercibidas. Oigamos, pues, el texto evangélico: *En aquel tiempo, dice, como fuese Jesus de doce años, subiendo sus padres á Jerusalem, segun la costumbre del día festivo, y concluidos los días, como se volviesen, se quedó el niño Jesus en Jerusalem, y no lo advirtieron sus padres. Pues pensando que él iria con el acompañamiento, anduvieron el camino de un día, y lo buscaban entre los parientes y conocidos. Y no hallándolo, volvieron á Jerusalem buscándolo. Y sucedió que despues de tres días lo hallaron en el templo sentado en medio de los doctores oyéndolos y preguntándoles. Y cuantos le oían, quedaban pasmados de su sabiduría y de sus respuestas. Al verle, pues, sus padres quedaron maravillados: Y dijole su madre: Hijo, ¿por qué lo has hecho así con nosotros? Tu padre y yo llenos de aflicción te hemos andado buscando. Y él les respondió: ¿Cómo es que me buscábais? ¿No sabíais que yo debo emplearme en las cosas que son de mi Padre? Mas ellos no comprendieron el sentido de esta respuesta. En seguida se fué con ellos, y vino á Nazareth, y les estaba sumiso.*

No continuemos mas el texto sagrado, y entremos desde luego á desentrañar esa gran lección que poco há os dije encerraba este pasage que acabais de oír. No es una sola ciertamente, son muchas y todas de una importancia inmensa: pero la que hoy llama mas mi atención entre todas, y la que mas se relaciona con las doctrinas que vengo desenvolviendo en los discursos precedentes, es el cómo y dónde debemos buscar á Jesueristo, si es que queremos hallarle, y con él la verdadera dicha del alma. ¡Oh! ¡Qué enseñanza tan sublime! ¿Cómo buscaron á su divino hijo, Maria y Joseph? ¿Dónde le hallaron? Hé aquí todo el fondo de nuestras reflexiones en este rato, y el objeto de mi discurso. En vano buscan á Jesus sus padres por los caminos, por las calles, por las plazas, y entre el tumulto del mundo. Inútilmente se afanan en preguntar por él á los que transitan por la populosa ciudad de Jerusalem. Solo en el templo, entre los doctores, ocupado en oír y enseñar la doctrina de la salvacion,

allí únicamente es donde pueden hallarle, y le hallan efectivamente cumpliendo la misión que le confiara el Padre celestial. Del mismo modo, pues, los hombres y los pueblos que desean encontrar á Jesucristo, y en él la vida, la verdad y el camino recto de su salvación, preciso es le busquen donde únicamente puede hallársele, esto es, en el seno de la Iglesia católica, única depositaria de la verdadera doctrina, de los verdaderos dogmas y de las verdaderas creencias, y fuera de la cual todo es divergencia y error. Para simplificar mas esta proposición, la formularemos del modo siguiente: *Únicamente en el centro del catolicismo puede hallarse á Jesucristo, porque solo allí reside la unidad de la fé y la verdadera doctrina de la divina revelación.* Invoquemos las luces celestiales por medio de la escelsa Virgen, á quien fué dado concebir en su seno purísimo al Verbo hecho hombre, y cuyo misterio la anunció un ángel, diciéndola:

ÁVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Los que ya por seguir el curso de sus estraviadas ideas, ó ya por no abandonar antiguas preocupaciones que les tienen encadenados al error, se encuentran bien hallados fuera de la unidad católica, llevan muy á mal y no pueden tolerar que se les diga que no hay salvación, ni dicha positiva, ni porvenir feliz para los hombres ni para los pueblos que viven separados de ese centro, de donde únicamente parten los rayos de aquella luz divina que vino á alumbrar á todo el mundo. Las comuniones cismáticas, las llamadas iglesias reformadas, todas las sectas derivadas del cristianismo, se han gloriado siempre de poseer la verdadera doctrina de Jesucristo, de ser las depositarias de su fé y de sus dogmas, y sabido es que ha llegado la impudencia del error hasta el punto de acusar á la Iglesia católica de haber degenerado de su divino origen, de ser la Babilonia

impla enemiga de Dios, y su gefe el Antecristo predicho en los sagrados libros, con otros mil absurdos que solo pudieron concebir en su loco frenesí unos cerebros tan volcanizados como los desgraciados fundadores del protestantismo. ¿Y en qué fundan sus pretensiones á la posesion de la verdadera doctrina del Salvador? ¿Dónde buscan á Jesucristo? ¿Dónde encuentran sus divinas máximas? En el Evangelio, nos dirán tal vez, pues eso es puntualmente lo que vienen repitiendo todas las comuniones reformadas desde que sacudieron el yugo de la unidad católica. ¿Y en qué Evangelio? ¿Por ventura en aquel divino código que los apóstoles entregaron puro y sin la menor alteracion á sus primeros discípulos, y estos transmitieron íntegro á sus sucesores, tal cual le ha conservado la Iglesia católica á través de diez y ocho siglos? No, no es ese el Evangelio en que los novadores buscan á Jesucristo. Ellos le buscan en ese nuevo Evangelio de su propia invencion, alterado y falsificado maliciosamente en los puntos mas esenciales del dogma, esplicado segun la interpretacion privada que á cada cual le place dar á sus páginas, mutilado en varios pasages, y corrompido en su totalidad por el espíritu del error. Inútilmente, pues, pretenderian hallar á Jesucristo en un Evangelio que no es el suyo, ni el que él dió á la Iglesia fundada con su preciosa sangre. Obsérvense sino esas continuas variaciones en que han incurrido las sectas reformadas. ¿Qué otra cosa prueba esa diversidad de símbolos que en ellas se encuentra, sino que han perdido la luz, que se han separado de la verdadera senda de la salvacion, que se han emancipado de aquel centro comun, fuera del cual no hay mas que opiniones humanas, estravíos de la inteligencia, aberraciones y mentiras, puesto que cada individuo se cree con derecho á comentar á su modo las sagradas escrituras? De aquí resulta lo que decia muy oportunamente un sábio escritor de nuestro siglo (1): que los divinos libros, que de suyo son un manjar de vida para los que los leen conforme al espíritu y á la interpretacion de la santa Iglesia católica, maestra y fundamento de la verdad, vienen á ser un tósigo para los que los leen y entienden segun su juicio particular y sin

(1) M. de Maistre. Soirées de Saint Petersburg, Soirée XI.

sujecion á las reglas que aquella prescribe. La Iglesia, semejante á la paloma que tritura con su pico el grano para distribuirle despues á sus hijuelos, desmenuza y esplica esa palabra escrita á los fieles para que no les sea dañosa y perjudicial. Los que no reciben de su boca ese divino alimento, jamás podrán digerirle bien, y por consiguiente, lejos de hallar la verdad, hallarán por el contrario el error, y en vez de la vida encontrarán en él la muerte.» ¿En qué otra cosa consiste que la reforma protestante no ha podido formular un cuerpo de doctrina en que hayan convenido todos sus correliigionarios? ¿Por qué están tan discordes entre sí, menos en ese ódio inveterado que todos profesan á la Silla Apostólica? ¿Cómo es que los unos admiten lo que los otros desechan, y que éstos creen como dogmas innegables lo que aquellos niegan como errores absurdos? ¡Y sin embargo todos pretenden estar en posesion de la verdadera doctrina de Jesucristo, siendo asi que cada cual le busca por distinto camino, ó mejor dicho no le buscan por ninguno! Pues como ha dicho San Agustín, «si la verdad no se busca con todo el fervor del alma, imposible es encontrarla, bien asi como no es posible que deje de salir al encuentro á cuantos la aman y corren en pos de ella como es debido. El amor es el que la pide, el amor la busca, el amor llama á la puerta, el amor la descubre, y el amor hace que el hombre permanezca fiel en aquello que le ha sido revelado; ¡Plugiuese al cielo, concluye diciendo el Santo doctor, que comprendiéseis bien lo que os digo! Entonces arrojariais inmediatamente esas vanas doctrinas, esas fabulosas mentiras que habeis abrazado, y correriais con gran presteza, con sincero amor y con fé ardiente á uniros al santísimo gremio de la Iglesia católica (1).»

(1) Si sapientia et veritas non totis animi viribus concupiscatur, inveniri nullo pacto potest. At si ita queratur, ut dignum est, subtrahere se se atque abscondere a suis dilectoribus non potest.... Amore petitur, amore queritur, amore pulsatur, amore revelatur, amore denique in eo quod revelatum fuerit permanetur.... ¡O utinam possetis intelligere quae dicta sunt! Confestim abjiceretis omnes ineptias favellarum, et vanissimas imagines corporum, totosque vos magna alacritate, sincero amore, firmissi-

Así buscaron á Jesus niño Maria y Joseph cuando le perdieron en Jerusalem. El amor guiaba sus pasos, el amor les hacia preguntar por él á todos cuantos hallaban en el camino, y el amor les dirigió por fin, despues de tres dias de inútiles investigaciones, á donde únicamente podian encontrarle, como de hecho *le hallaron en el templo, sentado en medio de los doctores oyéndoles y preguntándoles*. Y ved aquí una imágen sublime de lo que venimos diciendo desde el principio de este discurso; á saber, que solo en el centro de la Iglesia católica se puede hallar á Jesucristo, por cuanto allí únicamente es donde reside la unidad de la fé y la verdadera doctrina de la divina revelacion. Ella es la única esposa del cordero en quien éste ha depositado todas las riquezas de su sabiduría, y esos tesoros de verdad de que hablaba el apóstol cuando decia á su discípulo Timoteo: «Guarda cuidadosamente ese precioso depósito» con el auxilio del Espíritu Santo que habita en nosotros.... Con-»serva lo que te se ha confiado huyendo de las profanas novedades» de palabras, y de las objeciones de una ciencia falsa, porque los que» han profesado esta vana creencia se han descarriado de la fé (1).» Ella es la Jerusalem santa, que descendió del seno del mismo Dios (2), cuya doctrina es como él única, sola, inmutable, simple, indivisible y eterna, puesto que es una emanacion de la eterna verdad: y por eso no sucede respecto de la fé lo que respecto de otras cosas en las cuales no hay mas que una unidad física, formada á veces de elementos diferentes y heterogéneos. «A la manera, dice» San Cipriano, que en el sol hay muchos rayos, pero una sola luz,» y en el árbol muchas ramas, pero un solo tronco, fundado en una» sola raiz; y asi como cuando un rio se divide en muchos arroyue-» los, no por eso dejan de proceder todos de un mismo manantial,

ma fide sanctissimo Ecclesie Catholice gremio conderetis. (S. Aug. de moribus Ecclesie. Lib. I. c. 47. n. 31, 32.)

(1) Depositum custodi, devitans profanas vocum novitates, et oppositiones falsi nominis scientie, quam quidam promittentes, circa fidem exciderunt. (I. Timot. VI. 20, 21.)

(2) Vidi civitatem sanctam Jerusalem, descendentem de celo á Deo. (Apoc. XXI. 2.)

» del mismo modo la Iglesia es siempre una, siquiera su prodigiosa
» fecundidad la haya hecho estenderse por todos los ámbitos del
» orbe. Separa del cuerpo el rayo del sol, y verás que la unidad no
» puede tolerar la division de la luz; arranca del árbol una rama, y
» ya no producirá mas frutos; desvía el riachuelo de su fuente, y
» luego le verás secarse. Pues lo mismo acontece en la Iglesia de
» Dios (1).» Hed ahí lo que son todas las sectas separadas del centro
de la unidad, ramas desgajadas del robusto tronco del catolicismo,
arroyos desviados de su fuente, miembros violentamente separados
del cuerpo que les daba la vida; y de aquí concluia el santo doctor
«que los que no tienen esta unidad, no tienen la fé del Padre y
del Hijo, ni vida, ni salvacion (2).»

Preciso es, pues, buscar á Jesucristo en el seno de la unidad católica, donde segun la divina promesa está y estará todos los dias hasta la consumacion de los siglos (3). Allí reside la roca firmísima, la piedra incontrastable que no podrán mover jamás las puertas del infierno (4). Allí la verdadera arca de Noé, en la que únicamente pueden salvarse los hombres de las aguas del diluvio, y la casa de Dios, fuera de la cual todo el que come el cordero es profano y criminal, segun la brillante alegoría de San Gerónimo (5); allí la cátedra príncipe, la raiz y la matriz de todas las iglesias, de donde se deriva la unidad sacerdotal, como se espresa San Cipriano (6), y á donde se hace forzoso que acudan á unirse todos los

(1) Quomodo Solis multi radii, sed lumen unum, et rami arbori multi, sed robur unum tenaci radice fundatum; et cum de fonte uno rivi plurimi defluunt, numerositas licet diffusa videatur exundantis copiae largitate, unitas tamen servatur in origine. Avelle radium solis á corpore, divisionem lucis unitas non capit. Ab arbore frange ramum, fractus germinare non potest. A fonte præcide rivum, præcisus arescit. Sic Ecclesia Domini. (Lib. de unit. Eccles. Edit. Maur., pág. 195.)

(2) Hanc unitatem qui non tenet non tenet Patris et Filii fidem, vitam non tenet et salutem. (Ibid. pág. 196.)

(3) Matt. XXVIII. 20.

(4) Ibid. XVI. 18.

(5) Epist. 45 ad Damas.

(6) Epist. 43. ad Corn. et Epist. 73 ad Jub.

fieles á causa de su preeminencia, segun San Ireneo (1); allí, en suma, el único redil de que es pastor único Jesucristo, en la persona de San Pedro y de sus sucesores en el pontificado. ¿Dónde, sino en la iglesia católica, se encuentra esa sucesion perpétua y no interrumpida de romanos pontífices, que se remonta desde Pio IX que actualmente ocupa la silla apostólica, hasta aquel á quien fué dicho: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia?» ¿Dónde sino en ella, se encuentra esa unidad de gobierno, esa unidad de fé, esa unidad de dogmas que no ha variado nunca, á pesar de todas las alteraciones humanas, á despecho de todos los cambios sociales y políticos que ha sufrido el mundo, aun cuando todo en torno de esa piedra misteriosa haya tomado diversas formas y experimentado espantosas revoluciones? Mas de diez y ocho siglos hace ya que la iglesia católica viene diciendo sin interrupcion de un solo dia: «Creo en Dios, Padre Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra, y en Jesucristo su único Hijo nuestro Señor, que fué concebido por el Espíritu Santo y nació de Santa María Virgen, que murió y resucitó, etc.» Esto confesaron los apóstoles, y murieron repitiéndolo bajo la hacha del verdugo que derribaba sus cabezas; esto mismo dijeron los mártires, y diciéndolo morian alegres en los mas horribles tormentos; esto enseñaron los Padres y doctores, y lo consignaron en sus mas brillantes escritos; esto, en fin, viene repitiendo el mundo católico hasta nuestros dias, sin que su simbolo haya padecido la menor alteracion, sin que se haya cambiado en él un ápice ni una coma, sin que, á pesar de las heregias que han intentado alterar ó falsificar muchos de sus artículos, y de los errores que han pretendido echar por tierra ese augusto monumento de nuestra fé, se hayan siquiera resentido sus robustos cimientos. Prueba inequívoca de que sola la iglesia católica es la única iglesia verdadera de Jesucristo, y por el contrario las comuniones separadas de ella, en las cuales no hay principios fijos, ni un simbolo de fé invariable, ni unidad de creencias, ni centro de autoridad, no son sino verdaderas sinagogas de Satanás, por usar

(1) Contra Hæres. L. 3. cap. 2 et sig.

una expresión del apóstol San Juan (1), monumentos del humano orgullo, y no iglesias de Jesucristo. Ved sino como ninguna de ellas osó jamás usurpar el título glorioso de católica, título único y exclusivo de la que fundó el Hombre-Dios sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, y de la cual él mismo es la piedra angular (2), como si temiesen arrogarse un dictado que pondría mas en evidencia su escision del centro comun, de que impía y arrogantemente se separaron. «No, dice el citado San Cipriano: no hay mas que una iglesia fundada por nuestro Señor Jesucristo y cimentada sobre Pedro, cuyo origen y razon de ser es la unidad (3).» «¿Vacilaremos, pues, concluye San Agustin, en adherirnos para siempre á esa iglesia que, en medio de la gritaría que incesantemente levantan contra ella los herejes, no ha cesado jamás de ejercer un poder supremo sobre todo el universo cristiano, por una serie no interrumpida de obispos en la silla apostólica (4)?»

Verdaderamente es grandioso y sublime el espectáculo que ofrece á los ojos del hombre observador esa iglesia romana, monumento glorioso de la divina sabiduría, que descuella en el mundo como una figura gigantesca en medio de todas las creaciones del poder humano, las cuales ha visto hundirse y desaparecer unas en pos de otras, mientras ella ha permanecido invulnerable, siempre bella y radiante en su antigüedad progresiva, de una juventud celestial que nunca muere, y que forma el encanto de las nuevas generaciones. No pocas manos han intentado derribar ese coloso que viene sobreviviendo á todos los imperios, y posando tranquilo sobre los escombros de cien monarquias. No pocos enemigos se han conjurado contra ese grandioso edificio, y mancomunando sus esfuerzos con

(1) Apoc. II. 9.

(2) Ephes. II. 20.

(3) Una Ecclesia a Christo Domino, super Petrum origine unitatis et ratione fundata. (Epist. LXX ad Januar.)

(4) Et dubitabimus nos ejus Ecclesie condere gremio, quæ usque ad confessionem generis humani, ab apostolica sede, per successiones episcoporum, frustra hæreticis circumlatrantibus... culmen auctoritatis obtinuit? (De utilit. credendi. C. XVII. n. 35.)

los del tiempo, adversario el mas temible, cuya huesuda mano hiere de muerte todo cuanto existe, y juega con el polvo de lo que ha destruido para sacar de él el ser y la vida, han trabajado sin descanso por llevar á cabo los planes de esterminio que en sus dias concibieran los hijos de Edom. Pero ¡ah! su impotencia no ha servido mas que para hacer resaltar mas la perpetuidad y eterna duracion de aquella. Cumpliöse y cúmplese la divina promesa: las puertas del averno no pueden prevalecer contra esa roca indestructible. Hija inmóvil de la eternidad, la iglesia católica ha visto pasar sobre ella las mas furiosas tormentas; las oleadas del error, hacinadas unas sobre otras, la han empujado con violencia, pero no la han hecho siquiera perder su aplomo. Los vendabales de la impiedad la han agitado en todas direcciones, pero no han podido moverla de su centro. No ha habido medios que no se hayan empleado para combatirla, pero sin éxito; y por valerme de las elocuentes espresiones de un sábio orador de nuestros dias, «á cada ultraje ha parecido mas grande; el génio la ha protegido contra el génio; la ciencia contra la ciencia; el imperio contra el imperio; se ha hecho armas de todas las armas que contra ella se han levantado; y cuando se la creia por tierra, el mundo la ha visto en pié, serena, triunfante y recibiendo los homenajes de todo el universo.»

Si, católicos: hay una ciudad cuyo nombre se repite por todas las lenguas á través de diez y ocho siglos con la mayor veneracion, adonde afluyen de los cuatro ángulos del globo reyes, principes, sacerdotes, peregrinos y un pueblo inmenso, á adorar á Jesucristo, y á recibir de su vicario en la tierra la bendicion y la doctrina de la eterna sabiduria. Hay una cátedra que se estableció hace mil ochocientos años en esa misma ciudad, y que ha sobrevivido al antiguo Capitolio, al templo de Júpiter, al Foro, al Palatino y á todos los soberbios monumentos que un dia formaban el orgullo de los hijos de Rómulo; y en ella se sienta un anciano cuyas palabras vibran en el corazon de todos los hombres, y producen un entusiasmo indefinible y una virtud sobrehumana. Hay un edificio magestuoso que, á pesar de su aparente decrepitud, descansa no obstante sobre bases tan sólidas como la misma eternidad, y se gloria de es-

tar llamado á sobreexistir á todo cuanto dependé del tiempo. Hay un árbol, en fin, que, sin embargo de contar ya una existencia tan antigua como la creacion, pues sus raíces remontan hasta dicha época, florece y fructifica hoy con la misma fuerza y vigor que en los dias de su juventud, y cobija bajo su copa á toda la tierra, y estiende su ramaje y su sombra benéfica de una á otra estremidad del globo. Y esa ciudad misteriosa es Roma, centro de la unidad católica, que evoca á si todas las inteligencias y todos los corazones, todas las condiciones y todas las edades, para estrecharlas con los lazos comunes de una misma fé, de unas mismas creencias, y de unos mismos sacramentos. Y esa cátedra es la silla de Pedro, donde reside la infalibilidad del dogma y el precioso depósito de la doctrina pura de Jesucristo, desde donde los sucesores de ese eterno pontífice segun el orden de Melquisedec, la derraman por todo el universo, y con ella la paz, la salvacion, la vida, la verdadera libertad y la positiva civilizacion. Y ese edificio es la iglesia católica, foco perenne de luz y de verdad eterna para todos cuantos corren á guarecerse bajo su mística techumbre, cuyo origen se pierde en el seno de Dios, cuyo carácter es la unidad, la perpetuidad, la santidad, la apostolicidad, cuya estension no tiene límites, pues todo lo abarca en su inmensidad. Y ese árbol es el catolicismo, de cuya sávia participan todos los hombres que están adheridos á ese centro de la unidad, y á cuya sombra fructifica el génio, progresan las artes, se desarrollan las ciencias, cunde la civilizacion, y los individuos, bien así como las sociedades, marchan seguros á sus respectivos destinos. ¡Y ay el día en que ese árbol misterioso pudiese ser desgajado por los embates de las persecuciones humanas! El sepulcro de la iglesia seria la tumba del mundo civilizado. No lo será, por dicha nuestra, porque su existencia está garantizada por la palabra infalible de Dios. No lo será, porque antes dejarían de existir los cielos y la tierra, que fallar las promesas de la verdad por esencia. No pudo destruir la unidad católica el imperio romano con sus verdugos y sus suplicios en el espacio de trescientos años que no cesó de derramar la sangre de los cristianos; no pudieron destruir la las hordas del Norte, bastante poderosas para derrocar la unidad

temporal de Roma pagana, siendo por el contrario los bárbaros los primeros que el catolicismo condujo á los pies de sus altares, é hizo curvar su rodilla ante su magestuosa cátedra; no pudieron destruirla, en fin, las herejías, los cismas, la reforma, el filosofismo, la impiedad y toda esa falange de enemigos que, unos tras otros, vienen haciendo causa común contra ella, á través de mil ochocientos años; ¿y podrían conseguirlo en adelante los nuevos Edomitas con sus sofismas y sus errores, con sus doctrinas y su influencia, siquiera para ello contasen con el apoyo de todos los poderes de la tierra? No, y mil veces no; antes por el contrario nunca se presentó un porvenir tan bello y lisonjero para la iglesia católica, como ahora en que, despues de haber luchado con cuanto hay de mas temible en el mundo, despues de haber probado la impotencia de todos los esfuerzos humanos para fundar una iglesia que pueda sustituirla, ha hecho ver que es condicion esencial de su existencia el ser única, indefectible, divina, y eminentemente civilizadora, y que *solo en ella se puede hallar á Jesucristo, por cuanto en ella únicamente reside la unidad de la fe, y la verdadera doctrina de la divina revelacion.*

No nos separemos, pues, jamás de ese centro augusto que ha venido á ser la morada de la virtud, el asilo de la libertad y el trono de la civilizacion, despues de haber sido bajo la dominacion de Roma pagana la mansion de la fuerza, la residencia de la esclavitud, y el foco del despotismo. Permanezcamos constantemente unidos á esa Sion santa, ciudad del sol anunciada por Isaias, única y sin semejante (1), en donde nunca deja de brillar ese astro luminoso, puesto que desde el Oriente hasta el Occidente todo lo alumbrá, todo lo calienta, y lleva á todas partes su influjo benéfico. Continuemos siempre adheridos á ese árbol magestuoso, como la yedra al olmo, ó como los sarmientos á la vid, puesto que escrito está que el que no permanezca asido á Jesucristo, será como sarmiento seco, bueno únicamente para arder en un fuego inestinguible (2); y San Agustin

(1) Civitas solis vocabitur una. (Isaiæ. XIX. 18.)

(2) Ego sum vitis, vos palmites... Si quis in me non manserit, mittetur foras, sicut palmes, et arescet, et in ignem mittent, et ardet. (Joan. XV. 5 y 6.)

ha dicho que ninguno es verdadero cristiano, ni por consiguiente miembro de Cristo, sino aquel que está unido al cuerpo místico del Salvador, que es su iglesia (1); y añade: «Cualquiera que abraza sentimientos contrarios á las verdades que esta enseña, miembro podrido es y separado de su tronco; ya no le pertenece, no es de Cristo (2).» Busquemos, por último, á ese divino Salvador con amor sincero, con fé ardiente, con recta intencion é incansable perseverancia, como le buscaron María y Joseph cuando le hubieron perdido en Jerusalem, y le hallaremos como ellos en el templo, esto es, en el seno de la iglesia católica, de donde no se ha separado jamás desde su fundacion, ni faltará mientras duren los siglos.

(1) Habere caput Christum nemo potest nisi qui in ejus corpore fuerit, quod est Ecclesia. (S. Augus. loc. cit.)

(2) Quisquis contra veritatem inimicum gestat animum, jam præcissus est. (Id. ibid.)

DISCURSO

PARA LA DOMINICA II DESPUES DE EPIFANIA.

NECESIDAD DE UNA AUTOBIDAD DIVINA, PÚBLICA E INFALIBLE QUE ENSEÑE AL HOMBRE LAS VERDADES REVELADAS, Y LAS CONSERVE INALTERABLES CONTRA LOS ESTRAYIOS Y ERRORES DE LA RAZON HUMANA.

Quodcumque dixerit vobis, facite.

Haced todo cuanto él os diga.

JOAN. II. 5.

EN nuestros dias, y en el estado actual de la civilizacion, es ya una verdad incontestable, un hecho evidenciado y de que no se puede dudar racionalmente, que el hombre es un sér enseñado, y que todas sus tendencias desde que nace á la luz de este mundo se dirigen á adquirir aquellos conocimientos que necesita para vivir cual cumple á sus destinos; conocimientos que no puede adquirir por sí mismo, sino que le es preciso recurrir á otro sér mas ilustrado que él para que se los comunique. Ahora bien, como quiera que siempre tiene que aprender, y que por mas que prolongue sus estudios y multiplique sus vigiliass, nunca vé satisfecha esa sed insaciable de saber que experimenta dentro de sí mismo, y que forma uno de los principales caracteres de su racionalidad, resulta que siempre tiene esa necesidad de enseñanza de que no puede prescindir, si no quiere verse envuelto en las tinieblas de la duda, y lanzado en el abismo del error.

Esta necesidad se hace mas sensible y apremiante respecto de las verdades religiosas, por lo mismo que en ellas es mayor el peligro de errar, cuando el hombre no es guiado por una autoridad infalible que pueda mostrarle el camino y dirigir sus estudios é investigaciones. En el órden de las sensaciones y de las ideas podrá bastar al hombre cuando es niño la educacion maternal, que le pone, digámoslo así, en contacto con los objetos exteriores, y trasmitiéndole poco á poco la palabra, abre en él el manantial de la inteligencia. Esta misma educacion es la que durante la infancia dá al hombre las nociones de lo justo y de lo injusto, de la virtud y del vicio, desarrollando en su alma el tesoro de la conciencia: y por último, le hace un sér creyente ó religioso, iniciándole en los misterios de la fé. Pero el hombre crece, se desarrolla, adquiere con la edad mayores proporciones su deseo de instruirse, necesita saber y creer: y ora pertenezca á la clase ignorante, ora descuelle entre los hombres de génio, siempre es impotente por sí mismo para fijar sus ideas y para formarse una inteligencia propia é independiente de la agena enseñanza. Ahora bien, ¿quién será ese maestro que pueda dirigir la enseñanza religiosa del hombre una vez emancipado de la educacion maternal? ¿Quién será ese poder capaz de guiar sus pasos siempre vacilantes por entre esa multitud de opiniones encontradas, de sistemas absurdos, de axiomas contradictorios, de creencias falsas, de dogmas incomprensibles? ¿Por ventura la razon, esa ciega divinidad ante quien el mundo se ha prosternado y llamádola su única reina y señora? Pero en vano se buscaria en la historia de la humanidad una verdad, un principio, una cosa que la razon no haya corrompido y manchado. Es, pues, indispensable una autoridad divina, infalible, á quien el hombre pueda someterse con seguridad de no errar, y sin la cual seria un miserable juguete de las opiniones humanas.

Hé aquí lo que, sin violentar en nada el texto sagrado, deduzco yo hoy del Evangelio que acaba de leerse.

«Celebráronse (dice) en Canaá de Galilea unas bodas donde se hallaba la Madre de Jesus, y á las cuales fué invitado Jesus con sus discipulos. Llegando á faltar el vino, dijo á Jesus su ma-

dre: No tienen vino. A lo cual respondió Jesus: Muger: ¿qué nos vá á mí y á ti? aun no es llegada mi hora. Pero la madre dijo á los sirvientes: Haced lo que él os diga. Habia allí seis hidrias de piedra destinadas para las purificaciones de los judíos, en cada una de las cuales cabian dos ó tres cántaras. Dijoles, pues, Jesus: Llenad de agua esas hidrias. Y llenáronlas hasta arriba. Diceles en seguida: Sacad ahora y llevad al maestresala. Ejecutáronlo así. Apenas probó el maestresala el agua convertida en vino, y no sabiendo de dónde era... llamó al esposo, y le dijo: Todos sirven al principio el vino mejor... tú al contrario, has reservado el buen vino hasta ahora. Este fué el primer milagro que hizo Jesus en Canaá de Galilea, y creyeron en él sus discípulos. »

¿Quién no vé en estas bodas, á que asisten Jesus, su madre y sus discípulos, una figura de la alianza de Jesucristo con su Iglesia, y de ésta con toda la humanidad en las futuras generaciones? ¿Quién no advierte en esa autoridad absoluta que el Hombre-Dios ejerce en aquella asamblea, un símbolo misterioso de la autoridad que en la Iglesia viene ejerciendo por medio de sus sucesores en la Silla Apostólica, y en virtud de la cual se operan en el mundo cristiano esos prodigios de civilizacion, debidos á su benéfica influencia, y se mantiene puro é intacto el sagrado depósito de la enseñanza católica? ¿Qué otra cosa son los hombres y los pueblos sin ese principio de autoridad, sino hidrias vacías, capacidades que solo contienen opiniones erróneas, ideas variables, y sistemas absurdos, que únicamente puede rectificar aquel que posee la doctrina infalible de la divina ciencia que bebió en el seno del Padre celestial? Por eso la madre del Hombre-Dios, dijo terminantemente en aquella ocasion solemne que acabamos de referir: «Haced todo cuanto él os diga.» *Quodcumque dixerit vobis facite.* Y hé aquí lo que Jesucristo dice á su vez respecto de la Iglesia depositaria de su doctrina. Voy, pues, á demostrar en este discurso la necesidad de una autoridad divina, pública é infalible que enseñe al hombre las verdades reveladas, y las conserve inalterables contra los extravíos y errores de la razon humana.

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Quando hablamos de la necesidad de una autoridad divina, pública é infalible que proponga al hombre las verdades reveladas, suponemos como cosa indudable la existencia de una revelacion ya hecha y consignada en los libros del antiguo y nuevo Testamento; ó trasmitada de viva voz por el canal de una tradicion constante y no interrumpida hasta nosotros. Suponémosla, y no nos detendremos á probarla, pues aunque la incredulidad de los últimos siglos la ha combatido por cuantos medios ha tenido á su alcance, y ha hecho desesperados esfuerzos por negar los hechos históricos y los monumentos que la evidencian, en la actualidad ya están gastadas sus objeciones, y no hay hombre de buen juicio y sano criterio que se atreva á impugnarla. Ahora bien, en el concepto de que ésta revelacion existe, ¿cómo podremos asegurarnos de su identidad, de su legitimidad, y de que no han sufrido alguna alteracion esencial aquellas verdades que Dios dió al mundo en los tiempos primitivos? Sabemos bien la fuerza de ese poder irresistible que se llama tiempo: no ignoramos que su accion influye de una manera prodigiosa sobre todos los acontecimientos humanos, deslustra los hechos mas brillantes, destruye los monumentos mas sólidos, mina sordamente los imperios, cambia las dinastías, vé perecer las leyes, y hasta en las creencias, hasta en la religion misma introduce la novedad y el error. ¿Quién, pues, podrá decirnos si con el tiempo no han variado los verdaderos dogmas, no se han corrompido los principios fundamentales de nuestra creencia, y si los artículos del símbolo católico que hoy confesamos son los mismos que Dios se dignó revelar á su Iglesia, á no existir una autoridad visible, divinamente constituida, que no solamente posea la certidumbre, sino tambien la infalibilidad de lo que propone, á nuestra fé? Y tanto mas resalta la necesidad de este principio de autoridad, cuanto que habiéndose

manifestado Dios al hombre de un modo social, digámoslo así, por medio de palabras y de signos externos, y pudiendo estas palabras y estos signos ser susceptibles de interpretaciones equívocas ó ambiguas, y admitir diversas significaciones, nunca pudiéramos estar ciertos del objeto de la revelacion; vacilaríamos continuamente entre la duda y el temor, y nos sería imposible adquirir el convencimiento de que lo que creíamos fuese lo que realmente debíamos creer, porque jamás estaríamos ciertos de poseer la inteligencia y el sentido real de las verdades reveladas, sin una autoridad que emanando de Dios mismo y depositaria de su mision y de sus poderes, no nos garantizase su autenticidad. Por eso decia San Pablo: «Dios nos ha dado apóstoles, profetas, evangelistas, pastores y doctores, para que no seamos ya niños fluctuantes, ni nos dejemos llevar en derredor de todo viento de doctrina, por la malignidad de los hombres que siembran el error en torno de nosotros (1).»

Y hé aquí una nueva prueba de la necesidad que venimos demostrando de una autoridad infalible en materias de fé. ¡Cuántos errores no han surgido en el mundo, en la dilatada serie de siglos que viene recorriendo el cristianismo! ¡Cuántas sectas no han invadido el terreno de la revelacion, y la han interpretado á su modo! ¡Cuántos hombres atrevidos no han introducido su mano impura en el santuario de la verdad, y la han torcido segun sus opiniones estraviadas, queriendo acomodarla á los ensueños de una razon enferma y á veces delirante y frenética! La historia de la iglesia nos presenta un largo catálogo de heregias, de cismas y de errores, que unos en pos de otros han venido apurando sus recursos intelectuales, por viciar el sagrado depósito de las verdades reveladas, ya mutilando ciertos artículos de nuestra fé, ya corrompiendo el sentido de las sagradas escrituras, unas veces atacando de frente los dogmas fundamentales del catolicismo, otras inventando doctrinas

(1) Et ipse dedit quosdam quidem Apostolos, quosdam autem Prophetas, alios vero Evangelistas, alios autem Pastores et doctores... ut jam non simus parvuli fluctuantes, et circumferamur omni vento doctrinæ in nequitiâ hominum, in astutiâ ad circumventionem erroris. (Ad. Ephes. IV. 11. 14.)

nuevas y peregrinas para desmentir los divinos oráculos. En este caos pues, de opiniones humanas, de sistemas absurdos, y de errores sin fin, ¿quién podía fijar las creencias del hombre? ¿quién asegurar su fé? ¿quién proponerle lo que debía admitir ó rechazar? ¿quién en fin calmar sus inquietudes, disipar sus dudas, y hacerle discernir lo verdadero de lo falso? ¿Quién? Solo una autoridad divina é infalible. Y esta autoridad ¿quién podía fundarla? ¿El hombre? Imposible! Para que fuese tal cual se necesitaba, esto es, para que pudiese llenar el objeto á que era llamada, debía ser una autoridad universal, católica, en el verdadero sentido de esta espresion, que no estuviese reducida á los estrechos límites de una nacion ó de un siglo, ni á esta ó á aquella clase de hombres, sino que fuese comun á todos ellos, y abarcase todas las naciones, y se extendiese á todos los siglos presentes y venideros. Y claro es que el hombre es impotente para fundar una autoridad de esta clase. Preséntese una sola autoridad dominante entre las escuelas filosóficas; cítese una secta no cristiana que haya poseído jamás una enseñanza universal; y aun entre las comuniones cristianas, pero separadas del centro de la unidad, ¿existe una sola que posea esa autoridad? Ninguna, y justamente por haberse desentendido de ese principio, es por lo que se ve en ellas esa divergencia de opiniones, esa multiplicidad de símbolos, esa fluctuacion continua de sistemas religiosos, esa variacion interminable en que se agitan convulsos á la manera de un náufrago que lucha con las olas, que ora le empujan con ímpetu, ora le sepultan en un abismo sin fondo, sin poder fijar su planta en la playa vecina de que se separó imprudente por lanzarse á probar sus fuerzas contra aquel poderoso elemento. ¿Quién no vé esas iglesias protestantes divididas en tantas fracciones como reinos, llevando cada cual una denominacion diversa segun el pueblo ó nacion en que se han aclimatado? En Inglaterra oíreis llamarse el Protestantismo iglesia episcopal; en Escocia, iglesia presbiteriana; calvinista en Holanda, evangélica en Prusia, y en los Estados-Unidos no tienen guarismo los nombres de las comuniones reformadas. Observad las eternas dudas en que están envueltas todas esas mal llamadas iglesias, desde el momento en que pretendiendo orgullosas someter á la autoridad pri-

vada y al exámen individual de cada uno de sus adeptos la divina revelacion. En vano estos registran asiduamente los libros sagrados depositarios de la verdad. En vano escudriñan esos augustos monumentos de dia y de noche, y los distribuyen con profusion, y los ponen en manos de toda edad y de todo sexo, entregándoselos indistintamente al sábio y al ignorante, á la aristocracia y al pueblo, al hombre ilustrado y al obrero que apenas sabe leer. ¿Qué es lo que encuentran en ellos? Lo diré sin rebozo, encuentran únicamente tinieblas y desesperacion; porque en medio de ese caos de interpretaciones tan diversas y contradictorias, y no sabiendo qué es lo que deben negar, ni lo que deben creer, apodérase de ellos el despecho, y concluyen por dudar de todo, cayendo en una especie de escepticismo que los atormenta y devora. Aun hay mas, y hé aquí una contradiccion bien chocante. El Protestantismo que sacudió el yugo de la autoridad divina y universal del catolicismo, no se ruboriza de imponer á sus adeptos otra autoridad mucho mas humillante, incomparablemente mas insoportable, la autoridad humana. Haciendo distincion entre los hombres ilustrados y los que carecen de instruccion, preséntase á los unos bajo distintas formas que á los otros, y mientras que á los primeros les deja libres para comentar, interpretar y explicar á su modo los libros sagrados, á los segundos les somete á la autoridad de los ministros, obligándoles á creer lo que estos les proponen como verdadero, y á rechazar lo que les presentan como falso. Verdaderos ciegos, y conductores de otros ciegos como se espresa el Evangelio, (1) no hacen sino marchar á tientas en medio de las tinieblas que Dios en justo castigo de su soberbia ha sembrado á su alrededor; jamás llegan á ver la luz divina, y unos y otros vienen á parar á un mismo abismo, al abismo del error que ellos han abierto delante de sus pasos. Insensatos creyeron bastarse á sí propios, juzgáronse suficientes para marchar sin el apoyo de una autoridad divinamente inspirada, y heridos de vértigo hánse hecho pedazos sobre la piedra de que se separaron, segun el lenguaje de Jesucristo; y ésta á su vez cayendo sobre ellos con todo su peso, les ha dejado

(1) Qui ceciderit super lapidem istum contrahatur: super quem vero

(1) Cæci sunt, et duces cæcorum. (Math. XV. 14.)

envueltos en sus propias ruinas (1). ¡Tan cierto es que los hombres bien así como los pueblos no pueden prescindir de ese principio de autoridad universal, pública y divina, sin verse lanzados en las vías del error, y condenados á vivir en eternas dudas, en disputas interminables, y en vacilaciones sin fin! Y hé aquí la justa punición que lleva consigo el orgullo del entendimiento. Aspirando á una independencia quimérica, y llamándose á sí propio único juez y árbitro de sus creencias, viene á someterse á autoridades falsas y sin fundamento, y á aceptar el yugo de un servilismo altamente humillante, el servilismo de las preocupaciones y de las pasiones humanas; pues como ha dicho elegantemente un orador coetáneo nuestro, «las naciones y los siglos sufren el yugo de la autoridad y le imponen á su vez; heredan preocupaciones y pasiones anteriores, y las modifican después por otras nacidas de estas; y la movilidad de los tiempos que parece acusar á la independencia del hombre, no es mas que efecto de una sumisión á tiranías que se engendran unas á otras. Cambian los tiranos pero no cambia la tiranía.»

«Todo pues, conspira á demostrar, que si en el orden natural de las cosas, los hombres y los pueblos no pueden prescindir de un principio de autoridad, que dirija su enseñanza aun en aquellas cosas que solo dicen relacion al tiempo, esta autoridad se hace mucho mas precisa é indispensable con respecto á las que miran á los intereses de la eternidad; y por consiguiente, en materias de fé no basta una autoridad cualquiera, ni una enseñanza particular, sino que debe haber una autoridad de institucion divina, y que á su carácter de infalible y perpétua reuna tambien la universalidad: esto es, que no sea esclusiva de un siglo ó de una nacion, sino que se estienda á todas las naciones, y á todos los siglos, y que proponga constantemente, é intérprete en su verdadero sentido, y conserve en toda su pureza la divina revelacion.

Y no se diga que semejante autoridad no existió antes de Jesucristo, y que por consiguiente ninguna necesidad hay de ella en los

(1) Qui ceciderit super lapidem istum confringetur: super quem vero ceciderit, conteret eum (Math. XXI 44).

tiempos posteriores á su venida. No es nueva esta objecion : siglos há que vienen repitiéndola los adversarios de la iglesia católica, y no merecería siquiera el honor de la impugnacion, á no haber muchos entendimientos que aun se dejan fascinar en los tiempos presentes de los sofismas del error. Convenimos desde luego en que durante la época de los patriarcas, no hubiese si se quiere una autoridad visible, y que Dios era quien cuidaba de conservar la revelacion en su sentido legítimo y en toda su integridad, apareciéndose frecuentemente á los hombres, como lo hizo con Noé, Abraham, Jacob y otros muchos en diversas ocasiones. Pero negar que en los tiempos posteriores hubo una autoridad competente destinada á conservar la revelacion primitiva, esto es un absurdo, una ignorancia, una mentira. Prescindiendo de que la iglesia, ó sea la sociedad de los hombres con Dios, existia ya desde el principio del mundo, siquiera su organizacion no fuese ni con mucho tan perfecta como despues de Jesucristo, ¿quién ignora que el sacerdocio de Aaron fué el depositario público y perpétuo de la ley Mosáica dada por Dios en el Sinai? ¿Quién no vé esa série no interrumpida de profetas suscitados por el Señor para recordar continuamente á su pueblo las verdades reveladas y transmitir las intactas de generacion en generacion y de siglo en siglo hasta el advenimiento del Mesías prometido? Dígase en buen hora que la divina revelacion no habia recibido todavia el complemento que debia recibir en la plenitud de los tiempos, porque todo en el mundo, hasta la verdad misma, debia llevar el sello de la caída original para mejor sentir la necesidad de la reparacion. Dígase que la condicion de la humanidad antes de Jesucristo estaba lejos de ser la nuestra, y que no tenia á su disposicion medios tan eficaces como tenemos nosotros para sostenerse en la firme posesion de la verdad. Pero ¿acaso se diria por eso que el hombre se hallaba abandonado á si mismo y sin los auxilios necesarios para conservar el sagrado depósito de la revelacion? ¡Blasfemia! El hombre podia muy bien olvidarla ó corromperla, como de hecho la olvidaron y corrompieron muchos, pero esto no fué en manera alguna porque careciesen de la asistencia de Dios ni de los medios oportunos para conservarla, sino por su culpa propia. En efecto, ¿qué es lo que nos ofrece el paganismo sino supersticiones

groseras, vestigios informes de una revelacion alterada, restos desfigurados de las verdades primitivas, semejantes á los fragmentos de una nave que ha naufragado, y que el flujo y reflujo de las olas arrastra hácia la playa? A medida que los hombres se alejaron del origen de la revelacion, en proporcion que los siglos fueron ganando terreno, disminuyéronse las verdades, segun el lenguaje del profeta; la revelacion fué oscureciéndose cada vez mas, merced á los comentarios de una filosofía carnal y materializada; las fábulas sustituyeron á las antiguas relaciones de Moisés; los ensueños de la mitología ocuparon el lugar de los hechos históricos de la Biblia; la antorcha de la fé se estinguió en tales términos en los pueblos idólatras, que si algunos pocos particulares conservaron algunas creencias tradicionales, estas no eran mas que como los últimos reflejos de una luz moribunda que de cuando en cuando parece reanimarse instantáneamente para quedar un momento despues en una completa oscuridad. Y bien, ¿qué prueba todo esto sino que efectivamente existió una revelacion divina, y que los hombres por negligencia ó malicia la dejaron que se alterase y corrompiese, tanto que hubiera desaparecido totalmente del mundo á no haber provisto Dios de remedio, separando de la masa comun de las naciones un pueblo, una sociedad, á quien entregó el sagrado depósito de sus verdades, para que las guardase y defendiese á través de los siglos? ¿Qué hubiera sido de la revelacion, sino hubiese existido el pueblo Judío, y en él la sinagoga encargada de velar por la conservacion de las creencias tradicionales? Lo mismo que sucederia hoy respecto del cristianismo. Aquella era relativamente para el mundo antiguo, lo que para el nuevo regenerado por Jesucristo es la iglesia católica. Bien asi como sin ella apenas quedarian hoy alguna que otra piedra del grandioso edificio levantado por el Hombre-Dios, del mismo modo sin la Sinagoga no hubiesen sobrevivido los menores vestigios de la revelacion primitiva. Y ved por último, como esto mismo lejos de amenguar en nada la fuerza de la tésis que venimos sosteniendo, la confirma mucho mas y hace resaltar extraordinariamente su evidencia. Porque si tratándose como se trataba antiguamente de una revelacion sencilla, clara, y de fácil transmision, puesto que constaba

de muy pocos artículos, se corrompió no obstante, se alteró esencialmente, y llegó casi á desaparecer en muchos pueblos, precisamente porque no habia en ellos una autoridad pública destinada á conservarla en su pureza primitiva; ¿quién habrá tan ciego que deje de reconocer y confesar la necesidad absoluta é imprescindible de este principio de autoridad respecto de una revelacion mucho mas estensa, que abraza muchos más artículos de fé, consignados unos en los libros santos, y trasmitidos otros por la tradicion, sobre todo cuando tantos y tan poderosos enemigos vienen luchando con la verdad católica al cabo de mil ochocientos años, y aspiran á derrocar esa reina del mundo del trono sobre que la colocó Jesucristo?

Si pues ha de sostenerse como viene sosteniéndose á pesar de los mil elementos conjurados contra ella en las diversas épocas: si ha de salir victoriosa, como lo ha sido hasta nuestros dias, del furor de las tempestades que en torno suyo se agitan á cada momento, y de los dardos que lanzan al corazon de la iglesia hijos que salieron de su mismo seno, y que enloquecidos por su propio orgullo han jurado esterminarla, y cifran en su ruina el mayor de sus triunfos; si ha de continuar firme é inmóvil sobre su eterna base, sin que puedan conmovér-la ni hacerla vacilar los impetuosos huracanes de las pasiones, ni esos elementos de destruccion que fermentan en las entrañas de la humanidad, como el fuego de un volcan que por do quiera aspira á abrirse un camino, y derrama por cien bocas la ardiente lava que abrasa los pueblos y los reduce á cenizas, es únicamente permaneciéndola sobre la incontrastable piedra en que la constituyó su divino fundador, sobre esa piedra angular destinada á resistir á los embates de los siglos, y á sobrevivir á todas las generaciones, esto es, sobre ese principio de autoridad pública, universal, infalible y divinamente instituida, para proponer, conservar y defender la revelacion contra los estravíos y los errores de la orgullosa razon humana.

Plegue á Dios que reconociendo siempre la necesidad de ese principio, no nos desviemos jamás de él; que persuadidos de que necesitamos ser enseñados, no aceptemos nunca otra enseñanza sino la que de él proviene, que convenciéndonos de la impotencia de todas las

doctrinas humanas para fundar una autoridad universal, por cuanto todas ellas son variables y contradictorias, vivamos únicamente adheridos á la que es de suyo invariable y siempre la misma. Librenos el cielo de aspirar á la independencía del espíritu en materias de fé, y de querer formarnos una inteligencia propia y esclusiva que nos conduciría al abismo del error. Sometámonos gustosos al suave yugo de esa autoridad suprema, fuera de la cual solo hay opiniones, dudas, y eternas vacilaciones; y conducidos por ella, no erraremos: crearemos lo que debemos creer, esperaremos lo que debemos esperar, amaremos lo que únicamente es digno de amor, y disfrutaremos un día la posesión completa de la verdad eterna é increada en el seno de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA III DESPUES DE EPIFANIA.

SOLA LA IGLESIA CATÓLICA ES LA QUE POSÉE EXCLUSIVAMENTE LA PREROGATIVA DE LA INFALIBILIDAD DOGMÁTICA, Y POR CONSIGUIENTE LA ÚNICA DEPOSITARIA DE LA VERDADERA REVELACION.

Vade, ostende te Sacerdoti, et offer munus quod præcepit Moyses in testimonium.

Vé, preséntate al Sacerdote, y ofrece el don que Moisés ordenó para que te sirva de testimonio.

MATTH. VIII. 4.

DESDE que por el pecado del primer hombre se verificó en él aquella transformacion tan desgraciada que le hizo tributario de todas las miserias que vienen aquejando al linage de Adan, la humanidad lleva en su seno un principio de malestar que afecta á su organizacion moral y social, malestar que se agrava ó disminuye en proporcion que los individuos ó las sociedades viven mas ó menos conformes con los principios constitutivos y esenciales de su creacion. Como quiera que la fé es la vida de los hombres y de los pueblos, y la verdad su primera y mas apremiante necesidad, cuanto mayor sea la adhesion de su inteligencia á los dogmas que aquella propone, y mas sincero su amor á esta, mas próximos estarán á curar de esa enfermedad endémica que ha venido á ser el patrimonio de todos los descendientes de aquel primer prevaricador, que con su incredulidad y su orgullosa desobediencia, nos hirió principalmente en el

entendimiento y en la voluntad: y de ahí nuestra proclividad á aceptar todos los errores y extravíos de la razon, y á abrazar todos los vicios que nos arrastran á nuestra ruina. La humanidad entera no es mas que la imágen del leproso de quien nos habla hoy el Evangelio, y por consiguiente su curacion depende de aquel que vino al mundo á repararla y levantarla de su profunda postracion. Oigamos primero el sagrado testo, y en vista de la identidad que nos ofrece el estado de aquel hombre con el de toda la humanidad, deduciremos despues las consecuencias que de esta comparacion se desprenden para nuestra enseñanza:

«En aquel tiempo, dice, bajando Jesus del monte, siguiéronle muchas gentes. Y vino un leproso, y le adoraba diciendo: Señor, si quieres puedes limpiarme. Y estendiendo Jesus la mano le tocó diciendo: Quiero, sé limpio. Y luego se limpió su lepra. Y dijole Jesus: Mira que á nadie se lo digas, sino vé, preséntate al sacerdote, y ofrece lo que mandó Moisés, para que te sirva de testimonio.»

¿Quién duda que los hombres todos desde el principio del mundo, esperaban con ánsia al gran Reparador anunciado ya en el Paraíso, en el momento mismo de verificarse entre Dios y la humanidad aquel divorcio que dejó á ésta cubierta de la asquerosa lepra del pecado original, que cual gérmen corrosivo se propaga de generacion en generacion á todos los hijos del comun padre? ¿Quién ignora la solicitud con que á través de cuatro mil años corrieron, por decirlo así, en pos de él los patriarcas, los profetas, los justos todos del antiguo testamento, suplicándole que se apresurase á limpiarles de aquella enfermedad tan inveterada? Y vino, en efecto, el Salvador, y descendió del monte santo de la gloria, y tocó con su mano omnipotente ese enfermo de cuarenta siglos, y le limpió con su sangre preciosa de todas las horras del pecado. Pero, ¿bastaba esto? No: la humanidad, aunque purificada, podia no obstante volver á reincidir en su primitiva lepra: su inteligencia podia adherirse al error, y su voluntad podia abrazar el vicio; y por lo tanto necesitaba tener siempre un medio de curacion en el caso de necesitarle, y un apoyo en donde afianzarse para caminar con seguri-

dad por los peligrosos senderos de este mundo. A este fin instituye el Salvador una iglesia, un sacerdocio, una gerarquía con su jefe que le represente hasta el fin de los siglos y conserve su divina autoridad; y entonces dice á la humanidad reparada lo que al leproso del Evangelio: «Vé y preséntate al sacerdote, y ofrece lo que mandó Moisés en testimonio;» que fué decir: «Ahí tienes mi iglesia, hé ahí al sumo sacerdote mi vicario en la tierra, preséntate á él, en él reside mi potestad, él es el depositario de los tesoros de mi doctrina; haz lo que él te mandare, y haciéndolo conservarás la pureza de tu fé y las verdaderas creencias que han de salvarte;» *Vade, ostende te sacerdoti, etc.*

Ved ya descubierto dónde reside ese principio de autoridad pública, universal y divina, cuya necesidad demostramos en el discurso anterior. Hé aquí adonde deben recurrir los hombres y los pueblos á recibir la enseñanza de las verdades reveladas, y á quien deben someter su inteligencia y adherirse de todo corazon para no errar en materias de fé. La lepra del error inficiona una gran parte del cuerpo social; el entendimiento humano acepta cada dia nuevos absurdos, y la razon orgullosa aspira á ser el único árbitro de la verdad. Una vez, pues, manifestada la necesidad de una enseñanza universal y de una autoridad infalible, y que esta enseñanza y esta autoridad no puede fundarla el hombre, réstanos demostrar hoy que *sola la iglesia católica es la que posée esclusivamente esta prerogativa, y por consiguiente la única depositaria de la verdadera revelacion.*

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Son tan sólidos los fundamentos en que descansa el dogma de la autoridad universal é infalible de la iglesia, que apenas puede concebirse que haya hombres que se atrevan ni siquiera á ponerla en

duda: y sin embargo, ese dogma es y ha sido hace tres siglos el tema variado de la reforma, y la eterna pesadilla de todas las comuniones separadas del centro de la unidad católica. Todas ellas han hecho causa común para denegar á la iglesia de Jesucristo, esto es, al cuerpo de los pastores, unidos al soberano pontífice su vicario en la tierra, ese poder de enseñanza, esa autoridad divina, pública, universal é infalible que le fué confiada por el Salvador de una manera la mas esplicita y terminante, sin restriccion de ningun género, y con un carácter de perpetuidad que no admite la menor tergiversacion. En efecto, Jesucristo, queriendo basar la sociedad espiritual sobre cimientos indestructibles, y dar á la unidad religiosa toda la fuerza necesaria conforme á sus altos designios, instituye un sacerdocio, organiza una gerarquía para gobernar esta sociedad, y dirigiéndose al hijo de Jonás, llamado Cephas, le dice: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré yo mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella... Yo te daré las llaves del reino de los cielos, y todo lo que atares en la tierra quedará atado en el cielo, y todo lo que desatares en la tierra desatado quedará tambien en el cielo (1).» En otra ocasion, habiéndole preguntado Jesus por tres veces si le amaba, y respondiendo éste afirmativamente, le dice: «Pues apacienta mis ovejas y mis corderos (2).»

Autoridades tan terminantes solo puede negarlas el orgullo del error, que es la personificacion de todos los orgullos. Solo él ha podido inventar interpretaciones forzadas y buscar sofisticos comentarios para oscurecer la brillantez de la luz que se desprende de los textos que acabamos de citar; solo él ha podido decir que Pedro no habia tenido una autoridad suprema, y distinta de la que se confirió á los demas apóstoles colectivamente considerados, y que los poderes especiales que aquel recibiera de Jesucristo quedaron invalidados con la mision que le fué común con estos. ¿Como si las llaves aun en el orden material no fuesen el símbolo del poder supremo, y su entrega no se hubiese considerado siempre como señal evidente

(1) Math. XVI. 18, 19.

(2) Joan XXI. 16, 17.

de la investidura de ese mismo poder ! ¡Como si la potestad de atar y desatar dada en la tierra y sancionada en el cielo por el mismo Dios, no arguyese mas claro que la luz del sol una preeminencia marcada, una prerogativa esclusiva y propia de aquel á quien se le confiere, y una accion universal sobre todo cuanto dice relacion al dogma y á las ereencias ! ¡Como si la mision de apacentar las ovejas y los corderos no designase la mas ámplia autoridad sobre todo el rebaño del Eterno Pastor ; esto es, sobre los pastores no menos que sobre los fieles !

No nos detengamos empero en probar una verdad en que está conforme la tradicion de todos los siglos. Bien pudiéramos evocar aquí sus testimonios. Oiríamos á Orígenes reconocer en Pedro «una mision privilegiada y una investidura personal, siquiera lo que á él se le dijo se le dijese despues á los demás apóstoles, sin que por eso dejase de tener sobre ellos una gran superioridad de jurisdiccion y dignidad.» Oiríamos á Tertuliano llamar al Sumo Pontífice «obispo de los obispos,» y confesar que el Señor dió las llaves á Pedro, y por él á la Iglesia (1). Oiríamos á San Ireneo apelar á la cátedra de San Pedro como á la única regla de la fé, y consignar su respetuosa veneracion hácia ese principado de enseñanza que tan célebre se ha hecho en la Iglesia (2). Idéntico lenguaje oiríamos en la boca de los Agustinos y Gerónimos, de los Atanasios y Basilio, de los Crisóstomos y Leones, y de todos esos grandes géneos que se gloria de poseer el catolicismo, cuyas palabras seria prolijo reproducir. «No hay unidad de Iglesia, esclamaba Santo Tomás, sin unidad de fé, ni unidad de fé sin un gefe supremo (3).» «El Papa y la Iglesia es todo uno» escribia San Francisco de Sales. «Jesucristo, decia Gerson, fundó su Iglesia sobre un solo monarca supremo, el Pontífice romano, en quien únicamente reside la potestad eclesiástica en toda su plenitud.» Lo mismo han dicho Alcuino, Bossuet, Fenelon, Tomasino, y cuantos hombres de saber y capacidad cuenta en sus ana-

(1) De pudicitia. Cap. I. X. et de Pæscrip. Cap. XXXVI.

(2) Contr. Hæres. L. III. Cap. 2.

(3) De Summo Pontífice, in Præf.

les la historia eclesiástica. Lo mismo han repetido los Concilios, desde el de Efeso hasta el último de Paris. Solo citaremos las célebres palabras del primero: «Nadie pone en duda, dice, y todos los siglos han creído que el Santísimo Padre, el príncipe de los apóstoles, el pilar de la fé y el fundamento de las iglesias, recibió de Nuestro Señor las llaves del reino de los cielos y la potestad de atar y desatar. Ahora vive en sus sucesores, y ejerce siempre esta autoridad por sus manos.» ¡Cosa singular! Todo cuanto de grande, sábio y respetable ha conocido el mundo, viene rindiendo homenaje á ese principio de autoridad que forma el caracter distintivo de la Iglesia católica, y su más gloriosa prerogativa; y en medio de esa série de testimonios tan brillantes, aun ha podido haber hombres que, semejantes á unos niños que se empeñasen en echar por tierra el gigantesco obelisco egipcio que domina en medio de la plaza del Vaticano, han hecho y hacen todavía impotentes esfuerzos por derribar ese poder de enseñanza que viene sobreviviendo á los siglos en el seno del catolicismo.

Pero prescindiendo de las autoridades del Evangelio, de los textos de los Santos Padres y Concilios, y del unánime asentimiento de la tradición, cuyos eslabones han pretendido romper inútilmente los adversarios de este dogma tan en armonía con la naturaleza de la sociedad espiritual, y tan conforme con su constitucion gerárquica: la razon misma, ¿no demuestra la existencia de ese principio de autoridad que venimos probando? Las palabras dichas por Jesucristo al príncipe de los apóstoles, «Yo he rogado por tí para que tu fé no desfallezca; y así cuando te conviertas cuida de confirmar á tus hermanos (1);» estas palabras, decimos, ¿no serian una mentira, un absurdo, si faltando Pedro, esto es, despues de su muerte, hubiera quedado destruido el edificio de la Iglesia fundada sobre él, y la verdad á merced del capricho del hombre, que pudiera interpretarla segun su juicio? ¿Para qué le habria dicho que «las puertas del infierno no prevalecerian contra ella,» si la autoridad dada á

(1) De publicis, Cap. I. Z. et de Prescrip. Cap. XXVII.

(1) Ego rogavi pro te non deficiat fides tua: et tu aliquando conversus, confirma fratres tuos. (Luc. XXII. 32.)

Pedro no fuese una autoridad universal que debiera perpetuarse en sus legítimos sucesores, inalterable en la sucesion de los siglos? ¿Qué sería la Iglesia sin ese poder de enseñanza y sin ese principio de autoridad? Negarla esta prerrogativa, sería negar su misma existencia, pues sería reducirla á un cuerpo acéfalo y mutilado, sería hacer de ella una sociedad sin elementos constitutivos, sin organizacion perfecta, sin lazos comunes, sin gobierno, sin orden; y como ha dicho un sábio escritor contemporáneo, «cambiar la naturaleza de esta sociedad divina, sería evidentemente destruirla, trastornarla, combatiendo su constitucion, y despojarla de sus caracteres indispensables. No sería ya una, si no existiese centro de »unidad. No sería ya universal, si no anunciase todas las naciones »la misma fé, y porque donde se detiene el poder allí se detiene la »sociedad. No sería ya perpétua, pues la fé sometida á la arbitrariedad de la independencia individual cesaría de ser idéntica en »todos los tiempos y lugares. No sería ya santa, por cuanto estaría »privada de la potestad de juzgar soberanamente de la doctrina. »Conmover, pues, la autoridad sobre la cual fundó el Salvador su »Iglesia, es conmover sus cimientos: y una vez destruida la Iglesia, »no hay medio de conservar siquiera la menor sombra del cristianismo. Se reducen á polvo sus obras mas preciosas, se aniquilan »todos sus títulos, y se arrojan al viento sus letras de divino origen, »rasgadas por manos sacrílegas (1).»

Así, pues, el principio de autoridad está tan ligado con la esencia misma de la Iglesia, que negado aquel es indispensable negar esta; ó de lo contrario, una vez reconocida su existencia se hace preciso reconocer en ella una autoridad de enseñanza visible y perpétua que no pueda errar ni inducir al error, ó lo que es lo mismo, infalible en materias de fé. Tal vez haya en mi auditorio quien se ría de esta última espresion que acabo de pronunciar, espresion que hace tres siglos viene siendo el objeto del menosprecio de algunos llamados hombres de génio, y de sus mas amargas sátiras, y que en nuestros dias ha dado lugar á ciertos sábios á producirse en

(1) Raymond. Del Catolicismo en las sociedades modernas. Cap. VIII.

términos que nos es doloroso recordar. Si, señores: la infalibilidad de la Iglesia, mal que pese á sus adversarios, es una prerogativa única y exclusivamente suya; solo ella ha podido gloriarse de poseerla, porque á ella únicamente la ha sido concedido por Dios ese don celestial por el que participa uno de los mas preciosos atributos de la divinidad. Esa infalibilidad de definicion, de juicio y de enseñanza que reside en el cuerpo episcopal unido con su cabeza, que es lo que constituye la Iglesia docente, es un hecho incontestable, por mas que choque y se resista á las menguadas luces de la razon ó á un inveterado orgullo; y consiste en una asistencia especial y perpétua del Espíritu Santo, en virtud de la cual no puede errar la Iglesia en la determinacion de un punto de fé. ¿Y cómo se prueba esta infalibilidad? Oigamos al mismo Jesucristo. Despues de la resurreccion, aparece á sus apóstoles y les dice: «Me ha sido dada toda potestad en el cielo y en la tierra. Id, instruid á todas las naciones, bautizándolas en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo, y enseñándolas á observar todas las cosas que os he confiado. Y estad ciertos que yo estoy siempre con vosotros hasta la consumacion de los siglos (1)... Y yo pediré á mi Padre, y él os dará otro Consolador para que permanezca eternamente con vosotros... El Espíritu de verdad permanecerá con vosotros y estará en vosotros (2)... Cuando venga este Espíritu de verdad, os enseñará toda verdad (3)... Asi como mi Padre me ha enviado, os envío yo á vosotros (4).» En virtud de estas palabras que consignan tan esplicitamente la mision de los apóstoles para enseñar á todas las naciones en materias de fé y de costumbres, la asistencia perpétua de Jesucristo á estos y sus sucesores hasta el fin de los tiempos, y la potestad del Espíritu divino permanente siempre en ellos, la Iglesia posee las mismas prerogativas de infalibilidad y autoridad como una persona moral siempre viva, para proponer, defender é

(1) Matth. XXVIII. 18, 19, 20.

(2) Joan. XIV. 16, 17.

(3) Ib. XVI. 13.

(4) Ib. XX. 21.

interpretar la divina revelacion, y custodiarla en toda su pureza, mediante un gobierno fijo, estable y permanente. «Este es, dice el gran Bossuet, el sentido genuino de las palabras del Salvador: *Vobiscum sum omnibus diebus*, etc. Con vosotros estoy enseñando, con vosotros bautizando, con vosotros instruyendo á los fieles á guardar cuanto os he prescrito, con vosotros ejerciendo un ministerio exterior y público, con vosotros y con vuestros sucesores estoy y estaré mientras duren los siglos, sin la mas leve interrupcion; ni un momento os dejaré solos; el infierno no prevalecerá, y ni el menor punto de mi doctrina abandonaré jamás al espíritu del error.» Heed aquí por qué en otra parte dice tambien á sus apóstoles: «El que os escucha, me escucha: y el que menosprecia vuestra enseñanza, me desprecia á mí mismo (1).» ¿Puede darse prueba mas clara y evidente de la autoridad infalible de la Iglesia? ¿Quién despues de leer los textos citados, no vé personificada en ella la mision, la potestad, el derecho de enseñar, y la infalibilidad misma de Jesucristo, su divino fundador? Si pues éste no podia errar, y su doctrina era la única verdadera, tampoco puede errar la Iglesia como depositaria de sus promesas; y las verdades que ella enseña y manda creer, son las únicas que deben formar el objeto de nuestra fé. ¿A no decir que las palabras de Jesucristo son una impostura, y sus promesas una decepcion! ¿O á menos que forjando mitos y simbolismos, á adoptando la exégesi de la escuela alemana se quiera arrancar violentamente á dichas palabras su sentido sencillo y natural! Pero en vano: los textos son tan precisos, su significacion tan óbvia, las circunstancias en que se pronunciaron tan solemnes, la relacion que entre unos y otros existe tan marcada, que no es posible negar la autoridad perpétua é infalible dada por Cristo á su Iglesia, sin verse forzado á negar todo el conjunto de la divina revelacion, sin lanzarse en un escepticismo el mas insensato y ridículo.

Además de que es preciso no perder de vista que, cuando la iglesia invoca en favor suyo esa infalibilidad de que se gloria, lo

(1) Qui vos audit, me audit; et qui vos spernit, me spernit. (Luc. X, 46.)

hace apoyada en el mayor grado de certidumbre racional, certidumbre que descansa en las ideas, en la historia, en la sociedad y hasta en las costumbres mismas, sin que ningun otro poder enseñante pueda disputársela. Así que, su autoridad no gira en un círculo vicioso, como piensan sus adversarios, diciendo que prueba su infalibilidad por la Escritura, y la verdad de la Escritura por su infalibilidad misma. No, ambas y cada una separadamente tienen sus motivos propios de credibilidad, y antes que se publicase el Evangelio tenía ya la iglesia su propiedad, su mision divina; su gerarquía, su gobierno, su autoridad y su infalibilidad. Mas dejando esto aparte, y volviendo á lo que poco há insinuamos, ¿quién no admira en la autoridad infalible de la iglesia el mas alto poder histórico, el mas alto poder social que puede imaginarse? Desde que fué fundada por Jesucristo, ella no ha cesado de ejercer esa enseñanza, con una autoridad universal y divina. La cadena de pastores que vienen sucediéndose unos á otros, y cuyo primer eslabon fué el príncipe de los apóstoles, no se ha interrumpido un solo día. Por entre las herejías y los cismas que surgieron en distintos siglos y en diferentes naciones, se oyó siempre una misma voz, la voz de la iglesia católica, que se levantó para confundir el error do quiera que éste se mostraba; y su autoridad suprema fué siempre respetada como infalible en Oriente y Occidente. Diez y ocho siglos há que viene ejerciendo ese poder en el mundo, y el mundo todo viene sometiéndose á él sin oposicion alguna. Solo en este largo trascurso de años hubo una boca que se atrevió á disputar á la iglesia su infalibilidad. Levantóse Lutero en el siglo XVI; se inauguró la reforma; proclamó el principio de la autoridad privada é individual para interpretar la divina revelacion; y ¿qué sucedió? Lo que no podía menos de suceder. «El pais en donde se lanzó ese grito, dice el citado escritor, se convirtió en un volcan, cuyas espantosas erupciones llevaron sus estragos á todas partes. Todavía brama el cráter del volcan; la passion de la independencía que exalta todas las imaginaciones, caracteriza los estravíos de todo género, destruye toda base de certidumbre y todo motivo de subordinacion, y propende á poner en cuestion toda la organizacion social. Allí reina el caos mas inextricable

de opiniones, de ideas y de doctrinas religiosas, verdadera confusión donde nada por encima y aparece aun en algunos corazones generosos el pensamiento católico. » ¡Tan cierto es, que una vez negada la infalibilidad de la iglesia, una vez entregada la verdad á las manos del hombre, y confiada su enseñanza y su interpretacion á un poder arbitrario é independiente de aquella, todo se hunde: religion, leyes, moral, costumbres, sociedad, y hasta la verdad misma se halla envuelta en esa interminable cadena de dudas, de incertidumbres y de errores, que engendra la móvil razon humana! Por el contrario, admitida la infalibilidad de la iglesia, la revelacion se conserva siempre viva, siempre pura de errores, y la inteligencia marcha segura en derredor de ese vasto centro de accion y de verdad, bien asi como en el mundo material, giran los astros en torno de sus órbitas, con esa regularidad admirable que revela la mano del ser omnipotente que los fijó en el espacio y dirige su curso á través de los siglos.

Por último, ¿no es la autoridad una propiedad esencial á toda sociedad bien constituida? En la familia hay un juez que decide en último recurso todas las cuestiones, que es el padre; en el Estado hay un príncipe ó un tribunal á quien compete fallar sin apelacion; Quitad esos dos poderes, y ya no podreis concebir ni familia ni sociedad: todo quedará sujeto á la inconstancia y al capricho de la tiranía, y habrá un desórden completo. Pues bien; siendo la iglesia una sociedad espiritual, y debiendo ejercer su autoridad en materias de fé, ¿con qué derecho impondría al hombre la obligacion de creer las verdades que enseña, sino estuviese cierta de su enseñanza, esto es, sino poseyese la infalibilidad? Sin ella dejaria de ser una autoridad enseñante, dejaria de existir la fé; no seria una sociedad perfecta, desde el momento que pudiera apelarse de sus determinaciones dogmáticas, ó revocarse en duda su certidumbre. Y ved por qué dije antes que la iglesia es el mas alto poder social, puesto que sobre todas las demás sociedades, que solo son obras del hombre, posee la inmensa ventaja de ejercer una autoridad que, si bien es comun á todas ellas considerada como principio de organizacion en todo gobierno, tiene no obstante el carácter dis-

luntivo de ser infalible. Privilegio admirable, sí, pero que nada tiene de extraño ó incomprendible, antes por el contrario es el mas sencillo al par que indispensable para que el hombre pueda estar constantemente en relacion con la verdad; pues no es la iglesia la que crea las verdades reveladas, no: ella las recibe de Dios, en quien existen desde la eternidad, y lo único que hace es enseñarlas y conservarlas en su primitiva pureza, sin que puedan jamás mezclarse con el error. Por eso ninguna otra sociedad puede aspirar á este privilegio, por eso ninguna otra autoridad puede llamarse infalible, por eso ninguna otra religion puede ni ha podido imponer al mundo una enseñanza universal; sus pretensiones se estrellarian contra las mil variaciones y lo absurdo de sus dogmas, veríanse desmentidas á cada paso sus doctrinas, y la divergencia de sistemas y opiniones revelarían su origen puramente humano y falible.

Convengamos, pues, en que la infalibilidad entra como condicion precisa en la existencia misma de la iglesia católica, considerada como sociedad espiritual fundada por Jesucristo para enseñar al mundo la verdad y conservar la pureza de la fé. Reconozcamos que sin esta prerogativa su autoridad no sería, como debe serlo, universal y perpétua, y no hubiera podido resistir á la accion del tiempo, ni permanecer indestructible en medio de tantos elementos que han conspirado á derrocarla al cabo de mas de mil ochocientos años que cuenta de vida. Persuadámonos de que, sin un tribunal que fuera intérprete y custodio infalible del sagrado depósito de la fé y de la revelacion; la revelacion, la fé, la verdad, todo desaparecería, porque todo quedaria al arbitrio de la móvil razon humana, en pos de la cual vendria la incertidumbre, la duda, el escepticismo, el caos, únicas consecuencias de esa soberania parcial é individual, enemiga de la autoridad de la iglesia católica. Y puesto que esta iglesia es la única cuyos títulos de infalibilidad descansan en la palabra misma de Dios, como hemos demostrado; puesto que ella sola viene ejerciendo ese gran poder de enseñanza á través de las edades, firme como una columna en medio de todos los movimientos de la inteligencia humana, sin que ninguna religion, ninguna secta, ni comunión ninguna haya podido convencerla de error en sus dogmas, en

su fé, en su doctrina, siendo el gran centro adonde de todas las partes del mundo han recurrido los hombres y los pueblos, los príncipes y los sacerdotes, los sábios y los ignorantes, las ovejas y los pastores, sin distincion alguna, á escuchar sus divinos oráculos y á someterse á sus decisiones, forzoso es confesar que «ella posee únicamente esa autoridad universal perpétua é infalible, y es por consiguiente la única depositaria de la divina revelacion.»

Acérquense, pues, las naciones que como el leproso del Evangelio desean sanar de esa enfermedad que las aqueja, acérquense al centro de la unidad católica, acudan á la iglesia con fé sincera y dócil sumision, escuchen su voz, acepten sus doctrinas, observen sus enseñanzas, y quedarán limpias de los errores que atacan el principio de su existencia religiosa y social, y conseguirán la dicha del tiempo y la bienandanza de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA IV DESPUES DE EPIFANIA.

IMPOTENCIA DE TODAS LAS DOCTRINAS HUMANAS CONJURADAS CONTRA LA VERDAD CATÓLICA.

¿ Quid timidi estis , modicæ fidei ?

¿ De qué temeis , hombres de poca fé ?

MATTH. VIII. 26.

Si hay cosas en que puede caber duda por no estar al alcance de la humana inteligencia , y en las que por consiguiente pudiera admitirse un exámen concienzudo y razonado , hay otras que por su claridad saltan á la vista del hombre menos reflexivo , de tal manera , que el dudar de ellas sería el colmo de la insensatez y del ridiculo . Tal es , entre otras muchas , el triunfo de la doctrina católica sobre todas las demás doctrinas que han conspirado á destruirla . Como quiera que este es un hecho histórico apoyado en testimonios los mas auténticos é irrefragables , y en monumentos de todo género , no hay mas que tomar en las manos ese gran libro de lo pasado , abierto á todos cuantos gusten consultarle y ojear sus páginas , para quedar desde luego convencidos de esa verdad de la mas alta importancia , á menos que preexista una resolucion anticipada de no querer comprender nada , lo cual sería lanzarse en un escepticismo vergonzoso y degradante .

Sugiérenos esta idea el Evangelio de este dia , en el cual se nos presenta la mas bella alegoría de la indefectibilidad y perpetuidad

del catolicismo, en lucha desde su misma cuna con los furiosos huracanes del error, y victorioso siempre de las embravecidas oleadas de las humanas pasiones conjuradas para su esterminio. Oigamos el sagrado testo.

«Subiendo Jesus en una navecilla, siguiéronle sus discipulos: »Y hé aqui que se levantó una tempestad tan réeia en el mar, que »las olas cubrian el barco: mas él dormia. Y acercándose á él sus »discipulos le despertaron, diciendo: Señor, sálvanos, que pere- »cemos. Y Jesus les dijo: ¿de qué temeis, hombres de poca fé? »Entonces, poniéndose en pié, mandó á los vientos y al mar, y »siguióse una gran bonanza. Por lo que asombrados todos los que »estaban alli, se decian: ¿ Quién es este á quien los vientos y el »mar obedecen?»

Que en la nave esté simbolizada la iglesia católica de la que Jesus es el jefe invisible, que se halla siempre en medio de sus discipulos, esto es, de los pastores á quienes confió el sagrado depósito de la doctrina de la salvacion en virtud de una asistencia continua de su divino espíritu, es indudable, y ya lo hemos visto en los discursos anteriores. Que ésta nave espuesta hace diez y ocho siglos en medio del inmenso océano del mundo á los embates del paganismo, de la heregia, del cisma, de la incredulidad, y de toda clase de enemigos, se ha sostenido firme é inmóvil á despecho de las persecuciones, de los cadalsos, de la sangre derramada á torrentes, de las proscriciones, de las burlas, del epigrama, de la sátira mordaz, y de cuantos elementos ha sabido combinar el genio del mal contra ese frágil eskuife, no es menos cierto. Que han llegado ocasiones en que pareció próxima á naufragar asaltada simultáneamente por doctrinas seductoras que cual encontrados vientos la empujaron con impetuosa violencia en todas direcciones, hasta el punto de que el mundo católico se creyó sumergido en el error, lo saben todos cuantos han leído la historia eclesiástica, y seguido con la vista las diversas fases que ha recorrido esta institucion divina en el largo trancurso de mil ochocientos años que viene luchando con todos los poderes de la tierra. Pero tambien saben que ni el poder de las pasiones, ni el poder de la inteligencia, ni el poder de las armas, ni el poder del tiempo, han

sido suficientes para dar al través con esa nave misteriosa, cuyo piloto es Jesucristo, que la ha prometido una duracion eterna, y por medio de su vicario en la tierra y del cuerpo episcopal á quien este preside, dirige su rumbo hácia sus sublimes destinos, llenando de admiracion al mundo que no puede menos de contemplar entusiasmado ese fenómeno de estabilidad, imposible de esplicar ni de comprender sin recurrir á la omnipotencia de aquel que sostiene con sus dedos la gran mole del globo, segun la frase de los divinos libros, y cuya palabra domina los vientos y se hace obedecer de los mares, de las olas y de todos los elementos; lo cual prueba de una manera incontestable la *impotencia de todas las doctrinas humanas conjuradas contra la verdad católica*. Hé aquí lo que va á suministrar materia al presente discurso. Si lo pasado es la mejor garantía del porvenir, una vez demostrado con la historia en la mano que todos los esfuerzos de la razon, de la inteligencia y del poder han sido hasta ahora ineficaces, nulos, impotentes para sumergir al mundo en el error, y que de todos ha triunfado la doctrina de Jesucristo, tenemos asegurado el triunfo para lo venidero; puesto que este triunfo está apoyado en la palabra divina, la cual nunca cambia, sino que es siempre la misma, hoy, mañana, y por todos los siglos. Invoquemos los auxilios del cielo por la intercesion de la Santísima Virgen, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Dos pasiones se agitan de continuo en el hombre, y son las que desde el principio del mundo vienen haciendo la mas cruda guerra á la verdad, á saber, el orgullo y la sensualidad. Aquel ejerce un fúnesto imperio en el entendimiento, bien así como ésta domina exclusivamente el corazon. El orgullo, que es la exaltacion del yo humano, engrandece á nuestros ojos nuestra propia razon, nuestros sentimientos, nuestros talentos, y todo cuanto nos pertenece; pero lo

que mas nos halaga y lisonjea es la independenciamiento del pensamiento. Diríase que aquella fatal palabra pronunciada por el mal espíritu en el Paraíso: «Sereis semejantes á Dios» está hiriendo continuamente nuestros oídos, y sublevando nuestra razon con deseos y pretensiones de divinidad. Por otra parte la sensualidad unida al orgullo con los lazos mas estrechos, y casi identificada con él, al verse enfrenada por los severos dogmas del cristianismo, ha protestado enérgicamente contra su doctrina, ha negado su divino origen, y estallado en calumnias, sátiras, persecuciones, y guerras de todo género. Hé aqui los dos grandes enemigos de la verdad católica, los dos elementos que han luchado sin cesar contra esa misteriosa nave desde el momento en que subiendo á ella Jesus con sus discipulos, es decir, desde que fundada en la tierra la iglesia sobre Pedro y los demás apóstoles y sus sucesores en la gerarquía sacerdotal, quedó constituida como autoridad docente, como depositaria perpétua é infalible de la divina revelacion. ¡Qué de tormentas tan récias no suscitó contra ella el génio del mal, impulsado por esas dos pasiones que han sido los fecundos gérmenes de todos los errores que han surgido en el universo! No bien los heraldos de la doctrina católica se presentan anunciando un Dios único, cuyo hijo unigénito es Jesucristo que ha unido en su persona la naturaleza divina y la naturaleza humana, cuando por do quiera se levanta una horrorosa tormenta contra este dogma fundamental que eleva la dignidad del hombre haciéndole hermano y coheredero de Cristo. Por una parte el paganismo arma sus legiones y sus verdugos, subleva á sus emperadores, sus sacerdotes, sus filósofos: y poniendo en juego el poder de los unos, el fanatismo de los otros, las pasiones de éstos, el ódio de aquellos, y la astúcia, la ciencia, las preocupaciones, los vicios, los malos hábitos de la generalidad, apoyados en las leyes, en la religion, en el culto y en la constitución misma de la sociedad pagana, combaten en todas direcciones la doctrina católica, y persiguen á los que la enseñan y practican, sin que por espacio de tres siglos cesen de correr en todos los ámbitos del vasto imperio que rije los destinos del mundo, torrentes de sangre inocente en que creyó sumergir la misteriosa nave del catolicismo. Por otra parte se

presentan á la lucha otros enemigos, si bien no tan poderosos en lo exterior, no menos terribles empero, puesto que se dirijen á la inteligencia sembrando errores y enseñando doctrinas contrarias á la doctrina del Salvador. Aquí Simon Mago, Menandro, Saturnino, Basilides y Valentin atacan de frente la humanidad de Jesucristo, no reconociendo en él mas que un cuerpo fantástico que engaña la vista y sirve como de un vélo que oculta la divinidad. Allí Nestorio y Eutiques niegan abiertamente la union de las dos naturalezas, y tienden á envolver en el sofisma la antigua fé de este augusto misterio. Mas allá se levantan contra la divinidad Ebion, Cerinto, y Carpócrates, creador del gnosticismo, absorcion inmensa de los sistemas antiguos, dividido en dos ramas impúras, á saber, el panteismo y el dualismo, concepcion bastante vasta para ser el origen de todas las heregias, y proveer á todos los errores de armas contra la verdad.

Pero en medio de las tumultuosas oleadas que embisten en direccion encontrada á la doctrina católica; en medio de los furiosos vientos que soplan á su alrededor, y de la agitacion continua en que la tienen esas diversas doctrinas engendradas por el orgullo de la razon y por la molicie de las humanas pasiones; ¿á quién no admira el ver esa nave misteriosa despreciar las tormentas, insultar las olas de las persecuciones y de los errores, y continuar su rumbo majestuoso á través de tantos elementos mancomunados para su ruina? ¡Ah! Es que Jesus está en ella como se lo ha prometido solemnemente: y donde está Jesucristo, no hay que temer que el infierno prevalezca. Si parece que duerme, pues que permite que la cuchilla del paganismo siegue millones de cabezas cristianas, y que los garfios, los potros, los peines de hierro, y las hogueras, y los leones, y una innumerable multitud de suplicios inventados para atormentar á los discípulos de la cruz, llenen el mundo de hecatombes de mártires, no es porque haya desamparado á su iglesia: antes por el contrario, es que quiere que de este modo brille mas el triunfo de la verdad en proporcion de los medios que se emplean para acabar con ella, y que tanto mas se demuestre su origen divino, cuanto mas impotente se manifiesta el humano poder para destruirla. Y á no ser asi, ¿hubiera podido resistir á tantos y tan récios golpes? ¿No hubiera dado al través al

primer empuje y zozobrado á la primera oleada, á no estar dirigida por una mano divina y omnipotente?

Sin embargo, aun la esperaban dias muy aciagos y tormentas no menos peligrosas que debian ponerla en el mas terrible conflicto. No importó que el paganismo minado por sus cimientos haya caido al pié de la Cruz, símbolo misterioso de libertad y civilizaci6n que ondea en las cumbres del Capitolio, y se ostenta magestuoso en los palacios de los Césares y en los pendones de los ejércitos. No importa que los discípulos del Crucificado lo inunden todo, y que donde quiera se tribute honor, gloria y bendici6n al Dios del Calvario. Un enemigo encubierto con una metafisica sutil, acecha, por decirlo así, los pasos del catolicismo, y siembra clandestinamente los gérmenes funestos de una doctrina, que bien presto estallará en horribles tormentas que pondrán al mundo en convulsa agitaci6n. El arrianismo, semejante á una serpiente tortuosa, se desliza casi desapercibido, invade las inteligencias, y no solamente halla acogida en las masas del pueblo, sino que se introduce en el s6lio de los monarcas y llega á penetrar en el mismo santuario. ¡Qué tempestad se levantó entonces tan cruda y tan universal contra la doctrina cat6lica! No era una lucha de sangre en que el heroísmo tuviese que combatir con los cadalsos y la muerte, como en los tiempos de los Neronés y Calígulas; era sí una guerra de intriga y de sofisma, en que la verdad tenia que hacer frente á los amaños de la heregía y á los tiros de la impiedad orgullosa, apoyada y sostenida por el favoritismo de una corte inficionada del error. Entonces fué cuando el mundo casi todo se encontró arriano, sin apercibirse de ello, como se lamentaba San Gerónimo. Entonces fué cuando las defecciones de muchos cat6licos vencidos por el temor ó alucinados por falsas teorías, hicieron temer que el infierno lograrse por medio de la astucia lo que inútilmente intentára en los siglos anteriores por la violencia. Entonces fué cuando la barquilla de Pedro empujada con un furor nunca visto pareció por un momento zozobrar, y que todo el sistema de la Redenci6n iba á quedar sumergido con el dogma de la consubstancialidad del Verbo entre las espumosas olas del arrianismo. Entonces fué cuando el catolicismo entero gritó, como los discípulos del Evan-

gelio: «Señor, sálvanos que perecemos.» Y entonces fué también cuando Jesucristo, que no duerme ni dormita, sino que vela de continuo custodiando á su amado Israel, dijo: «¿De qué teméis, hombres de poca fé?» Y diciendo estendió su mano omnipotente, mandó imperiosamente á los hinchados vientos del error y á las encrespadas ondas del mar arriano, y á aquella cruda tormenta se sucedió una gran bonanza. En efecto, condenada primeramente en Nicea la doctrina del heresiarca, y anatematizada sucesivamente en diversos Concilios, en vano se parapeta tras la púrpura imperial; en vano hace prosélitos entre los poderes de la tierra; en vano echa mano de los destierros, y multiplica las proscripciones, y derrama á manos llenas el oro, y logra corromper los bárbaros del Norte, y se estiende por las Galias, y se enseñoorea de España y de otros muchos puntos de Oriente y de Occidente. La doctrina católica apoyada en la divinidad de su origen y sostenida por su augusto fundador, lucha incesantemente, allí por medio de los Atanasios, Hilarios y Gregorios, aquí por medio de los Osios, Leandros é Isidoros, y en todas partes por medio de mil denodados defensores de la verdad; y si bien la lucha fué terrible y la tormenta de larga duracion, por fin la doctrina católica venció, y la heregía desapareció de la haz de la tierra, legando con su ruina á los siglos venideros un nuevo monumento de gloria para la Iglesia de Jesucristo, y una prueba mas de la impotencia de las doctrinas humanas contra la verdadera doctrina del Evangelio. Del mismo modo desaparecieron sucesivamente los errores de Pelagio, el maniqueismo, las tentativas del apóstata Juliano, que pretendió desenterrar el paganismo durante su imperio, creyendo triunfar de aquel á quien él llamaba el Galileo: pero no tardó en ver á su despecho que ese Galileo era un Dios, y que él no era mas que un hombre mortal. ¿Y tuvo mejor éxito la filosofia ecléctica cuando se propuso maridar el Platonismo con las ideas orientales, aun cuando no desechase del todo el dogma cristiano? En vano el humano orgullo pretende crear nuevas creencias, recogiendo aquí una piedra, allí una columna ó un fragmento de altar, para levantar un nuevo edificio contra la Iglesia fundada por Dios sobre la inmóvil piedra, Cristo; el edificio se desplomó por su propio peso

porque le faltaba el cimiento, y la Iglesia permaneció en pié, dispuesta á hacer frente á los nuevos embates que la preparaba el error.

De hecho: las oleadas se suceden unas á otras en el transcurso de los siglos y cada vez con mayor violencia, en derredor de la navecilla de Pedro. Mahoma lleva al combate la cimitarra y la sensualidad: no pocas naciones se plegan ante él por temor de la muerte ó por un exceso de sensualismo; pero la verdad, que supo triunfar del talento y de la ciencia, no será sumergida en los vergonzosos placeres del islamismo: este, al cabo de algun tiempo, queda reducido á un rincon del Oriente, mientras el catolicismo estiende sus victorias por todos los ángulos del globo, y lleva la verdadera civilizacion hasta mundos desconocidos. Despues aparece un emperador de costumbres salvajes y bárbaras, que ensaya, y no sin éxito, un nuevo género de persecucion contra la doctrina católica. El catolicismo, favorable siempre al desarrollo de las artes, y conociendo la naturaleza del hombre, ser misterioso que necesita de imágenes sensibles para elevar su corazon hácia las cosas invisibles, se complacia en reproducir en el lienzo ó en el mármol sus misterios, y las virtudes y el heroismo de los santos. Leon Isaurico mira todo esto como una idolatria: y en su consecuencia, dando el primero el ejemplo, levántase en pos de él una nube de bárbaros que, estendiéndose por todas partes, derriban los altares, despedazan las santas imágenes, profanan los templos, y reducen á cenizas todo lo perteneciente al culto católico. ¡Impotentes esfuerzos! Aquel hombre se habia propuesto hacer desaparecer hasta el último vestigio del arte, y esto era imposible, pues no se puede matar al génio. La Italia recibió por esta vez la gran mision de defender la santa causa, y la llenó cumplidamente. La civilizacion, hija del catolicismo, triunfó de la ignorancia y de la barbarie, y todo el furor del príncipe Iconoclasta y de sus sectarios se contuvo y vino á estrellarse ante los obstáculos suscitados por Dios. Satanás, mejor inspirado que Leon, sustituye á las figuras celestes que la fé depositára en nuestros templos, figuras mundanas y terrestres; y en vez de aquellas modestas imágenes que tan grande imperio ejercian sobre las almas, introdúcese furtivamente en las casas y en los templos una multitud de

imágenes voluptuosas que, fascinando los sentidos, corrompen el corazón del hombre. La sensualidad y el paganismo vencidos, acababan de hacer una nueva invasión en las almas, abriéndose paso por la vista y la imaginación. Y aquella desgraciada Bizancio, foco de tantas herejías, tierra de sofismas y de errores, añadió un nuevo elemento á la corrupción, y vino á depositar en el Occidente unos gérmenes funestos que debían producir con el tiempo frutos bien amargos. Hecha presa de los bárbaros en el siglo XV, lanza sobre la Italia numerosos enjambres de sábios que, en pago de una generosa hospitalidad, aportan á aquel bello país el entusiasmo hácia el paganismo, desenvolviendo los manuscritos que contenían el espíritu y la vida de aquel culto gastado ya y en descrédito. Entonces la verdad católica se vió humillada hasta el punto de ser miradas como fábulas las sublimes páginas del Evangelio, y las poéticas inspiraciones de los profetas, y de los demás libros sagrados de ambos testamentos. Platon y Aristóteles, las ideas, las costumbres y el sensualismo paganos, aspiraban á lanzar á Dios de su trono. ¿Qué otra cosa era, en efecto, la filosofía pagana, sino la proclamación de la independencia individual, y la preponderancia de las pasiones sobre la virtud? Cierto que todo estaba dispuesto para este gran trastorno. La iglesia misma habia perdido gran parte de su prestigio respecto de los pueblos. El gran cisma de Occidente habia minado durante setenta años los cimientos de la fé. La corrupción, aunque mucho menor de lo que se ha querido suponer, pero siempre demasiado grande, habia invadido furtivamente varios asilos de oración y de retiro. Y hénos aquí avocados á la mas terrible tormenta suscitada contra la verdad católica en el siglo XVI. Lutero y Calvino, viejos campeones que la filosofía no ha cesado de proponer á la admiración crédula de los hombres, entran en liza. No es ya una sola piedra del gran edificio la que estos intentan derribar: es el edificio entero, es Jesucristo, Roma, la iglesia, el catolicismo en masa. Reyes, príncipes, altos varones, las clases todas de la sociedad son llamadas á esta obra de destrucción. A los unos se les brinda con la sensualidad hasta la embriaguez, y en su consecuencia se despedazan los votos religiosos y se quita toda traba á las impetuosas

inclinaciones de la carne. A los otros se les ofrecen honores y riquezas, y se les alucina con el pillaje de los altares y con el oro de los monasterios. Dé aquí esas guerras desastrosas, ese derramamiento de sangre, esos incendios, esas devastaciones, y esas horribles escenas que la historia nos ha legado en sus páginas como un monumento imperecedero de lo que ha sido siempre el celo de la reforma y la tolerancia religiosa. Sin embargo, también triunfó la verdad de esta horrorosa tormenta, también sobrenadó por entre tantas ruinas la nave de la iglesia: y á despecho de las continuas embestidas que no ha cesado de sufrir de parte del proselitismo protestante, la religion católica es la religion dominante en la mayor parte de los países del globo; y lo que es más, aun en el seno de los que todavía se hallan infestados del error, no deja de ejercer una grande influencia, influencia que nos hace esperar llegue el dia en que, tornandó las ovejas extraviadas al redil de Jesucristo, vengan á formar un solo rebaño bajo la direccion de un solo pastor.

Asistámos por último al mayor de los combates que se han dado á la verdad católica en los últimos tiempos. Al protestantismo sucede la desvergüenza de las pasiones y el furor de la anarquía, y á la filosofía glacial del siglo XVIII la incredulidad sistemática del siglo XIX. Llegó en efecto un dia en que una gran nacion que á través de largos siglos venia llenando la mision mas noble y civilizadora, cual era la de salvar y defender la verdad, desiérta de la santa causa. El pueblo que hasta entonces fuera el foco del catolicismo, se convierte en centro del error. Pero por un justo juicio de Dios, que en su infinita sabiduría dispuso que la vergüenza se siguiese inmediatamente á la desercion de sus intereses, la Francia empieza por olvidar su mision que la colocaba á la cabeza de la civilizacion europea, y va á colocarse detrás de una nacion rival. Ella que contaba entre sus grandes genios Descartes y Malebranche, va á pedir á la Inglaterra unos cuantos retazos descosidos de una filosofia materialista, creyendo bajo su palabra á Voltaire, porque á este hombre le plugo decir que solo allí se encontraban las verdaderas luces. ¿Y qué es lo que entonces sucedió? La filosofia lo negó todo, la Providencia, Dios, Cristo, la virtud, y hasta el honor; se llamó bien al mal, y mal al

bien; confundieronse las ideas; y en este caos de errores y de extravagancias de la humana inteligencia, el siglo denominado de la ilustracion, vióse envuelto en una horrible oscuridad, la ciencia quedó estacionaria, las costumbres tomaron un carácter salvaje, y los hombres no se ocuparon mas que de destruir lo existente sin poder crear nada nuevo. Pasamos en silencio todos los demás escesos de que fué testigo la Europa, y las escenas de sangre que mancharon las páginas de ese pais, y otras mil cosas cuyo solo recuerdo cubre de rubor nuestros semblantes, y llena de amargura nuestras almas. ¿Y acaso nuestro siglo ha sabido reparar las quiebras del pasado? Ciertamente que aleccionado con la humillante ignorancia de la generacion que le ha precedido, se ha aplicado al estudio y se ha hecho sábio: pero hasta de su mismo saber ha hecho armas contra el catolicismo. El ha encontrado una palabra que responde á todo: ha descubierto el progreso indefinido como prueba incontestable contra los dogmas católicos que no progresan, y nos ha dado una filosofia nueva sin duda, una de las primeras aberraciones que invadieron el mundo cuando abandonó las verdades reveladas; ¡el Panteismo! ¡Qué delirio! ¡Qué aberracion! ¡Que anacronismo! ¿No existia ya á la aparicion del cristianismo, y fué vencido? ¿No intentó suscitarle la escuela Alejandrina, y cayó en descrédito? ¿No le tomó por base fundamental el gnosticismo y se desplomó junto con aquella escuela? Y cuantas veces bajo diversas formas ha reaparecido en el mundo, ¿no ha tenido que huir vergonzosamente? ¡Y ahora que se deja ver en los ensueños de la filosofia alemana se le busca allí como un fruto desconocido, para aclimatarle en nuestro suelo! No, y mil veces no: Enhorabuena que los hombres se sirvan de él para cubrir con su doctrina monstruosa repugnantes orgías: pero pensar que los pueblos le adopten, no es posible; el buen sentido protesta contra semejante miseria. Ni los mitos de Straus, que tienden á anonadar la vida de Jesucristo, haciendo de él un personaje fabuloso; ni las teorías de los discípulos de Oweny Fourier, ni... nada, en una palabra, logrará triunfar de la verdad católica. Podrán suscitarla nuevas pruebas, nuevos conflictos, nuevas tormentas: pero ella que por espacio de diez y ocho siglos ha sabido burlar los

proyectos de la razón humana contra la razón divina, ella que en medio de ese mar borrascoso de doctrinas que la han combatido, ha sabido sostenerse por su propia virtud, y apoyada únicamente en su augusto fundador, siempre una, siempre invariable, siempre idéntica, y victoriosa siempre de los impetuosos vientos del encono, de las pasiones, del orgullo, de la sensualidad, y de la fuerza, sabrá resistir á los uezos empujes que esté destinada á sufrir de parte de sus enemigos. El paganismo vencido, las heregias confundidas, los cismas anonadados y obligados á concentrarse en un corto círculo, el islamismo envuelto en la barbárie, el protestantismo dividido en mil comuniones que no pueden entenderse mútuamente, la incredulidad menospreciada, el filosofismo en descrédito, los errores todos contrarios á la doctrina de Jesucristo desmentidos por la misma ciencia; todo esto, ¿no demuestra la obra de Dios, y la impotencia de todas las doctrinas humanas contra la doctrina católica?

Imposible es que á vista de ese majestuoso espectáculo que hemos presenciado, á vista de tantas vanas tentativas por una parte, y de tan repetidos triunfos por otra, los hombres de buena fé y de sano criterio dejen de esclamar entusiasmados como los de nuestro evangelio: «¿Quién es ese á quien los vientos y el mar obedecen?» ¿Qué fuerza es esa tan superior que puede resistir un siglo y otro, y hasta diez y ocho siglos, á tantos elementos conjurados contra la verdad? Qué doctrina es esa que á través de mil ochocientos años viene sobreviviendo á todos los esfuerzos de la inteligencia, de la razón, del poder y de la tiranía, y florece todos los dias sobre el sepulcro de mil doctrinas que ha visto morir unas en pos de otras? Sin duda no es una cosa humana, pues todo lo que es humano parece irremediablemente. No, no lo es la doctrina católica; ella es divina en su origen, inmortal en su esencia, eterna en su duracion: porque es la palabra del mismo Dios, la verdad invariable y única que debe existir ahora y siempre y hasta la consumacion de los tiempos. Busquémosla con avidez, conservémosla con respetuosa veneracion, defendámosla con energia, ni un punto nos separemos de ella, si queremos ser dichosos en esta vida, y disfrutar despues los goces de una interminable eternidad.

DISCURSO

PARA LA DÓMINICA V DESPUES DE EPIFANIA.

LA ESTERILIDAD DEL PROSELITISMO PROTESTANTE

PRUEBA DE UNA MANERA INNEGABLE QUE NO ES ESTA SECTA LA VERDADERA IGLESIA DE JESUCRISTO.

Domine, nonne bonum semen seminasti in agro tuo? Unde ergo habet zizania?... Inimicus homo hoc fecit.

Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Cómo es, pues, que tiene zizaña? Esto lo ha hecho el hombre enemigo.

MATTH. XIII. 27. 28.

EL enemigo declarado de Dios y de los hombres, que desde los primeros momentos de la creación intentó trastornar y destruir la obra del Omnipotente, arrojando en la inteligencia de nuestros primeros padres la funesta semilla de rebelion contra la divinidad, que germinando desgraciadamente en sus corazones, produjo frutos de muerte para ellos y para toda su posteridad, ni un instante ha cejado en su proyecto de destruccion inaugurado en el Paraiso. En todos los siglos ha tenido á su servicio hombres encargados de continuar su obra, espíritus orgullosos y arrogantes, inteligencias corrompidas y fanáticas, almas degradadas y envidiosas, que no pudiendo sufrir los progresos de esa religion divina y civilizadora que nos trajo del cielo el Hombre-Dios, han arrojado ya paladinamente, ya por medios clandestinos, la zizaña del error en el campo feraz del catolicismo. Háse verificado á la letra la alegoría que hoy nos presenta el Santo Evangelio. Oid.

«El reino de los cielos (dice) es semejante á un hombre que sembró buena simiente en su campo: pero mientras los operarios dormían, vino cierto enemigo suyo, y sembró cizaña en medio del trigo y se fué. Estando ya el trigo en yerba y apuntando la espiga, descubrióse asimismo la cizaña. Entonces los criados del padre de familia acudieron á él, y le dijeron: Señor, ¿no sembraste buena simiente en tu campo? ¿Pues cómo tiene cizaña? A lo cual les respondió: Esto lo ha hecho el hombre enemigo.»

Nada más cierto, nada más evidente hay en efecto en la historia de la Iglesia de Jesucristo, que el obstinado empeño con que se ha tratado en todas épocas de esterilizar, digámoslo así, la buena semilla de la doctrina católica, que el divino labrador regó con sus sudores y fecundó con su sangre preciosa derramada en el Calvario. Los hombres encargados de cultivarla y llevarla á su debido incremento han tropezado frecuentemente con las malas yerbas de las heregias, de los cismas, del filosofismo, de la impiedad, que, mientras ellos reposaban tranquilos en tiempos bonancibles, sembraba á mansalva el hombre enemigo. Pero entre todos los errores que se han propuesto hacer la guerra al catolicismo, entre las sectas que con más ó menos éxito han trabajado por esterilizar la doctrina católica, la que más ha descollado por su incansable perseverancia, por la multitud de elementos que ha puesto en juego y por lo vasto de su acción, es el protestantismo. Este es el verdadero hombre enemigo que á través de tres siglos viene sembrando en el místico campo de la Iglesia una cizaña tanto más activa y funesta, cuanto que cubriendo sus verdaderas intenciones con la máscara hipócrita de religion y de celo cristiano, y sirviéndose para llevar á cabo sus planes de los mismos libros divinos depositarios de la revelacion, si bien corrompidos y mutilados, le es más fácil ocultar el veneno de sus doctrinas, y seducir y alucinar las inteligencias de los incautos ó menos instruidos.

Sin embargo, la doctrina católica, que tantos y tan brillantes testimonios reúne en favor de su origen divino, ha esmaltado su diadema con una nueva prueba tomada de la misma esterilidad del proselitismo protestante. Los pocos ó casi ningunos resultados que

ha obtenido á pesar de su incansable y nunca desmentida perseverancia, y de los mil medios de accion con que ha contado siempre para propagar sus doctrinas, «al par que demuestran no ser el protestantismo la verdadera Iglesia de Jesucristo, hacen ver mas claro que la luz del medio dia, que sola la religion católica está llamada á conducir á los hombres y á los pueblos á su positiva felicidad, y que ella únicamente encierra en sus enseñanzas gérmenes fecundos de verdadera civilizacion.» Hé aquí lo que va á formar el asunto del presente discurso, para cuyo desempeño invocaremos las luces celestiales, por medio de la admirable Virgen cuya maternidad la anunció el ángel diciendo:

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Quando sin animosidad ni preocupación, sin miras de interés privado ni espíritu de oposicion sistemática se contempla la influencia mágica, la accion poderosa que viene ejerciendo la doctrina católica en el mundo desde la fundacion de la iglesia, y se compara con la infecundidad de las doctrinas protestantes, no es posible dejar de reconocer en la enorme diferencia que ofrecen los resultados de ambas, un principio característico y esencial que constituya esta diversidad. Por una parte vemos una religion que nace pequeña y humilde, y tiene por apóstoles unos hombres del pueblo sin instruccion, sin prestigio, sin poder, y que no obstante se propaga con admirable rapidez por todo el globo, atraviesa los mares, funda imperios en paises desconocidos, y por entre persecuciones y sangre, por entre cadalsos y hogueras, por entre combates y luchas terribles, llega á colocarse sobre la cumbre de las inteligencias, á dominar los mas altos poderes, y á ser la reina de casi todo el universo, hasta el punto de contar hijos entre sus propios enemigos, de recibir adoraciones en el seno de las naciones mismas que la rechazan,

y de tener altares y templos allí donde la disputan su imperio y su divinidad. Tal es el catolicismo. Inaugurado en una humilde gruta, pues allí entre rústicos animales nace su divino fundador, vá á escoger sus primeros propagadores, no entre los filósofos y los sábios, ni entre las orgullosas inteligencias que humillaban á sus semejantes, ni entre los altos poderes que venian oprimiendo á la humanidad, sino entre los pescadores del mar de Galilea. Allí, á la orilla de un lago, apercibe dos de ellos y les dice: «Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres (1).» Y he ahí el origen de esa gerarquía constituida despues por Jesucristo, y perpetuada hasta hoy en la iglesia para ser la depositaria de sus divinos dogmas. De la cumbre del Calvario se lanzan los heraldos del Evangelio á la conquista espiritual del mundo: de allí arranca la palabra civilizadora que resuena en todo el globo y hasta en sus mas remotos confines; y esa palabra es la que habla al salvaje del desierto y le convierte en un ser social; la que vá en busca del indio feroz y le hace miembro de la gran familia; la que detiene al bárbaro en su carrera de destruccion y le llama á ser el jefe de una monarquía grande y poderosa; la que opone una barrera al impetuoso torrente de la ignorancia, y proporciona un asilo misterioso á las ciencias y las artes; ella es, en suma, hoy día, al cabo de diez y ocho siglos, la palabra que civiliza á los hombres y á las sociedades, la que engrandece los tronos y sostiene los imperios, la que salva las monarquías y da prestigio al poder, la que forma los lazos domésticos y estrecha las relaciones de la familia, la que inspira al génio y protege los progresos de la inteligencia, la que instruye al ignorante y guia en sus investigaciones al sábio, la que se habla en todos los idiomas, y fertiliza en todos los países, y lleva donde quiera los beneficios de la cristiana civilizacion. Tal ha sido y continúa siendo la influencia de la doctrina católica: sus progresos están á la vista de todos, nadie puede ignorar que ella domina en el mundo con solo el poder de la persuasion, porque ha demos-

(1) Venite post me, et faciam vos fieri piscatores hominum.
(Matth. IV. 19.)

trado su origen divino do quiera que ha penetrado, llevada por los verdaderos apóstoles del Crucificado.

Ahora bien, ¿ha tenido iguales resultados el proselitismo protestante? Hable la historia, díganlo los hechos. Tres siglos há que la reforma se inauguró en el mundo con pretensiones de ser la verdadera iglesia de Jesucristo. Tres siglos há que viene ejerciendo un nuevo apostolado en oposicion al apostolado católico. Desde entonces no ha cesado de sembrar la cizaña de sus erróneas doctrinas en el campo del divino Labrador. ¡Y qué constancia no ha desarrollado en sus proyectos de reformar la humanidad! ¡Qué multitud de medios no ha puesto en juego para conseguir la realizacion de ese vasto plan! ¡Qué de pruebas no ha hecho, qué de combinaciones no ha ensayado para destruir la preponderancia del catolicismo! Cuando se considera el prodigioso número de misioneros (1) que ha lanzado á los diversos puntos de la India, del Africa, de la América y hasta á la Groenlandia; cuando se observa la multitud de sociedades creadas con el objeto de propagar el Evangelio reformado (2), y los inmensos recursos pecuniarios que se han invertido en la prosecucion de este pensamiento (3), no puede uno menos de asombrarse al ver hasta dónde ha podido llegar en este punto el entu-

(1) En 1824 tenia en ejercicio la sociedad anglicana cuatrocientos diez y nueve misioneros; los metodistas contaban seiscientos veinte y tres, los cuales, unidos á los de las demás sociedades, dan un total de cuatro mil cuatrocientos cuarenta y dos operarios solo en Inglaterra, sin contar con los de otros países protestantes. (V. Wiseman. Disertacion leida á la Academia de religion católica en Roma, impresa en 1831; Perrone. *De vera relig.* part. II. prop. X.)

(2) En Inglaterra, en los Estados-Unidos, en Francia, Alemania, Holanda y Suiza, hay diez y nueve sociedades principales. Cada una de ellas se divide en innumerables ramificaciones que toman el nombre de auxiliares. Solo en Francia hay doscientas, y en Inglaterra no tienen número. (Perrone. loc. cit.)

(3) En 1824 se distribuian anualmente sobre 9.262,700 francos, llegando á ascender á la suma de 18.527,400, por haberse quejado los misioneros de que la cantidad anterior era insuficiente para cubrir los gastos de las misiones. (Id. *ibid.*)

siasmo, la decision, el fanatismo de la secta. ¿Quién será capaz de contar el número de Biblias, de tratados religiosos, de libros de devocion que anualmente distribuye, traducidos en casi todos los idiomas y dialectos del mundo, por medio de sus emisarios y gerentes (1)? ¿Quién podrá calcular los grandes elementos de publicidad con que cuenta para hacer penetrar sus doctrinas hasta en los países mas remotos, ora por medio de la prensa, ora por medio del comercio que la Inglaterra especialmente, mantiene con casi todas las naciones del globo? Añádase á esto el apoyo de las leyes, el auxilio de los gobiernos y la constitucion misma de los países en que ejerce el protestantismo su apostolado, dependientes ó tributarios en su mayor parte de la Gran Bretaña, y se verá que no sin razon pudo decir uno de los escritores mas apasionados de la reforma: «Ninguna nacion cristiana ha tenido delante de sí un campo tan vasto para propagar la fé de Jesucristo, como el que nos abre nuestra influencia en el Indostan, donde reinamos sobre cien millones de hombres. Ningun pueblo ha poseido ventajas semejantes á las nuestras para conseguir este objeto (2).»

Esto es cierto, y nadie podrá negarlo racionalmente. Y sin embargo, pregunto yo, señores: ¿cuál ha sido el éxito que han obtenido las misiones protestantes? ¿Qué frutos han recogido de su incansable celo? ¿Cuántas naciones han cristianizado? ¿Cuántos pueblos idólatras han convertido á la fé? ¿A cuántos hombres han sacado de las tinieblas del paganismo? Pero ¡cómo! Eso seria lo mismo que pedir á un cadáver que reanimase á otro cadáver. Muerto el protestantismo, separado del centro de la vitalidad, puesto que no está unido á Jesucristo, y es un miembro amputado de su cuerpo místico, la iglesia católica, segun la frase de San Agustin, ¿cómo pudiera producir frutos de vida? Mas no seremos nosotros los que pongamos de manifiesto la esterilidad del proselitismo protestante.

(1) Solo en el año de 1830 se repartieron 632,676 ejemplares del nuevo Testamento!!

(2) El Dr. Buchanan, *Memoir on the expediency of an ecclesiastical establishment in British India*. Lóndres. edic. de 1812. p. 48.

Sus mismos adeptos dicen en este punto mucho mas de lo que pudiéramos decir nosotros. ¿No han confesado repetidas veces que los frutos de las misiones están muy lejos de corresponder á los afanes y dispendios empleados en esta obra de la propaganda? ¿No se ha visto frecuentemente á los misioneros protestantes, cejar ante las dificultades insuperables que se presentan á cada paso á la realizacion de sus proyectos, y abandonar el campo sin haber logrado hacer un solo prosélito? Consúltense los testimonios de los mas ardientes fautores y partidarios de la reforma, y véase si exageramos algo en nuestras aserciones. Aquí os dirán «que en el trascurso de diez años no se sabe que un solo individuo haya pasado de la idolatría al cristianismo (1).» Allí reconocerán paladinamente «que el estado de las cosas despues de veinte años de afanes, no prueban que estos hayan sido aceptos á Dios (2).» Mas allá confesarán de plano «que si la propagacion del Evangelio hubiese de depender del fruto de las tareas emprendidas con este fin, seria preciso perder toda esperanza y renunciar á sus proyectos (3).»

Y bien, remontándonos á examinar el origen y la verdadera causa de esta enorme desproporcion, de esta diferencia tan marcada entre el catolicismo y el protestantismo; ¿en qué consiste que aquel con unos principios tan humildes como hemos visto, sin apoyo de ninguna especie, sin mas poder que el de la simple persuasion, y sin otros recursos que el celo de sus apóstoles pudo penetrar en todas las regiones del globo, convertir millares de pueblos idólatras, y realizar en el mundo una revolucion, un cambio tan universal cual todos sabemos en las creencias y en las costumbres; al paso que éste contando con tantos y tan poderosos elementos de accion, con recursos tan extraordinarios, y con una proteccion tan decidida de los poderes de la tierra, se mira reducido á una infecundidad tan espantosa? ¿Cómo es que la doctrina católica, luchando contra to-

(1) Birkersset, discurso pronunciado á la sociedad misionera de la iglesia anglicana, año de 1823.

(2) El mismo en dicho documento.

(3) El autor de la Historia de las misiones protestantes, al final de su obra.

das las pasiones humanas, y rodeada siempre de enemigos, halla no obstante en sí misma la fuerza suficiente para arrostrar toda clase de peligros, y hacerse superior á los mayores obstáculos, y estiende por do quiera su influencia civilizadora, y se abre paso por entre los mares, y llega hasta donde jamás pisó huella humana, y en todas partes multiplica sus victorias, y forma nuevos pueblos de cristianos fervorosos, y vé brotar en el campo del divino labrador frutos abundantísimos de honor y de honestidad, de vida y de salvacion; cuando por el contrario las sectas protestantes, con todo ese lujo de ostentacion, con todo ese aparato de riqueza y de poderío, halagando la independenciam del entendimiento humano, lisonjeando la ambicion, el orgullo y otras pasiones no menos ignobles, se ven forzadas las mas veces á desistir de sus proyectos de apostolado, por no encontrar la menor simpatía en los pueblos que se proponen evangelizar á su modo, llegando hasta el extremo de que el gobierno inglés, perdida la esperanza de cristianizar sus colonias por medio de sus misioneros, favorezca indirectamente las misiones católicas en aquellos puntos? (1) Ah! Es que el catolicismo ha recibido una mision divina, al paso que el protestantismo carece de esta mision, y ha querido arrogarse un derecho que no le compete. Es que aquel posee un poder de enseñanza público, universal, y divinamente establecido, y un centro de unidad y de accion que constituye toda su fuerza; en vez de que éste no tiene unidad, ni centro, ni principio alguno de autoridad ni de enseñanza, y está entregado á los caprichos y vaivenes del espíritu privado, germen funesto de errores

(1) Hasta el mismo presidente de los Estados-Unidos de América, siendo protestante protegió estos años pasados las misiones católicas, que han producido y producen los mas copiosos frutos; lo mismo acontece en las Indias Orientales. Por confesion del citado Dr. Buchanan pasaban de 50,000 los católicos de la isla de Ceylan, y esto en muy pocos años y á pesar de las mas terribles persecuciones, al paso que las misiones protestantes se habian estinguido sin resultado. En la China y en toda la isla de Sucin ascendian á 22,000 los paganos bautizados; y tanto en esta como en las demás provincias del imperio, la divina semilla se propaga de dia en dia, y dá los mas felices resultados. (Véanse los Anales de la propagacion de la fé).

sin cuento. Es que á los heraldos de la verdad católica les fué dicho por el mismo Dios: «Id á evangelizar á todas las naciones (1). Yo os envío como mi Padre me ha enviado á mí (2); y os he puesto para que produzcais frutos abundantes y permanentes de vida eterna (3);» y por el contrario los agentes del proselitismo protestante son del número de aquellos que se dicen enviados sin serlo, y no pertenecen en manera alguna á aquel linaje de hombres por quien ha venido la salud á Israel. Por eso sus obras son estériles, sus trabajos infecundos, su palabra nula y sin resultado, y todos los elementos que ponen en juego para propagar sus doctrinas, vanos y de todo punto ineficaces. Verifícase antes bien lo que decía Tertuliano: «Es propio de los herejes no convertir á los paganos, sino pervertir á los fieles; gloríanse de derribar á los que están de pié, y no de levantar á los que están en el suelo. Su obra consiste únicamente en destruir la verdad (4).» Verifícase asimismo lo que dijo el Salvador en su Evangelio: «El que no recoge conmigo, desparrama, y el que no está conmigo, está contra mí (5).» No estando pues, con Jesucristo los protestantes, puesto que se han emancipado de su iglesia, ¿cómo es posible que posean esa inmensa fuerza moral que dá el catolicismo á los que en su nombre se consagran á la grande obra de la conversión del mundo? ¡Ah! ellos no conocen ese entusiasmo divino que anima á los verdaderos apóstoles del Evangelio; están muy distantes de poseer esa caridad ardiente que forma el carácter distintivo del apostolado católico, esa caridad paciente, benigna, sin emulación, sin arrogancia, y libre de todas las pretensiones del humano orgullo; esa caridad que nunca se irrita, que jamás se cansa,

(1) Matth. XXVIII. 19.

(2) Joan. XX. 21.

(3) Ib. XV. 16.

(4) Cum hoc sit negotium illis, non Ethnicos convertendi, sed nostros evertendi, hanc magis gloriam captant, si stantibus ruinam, non si jacentibus elevationem operentur: quoniam et ipsum opus eorum non de suo proprio edificio venit, sed de veritatis destructione. Nostra suffodiunt, ut sua ædificent. (De Præscript, C. 42).

(5) Qui non colligit mecum spargit, et qui non est mecum contra me esth. (Matt. XII. 30).

que no busca sus propios intereses, sino únicamente la gloria de Dios (1). Su hueca y estéril filantropía no pasa de ser un sentimiento humano cuando mas, sino un pensamiento calculado que envuelve miras de interés nacional ó personal, proyectos de conquista ó de especulacion mercantil. Asi es que cuantas veces han intentado parodiar el celo del catolicismo por la conversion de los infieles, no han conseguido mas que poner de manifiesto su propia impotencia, hacer resaltar mas la enorme diferencia que existe entre la verdad y el error, y demostrar la inmensa superioridad de su rival; hasta el punto de pronunciar uno de los mas ardientes defensores de la reforma, estas memorables palabras: «A no ser los misioneros católicos, no he conocido á ninguno que obre conversiones (2).» Tan cierto es que la viña que no plantó con sus manos el Padre celestial, como decia el mártir S. Ignacio, no puede producir frutos de vida eterna! Abulten en buen hora el número de sus prosélitos, cuenten sus conquistas por el número de biblias que esparcen con profusion por todo el mundo, ó por el de los discípulos que frecuentan sus escuelas: sabemos muy bien cuán fácil es hacer guarismos para alucinar á los ignorantes. ¿Pero acaso los hechos corresponden á las teorías? ¿Piensan por ventura que nos dejamos seducir por sus pomposos estados, y que no sabemos á lo que se reducen esos millares de adeptos que figuran en sus memorias? ¿Creen tal vez que ignoramos el uso que frecuentemente se hace de los libros protestantes, y que sus discípulos en tanto les son fieles y escuchan sus prédicas en cuanto les suministran recursos para vivir, volviéndoles la espalda y tornando á sus ídolos tan luego como les falta ese cebo del interés?

Pero dejando ya un asunto que nos haria interminables si intentásemos revelar todas las miserias que encubre el proselitismo protestante: ¿qué otra cosa prueba su esterilidad y los escasos y casi ningunos resultados que ha obtenido, á pesar de los mil medios de accion con que ha contado, sino que no es el protestantismo la verdadera Iglesia de Jesucristo, ni está llamado á salvar y civilizar el

(1) I. Corint. XIII, 4 et seg.

(2) Anal. de la propagacion de la fé. (Lyon. 1830).

mundo, y que por el contrario, la Iglesia católica es la única verdadera, la que recibió del cielo la gran mision de conducir á los hombres y á los pueblos á su positiva felicidad, estendiendo por do quiera su doctrina altamente civilizadora? No disputaremos á esa nacion que ha centralizado, por decirlo así, en su seno toda la accion del protestantismo, puesto que ella es el árbol de donde se derivan las demás ramificaciones de la reforma, no la disputaremos, digo, sus imponentes fuerzas marítimas, ni el desarrollo de su industria, ni el gran impulso que ha dado al comercio por medio del vapor y de la electricidad, ni ninguno de esos adelantos que la colocan á la cabeza del movimiento progresivo de las sociedades. ¿Pero acaso es esa la única civilizacion que el mundo há menester? ¿Satisfacen esos elementos á las necesidades del hombre? ¿Harán ellos solos la felicidad de los pueblos? ¡Qué error! ¿Pueden estos vivir sin creencias, sin principios religiosos fijos é invariables, en una palabra, sin la verdad que robustece el alma, que dá energia al espíritu, que inspira ideas de orden, sentimientos de humanidad, afectos de justa dependencia, que crea costumbres virtuosas, engendra hábitos de moralidad, produce gérmenes fecundos de concordia y union, estrecha los lazos domésticos y hace marchar á todos y cada uno de los miembros de la gran familia por el camino de sus respectivos deberes al término de sus sublimes destinos? No: sin la verdad católica no se concibe el verdadero progreso, ni la positiva civilizacion; y por consiguiente, solo los pueblos que á ella se adhieren y en ella permanecen, podrán aspirar á esa felicidad que vanamente proclaman los modernos utopistas. Quien quiera que niega que esa doctrina ha marchado siempre al frente de la verdadera civilizacion, niega un hecho histórico, el mas evidente, y se lanza en el mas grosero escepticismo. Ella sola desde que apareció en la tierra ha llevado la luz á todas las naciones, y ha producido todos esos frutos de positivo progreso social que hoy dia admiran los hombres juiciosos y desapasionados; y sin ella, por confesion de uno de los filósofos mas entusiastas del pasado siglo, el universo yacería sumido en el abismo de la barbarie y de la corrupcion mas profunda. Ella sola há podido reunir en torno de la Cruz millares

de pueblos idólatras y de tribus salvajes, y formar sociedades en el fondo de los bosques y de los desiertos. Ella sola, en fin, ha bastado para convertir al mundo antiguo, y hacer del nuevo uno de los mas preciosos florones de la diadema del catolicismo. Si el protestantismo en medio de su inmenso poder material no ha sido capaz de obtener el menor de estos resultados, si su proselitismo ha sido y es tan estéril, y sus esfuerzos tan nulos, es porque carece de ese gran poder moral que posee la Iglesia católica, de esa fuerza de persuasion que solo vá unida á la verdad, y que en vano buscará el error; porque el error es de ayer, y la verdad es de siempre: aquel es hijo del tiempo y esta arranca de la misma eternidad. Al protestantismo se le podrá decir donde quiera: «Sabemos tu origen; te vimos aparecer hace tres siglos en Wurttemberg, en la persona de un monge apóstata. Este habia reconocido hasta entonces la soberanía del Vicario de Jesucristo y la autoridad de la Iglesia romana; pero herido en su orgullo se reveló contra ella, la persiguió, aspiró á crear un nuevo poder en oposicion al que el Salvador legó á su Esposa, y desde entonces los hijos de la reforma no han cesado de sembrar la cizaña de sus errores en el campo del Labrador divino. Pero era ya tarde. El catolicismo le habia precedido quince siglos, y su doctrina celestial habia echado harto hondas raices en el mundo, para que pudiese sofocarla la mala semilla.» Ya hemos visto la inutilidad de los esfuerzos del hombre enemigo. Sin embargo, no por eso debemos dormirnos los buenos católicos, ni dar lugar á que aprovechándose de nuestro descuido ó de nuestra nimia confianza, derrame nuevos gérmenes que después sea mas difícil desarraigar, cuando brotando en yerba, segun la alegoría del Evangelio, hayan llegado á tomar cierto incremento. Si algunos restos pudieran quedar todavía entre nosotros de esa funesta cizaña, apresurémonos á arrancarla de raiz y á lanzarla al fuego, como lo mandó el Padre de familias á sus operarios, y se lo manda á los suyos Jesucristo.

Al Sacerdocio es á quien cumple llenar esta gran mision regeneradora; si, á nosotros encargados de estirpar la corrupcion que ha gangrenado todas las clases del cuerpo social; de reprimir el impulso, la tendencia que se observa en algunas de ellas á desenter-

rar los viejos errores del filosofismo en la educacion de la infancia; de inspirar el amor hácia la positiva libertad del Evangelio, siempre de acuerdo con el órden constitutivo y el poder que la garantiza; en una palabra, de obrar siempre el bien y evitar el mal, de defender la verdad y combatir el error donde quiera que se halle. ¡Dichosos nosotros si con nuestro celo y constancia en sostener y propagar la verdad católica contribuimos al gran pensamiento civilizador del catolicismo! No serán infecundos nuestros trabajos. Esa divina semilla producirá frutos preciosos y abundantes de gracia y de salvacion en los corazones de los que la reciban; y nosotros recibiremos un dia por recompensa de nuestro celo una eternidad de gloria y bienandanza.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA VI DESPUES DE EPIFANIA.

EL CATOLICISMO PROTEGIENDO EN TODAS ÉPOCAS EL MOVIMIENTO CIVILIZADOR,
HA DEMOSTRADO QUE LEJOS DE SER ENEMIGO DEL VERDADERO PROGRESO
ES POR EL CONTRARIO SU PRINCIPAL ELEMENTO.

Simile est regnum caelorum grano sinapis.... quod minimum quidem est omnibus seminibus; cum autem creverit..... fit arbor ita ut volucres caeli veniant, et habitent in ramis ejus.

El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza, el cual es á la vista menudísimo entre todas las semillas; mas en creciendo, hácese un árbol en cuyas ramas vienen á posarse las aves.

MATTH. XIII. 31. 32.

EMPENADOS los enemigos del catolicismo en desacreditarle por todos los medios posibles, no han reparado en ponerse á veces en contradiccion con los hechos mas luminosos de la historia. Desprovistos de razones, y á falta de pruebas en que fundar sus acusaciones, nacidas de un ódio irreconciliable, han apelado á la calumnia, y no se han avergonzado de consignar de palabra y por escrito cuantos absurdos ha podido crear su imaginacion febril para hacerle odioso á la faz de los pueblos. Vencidos en el terreno de la discusion, y no pudiendo ya negar ni el origen divino de la religion católica, ni su prodigioso establecimiento, ni su admirable propagacion, ni ninguno de los caracteres que la embellecen y presentan como la creacion mas augusta, como la obra mas perfecta de Dios, han inventado un sofisma especioso; y fundándose en la invariable inmovilidad de su

doctrina, siempre una y exenta de las versatilidades del humano entendimiento, han deducido que el catolicismo es enemigo del progreso social, que es estacionario, y por consiguiente un obstáculo á los adelantos de la civilizacion. ¡Miserable recurso! No parece sino que, ó el mundo es ciego y no vé los hechos luminosos que le están demostrando lo contrario, ó que los hombres son tan estúpidos que se les puede hacer creer fácilmente lo que no puede admitirse sin renunciar al sentido comun. ¿Acaso no son bastantes diez y ocho siglos para desmentir esa acusacion gratuita? ¿Hay uno solo que no ofrezca pruebas en abundancia, que no haya legado monumentos los mas incontestables de la influencia civilizadora del catolicismo, y del impulso que viene dando con sus doctrinas al movimiento progresivo de las sociedades?

Ninguno que de buena fé estudie su historia dejará de quedar convencido de esta verdad. Él ha realizado de una manera visible la alegoría que hoy nos ofrece Jesucristo en el Santo Evangelio, cuando nos dice: *«El reino de los cielos es semejante á un grano de mostaza, el cual es á la vista menudísimo entre todas las semillas: mas en creciendo, hácese un árbol en cuyo ramaje vienen á posar las aves del cielo.»*

Y de hecho, semilla menudísima fué el catolicismo en su principio, como hemos podido admirar en los discursos precedentes; y tan débiles los elementos á quienes se confiára su propagacion que, segun el orden natural de las cosas humanas, jamás se hubiera creido que llegase á tomar tan prodigioso incremento. Pero era obra de Dios, y esto bastaba para que, á despecho de todos los obstáculos que intentasen detenerle en su marcha, venciese imposibles y se desarrollase hasta hacerse un árbol magestuoso que pudiese cobijar bajo sus ramas á toda la humanidad, y estender su sombra benéfica hasta las estremidades del globo. Y lo hizo de tal manera, que desde su establecimiento no ha cesado de influir directamente en la marcha progresiva de los pueblos, prestando su apoyo á la inteligencia, fomentando el génio, estimulando el talento, dando asilo á las ciencias contra las invasiones de la barbarie, mejorando los hábitos y las costumbres, creando establecimientos de pública utilidad, é impri-

miendo en todo cuanto ha tomado parte el sello de la verdadera civilización.

He aquí lo que me propongo demostrar en el presente discurso. No me extenderé en consideraciones generales; tampoco descenderé á desmenuzar uno por uno los hechos históricos que evidencian mi aserto; muchos volúmenes no bastarían para llenar dignamente esta tarea. No haré mas que dar una rápida ojeada por los principales hechos que nos ofrece la historia de la iglesia católica en sus relaciones con la sociedad; y esta ligera reseña bastará para que quede consignado como una verdad inconcusa é innegable, que *el catolicismo, protegiendo en todas épocas el movimiento civilizador, ha demostrado que lejos de ser enemigo del verdadero progreso, ha sido y es, por el contrario, su principal elemento.*

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Los utopistas modernos, los partidarios entusiastas del progreso indefinido, han formulado contra la religion católica este argumento: «Los dogmas del catolicismo no progresan: su doctrina es siempre la misma, siempre idéntica, siempre invariable; luego el catolicismo es estacionario, y no puede favorecer el progreso social.» Sin detenernos á refutar una argumentacion tan ridícula, pues ni siquiera merece este honor, y concediendo desde luego no solamente que el dogma católico es uno, invariable, y donde quiera y siempre el mismo, carácter que forma su mayor gloria al par que la prueba mas incontestable de su divinidad, sino que una religion de progreso en este sentido es una quimera, un sueño, un imposible, pues dejaria de ser verdadera desde el momento que participase de la inconstancia y versatilidad del entendimiento humano; vamos únicamente á refutar la consecuencia que se deduce de aquel principio, manifestando que la inmovilidad de los dogmas católicos, no es en

manera alguna un obstáculo al verdadero progreso, sino que antes bien « en el catolicismo, la mas perfecta manifestacion de Dios, se halla la regla de todos los adelantos de la sociedad humana, y el germen de la mas elevada perfeccion social, » como ha dicho sábiamente un profundo escritor (1).

Tan luego como el divino fundador de la iglesia se deja ver entre los hombres, se presenta con el carácter de civilizador. « Yo soy la luz del mundo, dice: el que me siga no andará en tinieblas, sino que hallará la luz de la vida (2). » Fiel á esta mision, el catolicismo se eleva en medio de los pueblos como una antorcha luminosa que disipa las tinieblas del error y de la ignorancia que cubrian la tierra, y guia los hombres y los pueblos hácia sus verdaderos destinos. Desde entonces, sustituyendo el elemento católico al principio material de la civilizacion antigua, hace desaparecer el egoismo que formaba el carácter de las sociedades idólatras: y proclamando el reinado de la caridad, une entre sí los miembros de la gran familia, divididos antes por añejas preocupaciones, consagra los derechos del hombre hasta entonces encorbado bajo el yugo del mas cruel despotismo, aboliendo el derecho de servidumbre encarnado en la legislacion de los pueblos idólatras; y de en medio del caos de errores que degradaban la especie humana hasta lo infinito, hace surgir la santa palabra de libertad, que iguala al siervo con el señor en la presencia de Dios, y comienza á realizar el gran pensamiento de humanidad que debia regenerar el mundo y reunir los hombres de todas condiciones y pueblos en torno de la cruz, símbolo augusto de verdadera civilizacion.

¿ Y quién se atreveria á negar que el catolicismo reune todas las condiciones del positivo progreso? ¿ No es él el que enseña al hombre sus mas importantes deberes, y le designa los mas sublimes destinos? No es él el que garantiza la felicidad de los pueblos, el que afianza la estabilidad de los gobiernos, el que da una sancion divina

(1) Raymond. Del catolicismo en las sociedades modernas. Cap. II.

(2) Ego sum lux mundi. Qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ. (Joan. VIII. 12.)

á las leyes, el que consagra todos los principios de justicia, el que impone al súbdito la obligacion de obedecer á sus superiores, no por un motivo de servilismo, sino por un deber de conciencia, el que opone un saludable freno á los extravíos de la multitud, reprimiendo las pasiones turbulentas para que no se rebelen contra la autoridad? No es en su doctrina altamente civilizadora en donde el monarca aprende á llevar dignamente la corona que ciñen sus sienes, en donde el magistrado encuentra la regla de sus decisiones, en donde la virtud halla un apoyo contra la intriga ó la violencia, en donde la desgracia se parapeta contra los reveses de la adversidad, en donde se vé en fin, el tipo del órden, del derecho y de la armonía entre los diversos poderes, y el modelo de todas las sociedades?

Mas, aparte de estas consideraciones generales que presentan al catolicismo como el mas sublime principio de verdadero progreso social, y sin detenernos á recoger uno por uno los hechos históricos que vienen demostrando su influjo civilizador en las diversas fases que recorrió el mundo; ¿hay alguno que ignore que su mision ha sido siempre, trabajar sin descanso para ilustrar á los pueblos, y resucitarlos intelectualmente derramando en medio de ellos los mas preciosos y fecundos gérmenes de sociabilidad? ¿Qué no hizo para desterrar en Oriente los antiguos hábitos de despotismo que tenian encadenada una gran parte de la humanidad bajo la coyunda del poder mas tiránico y opresor? ¿Qué no hizo en Occidente para atajar los agigantados pasos de la barbárie que sembraba por do quiera junto con la ignorancia mas estúpida la devastacion y el esterminio? Si las hordas del Norte invaden la Italia, las Galias, la España y todo el imperio Romano, talan sus bellas campiñas, y destruyen sus ciudades, y reducen á cenizas los mas preciosos monumentos del arte y del ingenio, el catolicismo las sale al encuentro, contiene su furor, apaga su sed de sangre, se identifica en cierto modo con ellas para ganarlas al Evangelio, y recogiendo los restos de la civilizacion antigua que no puede salvar de aquel gran diluvio, los deposita en los monasterios, llamados á ser el foco de una nueva civilizacion mucho mas perfecta. «Entonces, dice el ilustre autor del Genio del Cristianismo, »convirtiéronse los conventos en una especie de fortaleza donde se

»guareció la civilización. Allí se conservó la cultura de la sublime
»inteligencia con la verdad filosófica, que renació de la verdad reli-
»giosa. La verdad política ó la libertad halló un intérprete y un cóm-
»plice en la independencia del monje, que todo lo investigaba, todo
»lo decía, y no temía nada... Sin la inviolabilidad y los ócios del
»cláustro no se nos hubieran transmitido los libros y los idiomas de la
»antigüedad, y se hubiera roto la cadena que liga lo pasado con lo
presente (1).» De este modo, como afirma un escritor nada sospe-
choso, vino á ser el catolicismo el vínculo, el medio y el principio
de civilización entre el mundo romano y el mundo bárbaro (2).

Si mas adelante los cismas desgarran el seno de la iglesia, y las
pasiones humanas se desencadenan, y los diversos poderes luchan
entre sí, y todas las fuerzas sociales chocando mutuamente, amena-
zan una general disolución, el catolicismo poniéndose por medio de
tantos intereses rivales, acude en auxilio de la civilización que des-
aparece por entre aquella espantosa refriega, y suscita un génio su-
perior á su mismo siglo, que colocándose á la cabeza del movimien-
to intelectual, lucha esforzadamente con los principios disolventes de
los sistemas políticos de la época: y conteniendo con una mano el em-
puje violento que arrastraba de nuevo las sociedades á la barbárie,
asegura con la otra el orden público, y le afianza sobre bases indes-
tructibles.

Si el islamismo se deja caer de repente como un águila sobre la
Europa, y se apodera de los mares, y recorre las costas, sembrando
por todas partes el terror y el espanto, llenando de luto las fami-
lias, forjando cadenas y aherrojando con ellas á cuantas víctimas pue-
de haber á las manos; si ante sus pasos se desploma todo el edificio
social, y la libertad desaparece, y el despotismo ensancha cada dia
su círculo de acción, y el mundo gime en los horrores de la esclavi-
tud, el catolicismo arma sus cruzados que, animados de una fé ardien-
te y belicosa, marchan á la lucha contra aquel coloso formidable, y
no contentos con desalojarle de Europa, le siguen hasta el Oriente,

(1) Chateaubriand. Análisis razonado de la Historia de Francia.

(2) Guizot. Historia de la civilización Europea.

y allí y donde quiera la energía del catolicismo salva la causa de la civilización, asegura su independencia, estrecha los vínculos de fraternidad entre los pueblos, abre un nuevo y mas vasto campo á las comunicaciones, y el comercio toma mayor impulso, y todo mejora considerablemente bajo el aspecto moral, científico y político.

¿Y qué no hizo el catolicismo en favor de la civilización en la lucha intelectual que tuvo que sostener desde su origen contra las diversas escuelas y contra los multiplicados errores que se levantaron en todos los siglos? Ya hemos hablado detenidamente acerca de esto en uno de nuestros discursos anteriores, y no queremos cansar con repeticiones fastidiosas. Todo el mundo sabe que el catolicismo fué el árbol mágestuoso que produjo aquellos sublimes ingenios que apiñados en su derredor, sostuvieron la doctrina civilizadora del Evangelio y de la tradición, y la defendieron con una constancia heroica contra las invasiones de la heregia, del sofisma y de la inmoralidad. Sabidos son los trabajos de San Dionisio de Alejandria refutando á Sabelio; bien conocida es la elocuencia de los Atanasios é Hilarios combatiendo los errores de Arrio; harto pública es la ciencia de los Basilio y Gregorios en sus polémicas con Valente. Y el fuego de Crisóstomo, y la profunda erudicion de Gerónimo, y el vasto saber de Agustino, y la sabiduría universal de Leon, y el talento sin igual de Bernardo, todos estos y otros muchos génios eminentes que seria imposible enumerar, ¿no fueron las antorchas brillantes con que el catolicismo, derramando la mas viva luz sobre la verdad, protegió el movimiento civilizador y elevó los hombres y los pueblos á una vida de inteligencia y de accion, cuando todo en la sociedad no era mas que disolucion y anarquía? ¿Qué mas diré? ¿Hablaré de los Concilios? ¿Recordaré los eminentes servicios que hicieron á la civilización aquellas ilustres asambleas en donde se reunia lo mas santo y sábio del mundo para atajar los progresos del error, para robustecer junto con las leyes canónicas las leyes civiles, para dar sancion á la autoridad de los príncipes á la par que afianzaban el poder espiritual de la Iglesia, para evitar la colision de las pasiones humanas fijando á ambos poderes sus respectivos límites, para estrechar las relaciones entre la Iglesia y el es-

tado y hacer de este modo mas eficaz la accion respectiva de este y de aquella, para convenir en los medios de mejorar las costumbres públicas y la condicion moral de los pueblos? Pero nada de esto tenemos necesidad de repetir. Si hay un hecho reconocido universalmente por todos los hombres sensatos y de buen criterio, es que del catolicismo ha salido en todas épocas la primera palabra civilizadora, el primer impulso hácia el verdadero progreso, el primer elemento de vida intelectual y moral para las naciones y los individuos, y que aunque invariable en sus dogmas, y siempre el mismo en su doctrina, no ha cesado de mostrarse favorable á los adelantos sociales, antes bien ha tomado la iniciativa en todo lo bueno y útil, y marchado al frente de la positiva civilizacion.

Los que niegan este hecho niegan la autenticidad de la historia, y quedan convencidos de la mas profunda ignorancia ó de la mas mala fé. Porque, ¿qué es la historia de todos los pueblos y de todos los siglos sino la historia de los triunfos del catolicismo sobre las pasiones humanas conjuradas contra el verdadero progreso social, el cuadro mas bello de la accion toda divina de la Iglesia y de su beneficosa influencia en el mejoramiento de los hombres y de las sociedades? Lo mismo que hizo en los tiempos primitivos, lo mismo que hizo en la edad media, ha continuado haciendo en los tiempos modernos; y lejos de disminuir su accion expansiva, ha ido desarrollando cada vez mayor actividad en proporcion de las necesidades. Cuando el despertamiento de la razon suscita en el mundo una multitud de doctrinas nuevas y peregrinas que ponen en oscilacion el equilibrio religioso y social, allí está el catolicismo luchando á brazo partido con todos esos principios disolventes, dando estabilidad á las ideas de orden, y restableciendo junto con el imperio de la fé el imperio de la inteligencia dentro de sus justos límites; porque á trastornar los entendimientos no menos que á echar por tierra las antiguas creencias, y con ellas el orden social, conspiraban los esfuerzos combinados de las heregias que surgieron en el siglo XIII y siguientes. Viéronse en efecto resucitadas por algunos génius extravagantes y soberbios las tradiciones del maniqueismo, importadas del Asia donde se habían conservado, y que fuertemente arraigadas en las

montañas del Albigés, crecieron con espantosa rapidez y se extendieron prodigiosamente por todas partes, corrompiendo la moral, escitando á la rebelion, y poniendo en inminente riesgo los tronos y los altares, la sociedad y la religion. ¡Y ay de la Europa si el catolicismo reuniendo Concilios, fulminando anatemas, y escitando á los príncipes á unirse á la Iglesia para atajar aquel incendio devorador, no hubiera desarrollado toda la energia de pensamiento y de accion que se necesitaba en circunstancias tan calamitosas para salvar la causa de la civilizacion altamente comprometida por los errores de los Albigenses, Fraticellos y Flagelantes, y por sus sucesores los Arnaldos de Villanueva, los Wicel, los Juanes de Hus, los Gerónimos de Praga y otros sectarios! Pero el catolicismo, siempre protector de los intereses sociales, y el primero siempre en fomentar el movimiento intelectual, suscitaba las mas grandes inteligencias para hacer frente á los elementos deletéreos que luchaban contra el progreso. De su seno salian los Buenaventuras y Albertos, los Bacones y Enríques de Gante, los Hugos de Saint-Cher y los Alejandros de Ales, los Alanos de Ille, é Ivos de Triquer, los Jacobos de Voragine y Guillemos Duranti; y Juan de Dondis, y Pedro de Ailly, y Gerson, y Juvenal, y Pico de la Mirandula, y Chartier, y Martuel de Auvernia, y Francisco Vilou, y Roberto Gaguin, y entre todos ellos el sol de la ciencia, el ángel de la escuela, el imponderable Tomás de Aquino, el Platon de su siglo, el hombre á quien vienen rindiendo homenaje los grandes hombres de todas las épocas. Y cuando despues vino el protestantismo proclamando la independenciam individual, la insurreccion del entendimiento humano contra el poder absoluto en el órden espiritual, usando de la espresion de un escritor nada favorable á la causa que defendemos (1), y mutilando y rasgando los titulos de la única autoridad que debía dirigir la reforma, ¿qué no hizo el catolicismo para atraer los disidentes á la unidad, y para atajar los escandalosos escesos, las luchas intestinas y las sangrientas revoluciones á que dió lugar la impudencia agresora de Lutero y sus partidarios? Deplorando las consecuencias desastrosas

(1) Guizot. Historia de la civilizacion europea.

de aquella lucha tenaz, y aplicándose á cicatrizar las heridas que abriera en el corazón de la Iglesia y de la sociedad, el catolicismo continúa siempre su marcha regeneradora. Bajo su influencia un nuevo mundo se abre á las conquistas de la civilización con el descubrimiento de la América; la invención de la imprenta extiende el dominio de la inteligencia y de la moral; la literatura florece en todos sus ramos y progresa en vía ascendente; el mundo se vé lleno de monumentos que la embellecen, y la actividad del entendimiento humano se manifiesta en todos sentidos. Entonces florecen los Bossuets, los Fenelones, Descartes y Pascal, y todos esos géneos que hicieron tan célebre el siglo de Luis XIV. Despues cuando el racionalismo invade el terreno de las verdades católicas; cuando la incredulidad envia sus falanges para revolucionar los pueblos y abrir el abismo en que debia hundirse la Europa; cuando las pasiones no conocieron ya freno, y la filosofía enemiga de Dios le arrojó de sus altares, hizo correr la sangre de sus pontífices y rodar por los baldosos las testas coronadas; cuando todo fué caos, y confusion, y ruinas, y la sociedad presentaba el aspecto de un cadáver palpitante, el catolicismo no cesó de hacer todos los esfuerzos posibles para reanimarla. Resistiendo con una mano el movimiento de insurreccion que le perseguia á donde quiera que se dirigia, derramaba con la otra gérmenes fecundos de vida y de civilización. Desterrado de una parte, corria á otra á llenar su mision sublime; lanzábase á los mares é iba á buscar en los bosques nuevos seres que civilizar con el Evangelio; y estendiendo su accion humanitaria hasta los mas remotos confines del globo, creaba nuevos pueblos bajo el estandarte de la Cruz, emancipaba las inteligencias del yugo de la barbarie, y llevaba la positiva libertad de los hijos de Dios á los que hasta entonces gimieran esclavos del demonio.

Aquí, señores, me detengo: los hechos ocurridos desde esta época hasta nuestros días los conocemos todos, y cuando no, tenemos á la vista la historia que nos los recuerda. Véase, pues, si todos ellos no están acordes para demostrar que el catolicismo viene siendo el primer elemento civilizador de las sociedades, lejos de ser, como se han complacido en decir algunos, una rémora al movimien-

to intelectual. Véase si ha cesado un solo día de mostrarse favorable al verdadero progreso, y si todo cuanto tiende al mejoramiento de los hombres y de los pueblos, no ha hallado en él el auxiliar mas poderoso; ó mejor dicho, véase si no ha salido de él la iniciativa en todos los proyectos útiles, en todas las grandes empresas, en todos los pensamientos relativos al bienestar general del mundo. ¿Quién ha levantado primero la voz cuando se ha tratado de proteger los derechos de la humanidad contra el despotismo ó la ambicion? ¿Quién ha lanzado el primer grito cuando se ha tratado de emancipar una porción de seres degradados, víctimas de la crueldad y de la mas brutal violencia, para hacerlos participantes de la libertad del Evangelio? ¿Quién ha marchado al frente de las pacíficas conquistas que ha hecho la civilizacion en las apartadas regiones del globo? ¡Ah! No nos cansemos en recordar hechos que, por mas que se empeñe en desfigurar el encono y la maledicencia de los enemigos del catolicismo, jamás podrá oscurecer: porque la verdad es como el sol, cuya luz hiere los ojos enfermos de los que le maldicen por no poder tolerar sus resplandores; y siempre será una verdad incontestable que «la civilización europea, usando de las palabras del escritor antes citado, ha entrado, si es permitido decirlo así, en el plan de la Providencia, y marcha segun las sendas de Dios.»

Digan, pues, lo que quieran esos hombres que sistemáticamente atacan al catolicismo, y se complacen en mostrarle contrario á los adelantamientos sociales, y en desvirtuar con estudiados sofismas su beneficiosa influencia. El bosquejo, aunque imperfecto, que hemos trazado de su accion poderosa en todos los siglos, sin contar con otras mil pruebas que hemos omitido por no ser posible desenvolverlas en un simple discurso, es lo muy bastante para que los hombres que saben discurrir con juicio y hacerse superiores á toda preocupacion de secta ó de partido, reconozcan que el catolicismo, protegiendo en todas épocas el movimiento civilizador, ha demostrado que, lejos de ser enemigo del verdadero progreso, ha sido y es, por el contrario, su principal elemento.

Agrupémonos, pues, en derredor de ese magestuoso árbol, que

semejante en su principio al grano de mostaza de que hoy nos habla el Evangelio, ha llegado á estender sus ramas por todo el universo, y á través de diez y ocho siglos viene produciendo los mas ópimos frutos de verdadera civilizacion. Bendigamos sin cesar la Providencia de un Dios que le ha colocado en el mundo como un árbol de vida y de ciencia, para que á su sombra puedan descansar los hombres y los pueblos de las violentas agitaciones que experimentan, y marchar seguros hácia sus sublimes destinos: porque en su doctrina eminentemente santa, humanitaria y social, se encuentran todos los elementos que forman la positiva ventura de los mortales, en el tiempo y en la eternidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA DE SEPTUAGÉSIMA.

INFLUENCIA UNIVERSAL DEL CATOLICISMO EN LA PROPAGACION Y DESARROLLO DE LA CIENCIA EN TODOS LOS RAMOS DEL SABER HUMANO.

Simile est regnum caelorum homini patrifamilias, qui exiit primo mane conducere operarios in vineam suam.

El reino de los cielos se asemeja á un padre de familias que salió al romper el día á alquilar operarios para trabajar en su viña.

MATTH. XX. 4.

HAY hechos en que es forzoso insistir una y otra vez, no porque dejen de estar apoyados en la mas luminosa evidencia, sino porque el siglo en que vivimos, que á fuerza de discurrir y alambicar ha llegado á ser eminentemente escéptico, parece ha cifrado el triunfo de sus ideas, ostensiblemente antireligiosas, en la negacion absoluta de todo cuanto atañe á las glorias del catolicismo. Que la historia desarrolle sus viejos pergaminos, que la geografia desenvuelva sus mapas, que la geología presente sus mas preciosos descubrimientos, que la arquitectura ostente sus bellezas artisticas, que las ciencias y las artes todas de consuno vengán á depositar ante este siglo ingrato las pruebas mas irrecusables en favor de ese gran principio, todo es inútil; se tergiversan los hechos mas claros, se deslustran los acontecimientos mas patentes, se recusan los monumentos mas insignes, y se prefiere ponerse en ridiculo ante el mundo entero, y

en contradiccion con la historia de diez y ocho siglos, antes que reconocer los títulos que el catolicismo tiene á la admiracion y gratitud de las sociedades bajo el punto de vista de la civilizacion.

Por eso, aun á riesgo de fatigar tal vez la atencion de mis oyentes, pero contando con su indulgencia en gracia de lo interesante del asunto, me propongo hoy continuar, ó mejor dicho confirmar, el que dió materia al discurso anterior, seguro de que cuantos aman cordialmente la verdad y se interesan en el triunfo de nuestra religion, oirán con gusto cuanto pueda contribuir á realzar sus glorias, y á vindicarla de los ataques sistemáticos de sus envidiosos émulos. Considerábamos, pues, al catolicismo el domingo pasado, como primer elemento del verdadero progreso, fundados en la proteccion que ha prestado en todas épocas al movimiento intelectual: y bajo la alegoría del pequeño grano de mostaza, vimosle desarrollarse paulatinamente á nuestra vista, y convertirse en árbol magestuoso, que estiende su ramaje por todo el universo. Hoy vamos á considerarle exclusivamente bajo el aspecto científico, y á admirar su influencia universal en el desarrollo de todos los conocimientos humanos.

El Evangelio de este dia se presta admirablemente á mi pensamiento. « *El reino de los cielos, dice Jesucristo, se asemeja á un padre de familias que salió al romper el dia á buscar operarios para su viña, y ajustándose con ellos en un denario por dia, les envió á trabajar en ella. Saliendo despues cerca de la hora de tertia, se encontró con otros que estaban sin hacer nada en la plaza, y dijoles: Id tambien vosotros á mi viña, y os daré lo que sea justo. Y ellos fueron. Lo mismo hizo á la hora de sesta, y á la hora de nona, y por último, cerca de la hora undécima, viéndolo á otros que estaban sin hacer nada, les dijo: ¿Cómo estais aquí ociosos todo el dia? Y les envió tambien á trabajar á su viña.* »

Suspendamos aqui el texto evangélico. En la viña del padre de familias está significada la iglesia católica, á la cual desde su establecimiento en el mundo, envió Jesucristo sus operarios para trabajar en ella, desarraigando las malas yerbas de la ignorancia y del vicio que hiciera brotar la filosofia pagana, y sembrando la pre-

ciosa semilla de la ciencia y de la virtud. Y no solamente salió á primera hora á buscar en las orillas de los lagos de Galilea los hombres que debian ilustrar el mundo antiguo con el Evangelio y la cruz en la mano, sino que á la hora de tercia, de sesta y de nona, y hasta á la hora undécima, es decir, en todas las épocas que viene recorriendo el catolicismo hasta nuestros días, ha suscitado operarios celosos que, ora con sus ejemplos, ora con sus predicaciones, ya en el retiro de los cláustros, ya en el seno del gran mundo, unas veces de viva voz, otras con sus luminosos escritos, vienen derramando en el vasto campo del universo los mas fecundos gérmenes de cristiana civilizacion. Por desgracia son poco conocidos los trabajos de esos hombres, especialmente entre los que no han hecho un estudio detenido de la historia eclesiástica, y de ahí la facilidad con que se abusa de la ignorancia del vulgo para hacerle creer que el catolicismo es enemigo de las luces. Hagamos, pues, ver todo lo contrario, y que sepa el mundo que *desde su aparicion sobre la tierra ha ejercido una accion inmediata y beneficosa en el desarrollo y propagacion de la ciencia en todos los ramos del saber humano.*

Acudámos ante todo á aquel que es la luz de las inteligencias, y de cuyo seno procede todo don bueno y perfecto, pidiéndole nos ilustre para tratar dignamente un asunto de tanta importancia, lo que fácilmente conseguiremos por la mediacion de la escelsa Virgen á quien el Angel anunció su divina maternidad, diciéndola:

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Si hay un punto en que la mala fé de los enemigos del catolicismo se deje ver en toda su desnudez, y en que la calumnia se presente con los caracteres mas odiosos, es justamente cuando tratan de echarle en rostro su aversion á las ciencias, y sus tendencias á

perpetuar en el mundo las tinieblas de la ignorancia. Y sin embargo, ello es cierto que así se ha dicho mil veces, y que esto mismo repiten hoy desembozadamente los hombres de la época en que vivimos. Trabajo costaría el creer que semejante preocupación pudiese existir todavía entre los que se vanaglorian de ser los maestros de la humanidad, puesto que se arrogan la misión de ilustrarla, si la prensa misma, y más particularmente la prensa periódica, esa reina de nuestro siglo, que tiempo há viene dominando las inteligencias, é imponiendo á los hombres y á los pueblos el yugo de sus opiniones y de sus creencias, de sus errores y de sus absurdos, no se hubiese atrevido á consignar en sus producciones una acusación tan gratuita como poco meditada. Queriendo atacar á una clase que odia, ha atacado indirectamente á todo el cuerpo enseñante: y al rebuscar en la historia ciertos retazos descosidos de la antigua literatura religiosa, para presentarlos como monumentos de la ignorancia que ha querido suponer afectaba á los institutos monásticos, ha descubierto demasiado su encono contra el catolicismo, y manifestado bien á las claras, por más que intente disimularlo, sus tendencias á disminuir el prestigio y la influencia de ese gran principio civilizador en las sociedades modernas. Por dicha nuestra los hechos que vienen demostrando la acción benéfica del catolicismo en el desarrollo y propagación de la ciencia en todos sus ramos son tan luminosos, tan brillante es ese surco de luces que desde el Calvario viene trazando en el horizonte, que solo se necesita abrir los ojos para adquirir el más completo convencimiento. Colocado el árbol de la cruz en medio del mundo como símbolo misterioso de civilización, no ha cesado de producir frutos sazonados de positiva ciencia. A la voz del gran Padre de familias levántanse en las primeras horas del naciente cristianismo operarios celosos, que marchan decididos á trabajar en la mística viña de la iglesia: y aunque ignorantes y groseros según el mundo, llenos empero de la sabiduría celestial que el Espíritu Santo les comunicara en el Cenáculo, recorren el globo derramando la más pura luz sobre las inteligencias, desterrando las tinieblas de la idolatría, y haciendo vacilar sobre sus altares los dioses de Roma y de Atenas. La gran misión del catolicismo empezaba á cumplirse. Habíase anunciado al

mundo como principio de luz; su autor inefable era la antorcha brillante que habia venido á ilustrar la humanidad; y si bien prometiera perder la sabiduría de los sábios segun la carne, y desacreditar la falsa prudencia de los prudentes del siglo (1), era en el concepto de sustituir á la ciencia egoista de los que con sus errores venian degradando la especie humana, la ciencia pura, santa, y sublime del Evangelio, que encierra en sí todos los elementos de dicha y positivo bienestar.

A los primeros operarios evangélicos, suceden otros nuevos llamados á la hora de tercia á tomar parte en la lucha trabada entre la luz y las tinieblas, entre el saber y la ignorancia, entre la verdad y el error. Habia sonado la hora solemne de la regeneracion del universo; era llegada la época de salud anunciada á través de las edades; iban á brillar los hombres grandes, y los grandes acontecimientos. ¡Qué espectáculo se ofreció entonces á los ojos del mundo! Mientras por una parte se ven los poderes del siglo armados de hierro para defender sus insensatas teogonías, y aquel culto desmoronado que iba desplomándose donde quiera delante de la cruz; mientras una muchedumbre de verdugos encarnizados sacrifican sin descanso á los atletas del catolicismo, que renacen sin cesar y se multiplican prodigiosamente bajo los repetidos golpes de la hacha homicida; mas allá entre el humo de la sangre, y entre el ruidoso estrépito del anfiteatro, surge la elocuente voz de los apologistas del nuevo culto, que al propio tiempo que celebran su santidad y defienden denodadamente sus sublimes máximas, siembran preciosos gérmenes de positiva ilustracion, y de verdadera ciencia. ¿Quién no ha admirado las sábias producciones de los Cuadrátos y Aristídes, las brillantes apolo-
gías de los Justinos y Atenágoras, la vasta erudicion de los Hérmias é Ireneos, el fuego elocuente de los Tacianos y Teófilos? ¡Con qué valentía no atacaron los ensueños de la filosofia pagana! ¡Con qué calor no sostuvieron la divinidad de la religion cristiana ante los Cé-
sares sus perseguidores! ¡Con qué decision no defendieron la causa de los mártires contra el despotismo de los gobernadores y procón-

(1) Perdam sapientiam sapientum, et prudentiam prudentum repro-
babo. (1. Corint. 1. 19.)

sules! ¡Qué torrentes de luz no derramaron sobre los profundos misterios del cristianismo! Sus producciones son todavía estimadas por los verdaderos sabios, y los amantes de la literatura antigua no se desdennan de consultar esós monumentos preciosos que han servido en mil ocasiones para desembrollar el caos de la historia de aquellos primeros siglos. ¿Y qué no pudiéramos decir de la célebre escuela de Alejandria, en donde los Clementes y Origenes hicieron brillar la ciencia hasta el punto de ser tenida entonces la capital de Egipto como el foco del saber humano? Sabidos son de todo el mundo los raros talentos de este célebre escritor que eclipsó á todos sus predecesores, génio universal que abarcó casi todas las ciencias, y dejó en sus numerosas obras la prueba mas convincente de sus variados conocimientos. Tampoco nos detendremos á hablar de ese ilustre africano cuya pluma hizo menudos pedazos las estravagancias mitológicas del paganismo, y supo conquistar una celebridad universal entre los sabios. ¡Lástima que aquellos dos génios extraordinarios á quienes debemos producciones de un mérito tan sobresaliente, se dejasen deslizar en ciertos errores que han rebajado algun tanto su justo renombre! ¿Y habrémos de pasar en silencio los nombres de un Cipriano, cuya fogosa elocuencia comparó Fenelon con la de Demóstenes, de un Lactancio, llamado con justicia el Cicerón cristiano, de un Minúcio, de un Arnobio, y de otros muchos hombres que en aquella época hicieron marchar á la par el génio y la fé, dando al uno el mas prodigioso impulso, mientras defendian la otra con el mayor entusiasmo?

Pero aquí se descubre á nuestros ojos un periodo mas interesante. El cuarto siglo aparece y con él nace la aurora de la libertad religiosa. La diadema de los Césares se inclina en fin ante el humilde estandarte del Dios nacido en un establo. Constantino arrancando el cetro á los tiranos del imperio, arranca sus rayos á Júpiter. Y desde el momento en que el catolicismo se vé libre de las pasadas persecuciones, se declara altamente favorable á la ciencia. Era la hora de sesta, el gran Padre de familias envia de nuevo á su viña celosos operarios que trabajan en la regeneracion del mundo con igual decision que sus antecesores. Aquí Eusebio de Cesárea consulta los siglos que le han precedido para reunir una multitud de hechos tan gloriosos á

la religion, como útiles á la ciencia, y echa los primeros cimientos de la historia eclesiástica. Allí el ilustre Atanasio se presenta como el escudo de la ortodoxia, y asegurando con una mano el triunfo de la verdadera fé en la célebre asamblea de Nicea, derrama con la otra la mas brillante luz por medio de sus escritos inmortales. Mas allá Gregorio Nacienceno canta las virtudes cristianas en limados versos que no ceden en cadencia y armonía á los de Píndaro; y el español Prudencio toma la lira de Horacio para celebrar los triunfos del cristianismo, y el valor de sus ilustres mártires. ¿Y á qué multiplicar nombres, cuando no hay quien desconozca ya los sábios trabajos de esos génios que en los primitivos siglos disiparon las espesas tinieblas de la ignorancia y los nublados de la heregia, y derramaron por do quiera la claridad de una doctrina imperecedera, semejante al astro del dia que despues de una mañana nebulosa se lanza sobre el horizonte á manera de un gigante, sembrando por todas partes el calor, la luz y la vida? Los Cirilos y Basilios, los Ambrosios y Gerónimos, los Crisóstomos y Agustinos, los Tomasés y Buenaventuras, los Alejandros y Albertos y otros muchos que no pudiéramos citar sin hacernos molestos, son otros tantos prodigios de ciencia y de erudicion que el catolicismo opondrá siempre con orgullo á sus enemigos como pruebas convincentes é irrecusables de su influencia poderosa en el desarrollo de todos los conocimientos útiles.

¡Y todavía hay quien se atreva á acusar á la religion de enemiga de la ciencia! ¡Y para rebajar sus indisputables servicios hechos á la civilizacion, no se avergüenzan los hombres de nuestro siglo de rebuscar en los escritos de los antiguos Padres de la Iglesia ciertos defectos de elocucion propios de los siglos en que escribieron! «Se juzga de ellos, dice Fenelon, por alguna metáfora dura de Tertuliano, por algun período ampuloso de San Cipriano, por algun pasage oscuro de San Ambrosio, por alguna antitesis sutil y rimada de San Agustin, ó por algun juego de palabras de San Pedro Crisólogo, sin tener en cuenta el gusto depravado de los tiempos en que aquellos génios florecieron, sin acordarse de que los estudios se hallaban en un período de decadencia aun en la misma Roma y en Atenas, y que el refinamiento del talento habia prevalecido sobre

las severas reglas del arte... Pero en medio de esto, ¿quién podrá negar que en las producciones de esas grandes lumbreras de la Iglesia se encuentran cosas de un mérito extraordinario? ¿Quién no admira esa magnanimidad y vehemencia en el decir que caracteriza al grande obispo de Cartago, el juicio esquisito, la nobleza de imágenes y la moral altamente sensible y amable del Crisóstomo, la sublime popularidad, la nerviosa dialéctica y la rica imaginación de Agustino, la delicadeza, la elevación, la ternura y el fuego de Bernardo? ¡Ah! Los que censuran las producciones de los Padres, se califican á la vez de ingratos y de ignorantes: y á trueque de no tributarles el debido homenaje de gratitud de que les son deudores, no se ruborizan de dar á entender que desconocen de todo punto la historia, que son incompetentes para juzgar en la materia, y que solo hablan por espíritu de oposición sistemática. Cuando se estudian los tiempos y las cosas, se raciocina de distinto modo, y no es posible dejar de admirar las bellezas que encierran esos preciosos monumentos de la literatura cristiana.

Aun no contaba el catolicismo mas que cuatro siglos de existencia, de los cuales tres habian sido marcados por las mas horribles persecuciones, y sin embargo el mundo estaba lleno de hombres sábios que habian bebido en el Evangelio las sublimes inspiraciones del génio. Las turbulencias, los desastres y la sangre que rodearon la cuna de la Iglesia, lejos de contener los vuelos del talento, no hicieron sino apresurar su madurez, imprimiendo en las almas aquella energía que caracterizaba á las producciones de unos génios amaestrados en la escuela de la adversidad. El mismo valor que les habia sostenido al pié de los cadalsos, dirigia sus plumas. Sin embargo, hasta entonces casi no habian hecho otra cosa mas que luchar cuerpo á cuerpo con el paganismo: mas luego que la libertad religiosa vino á romper las trabas que tenian como encadenada la inteligencia, el catolicismo tomó una marcha distinta y abarcó todos los ramos del saber. No importa que un nuevo acontecimiento estienda sobre la Europa un velo fúnebre, y que la mas espantosa ignorancia vuelva á apoderarse de ella. Caiga en buen hora el brillante coloso del imperio romano bajo los rudos golpes del vándalo, del alano, del

suevo, del godo, del huno, y de ese enjambre de bárbaros salidos de los bosques de los Palus-Meotides. Desaparezcan las nacientes luces de la ciencia ante la barbarie de los Atilas y Genseicos. Este desastroso suceso podrá contener por algun tiempo los progresos del catolicismo; pero al fin triunfará, y del seno mismo de la barbarie sacará los mas puros elementos de civilizacion.

En efecto, la mano bienhechora de la Providencia preparó el remedio cuando el mal toma un caracter mas grave y desesperado; el Padré de familias suscita á la hora de nona nuevos operarios que vayan á trabajar en su viña; y á su voz surge del fondo de la Italia un orden insigne llamado á salvar la civilizacion y á volver á encender en el mundo la antorcha de la ciencia. Era la obra del gran Benito, creacion gigantesca del catolicismo, destinada á ser el asilo de la virtud y el templo de la sabiduria, el refugio de las letras y el arsenal de las artes. Allí se forman las mas preciosas bibliotecas, y se libertan del gran naufragio las obras maestras de Roma y de Atenas. Allí se copian los antiguos manuscritos que han podido sobrevivir á la rapacidad del vandalismo. Allí se conservan las ruinas de un templo en que brillaron en otro tiempo las obras de Phidias y Apeles. Allí se escriben los anales de los pueblos y la historia contemporánea. Allí... ¿Mas quién podrá enumerar los servicios que prestaron á la ciencia los hijos del héroe de Monte Casino? Ya hemos hecho ver en otras ocasiones que ellos fueron los que se opusieron al torrente devastador de la ignorancia de los siglos barbaros, y que bajo los góticos claustros y al pié de los altares se conservaron aquellos preciosos monumentos, sin los cuales la Europa jamás hubiese llegado á la altura de civilizacion en que hoy se encuentra. Si sabemos algo de la historia de la edad media, deudores somos de mil datos importantísimos y curiosos á esas crónicas escritas en el silencio de los monasterios, en donde únicamente se cultivaban las bellas letras. Sin el celo laborioso de Gregorio de Tours, la Francia ignoraria los acontecimientos mas importantes de aquella época; ¿y qué sabria de ella la España sin los Leandros, Isidoros, Eugenio y demás ilustres escritores que les sucedieron? El mismo Voltaire ha reconocido y confesado que á la sola influencia del catolicismo debió

el siglo de Carlo Magno la gloria de ver surgir las lucés que le ilustraron, de en medio de las tinieblas en que se hallaban como sepultadas. Las escuelas de Inglaterra, de Alemania, de Suiza y de Francia, en las que figuran los nombres de los Alcuinos, Rabanos, Hinemaros, Agobardos, entre otros mil no menos ilustres, deponen altamente en favor de esa influencia tan poco apreciada hoy por los modernos sábios. Cuando el pueblo y la nobleza no sabian siquiera escribir, y los altos dignatarios tenian que servirse para firmar de un sello que llevaban en sus bastones ó espadas, el sacerdocio era el único depositario de la ciencia, á él se apelaba para redactar los documentos públicos, él era el maestro nato de la juventud; y hasta hubo un tiempo en que la hoy tan célebre escuela de medicina de Mompeller se componia toda de eclesiásticos, y en París los enfermos esperaban á los canónigos á las puertas de la catedral para consultarles en sus dolencias. ¿Y cuán glorioso no es para el catolicismo el ver que en todas las naciones modernas, el sacerdocio ha sido siempre el cuerpo mas sábio y á quien se ha confiado la educacion de los hombres mas grandes y de la mayor parte de los monarcas de Europa?

Peró sin necesidad de apelar á estas pruebas, ¿no están bien patentes á la vista de todo el mundo, los monumentos que el génio creador de la religion viene levantando donde quiera á la ciencia? No hablaremos de los descubrimientos preciosos que se han hecho bajo su influencia. La pólvora ordinaria, los anteojos, la brújula, el telescopio, las bombas, el reloj de ruedas y algunos otros inventos, nos recuerdan los nombres del monje aleman Schwarz, del piadoso cenobita Despina, de Flavio de Gioia, de Rogerio Bacon, del obispo Galeno y de Silvestre II, que fueron sus autores. Tampoco haremos mencion de las célebres universidades de Pádua, Bale, Paris, Salamanca, Alcalá, Gandia, Lovaina, Utrech, Cracovia, Leip-sick, Praga, Oxfort, Edimburgo, Glasgow, y casi todas las de Europa; al frente de las cuales figuran los nombres de Pio II, Roberto de Sorbon, Jimenez de Cisneros... y otros no menos respetables y dignos que la historia ha perpetuado en sus fastos para eterna prez del catolicismo, que supo inspirarles esas concepciones gigantescas que han sobrevivido á los siglos para responder en todo

tiempo á los que en su irreconciliable encono le acusan de enemigo de la ciencia. ¿Y hay un solo ramo del saber que el sacerdocio católico no haya cultivado con gloria? ¿Hay una sola ciencia en que el catolicismo no haya producido sábios de primer orden? Abrid los anales literarios, recorred la historia de los progresos del entendimiento humano, y do quiera hallareis multitud de lexicógrafos, matemáticos, arquitectos, físicos, naturalistas, anticuarios, historiadores, biógrafos, oradores y poetas de gran nombradía en esa clase tan mal juzgada hoy, tan menospreciada y tratada á cada paso de ignorante y reaccionaria, justamente por los que nunca han sabido mas que censurar lo que no entienden, por los que jamás se dieron la pena de ojear siquiera las primeras páginas de la historia de la literatura, por esos hombres cuya única ciencia consiste en desacreditar lo que aborrecen, y en mofarse de lo que no comprenden ó no está en armonia con sus ideas anticatólicas. ¿Y por qué esa enemiga tan implacable contra el catolicismo? ¿Por qué ese empeño sistemático de pintarle como una rémora que impide los progresos de la ciencia? Fácil es concebirlo. Es que el catolicismo ha luchado y lucha constantemente contra ese saber ateo y materialista, que tiende á hacer la fé esclava y tributaria de las aberraciones del entendimiento, y á sojuzgar la razon divina á la razon humana. Es que desde su origen viene anatematizando la ciencia que hincha, cuando no va inseparablemente unida á la caridad que edifica. Es que no ha cesado de reprimir y enfrenar los impetuosos arranques de esa filosofia enemiga de la revelacion, que tiempo há viene intentando formar sociedades sin Dios. Por eso se acusa á la religion de querer propagar en el mundo las tinieblas de la ignorancia, siendo asi que ella es la que desde el Calvario viene derramando la luz en todas las regiones del globo, cuando no hay pais ni siglo alguno que no pueda presentar pruebas las mas incontestables de que ella ha sido el único principio conservador de la verdadera ciencia. Acúsenla en buen hora de querer hacer servir todos los conocimientos humanos á la gloria de Dios, y á la temporal y eterna felicidad de los hombres; digan que ha dado siempre la preferencia á esa ciencia elevada que conduce los individuos y las sociedades á su

primer principio y á sus verdaderos destinos por medio de la virtud; digan, por último, que sus desvelos se han dirigido siempre á armonizar la razon con la revelacion, y á establecer entre la ciencia y la fé esa union misteriosa que las hace marchar ambas á un mismo fin. Estas acusaciones las aceptará gustosa y hasta con orgullo. Pero decir que es enemiga del verdadero progreso intelectual, y que se opone á los adelantos del siglo, esto es una calumnia que no puede menos de rechazar con indignacion sobre la frente de sus apasionados detractores. ¡Ingratos! ¿Leerian ellos hoy á Homero y Tucídides, Demóstenes y Hesiodo, Virgilio y Ciceron, Tácito y Horacio, si el catolicismo no les hubiera conservado esas bellezas? ¿Poseerian esa multitud de monumentos históricos y artísticos que hoy forman la riqueza de nuestros museos y bibliotecas, si las luces y los cuidados del sacerdocio de la edad media, no los hubieran salvado de la devastacion de los bárbaros? ¿Y aun desconocen los inmensos servicios de esa religion civilizadora, semejantes á aquellos viajeros que, despues de haber escapado del naufragio, merced á la habilidad de un piloto, llegados á tierra olvidan la tormenta pasada, y no piensan mas que en divertirse á costa del que les acaba de salvar la vida! Sea emperó lo que quiera, el catolicismo, á despecho de sus émulos, puede proclamarse altamente el bienhechor de la humanidad, bajo el aspecto de la ciencia que viene conservando y sosteniendo á costa de los mas laudables esfuerzos, siendo innegable que desde su aparicion sobre la tierra ha ejercido constantemente una influencia inmediata en su desarrollo y propagacion en todos los ramos del saber humano, » que es lo que me propuse demostrar en este discurso.

Admiremos, pues, y bendigamos la Providencia de un Dios que ha querido que su iglesia santa sea siempre la depositaria de la verdadera ciencia, de esa ciencia que dice relacion al arreglo de nuestra vida, y tiende á hacer la felicidad de los hombres y de los pueblos. Lo ha sido, y continuará siéndolo hasta la consumacion de los siglos. Si, lo que no quiera el cielo, permitiese el Señor para castigo de las sociedades que le desconocen ó insultan, que la incredulidad volviese á hundir el mundo en la barbarie, entonces, no menos

que en tiempos pasados, el astro brillante del catolicismo, luchando contra las tinieblas, finalizaria por atraer de nuevo la luz. El padre de familias enviaria á su viña nuevos operarios á la hora undécima, lo mismo que lo hiciera en las horas de tercia, sesta y nona, y la ciencia se salvaria, y la civilizacion cristiana renaceria de entre las ruinas del error. Pero no nos abandonemos á estos presentimientos tan fatidicos. Apliquémonos á llenar nuestra mision en medio de la sociedad actual. Nunca como ahora reclamó el catolicismo nuestro celo y servicios. Trabajemos incansables en la viña del gran padre de familias. Nada omitamos para llevar á cabo la reconciliacion de la ciencia con la fé, y procuremos por todos los medios posibles hacer servir aquella al triunfo de la verdad católica. Luchemos esforzadamente contra esos elementos deletéreos que aspiran á desterar del mundo la revelacion divina, para elevar sobre sus ruinas el ídolo de la razon humana. Cuando la sociedad en que vivimos haya llegado á persuadirse de que la filosofia sin el freno de la religion, no es mas que un eterno elemento de anarquía y trastornos en el órden religioso y social, y que la sabiduria carnal del siglo no produce otros frutos que la degradacion del hombre en el tiempo, y su eterna desgracia en el porvenir, habrá comenzado una nueva era de bienandanza y de salvacion para la humanidad. A este fin deben encaminarse nuestros desvelos y nuestros sudores. A realizar este pensamiento somos llamados á la mística viña del Salvador. No importa que seamos de los últimos. Si en la intensidad del trabajo procuramos ganar lo que hayamos podido perder en tiempo, el padre de familias nos igualará en el premio á los primeros, como él mismo lo dice en el Evangelio de este dia (1), y la recompensa de nuestro celo será una gloria perdurable y una interminable inmortalidad.

(1) Erunt novissimi primi, et primi novissimi. (Matth. XX. 16.)

DISCURSO

PARA LA DOMINICA DE SEXAGÉSIMA.

LAS PASIONES SON LAS QUE VIENEN PERPETUANDO EN EL MUNDO LA LUCHA ENTRE EL ERROR Y LA VERDAD, Y ESE PRINCIPIO DE REPULSION QUE IMPIDE LA FECUNDIDAD DE LA DOCTRINA CATÓLICA.

Exiit qui seminat, seminare semen suum; et dum seminat... aliud cecidit inter spinas, et simul exortie spina suffocaverunt illud.

Salió un sembrador á sembrar su simiente: y al esparcirla, una parte de ella cayó entre espinas, y creciendo éstas la sofocaron.

LUC. VIII. 5. 7.

No es fácil comprender ni menos explicar ciertos fenómenos que se presentan á la consideracion del hombre observador cuando estudia con detenimiento la marcha del catolicismo en sus relaciones con la sociedad. Imposible parece que una religion que tan cumplidamente satisface todas las necesidades de la humanidad, haya podido hallar una oposicion tan decidida en todos tiempos y respecto de todas las clases. Cuando por una parte se reconoce generalmente que la doctrina católica es entre todas las demás doctrinas la única que reúne todas las condiciones de divina, humanitaria, social y civilizadora; y por otra se observa esa fuerte repulsion que produce en ciertos espíritus, ese choque violento que incesantemente reina entre sus dogmas y la razon humana, esa lucha continua de la inteligencia contra la fé, no alcanza uno á darse cuenta de contradiccion tan visible y manifiesta, sino recurriendo á esos dos elementos que segun el

apóstol San Pablo, forman del ser racional como dos hombres distintos, el hombre viejo y el hombre nuevo, de los cuales el uno se halla dominado por la ley de la carne, y el otro desea obedecer á la ley del espíritu, (1) de donde resulta esa guerra tan antigua como el hombre mismo entre la verdad y el error, entre la luz y las tinieblas, entre la razon divina y la razon humana.

Y en efecto, en el Evangelio de este dia tenemos la mas satisfactoria esplicacion de ese gran problema. En el símil que Jesucristo propuso á las turbas que le seguian en pos, vemos designadas las causas de esos efectos tan contradictorios que la doctrina católica produce en la inteligencia y el corazon humanos. «*Salvó (dice) un sembrador á sembrar su simiente; y al esparcir-la, parte de ella cayó á lo largo del camino, donde fué pisoteada, y se la comieron las aves del cielo. Parte cayó sobre un pedregal, y luego que nació, secóse por falta de humedad. Parte cayó entre espinas, y creciendo estas la sofocaron. Parte cayó en buena tierra, y produjo ciento por uno.*»

Detengámonos aquí á considerar la perfecta identidad que nos ofrece esta parábola con el asunto que hoy nos ocupa. ¿Cómo es que siendo una misma la doctrina que el divino Salvador primero por sí y despues por sus enviados viene sembrando en el mundo al cabo de diez y ocho siglos, vemos no obstante que sus frutos no han correspondido igualmente respecto de todos los que la han recibido, y que mientras los unos la han abrazado gustosos como el único elemento de dicha y de bienestar individual y social, los otros la han rechazado y rechazan sistemáticamente como un yugo pesado é insoportable? Claro es que esto pende de la distinta disposicion en que se encuentra el corazon humano. Este encierra dentro de sí un fondo de aversion á todo cuanto hiera ó lastima las pasiones que le halagan, y está siempre dispuesto á protestar contra todo poder que aspira á dominarle. Y como la doctrina católica hiera de frente todas esas pa-

(1) Condelector enim legi Dei secundum interiorem hominem: video autem aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae, et captivantem me in lego peccati. (Ad Rom. VII. 22, 23.)

siones, y es segun la sublime expresion de Bossuet, «la espada que Jesucristo vino á traer al mundo, para descargar golpes redoblados sobre el hombre, hasta que el antagonismo de los sentidos con la razon haya cesado con la victoria de esta,» de ahí resulta la lucha que en él existe entre la verdad y el error; de ahí la esterilidad de la palabra divina, pisoteada unas veces por el orgullo, menospreciada otras por el indiferentismo, ó sofocada por la incredulidad. *Y*

Resulta de lo dicho, que las diversas pasiones que nutre y fomenta el corazon humano, son las que producen y sostienen en él ese principio de repulsion contra la doctrina católica, que impide su fecundidad. Ora le hacen semejante á un pedregal en el cual no puede arraigarse la divina semilla: ora le dejan al descubierto, por manera que aun cuando por el momento la reciba, bien presto se la arrebatara el enemigo de su salvacion; ora en fin le rodean como un seto de espinas de modo que sofocada por las atenciones mundanales ó por los placeres de los sentidos nunca llega á dar frutos de vida eterna. Ataquemos pues de frente ese mal tan encarnado en las sociedades modernas, haciendo ver que «para que la divina semilla pueda fructificar en el corazon humano, se hace preciso triunfar de las pasiones que le dominan, puesto que ellas son las que vienen perpetuando en el mundo la lucha del error contra la verdad, y ese principio de repulsion que se opone al desarrollo de la doctrina católica.»

Imploremos al efecto las luces celestiales por la intercesion de la que es madre de la gracia, madre del amor y de los conocimientos mas puros, saludándola reverentes con las palabras del ángel.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Antigua como el mundo mismo es la lucha funesta que viene experimentando el corazon humano. La rebelion de las pasiones contra la razon data desde el punto en que el primer hombre quiso disputar

á Dios su ciencia y su soberanía. Desde entonces ese ser criado para dominar á toda la naturaleza, se halla lastimosamente dominado por cuanto en ella hay de mas abyecto y degradante. Las criaturas ocuparon en él el lugar que ocupar debiera el Criador, amó con delirio unos bienes perecederos, ambicionó una gloria transitoria y fugaz como su propia existencia, se dejó fascinar de unos placeres tan deleznable como el barro de que le formara la mano creadora; «tú eres mi centro, dijo al mundo, mi patria y mi felicidad; fuera de tí nada hay que pueda llenar mi corazon»... ¡Desgraciado! Apartó sus ojos de Dios, no quiso mirar al cielo, se materializó, se envileció hasta el punto de curbar su rodilla ante el insecto que se arrastra entre el polvo, y de rendir sus adoraciones á los seres insensibles que le rodeaban; y el que por su origen era poco menos que un ángel (1) segun el lenguaje biblico, hizose por sus pasiones menos que hombre, y se confundió con los irracionales con quienes compartió sus goces y sus destinos (2).

En vano vibra incesantemente en ese corazon degradado el eco de la verdad. Inútilmente le habla Dios de diversas maneras por medio de sus enviados. La doctrina celestial desarrollada por los profetas y sensibilizada en mil simbolos misteriosos, halla en el hombre un principio de repulsion que no la permite fructificar como debiera; y si bien hay en el mundo un pueblo que se manifiesta dócil á sus enseñanzas, y conserva fiel las divinas tradiciones, hay otros muchos que no las aceptan, ó al menos las olvidan bien presto, y forjándose divinidades á su antojo ni la mas remota idea conservan del verdadero Dios. Verdad es que andando los siglos aparece en el mundo la humanidad y la benignidad de un Dios salvador (3); el Verbo se hace carne y habita entre los hombres (4); Jesucristo funda una Iglesia, y esta Iglesia se estiende por todo el globo; y desde

(1) Minuisti eum paulo minus ab angelis. (Ps. VIII. 6.)

(2) Homo cum in honore esset non intellexit; comparatus est jumentis insipientibus, et similis factus est illis. (Ps. XLVIII. 21.)

(3) Apparuit benignitas et humanitas Salvatoris nostri Dei. (Ad Tit. III. 4.)

(4) Et Verbum caro factum est, et habitavit in nobis. (Joan. I. 44.)

el Oriente al Occidente y desde el Norte al Sur, la palabra evangélica recorre todos los pueblos (1), y el cristianismo domina de un mar á otro mar, y desde el nacimiento de los rios hasta los últimos confines de la tierra, en cumplimiento de los divinos oráculos (2). ¿Mas por ventura cesó el antagonismo entre las pasiones y la verdad? ¿Cesó esa repulsion incesante que desde el principio del mundo venia experimentando el corazon humano contra la doctrina divina? No: porque las pasiones del hombre no habian muerto; y como quiera que ellas eran el principio funesto de esa encarnizada lucha, existiendo éstas debia existir aquella; y tanto mas violenta debia ser la repulsion producida por ese elemento desorganizador, cuanto mayor fuese el ascendiente que tomase en la humanidad. El Profeta rey habia dicho en una de sus sublimes inspiraciones: «¿Por qué se han »embravecido las naciones y los pueblos maquinaron vanos proyec- »tos? Hánse coligado los reyes de la tierra y se han confederado los »príncipes contra el Señor y contra su Cristo. Rompamos, dijeron, »sus ataduras, y sacudamos de nosotros su yugo (3).» El anciano Simeon, teniendo en sus brazos el Salvador recién nacido, habia pronunciado solemnemente este vaticinio: «Hé aquí el que está desti- »nado á ser la ruina y la resurreccion de muchos, y signo de con- »tradiccion (4).» Si estos oráculos han tenido efecto, la historia puede decirlo. ¡Ah! ¿Qué otra cosa nos presenta ésta en el espacio de diez y ocho siglos, sino una guerra interminable entre el error y la verdad, una repulsion sin descanso del corazon humano contra la doctrina católica, sostenida por las diversas pasiones que aquel

(1) In omnem terram exivit sonus eorum, et in fines orbis terræ verba eorum. (Ps. XVIII. 5.)

(2) Dominabitur á mare usque ad mare, et á flumine usque ad terminos orbis terrarum. (Ps. LXXI. 8.)

(3) ¿Quare fremuerunt gentes, et populi meditati sunt inania? Astiterunt reges terræ, et principes convenerunt in unum, adversus Dominum et adversus Christum ejus. Dirumpamus vincula eorum, et projiciamus á nobis jugum ipsorum. (Ps. II. 4. et seq.)

(4) Ecce positus est hic in ruinam et in resurrectionem multorum... et in signum cui contradicetur. (Luc. II. 34.)

viene fomentando desde los primeros días de la creación? Las sangrientas persecuciones de los tres primeros siglos, los ataques de los filósofos de Alejandría, las multiplicadas heregias que se han levantado en todas las épocas, el cisma griego, la reforma del siglo XVI, el racionalismo de los siglos XVIII y XIX, y todas esas aberraciones monstruosas que la humana inteligencia no ha cesado de abortar en todos los países para destruir la Iglesia católica y anonadar la vida de su divino autor, todo es obra de las pasiones conjuradas para esterminar esa doctrina que realza la dignidad del hombre, que ennoblece sus pensamientos, que le dá la conciencia de sus deberes juntamente con la de sus derechos, que inspira el génio, ilustra la inteligencia y crea la libertad. ¡Cosa estraña! ¡Fenómeno sorprendente! Ningun culto, ninguna religion, ninguna doctrina, por absurda y miserable que haya sido, ha visto conjurarse contra ella á sus sectarios. El pagano ha acatado siempre sus dioses y sus dogmas hasta con entusiasmo; el mahometano ha rendido y rinde un culto respetuoso al Coran, y ningun sectario de Mahoma se atreveria á pronunciar la espresion menos irreverente contra las enseñanzas de su profeta. Solo el catolicismo ha visto levantarse en su seno una gran conjuracion en que han tomado parte todas las clases sociales, los hombres de estado, los hombres de génio, el pueblo, y todos á la vez han declarado la guerra á Cristo, y convocado á la humanidad para echar por tierra sus altares, sus dogmas, su Evangelio, y han llegado á constituir la incredulidad en una vasta potencia, como se espresa un sábio orador. ¿Y por qué así? ¿Cómo se esplica esa lucha, esa repulsion de la humanidad contra una doctrina que encierra exclusivamente todos los elementos de vida y de civilizacion? Ya lo hemos insinuado antes, y no nos cansaremos de repetirlo. No es que la doctrina católica envuelva dos principios distintos, uno bueno que atraiga y otro malo que rechace; pensar esto seria un absurdo, y en el mismo hecho dejaria de ser soberanamente divina. No es tampoco que el hombre lleve consigo un fondo de aversion á toda doctrina religiosa, siendo asi que su espíritu no puede vivir sin creencias, al modo que su cuerpo no puede existir sin el alimento cotidiano. Menos aun puede decirse que sea tiranica y opresora, pues que es la pro-

tectora del pobre y del débil, y la que desde que se anunció en el mundo viene defendiendo los intereses de la libertad contra el despotismo. La causa, pues, está en la rebelion de las pasiones contra la razon, en el desórden que el pecado causó en la inteligencia y en el corazon humanos. La carne resiste continuamente al espíritu, el espíritu no transige con la carne; y esa ley de los miembros, que está en perpétua lucha con la ley de la mente, segun el lenguaje del apóstol, hace que lo que ésta reconoce y desea abrazar como bueno, aquella lo repugne aunque no lo juzgue malo (1).

Ved, pues, en qué consiste el que la doctrina católica no produzca en el mundo los efectos que debia producir, siendo como es la mas amiga del hombre y la que mejor responde á todas sus necesidades. Ella habla al sábio, por ejemplo, de las grandezas de Dios, le pinta su poder, su soberanía, su magestad infinita; le dice que toda inteligencia, por elevada que sea, debe someterse á aquella inteligencia infinita que abraza lo pasado, lo presente y el porvenir, y que de ella derivan las grandes concepciones, las ideas sublimes, los pensamientos elevados, y el verdadero y positivo saber. El sábio acepta ésta doctrina, la admira, la reconoce como única verdadera; pero llega un momento en que se levanta en el fondo de su corazon la pasion del orgullo, empieza á soñar en la soberanía de su razon, se crea una inteligencia propia, se juzga suficiente para discurrir sin el auxilio de la fé, y de aquí la resistencia á una doctrina que condena esa independencia funesta, de aquí el lanzarse en brazos del racionalismo ó de la indiferencia religiosa, de aquí el repeler cuanto tiende á enfrenar su orgullosa razon y á someterla á la fé. La divina semilla cayó en el camino, y vino el diablo y la arrebató para que este hombre no creyese y se salvase (2).

Habla al poderoso, al hombre de estado, al político, al militar, y enseña á cada cual sus respectivos deberes para con Dios, para consigo mismos y para con la sociedad. Nada mas luminoso que sus

(1) Non quod volo bonum hoc facio, sed quod nolo malum hoc ago. (Ad Rom. VII. 19.)

(2) Et venit diabolus, et tollit verbum de corde eorum, ne credentes salvi fiant. (Luc. VIII. 12.)

enseñanzas, nada mas sublime que sus máximas, en las que se encuentran los documentos mas sábios en el arte de gobernar, los mas altos principios de política, las reglas mas escelentes para conservar la paz y el equilibrio social. Todo cuanto puede contribuir al buen régimen de los pueblos, á fortalecer el poder, á dar prestigio á la autoridad, á hacer respetables los tronos y á formar la ventura de los estados, se halla marcado en la doctrina católica con el sello de la sanción divina. Los hombres juiciosos y de sano criterio no pueden menos de convencerse de la superioridad de esta doctrina sobre todas las demás que ha inventado el hombre. Conviene en que no hay exigencia que no satisfaga, ni caso árduo que no prevéa, ni mal para el cual no ofrezca remedio, ni bien que no encuentre en ella un apoyo... Pero de repente la pasión de la independencian, de la ambicion, de la gloria mundanal ú otra cualquiera, apodérase de esos corazones que poco antes rendian justo homenaje al Evangelio: trábese la lucha entre la razón y la fé; y como la divina semilla no habia echado hondas raices en esa tierra pedregosa, no produce los frutos que debia producir, se desvirtúa, se corrompe, se pierde. El error usurpa el lugar de la verdad, las máximas del mundo son preferidas á los sublimes principios de la religion, se posterga el Evangelio para lanzarse en los brazos de una filosofia que halaga el amor propio, y no se hace caso de la doctrina católica sino para menospreciarla ó escarnecerla (1).

Habla, por último, al hombre de negocios, al jornalero, al artista, á la esposa, á la doncella y á todas las demás clases del pueblo. A cada uno le propone los documentos mas oportunos para llenar sus respectivos deberes religiosos y sociales, y cumplir su mision en la tierra. Manda á los unos la integridad en sus tratos, único medio de acrecentar su fortuna sin menoscabo de la justicia: á los otros la laboriosidad y el amor al trabajo, fuentes perennes de prosperidad pública y privada; á estos la tolerancia y la caridad, lazos que estrechan la union de las familias: á aquellos el pudor y el re-

(1) Qui supra petram... et hi radices non habent; qui ad tempus credunt, et in tempore tentationis recedunt. (Luc. VIII. 43.)

cato, virtudes que embellecen el tálamo conyugal y hacen al sexo débil objeto de una veneracion y de un respeto religioso. No hay edad, ni sexo, ni clase, que no halle en la doctrina católica cuantos elementos puede desear para ser feliz en este mundo en cuanto lo permite la condicion humana. Conócese generalmente esta verdad, y apenas habrá persona medianamente instruída, ó de buenos sentimientos, que no repita con el filósofo Montesquieu: « ¡ Cosa maravillosa! La religion católica, que parece únicamente destinada á hacer la dicha del hombre en la otra vida, es tambien en esta la única que puede hacerle feliz. » Y sin embargo, ¿ qué sucede? ¡ Ah! Las pasiones, siempre en lucha con esta religion salvadora, ofuscan la razon; el amor desordenado de las riquezas, la sed insaciable de los placeres, la fiebre ardiente de los goces materiales, los refinamientos del lujo, y mil otros gérmenes de corrupcion, levántanse en derredor del corazon humano como una valla de punzadores abrojos que sofocan la divina semilla, y no la dejan producir frutos sazonados de virtud (1).

Ahora bien; probado que las pasiones humanas son las que vienen perpetuando en el mundo esa eterna lucha, ese antagonismo y esa repulsion incesante contra la doctrina católica, que es la causa de que ésta no fructifique cual debiera en los hombres y en los pueblos, en el individuo y en la sociedad, ¿ no es un deber indispensable de todo buen católico trabajar por el triunfo de ésta doctrina, haciendo enmudecer las pasiones ante la sana razon, y enfrenando esos impulsos de la naturaleza viciada en su origen, que aspiran á prevalecer sobre los principios del Evangelio? Hé aquí el gran negocio del hombre en la tierra, tal es su destino, luchar hoy, luchar mañana, luchar siempre, hasta la muerte, pues lucha continua es su vida, segun la sublime expresion de Job (2), y no hay momento en que no tenga que hacer frente á mil enemigos, que unos en pos de otros se presentan á disputarle la posesion de su dicha. Si

(1) Quod autem in spinas cecidit, hi sunt qui audierunt, et à sollicitudinibus, et divitiis, et voluptatibus vitæ euntes, suffocantur, et non referunt fructum. (Ibid. 44.)

(2) Militia est vita hominis super terram. (Job. VII, 4.)

ese ser criado para la inmortalidad se hubiera conservado en su primitiva inocencia, si sujeto al yugo que le impusiera su Hacedor hubiera sabido contenerse en el círculo de sus deberes, sino hubiera ambicionado unos derechos á que jamás debió aspirar, todas las criaturas le hubiesen obedecido, y dueño de sí mismo y de los afectos de su corazón, no hubiese experimentado ese choque violento que hoy trastorna todo el equilibrio de su naturaleza. Pero una vez trastornado éste, preciso le es pelear sin descanso y estar siempre en guardia para no dejarse sorprender del génio del mal, que envalentonado con el triunfo obtenido en el Paraiso, circuye continuamente en derredor nuestro, á manera de hambriento león, buscando una presa que devorar, en frase del príncipe de los apóstoles (1). No hay, pues, otro medio para triunfar de tan formidable adversario, sino la fé, con la cual debemos resistir enérgicamente á sus embates, y prevenir sus emboscadas, como nos lo dice el mismo apóstol. ¿Y cuántos y cuán poderosos elementos no nos proporciona para obtener la victoria de nuestras pasiones? Impotentes serían los esfuerzos de estas contra la doctrina católica, si nuestras creencias estuviesen hondamente arraigadas, si nuestra fé fuese tan firme como debiera. En vano el orgullo pretenderia sublevar nuestra inteligencia contra las verdades reveladas, si creyésemos de corazón que hay una inteligencia infinitamente sabia que ha hablado al mundo, y que ha transmitido el depósito de la revelacion á una autoridad infalible, destinada á conservarle intacto hasta la consumacion de los siglos. Inútilmente intentaria el espíritu de independencia arrastrarnos á sacudir el yugo y á traspasar los preceptos del Evangelio, si creyésemos decididamente que éste Evangelio es divino, que su autor inefable, hijo de Dios, y Dios como su eterno Padre, le selló con su sangre preciosa, y que por él hemos de ser juzgados un dia en presencia de los ángeles para recibir la recompensa ó el castigo á que nos hubiéremos hecho acreedores por nuestra fidelidad ó por nuestra resistencia. ¿Y qué podrían, en fin, todas las demás pasiones, si armados de

(1) *Adversarius vester diabolus tanquam leo rugiens, circuit querens quem devoret.* (I. Petr. V. 8.)

esa fé que segun el mismo Jesucristo es poderosa para allanar las montañas y trasladarlas de un lado á otro (1); resistiésemos sus impetuosos embates? Ni la ambicion, ni la sensualidad, ni la soberbia, ni los placeres de la carne, nada seria suficiente para separarnos de la verdad católica: y esta divina semilla, cayendo en buena tierra, conservada cuidadosamente en un corazon bueno y sano, daria frutos abundantes y sazonados (2).

No es decir por esto que cesaria ese conflicto perpétuo de los sentidos contra la fé, ese choque violento entre el error y la verdad, esa repulsion de las pasiones contra el catolicismo. No: el mismo Salvador ha dicho que no ha venido á meter paz en la tierra sino á arrojar la espada (3). Tambien predijo á sus discípulos que vivirian en el mundo rodeados de persecuciones (4); y estas persecuciones jamás deben cesar, y esa espada nunca dejará de descargar nuevos y repetidos golpes sobre los cristianos. La guerra contra la doctrina católica es una guerra civil, una guerra social, incesante, en la que toman parte todas las pasiones, y todos los hombres, todas las inteligencias y todos los poderes, todos los pueblos y todos los siglos. Lo que decimos es, que con una fé firme y profundamente arraigada en el corazon, podemos sostener esa guerra y hacer salir victoriosa á la religion de todos sus enemigos; que entonces ese mismo choque que ahora nos hace sucumbir con harta frecuencia, nos encontraría siempre en pié dispuestos á luchar de nuevo; que esa misma repulsion que experimentamos y que nos arrastra á desertar cobardes de las banderas del Crucificado, nos haria mas animosos, mas valientes, y mas fieles á nuestra vocacion. Tengamos presente aquella expresion del Salvador: «Grandes tribulaciones os esperan: pero confiad que he vencido al mundo (5).» Si: Jesucristo ha ven-

(1) Si habueritis fidem... dicetis monti huic: Transi hinc illuc, et transibit. (Matth. XVII. 19.)

(2) Quod autem in bonam terram, hi sunt qui in corde bono et optimo audientes verbum retinent, et fructum afferunt in patientia. (Luc. VIII. 15.)

(3) Non veni pacem mittere, sed gladium. (Matth. X. 34.)

(4) Si me persecuti sunt, et vos perséquentur. (Joan. XV. 20.) (1)

(5) In mundo pressuram habebitis: sed confidite, ego vici mundum. (1)

cido al mundo, ha derrocado el poder del infierno, ha destruido el imperio de las tinieblas. ¿Y cómo lo ha conseguido? luchando sin cesar, padeciendo, muriendo, y derramando su sangre en el Calvario. Allí quedó para siempre encadenada al árbol santo de la cruz el fuerte armado; y si bien puede todavía lanzar fuertes ahullidos, y sublevar las humanas pasiones contra la verdad, en nuestras manos está el resistir á sus impetuosos embates, y triunfar de ellas gloriosamente ayudados de los auxilios de la gracia. *Véase al cielo!*

— Procuremos pues, hacer cuanto esté de nuestra parte para conseguir este triunfo, resistamos denodadamente á esos elementos de repulsión que se oponen al desarrollo de la palabra evangélica, é impiden que fructifique en nuestras almas la doctrina católica. Tengamos presente que nuestra mision es probar la verdad de esta doctrina por medio de nuestro amor hácia ella, y de nuestra fidelidad en observarla: bien así como la mision de sus enemigos es rechazarla, contradecirla, luchar contra ella y perpetuar en el mundo ese choque permanente que no deja de ser sumamente glorioso para ella, puesto que prueba su escelencia y su divinidad. Sea nuestra fé mayor que la incredulidad de nuestros adversarios; sean nuestras virtudes mas fuertes que nuestras pasiones; y esa misma guerra que estamos llamados á sostener, será para nosotros un nuevo título que nos hará acreedores á ceñir la aureola inmortal que está reservada á los que pelean con valor. No olvidemos que entre combates y luchas nació la semilla evangélica, que creció y se arraigó con la sangre de los primeros mártires del Crucificado, y que á través de diez y ocho siglos de continua pelea, viene propagándose en todas las regiones del globo. Muchas pasiones han combatido la doctrina católica, muchos enemigos la han hecho frente, muchos pueblos se han armado contra ella, muchos poderes han probado á destruirla; y sin embargo ella subsiste, y se ostenta siempre divina, siempre triunfante y victoriosa sobre las ruinas de esos mismos pueblos, de esos poderes, y de esos imperios que han agotado en vano sus miserables recursos para desterrarla del mundo. Si en algunas partes la palabra evangélica cayó en medio del camino, si en otras cayó sobre la piedra, y en muchas cayó entre las espinas; y por consiguien-

te hubo hombres en quienes no fructificó cual debiera, y pueblos en que quedó sofocada por las pasiones, y sociedades que la rechazaron como enemiga porque no la conocieron, hoy día apenas hay rincón por apartado que sea en el globo en que no esté produciendo los mas preciosos frutos, y hasta entre las mismas tribus salvajes, es el gran elemento civilizador que forma nuevos pueblos, y multiplica donde quiera los adoradores de la cruz.

¡Plegue al cielo que siguiendo nosotros sus huellas, nos hagamos dignos de ser en esta vida unos testimonios vivientes de la divinidad de esa palabra civilizadora, y en la otra esperimentemos en premio de nuestra constancia en defenderla y propagarla, la eterna bienandanza reservada á los que luchan, y la gloriosa diadema de la inmortalidad!

DISCURSO

PARA LA DOMINICA DE QUINQUAGÉSIMA.

LA FÉ EN JESUCRISTO, QUE FUE EL ÚNICO PRINCIPIO DE SALVACION EN LAS SOCIEDADES ANTIGUAS, ES LA QUE PUEDE SALVAR HOY

Á LOS PUEBLOS MODERNOS.

Quid tibi vis faciam?... Domine, ut videam..... Respice, fides tua te salvum fecit.

¿Qué quieres que te haga?... Señor, que vea. Vè, tu fè te ha salvado.

LUC. XVIII. 41, 42.

DESDE que por el pecado del primer hombre quedó la inteligencia humana envuelta en las mas espesas tinieblas, y el mundo en la eterna noche de la ignorancia y del error, una voz unánime, un grito idéntico venia oyéndose por do quiera, la voz de la humanidad degradada que aspiraba á rehabilitarse y á entrar en el goce de sus perdidos derechos, el grito de las sociedades envilecidas que deseaban ver el Reparador prometido en el Paraiso para ser la luz de las naciones. Los suspiros de los patriarcas, los vaticinios de los profetas, los simbolos, las figuras, todo cuanto se operó en el espacio de cuatro mil años que precedieron á la llegada del Mesias, tuvo por objeto y último fin á Jesucristo, segun la elocuente espresion de San Agustin (1). Mediante la fè en este divino Reparador se salvaron

(1) *Tota lex gravida erat Christo. (D. August.)*

todos los justos del viejo Testamento (1), aun cuando no consiguieron ver al deseado de los collados eternos, ni oír su doctrina llamada á ilustrar á todo hombre que viene á este mundo. Llegó por fin el día apetecido; la luz brilló en medio de las tinieblas, y sin embargo las tinieblas no la abrazaron; la vida estaba en el mundo, y el mundo la desconoció (2); y el grito de la humanidad continuó resonando por todo el globo, y prolongáronse sus ecos hasta sus últimas estremidades. ¿Y qué grito era este? ¿Qué es lo que pedia aquella con tanta insistencia? Justamente lo que el ciego de que hoy nos habla el Santo Evangelio: *Iba Jesus hablando con sus doce ápostoles, y diciéndoles: Ved que subimos á Jerusalem y serán cumplidas todas las cosas que escribieron los profetas del Hijo del Hombre: porque será entregado á los gentiles, y escarnecido, y azotado, y escupido; y despues que le hubieren azotado, le darán muerte; y al tercer dia resucitará. Pero ellos nada de esto comprendieron.... Y al acercarse á Jericó, estaba un ciego sentado á la orilla del camino, pidiendo limosna. Y sintiendo el tropel de la gente que pasaba, preguntó qué era aquello. Dijéronle que Jesus Nazareno pasaba por allí de camino. Y al punto se puso á gritar: Jesus, hijo de David, ten piedad de mí. Los que iban delante le reprendieron para que callase. Pero él levantaba mucho mas el grito: Hijo de David, ten piedad de mí. Paróse entonces Jesus y mandó traerle á su presencia. Y teniéndole ya cerca le preguntó: ¿Qué quieres que te haga? Señor, respondió él: que vea. Dijole Jesus: Ve, tu fè te ha salvado. Y al instante vió, y le seguía celebrando las grandezas de Dios, y juntamente con él todos cuantos presenciaron el milagro.*

Hed aquí simbolizada en el grito del ciego de nuestro Evangelio la necesidad mas apremiante de los hombres y de los pueblos. Desean ver, quieren tener luz, piden la ciencia: *Domine, ut videam*; porque la ignorancia es uno de los mayores males individuales y sociales.

(1) Ad. Hæbr. XI. per tot.

(2) In ipso vita erat, et vita erat lux hominum: et lux in tenebris lu-
cet, et tenebræ eam non comprehenderunt.... Et mundus cum non cog-
novit. (Joan. I. 4, 5, 10.)

Pero no es siempre la vista de la fé, ni la luz de la verdad, ni la ciencia de la religion por la que tan incesantemente suspiran; y la prueba de ello es que asi como el mundo antiguo despues de haber gritado por espacio de cuarenta siglos en pos del divino Reparador, cuando le tuvo presente le desconoció, y solo un corto número de hombres abrazaron su doctrina, del mismo modo el mundo moderno, aunque heredero de las promesas hechas al pueblo escogido, iluminado con el Evángelio y depositario de la divina revelacion, no por eso se ha manifestado tan fiel como debiera á la doctrina católica, ni se ha aprovechado de ese elemento civilizador que encierra en sí todos los gérmenes de dicha y positivo bienestar. Por manera que á pesar de la gran revolucion operada por el catolicismo en el universo, á pesar de haber curado Jesucristo la ceguera en que estaba envuelta una gran parte de la humanidad, y dichola como al ciego de Jericó: *Respice*; vé, aun hay muchos hombres y no pocos pueblos sobre quienes pesa aquel terrible fallo de Jesucristo: «que habiendo visto no ven, y habiendo oido no oyen (1).» ¿Y por qué? Porque no han clamado con fé como el ciego del Evangelio, porque no han querido reconocer como él en Jesus hijo de David al unigénito de Dios, porque han menospreciado su doctrina cual si fuese de un puro hombre; de otro modo hubieran celebrado las grandezas de su autor, hubieran corrido tras él, como lo hizo el ciego ya curado, y cuantos presenciaron el prodigio, hubieran confesado su divinidad, y confesándola se hubieran salvado: *Fides tua te salvum fecit*. Porque «asi como la fé en Jesucristo fué el único principio de salvacion en las sociedades antiguas, tampoco pueden salvarse las sociedades modernas sino en virtud de esta misma fé y de una firme adhesión á las verdades católicas.»

AVE MARÍA.

(1) Ut videntes non videant, et audientes non intelligant. (Luc. VIII. 40.)

REFLEXION ÚNICA.

— Cuando se considera el estado de abatimiento y de degradacion en que se hallaba la humanidad antes de la venida del Salvador al mundo, un profundo sentimiento de disgusto y de lástima afecta instintivamente el corazon humano. ¡Qué tinieblas tan espesas cubrian el horizonte intelectual! ¡Qué pasiones tan repugnantes y vergonzosas reinaban en todas las clases sociales! ¡Qué supersticiones tan groseras, qué delirios, qué fanatismo se había introducido en la religion! Jamás la dignidad humana se vió tan ultrajada, jamás se vió tan escarneada la conciencia, jamás llegó á tan alto punto la tiranía, el egoismo, y todos los vicios que envilecen las sociedades y las sepultan en el abismo del mal. Pudiera muy bien compararse la sociedad antigua á un cadáver hediondo que por do quiera no exhala sino fetidez y corrupcion, ó usando del simil de Isaías, á un cuerpo monstruoso en donde desde los piés hasta la cabeza no habia parte alguna que no fuese una llaga asquerosa é incurable (1). Perdida la fé, olvidadas las santas tradiciones, y corrompidas las costumbres patriarcales, la idolatría estendió sobre el mundo un negro manto, y el mundo en lenguaje de San Gregorio quedó ciego é incapaz de ver la luz de la verdad, mezclada con mil fabulosos errores que solo podia disipar la brillante antorcha del Evangelio. ¿Qué eran en efecto los llamados sábios del paganismo? San Pablo lo ha dicho en dos palabras: unos nécios miserables, hinchados de orgullo, vanos en sus pensamientos, y de corazon fermentado (2), unos juglares que traficaban con la credulidad pública, para rodearse de un prestigio innmerecido, y captarse el aura popular. ¿Qué eran los magna-

(1) A planta pedis usque ad verticem capitis non est in eo sanitas: vulnus, et livor, et plaga tumens, etc. (Isaías. I. 6.)

(2) Ad. Rom. I. 21, 22.

tes y poderosos? Unos tiranos sin piedad, sin sentimientos, sin humanidad, que gozaban en la ruina de sus semejantes, que abusaban de la miseria del pueblo para hacerle servir á sus mas vergonzosos caprichos, que se servian de él para alimentar su brutalidad ó dar pábulo á sus feroces instintos en las luchas sangrientas del circo, que le arrojaban un pedazo de pan negro y duro únicamente para que no muriese, mientras ellos bebian en los festines las perlas del Oriente disueltas en copas de oro, y descansaban muellemente sobre cogines de púrpura de Sidon. ¿Qué era el pueblo? Un enjambre de esclavos encadenados con pesados hierros, arrojados en fétidas viviendas sin distinción de sexos ni edades, encorbados siempre bajo el látigo de sus duros señores, y dispuestos á la menor insinuacion de estos á despedazarse mutuamente, ó á luchar con las fieras en los juegos olímpicos, para solaz y recreo de los Césares y de las matronas romanas. Tal era en pocas palabras la antigua sociedad: hed ahí en bosquejo el estado del mundo bajo las tinieblas del paganismo, personificacion exactísima del ciego de Jericó. Los hombres y los siglos pasaban unos en pos de otros delante de él; los acontecimientos mas notables multiplicábanse á su alrededor; allá á lo lejos oíase el ruido de los vaticinios proféticos que anunciaban la venida del Mesías, del hijo de David, del padre del siglo venidero, de la esperanza y la luz de las naciones; y de cuando en cuando el mundo convulso y agitado, empujado por un sentimiento instintivo, levantaba sus ojos y exclamaba: *Domine, ut videam*; «¡Señor, que vea!» Aquí era el pueblo de Israel único depositario de la fé de Abraham y de las promesas hechas á Noé, Jacob y demás antiguos patriarcas, el cual, aunque frecuentemente infiel á los preceptos de Dios, y participante de la corrupcion general que afectaba al linage humano, persuadido empero por el mismo malestar profundo en que se hallaba, de que solo podia esperar su felicidad del Reparador prometido, dirigia hácia él sus aspiraciones, repitiendo como el ciego de Jericó: *Domine, ut videam*; «¡Señor, que vea!» Allí eran las naciones de Oriente que cansadas de sufrir el ominoso yugo de una servidumbre dura é insoportable, disgustadas de la palabrería de sus filósofos, y recordando que, segun un antiguo oráculo, debía

aparecer hacía la parte occidental del globo un personaje santo y divino á quien estaba reservada la mision de iluminar el mundo y desterrar de la tierra la iniquidad, volvíanse hácia ese polo de esperanza, y decian: *Domine, ut videam*; «¡Señor, que vea!» Mas allá era el grande imperio romano, que en medio de la confusa algarazara de sus fiestas espléndidas, de sus ruidosos triunfos y de sus numerosas legiones, á pesar de sus mil recuerdos patrióticos y de la embriaguez de las pasiones satisfechas hasta la saciedad, por entre el polvo de los campos de batalla y de la gritería de vencidos y vencedores, y en sus templos, y en sus orgías, en presencia de las haces y de los altares, mal satisfecho de un estado de cosas que no ofrecia paz ni bienestar positivo, de una legislacion que oprimia al débil y solo favorecia al poderoso, y sintiendo que unas doctrinas que divinizaban los objetos mas abyectos, «pulverizando juntos, como se espresa un sabio orador, Dios y la materia, la religion y el deleite, y haciendo brotar de un mismo altar pensamientos graves y vergonzosos incentivos,» no podian llenar el vacío del corazon humano, siempre sediento de verdad; sabedor de que no podria llegar á conseguirla interin no descendiese del cielo quien se la comunicase, y que segun los antiguos libros sacerdotales, debia salir del Oriente el libertador de la humanidad, y del fondo de la Judea los maestros del universo (1), dirigíase hácia ese ser desconocido, impulsado por su vaga inquietud, clamando como el ciego del Evangelio: *Domine, ut videam*; «¡Señor, que vea!»

¡Tan cierto es que la noche oscura del paganismo no pudo apagar completamente esa luz divina que el hombre lleva dentro de sí mismo, como un sello con que le marcó la mano creadora, en frase del Salmista (2)! Tan cierto que por grande que fuese la ignorancia del mundo antiguo, y violenta la lucha de las pasiones contra la razon, y profunda la degradacion de la humanidad, y repugnantes los errores de una filosofia carnal y egoista, siempre la fé en Jesucristo se dejó traslucir á través de aquellas sombras, viéndose brillar de

(1) Tacit. Hist. V.

(2) Signatum est super nos lumen vultus tui Domine. (Ps. IV. 7.)

tiempo en tiempo en aquella eterna noche algun pasajero relámpago precursor de una luz permanente y pura! Y en efecto, cuando cumplidos los vaticinios relativos á la aparicion de esa luz magestuosa, y llegada la plenitud de los tiempos, se dignó Dios enviar su unigénito hecho hombre para redimir al linaje de Adan esclavo bajo la ley del pecado (1) y regenerar la humanidad envuelta en las sombrías tinieblas de la muerte, el Verbo humanado se deja ver entre los mortales, y compadecido de la ceguedad del mundo, y sensible á los gritos con que por espacio de tantos siglos venia clamando como el ciego de Jericó: «Jesus hijo de David, apiádate de mi,» le dice: «¿Qué quieres que te haga?» *Quid vis ut faciam tibi?* «¿Señor, que vea!» repite el universo: *Domine, ut videam.* Y el Salvador que no deseaba otra cosa, ni era llamado á otro fin sino á derramar en el universo la luz de la fé, y á abrir los ojos de los ciegos para que viesen el eterno sol de justicia (2), y á propagar en todos los pueblos los resplandores de su doctrina santa y civilizadora, dícele al mundo: «Vé, enhorabuena, ábranse tus ojos á la verdad, tu fé te ha salvado:» *Respice, fides tua te salvum fecit.* Y de la cresta del Gólgota regado con la sangre del Hombre-Dios, arranca un rayo de luz que penetrá hasta las estremidades del mundo conocido; y el Evangelio llevado en alas del celo apostólico, atraviesa los desiertos, salva los mares, parte de Oriente, pasa á Occidente, gira por el Norte, llega al Sur; y por do quiera los imperios se someten á ese divino código, y las naciones despedazan sus ídolos de oro y de piedra, y los pueblos derriban los altares sacrilegos consagrados al crimen, y los sábios quedan confundidos, y los filósofos de Roma y Atenas adoran á Jesucristo, y los Césares, y los conquistadores y los poderosos del siglo, inclinan sus frentes ante el signo de la redencion, y los esclavos ven quebrantadas sus cadenas, y entonan un himno de li-

(1) Ubi venit plenitudo temporis, misit Deus filium suum factum ex muliere, factum sub lege, ut eos qui sub lege erant redimeret. (Ad Galat. IV. 4. 5.)

(2) Vocavi te... ut aperires oculos cæcorum, et educeres de domo carceris sedentes in tenebris. (Isaia XLII. 7.)

bertad, y Cristo vence, y la cruz reina, y triunfa la fé, y el universo se salva: *Fides tua te salvum fecit.*

Hed ahí la gran revolucion verificada en el mundo por la fé católica. Ella sola pudo salvar la gran familia humana en los momentos en que parecia mas incurable la ceguera universal que la aquejaba. Cuando las doctrinas absurdas de los hombres de génio, la política egoista de los hombres de estado, y la corrupcion profunda del vulgo habian corroido á manera de horroroso cáncer las entrañas de la sociedad, y faltando el principio vital todo en ella caminaba á la mas espantosa disolucion, el cristianismo la detuvo sobre la pendiente de su ruina, y enseñando una doctrina eminentemente conservadora y social que responde á todas las necesidades del hombre, y desarrollando gérmenes fecundos de una civilizacion basada en la caridad, y sembrando las mas bellas virtudes allí donde antes hormigueaban los vicios mas repugnantes, creó nuevos pueblos y nuevos hombres, é hizo brotar bajo su fecunda mano instituciones venerandas, y monumentos augustos que la accion de los siglos no ha podido destruir. Y cuando mas adelante derruido el imperio de los Césares por los bárbaros del Norte, y derramándose estos como un torrente devastador por toda la Europa, volvió á quedar el mundo envuelto en las tinieblas de la ignorancia; ¿no fué tambien la fé católica el poderoso principio que humanizando aquellas hordas salvajes las hizo servir á la grande obra de la regeneracion social, fundiendo y amalgamando el elemento bárbaro y el elemento romano y haciendo surgir de ambos una civilizacion mas robusta y vigorosa? Y cuando en las diversas épocas que ha recorrido la humanidad, ora los hijos del desierto invaden el Occidente proclamando la nueva doctrina de su profeta Mahoma, queriendo imponer á la Europa juntamente con el Coran el yugo mas ominoso: ora los griegos del bajo imperio, lanzados por la invasion Turca del siglo XVI, nos traen las sutilezas de su filosofía, semilla funesta que no tardó en producir frutos bien amargos, la independendia de la razon y el menosprecio de toda autoridad en materias religiosas; ora en fin el protestantismo enciende en el mundo esa guerra tenaz y encarnizada que pone en convulsion los tronos y los altares, y hace crugir los ci-

mientos del orden religioso y político, y siembra por do quiera el desorden y la anarquía; en todas esas calamitosas circunstancias, en todas esas crisis, ¿quién sino la fé ha salvado las sociedades?

Ya hemos hablado detenidamente de estos acontecimientos en los discursos anteriores, y no hay porque repetir lo que todo el mundo sabe. Ninguno que discurra juiciosamente ha puesto jamás en duda que el catolicismo ha sido en todos tiempos el que ha marchado al frente de la verdadera civilización, el que ha guiado al génio en sus estudios é investigaciones, el que ha dado una buena dirección á las ideas, el que haciendo caminar la filosofía á la luz de la revelación, ha dado el primer impulso al desarrollo de la inteligencia, el que aplicando los principios de la fé al conocimiento de las cosas naturales, ha inventado las ciencias y las artes, el que fundando en las creencias los principios de la mas alta política, ha inspirado leyes sábias, ha engendrado costumbres puras, ha estrechado los lazos sociales y ha dado estabilidad á los gobiernos. En una palabra, el engrandecimiento de los tronos, la felicidad de los pueblos y el bienestar de los individuos, ha estado siempre en proporción de su fé y de su adhesión á la doctrina católica; y esto es un hecho visible que no se puede negar sin negar la historia. Toda vez que esa luz sobrenatural ha presidido á la razón, el hombre ha obrado dentro del círculo de sus deberes, y las sociedades han progresado en las vías de su perfeccionamiento: pero cuando la razón ha querido marchar delante de la fé, las tinieblas han oscurecido la inteligencia humana, los vicios han corrompido el corazón de la sociedad, y ésta ha quedado estacionaria y sin poder avanzar un paso, verificándose el oráculo divino: *Nisi credideritis non intelligetis.*

Y siendo la fé el principio de todo bien en el orden social no menos que en el orden religioso, y habiendo sido ella la que ha salvado siempre á las antiguas sociedades, ¿qué otro elemento de salvación puede quedar á las sociedades modernas? ¿Qué otro principio podrán sustituir á la doctrina católica? ¿Acudirán acaso á la filosofía del pasado siglo? Pero la esperiencia ha probado cuán funestos fueron sus ensayos; que siendo eminentemente atea, fué forzosamente corruptora y revolucionaria; que trastornó todo el equilibrio so-

cial, y sembró de sangre y de ruinas toda la Europa; que negando á Dios y divinizando al hombre, destruyó la primera condicion del verdadero progreso, á saber, las creencias; y que lejos de dar impulso á las ciencias y á las artes, hizo desaparecer hasta los últimos vestigios de la civilizacion. De suerte que lejos de haber iluminado al mundo con sus decantadas luces, le hizo retroceder á los dias de la mas profunda ignorancia; y envuelto en las tinieblas de la duda y de la incredulidad, tuvo que apelar á la fé para poder salir de aquel caos, y esclamar con el ciego del Evangelio: *Domine, ut videam.* « ¡ Señor, que vea! » ¡X ay de la sociedad si la fé no la hubiera salvado!

¿Se lanzarán en los brazos del racionalismo? Pero el racionalismo, ensayado tambien por los utopistas de nuestros dias, ha caído ya en descrédito y hundidose por su propio peso, bien así como los delirios de la escuela alemana, y los mitos de Straus, y las doctrinas de San-Simon y otros de este temple, cuyos principios solo han servido para probar la impotencia del saber humano para hacer la felicidad de los pueblos, cuando éste aspira á gobernar por sí solo sin el auxilio de la fé, y que si la ciencia no se pone en todas las cosas en segundo lugar, como decia el ilustre Maistre, la sociedad llega á verse embrutecida por la ciencia misma, que es el último grado de embrutecimiento. Por querer entronizar la razón sobre las ruinas de la antigua fé, se han visto en Europa germinar esas revoluciones espantosas, esos partidos ensangrentados, vehículos de sedicion y de discordia, esas pasiones desencadenadas y furiosas, que difundiendo la corrupcion y la gangrena por todas las arterias del cuerpo social, han hecho ver ostensiblemente que no hay medio entre aceptar el suave yugo de la religion, ó sufrir la dura coyunda de la tiranía. Así que, no hallando la sociedad en esas doctrinas desconsoladoras, ni paz, ni justicia, ni órden, ni verdadera libertad, y si únicamente intrigas, trastornos y egoismo, y esclavitud y envilecimiento, ha llamado en su auxilio al catolicismo, como verdadero venero de felicidad, y único elemento de vida: *Domine, ut videam.*

—02— ¿Se apelará, por último, á las doctrinas económicas de Smith,

Say, Malthus, Fourrier, Owen, que con tanto calor se discuten hoy en el mundo político? ¿Pero qué salvacion puede esperar la generacion actual «de unos principios que envuelven el aniquilamiento de toda religion y la abolicion de las instituciones fundamentales de la sociedad, como se espresa un escritor distinguido de nuestros dias, de una ciencia donde se ha encastillado el materialismo para destruir los principios de la doctrina católica y trastornar las condiciones de la vida social de los pueblos, que calcula la felicidad de estos por los goces que les proporciona, que metaliza, por decirlo así, al hombre, no presentándole otro porvenir que las riquezas y los productos de su industria, que destierra del mundo la caridad cristiana y la resignacion religiosa, y abre puerta franca á la lucha terrible del proletariado contra la propiedad?» ¡Ah! ¡No permita el cielo que semejantes utopias, que el catolicismo rechaza como enemigas de todo orden y de una civilizacion bien entendida, lleguen á encarnar en el corazón de la sociedad moderna! Tristes dias la esperan si fascinada por ese brillo deslumbrador de goces y placeres que la presentan como un cebo los economistas del siglo, olvida que solas las doctrinas vivificantes del catolicismo pueden poner remedio á los males que la aquejan, y que ellas únicamente aseguran el orden moral, dan la paz del corazón, proporcionan el sosiego de la buena conciencia, y abren á los ojos del hombre un porvenir feliz y bienaventurado. Los que fuera del círculo de esa religion salvadora, é independientemente de sus principios esencialmente humanitarios, prometen á la sociedad hartura y satisfaccion, abundancia y bienes de todo género, los que la predicán que sin la caridad divina y sin la laboriosidad cristiana pueden curar esa inmensa llaga del pauperismo y hacer rico al indigente, la engañan lastimosamente para hacerla su víctima, para devorar su sustancia, para arrancarle su fé, y con la fé su bienestar y sus esperanzas (1).

Quando se haya puesto en planta ese nuevo sistema de felicidad universal, quando los pueblos hayan probado sus frutos y

(1) *Popule meus, qui te beatum dicunt, ipsi te decipiunt, et viam gressuum tuorum dissipant. (Isaia: III. 12.)*

las sociedades hayan tocado sus resultados, no dudamos decirlo desde ahora, que se encontrarán mucho peor que actualmente se encuentran. Habrán perdido sus antiguos hábitos de frugalidad, se habrán creado nuevas necesidades que no les será dado satisfacer, habrán olvidado sus creencias que les hacían soportables la desgracia y las privaciones, habrán dejado de ser virtuosas dejando de ser católicas, y no viendo realizados sus deseos, tendrán forzosamente que acudir adonde únicamente pueden encontrar la verdad, y gritar como el ciego de Jericó: *Domine, ut videam!* Porque como escribía no há mucho tiempo un sábio ministro de Francia, Mr. Thiers: « Solo la religion católica puede salvar á la Europa, solo la religion católica puede salvar á la humanidad. » que es justamente lo que me propuse probar en este discurso. *Fides tua te salvum fecit.*

Haga el cielo que esta verdad se arraigue profundamente en nuestros corazones, y que no aspirando á saber mas que lo que conviene, como nos lo aconseja San Pablo, y convencidos de que antes que la ciencia es la fé, antorcha luminosa que debe preceder á todos los conocimientos humanos, procuremos contribuir cada uno por nuestra parte á salvar la sociedad, mediante una sincera adhesion á la doctrina católica. No busquemos fuera de ella una felicidad quimérica; no corramos en pos de esas luces vagas que nos promete la filosofia carnal de los hijos de este siglo, verdaderos fuegos fátuos que aparecen momentáneamente á nuestros ojos, para dejarnos súbitamente en la mas profunda oscuridad. Si deseamos satisfacer esa sed apremiante de ciencia que naturalmente experimenta nuestro corazón, recurramos al que es fuente de toda luz y origen fecundo de toda sabiduría, á Jesus de Nazareth, y á su doctrina siempre divina, diciendo como el ciego de Jericó: *Domine, ut videam.* Si queremos avanzar en las vías del positivo progreso y cultivar los estudios útiles, y penetrar los arcanos del saber humano, marche delante de nosotros la antorcha de la fé, elemento misterioso de civilizacion y rico venero de toda clase de conocimientos, proponiéndonos á Dios por principio y término de todas nuestras investigaciones, y diciéndole: *Domine, ut videam.* Por último, si aspiramos á ser felices en la tierra, en cuanto lo permita la condicion humana, y á conseguir

un porvenir venturoso mas allá del tiempo, no nos separemos un punto de las máximas del catolicismo, busquemos en ellas los medios de realizar nuestras aspiraciones: *Domine, ut videam*; y no dudemos que ese gran principio salvador de las sociedades nos salvará á nosotros de todos los peligros de la vida presente; veremos la luz de la verdad en medio de las tinieblas del error, y llegaremos alumbrados por sus resplandores á la region de la inmortalidad.

VERDAD DE LA DOCTRINA CATOLICA COMO PRINCIPIO ESPECIALMENTE
FITAL DE LAS SOCIEDADES.

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Domini.
No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

MATTH. IV. 4.

Trasunto el racionalismo de hacer la guerra á la religion católica en sus dogmas que ha visto salir cada vez más brillantes y depurados del crisol de la prueba; vista la inutilidad de sus esfuerzos para des-acerchar una doctrina que á través de las edades viene asentado su origen divino y su carácter altamente civilizador, ha meditado un nuevo plan de ataque en estos últimos tiempos, ha dirigido sus ojos al corazón del hombre, ha hablado su ambición, ha agitado su alma que las ideas materialistas, á cuyo godo puede aspirar y de que se ve privada y presentándole los placeres del tiempo como su único porvenir en esta vida, y como el término de todas sus aspiraciones, ha intentado demostrar que en el desarrollo de la industria y en el aumento de las riquezas consiste la vida social de los hombres y de los pueblos, los intereses de esa nueva ciencia no han nacido en el fondo mas que para desacreditar el materialismo, llevándole

DISCURSO
 PARA LA DOMINICA I DE CUARESMA.

NECESIDAD DE LA DOCTRINA CATÓLICA COMO PRINCIPIO ESENCIALMENTE
 VITAL DE LAS SOCIEDADES.

Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.
 No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.

MATTH. IV. 4.

CANSADO el racionalismo de hacer la guerra á la religion católica en sus dogmas que ha visto salir cada vez mas brillantes y depurados del crisol de la prueba; vista la inutilidad de sus esfuerzos para desacreditar una doctrina que á través de las edades viene ostentando su origen divino y su caracter altamente civilizador, ha meditado un nuevo plan de ataque en estos últimos tiempos, ha dirigido sus tiros al corazon del hombre, ha halagado su ambicion, ha abultado á sus ojos los bienes materiales, á cuyo goce puede aspirar y de que se vé privado: y presentándole los placeres del tiempo como su único porvenir en este mundo y como el término de todas sus esperanzas, ha intentado demostrar que en el desarrollo de la industria y en el fomento de las riquezas consiste la vida social de los hombres y de los pueblos. Los autores de esa nueva ciencia no han hecho en el fondo mas que desenterrar el materialismo, llevándole

hasta su mas alto grado, y reproducir en el mundo la escena que, segun nos refiere hoy el Evangelio, pasó hace mas de diez y ocho siglos entre el Salvador y el enemigo comun de la humanidad.

En aquel tiempo (dice) fué conducido Jesus por el Espiritu de Dios al desierto para que fuese tentado por el diablo. Y habiendo ayunado cuarenta dias y cuarenta noches, tuvo hambre. Entonces acercándose el tentador, le dijo: Si eres Hijo de Dios, di que esas piedras se conviertan en panes. Mas Jesus le respondió: No de solo pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios.... Despues le subió á la cumbre de un monte, y mostrándole todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, le dijo: Todo esto te daré si te postras delante de mí y me adoras. Pero Jesus le respondió: Apártate de ahí, Satanás, pues escrito está: Adorarás al Señor Dios tuyo, y á él solo servirás.

Hed aquí personificados á los modernos novadores, dirigiéndose al flanco débil de la generacion actual para descatolizarla, si lícito me es usar de este término, y arrancar de su corazon el único resto que la queda de sus antiguas creencias. Exagerando á sus ojos las causas del pauperismo que pesa sobre las sociedades, la filosofía del siglo ha dicho á ese pueblo hambriento: «yo poseo el secreto de hacerte feliz; yo puedo proporcionarte medios de enriquecerte; yo no necesito de la religion para curar esa vasta llaga que se estiende por el cuerpo social; asóciate á mis ideas, abraza mis principios, y haré brotar pan y toda clase de alimentos de las mismas piedras; tuyo es el universo y todo cuanto ves á tu alrededor; explota ese rico venero de goces y de felicidad, ese es tu destino; rinde culto á esa ciencia que encuentra en sí misma todos los elementos de satisfacer tus necesidades, y vivirás.» *Dic ut lapides isti panes fiant.... Omnia tibi dabo si eadens adoraveris me.*

Pero la religion rechaza altamente esas teorías que tienden á desterrar del mundo toda moral, y á reasumir la dicha del hombre en el placer y en el egoismo, enemigos declarados de la abnegacion y de la caridad cristiana; condena esos principios que intentan organizar las sociedades sin creencias, como si estas no fuesen una condicion esencial de su existencia, y anatematiza una filosofía calcula-

dora que quiere hacer creer á los pueblos que pueden ser dichosos independientemente de las máximas del catolicismo, y sin el apoyo de sus preceptos; y por lo tanto asienta como principio inconcuso que la vida del individuo, bien así como la de las sociedades, no consiste esclusivamente en la aglomeracion de la riqueza pública, ni en el desenvolvimiento de la industria, ni en los adelantos del ingenio, ni en los progresos de la inteligencia, ni en los descubrimientos científicos, ni en todas esas cosas que tanto se ponderan en nuestros días, y que solo pueden ser provechosas y útiles en cuanto estén siempre armonizadas con la religion: *Non in solo pane vivit homo;* sino que su principal elemento de existencia son las doctrinas religiosas, sin las cuales no se concibe que ninguna sociedad pueda vivir qual conviene á sus altos fines en el órden providencial: *Sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.*

Tal es el asunto que voy á tratar en el presente discurso. No descenderé á particularidades, ni atacaré esclusivamente á tal ó cual escuela filosófica; quiero prescindir por hoy de las teorías para fijarme únicamente en los hechos, y probar en general la indispensable necesidad de la doctrina católica como principio esencialmente vital de las sociedades.

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Quando nuestros modernos filósofos, y especialmente los economistas, sueñan en organizar la sociedad sin creencias, ó prescinden de la doctrina católica para labrar la dicha de la generacion presente, no parece sino que se han olvidado de que ninguna nacion se ha constituido hasta ahora en el mundo sin que haya basado su sistema social sobre dogmas; y que como decia el célebre orador romano, si bien es posible encontrar reuniones de hombres sin edificios, sin templos, sin viviendas, sin leyes, es empero imposible encontrar

uno solo sin dioses y sin creencias. Nada prueba tanto la necesidad de la doctrina como condicion esencial de la vida moral de los pueblos y de los individuos, como los obstinados si bien inútiles esfuerzos que los filósofos y legisladores antiguos hicieron para inventar ciertos dogmas que pudiesen contener á los hombres en sus respectivos deberes, consagrar los derechos de la autoridad, robustecer el poder y dar accion á las leyes. ¿A qué buscar en las doctrinas el apoyo de la sociedad, si esta hubiera podido vivir por sí sola, ó si los actos legislativos hubieran sido suficiente valla para enfrenar las pasiones de la muchedumbre, para acallar sus gritos sediciosos en momentos de insurreccion ó de efervescencia, para rectificar las ideas erróneas y hacer marchar á cada cual dentro del círculo de sus atribuciones? Pero esto era imposible; sabian que las leyes sin las costumbres de nada valen para fundar una sociedad sobre bases sólidas, como lo dijera hace mil ochocientos años uno de sus poetas; que donde no hay creencias ningun freno es bastante poderoso para atajar los progresos de la rebelion ó las demasias del depotismo; que allí donde la religion no modera los arranques de la independencia individual, ó las aspiraciones de una igualdad mal entendida, se relajan los vínculos sociales, el egoismo se propaga como un incendio devorador, el interés privado triunfa del interés general, cada hombre es para sí la sociedad, deja de existir la unidad de inteligencia y de accion, y la vitalidad se destruye, y perece la sociedad. Y ved por qué, como antes dije, aun en el seno del paganismo, ninguna nacion pensó en constituirse sin creencias. Cierto que las inventadas por él fueron absurdas, estravagantes, inmorales, y por eso su estado social tuvo que ser precisamente vicioso, degradante, despótico, opresor, y como tal insubsistente: pero esto mismo nos demuestra hasta la evidencia que los dogmas no se inventan, que las creencias no son del dominio del hombre, y que es necesario que un Dios revele la verdadera doctrina, ó alguno enviado por él, como dijo uno de los primeros sábios de la antigüedad.

Mas no es menester acudir al paganismo para buscar pruebas de hecho de la tésis que venimos probando. Cerca de nosotros tene-

mos testimonios bien brillantes de la necesidad de una doctrina como condicion vital de las sociedades. Con solo lanzar una mirada retrospectiva al último período del siglo pasado y á lo que vá del presente, tendríamos lo bastante para persuadirnos de que no hay vida posible para los pueblos que en su loco frenesí prescinden de todo dogma, y que si viven, es arrastrando una existencia miserable, énvilecedora, envueltos en contínuas luchas, victimas de mil revoluciones, sin paz, sin union, y sin porvenir. Un raciocinio muy sencillo nos hará palpable esta triste verdad. ¿Qué sería en efecto el hombre si su vida fuese puramente animal? ¿Qué nombre daríamos á ese ente dotado de una inteligencia capaz de discurrir, y de un corazón criado para amar, si atento únicamente á satisfacer las necesidades del cuerpo corruptible, jamás pensase en alimentar su espíritu, ó careciese completamente de los medios de verificarlo por falta de una doctrina capaz de llenar esta gran necesidad de la parte mas noble de su ser? Diríamos que vivia racionalmente? ¿Cumpliría su destino sobre la tierra? No; y por consiguiente su existencia sería anómala, absurda, violenta, sería la existencia del bruto que no reconoce otro fin ulterior mas que el de gozar á su modo de la tierra que huella con su planta. Pues ved ahí lo que debè ser la sociedad faltándola ese gran elemento vital de las creencias. Multiplíquense en su seno los medios de fruicion, abunde en riquezas de todo género, rinda el suelo centuplicados los frutos del trabajo, acreciéntese la industria en proporciones colosales, crúcense por do quiera los caminos de hierro, que el vapor y la electricidad acorten las distancias y faciliten las vías de comunicacion al comercio y á la política. Pero quitad á la sociedad las creencias, despojadla de sus dogmas, privadla del alimento espiritual de la doctrina, y en el momento vereis romperse los vínculos de union entre los miembros de ese gran cuerpo, vacilar el equilibrio social, debilitarse las relaciones entre el poder y sus subordinados; y como dice un sábio escritor (1), las instituciones mas sábias, las mas hábiles legislaciones, dejarán al hombre entregado á si mismo en la sociedad con derechos ilusorios

(1) Raymond. Del catolicismo en las sociedades modernas. Cap. I. 106.

y deberes inciertos, en una independencia egoísta y cercado por doquiera de otras independencias idénticas, lo cual conducirá infaliblemente al despotismo ó á la anarquia.

Y en efecto, ¿quién trazaría al hombre sus verdaderos deberes sociales fuera del círculo de la religion? ¿Quién le señalaría los límites de sus derechos? ¿Quién le animaría á cumplir aquellos, y á no sobreponerse á estos? ¿Acaso la razon humana abandonada á sus propios recursos? ¿Qué error! ¿No la visteis cuando quiso erigirse en legisladora y directora de los pueblos, destruir todo cuanto tocó con su mano helada, secar hasta los mas profundos gérmenes de moralidad, echar por tierra los cimientos del orden, trastornar las instituciones mas venerandas que venian respetando los siglos, hollar los derechos mas imprescriptibles, menospreciar los deberes mas sagrados, gritar contra la propiedad, sancionar el despojo, y armada de la hacha revolucionaria, derribar los tronos y los altares, despedazar los cetros, incendiar los palacios, hacer rodar en los cadalsos las testas coronadas, y formar en asquerosas orgias las mas horribles conspiraciones contra Dios, contra los principes y contra la sociedad en masa? ¿Y esa razon cuyo imperio escrito en la historia en páginas de sangre, hace estremecer de espanto, querriais que fuese suficiente para determinar los derechos y las obligaciones del hombre social? Eso seria tanto como abandonar á un enfermo delirante á sus insensatos caprichos, dejar en sus manos el tósigo que debe matarle y que se empeña en apurar á todo trance creyendo ser la poción saludable que le ha de curar, y decirle: tú te bastas á tí mismo, no necesitas de otro médico que tu razon, pon en práctica sus inspiraciones, y vivirás.

Tal vez podrá llenar el objeto indicado la filosofía. Mas ¿Ah! ¿Quién hay que ignore su historia? Sin necesidad de remontarnos al origen de esta escuela, ni reproducir aquí el cuadro repugnante de sus aberraciones y delirios en las sociedades primitivas, ¿puede ocultarse á nadie los estragos causados por ella en época no muy distante de la nuestra, y su funesta influencia en las sociedades modernas? Si en Roma coincidió la decadencia de la literatura, de las artes, de las ciencias y de la civilizacion con el imperio de la filosofía,

como no puede menos de confesarlo todo aquel que haya estudiado la historia de ese gran pueblo, fallando manifiestamente el oráculo de Platon que anunció una era de felicidad para las sociedades cuando estas fuesen gobernadas por filósofos; ¿se ha verificado menos este fenómeno en nuestros dias, donde quiera que esa misma filosofía enemiga de la doctrina católica ha llegado á prevalecer y á erigirse en legisladora de las sociedades? ¿Qué hizo en el pasado siglo ese gran poder que se anunció como único principio civilizador de Europa? ¿Qué bienes nos ha legado en cambio de nuestra nécia credulidad? Escuchemos todavía á ese gran génio que poco há citamos, y cuya elocuencia y precision jamás acabaremos de admirar. «La filosofía del siglo XVIII, (dice) rompiendo con las tradiciones de lo pasado desplegó su bandera, y se vieron tantos delirios como hombres, y otras tantas quimeras vanas de perfeccion social: tembló el suelo francés, se conmovieron los cimientos de la sociedad, y apareció el egoismo salvaje, solo él en pié sobre las ruinas de las familias, de los estados y del género humano, hollando la tierna piedad, la santa justicia, la dulce amistad, la voz de la sangre y de la patria. Por entre los sangrientos combates de una licencia desenfrenada, marchó la sociedad á una inevitable decadencia. En el siglo XIX no ha quedado medio que no haya tanteado la filosofía para mejorar la suerte de las diversas clases sociales... Sus autores, como imprudentes navegantes engolfados en alta mar, han descuidado observar el único astro que podia fijar sus incertidumbres, y errantes al capricho de los vientos, han logrado que sus sistemas se conviertan en juguete de las olas, sin dejar siquiera á los naufragos una tabla para volver á tomar puerto.»

Resultado práctico de todo lo dicho. Hubo una época en que una gran nacion creyó poder desentenderse de la existencia del Sér supremo, proclamó por Dios á la razón, evocó todos los poderes contra el Cristo, conjuró contra él los reyes, los príncipes y el pueblo, negó el Evangelio, despedazó las antiguas tradiciones, llamó infame al Hijo del Eterno, y derribándole de los altares en que venia adorándole desde el tiempo de Clodoveo, colocó en ellos la prostitucion; y entonces aquella sociedad se hizo atea, y se disolvió en la-

gos de sangre. Mal contenta con este primer ensayo, llamó en su auxilio la filosofía; ésta á su vez quiso probar que la doctrina católica era un invento humano, atacó de frente sus principios, se burló de sus dogmas, negó la inmortalidad del alma, sembró el mundo de libros pestilenciales en que bajo un barniz seductor, se daba á beber el sensualismo, el materialismo, y todas esas máximas que tienden á hacer del hombre un autómeta, ó un ser criado únicamente para gozar un dia sobre la tierra, y perderse despues en el abismo de la nada; y entonces la sociedad sobre atea, se hizo inmoral, é incrédula. Y cuando embotadas las armas del ridículo y del desprecio, se quiso pensar seriamente en rehacer la sociedad, multiplicando sistemas mas ó menos deslumbradores á los ojos de las grandes masas sedientas de independencia, ávidas de una igualdad quimérica, y siempre mal avenidas con las clases mas afortunadas: cuando en una palabra, las doctrinas disolventes de San-Simon, la escuela falansteriana de Fourier, y los principios socialistas de Proudhon y otros de este temple invadieron la Europa moderna, entonces la sociedad al carácter de atea, inmoral é incrédula, añadió el de revolucionaria. Felizmente todos esos sistemas admirados en los dias de vértigo no tardaron en morir de impotencia; esas teorías envueltas en un neologismo incomprensible, sucumbieron ante el buen sentido de los pueblos que desde luego reconocieron dónde debian buscar las condiciones de su existencia social; la verdad recobró sus derechos, el error aunque pudo deslumbrar momentáneamente algunas individualidades, no pudo encarnar en las entrañas de la generalidad; y la lógica inflexible de los hechos, vino á demostrar que la sociedad bien así como el individuo no vive solo de teorías y combinaciones puramente humanas, sino que necesita de una doctrina verdadera que sostenga y afirme sus relaciones con su primer principio y último fin: *Non in solo pane vivit homo, sed in omni verbo quod procedit de ore Dei.*

La doctrina católica llena cumplidamente esta gran necesidad, bien así como todas las demás que experimenta el corazon humano, y bajo este punto de vista es la única que reúne las condiciones esenciales de eminentemente social y civilizadora. ¿Qué cosa hay mas pura que su moral? Empezando por las clases mas elevadas, y des-

endiendo á las mas ínfimas, á todas las dá las mas saludables lecciones, los mas admirables documentos de perfeccion social. Si al monarca le enseña que por su origen comun no es mas que un hombre pecador como todos los hijos de Adán, para que no abuse de la autoridad que se le ha dado, ni avasalle tiránicamente á sus pueblos, de quienes debe ser padre tierno y celoso de su felicidad; al pueblo le dice que aquella autoridad deriva de Dios de quien procede todo poder en la tierra, y que por consecuencia un rey es el representante de la divinidad, á quien se debe acatar y obedecer, no por temor servil sino por amor; no por efecto de un pacto ideal cual ha soñado la filosofia, sino por un deber de conciencia. Respetando los diversos rangos y fortunas sociales, exhorta al noble á ser humano y condescendiente con el plebeyo, al rico á ser caritativo y liberal con el pobre, al sábio á ser tolerante y modesto con el ignorante, sin olvidarse de predicar á la vez al plebeyo que se abstenga de ambicionar lo que está fuera de su esfera, al pobre que se resigne con su suerte y no se alce contra la propiedad, al ignorante que respete la superioridad del génio, proporcionando al propio tiempo á todos consuelos y esperanzas, y facilitando á cada cual medios oportunos de llenar sus respectivos deberes en la sociedad. Si con una mano aflige, con la otra enjuga las lágrimas del desgraciado: si con una castiga severamente la menor transgresion de sus preceptos, con otra derrama recompensas magnificas en premio de la fidelidad á sus leyes; si de un lado muestra el altar donde el hombre debe sacrificar todas sus pasiones y sus vicios, del otro señala con su dedo la patria bienaventurada, donde hay coronas inmortales reservadas para ceñir las sienes del hombre virtuoso que lucha y vence en este mundo.

Tampoco hay edad, ni sexo, ni estado, á que la doctrina católica no se acomode admirablemente. Brilla del mismo modo sobre la encorbada frente del anciano, que sobre el candoroso rostro de la Virgen, y se ostenta tan digna en la virtuosa madre de familias, como en el tierno infante que ésta acaricia en su regazo. Para todos tiene preceptos adecuados á su posicion social; á los unos enseña á honrar las canas, que son la corona de la ancianidad: á los otros á mirar hasta con religiosa veneracion la inocencia de la infancia, en la

que refleja la belleza de un alma imagen del Criador; á éstos á formar el corazón de los que de ellos recibieron el ser, y á cultivar sus inteligencias desde su más tierna edad, como plantas que se doblegan fácilmente al yugo de una santa educación: á aquellos á someterse con docilidad á los preceptos paternales, y á no desviarse un punto de sus sabias enseñanzas. De este modo, asociándose la doctrina católica á todas las condiciones y estados de la humanidad, santificando todas las edades, purificando todos los afectos, sembrando donde quiera gérmenes fecundos de las más sublimes virtudes, inspirando la fidelidad conyugal, el recato virginal, la modestia, la castidad, el perdón de las injurias, la caridad con el prójimo, la compasión con el menesteroso, y todas esas preciosas máximas del Evangelio, forma ciudadanos pacíficos, súbditos fieles, magistrados íntegros, jueces incorruptibles, legisladores justos y sabios, y reyes dignos de ceñir la diadema que adorna sus sienes. De este modo, presidiendo á todos los actos del poder, encarnando en las instituciones, y siendo el alma de las leyes, sancionando el bien y anatematizando el mal, premiando el mérito y castigando la intriga, caritativa con la debilidad é inexorable con la soberbia, amiga de la desgracia y enemiga de la violencia, ennoblece los pensamientos, engrandece las ideas, rectifica los errores, ahuyenta los vicios: y realizando el gran problema de felicidad social, inútilmente ensayado por todas las demás doctrinas humanas, hace que los hombres y los pueblos vivan conforme á los altos fines á que están llamados por la Providencia, y llenen cumplidamente su respectiva misión sobre la tierra.

¿Qué más diré en confirmación de mi aserto? Diré, por último, que sola la doctrina católica satisface esa sed ardiente de igualdad y fraternidad que es el sueño dorado de la generación moderna: pero no del modo que han intentado verificarlo los doctrinarios de estos últimos tiempos; no atizando las pasiones de la muchedumbre, ni escitando la ambición de las clases proletarias contra las clases elevadas; no predicando el robo como un deber, y sancionando el despojo como una virtud. La doctrina católica desconoce esos principios, condena esas máximas antisociales y eminentemente revolucio-

narias. El Evangelio que algunos géneos perversos han truncado y corrompido para apoyar en él sus insensatas teorías, rechaza semejantes absurdos sobre la frente de sus criminales autores. Él establece, sí, una igualdad real entre los hombres considerados como ramas de un mismo tronco, como hijos de un mismo padre, y como ciudadanos de una misma patria celestial; pero no por eso dice que, socialmente considerados, sean idénticos sus derechos ni unos mismos sus deberes. ¿Sabeis en lo que constituye la verdadera igualdad social? En la compensacion de la superioridad de los unos sobre los otros con sus mas terribles obligaciones; porque al que mas se le dió mas se le ha de pedir, y mayor debe ser la responsabilidad del que ha recibido talentos, luces, bienes de fortuna y otros dones, que la del que nada de esto recibiera. Además de que la doctrina católica, enseñando la caridad divina y el amor de fraternidad como el primero de sus preceptos despues del de amar á Dios, une con idénticos lazos al grande y al pequeño, al rey y al vasallo, al poderoso y al indigente, al Señor y al esclavo, fundiendo así todas las clases en una sola, reuniéndolas bajo una misma bandera y abrazándolas bajo un mismo pensamiento de humanidad, y bajo un mismo símbolo, que es Jesucristo, segun el language de San Pablo.

Nada, pues, nos resta añadir, aun cuando pudiéramos decir muchísimo, sino que una vez probada la imposibilidad de que las sociedades puedan vivir sin creencias religiosas, y con solo el apoyo de las teorías humanas; vista la nulidad y manifiesta impotencia de todos los ensayos hechos hasta ahora para gobernar los pueblos con los principios de la razon y de la filosofia, y teniendo en cuenta las tristes páginas que ha legado á los siglos la historia de las naciones que desentendiéndose del elemento católico han pretendido vivir por sí mismas y con los recursos de su propia inteligencia; y demostrado que la doctrina católica posee en alto grado todos los elementos de sociabilidad, que produce virtudes que nadie fuera de ella es capaz de producir, que enseña verdades que ninguna otra escuela pudo jamás imaginar, que inspira ideas tan sublimes que ninguna otra doctrina ha sabido nunca inspirar, que satisface todas

las necesidades del corazon humano que ninguna otra puede llenar, que ha sido siempre la compañera inseparable del orden, la enemiga irreconciliable de la anarquía y del despotismo, y la defensora nata de la libertad bien entendida y del positivo progreso, que sin menoscabar los derechos gerárquicos ha predicado constantemente la fraternidad, que ha sabido moderar la autoridad de los monarcas sin amenguar el prestigio de los tronos, y conservar la mas perfecta armonía entre los diversos poderes sin debilitar su accion reciproca, síguese como una consecuencia forzosa de estas premisas, la necesidad urgente que tienen los pueblos no menos que los individuos de esa doctrina, considerada como principio esencialmente vital de toda sociedad que aspira á llenar dignamente su mision, y á vivir cual conviene á sus altos fines en el orden providencial. Y ved lo que me propuse manifestar en este discurso.

Solo á vos, Dios mio, toca ilustrar con vuestra gracia esas inteligencias estraviadas que aun se resisten á adoptar estas sublimes verdades, y que á pesar de tantos y tan amargos desengaños como nos presenta la historia, creen todavía poder prescindir del catolicismo y labrar sin él la felicidad de las naciones. Cuando la elocuente voz de los hechos es insuficiente á desterrar ese error tan trascendental; cuando esas tristes escenas que todos hemos presenciado, esas revoluciones desastrosas que han puesto la Europa al borde de su ruina, y esa cadena de desgracias que ha pesado sobre los pueblos modernos que olvidaron las santas tradiciones y la doctrina del Evangelio, no han podido persuadir á algunos espíritus obstinados que no hay vida verdadera ni dicha positiva fuera del círculo de esa religion esencialmente divina y civilizadora, no nos queda otro recurso que suplicaros derrameis sobre ellos un destello de vuestra luz que ahuyente las tinieblas en que están envueltos, para que puedan ver la verdad, y viéndola la abracen, y abrazándola la practiquen, y practicándola se salven. El dia en que todos los hombres se persuadan de que la doctrina católica es el principal elemento social de las naciones, habrá comenzado una nueva era para el mundo, y habrá asegurado un porvenir venturoso en el tiempo y en la eternidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA II DE CUARESMA.

SIN EL CONCURSO DE LA DOCTRINA CATÓLICA Y FUERA DE SU CÍRCULO,
NO PUEDEN EXISTIR LAS VERDADERAS CONDICIONES DE SOCIABILIDAD.

Domine, bonum est nos hic esse.

Señor, bueno es estarnos aquí.

MATTH. XVIII. 4.

Es por desgracia harto comun entre los hombres de nuestro siglo el no considerar las grandes verdades de nuestra religion sino con una ligereza y superficialidad que revelan el indiferentismo de la época en que vivimos. Y sin embargo, verdades hay tan graves, tan terribles y de tan alto interés social en las sagradas páginas, que debieran formar el objeto de nuestro incesante estudio y de nuestras continuas meditaciones, como que á ellas está ligado el porvenir de los pueblos, bien así como el de los individuos, y no afectan menos al bienestar privado de estos que á la felicidad general de aquellos. Pocos habrá sin duda que hayan parado su atencion al leer el texto evangélico de este dia, como si ninguna relacion tuviese con nuestra situacion presente; y no obstante yo enéuentro en él lecciones tan sublimes y documentos tan importantes, que merecerian gravarse profundamente en el corazon de todos los hombres de una manera indeleble.

«Tomó Jesus consigo (dice el Evangelista) á Pedro, á Juan, y á Santiago su hermano, y subiendo con ellos á un alto monte, se

transfiguró en su presencia. De modo que su semblante apareció resplandeciente como el sol, y su ropaje blanco como la nieve. Y al mismo tiempo dejáronse ver Moisés y Elias conversando con él. Entonces Pedro dijo á Jesus: Señor, bueno es estarnos aquí. Si te place, hagamos tres pabellones, uno para ti, otro para Moisés y otro para Elias. Mas hé aquí que estando así hablando Pedro, una nube resplandeciente les cubrió á todos, y al mismo tiempo se dejó oír desde la nube una voz que decía: Este es mi hijo querido en quien tengo todas mis complacencias: escuchadle á él.

Ahora bien, señores, que los hombres fascinados momentáneamente por el resplandor efímero de los goces materiales del tiempo busquen en la tierra su felicidad, y que al efecto traten de asociarse entre sí con los lazos de intereses recíprocos, cosa es que no debe extrañarnos atendida la natural propensión del corazón humano á dejarse arrastrar de lo que halaga á los sentidos exteriores. Otro tanto aconteció al apóstol de nuestro Evangelio, cuando á vista de aquella gloria instantánea que se presentó á sus ojos en la cumbre del Thabor, exclamó entusiasmado: «Señor, bueno es estarnos aquí;» como si allí hubiese encontrado el centro de su dicha, y nada tuviese que esperar en el porvenir. Semejante lenguaje oyeses todos los días entre los hombres de nuestro siglo. La tierra es para ellos todo; los bienes que de ella brotan son los únicos que ambicionan: nada conocen mas allá de este suelo, capaz de escitar su interés; y por eso, prescindiendo y desentendiéndose completamente de todo lo que dice relación á la eternidad, no solo creen poder vivir socialmente sin el apoyo del principio religioso, sino que han llegado á mirarle como una rémora que se opone al progresivo desarrollo de la humanidad, y en su consecuencia nada omiten por desacreditar las máximas del catolicismo, ¡Como si lo que es eterno pudiese morir, ni parecer jamás lo que está marcado con el sello indeleble de la perpetuidad! Grandes si bien vanos esfuerzos se han hecho para anonadar la existencia de ese gran principio regenerador, origen único de verdadera civilización y de positiva ventura individual y social: y aunque los hombres y los pueblos han experimentado mas de una vez á su despecho la impotencia de todas las combinaciones

humanas para formar sociedades sin el concurso de la religion, no por eso han cejado en su tortuosa marcha, y lejos de reconocer la necesidad y benefícosa influencia del elemento católico, fuera del cual dejan de existir todos los elementos de sociabilidad, hánse obstinado en seguir las insensatas teorías de la moderna filosofía, mostrando la mas cínica indiferencia hácia las sublimes verdades del Evangelio que les anunciaban su ruina.

En vano una voz celestial, la voz del Eterno, de quien es eco fiel el catolicismo, para desengañar á esas inteligencias extraviadas, y manifestarlas que en este mundo no hay ni puede haber felicidad positiva, ni asociacion permanente entre los hombres sino está basada en las invariables máximas de la religion, les ha repetido una y mil veces mostrándoles á Jesucristo: «Este es mi hijo querido en quien tengo todas mis complacencias; escuchadle á él.» ¡Ah! Los hombres y los pueblos se han desentendido de estas palabras, no han querido persuadirse despues de tantas y tan repetidas pruebas, de que solo en el centro del catolicismo y en sus sublimes principios pueden hallar satisfaccion sus necesidades, y esa sed ardiente de bienestar, dicha y progreso que agita las inteligencias y tiene en perpétuo movimiento á los corazones; y en su nécio delirio aun se empeñan en crear sociedades sin Dios, en buscar la felicidad fuera de Dios, y en progresar y civilizarse independientemente de Dios.

Yo me propongo, pues, demostrar en el presente discurso la falsedad de esta teoría insensata; para lo cual me bastará probar que «sin el concurso de la religion católica no hay sociedad posible que sea duradera, permanente, y tal cual debe ser atendidas las necesidades y exigencias de la humanidad, puesto que sin ella y fuera de su círculo no pueden existir las verdaderas condiciones de unidad social.»

El asunto es este de la mas alta importancia, sobre todo en las circunstancias presentes, hácia el cual reclamo toda vuestra atencion, despues de haber invocado los divinos auxilios por la intercesion de la Santísima Virgen, á quien dirigiremos la sublime salutacion angélica:

AVE MARÍA.

los fundamentos, tales las condiciones esenciales de la sociedad; fuera de estos principios todo es turbulencia y desorden, porque todo es puro individualismo, todo orgullo; y donde el orgullo y el individualismo son los ejes sobre que se mueve el sistema social, ¿qué otra cosa puede resultar que rompimiento y desunion? Los individuos podrán, si se quiere, unirse entre sí por miras de especulación ó de interés privado: pero como cada cual no tendrá otro fin que satisfacer su egoismo, no hallará inconveniente en sacrificar á esa pasión insaciable el interés general y los derechos de todos los demás. Unión funesta, union desgraciada que Dios no ha hecho, semejante á la de un cadáver que se adhiere á esa tierra insaciable que absorbiéndole le mezcla con su propia substancia!

Entrémos empéro en el detalle de esos elementos de unidad que antes hemos consignado, y veamos cómo el amor propio, el orgullo y el egoismo, que fuera del círculo de la religión son los tres funestos principios de acción, desorganizan la sociedad, arrancándola de sus sólidos cimientos para fundarla sobre la movediza arena. Y en cuanto á lo primero, ¿dónde está la unidad de Dios fuera de ese centro comun del catolicismo? ¿Puede existir Dios en una sociedad animada por el orgullo? De ninguna manera. El orgulloso no reconoce mas Dios que á sí mismo, desde el fatal momento en que el soplo del infierno le inspiró aquel arrogante pensamiento que perdió á nuestros primeros padres, y en ellos á toda su descendencia: «Sereis como dioses, y sabreis el bien y el mal.» (1) Hed ahí la divinidad del mundo, los dioses de la tierra, que donde quiera la hacen servir á su culto, insaciables de vanagloria, de víctimas y de incienso. Tal es el politeísmo del yo humano, que ha venido á ser el idolo universal de todos los corazones, desde que cada hombre ha erigido dentro de sí mismo ese santuario doméstico en donde es adorado el orgullo, y en torno del cual se levantan otros dioses y otros templos reclamando los homenajes de ese Dios envidioso, exigiendo su sumision, disputando su culto, y quebrantando todos sus deseos. ¡Triste espectáculo en donde se realiza en

(1) Eritis sicut Dii, scientes bonum et malum. (Genes. III. 5.)

cierto modo la fábula extravagante de la rivalidad de los dioses! ¿Y se pretendería que esa tumultuosa confusión de elementos divergentes y sin número, fuesen el fundamento de esa unidad social que produce la unidad de Dios? No, A. M.; do quiera que reina el orgullo allí no está Dios, deja de ser nuestro lazo y nuestro guía; por cuanto esa pasión arrogante quiere bastarse á sí misma: y el Señor que la aborrece y detesta con todo su corazón, la deja concentrarse sin medida, siquiera de aquí resulte la desunión, el caos, el rompimiento de todo vínculo social. Nunca pues con mas razón que en este caso puede decir Dios á los hombres que buscan la unidad social fuera de él, lo que Jesucristo dijera á los judíos en cierta ocasión solemne: Me buscareis y no me hallareis, porque donde yo estoy no podeis estar vosotros: (1) *Ubi ego sum, ibi non estis, et ubi ego sum, ibi non potestis venire.*

Menos aun pudiera concebirse la unidad de doctrina fuera del círculo de esa religion divina, única que con sus enseñanzas siempre invariables é idénticas puede anudar, si así me es lícito decirlo, las inteligencias, haciéndolas converger á un mismo punto, á la verdad que emana de Dios, y es Dios mismo por esencia. Exáminense sino todas las doctrinas humanas: y nada en ellas se encontrará que no sea inconstante, variable, móvil como todo lo que depende del hombre, y por do quiera se verá apular el orgullo, el egoismo, y todas esas malas pasiones que apagan en el entendimiento la luz brillante de la verdad, y le dejan abandonado á los delirios y extravíos de la razón; de esa razón ciega que queriendo dominarlo todo, y ser en todo la reina de las inteligencias, á falta de verdadera luz hace brillar momentáneamente á los ojos del hombre un resplandor facticio, que lejos de ilustrarle le rodea de espesas tinieblas, y le pierde en los inextricables laberintos del error. Este resultado nos es harto conocido: demasiado nos lo demuestra la esperiencia de todos los siglos; bástanos estudiar detenidamente los ensueños del racionalismo entregado á sus concepciones; para comprender desde luego sus consecuencias sociales:

(1) *Quæretis me, et non inuenietis; et ubi ego sum vos non potestis venire.* (Joan. VII. 34.)

¿Y qué diremos con respecto á la unidad de sentimientos? Dios ha puesto en la naturaleza humana una existencia comun que constituye, propiamente hablando, las relaciones sociales, una igualdad moral, una correspondencia de necesidades reciprocas y de mútuo sostenimiento, una tendencia de corazon, una conformidad en fin de inclinaciones que produce la unidad de sentimientos. Ahora bien, ¿es posible esta unidad allí donde no preside ese gran principio que hace de todos los hombres uno solo, declarando que todos son hermanos, miembros de un mismo cuerpo, hijos de un mismo padre, herederos de unos mismos derechos ante Dios, cualquiera que sea su condición en la sociedad, por mas que el uno sea rico y el otro pobre, éste sábio aquel ignorante, esclavo ó libre, monarca ó súbdito? ¿Quién ignora que sin el freno de esa doctrina altamente humanitaria y social, el egoismo inherente al corazon humano degradado y envilecido por el pecado, se ampara de los miembros de la gran familia, y relaja y hace pedazos todos los vínculos de sociabilidad, por cuanto incapaces los hombres de referirse á sus semejantes, concentrándose dentro de sí propios, se rechazan mútuamente, se alejan, y aun cuando la necesidad ó la desgracia les unan, nunca empero se adhieren por el sentimiento, porque es imposible que la unidad de los corazones pueda cimentarse sobre principios tan falsos é insubsistentes? De ahí nace la tiranía de esos grandes hombres cuya ensangrentada espada es tan detestable á los ojos de los pueblos, como odioso é insoportable el yugo de su falsa política; de ahí la anarquía con todas sus lamentables consecuencias; de ahí en una palabra las rebeliones, las discordias, las luchas intestinas, y el desquiciamiento del órden, y todos los grandes males que pesan sobre la sociedad actual. Vedla tal cual la ha hecho una filosofía orgullosa y egoista, llevando en su seno el dardo con que la hirió, y sobre su frente la marca ignominiosa que imprimiera en ella la impiedad. Ved á esa señora del mundo, á esa reina de la civilizacion, como se ha complacido en llamarla el humano orgullo, desolada, abatida por ese mismo usurpador á quien adora, esclava bajo sus leyes como la Jerusalem de los profetas bajo los tiranos de Asiria. ¡Oh! si se levantase en presencia de esos escombros el lloroso Jeremías, el hombre de las lamen-

taciones, ¡con cuánta razon esclamaría como en otro tiempo ante las informes ruinas de aquella ciudad maldecida: «La reina de los pueblos ha quedado reducida á la mas triste viudez (1)!» Si, viuda está la sociedad actual, porque Dios no está con ella desde que rompió la alianza que la unia á él y se prostituyó al ídolo de la razon humana, raíz emponzoñada del egoismo, de la soberbia y de todas las demás pasiones que tienden á emancipar al hombre de su único centro. Despojada está de su honor, y sus hijos sin amor fraternal; el orgullo ha venido á ser su padre, y todos ellos llevan marcado el carácter de su nacimiento y el génio de su raza en esa propension al individualismo que destruye toda asociacion verdadera, porque bajo su imperio é influencia todos los hombres son enemigos. ¿Y no es esto lo que vemos y presenciarnos todos los dias en esa sociedad corrompida, creada por la ciencia carnal del siglo? Todo en ella respira encono, aversion, envidia, venganza; en ninguna parte reina la verdadera y cordial fraternidad tan afectada en el lenguaje, y tan pomposamente proclamada en las producciones de los modernos regeneradores. Si el odio y la rivalidad no siempre se declaran en ataques manifiestos, bien sea porque no se sientan con fuerzas suficientes para sostener una lucha perpétua, ó bien porque convenga disimular los verdaderos sentimientos del corazon bajo las apariencias de una moderacion forzada, no por eso son menores los resentimientos que el corazon del hombre egoista fomenta de continuo. La prosperidad de sus semejantes le causa enojo, no puede mirar con alma tranquila que los demás se eleven sobre él, y ya que no pueda suplantarlos por otros medios, aprovechará todas las circunstancias que se le presenten para disminuir el número de concurrentes que se oponen á la realizacion de sus planes ambiciosos; y de aquí no hay mas que un paso al crimen, al homicidio y á todos esos escesos que deplora la sociedad.

Ultimamente, no menos que á la unidad de doctrina y de sentimientos, se oponen las máximas del siglo á la unidad de fin. Como quiera que ellas no son otra cosa en último análisis que la sancion

(1) Vidua facta est domina gentium. (Thren. I. 1.)

de la libertad ilimitada del pensamiento, la emancipación de la inteligencia de todo yugo de autoridad, el individualismo en todo su desenfreno, ¿cómo sería posible concebir que una multitud de hombres imbuidos en estos mismos principios, y de los cuales cada uno por su parte desearía obtener solo la posesión de todos los objetos que le rodean, pudieran entenderse entre sí en medio de intereses tan encontrados, de pretensiones tan diversas, de elementos tan heterogéneos, cuando lo que uno ambiciona como el término de sus esperanzas, el otro suspira por ello como el fin único de sus deseos? No: y por consiguiente, querer que haya sociabilidad entre seres entregados por el impulso de su naturaleza á esas inclinaciones opuestas, á esas miras individuales, á esos designios especiales, y sobre todo al fin esclusivo que cada cual se propone en la satisfacción del yo humano, eso es imposible, es lo mismo que si se quisiese levantar un gigantesco edificio sobre cimientos tan débiles como el aire.

Solo, pues, sobre las sólidas bases de la unidad católica, puede cimentarse el grandioso edificio de la unidad social: y por consiguiente, solo permaneciendo en ella podremos decir lo que el príncipe de los apóstoles sobre la cumbre del Thabor: «Señor, ¡cuán bueno es estarnos aquí!» *Domine, bonum est nos hic esse*; puesto que únicamente en el espíritu de esa religion divina y esencialmente civilizadora, y en sus sublimes enseñanzas, se encuentran todos los elementos de sociabilidad que hemos analizado, á saber, la unidad de Dios único, solo, incomunicable en sus atributos y perfecciones, porque á él esclusivamente pueden convenirle; la unidad de doctrina siempre idéntica y sin alteración alguna sustancial á través de los siglos; la unidad de sentimientos basados en la caridad, igual para todos, para todos idéntica, sin distinción de clases ni condiciones; la unidad de fin, que es la gloria de Dios á quien todo lo refiere y á quien mira como el único y último término de todas las cosas que se suceden en el tiempo y en la eternidad. Quien quiera, pues, que esté sediento de verdad y desee asociarse de una manera estable y permanente; los individuos y los pueblos que aspiran á vivir socialmente en mancomunidad de miras y de intereses, preciso es acu-

dan á beber en la doctrina católica, fuente perenne de sociabilidad, los puros raudales que de ella emanan : porque ella reúne todas las condiciones de dicha y bienestar que pueden desearse, como ya en otras ocasiones lo hemos demostrado ; porque ella sola es capaz de unir, por su carácter esencial de verdad, cuando todas las demás doctrinas humanas, como basadas en el error, no pueden hacer otra cosa que desunir y separar.

Despertad, pueblos : los que fuera del círculo de la unidad católica, los que independientemente de sus principios y enseñanzas os proclaman esa soñada felicidad que en vano esperais, ese bienestar facticio que nunca llega, esa libertad, ese progreso que hasta ahora no os ha producido otros frutos que esclavitud y miseria y despotismo ; los que se atreven arrogantes á predicaros que es llegada la hora de emanciparse del yugo de la religion, y de desentenderse de sus trabas para poder elevarse á la altura de la civilizacion del siglo, os seducen y engañan lastimosamente. Ellos os llaman hermanos, y no lo son sino como Cain, para saciar con vuestros sudores y con vuestra sangre la ardiente sed que el egoismo enciende en sus corazones. Ellos os llaman libres é independientes, y á nombre de la independencia y de la libertad os forjan cadenas y fabrican la innoble coyunda que ha de pesar sobre vuestros cuellos. Ellos os brindan con la abundancia ponderándoos el prodigioso movimiento de la industria y de las artes, y lo que en realidad hacen es sumiros cada vez mas en la indigencia, en proporecion que ellos se enriquecen y engruesan sus fortunas á costa de vuestras mismas privaciones. Así es como intenta civilizaros y asociaros la filosofia moderna, y no á otro objeto tienden los esfuerzos de esa ciencia que calcula vuestros trabajos y especula con vuestros brazos para realizar los planes que concibiera su torpe egoismo.

No así el catolicismo : sus principios de sociabilidad son bien diferentes. Él llama hermanos á todos los hombres, porque no reconoce mas que un Padre comun que está en los cielos, y en su consecuencia á todos desea unirlos con los lazos de una misma fé, de unas mismas creencias, de una misma doctrina, de un amor idéntico ; tanto que, despues del gran precepto de amar á Dios sobre todas

las cosas, consigna en segundo lugar el de amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos; precepto sublime sin el cual no hay asociacion posible en la tierra. Les brinda con la libertad de hijos de Dios, porque todos han sido rescatados con la sangre preciosa de su unigénito y comprados con un precio infinito (1); pero sin que por eso deba ser menor, antes bien tanto mayor si cabe su dependencia de la voluntad divina, cuanto es mas inestimable el beneficio de la redencion; dependencia de donde deriva el respeto á la autoridad humana como emanacion de la autoridad suprema del cielo, la sumision á los poderes de la tierra que solo reinan y mandan á nombre de Dios, la obediencia á las leyes, y todos los demás principios de orden en que se funda el bienestar de las sociedades. Finalmente, desarrollando á nuestros ojos los inestimables arcanos de una Providencia universal, que se ocupa igualmente de todas las criaturas, y á todas dispensa sus inmensos bienes, sanciona los derechos que todos y cada uno de los hombres indistintamente tienen á disfrutar de sus dones, y de este modo condena la ambicion que todo lo quisiera centralizar en sí misma, anatematiza el egoismo que aspira á gozar exclusivamente de las producciones de este suelo, patrimonio comun de la humanidad, y detesta y abomina todas esas malas pasiones que propenden á monopolizar en provecho de unos pocos el sudor y la sangre de muchos.

Porque no hay duda, A. M, que además de esos principios de insociabilidad que hemos indicado, y que provienen de lo interior, hay otros que tienen su origen en las pasiones humanas, hijas del amor propio, las cuales obran por fines particulares, por designios y sentimientos diversos, y cuyo carácter propio es la desunion, la division, la anarquía intelectual y el rompimiento de todos los lazos sociales; pues como dice San Agustin, «nada hay mas sociable que el hombre por su naturaleza, pero tampoco hay nada mas insociable que él por la corrupcion de sus pasiones (2).» Este doble carácter del hombre, le vemos desarrollarse desde el principio del

(1) Empti enim estis pretio magno. (I. Cor. VI. 20).

(2) Nihil enim est quam hoc genus tam discordiosum vitio, tam sociale natura. (S. Aug. De Civit. Dei LXII. c. 27.)

mundo en las dos razas que nacieron de Seth y Caín. El primero, heredero de la inocencia de Abel, conserva la dignidad y las tradiciones del hombre puro, mientras que el segundo no trasmite á sus descendientes mas que concupiscencias desenfrenadas y pasiones brutales, hijas del orgullo y del egoismo, que son las tradiciones y la ley del hombre degradado. Desde entonces vienen figurando esas dos familias, esas dos especies de hombres destinados á perpetuarse hasta el fin de los tiempos con los mismos caracteres de unidad ó de division que les distinguen, y por consiguiente los unos con el poder y los efectos constantes de sociabilidad que la unidad engendra, y los otros con la insociabilidad y la anarquía, frutos necesarios de las discordias que los separan. Y ved el gran pensamiento que predominó en la mente del sábio obispo de Hypona en su libro de la Ciudad de Dios. Allí contempla el santo doctor la generacion de los pueblos, y vé la especie humana dividirse desde el principio en dos clases, la una separada de Dios, dominada por Satanás, entregada al amor propio, sin lazos sociales, á la cual califica de ciudad del demonio: la otra, unida fielmente á su Criador, llena de vigor y animada de un mismo espíritu en todos sus miembros, á la que dá la denominacion de ciudad de Dios. No nos detendremos á considerar los privilegios de esta última, y la fuerza de su unidad conservada sin interrupcion á través de los siglos; y solo nos limitaremos á dar una rápida ojeada sobre esa ciudad formada por unos hombres á quienes un mismo orgullo y una misma depravacion hicieron los legítimos descendientes del fratricida Caín, separados siempre los unos de los otros, aislados, y dando al mundo el triste espectáculo de unas sociedades sepultadas bajo sus propias ruinas, y envueltas en las sombras de la muerte, por cuanto no permanecieron unidas á Dios, único principio de vida, ni quisieron beber en las máximas del catolicismo los puros raudales de esa doctrina que une las inteligencias, estrecha los corazones, y asocia los hombres por medio de la caridad. ¿Y qué otra cosa pudiera producir el egoismo humano en punto de doctrinas y de sentimientos? ¡Ah! El hombre, bajo la influencia de ese principio deletéreo, queda reducido á los recursos de su inteligencia enferma y estraviada; y de ahí resulta

el racionalismo por el cual el hombre se empeña en encontrar la luz en sus propias concepciones, y no se aconseja mas que de sus sentidos en lo relativo á la dirección de su alma esclavizada á la acción de aquellos. ¡Y á esa razon desprovista de todo apoyo, á esa razon exaltada por el orgullo humano, han proclamado los sábios del siglo por su única divinidad! ¡Y el hombre, desentendiéndose del verdadero principio de evidencia, obstinándose en proclamar como oráculos infalibles las vanas creaciones de ese racionalismo insensato, se atreve á resolver todas las dudas con la mayor seguridad, cuando por otra parte nada es capaz de concebir fuera de sus propias tinieblas, y aun niega la posibilidad de toda luz superior! ¿Quién no deduce desde luego la division, la anarquía, en una palabra, la insociabilidad que se desprende de semejante aberracion? Desprovistos los hombres en este estado de una doctrina verdadera que les ilumine y dirija, no les queda otra guia, ni otra conciencia mas que su razon desnuda y abandonándose en un todo á su direccion, cada cual sigue su luz y su camino privado, y por consecuencia caminan por sendas distintas, porque nada hay mas opuesto al amor propio que el amor propio, y al racionalismo que el racionalismo. No se busque, pues, en otra parte la razón de la decadencia de los pueblos, de las turbulencias políticas, y de la anarquía social: pues está evidentemente demostrado que todos los males públicos nacen de ese racionalismo funesto que lleva consigo el aislamiento y la desunion, y propende por su naturaleza á separar á todos los miembros de la gran familia del centro de la unidad general.

Siento, A. O., no poder estenderme mas en este asunto tan importante, por no permitírmelo la estrechez de un discurso: pero creo que lo dicho basta para demostrar que sin el apoyo de la religion católica, y fuera del círculo de su doctrina, no pueden existir las condiciones de verdadera unidad social, ni la unidad de Dios, ni la unidad de doctrina, ni la unidad de sentimientos, ni la unidad de fin; y por consiguiente es imposible que haya sociedad estable, fija, permanente, y tal cual debe ser atendidas las necesidades de la humanidad.

Fuerza es, pues, recurrir al catolicismo, subir con el Salvador

á la cumbre de esa montaña misteriosa en donde brilla la claridad de la luz divina, en donde la verdad se deja ver en toda su gloria y magnificencia, en donde la unidad religiosa produce la unidad social. Allí es donde se oye la voz del cielo que dice á los hombres: « Hé ahí mi hijo muy amado, escuchadle á él solo. » Allí es donde la inteligencia se ilustra, el corazon se engrandece, cálmense las pasiones, y todas las necesidades del alma se ven satisfechas, y el hombre encuentra el reposo de su espíritu y el verdadero bienestar á que aspira, y esclama entusiasmado: *Domine, bonum est nos hic esse.* Plegue á Dios que así lo hagamos, y que asociados en el tiempo con los indisolubles vínculos de la fé y del amor, consigamos realizar un día aquella union perdurable que constituye la suprema bienandanza y la eterna felicidad.

Unos regnan en la tierra y otros son regidos.

Los que regnan no saben lo que es ser regido.

1847. XI. 17.

Un espectáculo extraordinario se presenta á nuestra consideracion en nuestro siglo. Por una parte la reforma protestante parece tomar su término en el seno de un gran pueblo en virtud de una reaccion visible hacia la unidad católica. Hombreros que desde su advenimiento á este mundo no habían escuchado más que blasfemias contra la santa Iglesia romana, tornan hoy sus ojos hacia ella y desean ser admitidos en su seno. La autoridad inflexible de esa madre y maestra de la verdad no es ya para ellos un yugo opresor que tiraniza las inteligencias, y es el único faro luminoso colocado en medio del torbellino de las humanas opiniones. Para conducir los pueblos á través de los cañales y arroyos que en el abandono y señalados de detenerse que deben seguir para evitar el naufragio. Por otra parte, el lado de este movimiento que hace concebir tan bellas esperanzas, vemos en los diversos países de Europa una multitud de

DISCURSO

PARA LA DOMINICA III DE CUARESMA.

TODA SOCIEDAD QUE OBRA FUERA DEL CÍRCULO DE LA UNIDAD CATÓLICA,
EJERCE UN VERDADERO DESPOTISMO SOBRE LA INTELIGENCIA HUMANA.

Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur.

Todo reino dividido entre sí quedará destruído.

Luc. xi. 17.

UN espectáculo extraordinario se presenta á nuestra consideracion en nuestro siglo. Por una parte la reforma protestante parece tocar á su término en el seno de un gran pueblo en virtud de una reaccion visible hácia la unidad católica. Hombres que desde su advenimiento á este mundo no habian escuchado mas que blasfemias contra la santa Iglesia romana, tornan hoy sus ojos hácia ella y desean ser admitidos en su seno. La autoridad infalible de esa madre y maestra de la verdad no es ya para ellos un yugo opresor que tiraniza las inteligencias, y sí el único faro luminoso colocado en medio del mar embravecido de las humanas opiniones, para conducir los pueblos á través de los escollos y arrecifes que en él abundan, y señalarles el derrotero que deben seguir para evitar el naufragio. Por otra parte, al lado de este movimiento que hace concebir tan bellas esperanzas, vemos en los diversos paises de Europa una multitud de

hombres que parecen empeñados en neutralizar estas felices disposiciones, y en contener el curso de los designios providenciales. Para sofocar ese generoso impulso que empuja á los pueblos hácia la verdad católica, no cesan de proclamar en alta voz la independenciamiento humano, que pintan como anonadada por la autoridad de la Iglesia, sirviéndose al efecto de toda clase de armas, apelando al sarcasmo y al ridículo, y no perdonando medio alguno, por vil que sea, á fin de persuadir á los pueblos que el dogma de la unidad envuelve en sí el mas horroroso despotismo.

Sucede, pues, en cierto modo lo que hoy nos refiere el Santo Evangelio.

Estaba un dia Jesus lanzando un demonio mudo, y habiéndole echado del cuerpo del obseso, el cual habló inmediatamente, algunos de los circunstantes quedaron admirados al ver el prodigio. Mas no faltaron otros que empezaron á decir: Por arte de Beelzebub lanza este los demonios. Y otros por tentarle le pedian que les hiciese ver algun prodigio del cielo. Pero Jesus, penetrando sus pensamientos, les dijo: Todo reino dividido en partidos contrarios quedará destruido, y una casa dividida en facciones está próxima á su ruina. Si, pues, Satanás está tambien dividido contra si mismo, ¿cómo ha de subsistir su reino?

No parece sino que el divino Salvador al pronunciar estas palabras tenia presentes las eternas divisiones que habian de afligir á su Iglesia en los siglos venideros, y que se referia anticipadamente á los futuros enemigos de la unidad católica, para mostrarles la ruina de toda sociedad en donde no existe ese gran principio, ese lazo que estrecha las inteligencias y une los corazones para caminar uniformes á la adquisicion de la verdad. Diríase que previendo ya de antemano las fluctuaciones del entendimiento humano en que el error habia de envolver á los que se separasen de ese comun centro, y las guerras intestinas que de ahí surgirian, y la multiplicidad de simbolos y de opiniones que se disputarian el campo, queria prevenir efectos tan funestos, y aplicar un saludable correctivo á ese espíritu de escision, cuando despues de servirse del simil de un reino y de una casa en donde la division arrastra inevitablemente la ruina

de los principios constitutivos de su existencia, añade: *Si Satanás está tambien dividido contra si mismo, ¿cómo ha de subsistir su reino?* Que es lo mismo que decir: Si el espíritu de error, aspirando como aspira á destruir la verdad católica, arrogándose la mision de reformar la Iglesia, cómo si la autoridad de ésta fuese un poder despótico y un yugo tiránico, se halla á su vez dividido en tantos partidos ú opiniones cuantas son las sectas que ha abortado en el seno del cristianismo; ¿cómo ha de poder fundar una doctrina subsistente y duradera? No es posible fuera del centro de la unidad que Jesucristo fundó en la tierra, pues como añade él mismo en el presente Evangelio: *El que no está por mí, está contra mí, y quien no recoge conmigo, desparrama.*

Hé aquí lo que me propongo manifestar en este discurso. Aun cuando ya en los discursos anteriores he combatido las doctrinas disolventes que tienden á destruir la unidad católica, no llevareis á mal que hoy insista en este mismo objeto á que me conduce irresistiblemente el texto Evangélico. Partiendo de ese sublime principio asentado por el divino Salvador: *Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur*, lo cual me recuerda aquella magnífica espresion del sábio Maistré: «Toda nacion europea separada de la influencia de la Santa Sede, se verá arrastrada invenciblemente hácia la servidumbre ó la rebelion (1);» para atacar de frente el error de los que no ven en la santa Iglesia romana sino un poder despótico é insoportable, voy á hacer ver por el contrario que «toda sociedad que obra fuera de ese centro comun y sin sujecion á la autoridad infalible de la Iglesia católica, ejerce un verdadero despotismo sobre la humana inteligencia, y por consecuencia tiende necesariamente á su disolucion; en vez de que la Iglesia, imponiendo un yugo racional al hombre, encuentra en la unidad de su doctrina la razon de su firmeza y estabilidad.»

AVE MARÍA.

(1) Del Papa. Tom. II, pág. 153. Edic. de Madrid 1842.

REFLEXION ÚNICA.

Muchas discusiones inútiles y peligrosas se hubiesen evitado respecto al asunto que hoy nos ocupa, si desde luego se hubiera fijado bien el estado de la cuestion. Si se hubiera comprendido el verdadero sentido de esa voz despotismo, jamás hombre alguno de sano criterio hubiérase atrevido á aplicarla á la Iglesia católica. Yo creo que el despotismo no sea otra cosa mas que la exigencia de un poder que traspasa sus legítimos derechos. Aun el poder de vida y muerte, que es tal vez el mas exorbitante que se ha concedido al hombre, no degenera en despótico sino en cuanto se ejerce ilegítimamente. El juez que condena al reo según su conciencia, no puede incurrir en esta nota. Pero antes de deducir las consecuencias lógicas del principio que acabamos de establecer, preciso nos es recordar que, como dejamos demostrado en otro lugar, en toda sociedad debe existir necesariamente una autoridad infalible de derecho, y que en la sociedad religiosa que tiene el privilegio de ser una obra de Dios, el cuerpo enseñante, no solo debe ser tal de derecho, sino tambien de hecho. Asimismo debemos tener presente que, al modo que no hay mas que una religion que pueda sostener la prueba de la ciencia, tampoco hay mas que una autoridad infalible que pueda sostenerse contra los argumentos y la libre discusion del pensamiento humano.

Sentados estos precedentes, entramos desde luego á probar nuestra proposicion, á saber, que fuera del centro de la unidad católica, y donde quiera que la autoridad infalible de la iglesia romana es desconocida, hay verdadero despotismo sobre la humana inteligencia, y un gérmen funesto de luchas y de discordias, que arrastran inevitablemente la sociedad á su ruina y disolucion: *Omne regnum in se ipsum divisum desolabitur*. Concíbese desde luego á qué clase de adversarios nos dirigimos. No pretendemos entablar una discu-

sion inútil con esas inteligencias de baja esfera que no se avergüenzan de hacer un llamamiento á las pasiones mas innobles, para amontonarlas todas y lanzarlas impetuosamente contra el edificio religioso y social. Tampoco diremos nada á esos espíritus vertiginosos que han desterrado de sus horribles utopias á Dios, á la religion y cuanto de mas sagrado y respetable hay en el mundo. Hablamos, pues, con esos hombres que están persuadidos de la necesidad de una religion, y para quienes no es ya un problema que la sociedad religiosa no puede existir sin unidad, ni ésta concebirse sin un centro de autoridad infalible que juzgue y falle en último recurso las cuestiones de fé y de disciplina. Ahora bien, fuera de la Iglesia romana, ¿en dónde seria posible depositar ese poder supremo de un modo subsistente? Arrancando al Soberano Pontífice, vicario de Jesucristo en la tierra, unido al cuerpo enseñante del Episcopado, esa prerogativa, ¿en qué manos la depositarian los adversarios del catolicismo? ¿Acaso en las de los nuevos pontífices creados por ellos? ¿Quizás en las del periodismo? ¿O bien en las de un rey, de un emperador, ó de una mujer? Ignoramos hasta qué punto llevarán sus ensueños y utopias los modernos reformadores; pero de cualquier modo que sea, preciso es tengan presente que toda iglesia separada de Roma, por el solo hecho de su escision, cae irremediamente en los brazos del poder civil, como lo demuestra harto tristemente una larga esperiencia. Y entonces, ¿qué es lo que necesariamente tiene que suceder? ¿Qué será de la autoridad religiosa? ¿En dónde residirá la infalibilidad de hecho y de derecho? ¿A nombre de quién ejercerá la supremacía espiritual ese poder extraño á la iglesia católica? ¿En qué principio apoyará el derecho de pronunciar fallos irrecusables en los asuntos relativos á la doctrina y á las costumbres?

En nuestro desgraciado siglo, en que las pasiones políticas y esa fiebre ardiente de goces físicos y materiales, preocupan todos los ánimos y no permiten abordar ninguna cuestion bajo su verdadero punto de vista, la sociedad está llena de esos génius pagados de sí mismos, que atacando de frente todas las creencias, van desuniendo una á una todas las piedras del edificio social, pero sin pararse

jamás á reflexionar el término y las consecuencias de sus tentativas. Hablan sin cesar de sacudir el yugo del despotismo católico, sin siquiera darse la pena de reflexionar á dónde conduciría á las sociedades ese rompimiento, sin hacerse cargo de que lanzando de sí una autoridad que á todas horas puede probar sus títulos y hacer constar sus derechos divinos sobre la humana inteligencia, irían á precipitarse en manos de un poder que jamás podrá probar semejante misión, ni apropiarse el derecho de enseñar á los hombres las verdades reveladas. Y desde luego, cierto es que los reyes reinan á nombre de Dios y que de él se deriva su autoridad. La revelación es la que nos enseña que en una nación todos sus individuos deben obedecer á uno solo; pues sin ella ningún poder humano puede justificar su existencia sino por el derecho de la fuerza, que nada explica, ni es aceptable en las ideas que venimos combatiendo. ¿Pero acaso la revelación dá á los príncipes temporales ese poder enorme que los modernos novadores quisieran concederles? Jesucristo en circunstancias bien solemnes, declaró que debe darse á Cesar lo que es de Cesar (1); mas no es á Cesar á quien dijo: «Yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos (2).» «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella (3).» Estas palabras del Hijo de Dios reducen la cuestión á su mas simple espresion. Cualquiera que sepa leer puede ver fácilmente donde está la verdad: y desde luego conoce que un príncipe obrando como jefe espiritual de un pueblo, ejerce una autoridad despótica, puesto que manda sin poder justificar sus actos. Esta conclusión jamás podrá desagradar á un rey que desea la felicidad de sus pueblos: porque la usurpación del poder religioso es la peor de las usurpaciones, y sus consecuencias son siempre funestísimas.

Y aquí señores, se presenta á nuestra vista una contradicción enorme que tiempo há venimos todos presenciando. Apenas pasa un día que no se lean en la prensa periódica los ataques mas virulentos

(1) Reddite ergo que sunt Cæsaris Cæsari. (Luc. XX. 25.)

(2) Matth. XXVIII. 20.

(3) Ibid. XVI. 18.

contra los que rigen los destinos de los pueblos. Se escribe y se habla sin cesar de libertades y garantías que á todo trance es necesario defender. Los actos más legales y justos, rara vez encuentran elogios ni simpatías entre esos eternos declamadores de la independencia del ciudadano. Diríase al escucharlos, que el pueblo está obligado á levantarse todos los días en masa para protestar enérgicamente contra los gobernantes. Y sin embargo, el poder tiene por objeto la mayor felicidad de los súbditos. Mas en tratándose de intereses religiosos, la escena cambia, y se quisiera convertir la corona en tiara. Inútilmente se intentaría hacer valer los sagrados derechos de la conciencia: toda reclamacion es desatendida, y es forzoso ceder y plegarse ante los caprichos y las arbitrariedades de una política insensata. ¿Y no advierten los que así obran que si al poder de la espada se añade el derecho ilimitado de mandar en las conciencias, entonces se coloca al príncipe sobre las leyes y sobre los hombres? Y no estando su poder encerrado dentro de unos límites conocidos, y no teniendo en favor suyo esa promesa divina que vele sobre sus actos, y le guie y le preserve del error, ¿quién será capaz de contener su acción y de enfrenar sus arranques?

No ignoramos que esos mismos que con tanto ardor parecen defender estas ideas, no tienen una verdadera fé en los planes que conciben. Sabemos que esa nueva religion que aspiran á fundar fuera del círculo del catolicismo, no es en el fondo mas que un negocio de policía, para obligar á los pueblos á respetar su dominacion. Y si quisiesen ser francos en este punto, confesarían que encerrados en el santuario de sus inteligencias, no inciensan sino por cálculo ese poder á quien han querido investir de un derecho que ellos mismos son los primeros en reconocer que no puede ejercerse fuera de la Iglesia. ¡Así se trafica con la conciencia y con la razon de los pueblos, imponiéndoles con sofismas el mas duro y atroz despotismo! No obstante, ellos serán tambien los primeros que darán al pueblo el ejemplo de una sumision exterior á los actos religiosos del nuevo pontífice, pues de lo contrario bien presto se verían hechos pedazos por él, juntamente con su ídolo. ¿Pero evitarán por eso las consecuencias funestas del despotismo? No: el poder, conociendo

do la oposicion incesante que habrá de encontrar en la conciencia de sus súbditos, temerá por su propia seguridad, y se hará suspicaz y sombrío. Todo buen católico, aunque nunca sea sorprendido en la menor rebelion, será siempre sospechoso, y los abusos de la fuerza comenzarán á ser la única ley de ese poder arbitrario y usurpador. Cualquiera que intente obrar segun sus convicciones, se verá indefectiblemente proscrito, desterrado, atormentado, despojado, ó condenado á muerte. Todos los resortes que pueda inventar la ambicion humana, se pondrán en juego para impedir que la verdad pueda llegar á los oidos de un pueblo desgraciado, hasta tanto que esa misma verdad que no puede morir, logre introducirse de nuevo, bien sea á favor de las mútuas relaciones con otros pueblos que la poseen, ó por cualquiera de las mil causas que no siempre están al alcance del hombre, y de que puede disponer cuando le place la divina misericordia. Entonces, cuando ha llegado á hacerse respetable y temible por el número de sus conquistas, disminuye el rigor de la arbitrariedad; pero, qué de luchas, qué de revoluciones no tiene que atravesar hasta volver á su primitivo estado, hasta no ser ya esclava del poder! Apoyemos nuestras reflexiones en la historia.

A la época de la reforma hablábase ya en Alemania del despotismo de la Iglesia católica romana. La lengua se resiste á repetir las horribles injurias que se vertieron para desacreditar su mision divina. Esto no era en el fondo mas que la infalibilidad de Martin Lutero ó de sus discípulos, que rechazaba la supremacia de la Iglesia. Para establecer esta nueva infalibilidad fue necesario tomar las armas, emprender una guerra de esterminio, treinta años de carnicería y de sangre, y esa cadena de horrores que la historia ha consignado en sus páginas. ¿Y en qué vino á terminar todo esto sino en engrandecer el poder de los príncipes, que á la infalibilidad política añadieron la infalibilidad espiritual en materias dogmáticas, en rebajar el prestigio de los ministros del culto, convirtiéndoles en esclavos del poder secular, y en hacer del culto mismo un ramo de administracion? «El protestantismo, dice un escritor nada sospechoso en la materia, ha envilecido hasta lo sumo la dignidad sacerdotal,

» Los sacerdotes protestantes, por no aparentar que aspiraban á la
» gerarquía católica, despojáronse bien presto de toda apariencia reli-
» giosa, y se sometieron humildes á los piés de la autoridad tempo-
» ral... Mas porque estos no fueron llamados á gobernar al estado,
» no por eso debia inferirse que el estado estuviese llamado á go-
» bernar la Iglesia (1)... Las recompensas que el estado concede á
» los eclesiásticos los han secularizado completamente. Se han despo-
» jado á la vez de su traje sacerdotal y de su caracter espiritual. El
» estado ha hecho su negocio, y todo el mal recae sobre el clero
» protestante. Sus individuos no son considerados mas que como otros
» tantos agentes de policía... Desde el momento en que la religion se
» hace esclava del estado, ya es permitido mirarla en este abatimiento
» como obra del hombre, y aun como una solemne impostura (2). »

En este estado de cosas tan contrario á la razon, la verdad que lleva consigo caracteres de evidencia que la hacen reconocer donde quiera, podrá hacer inmensas conquistas: pero para sofocar su voz levantarán persecuciones horribles, y el hombre que quiera seguir sus convicciones, no verá en su derredor mas que peligros, y una perspectiva amenazadora. ¿Y de dónde se originan esas complicaciones, esas luchas, y esas continuas turbulencias que agitan los paises protestantes, sino de que el poder que es allí el mas fuerte, quie-

rimo de la Iglesia católica romana. La lengua se refiere á todos los horribles imperios que se venían para descomponer su misión.

(1) En ninguna parte gobierna el estado á la Iglesia: pero siempre y en todas partes gobernará justamente á los que habiéndose salido de la Iglesia, se atreven no obstante á llamarse la Iglesia. Es preciso escoger entre la gerarquía católica y la supremacia civil: no hay medio. ¿Y quién se atreveria á censurar á unos soberanos que establecen la unidad civil donde no encuentran otra? Vuelva, pues, á entrar en la unidad legitima ese clero separado que no se queja sino de si mismo: y desde luego subirá como por encanto á aquel alto grado de dignidad de donde él mismo conoce que ha caido. ¿Con qué buena voluntad, con qué alegría le elevariamos nosotros con nuestras propias manos! (Not. de M. de Maistre. Del Papa. Tom. II. pág. 136. Edic. de Madrid 1842.)

(2) *Sobre el verdadero carácter del Sacerdocio Evangélico*: por el señor Marheineke, profesor protestante de Heidelberg, impreso en el Museo patriótico de los alemanes, Hamburgo.

re tener esclavizadas las conciencias católicas? Sucede pues lo que hoy nos dice el Santo Evangelio: «Cuando el fuerte armado guarda sus dominios, posée pacíficamente cuanto tiene: pero si le asalta otro poder mas fuerte que él, le vence, le desarma, y se reparte sus despojos: *Si autem fortior eo superveniens vicerit eum, universa arma ejus auferet, et spolia ejus distribuet.* Si: la ley de la fuerza y nada más es la que obra fuera del centro de la unidad católica; y la consecuencia inmediata de la escision es caer en el mas ominoso despotismo.

Este fenómeno se presenta con coloridos aun mas negros en Inglaterra que en Alemania. La licencia desenfadada de un monarca contrariado en sus vergonzosas pasiones rompe de frente con Roma. Los primeros dogmas emanados de su omnipotencia religiosa, son la muerte, el pillage, las confiscaciones arbitrarias, que no concluyen sino con el esterminio de todos los católicos: y para cortar de un golpe toda dificultad, se decreta que ningun protestante pueda abandonar la religion del principe, sopena de perder la vida, los bienes, y la patria. (1) Aquí asalta á nuestra imaginacion una idea bien triste sobre la injusta ceguedad del error. ¡Cuántas reeriminationes no ha vertido contra la iglesia católica! ¡Cuántas calumnias no ha amontonado para desacreditarla y hacer odiosa su autoridad! Y sin embargo, ni una sola palabra ha hablado contra ese horroroso despotismo de la reforma que acabamos de indicar. Cierto que la Inglaterra se ha visto forzada á modificar sus leyes. Si la Irlanda lucha aun con una energia digna de la causa que largo tiempo viene sosteniendo, tambien es cierto que las dos quintas partes del pueblo inglés son católicas. La verdad ha logrado por fin disipar la nubes y las tinieblas del error: y el poder mejor ilustrado ha comprendido que jamás podrá nada contra la conciencia. Ese bello pais está llamado indudablemente á una alta mision católica, y á ser uno de los principales instrumentos de regeneracion en las manos de la Provi-

(1) En pleno parlamento se decretó que si un rey de Inglaterra abrazase la religion católica, quedaria por este mismo hecho privado de la corona. (Debates de los parlamentos, 1803, 8.º, 677.)

dencia. Pero para llegar á ese término, ¿qué de sacrificios no ha habido que hacer! ¿cuánta sangre no se ha derramado!

Los dos países cuya historia acabamos de trazar, dan un brillante testimonio á esa gran ley de que venimos hablando. La aplicacion de esta misma ley se nota igualmente en Prusia, en Suecia, en Suiza. Do quiera despues de las mas horribles persecuciones, la verdad comienza á desembarazarse de las trabas que la impusieran los poderes seculares. Ninguna potencia será capaz de contener la marcha magestuosa del catolicismo. La rapidez de las comunicaciones que ponen en contacto unos pueblos con otros, la prensa, el vapor, las grandes líneas de caminos de hierro, todas las empresas de comercio y de la industria, que necesariamente van á reanudar las relaciones mas intimas entre todas las naciones del globo, servirán indudablemente á propagar la buena nueva. Los pueblos esclavos bajo un despotismo absurdo verán la luz; la misma Rusia no podrá resistir al gran movimiento que se prepara, y sus desiertos no la servirán de muralla suficiente para detener los progresos de la verdad. Ciertamente que los hombres que están interesados en estas grandes empresas de nuestro siglo, no ven esos felices resultados que nosotros presajiamos: mas Dios no há menester que los hombres conozcan sus designios para llevar á cabo su obra. Su palabra está empeñada, y no puede faltar. El catolicismo triunfará á despecho de todos los esfuerzos del error; porque toda sociedad que obra fuera de ese centro, tiende necesariamente al despotismo, como hemos manifestado, y por consecuencia un estado de cosas violento no puede ser subsistente y duradero, tiene que disolverse; en vez de que la iglesia católica que solo impone al hombre un yugo racional, encuentra en la unidad de su doctrina la condicion y la garantía infalible de su estabilidad.

Y en efecto, cuando la iglesia exige la adhesion de nuestro espíritu á los dogmas que propone á nuestra fé, no hace sino usar de un derecho que ha recibido de Dios. El es quien le ha confiado ese poder sobre la inteligencia humana, respecto de cierto orden de verdades, y por lo tanto nada hay de chocante en el ejercicio de ese poder, como no lo hay en que un juez use de la terrible autoridad

que la sociedad ha depositado en sus manos. Ni vemos en ello cosa alguna que hiera nuestra independencia intelectual. Obedeciendo á la iglesia no hacemos mas que obedecer al mismo Dios. Y aun prescindiendo del hecho divino, y de la promesa que la asegura la asistencia perpétua del espíritu de la verdad, no hay que temer que salve los límites que le están prefijados. Ella misma nos muestra hasta dónde se estiende su poder, y todo el mundo sabe que el círculo á que limita su accion espiritual, deja un vasto campo al desarrollo del pensamiento humano. Malamente pretenden ciertos enemigos sistemáticos del catolicismo, abultar los presuntos abusos que algunos Pontífices han hecho de su suprema autoridad contra el poder temporal de los reyes, y las usurpaciones de la corte romana. Aunque semejante objecion es de todo punto estraña al asunto que nos ocupa, diremos no obstante que si la creencia general de los pueblos y de los reyes, confirió ciertos privilegios á los pontífices romanos, nunca estos hicieron uso de ellos sino en bien de los pueblos mismos, y para defender al débil y al oprimido; y ningun príncipe debe ser censurado cuando obra el bien segun las ideas generales de su siglo. Pero por lo que respecta á la prerogativa de infalibilidad en materias de fé, que es de lo que venimos ocupándonos, ¿es por ventura un abuso? Tan lejos está de serlo, una vez conocidos sus límites y sus derechos, que antes bien ella es la única que puede defender sin violencia los sagrados derechos de la humanidad. Vamos á demostrarlo con un sencillo raciocinio.

Poned en las manos de un rey un poder absoluto, y como tal infalible, tanto en lo espiritual como en lo civil y administrativo, y vereis desaparecer toda garantía; porque ninguna corporacion, ninguna asamblea, mucho menos ningun particular podrá decirle: «habeis errado;» como que se halla colocado sobre todas las leyes, sobre todos los hombres, y aun sobre todas las cosas religiosas que pueden variar á su capricho. Pero si limitándose el príncipe al círculo de sus atribuciones legítimas, colocáis al lado de su poder, la autoridad infalible de la iglesia católica, entonces apoyada ésta en los derechos que recibiera del Hijo de Dios, sabiendo que no puede errar ni en lo concerniente á la fé, ni en las santas reglas de las costum-

bres, y acordándose de que su divino maestro murió por todos los hombres, tomará altamente la defensa de los pueblos porque los considera rescatados á igual precio que los reyes. «Desde el punto en que comenzaron á establecerse las nuevas soberanías, dice el sábio Maistre, la iglesia no cesó de hacer oír á los pueblos por la boca de sus pontífices, estas palabras de Dios: «Por mí reinan los reyes;» y á estos: «No juzgueis y no sereis juzgados; estableciendo así á la vez el origen divino de la soberanía y el divino derecho de los pueblos (1).» La iglesia rodea el trono de una atmósfera de amor; todas sus leyes llevan el sello de la mansedumbre. Si el poder olvidando la mision paternal que la iglesia le muestra, impone un yugo demasiado pesado á su pueblo, irá á esponer respetuosamente á los pies del trono las quejas de sus súbditos, y no dejará de ser escuchada, pues habla á nombre de Dios por quien los reyes reinan. Mas si el poder ciego se desentiende de sus justas súplicas, no por eso predicará la rebelion. Ella abrazará á todos los que sufren para consolarlos; y cuando las pasiones intenten sublevar la desgracia contra la autoridad, será la primera que fiel á su mision de paz se apresurará á calmar los ódios, y á adormecer los dolores con celestiales esperanzas. Tal ha sido siempre la conducta de la iglesia católica; hé ahí el uso que ha hecho de ese poder que se quiere pintar con tan negros coloridos. Semejante á su divino fundador su tránsito sobre la tierra viene siendo una cadena no interrumpida de beneficios para los individuos y para los pueblos.

¿Cuándo, oh Dios mio, acabarán de comprender los mortales esta mision tan bella y gloriosa del catolicismo? Doloroso es sobremanera para nuestras almas el ver la ceguedad y el encono de sus enemigos, que no cesan de desgarrar el seno de nuestra madre la iglesia, vuestra casta esposa que vos fecundásteis con la efusion de vuestra preciosa sangre. No permitais Señor, que ese furor se convierta en su ruina; y pues la iglesia en su inmensa caridad no conoce aceptación de personas, y recibe indistintamente en su seno al griego y al bárbaro, ahuyentad las tinieblas que pesan sobre esas inteligencias

(1) Del Papa. Tomo II, pág. 149. Edic. cit.

désgraciadas, para que puedan ver la luz de la verdad. Arrancad de los corazones ese orgullo que perdió al linaje humano, y que en nuestros días causa tantos estragos en las almas. Reconozcan todos que según el divino oráculo, todo reino dividido camina á su destrucción, que donde quiera que no existe la unidad católica, hay despotismo intelectual, y que solo en ese centro comun hay verdadera libertad, vida, y dicha positiva. Tengamos la fê sencilla de los pequeñuelos, respetemos los dogmas del catolicismo, permanezcamos firmes en sus creencias, y esperemos confiados el día del triunfo en la patria celestial.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA IV DE CUARESMA.

DIVINIDAD DEL CATALICISMO PROBADA POR SU MARAVILLOSO
ESTABLECIMIENTO EN EL MUNDO, POR SU PROGRESIVO DESARROLLO,
Y SU INVARIABLE ESTABILIDAD.

Illi ergo homines cum vidissent quod Jesus fecerat signum, dicebant : Quia hic est vere propheta qui venturus est in mundum.

Visto el milagro que Jesus habia hecho, decian aquellos hombres : Este es sin duda el Profeta que ha de venir al mundo.

JOAN. VI. 14.

QUE los milagros obrados por el augusto Salvador de los hombres sean una de las muchas pruebas que ponen á cubierto de toda duda su divinidad, es un hecho irrefragable y que solo podrán negar los que en su insensato escepticismo no se avergüenzan de dudar hasta de la existencia de Jesucristo como un personage histórico. Desde los tiempos primitivos del cristianismo, la persuasion de que solo un Dios podia derogar las leyes conocidas del mundo material, ó lo que es lo mismo, que él solo podia obrar verdaderos milagros, era tan general, que cuando los emisarios del Bautista se acercaron á Jesus y le preguntaron si era él el que esperaban, no les dió otra prueba de que efectivamente era hijo de Dios, y Dios como el que le enviara al mundo, que decirles : «Id, y referid á Juan lo que habeis

oído y visto: los ciegos ven, los sordos oyen, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, y los muertos resucitan.» Pero aun es, si se quiere, mas solemne el testimonio que dieron á la divinidad del Salvador los hombres que presenciaron el gran milagro que hoy nos refiere el Santo Evangelio:

Pasó Jesus (dice) al otro lado del mar de Galilea, que es de Tiberiades, y le seguía una gran muchedumbre de gentes, porque veían los milagros que hacia con los enfermos. Subióse, pues, Jesus á un monte, y allí se sentó con sus discipulos... Habiendo levantado los ojos y viendo venir hacia sí un numeroso gentío, dijo á Felipe: ¿Dónde compraremos panes para dar de comer á toda esa gente? Esto lo decia para probarle, pues bien sabia él mismo lo que iba á hacer. Respondióle Felipe: Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno de ellos tome un bocado. Díccele uno de sus discipulos, Andrés hermano de Simon Pedro: Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada, y dos peces: mas ¿qué es esto para tanta gente? Pero Jesus dijo: Haced sentar á esas gentes. El sitio estaba cubierto de yerba. Sentáronse, pues, al pié de cinco mil hombres. Y tomó Jesus los panes: y despues de haber dado gracias, los bendijo y repartió entre los que estaban sentados; y lo mismo hizo con los peces, dando de ellos á todos cuanto querian. Despues que quedaron saciados, dijo á sus discipulos: Recoged los pedazos que han sobrado, para que no se pierdan. Hicieronlo así, y llenaron doce cestos de pedazos que habian sobrado de los cinco panes de cebada, despues que todos hubieron comido. Visto el milagro que Jesus habia hecho, decían aquellos hombres: Este es verdaderamente el Profeta que ha de venir al mundo.

No hace muchos años que un célebre incrédulo, hallándose en su lecho de muerte, al recordar este milagro exclamó súbitamente: «¡Jesucristo es Dios, pues ha hecho el gran milagro del desierto á presencia de todo un pueblo!» Sin embargo, señores, hay un milagro que viene operándose constantemente á nuestra vista á través de diez y ocho siglos, y que no es por cierto ni menos admirable ni menos digno de nuestro estudio; y con todo eso pocos son los que

fijan en él su atención como debieran, muy pocos los que admiran los caracteres divinos que en él brillan. Hablo de la existencia y propagación del catolicismo, y de las bellezas de su doctrina eminentemente celestial y altamente civilizadora. ¿Quién no vé en esa religión que viene atravesando centenares de generaciones, siempre invariable é idéntica, siempre radiante de juventud y de vida, á despecho de tantos enemigos como la han rodeado desde su cuna, de tan rudos combates y luchas tan terribles, quién no admira, repito, en ella el mayor prodigio de la omnipotente diestra, prodigio permanente que prueba hasta la evidencia su origen divino? Si en el desierto pudo saciar Jesús con cinco panes y dos peces una multitud tan inmensa de gente, su doctrina viene alimentando hace mas de mil ochocientos años millares de pueblos hambrientos de verdad, convirtiendo naciones idólatras, civilizando países salvajes, regenerando sociedades ebulecidas, y vivificando el mundo entero con sus divinas máximas. Y si en frase de San Agustín (1), es mayor prodigio el gobierno providencial del universo que el saciar con cinco panes y dos peces á cinco mil hombres, ¿qué no podremos decir de ese gran portento que el catolicismo renueva á nuestros ojos todos los días? ¿Cómo no admiraremos en él los rasgos mas sublimes de la divinidad de su augusto fundador? ¿Quién sino él es el que con su doctrina alimenta incesantemente á la humanidad, y satisface todas sus necesidades individuales y sociales? ¿En quién sino en ella encuentran los hombres y los pueblos los elementos de su existencia y las condiciones de su perfeccionamiento? Hácia este milagro, pues, que no por ser permanente deja de ser altamente digno de ser admirado, llamo yo hoy vuestra atención, invitándoos á contemplar *una de las pruebas mas luminosas de la divinidad del catolicismo en su maravilloso establecimiento, en su progresivo desarrollo, y en su invariable estabilidad.* Y estoy seguro de que á vista de este prodigio no podreis menos de convenir en que sola la religión cató-

(1) Majus in im miraculum est gubernatio totius mundi, quam saturatio quinque millium hominum de quinque panibus. (S. Aug. Tract. 24. in Joan.)

lica es la única verdadera, y decir de su divino autor lo que los hombres de nuestro Evangelio: *Quia hic est vere propheta qui venturus est in mundum.*

Ave María.

REFLEXION ÚNICA.

Sucede efectivamente, como dice el santo doctor antes citado, que los hombres se dejen impresionar con mas facilidad y se admiren con mas frecuencia, no de lo que es de suyo mas grande y admirable, sino de lo que es mas raro y menos comun (1). Y véase por qué el gran prodigio que ofrece incesantemente á nuestra observacion el catolicismo, no hiere tan vivamente nuestro entendimiento, ni afecta tanto nuestra alma, dejando pasar desapercibidos los mas brillantes rasgos de la divina omnipotencia. Y sin embargo, ¿qué cosa hay mas digna de admiracion que el prodigioso establecimiento del catolicismo en el mundo? Ora se le considere con relacion á la época en que su augusto fundador se dejó ver entre los hombres, ora se le contemple con relacion á las doctrinas que venia á sustituir á las antiguas creencias, ora en fin se atienda á las dificultades que debian erarle los cultos idólatras, de cualquier manera se muestra visiblemente en él el dedo de Dios, empeñado en llevar á cabo su obra contra toda la oposicion del mundo. La época en que apareció era el período mas brillante del imperio romano, en donde á la sombra de una paz profunda brillaban las ciencias y las artes, y se ostentaba en toda su gloria y poderío aquella reina de las naciones. Sin embargo, al lado de aquel prodigioso movimiento intelectual reinaba una corrupcion de costumbres difícil de describir. La sociedad habia descendido al último grado de envilecimiento. Desde el trono de los Césares hasta la fétida vivienda del esclavo, todo respiraba egois-

(1) Illud mirantur homines, non quia majus est, sed quia rarum est. (S. Ad. loc. cit.)

mo, sensualidad, libertinage y vicios en fin, que no tienen nombre conocido en los idiomas modernos. El placer era la única divinidad de la época, y como el placer se encontraba en cuanto hay de mas repugnante y vergonzoso en la naturaleza humana, la desvergüenza no conocia límites, el escándalo traspasaba impunemente todas las leyes del pudor, los goces mas impúdicos eran comunes á todas las clases, y hasta los mismos filósofos, los maestros de la moral, los que por su mision estaban llamados á velar por las costumbres públicas, doblaban sus rodillas ante las aras de la prostitucion. La infamia era una especie de culto que tenia sus altares y sus sacerdotes en el corazon de todos los hombres, sin distincion de sexos ni edades. Léase á San Pablo, y en la pintura que hace de las costumbres de aquella época podrá verse que lejos de exagerar las tintas de tan horroroso cuadro, no hacemos sino apagarlas considerablemente.

¿Y qué doctrinas venia á sustituir el cristianismo á las antiguas creencias? Venia á predicar el anonadamiento del hombre ante un Sér Supremo, único Dios de cielos y tierra, á un mundo que adoraba un sinnúmero de divinidades, y estaba acostumbrado á forjarse dioses de todas las criaturas, de todos los seres, aun de los mas abyectos y despreciables, toda vez que lisonjearan su orgullo, su sensualidad, sus pasiones, ó sus gustos particulares. Venia á presentar por objeto de la adoracion de todos los hombres y de todos los pueblos un Dios-Hombre, un judío crucificado en Jerusalem, cuyo nombre era el único á quien estaba vinculada la salvacion del linaje humano, á cuya inteligencia debia someterse toda inteligencia, de cuya voluntad debia depender toda voluntad, y cuya palabra debia ser la regla de todo poder, de toda ley, de todo derecho y de todo deber. Venia, en fin, á enseñar que todos los hombres eran iguales ante Dios, sin distincion de griegos ni romanos, de judíos ó bárbaros, en un siglo en que el despotismo del mas fuerte era la única ley, y la esclavitud un derecho indisputable; á sustituir la abnegacion mas profunda de sí mismo, á la mas fastuosa vanidad, la penitencia y mortificacion de la carne, al refinamiento de todos los placeres; la pobreza y el desprecio de los bienes terrenales, á la mas insaciable ambicion; la castidad al libertinage de las pasio-

nes; la humildad á la arrogancia; la mansedumbre á la ira... ¡Qué doctrina! Casi cuesta trabajo creer que el catolicismo se atreviese á hablar un lenguaje tan opuesto á cuanto venia oyendo el mundo á través de tantos siglos, á unos pueblos henchidos de orgullo y dominacion, sumidos en la mas repugnante sensualidad, y acostumbrados, como dice un sábio orador, á encontrar en sus dioses, á quienes se intentaba destruir, la justificacion de su espléndida ignominia.

Añádase á esto las dificultades que debieron oponer al nuevo culto los cultos paganos. En la idolatría, considerada como una organizacion religiosa, encontraban cumplida satisfaccion las mas grandes pasiones del hombre. La religion tenia allí templos magníficos, altares suntuosos, sacrificios espléndidos, ceremonias pomposas, y un sacerdocio numeroso y respetable. La sensualidad encontraba allí pábulo abundante y sagrado: todo lo tenia en sus dioses, cualesquiera que fuesen sus deseos ó aspiraciones. El orgullo, ¡ah! el orgullo no podia satisfacerse mejor que en un culto que tenia el mas alto carácter de nacionalidad, puesto que la religion y la patria eran sinónimos, la idolatría y el imperio marchaban siempre juntos, las haces se mezclaban con los altares, y el Estado se identificaba con los dioses con una alianza misteriosa que confundia los destinos de estos con los de aquel, siendo unos mismos los intereses, uno mismo el objeto, y siempre uno mismo el fin á que se encaminaba su doble accion.

Y bien, señores, ¿puede concebirse que en una época como la que hemos citado, y en medio de unas creencias tan absurdas, y con un culto que se prestaba tan fácilmente á todas las pasiones humanas, pudiera establecerse sin un prodigio visible del cielo, el catolicismo que era la espresa condenacion de todo lo pasado, que representaba la regeneracion de toda la humanidad, que envolvia el pensamiento de crear nuevas sociedades, nuevos pueblos, nuevos hombres, nuevas costumbres, nuevas creencias, y una legislacion que echaba por tierra las antiguas legislaciones, y un reino que destruia todos los antiguos imperios, y un poder que avasallaba á todos los poderes antiguos, y un código que derogaba todos los antiguos códigos, y una doctrina que desmentia todas las antiguas

escuelas filosóficas, y una civilización, en fin, que debía hacer desaparecer las antiguas civilizaciones? ¿Con qué medios contaba para resistir á tan poderosos enemigos? Porque todo en derredor suyo conspiraba á contrariar sus planes, todo debía armarse para luchar contra su invasión. El mundo entero se levantaba como un gigante para protestar contra el nuevo culto, y sepultar de un golpe en el abismo á ese pequeño adversario que osaba declarar guerra abierta al universo. En efecto, de ninguna fuerza material disponía el catolicismo para oponerse á aquel coloso que le esperaba rodeado de legiones y armado de cuanto hay de mas poderoso y formidable. Sus primeros apóstoles, pobres pescadores del mar de Galilea, ni siquiera poseían aquellos conocimientos científicos que pudieran captarles la admiración ó el entusiasmo de los pueblos. Van á la conquista de las almas sin otro prestigio ni autoridad, sin mas apoyo ni defensa que sus convicciones profundas, y una fé robusta en las promesas de su divino Maestro: la persuasión es la única espada que deben manejar, la paciencia el único escudo que deben oponer á los tiros de sus enemigos, la caridad el único lenguaje con que deben contestar á sus insultos, y una muerte resignada y pacífica la única resistencia que les es permitido hacer á la crueldad de sus tiranos. Por lo demás, no les será dado subir al foro á defender su causa, porque el foro no existe; ni ocupar la tribuna de las arengas para predicar su fé, porque la tribuna ha enmudecido; ni apelar al senado para pedir proteccion, porque era su principal enemigo; además de que casi era ya nulo, y no sabia oponer mas que una obediencia servil al despotismo y á los insolentes caprichos del soberano. No existia ya la libertad de la palabra, ni aun la del pensamiento; á nadie era lícito expresar francamente sus ideas, y menos á unos hombres que pretendían inaugurar un culto desconocido, introducir una religion nueva y opuesta á todo cuanto venía creyendo el paganismo á través de siglos y siglos. No les quedaba otro recurso que luchar y morir, luchar con la palabra evangélica, y morir con la caridad en los lábios y la fé en el corazón, y ésto por espacio de trescientos años. Este era el único modo de vencer: á ésto estaba vinculado el triunfo del catolicismo.

Y triunfó, sí, á despecho del furor del imperio romano, que «convirtiendo el mundo en un verdugo, perdió en la inutilidad de los suplicios su razon espantada, según la elocuente espresion de un sábio.» Y la cruz, simbolo misterioso de libertad que arrolló las huestes de Maxencio en las márgenes del Tiber, ondeó magestuosamente sobre la cumbre del Capitolio. Y Jesucristo ocupó los altares de los idolos, que cayeron hechos pedazos á sus pies. Y sobre el trono de los Césares, de donde emanaban antes los decretos de muerte y es-terminio contra los discípulos del Crucificado, se colocó la cátedra de Pedro, del pescador de Galilea, de donde en lo sucesivo debia derramarse por todo el universo la paz, la verdad y la civilizacion. Y quedó establecido el centro de la unidad católica, en aquella misma Roma que hasta entonces habia sido el centro de la idolatría, el foco del despotismo y de la esclavitud, la mansion de la fuerza y el asilo del crimen. Y allí sobre el sepulcro del príncipe de los apóstoles, quedó escrito para siempre con caractéres indelebles grabados por el dedo de Dios: *Super hanc petram edificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non pravelebunt adversus eam.*

No bastaba, en efecto, que el catolicismo se hubiese establecido, como hemos visto, á pesar de la época en que se dejó ver su divino fundador, á despecho de las doctrinas que venia profesando el mundo, y contra todas las dificultades que debian crearle y de hecho le crearon los cultos idólatras, es decir, triunfando de los fuertes obstáculos que á su establecimiento oponia la sociedad religiosa y política, tal cual se hallaba entonces constituida. Aun cuando esto es ya de suyo un acontecimiento prodigioso, y que revela el dedo de Dios, el triunfo del catolicismo no hubiese sido completo si la obra comenzada no hubiera tenido el conveniente desarrollo y llevado impreso el sello de la estabilidad. Ahora bien, ¿quién tenia que decidir esta cuestion? ¿A quién tocaba completar esta victoria? Al tiempo: éste es, como ha dicho un sábio, el grande enemigo de toda institucion, éste el formidable poder, cuya accion siempre jóven, siempre nueva á pesar de los siglos que avanza en su carrera, hiere de muerte cuanto crea el hombre, destruye los imperios, carcome los tronos, mina las sociedades, y hace desaparecer las mas robus-

tas dinastías. Si pues demostramos que el catolicismo ha resistido á ese agente poderoso de la eternidad, que ha sabido sobreexistir á su accion, y que ha triunfado de su fuerza, despues de haber vencido á la idolatría y al imperio romano, nos veremos irresistiblemente obligados á convenir en que esa religion no es obra humana, sino un portento de la divinidad, pues de otro modo hubiera tarde ó temprano sucumbido á ese elemento destructor.

¡Oh! ¡Qué bello espectáculo nos ofrece el catolicismo bajo el punto de vista de su progreso y estabilidad! Ninguna otra institucion ha experimentado tanto como ésta la accion poderosa del tiempo, pero sin que su helada mano haya conseguido imprimir siquiera sobre ella la menor señal de su fuerza y poderío. Todos cuantos elementos tiene á sus órdenes ese colosal gigante, la esperiencia, la novedad, la corrupcion, la guerra, nada hay que no haya puesto en juego para atajar los pasos de la religion católica, para impedir su propagacion, y para destruir su imperio. ¿Cuántos obstáculos no ha suscitado contra ella en la larga série de mas de quince siglos que han transcurrido desde que por el advenimiento de Constantino al trono de los Césares, quedó constituida definitivamente en la capital del imperio romano? ¿Cuántos combates no ha tenido que sostener contra los esfuerzos del error, contra los intereses de la política, contra el egoismo de la ciencia, contra la corrupcion de las pasiones, y contra el encono de la incredulidad? ¿Cuántas tormentas no ha visto estallar sobre su cabeza, cuántas conjuraciones no ha visto hurdirse, cuántos complots no ha visto formarse para su exterminio, ora de parte de príncipes mal aconsejados que intentaron resucitar el paganismo muerto para colocarle sobre los escombros del culto del Crucificado, ora de parte de génios orgullosos que corrompiendo las tradiciones católicas sembraron en el mundo el funesto gérmen de la heregia, ya del lado de la barbarie que, armada de la hacha devastadora, pretendió reducir á cenizas hasta los últimos recuerdos de su gloria, ya en fin del lado del cisma, de las revoluciones, y de esas mil escuelas que abortó el infierno en dias de delirio, para acabar si posible fuese con la existencia de esa hija del cielo? Pero seria inútil sobre importuno repetir aquí lo que to-

dos sabeis, lo que mil veces habeis oido, lo que nadie puede ignorar, siquiera no haya hecho mas que recorrer ligeramente las brillantes páginas de la historia del catolicismo. Todo el mundo sabe que no ha habido medio que no se haya empleado para desmentir las promesas hechas por el Salvador á su Iglesia; que todo ha conspirado de consuno á impedir el desarrollo de la doctrina católica, y á derrocar los cimientos de ese augusto edificio fundado sobre la piedra angular Cristo Jesus. El poder de la inteligencia, la fuerza de las armas, el ascendiente de las doctrinas, el orgullo de la dominacion, la influencia de los tronos, los secretos de la diplomacia, las combinaciones de la política, los amaños del error y hasta los ardides de la ignorancia, nada de cuanto ha podido contribuir á la ruina del catolicismo, ha dejado de estar en continuo y creciente movimiento, desde que se estableció en el mundo para llevar á cabo ese plan destructor. El tiempo, en fin, ha agotado sus recursos y ha hecho cuanto hacer podia para imprimir su sello sobre esa obra colosal: pero como era hija de la eternidad, como su origen era mas elevado, y reconocia por autor al Dios de la eternidad y del tiempo, su accion, á que nada en el mundo resistió jamás, ha venido á embotarse sobre ella. El tiempo ha pasado, y la religion católica ha permanecido fija é inmóvil sobre su antigua base; los siglos han ido desapareciendo unos en pos de otros, y ella ha quedado en pié sin perder nada de su belleza y juventud. Mientras que bajo su mano de hierro han caido por el suelo cien imperios, y confundidose en el polvo innumerables pueblos, y cambiado de dueño mil tronos, y trastornádose dinastías sin cuento, el catolicismo no ha cesado de desplegar una existencia cada vez mas gloriosa y brillante, y marchado siempre en su mision civilizadora. Aquí ha asistido á los funerales de unas naciones que dejaron de vivir por faltarles las condiciones esenciales de su existencia; allí, atravesando distancias inmensas y mares tempestuosos, ha creado nuevas sociedades con su benéfico influjo, ó reanimado otras con su soplo vivificador; y donde quiera, defendiendo con su égida los intereses de la humanidad, ha multiplicado sus beneficios y derramado fecundos gérmenes de vida y de salva-

cion. Y cuando conmovida la Europa y empeñada en sangrientas luchas, dejaba apagar la antorcha de la civilizacion, el catolicismo, que no era escuchado entre el ruido de las armas y el polvo de los combates, marchaba á derramar la luz á otras regiones, y civilizaba hordas salvages, y formaba en otro hemisferio una nueva sociedad y un mundo enteramente nuevo. Y en tanto que el filosofismo trastornando con sus sofismas todas las inteligencias, hundia en el abismo de la ignorancia á los pueblos mas ilustrados, y entronizaba el despotismo, y hacia huir la libertad, y despedazaba los cetros, incendiaba los altares, y veia huir la cultura, la moralidad, el órden social, y hasta los mas íntimos instintos de la racionalidad, el catolicismo, aunque perseguido y tiranizado, comunicaba su vida á los esparcidos restos de una sociedad cadavérica, reanimaba con su aliento divino los huesos descarnados de la Europa, infundia con su doctrina la respiracion en el alma de un siglo agonizante, y arrancaba esa víctima de las garras de la muerte con su palabra omnipotente y civilizadora. En una palabra, el catolicismo se ha desarrollado á pesar del tiempo, ha sobreexistido al tiempo, y ha perpetuado su imperio contra todas las dificultades que le ha opuesto el tiempo. Su doctrina es hoy la misma que era hace diez y ocho siglos; sus dogmas no han variado; su fé no ha decaído; su constitucion es idéntica. El paganismo desapareció, y la religion cristiana se enalteció sobre sus ruinas. El imperio romano dejó de existir, y el reino de Jesucristo tiene su trono y su centro allí donde aquel dominó por largos siglos los destinos del mundo. Las heregias murieron, y la verdad católica á quien intentaron destruir, se ostenta hoy mas fuerte y robusta que nunca. Todos los poderes que el tiempo ha opuesto á la Iglesia, de cualquiera clase que hayan sido, todas las dificultades que la ha suscitado, han sido impotentes para lograr sus planes. Hasta el cisma griego y el protestantismo, parapetados hoy día en ciertos puntos del globo á la sombra de algunos tronos sus protectores, no pueden menos de reconocer su derrota y rendir homenaje á esa Iglesia que abarca en su recinto la mayor parte del globo, y tiene hijos en los mismos paises separados del centro de la unidad.

Basta, señores: ¿quién habrá que no reconozca en el establecimiento del catolicismo, en su desarrollo y estabilidad á través de los siglos, un prodigio aun mas digno de admiracion que el milagro de la multiplicacion de los panes de que hoy nos habla el Evangelio? ¿Quién, á no querer cerrar los ojos á la luz, dejará de ver en esto el sello de la divinidad? A no ser obra de Dios, ¿cómo hubiera podido establecerse del modo que hemos visto, en una época en que todo conspiraba á repeler el nuevo culto, en medio de unas sociedades en que las doctrinas del sensualismo habian encarnado tan profundamente, y cuando la idolatría que era la religion de todo el mundo conocido, era al propio tiempo el poder mas formidable, el imperio mas vasto del universo? Y aun cuando esto hubiese sido factible, ¿cómo hubiera podido resistir á una lucha de diez y ocho siglos, y desarrolládose y perpetuádose de un modo tan admirable, por entre tantos elementos conjurados contra su existencia, y haciendo frente á guerras tan continuadas, á tan tenaces persecuciones, á pruebas tan terribles, si un Dios no hubiese sostenido su obra con su mano omnipotente? Pero es inútil prolongar nuestros racionios, cuando los caracteres que brillan en esa religion salvadora hablan mas elocuentemente que todos los discursos humanos. No hay medio: ó es preciso confesar que el catolicismo es de origen divino, ó de lo contrario su establecimiento y su perpetuidad es un fenómeno incomprendible, un acontecimiento escéntrico, si asi puedo espresarme, que está fuera del orden comun de las causas y de los efectos, una cosa que desmiente todos los cálculos de la ciencia, y no puede explicarse por las leyes generales del racionio ó de la lógica. Y entonces ¿cómo le llamaremos? Elijan lo que mejor les plazca nuestros modernos sábios; nosotros no dudaremos llamarle milagro, y milagro sorprendente y nunca visto. Confesaremos gustosos que el dedo de Dios está ahí visible y patente, y que nadie sino él ha podido obrar tan grande maravilla. Y ¡ay del que se obstinase en desconocerlo! Su orgullo y su pertinacia vendrian á ser el sepulcro de su fé: quedaria aplastado bajo el enorme peso de esa piedra angular sobre que descansa el inmortal edificio de la religion, y nada conseguiria sino hacer mas visible su propia ruina. Por el contrario, el que en

vista de ese gran prodigio siempre permanente, reconociere y confesare como las turbas del Evangelio, que Jesucristo es el verdadero Dios-Hombre prometido al mundo, y el catolicismo la obra mas perfecta y acabada de su poderosa diestra, obrando en el tiempo conforme á esta creencia, conseguirá en la eternal mansion de la gloria, la verde palma de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA DE PASION.

INESCUSABLE CONTRADICCION DE LOS QUE Á VISTA DE LA ESCOLENCIA DE LA DOCTRINA CATÓLICA, RECONOCIDA AUN POR SUS MISMOS ÉMULOS, SE RESISTEN Á CONFESAR SU DIVINIDAD.

Quis ex vobis arguet me de peccato? Si veritatem dico vobis, quare non creditis mihi?

¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Si os digo la verdad, ¿porqué no me creéis?

JOAN. VIII. 46.

JAMÁS el lenguaje humano habia podido rémontarse á tanta altura cual nos presentan las palabras de Jesucristo en el Evangelio de este día. Nadie sino él podia apelar al testimonio de sus enemigos, y provocarles á que indicasen si habian advertido la menor tacha en su vida ó en su doctrina. Por virtuoso que sea el hombre, no es posible que deje de participar mas ó menos de las miserias é imperfecciones que son comunes á su naturaleza viciada y enferma por la culpa primitiva; y no solamente sus acciones, sino que tambien sus enseñanzas llevan siempre impreso el sello de la degradacion y del trastorno que sufrieran su inteligencia y su corazon por efecto de la desobediencia del primer hombre. Asi que solo un Hombre-Dios, incontaminado, santo, y segregado de la masa comun de los pecadores, segun el lenguaje de San Pablo (1), tenia derecho á decir como

(1) Sanctus, innocens impollutus, segregatus á peccatoribus. (Ad Hebr. VII. 26.)

dijo efectivamente en cierta ocasión á las turbas de los judíos: *¿Quién de vosotros me convencerá de pecado? Y si os digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios, escucha las palabras de Dios. Pero vosotros no sois de Dios, y por eso no las escucháis.*

Palabras atrevidas, lenguaje sublime que desde luego revela la divinidad del que de esta suerte osa desafiar el encono, la envidia, la animadversión, y todas las malas pasiones de unos hombres que no obstante los prodigios de bondad y de sabiduría que continuamente están viendo en Jesucristo, todavía se resisten á reconocerle por su Dios y único Salvador, y acechan donde quiera sus pasos, y espian sus acciones y palabras, por ver si pueden sorprenderle en la menor trasgresion. Pero no pudiendo conseguirlo, y confundidos por una interpelacion tan vehemente como repentina, apelan de nuevo á la calumnia, y contestan: *No decimos bien nosotros que tu eres samaritano, y estás endemoniado? ¡Débil recurso! La verdad no se combate con apóstrofes, ni es posible que deje de alumbrar la luz por las imprecaciones que contra ella lanzan los que por tener la vista enferma no pueden sufrir sus resplandores. Lo mismo valdria arrojar puñados de polvo contra el sol para que no alumbrase nuestro horizonte. Por eso Jesucristo, despreciando altamente las acusaciones de sus ciegos enemigos, les dice: *Yo no estoy poseido del demonio, sino que honro á mi Padre y vosotros me habeis deshonrado á mi. Yo no busco mi gloria: pero hay otro que la promueve, y él me vindicará. En verdad, en verdad os digo: que quien observáre mi doctrina, no morirá para siempre.**

Una respuesta tan contundente parece que hubiera debido hacer enmudecer para siempre la malignidad judáica. Mas no: el error nunca cesa; lanzado de una posicion, se parapeta en otra, y arroja desde allí toda la bilis de su emponzoñado carazon. No bien hubieron oido los judíos las últimas palabras del Salvador, esclaman como en tono de triunfo: *Ahora acabamos de persuadirnos que estás endemoniado. ¡Cómo! Abraham murió, murieron tambien los Profetas, ¿y tú dices: quien observáre mi doctrina no morirá eternamente? ¿Acaso eres tú mayor que nuestro Padre Abraham, el cual*

murio, y que los Profetas, que asimismo murieron? ¿Por quien te tienes tú? Critica era por cierto la situacion en que colocáran á Jesucristo sus incansables émulo. Preciso se hacia ya manifestarse tal cual era, descorrer el velo que ocultaba su origen divino, y proclamar abiertamente la eternidad de su sér. Asi lo hace en efecto pronunciando estas solemnes palabras: *Si yo me glorifico á mi mismo, mi gloria en vuestro concepto será de ningun valor. Pero el que me glorifica es mi Padre, aquel que decís vosotros que es vuestro Dios. Vosotros empero no le habeis conocido; yo sí le conozco; y si digese que no le conocia, seria tan mentiroso como vosotros... Abraham vuestro padre ardió en deseos de ver mi dia: vióle, y se llenó de gozo... En verdad, en verdad os digo, que antes que Abraham fuera criado, ya existia yo. Al oír esto los judios, cogieron piedras para tirárselas: pero Jesus se evadió de ellos, y salió del templo.*

Hed aquí señores lo que viene sucediendo en el mundo respecto del catolicismo que es la espresion mas sublime, y aun pudiera decirse, la encarnacion viva de su divino fundador. Él solo, entre todas las grandes instituciones que han visto los siglos, no solamente ha podido y puede probar su divinidad por la intachable pureza de su doctrina, por la inalterable unidad de su constitucion, y por la sublimidad invariable de sus dogmas, sino que puede tambien apelar en todas épocas al testimonio de sus mas encarnizados enemigos, que unos en pos de otros vienen rindiéndole á su despecho el mas brillante homenaje de admiracion. Y sin embargo, por efecto de una contradicción que solo puede esplicarse por la versatilidad inherente á toda doctrina errónea, y por la inagotable malicia del corazon humano cuando ha llegado á dejarse dominar del espíritu de mentira, vemos perpetuarse en el mundo la mas tenaz resistencia á la doctrina católica, y esa lucha que empezó en el paraiso entre el error y la verdad para no concluir sino con los siglos. Por manera que el catolicismo está siempre en el caso de decir á sus enemigos lo que su divino fundador decia á los judios en el presente Evangelio: *Si veritatem dico vobis, ¿quare non creditis mihi?* No examinaremos las causas de esta resistencia tan inconcebible. Ya en uno de nuestros

anteriores discursos nos ocupamos de este asunto (1). Solo nos limitaremos hoy á consignar *«la inexcusable contradicción de los que á vista de la pureza y escelencia de la doctrina católica, reconocida aun por sus mismos émulos, se resisten á confesar su divinidad.»*

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

El hombre degradado lleva dentro de sí un gérmen funesto de rebelion que sostiene en él esa lucha intestina trabada hace cerca de seis mil años entre la razon humana y la razon divina. La una viene combatiendo por el error: la otra por la verdad; aquella aspira á entronizar al hombre sobre Dios: ésta trabaja por conservar á Dios sobre el hombre; de una parte está la humana inteligencia apoyada por el orgullo, que se resiste á plegar su frente ante todo aquello que no puede comprender por sí misma: de otra está la revelacion, basada en la autoridad infalible de Dios, que la impone el deber de cautivar sus débiles luces en obsequio de la fé (2). Que ésta lucha pudiera existir antes de la aparicion de Jesucristo en la tierra, cuando la humanidad rodeada de tizieblas no veia en torno suyo mas que símbolos y figuras, dogmas confusos, tipos proféticos y signos misteriosos, se concibe fácilmente. Al fin la ley antigua no era mas que una preparacion al Evangelio: y la verdad no se manifestaba tan brillante y clara, que no dejase al entendimiento enfermo del hombre lugar de admitir dudas acerca de su exactitud. Pero, ¿sucede lo mismo despues que el divino Salvador se dejó ver entre nosotros trayendo en su mano la refulgente antorcha del Evangelio? ¿Es concebible esa resistencia del humano orgullo á la doctrina católica,

(1) Véase el discurso para la Dominica de Sexagésima, pág. 154.

(2) In captivitatem redigentes omnem intellectum in obsequium Christi. (II. Corint. X. 5.)

después que ésta ha derramado la mas brillante luz sobre todas las verdades que forman el objeto de nuestra fé? ¿No ha demostrado que ella es la mas pura, la mas santa, la mas sublime, la mas conforme á la recta razon, la que mas se acomoda á las necesidades de los pueblos, la que mejor corresponde al progresivo desarrollo de las sociedades, la única en fin, que calma las inquietudes del corazon, da la paz al alma, satisface sus deseos, y realiza sus aspiraciones hácia una felicidad que no encuentra en ninguna otra parte? Todo esto lo habeis oido ya en mis discursos anteriores, y no creo oportuno insistir mas en ello. Escuchemos únicamente un breve bosquejo de la escelencia de esa doctrina en sus diversas relaciones con la humanidad, trazado por una mano maestra. Siempre oireis con gusto al águila de Meaux en todo lo que es de suyo grande y sublime.

«La doctrina católica, empezando por el principio de todas las cosas, refiere á Dios el hombre todo entero, en su raiz, en sus ramas y en sus frutos, es decir, en su naturaleza, en sus facultades, y en todas sus operaciones. Enséñanos que somos sus víctimas, y por lo tanto nos exhorta á domar nuestras pasiones y mortificar nuestros sentidos, seductores demasiado sutiles de nuestra razon. Su prevision en este punto vá hasta apagar en el fondo de nuestro corazon la menor chispa que pudiera causar un incendio. Sofoca la cólera en su origen, por temor de que encrudeciéndose no se convierta en ódio implacable. No espera á arrebatarse la espada de las manos del niño cuando éste se ha dado un golpe mortal, sino que se la arranca tan luego como ha recibido la menor picadura. Nada omite por someter el cuerpo al espíritu, y éste todo entero á Dios que le crió... Pero el hombre está llamado á vivir en sociedad con los demás hombres; y en su consecuencia, después de la primera obligacion de amar á Dios sobre todas las cosas, la doctrina católica nos impone el deber de amar á nuestros prójimos como á nosotros mismos en espíritu de sociedad. Allí se vé establecida admirablemente bajo la proteccion de Dios la caridad fraternal, siempre sagrada, siempre inviolable, á pesar de las injurias y de los intereses; allí la limosna, tesoro inagotable de gracias celestiales; el perdón de los enemigos,

garantía segura del perdón que esperamos de Dios, y la reconciliación con nuestro hermano irritado, preparación indispensable para acercarnos á las sagradas aras. Allí, en una santa distribución de los oficios de la caridad, aprende el hombre á quién debe el respeto, á quién la obediencia, á quién el servicio, á quién la protección, á quién el socorro, á quién la condescendencia, á quién saludables amonestaciones. Allí, en suma, aprende á hacer justicia á todos, y á no faltar á nadie, bien así como desea que nadie le falte á él mismo.» «¿Y qué no ha hecho el catolicismo para constituir las familias? No contento Jesucristo con conservar al matrimonio su honor primitivo, ha hecho de él un sacramento, signo misterioso de su casta unión con la Iglesia, y de esta suerte ha consagrado el origen de nuestro nacimiento. Para evitar que el amor se extravíe en la multitud de objetos, le ha restablecido en su estado natural haciéndole réinar en dos corazones unidos, para hacer emanar de esta unión una concordia inviolable. Plúgole que la alianza mas santa del linage humano fuese asimismo la mas duradera, y declaró indisoluble el lazo conyugal. De este modo ha dado al matrimonio una forma augusta y venerable que honra la naturaleza, tolera la debilidad, conserva la templanza, y enfrena la sensualidad.»

¿Qué diremos de esas santas leyes que hacen á los hijos sumisos, y caritativos á los padres, que inculcan la justicia á los amos, y la obediencia á los criados? ¿Quién mejor que la doctrina católica ha establecido la autoridad de los príncipes, de los magistrados y de los poderes legítimos? Ella hace de la sumisión que les es debida un deber imprescindible. Les eleva un trono en las conciencias de los súbditos, y toma bajo su protección la autoridad y la persona de los superiores. Enseña á los monarcas que la espada les ha sido dada para castigar á los malvados; pero al mismo tiempo les hace saber que no deben hacer uso de su autoridad sino en alivio de los buenos. La sancion de esta brillante moral es terrible, pues el castigo de los trasgresores no debe durar menos que la eternidad, bien así como debe ser tambien eterna la recompensa de los que la practican fielmente...»

En vista de la pureza y sublimidad de esta doctrina, no hay que

estrañar, señores, que causase la mas grande admiracion aun en los mismos judios enemigos declarados del Salvador, como lo refiere el Evangelista San Lucas (1); ni que de en medio de las turbas que le seguian en pos, se levantase alguna vez un grito general de entusiasmo, confesando que jamás hombre alguno habia hablado tan divinamente como él (2). Lo que es en extremo chocante y extraordinario, lo que no puede concebirse fácilmente es que en los siglos mas ilustrados, en las sociedades mas civilizadas, cuando la doctrina católica ha sido sometida á todas las pruebas del tiempo, y pasado, digámoslo así, por el crisol de tantas luchas, de tantas adversidades, y de combates tan multiplicados, cuando el génio, la ciencia, las pasiones y todos los elementos conjurados contra ella han ensayado inútilmente sus fuerzas y vístola salir cada vez mas depurada, mas brillante y hermosa, haya todavia hombres que la hagan una resistencia sistemática, y se nieguen á reconocer su origen divino. Nunca como en nuestra época, en que el racionalismo y las demás escuelas filosóficas han agotado ya todos los recursos para triunfar de la doctrina católica, sin que hayan obtenido otro resultado mas que el de demostrar su superioridad sobre todas las doctrinas humanas y la impotencia de estas para hacer la felicidad del mundo sin el concurso de aquella, nunca, repito, mejor que ahora puede decir lo que Jesucristo decia á los judios del presente Evangelio: *¿Quis ex vobis arguet me de peccato?* ¿Quién de vosotros osará convenirme del mas leve error? Indicad, si os atreveis, la menor tacha que hayais podido encontrar en mis enseñanzas. Señalad un solo punto en que podais tildarme de enemiga de la verdadera civilizacion. Decidme en qué he contrariado yo jamás la marcha progresiva de la humana inteligencia. Pero no podreis. Diez y ocho siglos responderán por mí y desmentirán las acusaciones virulentas de mis enemigos. He dicho poco: mis mismos enemigos serán los primeros en hacerme justicia. Yo he recogido sus testimonios, he tomado acta

(1) Stupebant in doctrina ejus, et omnes mirabantur in verbis gratiæ quæ procedebant de ore ipsius. (Luc. IV. 22. 32.)

(2) Nunquam sic locutus est homo. (Joan. VII. 46.)

de sus palabras, y ellas me bastan para formar mi mas brillante vindicacion. Oid únicamente un pasaje que vale por todos cuantos pudieran aducirse en la materia (1). « Imposible es, dice el célebre autor del Emilio, que sea un puro hombre el héroe que forma el argumento de la historia del Evangelio. ¡Qué dulzura tan encantadora aparece en sus palabras! ¡Qué pureza tan grande en sus costumbres! ¡Qué gracia tan insinuante en sus instrucciones! ¡Qué elevacion en sus máximas! ¡Qué sabiduría tan profunda en sus doctrinas!... ¿Dónde pudo hallar esa moral tan pura y elevada, de cuya práctica solo él ha dado el ejemplo? Del seno del mas furioso fanatismo vióse brotar la mas pura y luminosa sabiduría; y la simplicidad de las virtudes mas heroicas honró al mas vil de todos los pueblos (2). »

Ahora bien, puesto que todo, hasta la pluma de los mas apasionados enemigos del catolicismo se reúne para formar su mas brillante elogio, ¿en qué se apoya la incredulidad moderna para resistir á su saludable influencia? ¿Por qué no reconoce que siendo su doctrina esencialmente divina, es por lo tanto la única que debe dominar en el mundo de las inteligencias? ¿Por qué se niega á admitirla como el primer elemento salvador y civilizador de las sociedades? *Si veritatem dico vobis, ¿quare non creditis mihi?* Pero ¡ay! la causa de esta resistencia, que envuelve la mas enorme contradiccion, estaba ya prevista por el Salvador de la humanidad. Lo que él dijera á los incrédulos de su tiempo, puede muy bien decirse á los del siglo XIX: *Qui ex Deo est, verba Dei audit: propterea vos non auditis, quia ex Deo non estis.* La verdad solo puede ser entendida por los que no han lanzado á Dios de su corazón. Nunca la doctrina católica pudo hallar eco en almas materializadas y terrestres. Los siglos modernos á fuerza de discurrir sin la luz de la revelacion divina, se han rodeado de una atmósfera ténebrosa que no les deja ver la antorcha de la fé. Divinizaron la razon humana, rin-

(1) Pueden verse algunos otros en el Discurso para la Dominica III de Adviento, pág. 32.

(2) J. J. Rousseau, Emilio, T. III, P. 179.

dieron culto á la materia; el egoismo, el interés, todas las malas pasiones se han agitado en el corazón del hombre para hacer frente al Evangelio. No se han contentado nuestros filósofos con apostrofar á su divino autor con el nombre de Samaritano y poseído del demonio, como lo hicieran en otro tiempo los judíos: han hecho más: le han apellidado *infame*, y á este grito infernal vieron brotar del abismo numerosas huestes armadas contra Cristo, contra su Iglesia, contra sus ministros, y contra todo cuanto decia relacion al culto católico. Nosotros vimos un pueblo embriagado del más furioso fanatismo despedazar los más respetables monumentos de la religion, incendiar los altares del crucificado, lanzar al fuego sus libros sagrados, arrastrar por el suelo el simbolo de nuestra redencion, y gritar como un energúmeno: *¿Nonne bene dicimus nos, quia Samaritanus es tu, et demonium habes?* ¿No deciamos bien nosotros que el catolicismo es el enemigo declarado de la libertad de las naciones, que aspira á entronizar el despotismo teocrático sobre las ruinas de nuestras antiguas instituciones, y que no hay salvacion para los pueblos ínterin no hagamos desaparecer hasta el menor vestigio de esa religion opresora de la razon humana? *¿Nonne bene dicimus nos, etc.?* ¿No deciamos bien que la doctrina católica está en lucha abierta con las luces del siglo, que no puede avenirse con la marcha de la inteligencia en su movimiento progresivo, que es una rémora á los adelantos de la ciencia, y propende á perpetuar en la culta Europa su influencia estacionaria y retrógrada? *¿Nonne bene dicimus nos, etc.?* ¿No deciamos bien que si quieramos ver triunfar los imprescriptibles derechos de la inteligencia, y el pensamiento humano libre de las trabas que le impedian remontar su vuelo á las abstractas regiones de la filosofia, era de absoluta necesidad dar por el pié á ese carcomido edificio de la religion, que tiempo há amenaza hundirse por su propio peso? Esto dijeron los hombres del último siglo: y tomando en sus manos, no ya piedras como los judíos de nuestro Evangelio, sino la tea revolucionaria, la hacha de la devastacion, precipitáronse sobre el catolicismo, nada dejaron existente de cuanto á él se referia, hicieron correr por el suelo la sangre de sus ministros, llenaron la Europa de ruinas, y por un momento creyeron que

su obra estaba terminada, y entonaron himnos fúnebres á la muerte de su mas irreconciliable enemiga la religion del Calvario.

No tardó empero el siglo en convencerse de su error. El catolicismo no habia muerto. Habia desaparecido momentáneamente, como Jesus desapareció de la vista de sus enemigos cuando intentaron apedrearle en el templo. Mas bien presto se dejó ver de nuevo, cuando próxima á perecer la sociedad en los mismos lagos de sangre en que la incredulidad intentó ahogar á la religion católica, y persuadido el siglo de que las doctrinas que la filosofia pretendiera sustituir á la doctrina evangélica, no solo eran impotentes para mejorar el estado de la humanidad, sino que arrastraban el mundo á un abismo sin fondo, tuvo que llamar en su auxilio á su misma víctima; dando así un brillante testimonio á la divinidad de esa religion salvadora, y demostrando á su despecho que sola ella está llamada á hacer felices á los pueblos que permanecen fieles á sus principios altamente sociales, humanitarios y civilizadores.

Mas no por eso, señores, ha dejado de existir esa contradiceion monstruosa que venimos notando, ni ha sido menor en nuestro siglo la resistencia que la razon humana ha hecho y hace á la doctrina católica. El error ha cambiado de táctica, pero no ha renunciado al combate; la filosofia ha tomado distinto rumbo, pero no ha depuesto su antiguo encono; la marcha que ha adoptado es, si se quiere, mas noble ó menos repugnante que la adoptada en el siglo pasado, pero sus intenciones son siempre las mismas, é idéntico el objeto que se propone. Si ha evocado en su auxilio la ciencia, si ha puesto en tortura al génio, si ha investigado los secretos de la naturaleza y consultado los monumentos mas ilustres de la antigüedad, no ha sido con el fin de esclarecer los hechos ni de hacer brillar la verdad, sino con el fin harto conocido de desmentir los divinos oráculos, de sembrar eternas dudas y suscitar cuestiones inútiles; en una palabra, lo que ha querido y quiere es embrollarlo todo con sutilezas metafísicas, y hacer prevalecer á todo trance los estravios de la humana inteligencia sobre los dogmas del catolicismo, aun á costa de incurrir en los absurdos mas palpables y en las mas enormes contradicciones. En vano la doctrina católica se mostrará cada dia mas luminosa y

divina. En vano los acontecimientos sociales vendrán á deponer en favor de su benéfica influencia. En vano las mismas crisis y las revoluciones de los pueblos harán cada vez mas visible la necesidad de ese principio que envuelve en su esencia todos los elementos de orden y bienestar. Aunque nuestro siglo esté altamente convencido de la superioridad de la doctrina católica sobre todas cuantas viene inventando el humano ingenio, siquiera no pueda dudar racionalmente de que ella sola puede hacer la dicha de la humanidad, individual y socialmente considerada, no por eso depondrá sus errores ni lanzará sus preocupaciones. Insistirá como los judios de nuestro Evangelio en su obstinacion, amontonará sofismas sobre sofismas para oscurecer la luz de la verdad, llegará hasta mirar á Jesucristo como un mito y á negar su personalidad histórica; y entonces su doctrina no será mas que una pura invencion hábilmente preparada para alucinar al vulgo crédulo é ignorante, y sus dogmas, y sus preceptos, y cuanto vienen respetando y venerando diez y ocho siglos, no habrá sido otra cosa mas que una impostura fraguada por el mas ciego fanatismo.

Quando la sociedad ha llegado á este punto, ¿qué remedio pudiera oponerse á tamaños desaciertos? ¿Quién será capaz de curar una llaga tan profunda? Solo Dios con su omnipotencia seria bastante á obrar ese prodigio. Por lo demás, á nadie sino á sí propios deben imputarse los hombres y los pueblos las funestas consecuencias de una resistencia tan tenaz. Si no quieren convencerse de la verdad á vista de tan insignes testimonios como la demuestran; si se empeñan en oponerse abiertamente á la evidencia, y en cerrar los ojos á la luz, ¿quién sino ellos deben cargar con la responsabilidad de una contradiccion tan monstruosa? Obra suya será su perdicion, si teniendo delante el camino que conduce á la vida, se arrojan ciegos al abismo de la muerte; si brindándoles el catolicismo con una doctrina que encierra los mas fecundos gérmenes de dicha y bienestar, prefieren alimentarse de unas doctrinas que tiempo há vienen demostrando que solo pueden producir desgracias y trastornos; si pudiendo vivir prósperamente y adelantar en la senda de la verdadera civilizacion bajo la influencia de esa religion divina que desterró del

mundo la ignorancia y todo lo ilustró con sus eternos resplandores, quieren mejor vivir en perpétuos conflictos y en interminables luchas, sin avanzar un paso en el positivo progreso social por seguir las deslumbradoras máximas de una filosofía hueca y altisonante que jamás fué capaz de formar un solo hombre dichoso.

Malamente culparian de sus desventuras á esa religion que no ha dejado un solo día de llamar á si á cuantos de buena voluntad han querido seguir sus huellas. No: ella siempre podrá reprochar á los hombres y á los pueblos su obstinada incredulidad. Donde quiera podrá decirles esa hija del cielo con la frente erguida: *Si veritatem dico vobis, ¿quare non creditis mihi?* ¿Por qué he de ser yo responsable de vuestros estravíos, puesto que continuamente os he estado predicando la verdad, y os habeis burlado de ella? ¿No os he dicho constantemente que toda doctrina que no está basada en la infalible autoridad de la Iglesia es errónea, y por lo tanto conduce á la perdicion temporal y eterna? ¿No os he repetido mil veces que fuera del centro de la unidad no hay salvacion para las sociedades? ¿No he insistido siempre en inculcaros que Jesucristo es únicamente el camino, la verdad y la vida? ¿Por qué, pues, no habeis dado crédito á mis palabras? *Si veritatem dico vobis, ¿quare non creditis mihi?*

Escuchémoslas nosotros, católicos, y no nos hagamos culpables de una resistencia tan funesta é inexcusable. Si; Jesucristo es el camino, y el que no le sigue marcha en las tinieblas; busquémosle, pues, y una luz indeficiente alumbrará nuestros pasos, y ahuyentará la ignorancia de nuestras inteligencias. Él es la verdad; ¿y en quién podríamos hallarla sino en aquel que tiene palabras de vida eterna? ¿La buscaríamos en las producciones de los sábios antiguos ó modernós? Mas ellos se dejan arrastar por todo viento de doctrina: y cuanto pudiera decirnos el panteismo ha sido ya condenado por la sana razón. ¿Se la pediríamos al protestantismo? Pero, ¿dónde está en él la fijeza doctrinal, signo característico de la verdad, cuando le vemos negar hoy lo que ayer enseñaba como dogma inconcuso? ¿La hallariamos en el filosofismo?... Pero basta: busquémosla únicamente en Jesucristo, donde existe toda entera, siempre invariable y

divina. Él es también la vida, vida de los pueblos no menos que de los individuos, luz esplendorosa que alumbra á todo hombre que viene á este mundo. La Redencion es el centro divino de donde parten los rayos que conservan y fomentan en nuestro corazon y en nuestra inteligencia el calor y el movimiento. Unámonos fuertemente á Jesucristo. Separados de él seriamos como sarmientos arrancados de la vid. La doctrina que nos propone es santa, santa su moral, santos sus dogmas. ¡Desventurado el que rehusare prestar la adhesion de su espíritu! Un castigo eterno haria justicia de tamaña aberracion. Abracemos, pues, la verdad, sigámosla, practiquémosla hasta el fin de nuestros dias, y ella nos franqueará las puertas de la inmortalidad.

DE LA FAMILIA CATÓLICA

Mariano José María: benedictus qui venit in nomine Domini: Hosanna
in excelsis.
Hosanna al hijo de David: benedictus el que viene en nombre del Se-
ñor: Hosanna en lo más alto de los cielos.

MATH. XXI. 9.

La vida en extremo es el misterio que hoy nos representa la Iglesia
nuestra madre, y digno de ser estudiado con la más profunda aten-
cion. El templo de Jerusalen en la ciudad de Jerusalen, la ovacion
completa que consistiere al entrar en aquella capital de la Judea,
y el entusiasmo con que sus habitantes le recibieran impulsados por
un movimiento espontaneo y repentino, son cosas que si a primera
vista pueden parecer estranas y de ninguna ó escasa importancia,
reveladas empero con una reflexion detenida, no pueden menos de
causar admiracion y asombro. Y en efecto; ¿quien es ese que con
su presencia pone en movimiento á todo un pueblo, y llama hacia
si las atenciones de todas las clases de la sociedad, hasta el extremo
de hacerle un recibimiento propio de un monarca, á pesar de las
humildes apariencias con que oculta su regio origen? ¿Quien es ese
cuyo paso se alborota el pavimento de una manera tan inusita-

DISCURSO

PARA LA DOMINICA DE RAMOS.

EL ESPONTÁNEO IMPULSO QUE SE NOTA GENERALMENTE EN LOS ESPÍRITUS
HACIA LA VERDAD, HACE PRESAGIAR EL COMPLETO TRIUNFO
DE LA UNIDAD CATÓLICA.

Hosanna filio David: benedictus qui venit in nomine Domini: hosanna in altissimis.

Hosanna al hijo de David: bendito sea el que viene en nombre del Señor: hosanna en lo mas alto de los cielos.

MATTH. XXI. 9.

GRAVE en extremo es el misterio que hoy nos representa la Iglesia nuestra madre, y digno de ser estudiado con la mas profunda atencion. El triunfo de Jesucristo en la ciudad de Jerusalem, la ovacion completa que consiguiera al entrar en aquella capital de la Judea, y el entusiasmo con que sus habitantes le recibieron impulsados por un movimiento espontáneo y repentino, son cosas que si á primera vista pueden parecer casuales y de ninguna ó escasa importancia, meditadas empero con una reflexion detenida, no pueden menos de causar admiracion y asombro. Y en efecto, ¿quién es ese que con su presencia pone en movimiento á todo un pueblo, y llama hácia sí las atenciones de todas las clases de la sociedad, hasta el extremo de hacerle un recibimiento propio de un monarca, á pesar de las humildes apariencias con que oculta su régio origen? ¿Quién es ese á cuyo paso se alfombra el pavimento de una manera tan inusita-

da, y se adorna el tránsito con flores y ramos de olivo, y en pos del cual se precipitan turbas inmensas aclamándole hijo de David? ¿Quién es ese á quien grandes y pequeños, hombres y mujeres, niños y ancianos saludaban entusiasmados «bendito el que viene en el nombre del Señor, hossana en las alturas?» Mil veces le habian visto entrar por sus puertas, pasear sus calles, frecuentar su templo, curar sus enfermos, dar vista á los ciegos, movimiento á los tullidos, habla á los mudos, vida á los muertos, y sin embargo nunca su entusiasmo habia rayado en tan alto grado, jamás su admiracion por Jesus de Nazareth habia pasado de ser una admiracion momentánea y estéril, que bien pronto se cambiaba en indiferencia, y á veces en desprecio, si no en ódio profundo. ¿Qué es, pues, lo que advierten en él de nuevo ó extraordinario, para que de esta suerte se dejen arrastrar á una manifestacion tan expresiva, y casi pudiéramos decir tan escéntrica? Justamente nunca el Salvador se habia dejado ver rodeado de esterioridades tan poco á propósito para escitar sentimientos de esta clase. Un asna es su carroza triunfal: dos pobres discípulos son sus heraldos: su comitiva la forman los demás apóstoles, todos ellos de nacimiento humilde, pescadores la mayor parte de aquellas cercanías; y sin embargo, todo el mundo al verle entrar en aquella disposicion, se siente movido de un superior impulso, y cual si obrasen de acuerdo por efecto de un plan combinado ya de antemano, le victoréan, le aplauden, y le llevan en triunfo en medio de prolongadas aclamaciones, cuyo eco se repite por todos los ámbitos de Jerusalem. Oigamos cómo pinta el Evangelista San Mateo esta escena:

Acercándose á Jerusalem Jesus con sus discípulos, luego que llegaron á Bethphage, al pié del monte de los olivos, despachó dos de ellos, diciéndoles: Id á esa aldea que se vé enfrente de vosotros, y sin mas diligencia encontrareis una asna atada, y su pollino con ella: desatádmelos, y traédmelos: y si alguno os dijere algo, respondedle que los há menester el Señor, y al punto os los dejará llevar. Todo esto sucedió en cumplimiento de lo que dijera el Profeta: Decid á la hija de Sion: mira que viene á ti tu rey lleno de mansedumbre, sentado sobre una asna y su pollino,

hijo de la que está acostumbrada al yugo. Habiendo ido los discipulos, hicieron lo que Jesus les mandó, y trajeron el asna, y el pollino: y los aparejaron con sus vestidos, y le hicieron sentar encima. Y una gran muchedumbre de gentes tendian por el camino sus vestidos: otros cortaban ramos de los árboles, y los ponian por donde habia de pasar; y tanto las gentes que iban delante, como las que venian detrás, clamaban diciendo: Hosanna al hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor: hosanna en lo mas alto de los cielos.

Sin duda, señores, estaba decretado en los designios de la Providencia, que aquel Hombre-Dios que en breve iba á ser el objeto del furor de un pueblo fanático y deicida, para que así se cumpliesen en él todos los vaticinios, y se consumase la grande obra de la Redencion, fuese momentos antes el objeto de su mayor entusiasmo. Sin duda queria Dios que su unigénito fuese aclamado y reconocido solemnemente por hijo del Altísimo, antes de ser escarnecido y crucificado como un criminal, para hacer mas visible la contradiccion, y mas inexcusable el horrendo crimen que iba á perpetrarse en su adorable persona: y hé aquí únicamente cómo yo me esplico ese triunfo tan inesperado, esa ovacion tan espontánea que hoy recibe Jesucristo en su entrada á Jerusalem, cuando su exterior humilde y hasta cierto punto chocante, parece que hubiera debido atraerle mas bien el menosprecio y la befa de aquel pueblo, que sus simpatias y su admiracion. Como quiera que sea, y sin tratar de investigar la razon de un misterio superior á la humana inteligencia, la consideracion de este triunfo del Salvador, que es como si dijéramos la declaracion, el reconocimiento solemne de su mision augusta sobre la tierra, puesto que se le aclama *enviado en nombre del Señor*, me conduce á considerar los caractéres divinos que resplandecen en el catolicismo, obra de Dios por excelencia, y al propio tiempo la inconsecuencia lamentable en que incurre el mundo, cuando despues de haberle visto triunfante en todas épocas y ostentando do quiera su influencia civilizadora, le mira en nuestros dias con la indiferencia mas glacial. Sin embargo, no nos faltan motivos para consolarnos: la accion del catolicismo no ha sido tan estéril como

aparece á primera vista. En medio de un siglo agostado, digámoslo así, por las doctrinas del materialismo, germinan no obstante semillas de restauracion: los pueblos empiezan á despertar del funesto sueño en que han permanecido largo tiempo: todos parece que se preparan á saludar al que viene en nombre del Señor; y «ese movimiento espontáneo que se nota generalmente en los espíritus hácia la verdad, nos hace presagiar el triunfo mas completo para la unidad católica». Hé aquí lo que me propongo demostraros en este discurso.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Si hay una cosa que esté en abierta oposicion con la naturaleza misma del hombre, y con sus mas caros intereses, es sin duda alguna esa indiferencia con que se ha mirado y mira todavia por algunos la verdad católica. Aun diré mas: esta indiferencia es la contradiccion mas palmaria en que pudiera incurrir nuestro siglo, es un fenómeno que no se explica fácilmente, puesto que su carácter, sus tendencias, sus aspiraciones incesantes, todo protesta contra esa impasibilidad con que ciertos hombres creen poder mirar cuanto se refiere á la religion. Y digo esto, porque si en todos tiempos el deseo de saber ha sido una cualidad inherente al corazon humano, si do quiera lleva consigo una inmensa necesidad de conocer cuanto le rodea, nunca empero como ahora se ha desarrollado esa sed insaciable, ni ha tomado proporciones tan colosales ese deseo de penetrar hasta los mas recónditos misterios de la ciencia, hasta los mas insondables abismos del porvenir. Siempre hubo genios emprendedores, hombres estudiosos que consagraron su vida á la investigacion de los diversos fenómenos que ofrece la naturaleza. Los unos consultaron las páginas de la historia, para aprender en lo pasado las reglas de evitar los males que en lo venidero pudieran sobrevenir á los pueblos: los otros rebuscaron por decirlo asi en las entrañas del globo

algunos restos geológicos que pudiesen servir á fijar la época de la creacion; estos pretendieron descubrir la naturaleza del sér humano, descomponiendo su organismo y estudiando hasta sus mas imperceptibles moléculas: aquellos mas atrevidos, se remontaron hasta el cielo deseosos de robarle sus mas profundos secretos. No ha habido por fin un objeto, por pequeño, por insignificante que sea, que no se haya sometido al mas severo exámen, y no haya proporcionado materia de estudio á la humana inteligencia. Pero, ¿cuando se ha visto un entusiasmo mas universal por esta clase de estudios, que en este siglo en que se dá una importancia inaudita al menor descubrimiento, en que la prensa, esa reina de la sociedad actual, llama altamente la atencion hácia cualquier servicio hecho á las ciencias ó á las artes, en que el vapor y la electricidad llevan instantáneamente de una á otra estremidad del globo los adelantos del génio y los prodigios de la civilizacion? Y en un siglo como éste, ¿es concebible la indiferencia hácia el catolicismo? ¿Puede esplicarse que los hombres no se ocupen de él mas que superficialmente, y como de una cosa de escasa importancia? ¿Será por ventura mas útil el conocer los diversos fenómenos que presentan los cuerpos celestes, y los mil problemas que proponen á la solucion del hombre estudioso las ciencias fisico-matemáticas y otras de que tan entusiasmado se muestra nuestro siglo, que el estudiar á fondo esa religion que es la base y el cornisamento á la vez de todas las ciencias, puesto que encierra todo cuanto el hombre debe saber para dirigir sus acciones hácia el fin sublime para que fué criado? Concebimos fácilmente que puedan ignorarse muchas cosas en los diversos ramos del saber humano, sin que su ignorancia pueda tener ninguna consecuencia funesta ni para el individuo ni para la sociedad. Ignórese por ejemplo, que el sol está inmóvil en el centro del globo, ¿dejará por eso de continuar alumbrándole con sus resplandores, y derramando el calor, la vida y la fecundidad en toda la naturaleza? No: pero ignórense los misterios del catolicismo, sus dogmas, su doctrina, y vereis los tristes resultados de esta ignorancia. El hombre desprovisto de ese principio vital, falto de ese alimento indispensable á su espíritu, no hará mas que arrastrar una existencia fatigosa y débil. Y

la sociedad en donde se agitan tantos intereses encontrados, en donde se cruzan tantas pasiones, y en donde se suceden sin cesar las opiniones humanas unas tras otras como las oleadas de un mar inquieto y turbulento, ¿qué sería sin el apoyo de ese elemento, único que puede calmar la ambición, enfrenar el egoísmo, y contener la impetuosidad del orgullo y demás vicios que trastornan el orden y relajan los vínculos sociales? Ningun hombre, ningun pueblo puede mirar con indiferencia la religion católica, sin comprometer su presente y su porvenir. La historia viene demostrando á través de una larga série de siglos, los conflictos que ha creado, los males que ha producido, y los trastornos que ha acarreado en todas épocas esa indiferencia funesta. Donde quiera que se ha querido prescindir de la necesidad del principio religioso, los vicios mas repugnantes han reinado en todas las clases, la moralidad ha huido, los crímenes se han aumentado en grandes proporciones; ha habido despotismo y arbitrariedad en los gobiernos, anarquía y rebelion en los súbditos, desunion y rompimientos en las familias, cinismo é impudencia en la juventud, escándalos y degradacion en la ancianidad, y en todos los estados, y en todos los sexos, y en todas las edades, se han dejado sentir mas ó menos los resultados de ese indiferentismo que ha sido siempre el cáncer mas activo de las sociedades.

¡Oh! ¿Y es posible que pueda existir esa indiferencia religiosa en una generacion aleccionada ya con las terribles pruebas que ha visto en poco mas de medio siglo? No la bastan tantos desastres, tan sangrientas revoluciones, y desgracias tan lamentables como las que ha presenciado en ese corto periodo, para convencerse de que no es posible desentenderse del catolicismo sin resistir á los mas enérgicos impulsos del corazón, y lo que es peor, sin lanzarse en el abismo de todos los crímenes y de todos los errores que producen necesariamente el desquiciamiento de toda base de gobierno, el furor revolucionario, y la ruina completa de toda institucion político-social. Pero lo que hace mas inconcebible esta indiferencia, es como decíamos antes, el carácter mismo del siglo en que vivimos, que es un siglo altamente discutidor. Sabemos muy bien que no hay un solo punto de la doctrina católica, que no se haya sometido al mas severo exá-

men : y este exámen si bien hecho con un espíritu apasionado y con miras abiertamente hostiles, no ha dejado de producir un efecto bien distinto del que se propusiera el racionalismo filosófico. Efectivamente, á pesar de cuanto se ha hecho para deslustrar el brillo de nuestra religion, no es menos cierto que la ciencia misma á quien se llamó como juez, y á cuyo tribunal se hizo comparecer todo el sistema de la revelacion, ha desterrado muchas preocupaciones, ha descubierto muchas verdades, y derramado una gran luz sobre muchos puntos envueltos antes en las tinieblas de la ignorancia. De aquí ha resultado que muchos hombres que antes se mostráran frios é impasibles hácia el catolicismo, hayan venido á ser sus primeros admiradores. ¿No es hoy dia un hecho universalmente reconocido, que nuestra religion encierra en sus divinos libros todo el secreto de nuestra naturaleza y de nuestros destinos? ¿No ha habido que convenir en que la doctrina católica ha enseñado al mundo cosas que ni aun siquiera llegó á sospechar la antigua filosofia con toda su pompa y aparato de omniscia y universal? ¿No se ha hecho la justicia de confesar que si algo sabemos hoy con exactitud acerca de nuestro origen y de nuestras relaciones con Dios, acerca de la creacion del mundo y de la propagacion del linage humano, se debe únicamente al catolicismo que ha conservado esos augustos monumentos en donde está consignada con caractéres de la autenticidad mas luminosa, la historia de la humanidad? ¿No se ha demostrado hasta la evidencia que esos monumentos depositarios de la tradicion son los mas antiguos del mundo, y que su moral inimitable, como ha confesado el mismo filósofo de Ginebra, ha causado el asombro de todos los siglos, y salvado el universo agonizante del diluvio, de la disolucion y de la infamia? ¿Hay por último quien ignore que la religion católica ha sido la protectora de las letras y de las artes, y que los pueblos que la han abrazado se han engrandecido prodigiosamente y llegado á la mayor altura de civilizacion, mientras que los que no han visto su luz esplendorosa, yacen aun en la degradacion mas profunda? Tales han sido señores, los resultados de ese exámen á que se ha sometido al catolicismo. Las mas hondas convicciones han brotado

de allí de donde la filosofía pensó ver surgir el menosprecio y el descrédito de ese principio civilizador. La indiferencia religiosa vió pasar su época. Los géneos mas profundos y sublimes comenzaron á comprender que sin la religion católica, la ciencia no hacia mas que andar á tientas en sus tímidos ensayos, y que las artes y las letras, la poesía y la elocuencia encierran un no sé qué de individual y egoísta cuando no marcha delante de ellas la antorcha luminosa de la fé. Cierto que no por eso podemos lisonjearnos del estado actual que presenta en Europa la religion, siquiera no podamos dudar que la sociedad ha dado un gran paso hácia la regeneracion intelectual que preveémos á través de un horizonte todavía cubierto de sombríos celages. Las revoluciones anticatólicas del último siglo, han dejado innumerables preocupaciones en el espíritu de los pueblos. La generacion actual que creció á la sombra del furor demagógico, no ha podido ver las bellezas del catolicismo ni apreciar sus beneficios. ¿Y cómo pudiera tributar aquel respeto que es debido, ni menos mirar con entusiasmo á una religion que ha visto hecha el objeto de la sátira, del sarcasmo, del desprecio y del ódio de su siglo? Asi es que á pesar de la gran leccion que ha recibido éste, no obstante haber visto por sus propios ojos la nulidad de la filosofía y la fuerza imperecedera de la religion católica, la impiedad se ostenta todavía altiya y arrogante, y tiene á sus órdenes periódicos, tribunos y oradores, que sin examinar las pruebas en que descansa el catolicismo, no se avergüenzan de prodigarle los insultos del vencedor al enemigo postrado en tierra. Aun entre las masas populares, no faltan hombres que créen de buen tono lanzar contra él las calumnias mas groseras y triviales, rebuscadas en los libros que la incredulidad distribuye con una profusion inaudita. ¡A falta de una instruccion real, se quiere hacer una especie de gloria de repetir ciertas blasfemias oídas á otros hombres de instruccion menos vulgar!

Y bien, señores, ¿puede durar mucho tiempo un estado de cosas tan anómalo? ¿Habrà de ser eterno el pretendido triunfo de la impiedad? ¿No tendrá el cielo reservados dias mejores para el catolicismo? ¡Oh! ¿Quién puede dudarle? Sí: la Providencia que vela sobre los destinos del mundo, comienza ya á descubrir una punta

del velo que oculta el gran porvenir de las sociedades. Tiempo há que los pueblos se preparan á entrar en una nueva era, y á inaugurar el triunfo decisivo de la verdad católica sobre las ruinas del error. El movimiento religioso que se nota generalmente en todos los espíritus, y esa misma actividad del siglo hácia las grandes empresas, me hacen presagiar que no está lejos el día en que unidas todas las inteligencias y todos los corazones con idénticos vínculos, saluden unánimes al que viene en nombre del Señor.

En efecto: ¿quién no admira esa fusión, esa mezcla sorprendente de las poblaciones que se está verificando en nuestros días? Ese cambio recíproco de ideas y de relaciones llevado á cabo con una rapidez inaudita por medio de la prensa, del comercio y del vapor; esas inmensas líneas de caminos de hierro que cruzan la Europa y una gran parte del continente americano; las relaciones diplomáticas, llevadas ya al punto de que ninguna potencia pueda emprender cosa alguna sin el beneplácito de las demás; todo esto, ¿no concurre admirablemente á estrechar los lazos sociales y á preparar el camino á la unidad católica? ¿Quién no vé en ese movimiento que salvando las distancias, acerca unas naciones á otras, un designio providencial, un medio de que Dios quiere servirse para atraer los pueblos á la religion, para realizar el gran pensamiento de union que formó el objeto mas preferente de la mision del Verbo sobre la tierra (1)? ¡Oh! no es posible dejar de ver en esa admirable fusión de los pueblos modernos un designio misericordioso del cielo.

Es cierto que no es este el pensamiento de todos esos hombres que figuran como principales actores en ese gran drama, ni la idea que preside al gran movimiento del siglo. Se quiere á toda costa hallar en este suelo la felicidad, y se pretende hacernos dichosos con un poco de oro, y duplicando los productos de esa tierra que huellan nuestros piés. ¡Como si esto fuese suficiente para evitar los padecimientos del corazon humano, contener los estragos de la muerte y los demas infortunios que rodean nuestra existencia, fijar

(1) Non pro eis rogo tantum, sed pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me, ut omnes unum sint, sicut tu Pater in me, et ego in te. (Joan. XVII. 20, 21.)

la inconstancia de la humanidad, abogar las pasiones, ahuyentar las inquietudes, y llenar las necesidades de unas almas á quienes no basta el universo! Pero esto al fin no es mas que el sueño de unos hombres que no se hallan animados del espíritu de la fé católica. Nosotros, empero, que sabemos que el hombre no vive solamente de pan, y que todo en este mundo es una pura vanidad, si no se refiere á servir y amar á Dios, no tememos asegurar que los pueblos tarde ó temprano se verán forzados á confesar que no está la felicidad en los goces de la materia, y que en vano la prosperidad viene en auxilio del placer. Esta será indudablemente la última entre las grandes ilusiones humanas, antes de retornar á las santas tradiciones del catolicismo, puesto que jamás el hombre habrá tenido en sus manos tantos elementos para llevar á cabo sus ideas. Cuando la paz, las riquezas, el apoyo de todos los gobiernos, millones de brazos, y el entusiasmo de todos los pueblos le habrán hecho concebir la esperanza inmediata de realizar sus teorías y ver colmados sus deseos, y sin embargo vea que á pesar de todo esto no le es posible llegar á la resolución del problema, ni desmentir la palabra eterna de Dios, entonces fuerza le será buscar la solución en otra parte. ¿Y quién se presentará á dársela? Solo el catolicismo: porque nadie sino él puede revelarnos los secretos de nuestra existencia y las condiciones de la vida de las sociedades. Llegado este caso, nada habrá que sea suficiente á neutralizar los efectos de ese movimiento que se comunicará á toda la Europa. Él triunfará de todas las trabas que intenten ponerle las pasiones ó los intereses privados. No será ya posible ocultar por mas tiempo la luz: la fusión de los pueblos hará irrealizable este crimen.

Esta reaccion católica ha comenzado á verificarse en una nacion vecina en cuyo seno continúa tomando el mas prodigioso incremento. «Todo anuncia al parecer, como decia el sábio Conde de Maistre, que los ingleses están destinados á dar el impulso al gran movimiento religioso que se prepara, y que formará una época sagrada en los fastos del género humano (1).» Ese pueblo ha atravesado todas las fases por que deben pasar las demas naciones. No le resta ningun

(1) Del Papa. Tom. II. Conclusion. n. IV.

ensayo que hacer. El globo es su tributario; reina como soberano en los mares; su bandera ondea do quiera que el hombre puede penetrar y vivir; se ha saturado de gloria, y ningun pais le ha escudido en prosperidad material. ¿Qué es, pues, lo que espera para persuadirse de que hay todavía una cosa mas grande que todo eso... *la verdad?*» Y de hecho, la verdad hace las mas brillantes conquistas en esa nacion industriosa; las conversiones al catolicismo se multiplican en una escala sorprendente, y las dos quintas partes de su poblacion por lo menos pertenecen á la Iglesia romana. ¿Y no vemos estenderse ese mismo movimiento religioso á los demas paises que hasta ahora se habian mostrado indiferentes, y aun abiertamente hostiles á la unidad católica? ¿No vemos diariamente que los hombres de mas noble caracter y de ingenio mas perspicaz, aterrados de la irremediable confusion que presencian en el protestantismo y en el cisma, vuelven ya sus miradas hácia la antigua Iglesia su madre, y entran unos tras otros en el redil del eterno pastor, sin reparar á veces en los mas costosos sacrificios? ¡Ah! La gran prediccion del sábio escritor antes citado comienza ya á cumplirse. «Tarde ó temprano, decia, la razon ó la desgracia traerá al centro de la unidad á toda nacion que de ella se hubiese separado, despues de haber recibido la impresion del sello universal, conociendo que le falta algo.» Si ese movimiento religioso no se propaga como deseariamos en un radio mas vasto, no por eso debemos contristarnos. Dejemos obrar á la Providencia: cuando haya sonado su hora, todo se verificará á despecho de la resistencia que aun oponen las humanas pasiones.

Entretanto no deja de ser un gran motivo de consuelo y de esperanza el ver que aun entre los mismos enemigos del catolicismo, la incredulidad burlona y sistemática del último siglo vá tomando cierto aire de religiosidad; y esto ya es un progreso. Pero no es esto lo único que llena de gozo nuestro corazon, y nos hace presagiar un brillante porvenir. Lo que forma nuestra alegría es el escuchar los nobles acentos que la fé inspira á los elocuentes oradores que hasta en el seno mismo de la representacion nacional se constituyen campeones del catolicismo y de los intereses de la Iglesia. Lo que forma nuestra esperanza es que todas las ciencias se reconcilian con la re-

ligion, y se unen para dar á sus principios eminentemente civilizadores los testimonios más lisongeros. Lo que no puede menos de llenarnos de gloria es que las más notables producciones del génio nos pertenecen, sin que le sea dable á la filosofía incrédula del siglo rivalizar con el catolicismo en este punto, ni oponer nombres que puedan alternar con los que éste ofrece á la admiración del mundo científico. Todo esto, pues, nos hace esperar llegue un día en que disipadas las innumerables prevenciones que aun alimentan algunos pueblos contra la religion, y reconocida ésta como el único elemento salvador de las sociedades, todas ellas se apresurarán á dar gloria á Dios y á entrar en el seno de la unidad, fuera del cual no hay vida ni felicidad posible, ni porvenir para los hombres ni para las naciones. Sí, llegará ese hermoso día, y veremos hasta los mismos que hoy combaten al catolicismo salirle al encuentro como lo hicieron los hebreos de nuestro Evangelio con el Salvador, tomar en sus manos palmas y ramos de oliva, acompañarle en su marcha victoriosa, y esclamar entusiasmados: «Hosanna al Hijo de David; bendito sea el que viene en nombre del Señor; hosanna en lo mas alto de los cielos.» *Hosanna filio David: benedictus qui venit in nomine Domini: hosanna in excelsis.*

En tanto que este momento llega, y mientras se realizan nuestras esperanzas, permitidme os diga, adoptando el lenguaje sublime de un elocuente escritor contemporáneo: «Como hijos de un mismo padre, y llamados á cumplir un destino idéntico, reunámonos para admirar y bendecir esa grandiosa institucion, ese poder maravilloso, cuyos misteriosos secretos se ocultan á las investigaciones de la humana sabiduría, que nació en medio de las tempestades y crece bajo el hierro de las persecuciones. Ha atravesado diez y ocho siglos como un día. ¡Cuántas generaciones han doblado la rodilla delante de él! ¡Cuántos pueblos ha visto nacer y morir! Innumerables borrascas han pasado sobre su cabeza, y sin embargo está en pié, firme é inmóvil como la pirámide del desierto. Su brazo se estiende hasta los confines del mundo; su cetro domina el tiempo y el espacio; y sentado sobre lo pasado, está ahí para asistir á las naciones en su carrera y señalarlas su término.»

Dichosas las que siguiendo ese impulso regenerador, ese movimiento espontáneo que generalmente se nota hacia la unidad religiosa, corran á apiñarse en torno del árbol magestuoso del catolicismo! De él brotan frutos inagotables de vida individual y social, y todos los elementos que forman en el tiempo la dicha del hombre y le preparan para el porvenir una inamisible y eterna inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA DE PASCUA DE RESURRECCION.

El hecho de la Resurrección basado en las pruebas más auténticas, es la demostración más evidente de la divinidad de Jesucristo y de la religión católica.

Jesum quæritis Nazarenum crucifixum: surrexit, non est hic.

Buscáis a Jesus Nazareno que fué crucificado: ya resucitó, no está aquí.

MARC. XVI. 6.

Entre todos los hechos de la historia del Salvador, el mas grande, el mas admirable, y el de mas inmensas consecuencias, es sin disputa el de su milagrosa resurreccion; como que sobre él está basado todo el sistema de la religion, y que él es entre todos los demas la prueba mas auténtica en que descansa la divinidad del Hombre-Dios. Cuando éste arrancaba de las garras del sepulero al hijo de la viuda de Naim, ó á su predilecto amigo Lázaro, era la vida la que ejercia su poderio sobre la muerte; aquí es la muerte misma la que triunfa de su propio aguijon, segun el lenguaje de San Pablo (1). No es de extrañar que se hayan hecho todos los esfuerzos imaginables por desmentir este hecho divino, envolviendo en los mas absurdos sofismas el sencillo relato de los Evangelistas, cuando no se ha tenido la suficiente audacia para acusarlos de impostura. Es que

(1) Ubi est mors victoria tua? ¿Ubi est mors stimulus tuus? (I. Corint. XV. 55.) (Ibid. (1) Ubi est mors stimulus tuus? (I. Corint. XV. 55.)

el espíritu de error que instintivamente dirige siempre sus tiros á la esencia misma del cristianismo, conocia muy bien que conmoviendo y haciendo vacilar este fundamento de nuestras creencias, necesariamente vendria á tierra todo el edificio. Porque si Jesucristo no ha resucitado, dice el apóstol, nuestra fé es vana, y vana tambien toda nuestra esperanza (1).

Importaba, pues, mucho que este hecho estuviese á cubierto de los argumentos de la crítica y de los sofismas de la incredulidad; y que su evidencia fuese tan luminosa que no pudieran oscurecerle las densas tinieblas del espíritu vertiginoso del error. De lo contrario, una vez probada su falsedad, ¿qué seria la vida entera de Jesucristo, sus milagros, su doctrina, su predicacion y toda su historia, mas que un tejido de imposturas inventadas para alucinar al vulgo y hacer una revolucion? ¿Y cómo probar entonces que el cristianismo era obra de Dios? ¿Cómo sostener la divinidad de su fundador, falsado el milagro de su resurreccion? Imposible; todo debia desplomarse por su propio peso, una vez negado este dogma: Jesucristo no seria entonces mas que un puro hombre, y un hombre iluso, lleno del mas inconcebible fanatismo, y su obra la obra de un impostor justamente condenado á espisar en un suplicio su atrevimiento, su desmedida ambicion de gloria, y sus sacrilegos proyectos de hacerse adorar como un Dios.

Ved, pues, por qué dije al principio que el hecho de la resurreccion es el de mas inmensas consecuencias, y sobre el que descansa todo el sistema de la religion, y la prueba mas auténtica de la divinidad de Jesucristo. Por eso aun en nuestros dias no faltan hombres que consagrando su génio y sus talentos, dignos de emplearse en defender mejor causa, á desfigurar y aniquilar la vida de Jesucristo, único medio de desacreditar y destruir su religion, no se avergüenzan de negar este dogma primordial y culminante de que hoy nos ocupamos, valiéndose al efecto de todos los recursos de la crítica para relegarle con todos los demás hechos del Evangelio á la region de los mitos simbólicos. Por dicha nuestra una

(1) *Ubi est victoria tua? Ubi est stimulus tuus? (Corin.)*

(4) *Si Christus non resurrexit, vana est fides vestra. (Ibid. 17.)* V.

crítica mas concienzuda y razonada, y el buen sentido de los hombres verdaderamente sábios han hecho justicia á la verdad y pronunciado un fallo terrible contra esos calumniosos ensueños. El milagro de la resurreccion ha permanecido en pié á través de diez y ocho siglos, y hoy, no menos que en el dia en que se realizó, se halla rodeado de todos los caracteres de veracidad que pueden concurrir á demostrar un hecho histórico de la mas alta importancia. Consiguemos primero el texto Evangelico, para venir después á las consecuencias que de él se desprenden.

En aquel tiempo (dice el historiador sagrado) Maria Magdalena y Maria la de Santiago, y Salomé, compraron aromas para ir á unguir á Jesus. Y partiendo muy de madrugada el domingo, llegaron al sepulcro salido ya el sol. Y se decian una á otra: ¿Quién nos quitará la losa de la entrada del sepulcro? Mas volviendo á mirar, vieron apartada la losa, que en verdad era muy grande. Y entrando en el sepulcro, se hallaron con un jóven sentado al lado derecho, vestido de un blanco ropage, y se quedaron pasmadas. Pero él les dijo: No teneis que asustaros: vosotras venis á buscar á Jesus Nazareno que fué crucificado; ya resucitó, no está aqui; mirad el lugar donde le pusieron. Pero id, y decid á sus discipulos, y á Pedro, que os precederá en Galilea, donde le vereis, segun que os tiene dicho.

Hé aqui el sencillo relato que hace el Evangelista de este admirable acontecimiento. Veamos, pues, si reúne todos los caracteres que puede exigir la crítica mas severa en un hecho de esta naturaleza. Yo aseguro desde luego que si, puesto que fue predicho de antemano por el mismo Salvador en circunstancias solemnes y en términos bien espresos; se verificó como estaba anunciado en presencia de testigos irrecusables, y no habia lugar á una invencion puramente humana que hubiera sido de todo punto imposible. Fundado en esto, voy á manifestar que «el hecho de la resurreccion, basado en las pruebas mas auténticas, es la demostracion mas evidente de la divinidad de Jesucristo y de la religion católica.»

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Que un hecho se haya verificado hace mil ochocientos años, ó que se verifique en nuestros dias, es cosa indiferente para aquel que lo examina á la luz de una razon severa y concienzuda, toda vez que encuentre en él todos los caracteres de la autenticidad histórica. Podrá, si se quiere, obrar mas poderosamente sobre aquel que ha sido testigo ocular, que sobre el que lo oye referir despues de mucho tiempo: ¿pero será esto bastante á disminuir en nada su certidumbre? No: y el decir lo contrario seria un absurdo. Ninguno de nosotros asistió al consejo de Dios cuando por un acto de su voluntad omnipotente sembró el cielo de estrellas, y fijó inmóvil en el firmamento ese gigantesco planeta que nos alumbra y vivifica. Y sin embargo, porque hayan trascurrido cerca de seis mil años desde que esto se verificó, ¿osariamos poner en duda la existencia de ese sér que creó tantas maravillas? ¿Por qué, pues, se atreveria nadie á negar el hecho de la resurreccion del Salvador, siquiera hayan pasado diez y ocho siglos sobre su sepulcro? ¡Y aun hay hombres que no se avergüenzan de abrigar sospechas respecto de todo cuanto no han visto y palpado por sí mismos! ¡Y los hay que se obstinan en debilitar, ya que otra cosa no puedan, el resplandor histórico de ese grandioso acontecimiento en que descansa la economía del catolicismo! Demostremos, pues, que la resurreccion de Jesucristo pertenece á la historia, que está consignada en una escritura pública, que es tambien un hecho público y auténtico, y necesariamente habrá que convenir en que es innegable, y por consecuencia que el sugeto á que se refiere es Dios, y que su religion augusta tiene todos los caracteres de divina.

Pero ante todo conviene notar que este hecho fué predicho anticipadamente por el mismo Jesucristo; y no asi como quiera, sino en circunstancias solemnes, y aduciéndole como prueba de su divi-

nidad, cuantas veces fue interrogado acerca de ella. Ora se dirige á los escribas y fariseos que le pedian un milagro en prueba de su mision divina, y les dice: «Esta raza mala y adúltera pide un prodigio: pero no se la dará otro mas que el del profeta Jonás: pues á la manera que éste estuvo en el vientre de la ballena tres días y tres noches, así el Hijo del hombre estará tres días y tres noches en el seno de la tierra (1).» Ora preguntado por los judios en qué fundaba su autoridad para lanzar del templo á los que le profanaban, les dice: «Destruid este templo, y yo en tres dias le reedificaré (2);» y al decir esto hablaba del templo mistico de su cuerpo, como añade el texto sagrado (3), y así lo entendieron sus discípulos cuando se hubo verificado su resurreccion. Ora en fin, habiendo descubierto á sus tres apóstoles predilectos, la gloria de su transfiguración sobre el Thabor, en donde la voz del Padre celestial le aclamó su Hijo muy amado, les dice despues: «Guardaos de publicar nada de cuanto habeis visto, hasta tanto que el Hijo del hombre resucite de entre los muertos (4).» Omitimos otros varios pasajes en que Jesucristo anunció espresamente su resurreccion, pues los testimonios consignados aquí, son mas que suficientes para demostrar que el hecho estaba previsto y vaticinado, Y es de notar que habiendo hecho el Salvador tantos milagros visibles, patentes, y de cuya autenticidad nadie podia dudar, cuando se trata de probar su origen celestial, y de poner de manifiesto su filiacion divina, no hace mencion de ninguno de ellos, y solo aduce el de su resurreccion gloriosa. Tan cierto es, dice San Agustin, que el resucitarse á sí propio es el milagro de los milagros, y que solo un Dios podia ve-

(1) Generatio mala et adultera signum quærit, et signum non dabitur ei, nisi signum Jonæ prophetæ. Sicut enim fuit Jonas in ventre ceti tribus diebus et tribus noctibus, sic erit filius hominis in corde terræ. (Matth. XII. 39, 40.)

(2) Solvite templum hoc, et in tribus diebus excitabo illud. (Joan. II. 19.)

(3) Ille autem dicebat de templo corporis sui. (Id. ibid. 21.)

(4) Nemini dixeritis visionem, donec Filius hominis à mortuis resurgat. (Matth. XXVII. 9.)

rificarlo como él mismo lo declaró en una ocasion bien crítica, diciendo: «Yo tengo poder suficiente para dejar la vida, y para volver á reasumirla (1).» Palabras inauditas, esclama San Ambrosio, que evidencian á la par la humanidad y la divinidad del Hombre-Dios: su humanidad puesto que debía resucitar, y su divinidad puesto que él era quien debía resucitarse á sí propio (2).

Veamos ahora si este acontecimiento se verificó segun estaba predicho. Esto es indudable, señores: la resurreccion de Jesucristo entra en el dominio de la historia, pues está consignada en una escritura pública, y no como un hecho privado, que entonces no mereceria llamarse histórico, sino como un hecho público y notorio. Los Evangelistas hablan de él sin la menor vacilacion, y aun refieren ciertas circunstancias que le dan un gran peso de autenticidad. En primer lugar, consta que los judios estaban íntimamente persuadidos de que Jesucristo debía resucitar, ó al menos recelaban que asi sucedería, puesto que tan luego como hubo espirado en la cruz, se dirigen á Pilatos los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, y le dicen: «Señor, nos hemos acordado que aquel impostor, estando todavía en vida, dijo: Despues de tres dias resucitaré. Manda pues que se guarde el sepulcro, hasta el tercero dia, no sea que vayan sus discípulos y le hurten, y digan á la plebe: Ha resucitado de entre los muertos; y entonces sea el postrer error mas pernicioso que el primero. A lo que Pilatos les contestó: ahí teneis la guardia á vuestra disposicion: id y ponedla como os parezca. Y ellos fueron, y aseguraron bien el sepulcro, y sellaron la losa que le cubria, y pusieron centinelas de vista (3).» Consta asimismo que habiendo ido ciertas mujeres piadosas el domingo de madrugada al sepulcro, con el designio de ungir el cuerpo del Salvador, encontraron que la losa del sepulcro estaba levantada, y que el cuerpo de

(1) Potestatem habeo ponendi animam meam, et iterum sumendi eam. (Joan. X.)

(2) Ut ostenderet quoniam erat in ipso et resuscitatus homo, et resuscitans Deus. (S. Ambros.)

(3) Matth. XXVII. 63. et seq.

Jesus habia desaparecido (1). Ahora bien, ¿cómo se habia verificado esto? ¿Qué solucion podian dar los enemigos del Crucificado á este acontecimiento tan sorprendente? ¿No habian tomado todas las precauciones imaginables para evitar toda sorpresa que pudiera comprometer su honor, y poner de manifiesto su maldad? ¿No habian rodeado el sepulcro de numerosos guardias? ¿No habian cerrado herméticamente la entrada con una piedra pesadísima? ¿Quién pues habia levantado aquella piedra? ¿Cómo se habia podido eludir la vigilancia de los soldados? ¿Estarian estos dormidos? ¡Ah! Ved ahí la única solucion que la Sinagoga pudo hallar en su apuro, para esquivar la responsabilidad que sobre ella pesaba, ó mas bien para desmentir la realizacion de las profecias del Salvador. Al ver el sepulcro vacío, algunos de los guardas bajan á la ciudad, y refieren á los príncipes de los sacerdotes lo que habia sucedido. Reúnense inmediatamente estos en consejo con los ancianos del pueblo: deliberan acerca de la resolucion que debia tomarse en una cuestion tan capital; y despues de un maduro exámen, ¿qué es lo que resuelven? ¡Miserable recurso! Aquellos hombres apremiados entre la necesidad de confesar la resurreccion del Salvador, que hubiera sido para ellos un padron de ignominia, ó de ocultar el hecho, se deciden por esto último; echan mano del soborno, ganan con dinero á los centinelas, y les intiman esta órden; «Decid que estando vosotros durmiendo, »fueron de noche sus discipulos, y hurtaron el cadáver. Que si »esto llegáre á oídos del Presidente, nosotros le aplacaremos, y os »sacaremos á paz y salvo (2).» Todos estos son hechos históricos, tanto, que el escritor sagrado no duda añadir terminantemente estas palabras notables: «Ellos, recibido el dinero, obraron conforme á »las instrucciones que se les dieron; y esta voz ha corrido entre los »judíos hasta el dia de hoy (3).»

(1) Joan. XXII. 1.

(2) Dicite quia discipuli ejus nocte venerunt, et furati sunt eum nobis dormientibus. Et si hoc auditum fuerit á præsidente, nos suadebimus ei, et securos vos faciemus. (Matth. XXVIII. 13.)

(3) Illi accepta pecunia, fecerunt sicut erant edocti. Et divulgatum est verbum istud apud Judæos, usque in hodiernum diem. (Ibid. 15.)

¿Qué importa empero que aquel pueblo deicida se empeñase en ocultar la verdad de la resurreccion? Los miserables subterfugios á que recurrieron, lejos de amenguar en nada la autenticidad del hecho, ó no han servido por el contrario para derramar sobre él mayor luz, y aumentar considerablemente su evidencia? Asi ha sucedido en efecto cumpliéndose los designios de la Providencia, que dispuso se tomasen en este caso por parte de los judíos todas las medidas de precaucion posibles, á fin de que no quedase despues la menor duda ni la mas ligera sospecha de la resurreccion. Digan norabuena que los discípulos sorprendieron la vigilancia de los soldados durante la noche, y que hurtaron el sagrado cadáver: ¡Y qué! ¿Basta este para convencer á nadie que sepa discurrir ó tenga sentido comun? En primer lugar, ¿quiénes y cuántos fueron los autores del robo? Nadie lo ha dicho: y suponer que unos hombres tímidos, dispersos cada cual por su lado por temor de ser aprehendidos, sin recursos ni proteccion de ninguna clase, se atreviesen á dar semejante golpe de mano, es de todo punto inverosimil, absurdo, imposible. ¿Cabe en lo humano que se atreviesen á forzar una guardia numerosa, compuesta de soldados españoles, los mas selectos y valientes de las legiones romanas, unos hombres cobardes que habian abandonado á su maestro tan luego como le vieron en las manos de sus enemigos? Además de que ningun interés podian tener en llevar á cabo el supuesto robo: pues si efectivamente Jesucrito no hubiera resucitado, ellos eran las primeras víctimas de la impostura, en cuyo caso despechados, y no teniendo nada que esperar de aquel hombre que les habria comprometido con el pueblo judío, hubiesen denunciado el engaño ante la Sinagoga que hubiera aceptado con aplauso este testimonio, ó bien hubiesen guardado el mas profundo silencio, y no se hubiesen atrevido á divulgar una mentira que debia ser descubierta desde luego, y atraer sobre ellos la animadversion pública. Y por último, aun suponiendo posible semejante proyecto, ¿cómo pudieron llevarle á cabo sin ser sentidos por ninguno de los centinelas? ¿Tan pronto habian olvidado las legiones la tessera y la distribucion de la noche en vigiliass? ¿Tan poco interés habia en custodiar el depósito, que todos los soldados se entregaron tranquilamente al

sueño? ¿Ni uno solo hubo que velase en circunstancias tan críticas en que se trataba de salvar el honor nacional, y de evitar que recayese sobre la Sinagoga un borron eterno? ¿A qué entonces desplegar tanto aparato de fuerza? Y si efectivamente los soldados se durmieron, ¿por qué no se hizo responsable de esta falta gravísima al jefe de la legion? ¿Por qué no se formó consejo de guerra para castigar á los culpables? Pero basta, señores, no nos cansemos en amontonar racionios y pruebas sobre un hecho que aparece tan luminoso como el sol del medio dia. Las inverosimilitudes saltan á cada instante á los ojos, las contradicciones de los judios son tan manifiestas y palmarias, y tan evidente es la imposibilidad del presunto robo, que el buen sentido no puede admitir semejantes absurdos. El hecho de la resurreccion por el contrario aparece con todos los caractéres de autenticidad que pueden desearse; y tan lejos estaban de abrigar una conviccion profunda de lo contrario los enemigos del Salvador, que su mismo presidente Pilatos, al decir de Tertuliano, intimamente persuadido de la realidad de la resurreccion, puso en noticia del emperador Tiberio este acontecimiento sorprendente (1). Y añade el mismo escritor, que los emperadores hubiesen creido desde luego en Jesucristo, si como tales no hubieran sido necesarios al siglo, ó si los cristianos que renunciaban al siglo hubieran podido ascender al imperio (2). Ultimamente, el mismo historiador Josefo, judío de nacion, y como el que mas interesado en oscurecer la gloria del Hijo de Dios, no pudo menos de reconocer y consignar que á pesar de cuanto se hizo para desmentir el hecho de la resurreccion, no dejó de divulgarse entre el pueblo, y de creerse como una verdad innegable.

Tenemos pues, un hecho vaticinado espresamente mucho antes de que se realizase, y verificado despues conforme á estas predicciones; tenemos una escritura pública, una historia auténtica que le ha consignado en sus páginas; tenemos testigos oculares que lo pre-

(1) *Ea omnia super Christo Pilatus et ipse, pro constientia sua jam christianus, Tiberio renuntiavit.* (Tertul.)

(2) *In Christum credidissent, si aut Cæsares non fuissent sæculo necessarii, aut christiani potuissent esse Cæsares.* (Id.)

senciaron, entre los que se cuentan los autores mismos de la muerte del Salvador, sus jueces, sus verdugos, los soldados que le custodiaron, las mujeres que fueron al sepulcro, y los apóstoles que despues le vieron resucitado, y conversaron con él, y palparon sus heridas. ¿Qué mas se necesita para demostrar que la resurreccion de Jesucristo es un hecho real y positivo, un hecho histórico, marcado con el sello de la mas luminosa evidencia, un hecho portentoso, inaudito, la base y el fundamento del edificio cristiano, la prueba mas irrecusable de la divinidad del Salvador y de su religion augusta? Lo es tanto, Señores, que San Pablo no ha dudado decir que la creencia del mundo en la divinidad del Hijo de Dios, está fundada sobre la fé de su gloriosa resurreccion (1). Palabras admirables, que explica San Ambrosio diciendo: «que Jesucristo que no se apareció en su Encarnacion mas que como un Dios oculto, segun el orden de la eterna predestinacion, debia manifestarse en su resurreccion como un Dios conocido, ó lo que es igual, debia desarrollar en ella todo el lleno de su divinidad (2).»

Y en efecto, es sobremanera admirable el cambio que verificó en el mundo este dogma de nuestra religion. Él transforma desde luego los apóstoles, poco antes cobardes, vacilantes é incrédulos, en unos nuevos hombres llenos de fé, de energia y de valor. Él les inspira una fuerza sobrehumana para arrostrar todo género de persecuciones y tormentos en defensa de la divinidad de su Maestro resucitado. Él convierte á Saulo ejecutor acérrimo de los decretos del Sanhedrin contra los cristianos, en Pablo predicador celoso y doctor universal del cristianismo. Él es el primero que figura en todas las predicaciones de aquellos fervorosos discípulos; y al escucharle, millares de personas que hasta entonces se habian mostrado indiferentes ó incrédulas, confiesan en alta voz ese dogma capital de nuestro símbolo, y se declaran dispuestas á sellar con su sangre el testimonio de su fé. Y ved, señores, una nueva y brillantísima prueba de

(1) Qui prædestinatus est Filius Dei in virtute ex resurrectione mortuorum Jesuchristi Domini nostri (Ad. Rom. I. 4.)

(2) Christus latens in incarnatione, prædestinatus erat ut declararetur filius Dei in resurrectione. (S. Ambros.)

la resurreccion del Salvador, y de la divinidad de su religion augusta. ¿Qué hecho histórico, por célebre que haya sido, ha tenido testigos que murieran por confirmarle? Mostradme un solo hombre ó un solo acontecimiento cuya autenticidad esté basada sobre una prueba de esta clase. ¿Quién jamás dió su vida por asegurar la existencia histórica de Ciro, César, Alejandro, ó de cualquiera otro de esos famosos guerreros ó conquistadores que han hecho resonar sus hazañas hasta en los últimos confines del globo? Nadie. Solo el hecho de la resurreccion de Cristo ha sido cimentado sobre sangre cristiana derramada por espacio de trescientos años. Solo los discípulos del Hombre-Dios han dado este brillante é inaudito testimonio á su divino maestro. Desde el dia siguiente al de la muerte de Jesucristo, se dejan ver los apóstoles en las plazas públicas de la Judea, provocando una guerra abierta á la incredulidad, y predicando resueltamente á los judíos la resurreccion de su víctima. «Ese Jesus, dicen, »varon aprobado por Dios entre vosotros con virtudes y prodigios »de que fuísteis testigos... le hicisteis morir clavándole en una cruz »por mano de los impíos. Pero Dios le ha resucitado, librándole de »las ligaduras de la muerte (1).» Si se les hace comparecer ante el Sanhedrin para dar cuenta de su conducta, allí sin el menor temor levantan su voz, y dirigiéndose á sus jueces les dicen: «Vosotros »fuísteis los que disteis muerte á Jesucristo Nazareno, á quien Dios »ha resucitado para hacerle la piedra principal del ángulo, y fuera »de él no hay que buscar la salvacion en ningun otro (2).» Donde quiera escarnecidos, azotados, encarcelados, van predicando esto mismo, sin que sea bastante á hacerles enmudecer ni el artificio, ni la seduccion, ni el castigo, ni todo el furor de la Sinagoga. Y no es solo en la Judea donde los apóstoles y discípulos del crucificado daban valerosamente testimonio de la resurreccion de Jesucristo Señor nuestro (3). Arrastrados á los tribunales del imperio romano, y preguntados acerca de sus creencias, les oíreis decir con voz uná-

(1) Actor. II. 22. et seq.

(2) Ibid. IV. 10 et seq.

(3) Ibid. 33.

nime: «Somos cristianos, discípulos de aquel Jesús muerto en Jerusalén en una cruz, á quien el brazo de Dios, mas fuerte que la muerte misma, resucitó glorioso y triunfante de la tumba, para que sea el jefe de todas las naciones.» ¡Y esto lo repiten ellos y sus sucesores bajo la cuchilla del verdugo, en las catastras, en los potros, en las hogueras, nadando en su propia sangre, y no cesan de decirlo durante tres siglos!

Por último, ¿queréis otra prueba de la realidad histórica de la resurrección de Jesucristo y de su divinidad? Oídla, señores, de la elocuente voz de un orador contemporáneo, á quien siempre citaré con entusiasmo, porque sus palabras son siempre grandes y sublimes: «¿Cuál es el antiguo pueblo del mundo, el mas célebre á vuestra elección, que haya dejado guardas en su sepulcro para que custodiasen su historia? ¿Dónde están los que hayan sobrevivido á los asirios, medos, griegos y romanos? ¿Qué pueblo muerto dá testimonio de su vida? Un solo pueblo, el judío, muerto y vivo juntamente, reliquia del mundo antiguo en el mundo nuevo, y testigo contra sí mismo de Cristo á quien crucificó. Dios nos ha conservado ese testigo irrecusable... ¡Miradle! La sangre está en sus manos. Y nosotros tambien, católicos, estamos á su lado, conversamos con él, y tan fuerte como él. Sociedad viva y universal, llevamos en las cicatrices de nuestros mártires la sangre que vertimos para dar testimonio á la historia de Jesucristo; y el pueblo judío por su parte, sociedad tambien viva y universal, lleva una sangre que no es la propia, pero que es tan elocuente como la nuestra. Ved ahí dos testigos y dos sangres... ¡Mirad á la derecha y á la izquierda de Cristo, el pueblo que le ha crucificado y el pueblo que ha nacido de su cruz! ¡Los dos sufren por espacio de diez y ocho siglos un martirio que no se parece, pero que tiene la misma causa: los dos se miran como enemigos, y solo en una cosa se encuentran: ¡en Jesucristo!... «Su sepulcro, dice en otra parte, es hoy el centro del mundo religioso. Los musulmanes lo guardan, los griegos lo guardan, los protestantes lo guardan, los católicos lo guardan. Todos juntos, venidos de los cuatro vientos del cielo, convienen en venerar la piedra inanimada donde reposó tres dias y tres noches el cuerpo cru-

cificado de Cristo. Cien batallas se han dado á su alrededor: veinte veces han cambiado de aspecto los destinos del mundo; pero jamás la fuga y la victoria han llevado á él mas que el homenaje de las naciones, y solo han servido tantos sacudimientos para sublimar en su gloria ese frágil sepulcro donde todo viene á postrarse (1).»

— Véase, pues, si á vista de pruebas tan auténticas, de testimonios tan irrecusables, es posible admitir la menor duda acerca de la resurreccion de Jesucristo. No: el intentar siquiera negar un hecho tan evidenciado, seria una aberracion inexplicable. Primero habria que desechar todas las reglas de la sana crítica, haríase preciso decir que no habia historia, ó que ésta carecia de todo principio de certidumbre; ó de lo contrario, una vez admitido el hecho de la resurreccion como un hecho público, consignado en una escritura pública, confirmado públicamente por testigos de la mayor valía, y cimentado por espacio de tres siglos con la sangre de innumerables mártires, no queda otro recurso que esclamar con Pascal: «Yo creo á testigos que se dejan matar;» y confesar que aquel que por su propia virtud resucitó al tercero dia de entre los muertos, como lo vaticinára mucho tiempo antes, y salió triunfante del sepulcro á pesar de las grandes precauciones tomadas por la Sinagoga, y de los numerosos guardias que le custodiaban, y se dejó ver de centenares de personas, y palpar sus llagas, y conversó y comió con sus discípulos antes de volver al seno de su Padre, no podia menos de ser un Dios, y por consecuencia la religion que fundó en el mundo sobre esta base indestructible, tiene todos los caracteres de divina.

Hé aquí lo que prueba luminosamente entre todos los demás prodigios del Salvador, el milagro de su resurreccion. De ella se desprenden las luces mas vivas como otros tantos rayos que hacen reflejar la divinidad de Jesucristo en su santísima humanidad. Por eso escribe San Pablo que el Eterno Padre habia mandado á sus ángeles que adorasen á su Unigénito en el momento en que, mediante su resurreccion, hizo su segunda entrada en el mundo (2): porque enton-

(1) Lacordaire. Confer. XLIII. De los esfuerzos del racionalismo para anonadar la vida de Jesucristo.

(2) Ad Hebr. I. 6.

ces fué cuando manifestó palpablemente al universo que era un Dios, á quien como tal debía rendir toda criatura en el cielo y en la tierra el homenaje de su culto y adoraciones. Adorémosle, pues, todos con los mas sinceros sentimientos de fé y de amor. Confesemos con los ancianos del Apocalipsi que el Cordero inmaculado que fué muerto por nosotros, y por nosotros resucitó, es digno de recibir la gloria, la virtud y la divinidad (1). Haga el cielo que desaparezcan de una vez las tinieblas que ofuscan algunas inteligencias, empeñadas todavía en sembrar dudas sobre este gran misterio de nuestra fé. Disipe el Señor las preocupaciones de la incredulidad, ablande la dureza de esas almas tiranizadas por una falsa ciencia, triunfe de las pasiones del siglo, únicas causas de la resistencia que aun hacen á la verdad: para que creyendo todos firmemente la resurreccion de nuestro divino Salvador, merezcamos resucitar con él á la vida inmortal de la gloria.

(1) Apocal. V. 12.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA I DESPUES DE PASCUA.

LA INCREDELIDAD LEJOS DE SER UNA PRUEBA DE GRANDEZA DE ALMA Ó DE SUPERIORIDAD DE GÉNIO, NO ES SINO EL RESULTADO DE UN ORGULLO CRIMINAL Y DE UNA PRESUNCION ESTÚPIDA, QUE ENGENDRAN EN EL CORAZON HUMANO UNA AVERSION CONSTANTE HÁCIA LA DOCTRINA CATÓLICA.

Nisi videro..... non credam.

Si no lo viere, no creeré.

JOAN. XX. 25.

INCONCEBIBLE es por cierto la arrogancia de la incredulidad, y el audaz orgullo con que hace alarde de negar todo cuanto en materias religiosas no está al alcance de la débil razon humana. El gran desórden del siglo consiste en querer someterlo todo al imperio de esa potencia ciega y que tan fácilmente se deja arrastrar en pos de las ilusiones del error, cual si fuese una reina en el mundo intelectual, ó bien el único tribunal infalible llamado á pronunciar su inapelable fallo en todas las cuestiones, cualquiera que sea su índole, aun cuando pertenezcan á un órden sobrenatural y divino. La independencia del entendimiento, la libertad de pensar cada cual segun le plazca, la emancipacion del espíritu humano de toda autoridad religiosa, viene siendo tiempo há la gran cuestion que se agita en el mundo. Todo conspira á romper de una vez el yugo de la fé, á entronizar la razon filosófica sobre las ruinas de la razon católica, á

negar á la revelación su autoridad, á proclamar los derechos exclusivos de la inteligencia..... Y de hecho se ha llamado á la filosofía luz de las luces, y autoridad de las autoridades (1); se ha divinizado la razon hasta el punto de admitirla como la única fuerza *á priori* de todas las cosas, y de no considerar las creencias religiosas sino como móviles transformaciones del entendimiento humano (2); se ha pedido á ella exclusivamente la solución de todos los grandes problemas que interesan á nuestros destinos (3); y en su consecuencia, alzándose altiva contra toda tradición de verdad sobrenatural y divina, ha concluido por negar su asentimiento á los dogmas del catolicismo que no puede ver y explicar con sus propias luces naturales, diciendo como el discípulo incrédulo de que hoy nos habla el Evangelio: *Nisi videro..... non credam*. Escuchad el sagrado texto, que me ha inspirado estas ideas.

Era (dice el Evangelista San Juan) *el día primero de la semana; y siendo ya tarde, y estando cerradas las puertas de la casa donde se hallaban reunidos los discípulos por miedo de los judíos, vino Jesús, y apareciéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. Dicho esto, mostróles las manos y el costado. Llenáronse de gozo los discípulos con la vista del Señor. El cual les repitió: La paz sea con vosotros. Como mi Padre me envió, así os envió también á vosotros. Dichas estas palabras, dirigió el aliento hácia ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo: á los que perdonáreis los pecados, les son perdonados, y á los que se los retuviéreis, les serán retenidos. Tomás, empero, uno de los doce, llamado Didimo, no estaba con ellos cuando vino Jesús. Dijéronle despues los otros discípulos: Hemos visto al Señor. Mas él les respondió: Si yo no veo en sus manos la hendidura de los clavos, y no meto mi dedo en el agujero que en ellas hicieron, y mi mano en su costado, no lo creeré.*

Tal ha sido siempre, y lo es hoy mas que nunca, el orgullosa

(1) Cousin. Curso de 1828, lecciones 4.^a y 5.^a

(2) Lherminier. Filosofía del derecho. Tom. I. p. 64.

(3) Leroux. Del progreso continuo.

lenguaje de la incredulidad. Quiere ver, palpar, examinar, discutir por sí misma los misterios de la religion; se atreve á evocar ante el tribunal de la razon los dogmas mas incomprensibles, sin fiarse en la palabra de Dios que los ha revelado, y desechando á su antojo lo que no le parece conforme ó encuentra superior á las limitadas luces de la humana inteligencia; se vanagloria de no creer, se hace un mérito de su resistencia á las verdades católicas, y llama fortaleza de espíritu á lo que no es sino una rebelion del orgullo, una indocilidad filosófica que hace al hombre no menos criminal que desgraciado. Bien lo manifestó el Salvador al discipulo incrédulo, cuando, según el texto sagrado, *«al cabo de ocho dias estando otra vez los discipulos en el mismo lugar, y Tomás con ellos, llegó Jesus estando cerradas las puertas, y poniéndose en medio de ellos, les dijo: La paz sea con vosotros. En seguida dice á Tomás: Mete aquí tu dedo, y registra mis manos, é introduce la tuya en mi costado, y no seas incrédulo sino fiel. Al oír esto, exclamó Tomás: Señor mio y Dios mio! Pero Jesus le dijo: Tú has creído, oh Tomás, porque me has visto: Bienaventurados los que no vieron y creyeron.*

Si, pues, el creer las verdades reveladas es una bienaventuranza, la incredulidad debe ser por el contrario la mayor desventura del hombre. Y lo es en efecto, señores; y nuestro siglo y el que le precediera bastarian por sí solos para demostrar la verdad de nuestro aserto. Mas no es esto lo que hoy debe llamarnos la atención; lo que sobre todo debe ocupar nuestra consideracion, como que es lo que mas naturalmente se desprende del pasage evangélico que acabamos de reproducir, es esa arrogancia presuntuosa, esa indocilidad soberbia con que la incredulidad moderna pretende hacer á la religion católica tributaria de la razon, y avasallar la fé al imperio de la inteligencia, reasumiendo todo su sistema de rebelion á la suprema autoridad de Dios representada en la Iglesia, en estas breves palabras: *Nisi videro..... non credam.* Hed ahí el lema de los llamados espíritus fuertes, de esos hombres que bajo el fastuoso titulo de filósofos, se dicen llamados á abolir la supersticion y el fanatismo religioso de los pueblos. Procuremos demostrar

que semejante asercion carece de fundamento, haciendo ver que «lejos de ser la incredulidad una prueba de grandeza de alma ó de superioridad de génio, no es sino el producto de un orgullo criminal y de una presuncion estúpida, que engendran en el corazon humano una aversion constante á la doctrina católica.» Imploremos ante todo los auxilios divinos, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Si es cierto que la razon es patrimonio comun de todos los hombres, tambien lo es que no en todos ellos es igual la estension de sus luces. La actividad, la penetracion, la profundidad, la invencion son caracteres exclusivos de esos grandes génios que han sabido hacerse admirar en sus respectivos siglos en los diversos ramos del saber. Los adelantos prodigiosos de las ciencias y la perfeccion á que se han llevado las artes, son otros tantos monumentos que atestiguan los inconcebibles triunfos de la humana inteligencia, que admirada de sí misma, se vé forzada á reconocer el principio de todo progreso en aquella inteligencia suprema de Dios cuya luz, segun la espresion de la Escritura, ilustra á todo hombre que viene á este mundo. Pero la resistencia á las verdades reveladas, ¿es por ventura el producto de las luces naturales? ¿Acaso la superioridad del génio produce la indocilidad del entendimiento humano á los dogmas de la fé católica? ¿Dónde está, en una palabra, la fuerza de los enemigos de la religion? Dejemos á un lado esos incrédulos subalternos, débiles ecos de los corifeos de la impiedad, cuyo estandarte siguen sin ser capaces de manejar sus armas. Concretémonos únicamente á esos otros que poseyendo efectivamente talentos y estimables cualidades intelectuales, dogmatizan altivamente contra la religion, y no reconociendo otra regla ni otro juez que la razon en todas materias, se niegan á creer las verdades sobrenaturales por solo el hecho de no poder explicarlas con las débiles luces de esa potencia enferma: *Nisi*

videro, non credam. En efecto; el primer grito de la impiedad, el grito general á que se refieren en detalle casi todas las objeciones que ella reproduce, se dirige á reprochar á los verdaderos creyentes su sumision á las verdades oscuras de la religion, esa humilde docilidad que en frase de San Pablo cautiva las inteligencias en obsequio de la fé (1). La incomprendibilidad de sus misterios es el débil motivo en que fundan su resistencia esos hombres que quisieran, como el apóstol incrédulo de nuestro Evangelio, sujetarlo todo al contacto de sus manos ó al imperio de los demás sentidos, cual si estos fuesen el único juez de Dios y de sus obras. Ellos se jactan de poseer una razon mucho mas ilustrada, porque no se dejan envolver de las tinieblas que rodean todas las verdades del catolicismo. ¡Miserables! ¿Y qué ventaja llevan en este punto á los creyentes que someten su entendimiento á la autoridad de la revelacion? ¿Acaso estos no reconocen con el Apóstol, que la ciencia de Dios está llena de profundidades y abismos inmensurables, y que sus designios son de todo punto superiores á las investigaciones humanas (2)? ¿Hay uno solo que al plegar su frente bajo el peso de la autoridad divina, deje de confesar que cree lo que no le es posible comprender, y que humilla su inteligencia ante el trono de Dios, en quien únicamente reconoce el derecho de imponerla un yugo razonable? Ved, pues, la verdadera fuerza en ese espíritu de sabiduría, que confesando sus limitadas luces no tiene la insensata pretension de querer comprenderlo todo; en ese espíritu de discernimiento, que apreciando en su justo valor el número y el peso de las pruebas, encuentra en las mismas facultades de su razon un motivo sólido de creer lo que no le es dado penetrar; en ese espíritu de prudencia, que en un asunto de tanta importancia como es la religion, sabe sujetar su imaginación fogosa á las reglas de un juicio maduro y reflexivo; en ese espíritu, en fin, de fortaleza que sabe triunfar gloriosamente de todas las preocupaciones.

(1) II. Corint. X. 5.

(2) O altitudo divitiarum sapientiæ et scientiæ Dei: quam incomprehensibilia sunt iudicia ejus, et investigabiles viæ ejus! (Ad. Rom. XI. 33.)

Malamente han intentado los incrédulos tachar la religion católica de fanatismo, presentándola á los ojos del vulgo como un efecto de esas mismas preocupaciones que ella vino á desvanecer con su doctrina. ¿No se estableció en efecto, á despecho de ellas, rectificando las ideas, cambiando los principios, atacando las pasiones, reformando las costumbres, y renovando en un todo la condicion de la humanidad? ¿Y no nos vemos obligados hoy dia los creyentes á luchar de continuo con las preocupaciones que nacen de los sentidos, para creer lo que es superior á ellos; con las que surgen de nuestros conocimientos, para asentir á lo que escede nuestra capacidad; con las que engendran nuestros propios pensamientos, para recordar la distancia inmensa que los separa de los pensamientos de Dios; con las que parecen autorizadas por el mismo orden de la naturaleza, en donde no podemos apereibir ni el mas débil indicio del estado sobrenatural que forma el objeto de nuestra fe? ¡Ah! Si hay un espíritu verdaderamente fuerte, es sin disputa el del católico que apoyado en la invariable veracidad de la divina revelacion, sigue sin vacilar el camino que Dios le muestra, y se lanza generosamente á través de los mil obstáculos que se presentan á la débil razon humana. Sabe que segun el oráculo de la Sabiduria, todo cuanto rodea al hombre en este mundo está sembrado de dificultades, y que aun en las mismas cosas que conoce, es incapaz su inteligencia de hallar una solucion satisfactoria (1). Conoce que el intentar elevarse hasta el trono de Dios y desentrañar sus designios, y medir su poder con las escasas luces de la razon, es una presuncion estúpida, hija del mas insensato orgullo. Está convencido de que aun en las mismas cosas naturales, no todo lo que es misterioso es quimérico, y que en su consecuencia seria el colmo de la ignorancia negar los efectos por el simple motivo de no comprender las causas que los producen. No ignora, en fin, que es propio de la grandeza infinita de Dios oprimir bajo el peso de su gloria al temerario que osa interrogarle acerca de sus misterios,

(1) *Cunctæ res difficiles: non potest eas homo explicare sermone.*
(Ecclesiastes, I. 8.)

y quiere escudriñar su incomprendible majestad. (1) Por eso, lejos de pretender como el incrédulo apóstol, ver con sus ojos las heridas del Salvador resucitado, palpar con sus manos sus cicatrices, é introducir sus dedos en las hendiduras de los clavos, es decir, sin tener la arrogante presunción de someter las verdades católicas al crisol del raciocinio ó al imperio de la inteligencia, el verdadero creyente asiente con docilidad á los dogmas incomprendibles de la religion, porque Dios los ha revelado; cree en los misterios, porque Dios ha hablado á su iglesia; admite todos los artículos del símbolo, porque respeta la autoridad infalible de ese poder que es en la tierra el órgano y el representante de Jesucristo; no espera en fin á que éste le diga como á Tomas: «Porque me viste creíste,» sino que sin ver, y descansando en la veracidad del divino testimonio que le propone el objeto de sus creencias, se apresura á confesarlas, y no titubea un punto en esclamar: ¡Oh Dios mio y Señor mio!» *Dominus meus, et Deus meus.*

¿Y qué pretende la incrédula filosofía, cuando insiste con tanta tenacidad en abultar las oscuridades que rodean las verdades del catolicismo? ¿Crée acaso alarmar á los creyentes, dando una supuesta novedad á las objeciones que vió nacer la religion en derredor de su cuna, y de las cuales viene triunfando á través de diez y ocho siglos? ¿Intentará reproducirlas como producto de la superioridad del génio, cuando ellas mismas están demostrando la mas palpable debilidad y una inconcebible pobreza de espíritu? ¿Pensará decidir la victoria en su favor, apoyándose en la autoridad de ciertos escritores cuyos nombres no cesa de preconizar, bien asi como estos preconizaron sus errores? ¿Y con qué vergüenza se atreverán á oponernos sus doctrinas esos serviles aduladores de la impiedad de sus maestros, cuando sin el menor criterio rechazan la autoridad de los mas ilustres defensores del catolicismo? No es decir que éste esquive el paralelo: pues una de sus mayores glorias es la de haber visto consagrarse á su defensa los mas brillantes talentos de todas las épocas. ¿Y cuán distinta marcha han seguido estos, de la que han se-

(1) *Scrutator majestatis opprimetur á gloria.* (Proverb. XXV. 27.)

guido sus adversarios! Abrid esas producciones inmortales destinadas á establecer y probar las verdades católicas. En ellas se vé á la humana inteligencia desplegar la fuerza del raciocinio, la profundidad de los pensamientos, la claridad de los conceptos, y la energía de la discusión. Do quiera vereis surgir multitud de génius extraordinarios, que tratan los asuntos religiosos con una sublimidad digna de tan grandioso objeto. ¡Qué encadenamiento se advierte en las ideas! ¡qué estension de conocimientos! ¡qué órden tan maravilloso en los sucesos que refieren! ¡qué solidez en sus reflexiones! ¡qué belleza en los cuadros que presentan de las naciones y de los imperios! ¡Qué grandeza, qué majestad, en fin, en el conjunto de sus obras! ¿Se hallará por ventura cosa igual en los escritos de los apologistas de la incredulidad? Sabido es que nada se ha omitido para atacar á la religion. El raciocinio, el cálculo, las citas, los archivos de los pueblos, los elementos de todas las ciencias, todo se ha empleado fraudulentamente para fomentar el encono contra ella. La sal de una malignidad impía, los rasgos de una sátira mordaz y sacrílega, las interpretaciones torcidas de los santos libros, la falsificacion de testos y fechas, la suposision de hechos falsos, y principios absurdos, y consecuencias puramente imaginarias, y por decirlo todo de una vez, el tono de una licencia desenfadada que asocia la depravacion del libertinaje á los complots de la incredulidad... hé ahí los medios empleados por unos escritores sin freno y sin pudor, para seducir á ciertos lectores frívolos, que han creído ver rasgos de elocuencia y de génio allí donde se les hablaba el lenguaje seductor de las pasiones.

Pero examinemos los resultados. Veamos qué es lo que debe la humanidad á esos hombres que se atreven á proclamarse sus guias y sus maestros. Desvanecidos en sus pensamientos, segun el lenguaje de San Pablo, no han logrado otra cosa mas que reproducir en el mundo la imagen de la confusion y del caos. Ellos mismos han venido suficientemente á la religion de la indocilidad de sus inteligencias, no oponiendo á sus dogmas sacrosantos sino los errores mas tenebrosos y los mas monstruosos absurdos: y nada ha probado mejor la debilidad del entendimiento humano, que esas produccio-

nes extravagantes que han legado á la posteridad para eterno oprobio de sus nombres. ¿Qué han enseñado de útil esos doctores soberbios, cuyas lecciones no propenden sino á degradar al hombre, á envilecerle, y á hacerle olvidar la nobleza de su origen y la inmortalidad de sus destinos? ¿Qué código de moral puede resultar de unas máximas, que no tienen otro objeto mas que el de quitar á las leyes su mas firme apoyo, borrando en las almas la idea de la vigilancia de un legislador supremo? ¿Qué luces han propagado en el seno de los pueblos que se propusieran ilustrar? ¿Han establecido una sola verdad? ¿Han asentado un solo principio fijo y constante? ¿Han logrado siquiera arraigar una sola de sus opiniones? Diré mas: ¿hay un desórden, un exceso, un crimen que no haya sido la consecuencia inmediata de sus principios? ¿Cómo, pues, y con qué título se arrogan un derecho de superioridad sobre los demás hombres, los que á pretexto de instruirlos, no siembran ni pueden sembrar mas que la duda y la ignorancia que les ciega? Que el génio pueda maridarse con la incredulidad, eso se esplica fácilmente por el orgullo innato en el corazon del hombre; pero, ¿puede darse mayor absurdo que el pretender hallar una prueba del talento en las aberraciones de la incredulidad? ¡Oh! si asi fuese, preciso seria convenir en que para llegar á ser un gran génio, no se necesitaria mas que dejar de ser católico. Entonces habria que mirar como inteligencias privilegiadas todas esas personas de diversas edades y sexos, á quienes la disipacion aturde, á quienes fatiga la reflexion y á quienes la conciencia acusa, toda vez que para no tener nada que temer se esfuerzan por no creer nada, y afectan desconocer todas las verdades religiosas por sacudir mas libremente el yugo de todo deber. Entonces la blasfemia será una prueba de filosofia, la apostasia será un signo evidente de ilustracion: y para ser admitido en el número de los seres que piensan y discurren, no habrá menester mas que adjuar las creencias del catolicismo, y negar abiertamente sus dogmas. ¿Y no es este efectivamente el carácter distintivo de la mayor parte de los incrédulos, que tanto afectan superioridad de génio y fortaleza de espíritu? ¡Miserable triunfo de la impiedad! Ella se aplaude y envanece de él, á manera de aquel soberbio filisteo que

insultaba al ejército de Israel delante de los campamentos del Señor (1). Pretende sembrar el espanto en las filas de los verdaderos creyentes por el número de los que secundan los esfuerzos del error: pero no tenemos examinar sus triunfos. Ciertó que el hombre enemigo ha sembrado abundante cizaña en el campo del padre de familias (2), y que á los gritos sediciosos de la incredulidad, se ha apiñado en torno de sus banderas una numerosa falange de hombres fascinados por el amor del placer, por el deseo de libertad, por el ardor de las pasiones, ó bien por la inespriencia de la edad ó por el delirio del orgullo. Mas si el catolicismo tiene motivos de dolerse de la apostasía de esos hijos infieles que han desertado de sus estandartes por ir á engruesar las filas incrédulas, ¿no cuenta también en su seno un número mucho mayor de hijos sumisos que le honran? ¡Ah! Jamás suscribiremos á esas quejas que la amargura arranca frecuentemente á los buenos católicos, y que les hace esclamar á vista de los desórdenes sin cuento que observan en el cristianismo: «¡Ya no hay religion!» Yo apelo de esta espresion al furor mismo de sus enemigos que no cesan de combatirla: encarnizarse contra ella y procurar destruirla, es probar su reino. Yo apelo á las sábias apologias que en nuestros mismos dias hace brotar la verdad, para confundir ciertos errores que se intenta rejuvenecer, y para mostrar á los pueblos cuán gloriosamente se armonizan las luces de la ciencia y de la razon con las misteriosas oscuridades de la fé. Yo apelo á esa multitud de fieles que en los dias solemnes llenan los caminos de Sion, y con su edificante piedad enjugan el llanto que vierte la iglesia por los desgraciados que se estravian del centro de la unidad católica. Yo apelo á los brillantes ejemplos de tantos personajes ilustres, que haciendo servir la gloria de sus nombres á la de la religion, fuerzan á la impiedad á respetar la virtud, ya que no tenga valor suficiente para practicarla. Yo apelo, en fin, á la hipocresía misma de los enemigos de la religion. Ordinariamente ocultan la mano de donde parten los dardos lanzados contra ella: y si algu-

(1) I. Reg. XVII.

(2) Matth. XIII. 25.

na vez han llevado su audacia entre nosotros hasta el punto de enarbolar públicamente el pendon de la impiedad, se ha visto levantarse contra ellos un grito general de desprecio, de infamia y de reprobacion, arrancado por el sentimiento íntimo de una nacion que nunca se despojará del honroso título de católica que viene distinguiéndola á través de los siglos.

Sí: la fé de nuestros padres es y será siempre la nuestra. Nosotros formamos parte de las naciones que el Eterno dió en herencia á su Unigénito; y el carácter respetable de los que le adoran y siguen fieles, basta por sí solo para confundir y hacer enmudecer los gritos desdeñosos de la incredulidad. Cese, pues, de publicar sus pretendidas victorias, á la vista de ese prodigioso número de bravos constantemente adictos á las tradiciones del catolicismo. ¿Y qué triunfos son los que ha conseguido contra él? ¿Dónde están las columnas de ese augusto edificio que se han desplomado bajo sus golpes? ¿Han vacilado por ventura los antiguos cimientos sobre que descansa el templo de la fé? Su invariable estabilidad que supo resistir á las sutilezas y sofismas de la filosofía pagana, ¿se ha conmovido acaso con los redoblados embates que la ha dado la moderna filosofía? Muéstrenos una sola de las pruebas que tan profundamente han arraigado la fé sobre la tierra, que se haya enervado en lo mas mínimo en el largo trascurso de diez y ocho siglos que la incredulidad viene combatiéndolas con un encarnizamiento inaudito. ¿Es hoy menos evidente la antigüedad de las profecías que anunciaron los acontecimientos, y la certidumbre de los sucesos que han verificado las predicciones? ¿Es menos cierto que el pueblo mas enemigo del cristianismo, el pueblo judío, ha conservado y conserva todavía los títulos incontestables de la fé de los cristianos? A pesar de las vastas conjuraciones que se han fraguado contra Jesucristo, ¿se muestra menos visible su carácter divino? El cuadro de su vida y de sus obras trazado en el Evangelio, ¿no está conforme en un todo con el que los antiguos profetas nos presentaron en la persona del Mesías? Los oráculos que predijeron su imperio sobre las naciones, ¿no se ven confirmados por las adoraciones que le rinden casi todos los pueblos de la tierra? ¿Es menos irrefragable el testimonio de

aquella multitud de personas que vieron al Señor con sus propios ojos, le palparon con sus manos, y sellaron con su sangre el prodigio de su resurreccion? ¿Es menos cierto que Jesucristo ha reinado por la cruz, y que en los siglos y en los pueblos mas ilustrados ese signo libertador ha sido el objeto de un culto sublime, y que él es el que ha abatido las luces de los sábios, el orgullo de los grandes y el poder de los dominadores del orbe, haciéndoles inclinar sus frentes ante el hijo de María crucificado, y aclamarle rey de reyes y señor de los señores? ¿Se ha roto esa antigua cadena que arrancando del primer siglo se enlaza con el nuestro, presentándonos sucesivamente en todos ellos la gloria de los progresos, de las conquistas, de los prodigios y de los triunfos del catolicismo? ¿Se ha ahogado la voz del mundo cristiano, cuya conversion seria indudablemente por sí sola el prodigio mas inaudito, si no fuese evidentemente el efecto de los innumerables milagros que han demostrado la certidumbre de esa religion divina? ¿Son menos evidentes la naturaleza de los obstáculos que hubo de vencer para establecerse en el mundo, la sencillez de los medios con que llevó á cabo su establecimiento, la intrépidez de los que concurrieron á esa grande obra, y su duracion á despecho de tantos elementos conjurados contra su existencia? ¿Es menos sublime en sus enseñanzas, menos santa en sus leyes, menos pura en su moral, menos firme en sus principios, y menos invariable en sus decisiones? ¿Se la ha arrancado su carácter distintivo de haber asombrado al mundo por la superioridad de su doctrina, de haber inspirado virtudes sin ejemplo, y de haber formado hombres superiores á la misma humanidad? Por último, díganos esos géneos inquietos que han interrogado á la naturaleza, al tiempo y á las naciones; que han desentrañado las fábulas del paganismo, los estúpidos misterios de la idolatría, los errores del mahometismo, y el inestricable laberinto de las heregías, por hacer caer el ridiculo y la odiosidad sobre la religion católica, ¿qué es lo que han producido, qué es lo que han descubierto que sea capaz de oscurecer los hechos brillantes que prueban su divinidad? ¿Han hallado un solo punto en que puedan convencer de error á los católicos, que á su vez pueden convencer á cada momento á sus adversarios de im-

postura y mala fé? ; Ah ! No es la fuerza de la razon , es si la debilidad del raciocinio la que viene á estrellarse contra la fuerza inmóvil del catolicismo. La piedra desgajada de la montaña bastará para hacer menudos pedazos el coloso amenazador de la impiedad.

Lejos de haber apagado ésta la antorcha luminosa de la religion, no ha conseguido otra cosa mas que aumentar su brillo, y prepararla nuevos y cada vez mas gloriosos triunfos. Los reiterados asaltos de la moderna filosofia la mostrarán mas grande, mas hermosa y mas amable á la posteridad. Tal vez se propagarán todavia por muchos siglos esos escritos inficionados con el veneno de la impiedad. Embellecidos con formas seductoras , atravesarán distancias inmensas y se transmitirán á las mas remotas generaciones. Leeráse al cabo de muchos siglos que en un siglo llamado de las luces , ciertos génios sublimes , ciertos escritores famosos trataron la revelacion de quimera , llamaron á la fé una debilidad, y calificaron el culto católico de supersticion. Se sabrá que la poesia, la historia y toda clase de estudios se pusieron en juego para desacreditar la religion, sazonzando las producciones que salieron de las plumas de la impiedad con la elegancia del estilo, con los encantos de la diction, y con las bellezas de la elocuencia. Pero se sabrá tambien que la religion sobrevivió triunfante á toda esa clase de ataques; admirarán entonces no menos que ahora sus dogmas inalterables, su moral siempre pura y sin menoscabo, sus pruebas cada vez mas irrefragables, y su magestad y su grandeza y su divinidad siempre radiantes y luminosas.

Resultará, pues, que el mundo tendrá que convencerse de la ineficacia de todos los recursos humanos cuando estos tienden á destruir los proyectos de Dios; que asi como el Señor eligió á los seres mas débiles para demostrar que el establecimiento del catolicismo era exclusivamente obra de su omnipotencia, ha querido continuar este prodigio haciendo palpable la impotencia de los llamados espíritus fuertes que se propusieron arruinar ese augusto edificio. Resultará que nada hay en los dogmas católicos que repugne á las luces de la razon, puesto que á pesar de cuanto se han abultado los progresos de la humana inteligencia, y á despecho de los esfuerzos

hechos para arrebatár al catolicismo la gloria de ser el primer elemento civilizador de las sociedades, no se ha conseguido sino hacer mas visible esta importante verdad que la razon misma ha evidenciado, desarrollando admirablemente los motivos de credibilidad en que descansa la fé, y descubriendo los errores y sofismas que le ha opuesto la incredulidad. Resultará que á pesar de las burlas é insultos que se han prodigado al catolicismo, ha conservado siempre ese carácter de superioridad que le es propio, bastante á desconcertar los planes de sus enemigos modernos, bien así como en los primeros siglos supo triunfar de la crueldad de sus tiranos. Resultará que así como la multitud de rebeldes jamás probó la ilegitimidad del poder, tampoco el número de los que hacen frente á los dogmas de la religion puede menoscabar en lo mas leve la certidumbre de su autoridad. Y al ver que el único resultado de esos talentos tan celebrados por la escuela filosófica, ha sido sustituir á las luces del cristianismo las tinieblas de la duda, á las reglas de la moral la licencia de las costumbres, al orden público las ideas mas perniciosas de anarquía, preciso será reconocer que lejos de ser la incredulidad una prueba de fuerza de espíritu ó de superioridad de inteligencia, no es sino el producto de un orgullo criminal y de una presuncion estúpida que enjendran en el corazon humano una aversion irreconciliable contra la doctrina católica. Y ved lo que me propuse probar en este discurso.

Huyamos, católicos, de esa incredulidad funesta; anatematicemos con todo nuestro corazon esa escuela que propende á arrancar de nuestras almas ese sentimiento de fé pura y constante que heredamos de nuestros padres. Reconozcamos que la bienandanza del cristiano consiste en asentir con dócil sumision á todo aquello que la revelacion propone á nuestra creencia, aun cuando no puedan percibirlo nuestros sentidos: *Beati qui non viderunt, et crediderunt*. Lejos de nosotros pretender como Tomás sujetar al exámen de nuestros ojos ó de nuestras manos esos inefables misterios que la Providencia ha colocado en las altas regiones de la fé, para hacer así mas meritorio el sacrificio de nuestra razon y la abnegacion de nuestro orgullo. Bástanos saber por el órgano infalible de la iglesia que

Dios los ha revelado, para desde luego esclamar: ;Señor mio y Dios mio! *Dominus meus, et Deus meus.* Esta fé nos preservará de los peligros que rodean nuestra existencia, y de los enemigos que tienden á estraviarnos del camino de la verdad, abrirá ante nosotros un porvenir eternamente feliz reservado en la mansion gloriosa á los verdaderos creyentes, en donde sin nubes ni celages veremos la luz inaccesible de la divinidad, nos gozaremos con ella, y de ella nos saciaremos por los siglos de los siglos.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA II DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

SOLICITUD INCANSABLE DEL CATALICISMO
POR MANTENER INTACTO EL DEPÓSITO DE SUS CREENCIAS, Y ATRAER
TODAS LAS COMUNIONES SEPARADAS AL CENTRO DE LA UNIDAD.

*Alias oves habeo quæ non sunt ex hoc ovili; et illas oportet me adducere...
et fiet unum ovile, et unus pastor.*

Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, las cuales debo yo recoger, y todas ellas formarán un solo rebaño y un solo pastor.

JOAN. X. 46.

QUE la verdad une y el error separa, es un axioma incontestable, un principio basado en la larga experiencia de diez y ocho siglos, un hecho constante y de que vienen dando testimonio todos los hombres y todos los pueblos del mundo. Do quiera la una ha sido el vínculo que ha estrechado las inteligencias y el lazo misterioso que ha conciliado las voluntades, en vez de que el otro no ha hecho otra cosa que llenar la triste mision de desunir estas y aquellas, promoviendo en todas épocas trastornos, escisiones, luchas intestinas y todo género de desgracias. En la primera está personificado el principio conservador del catolicismo, centro único de unidad para toda la gran familia del género humano, en donde se halla la verdad por esencia, y de donde se derrama por todo el universo á manera de un rio cuyas aguas siempre puras y cristalinas le fertilizan y hacen brotar en él frutos abundantísimos de vida y civilizacion. En el segundo

está representado ese principio de destrucción proclamado por los cultos disidentes, que emancipándose de la divina autoridad de la Iglesia católica y queriendo innovarlo todo, todo lo han trastornado: y envueltos en un laberinto interminable de creencias absurdas y dogmas corrompidos, andan errantes empujados por todo viento de doctrina sin poder formular un símbolo invariable, porque carecen de un punto céntrico de unión desde el momento en que abandonaron el redil del pastor eterno Jesús. Verifícase en el antagonismo de estos dos principios la bella y sublime alegoría propuesta por el Salvador á sus discípulos, y de que hace mención el Evangelio de este día. *Yo soy* (les decía) *el buen Pastor. El pastor bueno dá la vida por sus ovejas. Pero el mercenario que no es el propio pastor, y de quien no son las ovejas, en viendo venir al lobo, abandona las ovejas y huye: y el lobo las arrebatá, y dispersa el rebaño. El mercenario huye por la razón de que es asalariado, y no tiene interés alguno en las ovejas. Yo soy el buen Pastor y conozco mis ovejas, y las ovejas mías me conocen á mí. Como el Padre me conoce, así conozco yo al Padre, y doy mi vida por mis ovejas. Tengo también otras ovejas que no son de este aprisco: las cuales debo yo recoger, y oirán mi voz, y formarán un solo rebaño y un solo pastor.*

Nada hay más expresivo que este cuadro trazado por Jesucristo, para caracterizar esos dos principios de que venimos ocupándonos. ¿Qué otra cosa es el catolicismo sino la expresión fiel de ese Dios-Hombre, verdad eterna é infalible, que bajo la figura de un Pastor bueno sacrifica gustoso su vida por defender su rebaño de los hambrientos lobos que conspiran á devorarlo? ¿Y qué son todas las sectas disidentes más que ovejas descarriadas del aprisco de la Iglesia católica, y sus ministros pastores mercenarios que lejos de conducir las al redil de la verdad, no hacen sino separarlas cada vez más de él, ahuyentarlas de ese centro en donde únicamente pudieran salvarse de las garras del enemigo, y estraviarlas, y perderlas, y dejarlas morir en los laberintos del error? ¿Qué otra ha sido siempre y es la misión de ese poder misterioso que Jesucristo fundó en el mundo para ser el centro visible de la gerarquía sacerdotal, y el aprisco

comun de los corderos y de las ovejas encomendadas á la solicitud apostólica de Pedro y de sus sucesores, sino la de defender, fomentar y promover la unidad católica, y conservar intacto el sagrado depósito de la verdadera doctrina, alimento de las almas en esta región de tránsito, pasto incorruptible de los que por los ásperos senderos de este mundo caminan á la inmortalidad? Conocer á sus ovejas, darse á conocer de ellas mediante unas creencias siempre idénticas é invariables, proporcionarlas pastos saludables de salvación, protegerlas contra las acometidas de los que intentan arrancarlas del aprisco para hacerlas víctimas de sus erróneas creencias, correr en pos de las que se extravían, llamar á las que seducidas huyen del redil, proeurar, en una palabra, por todos los medios posibles operar la fusión de todas las inteligencias y la unión de todos los corazones bajo una misma fé, bajo unos mismos dogmas, bajo una misma é idéntica autoridad... hé ahí el gran pensamiento que viene llenando el catolicismo á través de los siglos, y el glorioso fin á que dirige todos sus esfuerzos. La lucha empeñada hace tiempo entre el error y la verdad está reasumida en esta antítesis. El error quiere destruir: la verdad quiere edificar; el primero para destruir separa: la segunda para edificar une; aquel es el lobo que dispersa el rebaño: ésta representa al pastor que le defiende y apacienta. Así que, de una parte se vé la intolerancia, la invasión, el proselitismo de los cultos disidentes empeñados en romper esa valla que rodea á la verdadera Iglesia de Jesucristo, en despedazar esa antigua cadena de las divinas tradiciones para separar á los fieles de su común centro: de otra se vé el celo, la decisión y la solicitud incansable del catolicismo por sostener á todo trance el principio de unidad característico de la esposa del Cordero, para lo que no solo vela constantemente por el rebaño que le ha sido confiado, cuidando de proporcionarle pastos abundantísimos de sólida doctrina, sino que fomenta siempre el pensamiento altamente benéfico y civilizador de reunir un día en su aprisco esas ovejas que actualmente no le pertenecen por haberse separado de él alucinadas por el error: *Et alias oves habeo quæ non sunt ex hoc ovili; et eas oportet me adducere, et vocem meam audient; et fiet unum ovile, et unus pastor.* «La

solicitud, pues, y el celo de la Iglesia católica por mantener intacto el depósito de sus creencias, y el grandioso pensamiento que abriga de reunir todas las sectas separadas en derredor del centro de la unidad,» formará el objeto del presente discurso.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

«Si hay una cosa que deba llamar la atención de todo hombre reflexivo, es indudablemente el heroísmo admirable con que la Iglesia católica viene llenando hace diez y ocho siglos la sublime al par que difícil misión que la confiara su augustó fundador. Un dia, despues de resucitado Jesucristo, se aparece en las orillas del mar de Tiberiades á sus discípulos, y dirigiéndose particularmente á uno de ellos llamado Simon Pedro, le dice: «Simon, hijo de Juan, ¿me amas tú mas que estos?» Y el discípulo le contesta: «Señor, tú sabes que te amo.» «Pues apacienta mis corderos,» repone el Salvador. Segunda vez le pregunta: «Simon, hijo de Juan, ¿me amas?» «Sí, Señor, tú lo sabes,» contesta aquel, y Jesucristo vuelve á repêtirle: «Apacienta mis corderos.» Por último habiéndole hecho por tercera vez igual pregunta, y dado este la misma contestacion, dicele: «Pues apacienta mis ovejas (1).» Desde aquel momento el llamado á ser jefe de la nueva Iglesia, y piedra angular del edificio destinado á sobreexistir á todas las futuras generaciones, llevaba aneja á su destino la terrible carga de velar por todo el rebaño del eterno pastor, que es lo mismo que decir, por todos los hombres que en la larga sucesion de los tiempos entrarian en el aprisco de la unidad, por todos los pueblos que se agruparian en torno de su cruz, por las naciones todas que profesarian su doctrina y acatarian sus divinos dogmas. El Pontificado, personificacion sublime del Hombre-»

(1) Joan. XXI. 15 et seq.

Dios, poder misterioso colocado en la tierra para representar en ella en el tiempo la soberana autoridad del cielo, debía ser al propio tiempo el depositario de la verdadera doctrina. A él correspondía conservarla en la misma pureza que la recibiera de las manos de su autor, defenderla contra los ataques que debían darla en lo sucesivo los diversos errores que surgirían en el mundo, mantenerla siempre una é invariable á través de las terribles luchas que estaba destinada á sostener contra los poderes de las tinieblas, y distribuirla á todos los fieles diseminados en los diferentes puntos del globo, cuidando de que no padeciese la menor alteracion ese pasto divino y sobrenatural con que debía alimentarse la humanidad para poder vivir la vida de Jesucristo, y llegar por este medio á sus sublimes destinos. ¿Y qué no viene haciendo la Iglesia, ó si se quiere mejor el Pontificado, por el rebaño del divino Salvador, desde el día en que le fué confiada su custodia? ¿Qué no debe la humanidad á esa institucion grandiosa que se levanta en medio del mundo como el asilo comun de todos los que buscan la verdad, como el faro luminoso que indica el puerto de salvacion á cuantos vogan en el proceloso mar de las ilusiones y estravíos del error, como la columna de fuego que guía en el desierto al nuevo Israel y señala el punto de reunion á los que aspiran á entrar en la tierra prometida, como el centro de donde arranca la palabra civilizadora del Evangelio, para estenderse de allí á los mas remotos confines del orbe, y evocar á si todas las inteligencias por medio de una misma fé, y reunir todos los corazones por medio de un mismo amor? Por conservar pura la fé luchó durante tres siglos con el furor del imperio romano empeñado en extinguir hasta el menor vislumbre de la llamada entonces supersticion cristiana. A manera de tiernos y solícitos pastores, los soberanos pontífices no descansaban por proporcionar á su amada grey aquel pasto espiritual que permitian las circunstancias: y ora sepultándose en el fondo de las catacumbas, ora ocultándose en la oscuridad de los cementerios, ya en las prisiones do gemian las víctimas de la persecucion, ya en los circos, y en los cadalsos, donde quiera no cesaban de animar al débil, de fortalecer al vacilante, de ayudar al tímido, hasta verter la última gota de su sangre en

bien de sus ovejas, á cuyo lado morian bajo la cuchilla del verdugo en cumplimiento de su ministerio pastoral. La paz que sobrevino á aquellos tres siglos de sangrienta lucha, lejos de enervar el celo del Pontificado, no hizo sino acrecentar maravillosamente su incansable solicitud. Colocado al lado del trono de los Césares, y protegido por la autoridad imperial, pudo obrar en mayor escala y dar un prodigioso impulso al gran pensamiento civilizador. Desde allí, cual centinela vigilante, vela por todo el mundo católico. Su ojo es el ojo de la Providencia, atento á observar las necesidades de los fieles diseminados en todos los puntos del globo. Do quiera que los ahullidos del error introducen la alarma en el rebaño de Jesucristo, allí se deja oír la voz del supremo pastor para evitar que las ovejas se dispersen ó abandonen el aprisco de la unidad. Si las heregías consiguen sembrar la escision en las iglesias de Oriente; si seducidos los fieles por pastores mercenarios que en vez de apacentarlos con la saludable doctrina del Evangelio, les arrojan las yerbas venenosas de las aberraciones humanas, comienzan á descarriarse y dividirse en distintas banderías, siguiendo unos los absurdos de Arrio, otros los de Nestorio, estos los de Eutiques, aquellos los de Pelagio, Dioscóro y demás génios malévolos que abortó el espíritu de mentira en diversas épocas; ; con qué celo no se consagran los sumos pontífices á arrancar de raiz aquellos funestos gérmenes de escision! ; Con qué prontitud no acuden al socorro del rebaño fiel! ; Con qué heroismo no sacrifican su reposo, su tiempo, su inteligencia y todo cuanto tienen y valen, por evitar que el mal se agrave y que el error adquiera mayores proporciones! ; Con qué amor no procuran atraer los entendimientos seducidos, disipar las preocupaciones erróneas, derramar la luz de la verdad en medio de las tinieblas del error, llamar al verdadero camino á los que se han separado de él, y anudar los eslabones de aquella misteriosa cadena de dogmas inconcusos, que intentára romper el infierno! Concilios, conferencias, cartas, consultas, ruegos, amonestaciones, anatemas, todo lo ponen en movimiento para defender y conservar puro el depósito de la doctrina católica, segun lo exigen las circunstancias ó las necesidades de los siglos. En proporcion que aumentan los pe-

ligros, acrece tambien el celo del Pontificado: y ya los Atilas avancen hasta las puertas de la ciudad eterna llevando en su mano la tea incendiara para reducir á pavesas el grandioso edificio de la unidad, ya los Gensericos y otros bárbaros guerreros acaudillando numerosas huestes se lancen impetuosos sobre la Europa para extinguir hasta el último destello de la civilizacion, bien la media luna empavesando sus pendones sobre las costas del Mediterráneo amenace sepultar al catolicismo en la ignorancia y en la esclavitud, bien los hijos del Bósforo invadiendo el Occidente introduzcan junto con las sutilezas de su filosofia el cisma y la division en las creencias; cualesquiera que sean los enemigos que se presenten á luchar contra la Iglesia católica, sean las que fueren las armas que se empleen para destruir el gigantesco edificio de la unidad, nunca duerme ni dormita el custodio de la casa de Israel (1). El que está constituido pastor de los pastores y jefe del mundo cristiano, vela siempre en pié sobre las murallas de la ciudad santa, y desde allí, blandiendo la espada de la divina palabra, manejando diestramente el cayado de Pedro, ahuyenta los ambrientos lobos que se arrojan sobre el rebaño de Cristo, y aquí contiene el furor de la barbarie, y allí deshace los proyectos del islamismo, y mas allá ataja los progresos del cisma, y en otra parte hace retroceder las huestes del error, consiguiendo donde quiera las mas brillantes conquistas para la fé, y multiplicando bajo su accion poderosa y benéfica los triunfos de la civilizacion. ¡Ah! «Jamás ha habido, dice un sábio escritor, una dinastía que llegue á la mitad de la duracion inmensa que marca la carrera del Pontificado, por entre tantos obstáculos y vicisitudes. Ninguna potencia del mundo ha ejercido una influencia semejante á la suya para acelerar la civilizacion de los pueblos. La Escocia, la Irlanda, la Inglaterra, la Germania, la Dinamarca, la Hungria, la Polonia y las Indias orientales y occidentales, debieron á la Santa Sede su conversion, unas costumbres mas puras, y la nobleza de relaciones sociales desconocidas hasta entonces. La vida de las naciones europeas tiene su origen en la potestad pontificia. La última

(1) Non dormitabit, neque dormiet qui custodit Israel. (Ps. CXX. 4.)

palabra de toda luz para la sociedad espiritual está en Roma, de donde parte el reflejo de deslumbrantes resplandores para iluminar el universo; y las bendiciones del padre universal de los fieles, atravesando los mares y las rocas escarpadas, llegan hasta las regiones mas remotas (1).»

Nada diremos de lo que viene haciendo el catolicismo por medio de sus supremos pastores, por conservar el depósito santo de la doctrina y el principio de unidad en las sociedades modernas. Todo el mundo sabe los horribles combates que ha tenido que sostener en estos últimos siglos; nadie ignora la multitud de enemigos de todo género que han conspirado contra su existencia. Jamás se han hacinado tantos y tan poderosos elementos para acabar de una vez con esa institución sublime que ha desafiado á los tiempos, y viene mostrándose victoriosa y triunfante por entre las mas crudas tormentas. Pero tampoco se ostentó nunca tan admirable el Pontificado como en esas épocas de vértigo, en que todo parecia hacer presentir un cataclismo universal, y anunciar los últimos momentos de la unidad católica. Vióse el rebaño de Jesucristo acometido por hambrientos lobos que consiguieron dispersar en todas direcciones las tímidas ovejas que el error no pudo devorar. Viéronse los pastores obligados á huir, arrastrados á los cadalsos ó deportados al otro lado de los mares. Vióse en fin la mas completa anarquía en las ideas, la confusion mas espantosa en las doctrinas, el desorden mas prodigioso en todo, porque todos los principios religiosos y sociales habian padecido un trastorno inconcebible. Mas en medio de este caos, ¿qué no hizo el supremo pastor de los pastores por su amada grey? Víctima él tambien del furor demagógico arrancado de su silla, cautivo y errante, no por eso dejó de consagrarse con ardor á la defensa de su rebaño, ni un solo dia cesó de proporcionar á sus fieles ovejas el pasto de la santa doctrina. Libre su inteligencia entre las cadenas que oprimian sus manos, y mas grande su alma en proporcion que sufrían sus miembros, supo hacerse respetar de la misma tiranía: y su voz dejándose oír de todo el mundo católico desde el oscuro rincón en que le

(1) Raymond. Del catolicismo en las sociedades modernas. Cap. VIII.)

tenia sepultado el despotismo, mantuvo siempre encendido el fuego sagrado de la fé, sostuvo el sentimiento religioso, y el principio de unidad no padeció el mas leve menoscabo en todo el tiempo que duró el delirio revolucionario. Cuantas veces el mundo conmovido por los choques violentos del error ha visto renovarse esas escenas lamentables, esos acontecimientos inesperados que parecian anunciar el triunfo de la impiedad filosófica sobre el catolicismo, otras tantas se ha visto á éste desplegar el mismo celo, é idéntica solicitud por conservar intactas sus tradiciones, puros é inalterables sus dogmas y su autoridad inviolable, extendiendo su influencia benéfica do quiera que penetró el génio de la civilizacion. En todas partes, y en todas épocas, el pontificado, personificacion augusta de la Iglesia católica, ha llenado la mision del buen pastor, ha dado su vida por sus ovejas, las ha defendido de los hambrientos lobos, las ha alimentado con los sabrosos pastos de la verdadera doctrina, las ha guiado á través de las asperezas del tiempo á la region de la inmortalidad, las ha preservado de las yerbas venenosas del error, las ha fortalecido si eran débiles en la fé, las ha curado si estaban enfermas en sus creencias, y las ha mantenido inviolablemente adheridas al centro de la unidad.

Pero no se ha contentado con esto. Tiene tambien otras ovejas que no pertenecen á su aprisco; las sectas separadas no son efectivamente de su redil; el cisma griego, el protestantismo y demas cultos disidentes, no viven dentro de la Iglesia católica; son ramas desgajadas de ese magestuoso árbol, y por lo tanto no participan de su sávia benéfica. Mas no por eso las tiene olvidadas el supremo pastor que vela por los destinos del mundo. El catolicismo abraza siempre el gran pensamiento de hacer oír su voz á esas ovejas infieles, y de reunir las un dia en derredor de su aprisco: *Et alias oves habeo quæ non sunt ex hoc ovili, et eas oportet me adducere, et fiet unum ovile, et unus pastor.* ¿Y no es esta la gran mision que tiempo há viene llenando el pontificado? ¿No es á este fin al que desde el funesto cisma de Focio viene dirigiendo sus mas ardientes votos? ¿Cuántos pasos no ha dado en favor de la union! ¿Cuánto no ha trabajado por realizar el grandioso proyecto de hacer reconocer á los

griegos la supremacía del sumo Pontífice, y tornar de este modo al redil de Jesucristo de donde desgraciadamente viven separados! ¿Y por qué no lo harían? ¿Por ventura no reconocieron solemnemente esa misma primacía de Roma los Clementes de Alejandría, los Atanasios, los Basilio, los Cirilos, los Crisóstomos, y otros innumerables géneos de la Iglesia de Oriente? El mismo autor del cisma, Focio, ¿no se dirigió á los Pontífices Nicolás y Juan VIII, solicitando que confirmasen su eleccion para la silla de Constantinopla? Y Basilio emperador de Oriente, y Demetrio emperador de Rusia, ¿no rindieron homenaje á la silla romana, enviando el primero embajadores al Papa Juan XXII, para pedirle el título de patriarca ecuménico para el de Constantinopla, y apelando el segundo á la autoridad pontificia como á único tribunal de los cristianos, cuando fué lanzado del trono? Mil otros testimonios pudiéramos aducir, si nos fuese permitido abandonar el carácter de oradores para tomar el de historiográficos, que prueban altamente los poderosos motivos que tienen los cismáticos griegos para volver á la unidad de la Iglesia católica, como lo hicieron los de Rusia en 1439, suscribiendo el decreto de union redactado en el Concilio de Florencia. ¡Y ojalá nunca se hubieran vuelto á separar de aquella madre amorosa que con tanto amor les recibiera en su seno! ¡Ojalá que al menos, desengañados ya de que fuera de ese centro comun de la unidad no puede haber una regla de fé invariable, ni un tribunal infalible que decida en último recurso las cuestiones dogmáticas, como hemos demostrado en otras ocasiones, se decidiesen á romper de una vez los lazos que les tienen aprisionados al error! «¿Qué son sus iglesias separadas de la Santa Sede, como decia el sábio conde de Maistre, sino unos cadáveres yertos en los que el frio ha conservado las formas, y de los cuales no quedará mas que un poco de polvo, tan luego como sobre ellos sopla el viento de la ciencia?» Si desean pues vivir, si quieren colocarse á la altura de la civilización, únense desde luego á la Iglesia Romana, tornen al redil del eterno pastor, que no abraza un pensamiento mas dulce y consolador que el de ver á todos los pueblos de la tierra, formando un solo rebaño; ó de lo contrario, preciso les será morir devorados por la anarquía religiosa, ó envilecidos

por el despotismo político, pues no hay otro medio, ni puede ser otro el resultado de su escision.

¿Y qué diremos de las comuniones protestantes? ¿Ha podido hacer mas la Iglesia católica para atraerlas á la unidad? ¿No ha agotado todo su celo, toda su tolerancia, y todos los medios de accion de que ha podido disponer para realizar ese gran proyecto? Desde los primeros amagos de esa secta, desde que los dos corifeos de la reforma inauguraron sus perniciosos errores que debian convertir la Europa en un volcan, ¿ha cesado un solo dia el catolicismo de llamar por la voz de sus Pontífices á esas ovejas descarriadas al aprisco de Jesucristo? ¿No se les han propuesto todas las vias de conciliacion que han sido posibles sin menoscabar los derechos de la supremacia de la Santa Sede? ¿Cuánto no han trabajado los génios mas eminentes del mundo católico, para preparar los ánimos de los disidentes á un reconocimiento sincero y franco de los antiguos principios que abjuraron en momentos de vertiginoso delirio? ¡Oh! ¿Y qué es lo que les detiene para tornar al redil de la unidad, cuando los hombres mas ilustrados de la reforma, y hasta sus mismos fautores no han podido menos de consignar en sus escritos confesiones tan esplicitas, que pudieran considerarse, si no como otras tantas apologías involuntarias del pontificado, al menos como unos testimonios inequívocos de la contradiccion en que el protestantismo está con sus propios principios, y del anatema que pesa sobre su obstinacion inconcebible? Cuando se recuerda que el mismo Lutero apoyaba la autoridad del sumo Pontífice sobre estas palabras de Cristo al principio de los apóstoles: «Apacienta mis ovejas,» y daba gracias á Dios por conservar sobre la tierra esa iglesia, que miraba como un milagro, bastante por sí solo para demostrar la verdad de la fé católica, y decia á Leon X: «reconozco vuestra voz por la voz de Cristo que reina y habla en vos» (1); cuando se considera que Calvino reconocia un dia «que Dios habia colocado el trono de su religion en el centro del mundo, y puesto en él un Pontífice único, hácia el cual debian volverse todos los ojos para mantenerse con mas fuerza en la

(1) Bossuet. Hist. de las variaciones. Lib. I. n. 21 y sig.

unidad» (1); cuando en suma las mayores capacidades, los géniós mas eminentes del protestantismo han sido los primeros en confesar, «que el Soberano Pontífice es el instrumento de que Dios se ha servido para conservar íntegro el depósito de la fé en todos los siglos;» que sin el primado de la Santa Sede no hay medio de poner término á las disputas y fijar el dogma (2); que la supresion de la autoridad pontificia ha sembrado infinitos gérmenes de discordia en el mundo, y los que la han réchazado se han dividido entre sí y despedazádose con sus propias manos (3); al ver estos y otros infinitos testimonios que bien á su pesar, tal vez, no han podido menos de dar á la grandiosa institucion de ese poder que se alza sobre las ruinas de todos los errores, para evocar á sí todos los pueblos del universo, y reunirlos en torno del simbolo augusto de la unidad, no se concibe esa repulsion obstinada, ese empeño sistemático de las comuniones protestantes en permanecer separadas del aprisco del eterno pastor Jesús. ¡Dejáranse siquiera convencer por la autoridad de sus primeros gefes y caudillos, ya que no les convenciesen los motivos que el catolicismo les presenta! Pero no, no ha llegado aun el momento designado por la Providencia para realizar el gran pensamiento de union que presidió á la obra inefable de la redencion del linaje humano; mas no por eso se debilitarán en nada nuestras esperanzas de ver llegar ese dia tan deseado, y ya hemos consignado en otra ocasion los poderosos motivos en que se fundan nuestros pronósticos (4). Entre tanto este será el voto mas ardiente de la Iglesia católica, y su alegria no será colmada hasta que vea entrar en el redil de la unidad todas esas ovejas descarriadas que andan perdidas en los laberintos del error. Lo que el Salvador decia á su eterno Padre en los momentos solemnes en que se preparaba á dar cima á su mision salvadora, eso mismo dice y repite sin cesar esa madre amorosa de los predestinados: «Señor no ruego solamente por esos hijos que me has dado, y que viven en mi seno, sino tambien por aquellos que

(1) Instit. VI. §. II.

(2) Grocio. *Votum pro pace eccles.* art. VII.

(3) Puffendorf. *De Monarch. pontif. Rom.*

(4) Véase el Discurso para la Dominica de Ramos, pág. 246.

han de creer en mí mediante tu palabra. Que todos sean una misma cosa: y que así como tú estás en mí, y yo en tí, del mismo modo sean ellos todos unos, para que crea el mundo que tú me envías-te (1).» Por eso no cesa de llamar con sus dulces silvidos á los que se han separado de su aprisco, y trabaja incansable por reducir esas inteligencias obstinadas que prefieren ser víctimas del mas vergonzoso y cruel despotismo, antes que sujetarse á la autoridad paternal de la Iglesia católica, bajo cuyo cetro tutelar encontrarían esa paz de conciencia, esa tranquilidad de espíritu que en vano buscan en el tumultuoso oceano de opiniones y sistemas que hace tres siglos vienen ensayando, sin poder fijar sus creencias ni formular un simbolo invariable; porque fuera del centro de la unidad no hay ni puede haber estabilidad, ni firmeza, ni verdad, ni creencia, ni fé, y si únicamente versatilidad, movilidad, y eternas dudas que conducen en último resultado al mas vergonzoso escepticismo.

— ¡Oh! ¡Haga el cielo que nuestros votos que son los mismos de la iglesia, se vean cuanto antes cumplidos! Veamos entrar en el seno de la unidad católica, todas esas fracciones separadas de la silla de Pedro. Tengamos la dulce satisfaccion de estrechar entre nuestros brazos y dar el ósculo de paz á esos hermanos nuestros á quienes el error tiene divididos. Que esas desgraciadas ovejas que alucinadas por los malos consejos de pastores mercenarios huyeron del aprisco de Jesucristo, reconozcan sus extravíos y tornen á reunirse con las ovejas fieles que permanecen constantemente adheridas al representante de Dios en la tierra. Que no sean estériles el celo y la solicitud que la iglesia viene desarrollando por la realizacion de este gran pensamiento, y vea formarse de todos los hombres un solo rebaño regido por un solo pastor: para que unidos todos aquí en una misma fé, en unos mismos dogmas, en una misma doctrina, en unas mismas esperanzas, y en un amor idéntico, entonemos un día un mismo cántico de gloria y bendicion al cordero immaculado en la mansion de la inmortalidad.

(1) Joan. XVII. 20.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA III DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

EL ABANDONO APARENTE EN QUE SE HA VISTO EN CIERTAS ÉPOCAS LA IGLESIA, NO HA SIDO MAS QUE LA REALIZACION DE LAS PREDICIONES RELATIVAS Á ELLA; Y POR CONSIGUIENTE LEJOS DE DESMENTIR LAS PROMESAS HECHAS EN FAVOR SUYO, SON POR EL CONTRARIO UNA NUEVA PRUEBA DE SU ESTABILIDAD.

Amen, amen dico vobis, quia plorabitis et flebitis vos mundus autem gaudet vos autem contristabimini, sed tristitia vestra vertetur in gaudium.

En verdad, en verdad os digo, que vosotros llorareis y planiareis, mientras el mundo se regocijará... pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.

JOAN. XVI. 20.

Todo en el catolicismo debia llevar el sello de la divinidad de su augusto fundador. Debia desaparecer hasta el menor vislumbre de duda, á fin de que no pudiera caber excusa de ningun género en aquellos que se resistiesen á abrazarle, ó se obstinasen en desconocer en él la obra del Omnipotente. Asi que, todas las fases que debia recorrer en el transcurso de los siglos, sus combates y sus triunfos, sus azares y sus progresos, los obstáculos que opondrian á su marcha civilizadora el talento y la ignorancia, el error y las pasiones, la fuerza y la debilidad, la tiranía y la seducción, bien asi como el apoyo que por otra parte hallaria en la virtud de sus apóstoles, en el celo de sus apologistas y en el heroismo de sus mártires, todo estaba previsto de antemano, todo se habia vaticinado con anticipacion, todo lo habia dicho el Salvador á sus discípulos antes de su muerte, á fin de que cuando estas cosas llegasen á realizarse, le re-

conociesen por quien era (1), ó lo que es lo mismo, para que en vista de su cumplimiento no pudiesen ya abrigar la menor duda acerca de su origen divino. Sin embargo, no siempre fué el lenguaje de Jesucristo tan claro y esplicito que pudiesen comprenderle bien sus apóstoles, como aconteció entre otras veces en la ocasion que hoy nos recuerda el santo Evangelio. Venia hablándoles largamente, concluida su última cena, acerca de los acontecimientos que debian verificarse respecto de su persona y con relacion á la Iglesia que iba á fundar en el mundo, y preparándoles para cuando llegase este caso, y ved que de repente, adoptando un lenguaje enigmático, les habla de este modo:

Dentro de poco ya no me vereis, mas poco despues volvereis á verme; porque me voy al Padre. Al oir esto algunos de los discipulos, se decian unos á otros: ¿Qué nos querrá decir con esto: dentro de poco no me vereis, mas poco despues me volvereis á ver: porque me voy al Padre?... ¿Qué poquito de tiempo es este de que habla? No entendemos lo que quiere decirnos. Pero conociendo Jesus que querian preguntarle, díjoles: Vosotros estais tratando y preguntándoos unos á otros, por qué habré dicho: dentro de poco ya no me vereis, mas poco despues me volvereis á ver. En verdad, en verdad os digo, que vosotros llorareis y plañireis, mientras el mundo se regocijará; os contristareis, pero vuestra tristeza se convertirá en gozo. La muger en los dolores del parto está poseida de afliccion, porque no le vino su hora: mas una vez que ha dado á luz un infante, ya no se acuerda de su angustia, con el gozo de haber dado un hombre al mundo. Asi vosotros al presente padecéis tristeza, pero yo volveré á visitaros, y vuestro corazon se bañará en gozo, y este gozo nadie os le quitará.

Consideradas á primera vista estas palabras, parece que solo se reducian á manifestar el Salvador á sus discipulos la corta ausencia que debia separarle de ellos por la muerte, y su pronto regreso, verificada que fuese su resurrección. Pero San Agustin las dá mucho

(1) A modo dico vobis priusquam fiat, ut cum factum fuerit, credatis quia ego sum. (Joan. XIII. 19.)

mayor latitud, entendiéndolas con relacion á la Iglesia universal, de la que si bien se separaria por algunos momentos, ó pareceria abandonarla en ciertas épocas de prueba, no por eso dejaria de volver á aparecer en medio de ella, sin que jamás la faltase su asistencia hasta la consumacion de los siglos (1). Y en efecto, la Iglesia estaba destinada á atravesar tiempos calamitosos, dias de afliccion, períodos de encarnizada lucha. Debía combatir, debía padecer, debía llorar á manera de una muger que está de parto, porque en la sucesion de siglos que recorrería, veria suscitarse en torno suyo tormentas horrorosas, surgir enemigos implacables y ponerse en juego contra su existencia elementos poderosos que la pondrian en el mas inminente riesgo. Mas todo esto, por mucho que fuese en sí mismo, no seria mas que un poco con relacion á lo que deberian durar sus triunfos, que traspasarían el espacio, irian mas allá del tiempo, y durarian por una interminable eternidad. ¿Qué importa, pues, que el mundo impío se haya regocijado en ciertas épocas al ver al catolicismo víctima de las mas atroces persecuciones? ¿Qué importa que haya habido momentos en que sus enemigos hayan batido palmas, creyéndole muerto para siempre? ¿Sucumbió por eso?... ¡Miserables! Ellos han visto á su despecho que si el Señor pareció ausentarse momentáneamente de su Iglesia, en realidad estaba con ella, si bien oculto entre las sombrías nubes de la tempestad; allí estaba admirando su valor, contemplando su heroismo, y preparando coronas inmarcesibles para ceñir con ellas las sienas de su esposa. Y se dejó ver en los momentos críticos, y la alentó con su divino espíritu, y la sacó victoriosa de todos los poderes del mundo, y la llenó de un gozo, y la colmó de una gloria que nadie podrá arrebatársela. Cumpliéronse, pues, respecto del catolicismo los vaticinios de su augusto fundador, y este cumplimiento, conforme en un todo á lo que de él estaba predicho, demuestra altamente que Jesucristo es Dios, y su obra una obra divina. Esto es lo que hoy vá á ocupar

(1) «Quod vero addidit: Et iterum modicum, et videbitis me, universæ promisit Ecclesiæ, sicut universæ promisit: Ecce ego vobiscum sum usque ad consummationem sæculi.» (D. Aug. Tract. 401. in Joan. sub fin.)

vuestra atención en el presente discurso, en el cual os voy á manifestar «que la promesa de Jesucristo de asistir constantemente á su Iglesia jamás ha faltado, aun en aquellas épocas en que ésta pareció abandonada al poder de sus enemigos: puesto que aun este mismo abandono aparente no ha sido mas que la realizacion de las predicciones relativas á ella, y por lo tanto lejos de desmentir las promesas hechas en favor suyo, es por el contrario una nueva prueba de su invariable estabilidad.»

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

La ciencia inerédula de nuestro siglo, vivamente interesada en desmentir los divinos oráculos relativos á la perpetuidad de la Iglesia católica, ha tomado motivo de ciertos hechos que nos ha trasmitido la historia de esa institucion admirable, para demostrar que esa asistencia constante del espíritu de verdad de que se gloria, ha fallado en muchas ocasiones, y que por lo tanto no es un dogma de fé cual le creemos los católicos. Sus enemigos, en efecto, al verla en diversas épocas hecha el objeto de persecuciones sangrientas, combatida por todos lados de furiosos enemigos, rodeada de mil errores que parecian triunfantes y victoriosos, y sus doctrinas menospreciadas, y su culto escarnecido, y proscritas sus ceremonias, y sus ministros sin prestigio, y todo el sistema religioso sucumbiendo al parecer bajo el peso del despotismo y de la tiranía, han dicho en tono de befa como los impios del tiempo de Jeremías: *¿Ubi est urbs perfecti decoris?* ¿Dónde está esa Iglesia anunciada por los profetas y figurada por la Sinagoga, como la nacion santa que debia heredar todas las promesas de Dios y sobreexistir á todas las cosas del tiempo? ¿Dónde la Sion bendita del cielo, bella sobre todas las ciudades, cuyos fundamentos descansarían sobre la cumbre de los montes san-

tos (1), y á la que estaba prometida una estabilidad eterna, una vejez sin decadencia, y un imperio sin limites? ¿Dónde aquel poder, á que se someterian todos los poderes de la tierra, de quien serian tributarios todos los monarcas del mundo, y á cuyos piés vendrian á inclinarse los mismos que un dia le insultáran (2)? ¿Dónde, en fin, aquella magnífica promesa hecha á los gefes de esa religion: «Con vosotros estaré todos los dias hasta la consumacion de los siglos (3)?» Así han hablado, señores, los órganos de la incredulidad; de este modo nos han apostrofado; y fundados en tan leves motivos, han querido hacer un cargo á nuestra fé en las divinas promesas, y probar que no son tan sólidos como nos complacemos en creer los fundamentos en que descansa la perpetuidad de la Iglesia y la invariable unidad de su doctrina. «El tiempo, han dicho, puede hacer cambiar ésta y destruir aquella, las circunstancias pueden influir en la decadencia de ese poder que tantas veces se ha visto ya amenazado, y decidir un dia de su existencia creándole obstáculos insuperables que le arrastren á una inevitable ruina. Lo pasado robustece nuestros presentimientos sobre el porvenir; puesto que así como ha fallado ya en varias ocasiones ese principio de indefectibilidad en que se apoya el catolicismo, puede fallar tambien en lo sucesivo: y si hasta ahora ha podido éste sobrevivir por circunstancias ignoradas á los embates de ese enemigo formidable, ¿quién le garantiza su triunfo para lo venidero? ¿quién le asegura que no sucumbirá un dia á su accion destructora?»

Señores: no he querido disminuir en lo mas leve las objeciones de la incredulidad; las he presentado en toda su energia, porque sobre ser un deber mio el hacerlo así, nada tenemos que temer de tan fatídicos presentimientos. Desde luego es completamente falso el principio en que se apoyan los raciocinios de los enemigos de la

(1) Fundamenta ejus in montibus sanctis: diligit Dominus portas Sion super omnia tabernacula ejus. (Psalm. LXXXVI. 1, 2.)

(2) Et erunt reges nutritii tui, et reginæ nutrices tuæ: vultu in terram demisso adorabunt te, et pulverem pedum tuorum lingent. (Isaia. IV. 23.)

(3) Vobiscum sum omnibus diebus usque ad consummationem sæculi. (Matth. XXVIII. 20.)

Iglesia. ¿Cuándo ha faltado á esta esposa de Jesucristo la asistencia que le prometiera su divino fundador? ¿Por ventura, no estaban previstos sus reveses bien así como sus triunfos? ¿El mismo que la vaticinó que nada podrian contra ella los poderes del infierno, no la previno tambien las luchas que estaba destinada á sostener en este mundo, las tormentas que estallarían sobre su cabeza, los progresos que haría el error, el ascendiente que llegarían á tomar ciertas doctrinas, los peligros á que se vería espuesta esa frágil navecilla en el mar borrascoso de las pasiones humanas, y todas las demás fases adversas ó prósperas que debía recorrer á través de los siglos? Sí: toda la historia de la Iglesia estaba ya prevista, y sus acontecimientos mas notables habíalos predicho el Salvador á sus discípulos. «Como á mí me han perseguido, os perseguirán tambien á vosotros (1). Por causa mia sereis aborrecidos de los hombres (2). Se os arrastrará á los tribunales y ante los magistrados, y estos creerán hacer un servicio á Dios y á la humanidad atormentándoos del modo mas cruel (3). El mundo entero os declarará una guerra á muerte; pero no temais, que yo he vencido al mundo (4). Os envío como ovejas en medio de los lobos (5): mas no por eso os desanimeis, porque yo he determinado daros el reino celestial (6)». No terminaríamos si quisiéramos reproducir los innumerables pasajes en que estaban consignadas las pruebas terribles porque estaba llamado á pasar el catolicismo.

Ahora bien, ¿no aconteció todo segun estaba predicho? Los tres primeros siglos de la Iglesia, ¿no fueron el cumplimiento literal de estas profecías? Y en los siglos posteriores, ¿sucedíó cosa alguna que

(1) Si me persecuti sunt et vos persequentur. (Joan. XV. 20.)

(2) Eritis odio omnibus propter nomen meum. (Luc. XXI. 17.)

(3) Absque synagogis facient vos: sed venit hora, ut omnis qui interficit vos, arbitretur obsequium se præstare Deo. (Joan. XVI. 2.)

(4) In mundo pressuram habebitis: sed confidite, ego vici mundum. (Ib. 33.)

(5) Ecce ego mitto vos sicut oves in medio luporum. (Matth. X. 46.)

(6) Nolite timere pusillus grex, quia complacuit patri vestro dare vobis regnum. (Luc. XII. 32.)

más ó menos esplicitamente no estaviese consignada en los sagrados libros? Todos los hombres de buen juicio y de sana crítica han convenido en admirar esa uniformidad tan marcada entre las predicciones y los acontecimientos. ¿Y se dirá que ha fallado la promesa del Salvador de asistir á su Iglesia hasta la consumacion de los tiempos? ¿Y fundados en este erróneo principio se atreverán los incrédulos á asegurar que el tiempo podrá desmentir las promesas del cielo, y decidir de la existencia de ese augusto edificio basado sobre la inmóvil roca que viene insultando á los siglos? ¡El tiempo! ¿Y qué influencia puede ejercer ese enemigo terrible contra lo que pertenece al dominio de la eternidad? Podrá si se quiere estender su accion á aquellas cosas que atañen de un modo secundario á la constitucion de esa obra divina, podrá modificar su disciplina exterior, podrá variar ciertas formas accidentales, pero jamás podrá introducir la menor variacion en su esencia, nunca cambiar sus dogmas, su fé, su gerarquía, su autoridad, porque todo eso la pertenece de un modo inamisible. Dios se lo ha dado, y ni el mismo Dios se lo quitará, puesto que no pudiera hacerlo sin faltar á su palabra que es infalible y eterna.

Pero no se crea que estendiéndonos en consideraciones generales, tratamos de esquivar la discusion. Vamos á entrar en el exámen de los hechos en que se apoya la incredulidad para afirmar que ha faltado la asistencia divina prometida á la Iglesia. No intentaremos reproducirlos todos, pues esto sobre no ser posible, y menos en el breve espacio de un discurso, tampoco es necesario para el objeto que nos proponemos. Nos fijaremos, pues, únicamente en tres épocas que han sido las mas terribles para el catolicismo, y tanto que si alguna vez se pudiera decir que se habia visto abandonado de su divino autor, nunca como en estos tres períodos de su vida se hubiera verificado este triste acontecimiento. Estas tres épocas son, su lucha con el paganismo ó sea contra el poder del imperio romano, sus combates con las heregias, y últimamente su guerra contra la incredulidad de los últimos tiempos. Nosotros vamos á sostener y demostrar que lejos de haber dejado el Señor de asistir á su Iglesia en estos tres periodos tan críticos, no ha hecho por el contrario sino eviden-

ciar de una manera mas admirable su invisible accion sobre ella.

Y desde luego, señores, yo no puedo disimular el asombro, el terror que me causa el ver á la naciente Iglesia de Jesucristo, pobre, débil y sin fuerza alguna material, empeñada en una lucha de trescientos años con todo el poder romano. Do quiera que dirijo mi vista, no veo otra cosa mas que de una parte un imperio poderoso á quien todo el mundo rinde vasallaje, embriagado de placeres, oprimido por el peso de sus laureles, y que arrastra en pos de sí los reyes, los conquistadores, y los despojos de toda la tierra; y de otra un pueblo despreciable que lleva por enseña una cruz y por únicos títulos de la conquista á que aspira, un libro que llama divino y una fé ardiente en las promesas del que le ha dado aquella mision. Sin embargo, cuando el poder de los Césares, la autoridad del Senado, la influencia de los pontífices, el arte de los filósofos, la ciencia de los sofistas, el aparato imponente de los ejércitos, el ódio del paganismo, todo en fin se arma contra los sectarios de la nueva religion, estos no saben más que confesar á su Cristo y morir. ¡Y mueren todos los dias á millares y en todos los rincones adonde se estiende el poderío romano, y la mortandad dura trescientos años! ¡Y al cabo de este tiempo el mundo cristiano, ahogado en su propia sangre, no presenta mas que el espectáculo de una vasta tumba, y el mundo idólatra, por el contrario, triunfante hasta las columnas de Hércules, levanta allí un monumento insigne á sus dos principales caudillos Diocleciano y Maximiano, por haber abolido para siempre hasta el último resto de la supersticion del Galileo! ¿Dónde están, pues, las promesas hechas al cristianismo? ¿Qué se ha hecho de su Dios? ¿No dijera á los suyos que estaria con ellos y que no les faltaria su asistencia?... Pero no hay que apresurarse á celebrar las victorias de ese poder colosal. Esperad un poco y vereis que lo que parecia para él el complemento de su triunfo, no ha sido sino el golpe decisivo que va á hacerle desaparecer de la tierra. No bien su mano ha concluido de levantar ese soberbio monumento, cuando un emperador todavía pagano, impulsado por el dedo de Dios, enarbola el estandarte de la cruz, derrota en las márgenes del Tiber los últimos restos de Maxencio, entra vencedor en

Roma, y coloca sobre la cumbre del Capitolio aquel símbolo de salvación que debía sustituir á las águilas imperiales. Todo el mundo se prosterna delante de él; do quiera se oyen resonar himnos de prez y bendición al Dios del Evangelio; el paganismo huye avergonzado, sus altares se desploman, sus dioses desaparecen, y el universo pasmado se encuentra hecho cristiano casi sin saberlo. Vanamente pretende otro emperador filósofo desenterrar la idolatría y reanimar aquel gigantesco cadáver... Un dardo persa destruye en un momento sus impíos proyectos; nadando en su sangre muere proclamando á su despecho la victoria del Galileo; y un siglo despues Roma pagana, la señora de las naciones, perece tambien á su vez para hacer lugar á esa Roma cristiana destinada á ser hasta el fin de los tiempos la metrópoli de la verdadera religion, y el centro del mundo católico. ¡Tan cierto es que Dios estaba con su Iglesia cuando ella parecia abandonada al furor de sus enemigos, y que jamás estos se hallan tan cercanos á su ruina, como cuando creyéndola abatida á sus pies la prodigan los insultos del vencedor á su víctima, y alzan trofeos para inmortalizar sus victorias!

Desde aquel momento cesan los combates del catolicismo en lo exterior, pero se le preparan otros no menos temibles y sí mucho mas peligrosos en lo interior. Las heregias y los cismas van á continuar la guerra comenzada por el mundo idólatra; y ved aquí á la Iglesia en el segundo periodo de su existencia que antes indicamos. Imposible es describir esa multitud de sectas que bajo los emperadores cristianos se ven surgir en el mundo, encarnizadas las unas contra las otras, pero animadas todas de un mismo espíritu, y formando causa comun para desgarrar el seno de la Iglesia católica. Arianos, Nestorianos, Donatistas, Pelagianos... ¿quién podrá enumerar ese largo catálogo de enemigos que se presentan á combatir los dogmas del catolicismo, ni recordar sin estremecerse las horribles tempestades que suscitan sobre su cabeza? Nunca se vió un desórden mayor, ni confusion mas espantosa en el reino de Jesucristo. Do quiera se alzan altar contra altar, silla contra silla, pastor contra pastor, rebaño contra rebaño. El error sostenido por los poderes de la tierra, habla mas alto que la verdad, y opone conciliábulos furibundos á

las sagradas asambleas reunidas para defender la doctrina ortodoxa; la Iglesia fulmina rayos contra la heregia, y la heregia anatematiza á la Iglesia; el Oriente y el Occidente se dividen; el pueblo fiel apenas acierta á fijar sus verdaderas creencias; los espíritus se agitan y fluctuan en la duda; todas las doctrinas se hallan confundidas, y la luz mezclada con las tinieblas. ¿Quién será capaz de desembrollar este caos? ¿Quién devolverá su antiguo brillo al sol de la verdad? ¿Quién hará salir del seno de las aguas la tierra sumergida en ese nuevo diluvio? Jamás quizás como en esta ocasion pudiera haberse creído que Jesús Cristo se habia desentendido de su Iglesia. Todas las apariencias parecian manifestar que era llegado el momento en que las divinas promesas iban á quedar desmentidas por los hechos, y que el error debia al fin reinar sobre las ruinas de la verdad. Pero no: Dios no permitirá que la noche usurpe al dia su imperio, ni que las aguas del diluvio del mal sepulten en sus abismos la verdad eterna: las puertas del infierno no prevalecerán contra la Iglesia: el Señor lo ha jurado, y nada será bastante á hacer fallar este divino oráculo. ¡Ved cómo al impulso de su omnipotencia, se disipan las espesas sombras de la mentira! Los cismas y las heregias van desapareciendo unas en pos de otras como las oleadas del mar en los momentos de bonanza, mientras la Iglesia, semejante á una roca que no han podido conmover los embates de las pasiones y de los errores humanos, continúa dominando sobre la montaña santa, burlándose de los vanos esfuerzos de los elementos que se mancomunaron para arruinarla. El hecho, señores, no puede ser mas visible. Citad si podeis una sola de las antiguas heregias que haya sobrevivido al catolicismo. Si conocemos hoy los nombres de sus autores no es mas que como un vago recuerdo de la inutilidad de sus proyectos, sin que haya quedado en la historia consignada su existencia mas que para anatematizarla como uno de esos terribles azotes que han pesado en ciertas épocas sobre la humanidad.

Por último, señores, pasando por alto los furores de la reforma protestante, esa lucha que viene sosteniendo hace tres siglos contra el catolicismo la independencia de la inteligencia humana emancipada de todo principio de autoridad en materias dogmáticas; ¿qué

no ha hecho en estos últimos tiempos la razón filosófica, para destruir las antiguas bases del edificio de la Iglesia de Jesucristo? Vosotros sabéis, y no me cansaré de repetirlo, que jamás la audacia de la incredulidad, ni el ódio á toda verdad religiosa llegó á tan alto punto como en el último siglo. Nunca se reunieron tantos elementos para combatir á la religion; en ninguna época se aguzó tanto el sofisma, la sátira, el epigrama y el insulto hácia las máximas del Evangelio. Hasta se apeló al hierro y al fuego para hacer desaparecer de un golpe el culto antiguo de nuestros abuelos, y sus indefensos ministros. Hasta se echó mano de cuanto hay de mas repugnante y abyecto para despedazar el signo augusto de nuestra redencion... Y llegó un día en que, eliminándose del diccionario de la lengua del país mas culto de Europa los nombres de Dios, Providencia, Cristo, y cuanto con ellos se relacionaba, se decretó el culto público de la sensualidad, dándosele en una carne prostituida é infame los honores divinos de que se habia declarado indigno al Sér supremo. Los demas escesos á que se dejó arrastrar la impiedad á nombre de la filosofia, de la razon, de la libertad y del progreso, ni vosotros los ignorais, ni mi lengua se prestaria á reproducirlos en este sagrado sitio. Por lo demas, ahí está la historia que los ha consignado en sus páginas para baldon eterno de un siglo que tuvo el atrevimiento de apellidarse siglo de las luces y de la civilizacion. Tampoco se os oculta lo que la filosofia del siglo presente, sino tan asquerosa y petulante, si bien mas culta, mas sábia, mas científica que la del pasado, viene trabajando por realizar lo que aquella no pudo mas que proyectar, y llevar á cabo el plan tiempo há concebido de anonadar la vida de Jesucristo, su historia, sns hechos, su doctrina y su iglesia. Y bien, en esos terribles periodos que no hemos hecho mas que apuntar, en esa larga y tenaz lucha entre la razon y la fé, entre el error y la verdad, entre Belial y Cristo; ¿faltó un solo momento la asistencia del divino espíritu al catolicismo? ¿Estaba éste solo cuando luchaba á brazo partido con todas las huestes reunidas de la incredulidad? Y cuando la bacha revolucionaria despedazaba los templos y los altares del Dios vivo, y la afilada cuchilla segaba los cuellos de sus sacerdotes, y la tea incendiaria reducía á pave-

sas los monumentos de la tradicion, y los torrentes de sangre ahogaban hasta el último sentimiento religioso, ¿estaba acaso Jesucristo con su Iglesia? ¿Cómo se concibe su presencia en medio de tamaños horrores? ¿Podía permitir su infinita justicia tanto ultraje hecho á su esposa predilecta? ¿Podía tolerar su providencia tan alto desprecio y tanto insulto á la divinidad? ¿Podía ver con ojo impasible despedazados tan impiamente los lazos de la unidad católica, y sus dogmas, y sus misterios, y todo el sistema religioso rodando, digámoslo así, por el suelo, y arrastrada la verdad entre el fango de tantos y tan inauditos errores?... Ciertamente, señores, que la menguada razon humana no puede concebir semejante estado de cosas tan contradictorio al parecer con las promesas hechas por el Salvador á su Iglesia; y casi se resiste á creer que en aquellos días de prueba no hubiesen fallado los divinos oráculos. Pero en primer lugar, ¿no hemos dicho ya, y nos vemos forzados á insistir en esta idea, que ese mismo abandono aparente no es sino el exacto cumplimiento de aquellos mismos oráculos, que al lado de los triunfos de la religion habian predicho tambien los récios embates que habia de sufrir? ¿No estaba previsto que vendria un tiempo en que el dragon infernal se desencadenaria y seduciria las naciones (1) hasta el punto de verse la fé casi estinguida en el mundo (2)? ¿No estaba escrito que surgiria una generacion de hombres mofadores, desvergonzados, carnales y soberbios, cuya mision seria engañar á sus semejantes, escarnecer la dignidad humana, trastornar el órden y la paz social, declarar guerra á toda autoridad, y alzarse blasfemos contra la magestad de Dios y de sus ungidos sobre la tierra (3)? ¿No estaba anunciado que llegaria un dia en que la divinidad, el culto del Sér supremo, y cuanto es y debe ser objeto de la mas profunda venera-

(1) Solvetur Satanas, et exhibit, et seducet gentes. (Apoc. XX. 7.)

(2) Filius hominis veniens, ¿putas, inveniet fidem in mundo? (Luc. XVIII. 8.)

(3) Subintroierunt enim quidam homines impii, Dei nostri gratiam transferentes in luxuriam, et Dominum nostrum Jesum Christum negantes... Similiter et hi carnem quidem maculant, dominationem autem spernunt, majestatem autem blasphemant. (Judæ 4. 8.)

cion se veria menospreciado entre los hombres, que correrian en pos de todos los errores, y concebirian el mas implacable ódio á la verdad (1)? ¿No estaba consignado, en fin, en los libros santos el funesto reinado de la bestia y el ascendiente prodigioso que llegaria á ejercer sobre todos los pueblos, tribus y lenguas? Leed señores con atencion el libro del Apocalipsi, y especialmente los capitulos XIII y XVIII, y os maravillareis al leer escrita allí toda la historia de la impiedad filosófica de nuestros dias hasta con sus mas minuciosas circunstancias. Y despues de esto; ¿dudareis todavía de que jamás se separó el Señor de su Iglesia aun en aquellas terribles crisis en que pareció abandonada al furor de sus enemigos? Mas si esto no os basta, recordad los hechos que siguieron á aquella calamitosa época: cómo el catolicismo se alzó triunfante sobre las ruinas de la misma incredulidad que intentó sepultarla para siempre, cómo volvió á renacer el esplendor del culto, cómo la fé apareció mas brillante que nunca purificada en el crisol de las tribulaciones, cómo la Iglesia ha continuado siendo el foco de la verdadera civilizacion, cómo en fin á pesar de los incansables esfuerzos del racionalismo y demas doctrinas que se han propuesto ocupar el sitio de la verdad católica, esta es la única que persevera inmóvil, invariable, siempre una, como Dios de quien emana, en medio de las continuas fluctuaciones del entendimiento humano, protegida por la ciencia contra la ciencia misma, porque ella sola puede sostener sus pruebas, rodeada de los homenajes del génio, respetada por los poderes de la tierra, y admirada donde quiera como el principal elemento civilizador del mundo.

Nada pues nos resta para colocar en el mayor grado de evidencia la proposicion que nos propusimos demostrar. Los vaticinios relativos á los combates del catolicismo están contestes con los hechos; y los hechos mismos verificando los vaticinios, han probado la asistencia continua de Dios en su Iglesia. En los tres periodos mas terri-

(1) Nisi venerit discessio primum, et revelatus fuerit homo peccati, filius perditionis qui adversatur, et extollitur supra omne quod dicitur Deus, aut quod colitur. (II. Thesalon II. 3 y 4.)

bles para ella, nada ha habido que pueda probar lo contrario. Los sangrientos combates que la dió el paganismo en los trescientos años que hubo de luchar con todo el poder romano, las prolongadas guerras que sostuvieron contra ella las heregias y los cismas, la gran rebelion de la filosofia incrédula de los últimos tiempos, todo esto sobre haber sido anunciado de antemano, no ha podido menoscabar en lo mas leve las glorias de esa religion divina. Sus enemigos desaparecieron como el humo, sus reveses no fueron mas que aflicciones instantáneas, aquel *Modicum et jam non videbitis me* anunciado por Jesucristo á sus discípulos, en cuyo breve intérvalo el principio de la unidad pudo parecer próximo á ocultarse para siempre; pero sus triunfos han sido mas visibles en proporcion de los peligros en que se vió envuelta, y la duracion de ellos no tendrá fin, verificándose aquello del Salvador: *Et iterum modicum, et videbitis me... Et gaudium vestrum nemo tollet a vobis*. Su estabilidad está asegurada sobre la palabra infalible del Eterno, y jamás prevalecerán contra ella todos los poderes terrestres ni infernales.

¡Oh Santa Iglesia de mi Dios! esclamaré para concluir con uno de los mas ilustres génios de nuestro siglo. Yo te saludo madre inmortal de la ciencia y de la santidad. Tú eres la que difundiste la luz hasta las estremidades de la tierra, por donde quiera que las ciegas soberanías no contuvieron tu influencia, y aun muchas veces á despecho de ellas... Tus doctrinas purifican la ciencia de aquel veneno de orgullo y de independenciam, que la hace siempre peligrosa, y á veces funesta... En medio de todos los trastornos imaginables, Dios ha velado constantemente sobre tí, oh CIUDAD ETERNA. Todo cuanto podia anonadarte reunióse contra tí, y aun subsistes; y así como en otro tiempo fuiste el centro del error, hace diez y ocho siglos que eres el centro de la verdad. El poder romano te habia hecho la ciudadela del paganismo, el cual parecia invencible en la capital del mundo conocido. Todos los errores del universo confluian hácia tí, y el primero de tus emperadores reuniéndolos en un solo punto resplandeciente, los consagró todos en el Panteon... (1).» Ahora

(1). Mr. de Maistre. Del Papa, tom. II. Conclusion.

empero vencedora en la larga lucha que sostuviste contra ese gran poder y contra otros mil enemigos que se opusieron á tu marcha magestuosa, corona tus sienes una diadema inmarcesible; nada será capaz de disputarte el triunfo. Tu imperio será imperecedero, bien así como será imperturbable en el tiempo la dicha de los que viven en tu seno, y perdurable su gloria en la eterna inmortalidad.

DISCURSO
PARA LA DOMINICA IV DESPUES DE PASCUA
DE RESURRECCION.

IMPOTENCIA DE TODAS LAS TEORIAS HUMANAS PARA LABRAR LA PROSPERIDAD DE LOS PUEBLOS, SI NO ESTÁN BASADAS EN LA DOCTRINA CATÓLICA, ÚNICA QUE ENCIERRA TODAS LAS VERDADES NECESARIAS AL HOMBRE Y TODOS LOS ELEMENTOS DE BIENESTAR INDIVIDUAL Y SOCIAL.

Cum venerit Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem.
Cuando venga el Espiritu de verdad, os enseñará toda verdad.

JOAN XVI. 13.

CUANTO mas se estudian las enseñanzas del divino Salvador de los hombres, tanto mas se aumenta el interés que inspiran sus palabras. Si bien estas fueron siempre dignas de tan gran maestro, parece no obstante que al acercarse el momento supremo de consumir la obra inefable de la redencion del mundo, tomaban un tono mas patético, mas sublime y mas encantador. Oid cómo hablaba á sus discípulos en la noche solemne que precedió á su sacrificio: *Yo me voy* (les dice) *á aquel que me envió: y ninguno de vosotros me pregunta: ¿A dónde vas? Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazon se ha llenado de tristeza. Mas yo os digo la verdad: os conviene que yo me vaya: porque si yo no me voy, el Consolador no vendrá á vosotros: pero si me voy, os le enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo en orden al pecado, en orden á la justicia, y en orden al juicio. En orden al pecado, por cuanto no han creído en mí: respecto á la justicia, porque me voy al Padre, y*

ya no me vereis: y tocante al juicio, porque el principe de este mundo ha sido ya juzgado. Aun tengo otras muchas cosas que deciros: mas por ahora no podeis comprenderlas. Cuando venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades: pues no hablará de suyo: sino que dirá todas las cosas que habrá oido, y os anunciará las venideras.

¿Puede imaginarse una elocuencia semejante á esta? Su misma sencillez unida á unos pensamientos tan sublimes, ¿no revela desde luego el lenguaje propio y característico de un Hombre-Dios? Con razon dijera el filósofo Ginebrino que este lenguaje no se inventa, que este tono no cabe en un puro hombre. Pero no nos detengamos en la superficie: entremos á desentrañar el fondo de la doctrina que Jesucristo desenvuelve en el pasage que acabamos de reproducir.

Dos cosas notables y del mayor interés anuncia el Salvador á sus discípulos: la conveniencia de su separacion para volver al seno de su Eterno Padre, cumplida que fuese su mision en la tierra, y la venida del Espíritu divino sobre ellos, es decir, sobre la Iglesia que iba á quedar cimentada sobre el fundamento de los apóstoles y profetas, y de la cual él mismo debia ser la piedra angular. Convenia, en efecto, que Jesucristo se ausentase, puesto que debian cumplirse en un todo los vaticinios relativos al Mesías, y convenia ademas porque sino no podria descender el Espíritu consolador, ese Espíritu de ciencia que debia llenar á los heraldos del cristianismo de aquella sabiduría sobrenatural que les haria superiores al génio de los filósofos y de todos los grandes hombres del paganismo; ese Espíritu de fortaleza que les infundiria valor suficiente para hacer frente á todos los poderes del mundo idólatra y á toda la crueldad del imperio romano; ese Espíritu de discernimiento que les haria triunfar de todas las preocupaciones, y descubrir los errores de la humana inteligencia envueltos con el velo del sofisma ó con los encantos de la poesía y de la elocuencia de Roma y Atenas; ese Espíritu, en fin, de verdad que debia enseñarles todas las verdades primitivas que tanto se habian disminuido entre los hijos de los hombres, en frase del Rey profeta, porque mezcladas con los mil absurdos que inventára la filosofia pagana, hallábanse oscurecidas con las tinieblas de una mi-

tología ridícula, y perpetuar en la Iglesia el depósito sagrado de la doctrina católica, de ese conjunto de verdades sublimes que encierra todo cuanto necesitan los hombres y los pueblos para cumplir en la tierra su respectiva mision y llegar á sus altos destinos.

¿Pero acaso, se me dirá, nada habia aprendido el mundo en la larga série de siglos que venia atravesando? ¿Tan inútiles y estériles habian sido las enseñanzas de los grandes génios que florecieran en diversas épocas? La ciencia calculadora de los Caldeos y Egipcios, las célebres escuelas de Grecia, el profundo saber de los romanos, ¿nada habian instruido á las naciones? Sócrates, Platon, Aristóteles, Licurgo, Solon, Homero, Caton, Ciceron, todos esos hombres ilustres que tanto engrandecieron sus respectivos siglos, ¿no habian enseñado ninguna verdad importante á la humanidad? ¡Ah! No seré yo, señores, quien pretenda rebajar en nada el mérito personal ó literario de esos génios en quienes el mismo cristianismo ha sabido y sabe admirar lo que como hombres de talento ha hallado en ellos digno de elogio. Pero consideradas sus doctrinas con relacion á la verdadera felicidad del mundo, nada, nada enseñaron que fuese capaz de realizar ese gran pensamiento, ese problema que venia agitando á través de muchos siglos, sin que jamás adelantase un solo paso su resolucion. La caída del primer hombre fué el golpe mortal dado á la humanidad. Desde entonces venia gimiendo bajo el peso de la desgracia, y arrastrándose por el suelo víctima de errores y vicios sin cuento que no la permitian elevar sus pensamientos al cielo, sino en virtud de la esperanza que alimentaba de ver un día al Reparador prometido á la raza proscripta. Sus maestros, lejos de enseñarla el verdadero camino de su salvacion, no hacian otra cosa que estraviarla y apartarla cada vez mas de él. Solo un Dios bajando del cielo podia enseñarla una doctrina que estuviese en armonia con sus necesidades, como lo habia dicho ya alguno de sus filósofos. Y ved aquí lo que hizo Jesucristo consumando la grande obra de la redencion, tornando al seno del Padre celestial, y enviando desde allí su divino Espíritu para que estuviese siempre con su Iglesia hasta el fin de los tiempos: *Cum venerit Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem*. Esto es lo que voy á demostraros en el presente

discurso, en el cual contrayéndome únicamente á rebatir las doctrinas modernas, os haré ver *«cuán impotentes son todas las teorías humanas para labrar la prosperidad de los pueblos, si no están basadas en la doctrina católica, única que encierra todas las verdades necesarias al hombre, y todos los elementos de positivo bienestar individual y social.»*

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Cansados los hombres de ensayar sin éxito diversos sistemas para llevar á cabo el gran pensamiento de labrar la prosperidad de los pueblos, y vista la nulidad de sus trabajos filosóficos, que no han dado resultado alguno favorable al cabo de muchos años de desvelos, de estudios y combinaciones de todo género, han escogitado por fin un medio que, según ellos, debe resolver ese problema con incalculables ventajas para la humanidad. «Tres son, se han dicho á sí mismos los filósofos del siglo XIX, las necesidades apremiantes de la época actual: el progreso de las artes y de la industria, el desarrollo de la inteligencia en las clases ínfimas del pueblo, y el afianzamiento de la libertad. Demos, pues, todo el impulso á la industria y á las artes para aumentar de este modo los placeres de la vida, desarrollamos la inteligencia del pueblo poniendo la instrucción al alcance de todas las fortunas, basemos la libertad sobre instituciones que hagan imposible toda idea de despotismo, y los pueblos serán felices, y el mundo aplaudirá nuestro pensamiento.»

Desde luego, señores, nos ocurre una cosa, y es que ese pensamiento en primer lugar no es en el fondo propiedad de la filosofía moderna, ni le pertenece en manera alguna. Hace diez y ocho siglos que el catolicismo viene presentando ese programa. Él fué el primero que dió movimiento á la industria y á las artes, él el primero que se manifestó al mundo bajo el carácter de luz que venia á ahuyentar

las tinieblas de la ignorancia, él en suma el primero que proclamó la verdadera libertad, aboliendo el principio de esclavitud fundado en la diversidad de condiciones, razas ó pueblos, y consignando que no habia ya distincion alguna entre el judío y el gentil, el bárbaro y el escita, el griego y el romano, el siervo y el libre, sino que todos los hombres eran una misma cosa en Jesucristo, todos hermanos y herederos del reino celestial (1). Pero prescindiendo ahora de esa usurpacion, y aceptando sin la menor dificultad en la esencia ese proyecto, aun nos resta decir que su realizacion es de todo punto imposible por los medios que intenta verificarlo la filosofía, que todas sus teorías son impotentes para llevarle á cabo, y que solo el catolicismo con sus doctrinas eminentemente humanitarias y con su influencia civilizadora puede hacer que ese pensamiento sea una verdad, y no una decepcion que haría mas desgraciados á los pueblos en vez de labrar su soñada felicidad. Vamos á probarlo por partes.

La filosofía considera el progreso de las artes y de la industria como el primer elemento de bienestar individual y social, como el primer paso que debe franquear el camino á la prosperidad de los pueblos. Sea así en buen hora; nosotros tambien queremos como el que mas ese progreso, esos adelantos artisticos é industriales. ¿Por ventura no fue el catolicismo el protector nato de ambos ramos en épocas bien calamitosas en que el génio de la devastacion se propusiera hacer desaparecer hasta los últimos vestigios de la civilizacion europea? Nada diremos de la industria, pues no hay hombre medianamente instruido en la historia que pueda ignorar lo que ella debe á la influencia de la Iglesia católica, bajo cuyo impulso creador se roturaron los primeros terrenos en sitios eriales y pantanosos, se trazaron las primeras líneas de caminos, se abrieron las primeras vías de comunicacion, y se dió el primer movimiento al comercio. Y por lo que hace á las artes, ahí están esos grandiosos monumentos de la edad media, creados bajo la inspiracion del catolicismo, que

(1) Non est Gentilis et Judæus, Barbarus et Seytha, servus et liber: sed omnia et in omnibus Christus. (Ad. Colos. III. 11.)

forman todavía el orgullo y la admiración de los siglos presentes. Ahí están esos prodigios del genio que la Iglesia sola supo proteger y conservar en sus templos y en sus claustros, cuando el vandalismo protestante del siglo xvi declaró guerra á muerte á la antigua fé y á sus símbolos vivientes, despedazando las estatuas, incendiando los altares y destruyendo las obras maestras de la pintura, de la escultura y de la arquitectura. Ahí están... Pero ¿á qué cansarnos? No se necesita mas que abrir los ojos para ver en esas frias murallas de nuestros santuarios, que se animan diariamente bajo el pincel ó el buril con tanta belleza y magestad, la protección que siempre ha dispensado la Iglesia á todo género de adelantos en las bellas artes. Nuestros museos, nuestros gabinetes de historia natural, nuestros establecimientos artísticos é industriales responderán mejor que nosotros á esa gratuita imputación que se hace al catolicismo de ser enemigo del progreso de las artes y del desarrollo de la industria. Los nombres mas célebres que figuran á la cabeza de ese movimiento civilizador pertenecen á la Iglesia, ó se criaron á la sombra de los altares, ó adquirieron bajo su influencia protectora su justa celebridad.

Mas no es esta la cuestión principal que aquí debe ventilarse. La filosofía moderna reclama este desarrollo, con el fin, dice, de aliviar las clases menesterosas de la sociedad y proporcionarles el bienestar material á que aspiran. Mejorar la condición del obrero, dándole ocupación y trabajo en que pueda hallar la recompensa de sus sudores, tal es el objeto preferente de la filantropía filosófica de nuestro siglo. ¡Pensamiento grandioso y digno de los mayores elogios, si no fuese una de tantas bellas utopías con que nuestros modernos reformadores tratan de alucinar á los pueblos, ocultando bajo un pretexto especioso sus verdaderos planes de explotar el sudor del pobre para engruesar á costa de él su fortuna! Mucho antes que ellos hubiesen soñado en aliviar la suerte de esas clases indigentes, el catolicismo, sin tanto ruido y sin hacer alarde de su caridad, habia sabido realizar ese pensamiento, creando instituciones benéficas, de las que no son mas que parodias imperfectas, falsificaciones hipócritas todos esos planes que presenta hoy la filosofía como una

novedad. Él con solos los recursos que le suministraba la caridad pública pudo llevar á cabo proyectos colosales y fundar asociaciones inmensas, que nuestros filántropos modernos disponiendo de gruesas sumas no pueden siquiera hacer marchar de una manera regular. ¿Y por qué? ¿Cuál es la causa de que sus esfuerzos sean tan impotentes? ¿En qué consiste que sus planes fracasen y se vean heridos de esterilidad? ¡Ah! fácil es explicarlo. Los medios que se han adoptado para mejorar la condicion del pueblo, lejos de contribuir á realizar este pensamiento, solo son á propósito para aumentar cada vez mas la miseria, desmoralizando al mismo tiempo esa clase de la sociedad. ¡Se quiere levantar el edificio de la prosperidad pública sobre los cimientos de los gozes materiales! ¡Se intenta sustituir la civilizacion del oro y de la industria á la civilizacion de la fé y de la caridad cristiana! ¡Se pretende dar todo el ensanche posible al lujo y al bienestar individual, para que creándose diariamente nuevas necesidades se aumenten los medios de satisfacerlas! ¿Y es así como prosperan los pueblos? ¿Es así como se alivia la suerte del indigente? ¿Es así como se prevé al mejoramiento de las clases jornaleras? ¡Qué sarcasmo! ¡Qué insulto tan insufrible á la humanidad! Aumentando los elementos de la industria por medio de la maquinaria, que disminuye considerablemente los brazos, decís que queréis proteger los intereses de la porcion mas considerable de la sociedad, que no cuenta con mas recursos que su trabajo para atender á su subsistencia y á la de su familia! ¿Qué importa que alucineis por un momento algunas imaginaciones ardientes ó irreflexivas con el espectáculo de un porvenir facticio, si en tanto carecen de pan para alimentarse? Multiplicad en buen hora las líneas de caminos de hierro, dad todo el impulso posible á la fuerza motriz del vapor, haced cada dia mas rápidas las comunicaciones por medio de la electricidad. A nada de eso nos opondremos, porque sobre ser los primeros en desear el verdadero progreso, contribuís tal vez sin querer á facilitar las conquistas del catolicismo preparando la fusion general de todos los pueblos de la tierra. Lo que no podemos tolerar es que queráis constituir todo el sistema de la felicidad humana en el bienestar de la vida presente, como si la materia fuese el único fin del

hombre y su única divinidad. Lo que constantemente rechazaremos es que intenteis mejorar la condicion de las clases pobres con solos los elementos de la industria, prescindiendo de la caridad cristiana y desentendiéndoos de la influencia benéfica del catolicismo. No, jamás lo lograréis. Amontonad el oro ante los ojos del jornalero, mostradle los goces de esta vida y decidle: ahí está tu felicidad. ¡Insensatos! Esos goces, esas riquezas, ese oro no harán mas que encender su ambicion. Aspirará á poseer esa felicidad quimérica, se afanará, hará mil combinaciones por llegar á realizar ese sueño dorado, y visto que no puede conseguirlo porque la riqueza es el patrimonio esclusivo de cierta clase privilegiada, el despecho se apoderará de su alma engañada, abandonará un trabajo que no le produce sino espinas que punzan su corazon, y solo habreis logrado aumentar las filas de la anarquía y de la revolucion, que en su día hará estallar nuevas tormentas, nuevas convulsiones en el horizonte social. El hombre no vive únicamente de pan, vive si principalmente de creencias, tiene deberes religiosos que cumplir en este mundo, y camina á un fin sobrenatural. Las creencias, pues, la fé, la doctrina, hé ahí su alimento principal: y este alimento solo puede proporcionarle el catolicismo. El con sus dogmas sublimes y con sus inmortales esperanzas, sabrá elevar los pensamientos del jornalero, inspirarle el amor al trabajo, y hacerle soportar sus privaciones con la fé en la Providencia, que nunca se olvida ni aun de las aves del cielo. El con su inagotable caridad sabrá facilitarle recursos y proveer á sus necesidades mucho mejor que la filantropía filosófica; y si no consigue desterrar la pobreza, porque es un absurdo el querer cambiar el orden natural de las cosas y pretender que todos gocen una posicion ventajosa en la sociedad, logrará al menos dulcificar los males de esta vida y calmar el infortunio con la perspectiva de los bienes infinitos reservados en la eternidad á la virtud resignada y á la laboriosidad cristiana. Por lo demas, abandonar al hombre á si mismo, encerrarle en los estrechos límites de la nada entre la cuna y el sepulcro, sin esperanzas para el porvenir, es lanzarle en la desesperacion, es privarle del único apoyo que puede sostener su valor en medio de las miserias á que vé condenada su existencia. Y

por lo tanto la verdad es para él la primera y mas apremiante necesidad, y esta verdad es patrimonio del catolicismo; solo él puede dársela, porque solo él la ha recibido del Espíritu Santo que mora en su seno: *Cum venerit Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem*. Pero no nos detengamos mas en demostrar la impotencia del filosofismo para curar esa profunda llaga que aqueja á la parte mas considerable de la humanidad, acrecentando el bienestar material de la vida presente por medio del desarrollo de las artes y de la industria. Pasemos á probar que tampoco podrá conseguirlo desarrollando la inteligencia del pueblo, poniendo la instruccion al alcance de todas las capacidades por los medios que intenta verificarlo.

No se crea, señores, que abogamos por perpetuar la ignorancia harto profunda de las clases pobres. Nadie como el catolicismo tiene dadas pruebas inequívocas de su deseo de difundir en todas las inteligencias una instruccion sólida y positiva. Los cargos que le hacen sus enemigos en este punto, no son mas que calumnias groseras que se disipan por sí propias ante la evidencia de los hechos que á través de mas de diez y ocho siglos vienen demostrando lo contrario. Si la filosofia quiere instruir á todos los hombres, cualquiera que sea su condicion social, mas aun lo desea el catolicismo. La diferencia no consiste mas que en el género de instruccion que se les pretende dar, ó sea en los medios de llevar á cabo ese desarrollo de la humana inteligencia. La filosofia atendiendo á ilustrar el entendimiento, se olvida de formar el corazón: el catolicismo por el contrario, aspira ante todo á formar éste para ilustrar á aquel; ó mejor dicho, quiere que la instruccion del pueblo esté basada en el principio religioso, que tenga por cimiento las verdades católicas, únicas que haciendo al hombre sábio, le hacen á la par padre virtuoso, esposo fiel, hijo obediente, ciudadano pacífico, honrado y laborioso. ¿Y qué es la ciencia, qué es la instruccion sino camina á este fin? ¿Qué importa que el pueblo sepa leer, escribir y contar, que adquiera algunos conocimientos en historia, en geografia ó en cualesquiera otros ramos del saber humano, sino aprende ante todo á adorar y amar á Dios, á respetar sus leyes, á observar sus mandamientos y á practicar la doctrina del Evangelio? Separad la doc-

trina católica de la instrucción que quereis dar á las clases pobres: ilustrad su inteligencia sin el concurso de la religion; y arrojando sin discernimiento esas efímeras luces que tanto ponderais, no hareis sino desencadenar el torrente de las mas innobles pasiones, abrir puerta franca á todos los vicios, escitar los instintos perversos de una muchedumbre sin freno; y en su dia vereis la anarquía desplegar todos sus horrores, surgir revoluciones espantosas, presentarse esos mismos hombres armados del puñal que vosotros mismos pusisteis en sus manos reclamando derechos quiméricos, y apelando para llevar á cabo sus planes demagógicos á toda clase de desórdenes y de infamias. La propiedad será para ellos una ilusion, la autoridad una tiranía, el poder una arbitrariedad; y el robo, el asesinato, el suicidio, la rebelion y toda clase de crímenes estarán á la órden del dia, y serán los únicos frutos de ese dón funesto que hicisteis á la sociedad con vuestra ilustracion filosófica, con vuestra ciencia enemiga de Cristo y de su doctrina. La esperiencia es la mejor prueba de lo que acabamos de decir. Léase la historia, y dígasenos cuándo abundaron mas los vicios, cuándo fué mayor el libertinage, cuándo llegó á mas alto punto el furor de las malas pasiones, sino cuando se quiso difundir esa ciencia materialista y atea en todas las clases, so pretesto de favorecer el movimiento civilizador del siglo.

Se nos dirá tal vez que los modernos reformadores no prescindan de la enseñanza religiosa ni de los preceptos de la moral. Pero ¿qué moral es esa que la filosofia quiere inculcar á los pueblos? ¿En qué principio fundará sus enseñanzas religiosas, ella que destierra al sacerdocio de las escuelas públicas, y mira los dogmas católicos como invenciones puramente humanas? No: sin el catolicismo no hay ni puede haber verdadera instrucción religiosa. Las escuelas filosóficas, cuando no han sido dirigidas por la fé, no han sabido nunca mas que dudar, porque carecen de principios sólidos; errantes de sistema en sistema, y fluctuando en el océano de mil opiniones contradictorias, van á parar en último término á la nada. Lo mismo sucede á los cultos disidentes. Donde quiera que el elemento católico no es la base de la enseñanza, allí hay necesariamente error; porque

solo el catolicismo posee principios fijos y una doctrina capaz de satisfacer á todo espíritu recto y consecuente, porque es la única que encierra todas las verdades necesarias al hombre en el orden intelectual y moral, como inspirada por el espíritu de verdad. Así que la Iglesia enseñante no habla en su propio nombre, sino en el de Dios de quien ha recibido el depósito de la revelacion, la mision de instruir á todas las gentes, y la infalibilidad en todo lo concerniente á la fé: *Cum venerit Spiritus veritatis, docebit vos omnem veritatem: non enim loquetur à semetipso; sed quæcumque audiet loquetur*. Ved, pues, en lo que consiste su fuerza, y ese inmenso poder de persuasion que en vano pretenderian buscar los filósofos en sus doctrinas. Ellos hablan en su propio nombre, y claro está que la autoridad humana es impotente para imponer al hombre creencias en materias que no son de su dominio. No negaremos los grandes adelantos que se han hecho en las ciencias humanas, ni pretendemos disputar al génio sus inmensos descubrimientos en el mundo material y sensible; pero ¿qué saben hoy respecto del mundo invisible los ingenios mas eminentes, mas que los antiguos sábios de Roma y Atenas? Sin la revelacion que vino á poner término á las eternas incertidumbres de la filosofia pagana, existirian hoy los mismos absurdos, las mismas aberraciones, idénticos y aun mayores delirios que los que aquellos sostuvieron y enseñaron acerca de la naturaleza de Dios, de la inmortalidad del alma, de la vida futura y demas puntos de la religion y de la moral. ¿Y no se han enseñado entre nosotros en estos últimos siglos, tan encomiados por su ilustracion, errores mas groseros que en los siglos de la mas profunda barbarie? Tan cierto es que la inteligencia humana abandonada á sí propia gira incesantemente en el círculo del error, y es incapaz de resolver ningun problema religioso, ni de enseñar una sola verdad moral, ni de producir un solo conocimiento útil que responda á las exigencias del sér inmaterial, y que por consiguiente no es ella la que posee esa ciencia que puede formar la dicha de la humanidad. No hay mas que la doctrina católica que pueda resolver todas las grandes cuestiones, y descifrar todos los enigmas, y responder á las dificultades en el orden religioso. Ella sola es capaz de dar al

hombre la verdadera y sólida instrucción que necesita para ser feliz en este mundo. Réstame demostrar que también es ella la única que puede afianzar la verdadera libertad de los pueblos, tercera necesidad de nuestra época, según el programa de la filosofía moderna, y último medio de labrar la prosperidad de la humanidad. Seré muy breve.

No hay quien ignore que el catolicismo fué quien inauguró sobre la tierra ese gran principio. Jesucristo vino principalmente á liberar al mundo de la esclavitud del pecado. Su misión culminante fué emancipar la humanidad del ominoso yugo á que la tenía uncida el demonio. Haciendo á todos los hombres hijos de Dios mediante el rescate ofrecido con su sangre, al propio tiempo dió un golpe de muerte al despotismo pagano que venia consagrando en principio el derecho de esclavitud. A aquel poder tiránico que aberrojaba las conciencias, y encadenaba el pensamiento, y ejercía una dominación opresora sobre las almas no menos que sobre los cuerpos, sucedió el poder cristiano que ejerciendo una autoridad paternal sobre los seres racionales, les unió como hermanos, les dió la libertad moral, sancionó los fueros de la conciencia, y modificó los principios de la soberanía temporal de los príncipes, haciéndoles ver que como hombres no tenían derecho alguno sobre sus semejantes, que solo á nombre de Dios podían ejercer sobre ellos una autoridad racional y justa, sin traspasar los límites de la equidad, sin sobreponer sus caprichos y exigencias al imperio de las leyes, lo cual sería una usurpación, un sacrilegio, un abuso del poder, de que tendrían que dar cuenta estrechísima á aquel por quien reinan los reyes, y los potentados administran la justicia.

¿Y quién sino el catolicismo ha proclamado la verdadera, la legítima igualdad de todos los hombres ante Dios, y ese gran principio de fraternidad que la filosofía no ha sabido más que adulterar, para promover y fomentar á su sombra las más espantosas revoluciones, y desencadenar los horrores de la anarquía? ¿De dónde han nacido todas las libertades de Europa, sino de ese elemento civilizador que ha sabido deslindar los límites de esos dos poderes, el temporal y espiritual, encerrando á cada uno dentro del círculo de sus respectivas atribuciones, para impedir que el uno aspire á usurpar los de-

rechos del otro, y evitar de este modo los graves conflictos que surgirían de semejante usurpación? ¡Oh! Por más que el odio y las pasiones pretendan oscurecer la luz de la verdad para lanzar sobre la Iglesia católica la nota de usurpadora, por más que se trabaje por desfigurar los hechos para presentarla á los ojos de los pueblos como un poder despótico y arbitrario, no por eso será menos cierto, ni dejarán de reconocer y confesar los hombres juiciosos y pensadores que la verdadera libertad nació con ella, se guareció bajo su égida tutelar, creció á su sombra, y por ella y á favor de su influencia benéfica se conserva hoy día en todas las naciones cultas. Desde que á costa de su sangre derramada durante tres siglos, hizo frente á la tiranía del imperio romano por sostener los derechos sagrados de la conciencia humana, no ha cesado de combatir por la libertad bien entendida. Por ella luchaba cuando en la edad media oponía sus anatemas al despotismo de los altos varones que llevaban el derecho en la punta de sus espadas. Por ella combatía cuando armaba sus cruzados para desalojar de nuestras costas el formidable poder de la media luna. Por ella... ¿Mas adónde me conduce mi imaginación? Basta. No estamos en el caso de desentrañar aquí la historia para probar un hecho que vienen demostrando todos los siglos y todos los pueblos europeos. Si ha marchado á la conquista de la inteligencia, donde quiera no ha esgrimido otra arma que la persuasión. La verdad ha sido el único elemento que ha puesto en juego para sujetar á las naciones bajo el cetro tutelar de Jesucristo. Ha querido y quiere reunir en un solo haz todos los entendimientos y todos los corazones, porque la unidad es su carácter distintivo, y sin esta unidad de fé, de sentimientos y de creencias, dejaría de existir. ¿Pero se opone ésta en manera alguna á la libertad? ¿No es por el contrario el principio de toda sociedad bien organizada? ¿No depende de ella la dicha y el bienestar individual y social de los pueblos? Nada diremos, señores, de la impotencia de las doctrinas humanas para crear esta unidad religiosa: mas adelante nos ocuparemos de este asunto (1). Tampoco repetiremos, pues ya lo

(1) Véase el discurso para la Dominica IV despues de Pentecostés.

hemos demostrado en otra ocasion, que fuera del catolicismo no se comprende la verdadera libertad, pues toda autoridad degenera necesariamente en despotismo, tan luego como el poder civil intentá usurpar los derechos del poder religioso (1). Los hombres que proclamando tan altamente la libertad, no cesan hace ya mucho tiempo de trabajar por arrebatár á la Iglesia su autoridad infalible, incurren en un anacronismo incalificable y están en visible contradicción consigo mismos. ¿No ven que eso es querer hacer retroceder el mundo á la época del paganismo, y matar de un golpe la civilizacion moderna, agarrutando las almas y los cuerpos bajo un despotismo brutal? ¿No ven que eso es querer aprisionar el pensamiento, tiranizar la inteligencia, y avasallar la conciencia y el hombre todo entero á los caprichos de un poder arbitrario y sin mision?

Desengáñense, pues, los pueblos; ya es hora de que comprendan sus verdaderos intereses, y reconozcan que no es la filosofía la que está llamada á cimentar la libertad sobre unas doctrinas que, ademas de no tener un principio fijo y estable, encierran mil elementos de desórden y de anarquía social. Ella que á nombre de la libertad ha promovido tantos trastornos, ha creado tantas revoluciones, ha sacrificado tantas víctimas, ha hollado tantos derechos, y ha arrastrado por el suelo al ídolo y á sus adoradores, ¿ella se atreve á proclamar ese principio como suyo propio, y á fundar en él la prosperidad de las naciones? ¡Pueblos! los que así os hablan son vuestros verdaderos tiranos, los que os llaman felices os engañan miserablemente para esclavizaros. No los creais; creed sí á la Iglesia católica; ella es el paladion y la salvaguardia de vuestra libertad, ella es la única que posee esa doctrina inefable que consagra vuestros legítimos derechos, que sanciona la independenciam de la conciencia humana y la coloca sobre todo poder que no sea Dios, que os declara libres en Jesucristo, hermanos suyos, y herederos de su reino celestial.

Concluyamos reasumiendo en dos palabras todo lo dicho. La filosofía funda el bienestar y la prosperidad de los pueblos en el impul-

(1) Véase el discurso para la Dominica III de Cuaresma, pág. 206.

so de las artes y de la industria, en el desarrollo de la inteligencia, y en el afianzamiento de la libertad. Pero ¿con qué elementos cuenta para realizar este programa? Nosotros hemos probado que sin el concurso del catolicismo todos sus esfuerzos serán impotentes, y que lejos de conseguir el fin que se propone, no hará mas que acelerar la ruina de esos mismos pueblos á quienes seduce con mentidas promesas de felicidad. Si la lógica demuestra esta verdad importante, no la evidencian menos los hechos, y la historia de todos los países y de todos los siglos. Especialmente en el pasado y el presente, ¿cuántas tentativas no se han hecho para realizar ese sueño dorado, sin haber recogido otro fruto mas que amargos desengaños y crueles decepciones! Así es que los pueblos, fatigados ya de ver tantos ensayos fracasados, tantos planes sin éxito, tantas esperanzas burladas, comienzan á desengañarse y convencerse de la inutilidad de las teorías filosóficas para labrar el bienestar de las sociedades, y vuelven sus ojos hácia el catolicismo, único elemento de bienandanza en el tiempo y mas allá del tiempo, como lo reconoció el mismo Montesquieu, uno de los primeros y mas eminentes filósofos de su época, porque solo él con sus doctrinas altamente humanitarias y civilizadoras, responde á todas las necesidades del hombre, satisface cumplidamente sus exigencias, y le enseña todas las verdades que necesita en el orden intelectual y moral para lograr la dicha á que aspira en la vida presente, y asegurar en la otra su eterna felicidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA V DESPUES DE PASCUA DE RESURRECCION.

LOS ADELANTOS DE LA CIVILIZACION ESTÁN LIGADOS Á LOS PROGRESOS DEL
CATOLICISMO, Y EN RAZON DIRECTA DE SU INFLUENCIA EN LAS SOCIEDADES.

*Usque modo non petistis quidquam in nomine meo: Petite, et accipietis, ut
gaudium vestrum sit plenum.*

Hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre: Pedid, y recibireis,
para que vuestro gozo sea completo.

JOAN XVI. 24.

HAY una cuestion, A. O. M. que absorve, por decirlo asi, todas las cuestiones, que se mezcla en todas ellas, y á la que vienen á reducirse en último resultado todos los debates del entendimiento humano. Y esta cuestion se remonta todavía mas allá del origen del mundo: puesto que aun no existia éste, todavía no habia salido del caos por la virtud omnipotente de la palabra creadora, y ya en las altas regiones del cielo agitábase entre Luzbel y sus ángeles la gran cuestion de la independencian, y ésta á nombre de una libertad mal entendida protestaba contra la autoridad suprema del Criador. ¡Ensayo desgraciado que tuvo por resultado la humillacion eterna y el eterno baldon de aquel ángel rebelde y sus secuaces, que lejos de escalar como pretendieran el trono del Altísimo y sentarse en su sôlio, cayeron rodando hasta las profundidades de un abismo de donde jamás volverán á levantarse! Pero ensayo que en vez de escarmentar

al hombre, encontró en él simpatías; y queriendo éste parodiar en el paraíso la misma escena, aspirando á emanciparse de la autoridad del que le criara tan bello, tan puro, tan inocente, y rico de toda clase de dones celestiales, jugó á la vez y perdió en aquella lucha insensata su propio destino y el de toda su posteridad. Pérdida irremediable, caída funesta, cuyo ruido viene prolongándose á través de siglos y siglos, pues á pesar de la reparacion obrada en el Calvario por el Verbo hecho hombre, la humanidad lleva y llevará siempre impresa en su frente la marca de su degradacion.

Efecto de ésta y como continuacion de aquella rebelion sacrílega, es esa guerra encarnizada y sin tregua que la razon filosófica viene haciendo á la razon católica personificacion exacta del gran principio de autoridad que domina en la verdadera Iglesia de Jesucristo, y esa lucha, esa repulsion incesante que el orgullo de la independencia y la idolatría del pensamiento han sostenido donde quiera contra las infalibles enseñanzas de esa madre comun de los predestinados, columna y firmamento de la verdad, heredera y depositaria de todas las promesas de su augusto fundador.

Nunca como en los actuales tiempos se verificó esta triste verdad: hoy dia con mas razon que jamás, puede aplicarse á las modernas sociedades lo que el Salvador decia á sus discípulos en el presente Evangelio: *«Hasta ahora nada habeis pedido en mi nombre: Pedid, y recibireis, para que vuestro gozo sea completo.»* No, no es en nombre de Dios, sino en nombre de una razon estraviada que han pretendido divinizar, en el que los hombres y los pueblos aspiran á ser felices, en el que las sociedades viciadas por las teorías filosóficas, piden y buscan y se lisonjean de hallar las condiciones de su progreso y bienestar. En nombre de esa razon tan pobre, tan lastimosamente degradada, y tan propensa al engaño y al error, exigen la realizacion de ese sueño dorado de dicha y prosperidad universal que los utopistas modernos han pintado con tan bellos coloridos. Y por mas que al despertar del profundo letargo escitado en las inteligencias por las doctrinas del racionalismo, los hombres y los pueblos, los individuos y las sociedades, no hayan encontrado en sus manos mas que la nada, segun la frase del

Salmista (1); en vez de los tesoros de felicidad que creyeron poseer durante aquella ilusion momentánea, no por eso continúan menos rebeldes en sus proyectos de independencia. Toda autoridad que viene de la Iglesia les es enojosa é insoportable, todo lo que no sea obrar bajo la sola y esclusiva inspiracion de la propia razon, lo miran como un yugo pesado é incómodo; la razon, en una palabra, lo es todo, y sin ella nada quieren, nada esperan, nada creen poder adelantar en las vias de la civilizacion.

— Pues bien, yo voy á demostrar lo absurdo de semejante teoria, haciendo ver «que los adelantos de la civilizacion están ligados al progreso del catolicismo, y en razon directa del mayor ó menor ascendiente que éste ejerce en las sociedades;» y por consecuencia, solo obrando de concierto y con entera dependencia de ese gran principio, puede esperar y obtener la razon humana los beneficiosos resultados sociales que en vano busca en sus propios recursos.

Interesantisimo sobremanera es el asunto, y hoy mas que nunca necesito de los auxilios del cielo para desempeñar mi mision. Pidámoslos por la intercesion de la Santisima Virgen, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Si por civilizacion entendiésemos lo que han querido entender algunas inteligencias mal avenidas con todo lo que hiere de frente los presuntos derechos de la razon humana, si bajo ese nombre tan bello y seductor hubiésemos de comprender el desarrollo de una libertad sin limites, la emancipacion del pensamiento de todo yugo de autoridad, en una palabra, el libertinaje de las pasiones y la omnipotencia de la anarquía, nada tendríamos que decir á los modernos defensores del racionalismo, y desde luego nos veríamos forzados á

(1) Ps. LXXV. 6.

decretarles el triunfo. Pero como quiera que no es esa la verdadera civilizacion, y que ésta consiste en el fomento y desarrollo de todos los elementos de sociabilidad, de orden y bienestar con relacion á los hombres y á los pueblos; como quiera que allí son estos mas cultos y civilizados donde hay mas virtudes, y menos vicios, donde hay mas caridad y menos egoismo, donde las costumbres son mas puras, y menos frecuentes y vergozosos los escesos, donde la verdad reina en una escala mas vasta, y encuentra menos asilo el error, donde al patriotismo va unido el amor á la religion y á las venerandas tradiciones del culto, donde la libertad crece á la sombra de instituciones benéficas creadas por el espíritu del Evangelio, donde los vínculos sociales se estrechan con la fraternidad cristiana, donde las artes, las ciencias, la industria y todo cuanto se refiere al desenvolvimiento del génio y á los adelantos de las naciones, reconoce por norte y guia el gran principio de la fé; ¿quién duda que todo esto no puede concebirse sin el concurso inmediato del catolicismo, y que solo en tanto que éste ejerce una accion mas directa en los pueblos con el ascendiente de sus doctrinas, pueden ellos medrar en las vias de la verdadera civilizacion? Negar esto, seria negar la autoridad de la historia, seria cerrar los ojos á la luz, seria desmentir el testimonio de diez y ocho siglos que vienen declarando en favor de nuestro aserto. ¿Quién sino él levantó con su mano creadora todo cuanto destruyera el paganismo en el trascurso de tantos años que venia reinando en la tierra á nombre de la razon emancipada de la autoridad divina? ¿Quién sino sus sublimes enseñanzas repararon las ruinas que en la inteligencia y en el corazon, en las doctrinas como en las costumbres, en los principios no menos que en las consecuencias, y en todo el mundo moral causára la idolatría del pensamiento personificada en los cultos paganos? Y si al lado de las verdades tradicionales sepultadas en la larga noche de los siglos, vió un dia el mundo surgir todos los elementos de verdadero progreso y de sólido bienestar que sucesivamente fueron desenvolviéndose bajo la accion benéfica del Evangelio; si juntamente con la fé en Jesucristo que de una manera prodigiosa salvó las barreras del mar y fué á plantar la cruz en los paises mas remotos y escéntricos del globo, se

vió desarrollarse el espíritu de asociación bajo el sublime principio de una caridad que no conocía diferencia de climas ni razas, ni veía en los hombres de diversos tipos mas que un solo hombre, criado á la imágen de Dios para servirle en la tierra y gozar despues de él en el cielo; si en consecuencia de este principio, la esclavitud dejó de ser un derecho del mas fuerte para avasallar al mas débil, la muger se elevó á la categoria de amiga y compañera del hombre dejando de ser el instrumento de sus infames caprichos y el objeto de su despótica tiranía, el pobre se vió igualado al poderoso y casi superior á él por la especial predileccion con que le distinguió un Dios-Hombre pobre y humillado, y el ignorante no fué ya de peor condicion que el sábio, y las clases todas se confundieron en identidad de derechos ante Dios, si bien en la escala social debia haber sus gerarquías para el sostenimiento del órden y del equilibrio del mundo moral; todos estos beneficios, todas estos adelantos, todos esos gérmenes de civilizacion, ¿no nacieron con el cristianismo, y erecieron á su sombra, y se fomentaron bajo su influencia, proporcionalmente al mayor ó menor ensanche que iban tomando las creencias, y segun que los hombres y los pueblos iban aceptando las verdades, y abrazando las enseñanzas católicas?

Digase cuanto se quiera para amenguar esta gloria de la religion; poco importa la palabreria filosófica al lado de los hechos. Y cuando mil monumentos se levantan por todos lados para proclamar en alta voz la gran parte que el principio religioso ha tenido en todos los siglos en el desarrollo de la civilizacion; cuando todo está diciendo que á ese sublime principio se debe la abolicion de aquellos sacrificios inhumanos en que la barbarie hacia correr sobre las aras de la supersticion la sangre de los hombres junto con la de los animales; que él fué el que puso un freno poderoso al infanticidio sancionado por la legislacion antigua, á la esposicion de los niños, y á otros excesos no menos repugnantes que frecuentes en los pueblos idólatras; que bajo su influencia se suavizaron las leyes, se rectificaron las ideas, se dulcificaron los instintos, se mejoraron las costumbres, y las sociedades se rehicieron por decirlo asi de nuevo, pasando del extremo de la crueldad, del egoismo, y de la ignorancia, á un estado

de cultura que contrastaba admirablemente con lo que fueran antes de la promulgacion del Evangelio; cuando por mas que se afecte ignorarlo, es cosa sabida y si se quiere hasta vulgar, que á una con los mas preciosos monumentos del génio y de la ciencia, conservó y fomentó el catolicismo en las épocas de mayor degradacion las mas sublimes creaciones de la caridad cristiana, multiplicando con heróicos esfuerzos los asilos para el infortunio y para el arrepentimiento, al mismo tiempo que protegía la libertad de los pueblos; armando numerosas huestes contra las invasiones de la esclavitud personificada en los hijos de Islam, ofreciendo hospitalidad al peregrino, pan al hambriento, vestido al desnudo en los establecimientos de beneficencia, á la par que abria paso á las comunicaciones, y reanimaba el movimiento del comercio y de la industria, construyendo caminos públicos, levantando puentes, fundando nuevas poblaciones, y obrando otros mil prodigios de civilizacion que todo el mundo sabe, justamente cuando el mundo yacía adormecido en la inaccion, y postrado en el mas profundo abatimiento; cuando todo esto es público y notorio, ¿qué pueden importarnos las huecas y altisonantes teorías del filosofismo, y sus sofismas estudiados para amenazar las glorias de una religion que por donde quiera marcha rodeada de un brillante cortejo de hechos insignes, de monumentos inmortales que dicen á las generaciones presentes y venideras lo que fué, lo que es, y lo que está llamada á ser en sus relaciones con la humanidad?

Tal vez se apelará al manoseado argumento de que pasó ya la época del catolicismo, y que siquiera en otros tiempos su influencia fuese necesaria para educar y moralizar los pueblos en su infancia, dejó ya de serlo desde que la razon robustecida con el estudio y la esperiencia de tantos siglos, ha podido reemplazar á aquel gastado principio, cuyas enseñanzas, por sublimes que sean en sí mismas, son ya insuficientes y aun inútiles para satisfacer las nuevas necesidades creadas por los adelantos de la civilizacion. ¡Inútiles! ¿Y por qué? ¡Ah! ¿No advertís hombres del racionalismo, que cuando así habláis no haceis mas que girar en un círculo vicioso, tomando el efecto por la causa, y la causa por el efecto? Si como decís son inútiles las doctrinas del catolicismo é insuficientes para llenar las exigencias

del siglo, es porque el siglo no quiere aceptarlas, porque las desecha como enojosas, esclavizado como está á ese ídolo de la razón en la que cree hallar todas las condiciones de progreso social á que aspira: pero no porque aquellas doctrinas no puedan por sí solas, diré mas, no porque no sean ellas las llamadas exclusivamente á realizar esa aspiracion incesante del mundo moral. No digais que son inútiles, pues para decirlo necesitareis probar antes que lo que es esencialmente bueno, puede dejar de serlo por cualquier accidente ocurrido en lo exterior: ó que lo que fué necesario en un principio para crear y educar los pueblos, puede llegar á ser pernicioso para su conservacion y desarrollo, lo cual es un absurdo. Decid mas bien que vosotros sois los que neutralizais los beneficiosos efectos de la doctrina católica, oponiendo á sus enseñanzas los extravios de una razon tan impotente como orgullosa, dispuesta siempre á revelarse contra toda verdad sobrenatural, á sacudir el yugo de toda autoridad divina, y á declararse independiente de toda influencia estraña. Decid que si no sentís el influjo civilizador del catolicismo, es porque en nada ni para nada entra en vuestros cálculos; porque os habeis empeñado en buscar fuera de él todo lo que constituye el bienestar individual y social, el presente y el porvenir de los pueblos; porque en vuestro nécio delirio de divinizar el pensamiento humano, no reparais en los amargos desengaños que viene proporcionándoos la impotencia de vuestras teorías, mil veces ensayadas y otras tantas fracasadas ante la lógica irresistible de los hechos; porque desentendiándoos, en una palabra, de Dios, ó mas bien aspirando á ser vosotros otros tantos dioses, le habeis disputado su autoridad, su ciencia, su poder, su sabiduría y todos sus atributos, y en vez de pedirle á él la luz y el conocimiento que conduce á la verdad, y lejos de buscar en él los elementos necesarios para civilizar las sociedades, los buscáis dentro de vosotros mismos, en esa razon débil y ciega que á cada paso os engaña y estravia, en esa potencia fragil y enferma que frecuentemente confunde el error con la verdad y trueca el bien en mal, segun la frase de un profeta (1), en esa

(1) *Vae qui dicitis bonum malum, et malum bonum!* (Isaïæ V. 20.)

facultad tan pobre é impotente que apenas sabe resistir á las seducciones de la mentira y rara vez deja de quedar vencida ante las acometidas del sofisma: *Usque modo non petistis quidquam in nomine meo.* ¿Y cómo podría hallarse la claridad allí dondè residen las tinieblas? ¿Cómo encontrar lo verdadero allí donde todo es contradictorio y falso? Porque no hay, señores, mas que un camino para llegar al conocimiento del bien y de la verdad, y este es Jesucristo, su Iglesia, su autoridad infalible que depositó en el seno del catolicismo. Fuera de ese centro, todo es divagacion, delirio, y divergencia de opiniones, y lucha continua de doctrinas, y flujo y reflujo de principios, y estravió sin fin de esa misma razon que se quiere dar por regla y por norte á la humana inteligencia, como ya en otras ocasiones hemos demostrado (1).

No busqueis, pues, en ella la senda que conduce á la verdad, porque jamás la encontrareis. Buscadla, sí, en aquel que es el camino, la verdad y la vida, y sin el cual es imposible llegar al Padre (2). *Petite, et accipietis.* Buscad y hallareis la luz de vuestro espíritu en aquel que es la verdadera luz llamada á esclarecer á todo hombre que viene al mundo (3); cuya doctrina, emanada del cielo, disipa las tinieblas del error, y proporciona á todos cuantos marchan en pos de él la claridad de la vida eterna (4). *Petite, et accipietis.* Buscad y hallareis la ciencia en aquel que posee todos los tesoros de la sabiduria del Padre (5), y que es por excelencia el Dios de las ciencias á quien no se oculta lo mas recóndito de cuanto

(1) Véanse los Discursos para las Dominicas I, II y III despues de Epifania.

(2) *Ego sum via, veritas, et vita; nemo venit ad Patrem nisi per me.* (Joan. XIV. 6.)

(3) *Erat lux vera, quæ illuminat omnem hominem venientem in hunc mundum.* (Ib. I. 9.)

(4) *Qui sequitur me, non ambulat in tenebris, sed habebit lumen vitæ.* (Ib. VIII. 12.)

(5) *In quo sunt omnes thesauri sapientiæ et scientiæ absconditi.* (Ad Colos. II. 3.)

intenta penetrar el humano pensamiento (1). *Petite, et accipietis.* Buscad y hallareis los verdaderos elementos de civilizacion en aquel que apareció en el mundo llamado espresamente á ilustrar á los que yacian sepultados en la sombría y tenebrosa noche de la ignorancia y de la barbarie, y á dirigirlos y encaminarlos por los senderos de la paz (2). *Petite, et accipietis.* Buscad y hallareis las fuentes de la positiva libertad y de la fraternidad permanente y duradera en aquel que vino á estrechar á todos los hombres con los indisolubles lazos del amor (3), á ser el reconciliador de la humanidad, el restaurador de la tierra, y el libertador de cuantos gemian bajo el yugo de la esclavitud (4): *Petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum.* Asi únicamente y no de otro modo es como la razon dirigida y auxiliada en todo por el principio religioso, y dependiente de la autoridad infalible del catolicismo, podrá elevarse á la altura á que aspira en sus relaciones con la civilizacion, y obtener los beneficiosos resultados que en vano busca en sus propios recursos.

En vano he dicho: porque ¿qué es la razon por sí sola y entregada sin guia á sus inspiraciones? ¿Qué puede hacer en bien de los pueblos y de los individuos? ¿Qué adelantos puede proporcionar á las sociedades? Una sola página de la historia, prescindiendo de las muchas que pudiéramos citar, bastará á darnos una idea exacta de su perniciosa influencia tanto en el órden religioso como en el órden social, al par que de su impotencia para labrar el porvenir de la humanidad.

Quince siglos habian pasado sin que ésta se hubiese atrevido á disputar á la Iglesia una autoridad que venia acatando y reconociendo como la salvaguardia de sus derechos, porque lo era de sus tradiciones y creencias, si bien es cierto que tocaba á uno de esos

(1) *Deus scienciarum Dominus est, et ipsi præparantur cogitationes.* (I. Reg. II. 3.)

(2) *Illuminare his qui in tenebris sedent, ad dirigendos pedes nostros in viam pacis.* (Luc. I. 79.)

(3) *Tradam eos in vinculis charitatis.* (Oseá. XI. 4.)

(4) *Dedi te in foedus populi, ut suscitares terram, et possideres hæreditates dissipatas, et diceres his qui vincti sunt: Exite.* (Isaíe. XLIX. 8, 9.)

períodos terribles de donde surgen siempre las grandes revoluciones. «La acción de las herejías que durante mil cuatrocientos años no cesaron de trabajarla, el movimiento que en la humana inteligencia imprimieran los descubrimientos del genio, la corrupción infiltrada por decirlo así en todas las clases, junto con la pasión por la novedad y la impaciencia de sacudir todo freno enojoso, todo, dice un sabio orador contemporáneo, había madurado y puesto á la Europa en disposición de lanzarse á una de esas crisis violentas que renuevan la razón humana ó la sepultan en un abismo. Cuando hé aquí que del seno mismo del Santuario se levanta un hombre audaz que desafiando insolentemente á lo pasado, se pone á la cabeza del porvenir, y disputando á la Iglesia su autoridad divina, y emancipando de ella la razón humana, proclama la libertad del pensamiento. Al presentarse en el mundo aquel innovador, encontró los pueblos colocados sobre una pendiente resbaladiza, esperando la mano que debía contener su caída ó darles el impulso. Su orgullo prefirió empujarles hácia adelante y arrastrarlos en su propia ruina: y parapetado por la fuerza y las pasiones, salva con la mayor insolencia las gradas del templo, toma en sus manos el libro divino, le arroja á las profanaciones de la multitud, y dice á la ignorancia: «Examina, y sé tu propio juez;» y á la curiosidad del entendimiento humano: «Dios ha hecho la religión como hizo el espacio, ningún límite ha puesto á la inteligencia, libre es para decidir de todo como lo es el pájaro para hendir los aires;» y por último, á todas las pasiones las dice: «Vosotras sois el árbitro de la ley, y á vosotras toca definir lo que es bueno ó malo.» Hé aquí, A. O. M., el gran grito de la razón filosófica contra la razón católica, lanzado por el primer corifeo de la reforma protestante: tal fué la primera demostración solemne del pensamiento humano emancipado de la autoridad de la Iglesia de Jesucristo; y á esta demostración y á este grito, pueblos enteros desertaron de los estandartes de la unidad, y se agruparon bajo el pendón del novador, prolongando el eco de rebelión á través de los siglos. ¡Cuántos progresos no ha hecho desde entonces esa libertad funesta! ¡Cuánto no se ha desarrollado ese espíritu de independencia con las nuevas doctrinas filosóficas que

vinieron á consumir la obra comenzada por el apóstata de Mansfeld! ¡Cuánto....! Pero volvamos á añadir el hilo de nuestro discurso, y preguntemos á las generaciones que vienen sucediéndose desde entonces: ¿Qué ha hecho en favor de los pueblos, qué influencia ha ejercido en el bienestar de las naciones, qué ventajas ha proporcionado á la civilizacion esa razon separada del principio de autoridad, esa razon libre é independiente de la revelacion divina, esa razon que una escuela insensata pretende en nuestros dias colocar en el mundo de las inteligencias como la única divinidad á quien debe adorar el hombre, y á cuyo santuario debe ir á buscar las tradiciones de lo pasado, los elementos del porvenir, la luz, la verdad, el progreso y la felicidad del universo? Pero á esto responderá por nosotros y mejor que nosotros la historia de las revoluciones sangrientas en que se ha visto envuelta la Europa desde aquella época de infausta memoria; las luchas intestinas que durante tres siglos han conmovido los cimientos del orden y sembrado la confusion y el caos en las doctrinas como en las instituciones, en la religion no menos que en la política; los horribles sacudimientos de ese inmenso volcan que ha abierto la tumba á tantos tronos, sepultado tantos pueblos, devastado tantos ilustres monumentos del arte y del ingenio, y cubierto de ruinas todo el mundo. Dirálo, sino, esa agitacion incesante de la humanidad, que se mueve y busca en vano un bienestar que vé en lontananza, y que se la escapa de entre las manos cuando cree haber llegado á poseerle; que aspira á una felicidad que nunca encuentra, porque no es mas que un sueño del racionalismo, una ilusion del momento, que trae tras de sí la amargura de la decepcion y el despecho del desengaño. Diránlo, en fin, tantos planes de regeneracion universal malogrados, tantas combinaciones fracasadas, tantos proyectos desmentidos por los hechos, que obligan á la humanidad á empezar ya á desconfiar de las ampulosas promesas de la escuela racionalista, y á convencerse de que todas sus teorías tan brillantes y seductoras en especulacion, no son mas que bellos ideales, mentiras vestidas con un barniz fascinador, absurdos mas ó menos especiosos, pero incapaces de dar jamás resultados positivos.

Y no creemos lejano el dia en que este convencimiento sea com-

pleto. El tiempo no corre en vano; los hechos no pasan sin producir su efecto mas ó menos lento; los gérmenes de desengaño que estos van depositando en el seno de los pueblos modernos, fermentarán con el calor de las doctrinas católicas que cada dia van adquiriendo un nuevo ascendiente; y llegará, á no dudarlo, aquel en que cayendo en entero descrédito las doctrinas del racionalismo, los individuos y las sociedades reconocerán para su dicha que los adelantos de la civilizacion están ligados al progreso del catolicismo, y en razon directa del mayor ó menor influjo que en ellos ejerce, que es lo que me propuse demostrar en este discurso.

¡Quiera el cielo que sea esto cuanto antes! Empiece por nosotros ese convencimiento: inauguremos nosotros esa época de felicidad que el mundo espera. Busquemos en ese gran principio civilizador los elementos de bienestar que no puede proporcionarnos la razon por mas que se afane y fatigue en encontrarlos fuera del círculo de la verdad católica. *Petite, et accipietis, ut gaudium vestrum sit plenum.* Así nos lo manda hoy Jesucristo, y ese es el único medio de poder conseguir en el tiempo una dicha estable y permanente, y de grangearnos otra inamisible y eterna en la region de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA INFRAOCTAVA DE LA ASCENSION.

LOS COMBATES Y LOS TRIUNFOS DEL CATALICISMO Á TRAVÉS DE DIEZ Y OCHO SIGLOS, VIENEN DANDO EL MAS AUTÉNTICO TESTIMONIO DE LA DIVINIDAD DE SU ORIGEN Y DE SU MISION ALTAMENTE SOCIAL Y CIVILIZADORA.

Cum venerit Paraclitus... Spiritus veritatis qui á Patre procedit, ille testimonium perhibebit de me: et vós testimonium perhibebitis, quia ab initio mecum estis.

Quando viniere el Consolador, el Espíritu de verdad que procede del Padre, él dará testimonio de mí: y tambien vosotros dareis testimonio, puesto que desde el principio estais conmigo.

JOAN. XV. 26. 27.

EL mundo viene cumpliendo hace diez y ocho siglos una gran mision: la humanidad entera, casi sin apercibirse de ello, y una gran parte tal vez contra su voluntad, viene llenando un deber ligado á su existencia. Este deber y esa mision de que os hablo, no es otra cosa mas que la realizacion del vaticinio pronunciado por Jesucristo poco antes de su muerte, cuando preparando á sus discipulos contra las persecuciones que habian de padecer, y disponiéndoles á hacer frente á los grandes acontecimientos que se verificarian despues que él abandonase este suelo, les decia: *Quando viniere el Consolador, el Espiritu de verdad que procede del Padre, y que yo os enviare de parte de mi Padre, él dará testimonio de mí: y vosotros tambien dareis testimonio, puesto que desde el principio estais conmigo.*

No se limitaba solo á los discipulos del Salvador esta prediccion tan importante; no eran ellos los únicos llamados á testificar lo que

habian visto y oído, y á probar en la sucesion de los siglos la divinidad de aquel Hombre-Dios muerto y crucificado en el Calvario, encerrado en un sepulcro, y resucitado al tercero dia triunfante y glorioso á despecho de la perfidia judáica. Si así hubiese sido, si solamente aquellos hombres asociados á su ministerio hubiesen debido dar testimonio á las generaciones venideras de las maravillas de Jesus de Nazareth, de sus portentosos hechos, de su doctrina celestial, y sobre todo de sus padecimientos y sus triunfos, este testimonio no hubiera sido completo y tan universal que alcanzase á convencer á los que viviesen muchos siglos despues. Hubiérase debilitado con el tiempo la fuerza del convencimiento que pudiera producir su autoridad, y las generaciones distantes del teatro de las grandezas del Hombre-Dios, hubieran podido dudar de la autenticidad de los hechos narrados en la historia.

o Pero no: al pié de la cruz donde Jesus obrára el gran misterio de la reparacion del linage humano, y de la misma sangre vertida por él en espiacion de los crímenes del mundo, habiase formado una nueva sociedad que debia sustituir á la antigua, un mundo nuevo que debia alzarse sobre las ruinas del viejo, una iglesia nueva destinada á reemplazar á la vetusta Sinagoga, un pueblo de adquisicion, una nacion santa, un sacerdocio real, un poder indefectible, lo diré de una vez, el cristianismo, la religion del porvenir y de la inmortalidad, creacion augusta del Verbo humanado, cuya estension tendria por limites el universo, y que debia prolongar su existencia hasta la consumacion de los tiempos. Y esa nueva sociedad, ese nuevo mundo, ese nuevo poder, ese sacerdocio, esa religion, esa Iglesia, en fin, que por su ilimitada estension se denominaria católica ó universal, era la llamada en la persona de los discipulos del Salvador, á dar un testimonio constante, perpétuo, irrefragable, de su divinidad. ¿Y qué clase de testimonio era este? Oid lo que añade el texto Evangélico: *Estas cosas os las he dicho para que no os escandaliceis. Os echarán de las sinagogas: y aun vendrá tiempo en que quien os matáre se persuada hacer un obsequio á Dios. Y os tratarán de esta suerte porque no conocen al Padre ni á mí.*

Ved, pues, consignado ya claramente la clase de testimonio que la Iglesia católica debía dar en el mundo de su augusto fundador. Luchar y vencer habian sido las condiciones de la existencia de éste en la tierra, y el fundamento de su gloria: luchar y vencer debian ser tambien las condiciones de la existencia del catolicismo, y lo que debía constituir su mas completo triunfo: *Et vos testimonium perhibebitis, quia ab initio mecum estis*. De donde deduzco la siguiente proposicion que formará todo el asunto de mi discurso: «Los combates y los triunfos del catolicismo á través de diez y ocho siglos, vienen dando el mas auténtico testimonio de la divinidad de su origen, y de su mision altamente social y civilizadora.» Saludemos ante todo á la Virgen de Virgenes con aquellas sublimes palabras del Angel: *Et ecce concipies et paries filium, qui dabitur tibi nomen Domini*.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Luchar y vencer! Tales son, hemos dicho, las condiciones de la existencia del catolicismo, como lo fueron de la de Jesucristo su divino fundador. Y en efecto, si hay un hecho demostrado, innegable, y que no admite la menor duda en la historia, porque es público y visible á todos, es que la Iglesia nació en el mundo rodeada de numerosos enemigos con quienes tuvo que medir sus armas, que entre combates creció, y luchando vive hace ya diez y ocho siglos, sin que haya tenido un solo día de reposo que no haya sido la víspera de nuevas y mas sangrientas lides. El Salvador habia dicho á aquellos doce hombres que representaban en un principio su Iglesia: «Si á mí me han perseguido, tambien os perseguirán á vosotros; si me han aborrecido á mí, no sereis vosotros menos odiados... (1)»

(1) Si me persecuti sunt, et vos persequentur. Si mundus vos odit, scitote quia me priorem vobis odio habuit. (Joan. XV. 18, 20.)

Y esta prediccion comienza á ser un hecho desde el momento mismo en que se pronuncia. No bien se les ha dicho: «Id y enseñad á todas las naciones del universo (1),» cuando las naciones todas se ponen en guardia, y los pueblos se preparan á combatir contra la verdad, y los hombres forman vastos complots para esterminarla en su cuna. No hay medio que no se emplee para llevar á cabo ese plan meditado ya de antemano: y la Iglesia, en quien está representado Jesucristo, perpetúa su accion sobre la tierra y participa de sus destinos. Sufre como él sufrió, padece como él padeció, lucha sin descanso como él luchó; todas sus ignominias, todos sus dolores, todas sus amarguras se reasumen en ella, desde la traicion del pérfido discípulo que le vendió á sus enemigos, desde los homenajes hipócritas de los que le adoráran con la sonrisa burlona en los lábios, hasta las imprecaciones horribles con que una raza maldita acogió los últimos suspiros de la víctima en el Calvario.

La Iglesia marcha á llenar la gran mision que se le habia dado, y á cada paso tropieza con un enemigo, y á cada momento se vé obligada á sostener un combate. El paganismo se presenta á la vanguardia de esa inmensa falange que la espera en su larga carrera, é intenta interceptarla el paso con un numeroso ejército de soldados y verdugos. Tres siglos de pruebas terribles y de sangrientas luchas tiene que atravesar por en medio de las hogueras, de los caballetes, de los garfios y de los cadalsos: y los atraviesa, en efecto, dejando donde quiera tras sí lagos de sangre pura é inocente, y hecatombes de víctimas heroicas que prefieren el martirio á la apostasia, y cansan el brazo de sus sacrificadores, y enmohecen el hierro homicida, y acaban con la paciencia de los Maximianos, Galerios, Domicianos y demas tiranos de la humanidad... Pero el mismo Jesus que predijera los combates habia vaticinado tambien el triunfo: y cuando dijo á los suyos que serian maldecidos y anatematizados, y muertos á causa de su nombre, les dijo asimismo: «El mundo os oprimirá, es cierto: mas no os desanimeis, que yo he vencido al mundo (2).»

(1) Euntes docete omnes gentes. (Matth. XXVIII. 19.)

(2) In mundo pressuram habebitis: sed confidite, ego vici mundum. (Joan. XVI. 33.)

Por eso las victorias de la Iglesia siguen do quiera á los combates que se vé forzada á sostener: y allí donde mas abundantemente riega con su sangre el campo de batalla, es donde recoge sus mas preciosos laureles. Contempladla al finalizar su lucha de trescientos años con el poder pagano. Cualquiera diría al ver tantas víctimas, tanta sangre y tantas ruinas, que el cristianismo habia espirado: y tal era el convencimiento de este hecho, que en las medallas mandadas acuñar por un emperador romano, y en las columnas levantadas á su memoria se leía esta inscripcion fastuosa: *Nomine Christiano deleto*: «A la abolicion del nombre cristiano.» Cuando hé aquí que al día siguiente ese mismo cristianismo cuyos funerales se celebraban, subia al Capitolio, derribaba con el pié el ídolo de Júpiter Stator, y plantaba en su lugar la cruz de Jesucristo, del judío crucificado en el Gólgota.

A la lucha de la espada sucede la lucha del espíritu, mucho mas temible que aquella, porque la idea es sin comparacion mas fuerte que el hierro, y si este mata el cuerpo destinado á perecer entre el polvo, aquella mata el alma llamada á vivir una vida inmortal y eterna. No seguiremos una por una las diversas heregias que surgieron en derredor de la Iglesia para desgarrar su seno maternal, ni enumeraremos en detalle los errores sin cuento que abortó la inteligencia humana, ciegameute apasionada por una independenciam funesta, minando sordamente el edificio de la unidad católica y arrancando sucesivamente las piedras sobre que descansaba, ni las innumerables apostasias y defecciones que hicieron verter copioso llanto á aquella madre comun de los predestinados. Esto sobre exigir mucho tiempo seria casi inútil, puesto que nadie hay que pueda ignorar la historia de esa lucha que viene prolongándose por entre siglos y siglos hasta nuestros días, si bien presentando diversas fases segun el espíritu y las aspiraciones particulares de cada época. Aquí la ignorancia, la corrupcion y la barbarie trabajan por alterar y desfigurar los dogmas mas inconeusos del catolicismo. Allí la ciencia atrevida interroga á la naturaleza, llama á juicio ante el tribunal de la razon los mas incomprensibles misterios, pesa en la balanza del libre exámen las verdades reveladas, y se mofa con cinico desprecio

de cuanto hay de mas respetable y santo en los anales de la tradición. Mas adelante el filosofismo se lanza sobre la Europa seguido de una nube de ateos, materialistas, racionalistas é impíos de todos matices. El sofisma, la violencia, la astucia, el terror, todo se pone en juego para esterminar la verdad católica. Ora es el poder que aspira á reunir en sí la supremacía temporal y espiritual, y confeccionando nuevos símbolos intenta forzar con una mano á los católicos á suscribir errores condenados por la Iglesia, mostrándoles con la otra si se resisten el cadalso ó bien las heladas regiones de la Siberia, ó las minas del Oural. Ora es la anarquía y la demagogia que levantando el pendon de muerte contra todas las instituciones religiosas consagradas por los siglos pasados, proclaman á voz en cuello el reinado de la libertad, cuando entre los gemidos y la sangre del sacerdocio se acaba de decretar la servidumbre de la Iglesia. Ora es la hipocresía enmascarada con el antifaz de la religion, que presenta cada dia un nuevo proyecto de culto para reemplazar definitivamente al cristianismo ó absorverle en su inmensa razon. Ora es, en fin, una política doble y suspicaz que tan pronto adula á la Iglesia con estudiadas frases para hacerla caer en sus lazos y arrebatarla sus derechos, como la calumnia sin miramientos porque no transige con sus exigencias, cual si únicamente hubiera de ser respecto del estado un mero instrumento de todos los poderes ó una especie de policia espiritual contra el pensamiento con sus correspondientes oficiales de moral asalariados á disposicion de los gobiernos. No hay siglo que no haya dado al catolicismo ataques mas ó menos bruscos, que no haya conspirado á su ruina por medios mas ó menos violentos, y que bien apelando á las inspiraciones del génio, bien apurando todos los recursos de la ciencia, ya llamando en su auxilio los descubrimientos mas recientes, ya inventando teorías basadas en los adelantos de la civilizacion, no haya hecho cuanto ha podido por cabar la tumba de esa religion salvadora, cuyo destino fué luchar siempre, y siempre vencer.

Que ha luchado sin descanso es indudable. Mas de mil ochocientos años hace que Jesucristo pronunció aquellas sublimes palabras que leemos en el Evangelio de este dia: «Vosotros dareis testimonio

»de mi, porque desde el principio estais conmigo (1)... Os arrojarán de las sinagogas, os maldecirán y perseguirán en todas partes; y aun llegará un día en que los que os mataren, creerán haber hecho un servicio á Dios. Y os tratarán de esta suerte porque no conocen al Padre ni á mí (2).» Decidme ahora si este testimonio ha faltado jamás en el cristianismo: decidme si la verdad ha tenido un solo momento de tregua en la lucha emprendida con el error; decidme en fin cuándo ha descansado la Iglesia, y si se ha visto alguna vez libre de enemigos que la combatan y la hagan la mas cruda guerra. ¡Nunca! Ni podia ser de otro modo: puesto que identificada con su augusto fundador, la lucha y el sacrificio eran las condiciones inseparables de la existencia de ambos; uno y otra habian nacido para pelear y sufrir, y esta no menos que aquel estaba destinada á vencer y triunfar. ¡Mirad en torno suyo! ¿Acaso las pruebas que ha tolerado, las persecuciones sangrientas que ha atravesado, las horribles tormentas que cada día se condensan sobre ella, los ultrages que frecuentemente recibe, las arbitrariedades del poder que la disputa sus derechos, ni las obstinadas preocupaciones de la ignorancia, ni las sofisticas declamaciones de la ciencia, ni las amarguras de lo presente, ni las negras sombras del porvenir han podido debilitar en lo mas mínimo su constancia ni amenguar sus glorias, ni marchitar los laureles que viene recogiendo á través de las edades? ¿Cuántos enemigos no han caído postrados á sus piés! ¿Cuántos errores no han huido delante de ella! ¿Cuántos poderes no han curbado ante ella su orgullosa cerviz! ¿Cuántas naciones antes émulas de su grandeza no se han unido á ese centro de la unidad y proclamado sus eternas victorias! ¿Cuántos sábios que un día hicieron de su génio armas para combatirla y calumniarla, no se han convertido en apologistas ardientes de su santidad!

Y todo esto A. O. M. ¿no es la prueba mas auténtica é irrefragable

(1) Et vos testimonium perhibebitis, quia ab initio mecum estis. (Joan. XV. 27.)

(2) Absque synagogis facient vos: sed venit hora, ut omnis qui interficit vos, arbitretur obsequium se præstare Deo. Et hæc facient vobis quia non noverunt Patrem neque me. (Ibid. XVI, 2, 3.)

ble de que Jesucristo su augusto fundador es Dios, y divina tambien su doctrina enseñada por la Iglesia católica? No lo seria, si alguna vez hubiese faltado ese testimonio, si las predicciones del Salvador hubiesen sido desmentidas por los acontecimientos: pero aquí, por el contrario, los acontecimientos no han hecho sino confirmar y robustecer mas la veracidad de las predicciones. Escritas están en ese libro divino del Evangelio, las luchas que sostuvieron nuestros abuelos, las que sostenemos nosotros, y las que habrán de sostener nuestros sucesores hasta la consumacion de los tiempos; porque siempre y donde quiera la lucha será como hemos dicho, una condicion inseparable del catolicismo, bien asi como lo será el triunfo que está llamado á reportar de todos los elementos conjurados contra él. Mal conocen la religion los que sueñan una paz quimérica que no puede existir sin echar por tierra todos sus fundamentos. La guerra es su condicion esencial, es su vida, es su elemento. Y no frunzais la frente cuando asi os hablo: El mismo Jesucristo es quien pronunció aquella gran palabra: «No he venido á traer la paz sino la espada:» la espada que ha de luchar constantemente contra el sensualismo de las pasiones; la espada que ha de hacer guerra sin tregua á los placeres mundanales y á los atractivos del vicio; la espada que ha de combatir en encarnizada lid todos todos los errores que se alzan en el mundo del seno de la corrupcion contra la majestad de Dios, la espada que hace diez y ocho siglos viene perpetuando esa liza sangrienta del espíritu contra la carne, de la luz contra las tinieblas, de Cristo contra Belial, liza que nunca concluirá, porque siempre el bien y el mal, la verdad y el error existirán en el mundo para combatirse mutuamente. Son dos poderes que aspiran cada cual por su parte á reinar en él á todo trance, son dos principios que no pueden avenirse, y que ambos á cual mas hacen esfuerzos desesperados por obtener un triunfo decisivo. La espada, pues, ha sido arrojada sobre la tierra: y la Iglesia, que por su parte ha recogido esa sangrienta herencia para luchar con Jesucristo y por Jesucristo, no la dejará caer de sus manos hasta el dia en que habiendo llenado su gloriosa mision, regando todos los rincones del universo con sus lágrimas y su sangre, y no teniendo ya con quien combatir, se unirá

á la triunfante Jerusalem que está en el cielo para cantar un himno eterno de victoria al Dios de las virtudes. Entretanto, vano sería querer poner en sus manos el ramo de oliva, ni el cetro de un reino que nunca aceptará mientras no haya dejado á sus piés el último de sus enemigos (1).

Transija en buen hora la política en las guerras suscitadas por intereses puramente materiales. Avénganse los hombres entre sí en los negocios que solo atañen á la vida presente. Esto se concibe muy bien que acontezca cuando se obra en la esfera móvil y caprichosa de la voluntad humana. Pero transigir la verdad con el error impudente que conspira para destronarla; pero avenirse el catolicismo con la impiedad que trabaja por arrancarle su inmunidad y sus divinos derechos, ofreciéndole en cambio una calma quimérica, una paz fingida precursora de su total ruina; pero contemporizar la Iglesia con el filosofismo hipócrita que ya que no ha podido destruir sus eternos cimientos con el ódio y la calumnia, con el epigrama y el ridículo, ha cambiado los frenos é intenta cual otro Judas fraternizar con Jesucristo por medio de un beso sarcástico, signo evidente de su esclavitud y de su muerte... eso no es posible; jamás la Iglesia comprará su reposo á tan vil precio, ni consentirá en sucumbir á unas condiciones tan deshonorosas, ni admitirá una tolerancia que lleva envuelto el decreto de su esterminio. Ella luchará hoy, luchará mañana, luchará siempre, porque el error y el mal renacerán constantemente de entre sus cenizas: nacieron en el Paraiso, y no morirán hasta el último día de los siglos. Los géneros de ataque podrán cambiar como han cambiado en las diversas épocas que el mundo viene atravesando, del terror á la tolerancia, de la tolerancia á la rebelion, de la rebelion al sofisma, del sofisma á la astucia, de la astucia á la hipocresía, y ora bajo una faz, ora bajo otra, la guerra continuará, y solamente concluirá con la última pasion del hombre. En derredor de la Cruz pelearán mientras haya hombres en el mundo esos dos ejércitos, esas dos ciudades que tantos siglos há vienen mi-

(1) Donec ponam inimicos tuos scabellum pedum tuorum. (Psalm. CIX. 4.)

rándose de frente y jurándose un odio implacable: el ejército de Jesucristo y el ejército de Satanás, la ciudad de Dios y la ciudad del diablo; los unos se postrarán ante ese signo augusto de civilización y de ventura, adorándole con amor indefinible, mientras los otros se esforzarán por arrancarle de raíz. Pero no temais, hombres de poca fé: aun cuando veáis encarnizarse mas que nunca la guerra de la razon rebelde contra la fé, siquiera veais que al parecer triunfa de la verdad católica ese viejo filosofismo que ayer se abrevaba de la sangre de los mártires de Jesus, y hoy afecta un respeto hipócrita por las tradiciones del Evangelio; que un día blasfemaba con furor de los dogmas de la religion, y hoy la saluda profundamente y la acaricia, no porque la respeta, sino porque teme su influencia; que no hace mucho tiempo se reía y burlaba de sus misterios, cual si fuesen invenciones humanas, y ahora la llama verdadera, necesaria y divina, no por convencimiento sino por recurso; por mas que veais acercarse aquellos dias vaticinados en el Evangelio, en que el último de los perseguidores llegará casi á apagar el fuego de la verdad en el pecho del último cristiano, no por eso desconfeis: escrito está que las puertas del averno no prevalecerán contra la Iglesia (1); escrito está que el Salvador estará con ella hasta la consumacion de los siglos (2); escrito está que el Espiritu consolador dará testimonio de la divinidad de Jesucristo, y que sus discípulos le darán á su vez claro, irrefragable y perpétuo (3). Y sobre las ruinas de la creacion, cuando todo en el universo se disolverá para volver á la nada de donde saliera, allí se encontrará quien proclame altamente la verdad con el pié puesto sobre el cuello del error; y la verdad saliendo de su asilo, subirá al trono del supremo Juez, y se mostrará triunfante á los ojos del mundo renovado para entrar en el seno de la eternidad.

Si alguno, pues, no reconoce y confiesa la divinidad de Jesucristo y de su doctrina santa, invariable y eminentemente civiliza-

(1) Matth. XVI. 18.

(2) Ibid. XXVIII. 20.

(3) Joan. XV. 26, 27.

dora, en vista de ese encadenamiento de choques y de resistencias, de combates y de triunfos que vienen formando la condicion esencial del catolicismo, nada le resta mas que sufrir el anatema del cielo y esperar el horrendo porvenir reservado á las inteligencias incrédulas, á los corazones obstinados que se niegan á aceptar la luz porque se han identificado con las tinieblas. ¡Cómo! La Iglesia ha hecho frente á tantos géneros de ataques, ha destruido tantos enemigos, ha resistido á tantas seducciones, ha hecho frente á tantos poderes que aspiraron á ganarla con la lisonja cuando ya no pudieron con la fuerza, porque vieron despedazarse sus armas contra su pecho invulnerable, se ha sobrepuesto á tantas escuelas que llegaron á preparar el epitafio de su tumba, ha desmentido tantos sistemas que convencidos de su propia impotencia trataron de identificar su causa con la de la religion para mejor realizar sus pensamientos de esterminio, ha echado por tierra tantos errores que pretendieran sustituir las mezquinas ideas de una razon enferma, estraviada y corrompida, á la grandeza invariable de su doctrina... ¡y habrá quien no reconozca aquí la presencia de Dios y la obra de su diestra omnipotente! Se ha visto al mundo en masa hacer armas contra el catolicismo, y conjurar contra él sus huestes los reyes, los tiranos, los sábios, los hombres de estado, los hombres de génio, y aprestar sus falanges la ignorancia, la preocupacion, el ódio y todas las pasiones humanas, y todas luchar contra esa Iglesia pobre, sola, abatida, abandonada á veces de sus propios hijos, sin otras armas que la persuasion, sin mas elementos de accion que la divina palabra, sin mas resistencia que la dulce sonrisa de la caridad y el heroismo de la abnegacion y del martirio: y en medio de choques tan violentos, mil veces se la vió de repente rodeada de sus mismos enemigos que caian arrodillados á sus pies, tendiéndoles ella sus brazos maternos, y dándoles su bendicion..... ¡Y á vista de unos hechos tan brillantes que todos los siglos vienen reproduciendo, hay quien no vé aquí á Jesucristo salvando á su divina esposa, mostrando su origen divino, y sancionando sus divinas enseñanzas!

¡Ah! Permitidme, A. O. M., que para concluir este discurso me sirva de las palabras de uno de los mas elocuentes oradores de

nuestro siglo, sacrificando gustoso el mérito de la originalidad ante la verdad que encierra este pasage tan bello é interesante: « Discurred sábios, razonad sofistas, herid verdugos. Cuanto mas fuertemente herireis ese árbol divino, con tanto mas vigor volverán á brotar sus ramas; quanto mas discurreis, tanto mas evidente se mostrará á la inteligencia la divinidad de nuestra fé. Declamad á vuestro gusto contra la verdad. Ella sola marcha, ella sola obra, y ella sola queda en pié en medio de las ruinas del error para celebrar sus funerales. Os creéis los vencedores de la Iglesia, y ni siquiera sois sus enemigos. Vosotros cumplís sus inmortales destinos, vosotros sois los instrumentos de su triunfo. Vuestros cadalsos son su trono, vuestros sofismas son su prueba mas convincente, vuestras declamaciones forman su mas brillante apología. Otros vendrán tras vosotros, no importa; ella los espera sin temor; ella, que venció á despecho de vuestros padres, sabrá vencer á despecho de vuestros sucesores; y la posteridad, reuniendo todos esos ódios, todas esas maldiciones, todos esos pretestos de muerte, compondrá de todos ellos un himno de gloria á la religion, que entonarán vuestros nietos sobre la tumba de sus enemigos. »

Así es como todo contribuye á dar testimonio de Jesucristo y de su doctrina divina y civilizadora: así es como todos los elementos, aun aquellos que se destinan á combatir y anonadar la verdad católica, sirven para demostrar su origen celestial, y la perpetuidad é indefectibilidad de la Iglesia depositaria de sus tesoros, á quien el Espíritu Santo asiste y con quien está siempre hasta el fin de los tiempos. Así es, en fin, como el catolicismo, cuyas condiciones inseparables son luchar y vencer, llena constantemente su mision en el mundo.

Llenemos nosotros tambien la nuestra, dando con nuestra fé y con nuestras obras un perpétuo é irrefragable testimonio de Jesucristo, y de las grandezas de esa religion pura, santa é inmaculada que tenemos la dicha de profesar. Seamos una prueba subsistente y siempre viva de su divinidad, acatando sus dogmas, defendiendo sus misterios, practicando sus enseñanzas, seguros de triunfar en la tierra de todos los enemigos de nuestra dicha, y de ceñir en el cielo los laureles de la inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA DE PENTECOSTES.

LA CARIDAD ES NO SOLAMENTE EL GÉNIO DOMINANTE Y CARACTERÍSTICO DEL CATOLICISMO, SINO QUE LE ES TAN PROPIA Y ESCLUSIVA, QUE NO PUEBE TENER ACCION FUERA DEL CÍRCULO DE LA UNIDAD CATÓLICA.

Si quis diligit me, sermonem meum servabit.

El que me ama observará mi doctrina.

JOAN. XIV. 23.

Si como hemos visto en el discurso anterior, las luchas de la Iglesia, sus pruebas y sus triunfos, forman un testimonio perpétuo, constante é irrefragable de la divinidad de su augusto fundador, hay además otro no menos claro, evidente y universal, como que él solo reasume, por decirlo así, todos los demas testimonios, y es el carácter propio y esclusivo de la religion católica, y el que la distingue de todas las demas comuniones separadas del centro comun de la unidad. Este testimonio, esta prueba siempre viva y cada vez mas luminosa y brillante, es la caridad, sobre cuyas bases está cimentado el indestructible edificio del catolicismo: y tanto, que si pudiera faltar un solo dia, dejaria de existir desde luego la Iglesia, ó quedaria reducida á representar en el mundo la imágen de un cadáver, sin animacion, sin vida, sin accion propia, segun aquello del Evangelista San Juan: «El que no ama yace sepultado en el

profundo sueño de la muerte (1). » Y tanto es esto mas cierto, cuanto que siendo como queda dicho la lucha y el sacrificio unas condiciones necesarias de la existencia del cristianismo, y exigiendo estas condiciones un principio divino capaz de sostenerlas, un elemento sobrenatural bastante á mantener siempre en accion ese heroismo que saber combatir y triunfar de todos los obstáculos que las pasiones y el egoismo de la razon humana oponen donde quiera á los progresos de la verdad, sola la caridad puede llenar esas condiciones, y ella esclusivamente está llamada á figurar al frente de esa sublime mision que la Iglesia viene cumpliendo en el mundo á través de los siglos.

Al decir, A. M., que á la caridad pertenece exclusivamente esta gloria, y que ella forma el carácter distintivo de la Iglesia, no liago mas que repetir lo que el mismo Jesucristo dá á entender bien claramente, cuando en el texto Evangélico de este dia nos dice: *Si alguno me ama observará mi doctrina, y mi Padre le amará, y vendremos á él, y haremos mansion dentro de él. El que no me ama, no practica mi doctrina. Y la doctrina que habeis oido no es mia, sino del Padre que me ha enviado.*

Hed aquí el amor establecido como principio y base de la observancia de la doctrina católica, y al propio tiempo el defecto de ese amor consignado como distintivo especial de los que no la observan. Ahora bien, como quiera que al amor de Dios vá inseparablemente unida la caridad ó el amor del prógimo, resulta por una induccion rigurosamente lógica, que allí donde existe esa caridad, allí se encuentra la verdadera doctrina de Jesucristo, la verdadera religion, la verdadera Iglesia, y por el contrario, fuera de esa Iglesia, de esa religion, de esa doctrina, no se halla ni puede hallarse el principio fundamental de la caridad sublime, origen fecundo del heroismo de la virtud. Hasta los mismos enemigos del catolicismo no han podido menos de reconocer esta verdad, este hecho patente que viene reproduciéndose en el mundo mas de mil ochocientos años há; y Voltaire, ese enemigo irreconciliable de la verdad, ese génio fu-

(1) Qui non diligit, manet in morte. (1. Joan. III. 14.)

nesto que se propuso combatir todas las religiones, y gobernó la Europa con la sonrisa de la iniquidad y de la ironía, ha dado un testimonio brillantísimo á la divinidad de la religion católica, diciendo que « solo en ella había encontrado la causa de esa inmolation voluntaria, de ese heroismo inimitable que todos admiran en su seno: porque todas las demas comuniones separadas de la Iglesia romana, no han podido imitar sino muy imperfectamente, la caridad generosa que la caracteriza. »

Estás solas palabras en los lábios de un hombre como el que las pronunció, bastarian para formar la mas bella apologia de esa religion tan desacreditada por él en sus escritos. Pero yo me propongo en el presente discurso amplificar mas esta idea, manifestándoos que « la caridad es no solo el génio dominante y el carácter distintivo del catolicismo, sino que es además su principio constitutivo, tan propio y esclusivo de él, que no puede tener acción fuera del círculo de la unidad católica. »

Ayudadme á implorar los auxilios necesarios para tratar dignamente un asunto de tan alto interés religioso y social, uniendo vuestras plegarias á las mías, y recurriendo á la madre del amor y de la bella caridad con la salutacion angélica:

Ave María.

REFLEXION UNICA.

A la par que los hombres y los pueblos, tambien los cultos, las religiones todas tienen su fisonomia propia y característica que las distingue unas de otras, como distingue á los individuos de diversos paises y razas. En la religion católica domina, como hemos dicho antes, la caridad como elemento esencial y origen fecundo de las virtudes que produce y de los hechos heroicos que inspira. Y este sello, digámoslo así, quiso Jesucristo que marcara la frente de todos los que se adhriesen á su doctrina y abrazasen sus enseñan-

zas, bien así como el soldado lleva el traje y las armas del monarca bajo cuyas banderas milita. ¿Deseais saber, dice á sus discípulos, cuál es el signo que os ha de distinguir de los que no lo son, y el carácter que debe haceros reconocer donde quiera, en todas las naciones y en todos los tiempos, por seguidores de mi Evangelio? Sin duda vosotros obrareis prodigios tanto como yo y aun mas que yo mismo; dareis vista á los ciegos, curareis á los enfermos, lanzareis los demonios, arrancareis á la muerte sus víctimas, asombrareis al mundo con la elocuencia poderosa de vuestra palabra, derribareis los altares de los ídolos, plantareis mi cruz sobre los palacios de los señores del mundo; todo esto y mas aun hareis en mi nombre: pero no es la sabiduría, ni el poder, ni los milagros ni la influencia que ejerceréis en los destinos de la humanidad, lo que deberá distingueros como cristianos, y daros á conocer como enviados por mí, sino la caridad, el amor mútuo: hed ahí la gran virtud que entre todos los pueblos y entre todos los cultos del mundo os hará distinguir claramente (1). ¡Tan cierto es que la caridad es el génio dominante del catolicismo, y la prueba irrefragable y el testimonio perpétuo de su divinidad! Falten en buen hora las profecías, decia el Apóstol, enmudezcan los oráculos, cese el don de lenguas, destrúyase la ciencia... no importa; toda vez que sobreviva la caridad, ella sola bastará para demostrar al mundo las grandezas de la religion y para evidenciar su origen divino (2). Y por lo mismo escribia en otro lugar: «Ante todas cosas, y con preferencia á todas ellas, mantened intacto el fuego de la caridad, que es el vínculo de la perfeccion, y á la cual fuisteis todos llamados para formar un solo cuerpo (3).» ¡Qué espresiones tan sublimes! ¡Cuánto dicen en apoyo de nuestro aserto! ¡Quién no vé en ellas establecida esa virtud

(1) In hoc cognoscent quia discipuli mei estis, si dilectionem habueritis ad invicem. (Joan. XIII. 35.)

(2) Charitas nunquam excidit, sive prophetiæ evacuabuntur, sive lingua cessabunt, sive scientia destruetur. (I. Corint. XIII. 8.)

(3) Super omnia autem hæc, charitatem habete, quod est vinculum perfectionis: et pax Christi exultet in cordibus vestris, in qua et vocati estis, in uno corpore. (Ad Colos. III. 14, 15.)

como el elemento principal de la unidad católica, al propio tiempo que como el origen y la base de todas sus glorias? Ante todo, dice el apóstol, es decir, antes que sábios, antes que poderosos, antes que hombres de genio, antes que hombres de milagros, con preferencia á todos los dones de la naturaleza y de la gracia, sed caritativos; amaos reciprocamente. Porque la ciencia ensoberbece (1), el poder ahoga los sentimientos de humanidad y de justicia, el genio engendra altivez y arrogancia, y aun los mismos milagros pueden arrastrar al hombre al abismo de la presuncion y del orgullo, en vez de que la caridad, siempre dulce, siempre tolerante, siempre sufrida, siempre humilde, siempre benigna, sin ambicion, sin egoismo, sin emulacion, y agena á todas las debilidades de la humana naturaleza (2), constituye ese lazo misterioso que anuda las mútuas relaciones de los hombres entre sí, estrecha los vinculos de la fraternidad entre los pueblos, fomenta la buena armonia en los estados, crea la concordia y conserva la paz en las sociedades, y realiza en el mundo el gran pensamiento de unidad que presidió en la mente del Hombre-Dios al instituir su iglesia.

Nada hay, en efecto, en ella tan sublime, como ese admirable concierto que reina entre los simples fieles y sus pastores, entre los pastores y su jefe, entre una iglesia y otra iglesia: nada tan glorioso para Dios como esa sabiduria infinita con que gobierna el universo por medio de una misma ley de dulzura y de caridad, uniendo á los hombres de diversos países y razas, cual si fuesen una sola familia, con los vinculos de un amor reciproco; pensamiento grandioso que jamás pudo ni será capaz de realizar la política de los hombres de estado, ni la sabiduria de los legisladores, ni el poder de los monarcas. Solo á Jesucristo pertenece este carácter de poder interior, solo á él cumple unir todos los hombres entre sí para con-

(1) Scientia inflat, charitas vero ædificat. (I. Corint. VIII. 1.)

(2) Charitas patiens est, benigna est. Charitas non emulatur, non agit perperam, non inflatur, non est ambitiosa, non quærit quæ sua sunt, non irritatur, non cogitat malum, non gaudet super iniquitate, congaudet autem veritati: omnia suffert, omnia credit, omnia sperat, omnia sustinet. (Ibid. XIII. 4 et seq.)

ducirlos á un fin idéntico por una misma via. El milagro de la caridad justifica y autoriza todos los demás milagros. La union de los fieles será siempre una prueba pública é irrefragable de la veracidad de nuestra fé, porque no hay mas que una religion divina que pueda establecer en todo el mundo esa union de fraternidad tan permanente y universal. ¿Y no es esa misma concordia admirable la que formó, por decirlo así, la primitiva iglesia, la que la defendió y sostuvo en sus gloriosos combates, y la que á través de las horribles luchas que viene sosteniendo por la fé, la ha conservado intacta hasta nuestros dias? ¿No es la caridad la que hizo tan respetables á los primeros fieles de Jerusalem, aun á los ojos de aquellos mismos que tan encarnizadamente persiguieran á su divino maestro Jesus? Todos ellos eran hermanos: y sin perjuicio de la necesaria y legitima subordinacion que constituia la gerarquia religiosa y social, no reinaba entre ellos sino un mismo pensamiento, un mismo deseo, un sentimiento idéntico. Hasta los bienes eran comunes entre todos: y en medio de la diversidad de estados, paises y condiciones, admirábase la mas completa uniformidad de lenguaje, y una igualdad nunca desmentida de amor y de afeccion. Multitud y unidad, hed ahí el gran prodigio que allí se presentaba á los ojos del mundo, maravillado de ver aquel espíritu de fraternidad que unia á todos los discípulos del Crucificado, sin que entre ellos se reconociese otra distincion que la de la virtud (1).

Fraternidad incomparable que multiplicó con una rapidez tan inaudita las conquistas de la iglesia, y forzó á los mismos enemigos del cristianismo á hacer la apologia de sus seguidores. ¿Quién no sabe el honroso testimonio que les dió un célebre cónsul, Plinio el jóven, en una de sus cartas al emperador Trajano? ¿Quién ignora que el mismo Juliano denominado el apóstata, no pudo menos de elogiar la caridad de los cristianos de su tiempo, siquiera en su ódio irreconciliable contra todas las religiones, calificase la abnegacion heroica inspirada por la religion católica á sus discípulos, de un deli-

(1) Multitudinis autem credentium, erat cor unum et anima una. (Act. IV. 32.)

rio de la imaginación ó de un ardiente fanatismo? ¿No reconoció paladinamente que nada había contribuido tanto á los agigantados progresos del cristianismo, como la caridad inmensa que distinguía á los cristianos no solamente para con sus amigos, sino tambien para con sus mismos perseguidores? Veíanse, en efecto, allí hombres proscritos, desterrados y cruelmente perseguidos, abrazar cordialmente á sus tiranos, y experimentar un placer mas indefinible en perdonar á los que les maltrataban, que el que las almas bajas sienten en vengarse de los que les oprimen. Veíanse en el horror de los suplicios mártires cubiertos de sangre, dar el ósculo de paz á sus propios verdugos, orar con indecible ardor por los mismos que iban á quitarles la vida, y levantar hácia el cielo en su favor unas manos puras é inocentes cargadas de cadenas, desgarradas y ensangrentadas por ellos. Y cuando á principios del siglo III una horrible epidemia devastaba todo el Oriente hasta el punto de no bastar los vivos para dar sepultura á los muertos, segun el testimonio de un escritor contemporáneo, ¿quién no admiró el heroísmo con que los cristianos, víctimas ilustres de la caridad, corrian á socorrer indistintamente á todos, lo mismo al fiel que al pagano, al enemigo no menos que al amigo, sin escluir á los mismos que entonces tiranizaban tanto á la iglesia? Cuando estos se veian desamparados de los suyos, cuando nadie habia que les tendiese una mano auxiliadora, solo los cristianos, mártires del amor de sus hermanos, se arrastraban por el suelo medio muertos por ir á ofrecerles un socorro y á prodigarles sus caritativos servicios.

Este espectáculo nuevo y nunca visto llama la atencion y escita el asombro del universo. Por do quiera se oye proclamar las glorias del cristianismo: todos convienen en que jamás se vió una sociedad tan bella, y que solo la religion del Calvario podia formar corazones sublimes y almas verdaderamente grandes y heróicas. La caridad persuade la divinidad de nuestra religion á aquellos á quienes no han podido convencer los divinos oráculos. Antes que los Tertulianos y Orígenes hubieran hecho su apología, la caridad habia hablado en favor de ella con una voz mucho mas persuasiva y elocuente, y cimentada con la sangre de tantos ilustres mártires multiplicaba en

todas partes sus triunfos y sus conquistas. Corren los tiempos, sucedense unos á otros los siglos, y á través de la conflagracion y del polvo de los campos de batalla, y por entre las luchas que desgarran las entrañas de las sociedades, y á despecho de los mil elementos que surgen del seno de las pasiones humanas para contener la marcha de la civilizacion cristiana, y luchando contra el egoismo y la barbarie de razas indómitas, y haciendo frente á la ruina y á la devastacion de todos los monumentos del arte y del ingenio, y por entre el espantoso crugir de los cimientos del órden y de la unidad religiosa y social, el catolicismo continúa su marcha victoriosa, creando donde quiera nuevos prodigios de caridad, multiplicando en todas partes los asilos para el pobre y el desvalido, prodigando á la humanidad menesterosa y doliente abundantes recursos, fundando institutos sublimes de hombres y mugeres que se consagran al servicio del prójimo en todos sentidos y bajo cuantas formas pueden ser útiles á sus hermanos... ¡Oh! ¡Cuántas maravillas ha obrado la caridad cristiana en los diez y ocho siglos que cuenta de existencia la iglesia de Jesucristo! ¡Qué encadenacion tan bella y misteriosa de hechos heróicos! ¡Qué surco de luces tan brillantes viene dejando en su carrera! ¡Qué de laureles, qué de triunfos viene recogiendo en su marcha victoriosa! Apenas habrá un rincon del globo en donde la caridad no haya legado á la historia multitud de recuerdos gloriosos que narrar, y á la humanidad desgraciada mil monumentos insignes que atestiguen la fecundidad de su génio creador. El catolicismo tiene motivos poderosísimos para enorgullecerse en este punto. Se podrá combatir su fé, pero jamás se podrán desmentir las pruebas de su amor hácia la humanidad; podránse atacar sus creencias, pero nunca será posible poner en duda su heroismo; se negarán si se quiere sus dogmas: pero ¿cómo destruir los hechos, cómo hacer desaparecer los testimonios indelebles y auténticos que diez y ocho siglos vienen dando de su inimitable caridad?

Inimitable he dicho, A. O. M., y vedme ya en el segundo miembro de la proposicion que asenté en el principio de este discurso, cuando dije que la caridad no solo es el génio dominante y el caracter distintivo del catolicismo, sino que es además su elemento cons-

titutivo, y tan propio y exclusivo de él, que no puede tener acción fuera del círculo de la unidad católica. Y en efecto, señores, véase si se encuentra en las comuniones separadas del centro del catolicismo esa caridad generosa y heroica que se sacrifica indistintamente por todos y en todas las situaciones de la vida, esa caridad universal que se sobrepone á todas las pasiones, á todas las antipatías, á todas las repugnancias, y abraza igualmente al pobre y al rico, al sábio y al ignorante, al amigo y al enemigo, al hombre sensible á los deberes de la gratitud, y al alma baja y sin sentimientos que paga con crueles sarcasmos los servicios hechos en su obsequio; esa caridad, en fin, siempre dispuesta á inmolar cuanto hay de mas caro y precioso ante los gritos de la humanidad menesterosa y doliente, á atravesar los mares, á penetrar en climas desconocidos, á habitar en viviendas insalubres é infectas, á sepultarse en la cabaña del salvaje ó en la tenebrosa mazmorra del esclavo... No, no busqueis esa caridad fuera de la Iglesia católica, no la busqueis en las sectas disidentes; cuando mas, encontrareis en ellas una parodia, una imitación imperfecta de esa virtud propia y exclusiva de la verdadera religion de Jesucristo, pero nunca la realidad, jamás los hechos que la caracterizan. En vano entre otras pruebas aparentes de lo contrario se nos citará esa congregacion denominada de los Hermanos moravos, cuyo instituto es socorrer á los miembros desvalidos de su comunión, ó se nos señalará con el dedo esas misiones que van á la India y á otros puntos distantes del globo á llevar, como ellos dicen, la civilización evangélica. Esto tal vez pudiera alucinar á los que ignoran lo que son en realidad esos hombres tan encomiados; pero los que sabemos que en realidad no son mas que unos seres asalariados, digámoslo así, al servicio de los gobiernos, que los atienden en todo con preferencia, que les proveen abundantemente de todo cuanto necesitan, que les reservan los mas ricos establecimientos para el caso de inutilizarse, que les pagan en una palabra con usura los esfuerzos que hacen en obsequio de sus prójimos; los que sabemos todo esto y mucho mas que es público y notorio, lejos de dejarnos seducir por esas apariencias de caridad, diremos á las sectas separadas: «No, no es eso lo que buscamos: la caridad cristiana

podrá en buen hora fingirse, podrá parodiarse mas ó menos hábilmente, pero sus verdaderas obras, su abnegacion, su heroismo jamás podrán hallarse entre vosotras, porque careceis del principio de su accion que es la unidad, porque no poseeis la verdadera fé, porque solo un entusiasmo puramente humano es el móvil y el sosten de todas vuestras acciones virtuosas, y el entusiasmo no basta para inspirar el sacrificio de sí mismo, no basta para producir corazones que se consagren al servicio perpétuo de la humanidad doliente ó desvalida, no basta para crear vírgenes generosas que se sepulten para siempre en la primavera de sus dias en el seno de todas las privaciones y miserias de la tierra, inmolando su belleza su bienestar y un brillante porvenir en las aras de una caridad oscura é ignorada del mundo; no basta para suscitar héroes que desprecien todos los peligros y vuelen á través de los elementos á prodigar sus servicios y su sangre en favor de unas razas degradadas y salvages; no basta, en fin, para hacer apóstoles y mártires del amor, que ora en los asilos de la mendicidad y del dolor, ora en las cárceles y en los presidios donde fermenta el crimen, ya en los profundos bosques habitados por el antropófago, ya en las eternas soledades del trópico ó en las heladas regiones del polo, donde quiera y sin el menor consuelo encanezcan en el servicio de sus prógimos, si es que no bajan al sepulcro en la flor de su juventud, completamente olvidados y sin mas testigos de su heroismo que Dios que los contempla desde el cielo. No, no basta, repito, para esto el entusiasmo: menester es algo mas, la caridad divina, la caridad sobrenatural, la caridad animada por la fé, la caridad cimentada en la unidad católica, fuera de cuyo centro no es posible que pueda encontrar ni motivo eficaz que la impulse, ni elementos que la sostengan, ni expansion suficiente á su accion universal y sin limites.

En nuestro siglo, señores, en que tanto se habla de fraternidad, en que ésta forma, digámoslo así, el gran pensamiento, el sueño acariciado, el bello ideal de las almas de todos matices, del hombre de estado no menos que del hombre de génio, del artista como del literato, del labriego igualmente que del grave diplomático; en este siglo arrogante que se ha atrevido á arrojar el guante al catolicismo,

diciendo que sus doctrinas no están ya en armonía con los progresos que reclama la sociedad en la época presente; en este siglo en que entre el ruido de espléndidos banquetes y los vapores del vino tanto se habla, tanto se declama, tan sonoros discursos se pronuncian, tan pomposas frases se vierten en favor de la estincion de la miseria y de la desgracia; ¿qué es lo que han hecho los que con tanto énfasis nos prometian esa edad de oro en que no habria ya pobres ni desgraciados, y en que todos gozariamos igualmente de los inmensos beneficios de la industria y de la civilizacion? ¿Qué han hecho en obsequio de esa gran parte de la humanidad que se arrastra por el suelo pidiendo pan que comer, trabajo con que proporcionarse una subsistencia frugal, y elementos con que cubrir sus apremiantes y diarias necesidades? ¿Qué beneficios han reportado las clases infortunadas de tanta palabrería hueca y altisonante? ¡Qué! Afortunadamente todavía han quedado entre nosotros en medio del cataclismo revolucionario que hundi6 las mas bellas instituciones del catolicismo, hermanas de la caridad, esas hijas interesantes de Vicente de Paul, cuya abnegacion y heroismo escitaban la admiracion y aun el respeto del mismo patriarca de la incredulidad, obligándole á esclamar: «Tal vez no hay en la tierra una cosa mas grande que el sacrificio que hace un sexo delicado de la belleza y de la juventud, y á veces de un elevado nacimiento, para consagrarse á consolar y socorrer en los hospitales esa multitud de miserias humanas cuya sola vista humilla tanto el orgullo y es tan repugnante á nuestra delicadeza.» Por dicha nuestra, existen aun en nuestro siglo otros institutos religiosos no menos útiles y preciosos á la humanidad, que espian sus privaciones, observan sus necesidades, y van á buscar el infortunio en su doloroso y triste asilo, para enjugar lágrimas que jamás fué capaz de enjugar toda la filantropía humana, y curar heridas que lejos de cerrar no hiciera sino abrir mas cruelmente esa ciencia presuntuosa y arrogante que se proclamó en estos últimos tiempos como llamada á regenerar las sociedades y á hacer la felicidad del mundo. Y ¡ay del mundo! ¡ay de las sociedades! ¡ay de la humanidad desvalida y menesterosa, si el catolicismo no la hubiera conservado esos restos de su nunca desmentida caridad que

han sobrevivido á las luchas revolucionarias y á los combates del racionalismo contra la verdad católica! ¿Encontraríase ningun elemento que pudiera reemplazar á esa caridad divina? Ninguno, por mas que la nécia filosofía del siglo levante hasta las nubes el grito y ensalce hasta el cielo sus quiméricos planes de fraternidad y el fastuoso aparato de sus sociedades filantrópicas. Y si no, díganos el racionalismo, díganos todas las escuelas modernas, díganos todas las comuniones que rechazan las enseñanzas católicas y están fuera del círculo de la unidad, díganos si les place dónde están los resultados de esa tan cacareada filantropía: citennos el catálogo de las miserias que han socorrido, de las lágrimas que han enjugado, de las víctimas que han salvado, de los beneficios en fin que han hecho á la humanidad. Señálenos con el dedo los asilos que han levantado á la indigencia ó al dolor, los institutos que han creado en obsequio de la horfandad ó de la viudez desvalida, sus hijas de la caridad, sus hermanos de San Juan de Dios, sus congregaciones redentoras... Pero ¡qué digo! En vano buscaria yo fuera del catolicismo esos hombres generosos, esas almas heroicas, esos génios sublimes, esos hijos del martirio que no conocen el dia ni la noche, porque la caridad es el sol que siempre los alumbra, y bajo su influencia siempre alegres y contentos no respiran sino amor, ni viven mas que de amor, ni aspiran mas que á sacrificarse en aras del amor; verdaderos gigantes de la caridad que á través del menosprecio y del ódio de un siglo que desconoce su heroismo, van dejando por do quiera monumentos imperecederos, recuerdos indestructibles de su abnegacion, y obras tan inmortales como el mismo Dios que se las inspira. Nada de esto es posible hallar sin el concurso de ese gran principio, propiedad esclusiva de la religion católica, y fuera del cual no puede existir ni tener accion la verdadera caridad, que es lo que me propuse demostrar en el presente discurso.

Digan ahora que el catolicismo ha pasado ya, y que terminó la época de su influencia en el mundo. Diránlo acaso esos hombres que se deslumbran á vista de esa innumerable multitud de estrellas de caridad que brillan en el cielo de la Iglesia católica, bien así como nos deslumbrá á veces la infinidad de astros que tachonan el firma-

mento. ¡El catolicismo ha pasado! No, decid mas bien que pasa, pero es enjugando lágrimas, socorriendo infortunios, haciendo donde quiera bien á todos, como su divino fundador, y dejando á su paso torrentes de luz que ciegan á sus oscuros blasfemadores. ¡Que concluyó el tiempo de su influencia! No, ni concluirá mientras haya un solo dolor que curar, una sola desgracia que consolar, una sola esperanza que derramar en los corazones ulcerados, mientras haya regiones lejanas que evangelizar, razas degradadas á quienes llevar los grandes beneficios de la civilizacion cristiana, sudores que verter y sangre que derramar para fecundizar las almas y engendrar la verdad en la tierra. Cuando nada de esto reste, entonces pasará el catolicismo, entonces habrá concluido su mision, entonces entonando un himno de triunfo dejará tras sí las ruinas del mundo para perderse en la interminable eternidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA I DESPUES DE PENTECOSTÉS.

LA IMPOSIBILIDAD EN QUE SE ENCUENTRA LA RAZON HUMANA
PARA INTERPRETAR Y ESPLICAR LAS VERDADES DE LA RELIGION, DEMUESTRA
LA ABSOLUTA NECESIDAD DE UN PRINCIPIO CAPAZ DE PRODUCIR EN EL
ESPIRITU UNA CERTIDUMBRE SOBRERACIONAL Y FIJAR
NUESTRAS CREENCIAS.

¿Nunquid potest cæcus cæcum ducere? ¿Nonne ambo in foveam cadunt?

¿Por ventura, puede un ciego guiar á otro ciego? ¿No caerán ambos en un precipicio?

LUC. VI. 39.

Cuanto mas se estudia el carácter y las tendencias del moderno racionalismo, tanto mas clara y luminosa aparece esa gran tésis que tiempo há venimos disutiendo, á saber, que el principio de autoridad en la sociedad espiritual es una condicion necesaria y absoluta de toda verdad religiosa, y por consecuencia el cimiento sobre que descansa toda la economía del cristianismo. Así que no puede concebirse unidad de doctrina y de creencias sin un tribunal supremo é infalible que decida en último término las cuestiones pertenecientes al dogma y á la fé. Y no habiendo esta unidad, ¿qué seria el cristianismo? ¿qué la religion? ¿qué la iglesia? Ciertamente no se esplica cómo hay hombres que se aturdan hasta el punto de querer sostener formalmente que la razon sea suficiente por sí sola para juzgar, interpretar, esplicar y decidir las graves cuestiones religiosas que á cada paso se suscitan en el cristianismo, y para pro-

nunciar un fallo infalible acerca de unas verdades tan abstractas, tan oscuras y tan superiores á la limitada comprension humana. Si hay un absurdo capaz de inspirar lástima y desprecio á la vez, es sin duda esa arrogante temeridad con que la escuela racionalista se empeña en divinizar el pensamiento hasta el extremo de hacer á la débil razon del hombre el único intérprete, la única regla, el árbitro y juez supremo de toda verdad religiosa, con esclusión omnimoda de toda influencia estraña, de todo principio de autoridad que pretenda disputarla sus presuntos derechos, ó despojarla de sus atribuciones.

Y en esta ocasion, mejor acaso que en ninguna otra, podemos preguntar á los defensores de esa teoria insensata, lo que Jesucristo á los Escribas y Fariseos en el presente Evangelio: «¿Por ventura puede un ciego guiar á otro ciego? ¿No caerán ambos en el precipicio?» ¿Y qué cosa mas ciega que la razon humana? ¿Qué cosa mas fluctuante, mas débil, y que con mas frecuencia vacile en sus dictámenes y se engañe en sus resoluciones, que esa potencia enferma casi desde su origen, puesto que desde el paraiso viene siendo victima de todos los errores y de los mas vergonzosos extravios por efecto de la degradacion en que cayó la humana raza á consecuencia del pecado?

No, no es posible que el hombre pueda ser conducido á la verdad suprema, á la verdad infalible, por ese guia tan ciego como él mismo, so pena de ser arrastrado al abismo del error y precipitado en el caos de mil absurdos diversos de donde tal vez no pueda salir jamás. No son las tinieblas en que está envuelta la inteligencia desde los primeros dias de la creacion, las que pueden hacer brotar la luz en el mundo moral, ni es capaz esa razon tan pobre y falible de ofrecer una garantia segura de acierto en cuestiones del mas alto interés religioso, cuando no se basta á sí misma para conducirse y gobernarse en las cosas mas triviales y comunes que están al alcance de su comprension, y que se pasan dentro de su propia esfera. Bien mereceria, pues, esa escuela que trata de destruir el fundamento de nuestra fé, atacando el principio de autoridad que reconocemos como indispensable en la iglesia católica para sustituirle

la sola razon, bien mereceria, repito, que la dijésemos como el Salvador á sus ciegos émulos: «¿Por qué miras la mota en el ojo de tu hermano, sin reparar en la viga que tienes en el tuyo?... ¡Hi pócrita! Estrae primero la viga de tu ojo, y despues podrás ver cómo has de sacar la mota del ojo ajeno. Porque no es árbol bueno el que dá malos frutos, ni árbol malo el que dá frutos buenos.» Antes pues de atacar al catolicismo, como lo hacen los discipulos de la escuela racionalista, porque defiende como condición absoluta de la existencia de toda verdad religiosa, la necesidad de una autoridad pública é infalible que la enseñe, explique y proponga, debiera primeramente reparar en la nulidad é impotencia de sus teorías para garantizar la infalibilidad con respecto al dogma y á las demas cuestiones que con él se rozan. Y esto es lo que nunca ha hecho ni puede hacer, como me propongo manifestaros en el presente discurso, haciéndoos ver que «la misma imposibilidad en que se encuentra la razon humana para interpretar y explicar las verdades de la religion, demuestra la absoluta é indispensable necesidad de un principio que produzca en el espíritu una certidumbre sobreracional, puesto que sin él nunca podemos estar seguros de nuestras creencias.» Hed aquí todo el asunto de vuestra atencion, etc.

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

Toda vez que se reprocha á la escuela racionalista su impotencia para explicar é interpretar las verdades religiosas y los dogmas del cristianismo, lo primero que hace es tomar en sus manos el libro divino del Evangelio, y mostrándonosle en aire de triunfo, nos dice: «Hed ahí todo el cristianismo. ¿No le reconóceis como un libro inspirado por Dios que encierra todas las verdades que se deben creer y practicar para salvarse? ¿No sosteneis que la doctrina contenida en sus sublimes páginas es la misma que el Hijo de Dios

enseñó con sus propios labios y autorizó con sus milagros? ¿Qué necesidad, pues, de ninguna otra enseñanza? ¿A qué apelar á ninguna otra autoridad? Y con esta respuesta juzgan los discípulos de aquella escuela haber echado por tierra todo nuestro sistema, y triunfado completamente de nuestras objeciones. Pero los ciegos no reparan que esa misma contestacion envuelve su propia derrota, y deshace todo ese quimérico edificio levantado en el aire. Sea en buen hora que el Evangelio encierre en sí todo el cristianismo. Pero ¿quién os ha dicho que ese libro es auténtico y que sus páginas no han sido adulteradas, habiendo pasado por tantas manos y atravesado tantos siglos de persecuciones y luchas desastrosas, de pasiones y errores tan diversos? ¿Quién os garantiza su integridad? ¿Quién os asegura que su doctrina es la misma que enseñó Jesucristo, que no ha sufrido la menor alteracion, y que ni la ignorancia, ni la malicia, ni las revoluciones que ha experimentado el mundo, ni la accion destructora del tiempo han menoscabado su legitimidad, cuando apenas hay cosa en torno vuestro que no esté demostrando la influencia destructora de los siglos? Sin duda todo esto lo habeis aprendido de la iglesia, por ella lo sabeis, y á su autoridad infalible os habeis visto forzados á apelar para aseguraros de la autenticidad de ese mismo libro que nos mostrais como el compendio de toda la religion. Y ved cómo desde el primer paso teneis que reconocer ese principio que intentais destruir, sin que os sea posible asentar la primera piedra del edificio de vuestro orgullo, sin chocar con esa misma razon que quereis divinizar, sin tropezar con su impotencia para esplicar las verdades reveladas sin el auxilio de una autoridad infalible que solo reside en el seno de la unidad católica.

¡Y qué! Aun sabiendo que ese sagrado código del Evangelio es un libro divino, auténtico, que no ha padecido alteracion alguna en su doctrina, y que ha llegado á nosotros integro y tal cual salió de las manos de los apóstoles que le escribieron, ¿quién se atreveria á sostener que la razon, entregada á sí misma y no contando mas que con sus propios recursos, sea capaz de sacar de él el cristianismo, ó lo que es igual, de fundar en él la religion por la sola

via del exámen personal? No: la religion cristiana no es patrimonio esclusivo de una sola fraccion de la humanidad, sino que es el legado común de todos los hombres: ni pertenece únicamente á las inteligencias privilegiadas ni á los grandes talentos que saben discurrir por sí y deducir consecuencias de principios conocidos, sino que pertenece igualmente al ignorante que al sábio, y se ajusta á todas las edades y condiciones de la vida: y por consiguiente, el camino que conduce al cristianismo debe ser universal, y puesto al alcance de todas ellas, á no querer establecer una especie de monopolio religioso en favor de ciertas clases especiales con esclusión omnimoda de todas las demas que tienen igual derecho á conocer la religion y á gozar de sus beneficios, puesto que á todas ellas se refiere como necesidad, como esperanza, como deber y como ley. Ahora bien, ¿no seria un absurdo el pretender que todos pudieran llegar al conocimiento de la verdad religiosa por medio del estudio y de la reflexion, y que sin mas guia que el raciocinio se esplicasen é interpretasen á sí mismos los diversos sentidos de la Escritura y los impenetrables arcanos que en sus páginas encierra? Diré mas: ¿no seria una crueldad inaudita el dejar abandonada á los débiles recursos de una razon limitadísima, de una inteligencia pobre y casi nula, esa gran masa de seres que carecen de toda capacidad intelectual, que no saben pensar ni raciocinar por sí solos, ni aunque pudieran, no tienen el tiempo necesario para leer, si es que saben, ni ocasion oportuna de estudiar, ni... Pero ¿adónde nos conduciría semejante exigencia? ¿A qué consecuencias tan absurdas no daría lugar ese principio de la escuela racionalista? Si el hombre no pudiese creer sino despues de haber consultado su razon y encontrado en ella el convencimiento de sus creencias: si no le fuese dado profesar una verdad hasta haber hallado la demostracion de ella por medio del exámen privado, ¿para quiénes seria entonces la religion? ¿No quedaria privada de ella la parte mas numerosa de la humanidad, justamente la que mas necesita de los auxilios que proporciona, de los consuelos que inspira, y de los beneficios que derrama en las almas? El labriego que desde que apunta la aurora hasta que la noche cubre la naturaleza con su

negro manfo se ocupa incesantemente en regar con sus sudores una tierra ingrata para sacar de ella el sustento necesario, el artista que en su taller gasta sus fuerzas físicas en un trabajo duro y penoso para ganar el pedazo de pan que ha de dar á su familia, ¿habrían de abandonar sus ocupaciones para ir á meditar sobre un texto de la Biblia que no comprenden, ó á discutir sobre cuestiones que jamás han oído, sópene de quedarse sin religion, sin fé, sin Dios...? ¡Qué demencia! ¡qué aberración! ¡qué delirio! ¡qué inhumanidad! Colocar la religion sobre un altar inaccesible á la muchedumbre, es, repito, escluir de ella á la porción mas numerosa, á la mas necesitada, y á la que Dios ha mirado siempre con mas predileccion. Es decir al pueblo: «Para tí no hay cristianismo, puesto que tú eres incapaz de llegar á él por la via del exámen personal; para tí no hay esperanza, porque esa esperanza está depositada en las sagradas Escrituras, y tú no tienes suficiente capacidad para entenderlas é interpretarlas; para tí no hay porvenir, puesto que éste se halla ligado á la obseryancia de los deberes que impone la religion, y la religion pertenece esclusivamente á los que con el estudio y el trabajo intelectual adquieren su conocimiento y el de las obligaciones que de ella emanan.» ¡Y entonces esa religion que Jesucristo vino á traer al mundo, no es mas que una teoria como cualquiera otra, de la que solo pueden utilizarse ciertas inteligencias privilegiadas! ¡Y esa doctrina que el Salvador se propuso ilustrar á la humanidad, no es mas que un astro cubierto de celajes, que únicamente pueden alcanzar á ver los ojos del sábio! ¡Y esas verdades que dejó consignadas en el divino libro del Evangelio, no son sino un tesoro escondido que solo es dado hallar al que sabe y puede buscarle á fuerza de abnegacion, de largas vigiliass, de penosos estudios, y de incansable perseverancia! Todo esto y mucho mas se desprende del sistema racionalista, sistema cruel que estableciendo un exclusivismo odioso en favor del talento y del génio, deshereda, por decirlo así, al pueblo generalmente ignorante y poco ilustrado, de la esperanza, de la verdad y del amor, arrancándole ese principio religioso que le sostiene en sus privaciones, que le alienta en sus miserias, y le hace marchar á través de los espinosos

senderos de la vida, con la dulce perspectiva de una perdurable inmortalidad.

¿Y quién no vé que esta sola circunstancia demuestra evidentemente que ese principio que coloca la religion fuera del alcance de las inteligencias menos favorecidas por la naturaleza, que excluye del cristianismo al pueblo, es un principio falso, reprobado y contrario á lo que Jesucristo mismo enseña en el Evangelio? Cuando los discipulos del Bautista llegan á interrogar al Salvador acerca de su mision y le preguntan si es el Cristo que esperaban, ¿qué señales les dá respecto á la religion que venia á establecer en el mundo? «Id, les dice, id y referid á Juan lo que habeis visto y oido: los ciegos ven, los sordos oyen, los paralíticos andan, los muertos resucitan, Y LOS POBRES SON EVANGELIZADOS (1).» Hed ahí entre todas las demas, la prueba mas luminosa de la mision del Hombre-Dios, la que coloca, digámoslo así, su religion y su doctrina en el grado mas evidente de divina y celestial: *¡Pauperes evangelizantur!* Si hasta entonces el orgullo y el egoismo habian mirado á las clases pobres como una escepcion de la humanidad, sin derechos, sin consideraciones de ningun género, víctimas del abandono y del desprecio mas cruel, el nuevo legislador viene á reformar el mundo empezando por ensalzar aquel pueblo mirado antes con tan inhumana indiferencia, y colocándole en primera linea entre los llamados á disfrutar de los inmensos beneficios del cristianismo. *¡Pauperes evangelizantur!* Por eso se le vé siempre rodeado de las turbas, seguido donde quiera de innumerables masas que escuchan sus enseñanzas y admiran sus milagros. Por eso los pobres, los ignorantes, los desvalidos, los pequenuelos, son el objeto especial de su predileccion y de sus favores: porque el cristianismo es esencialmente la religion del pueblo, la religion del que sufre, la religion del que llora y padece privaciones en esta region de miseria y quebranto, sin que por eso constituya privilegio alguno ni escluya á

(1) Euntes renuntiate Joanni quæ audistis, et vidistis. Cæci vident, claudi ambulant, leprosi mundantur, surdi audiunt, mortui resurgunt, PAUPERES EVANGELIZANTUR. (Matth. XI. 4. et seq.)

ninguna de las clases sociales, porque no hay aceptación de personas delante de Dios, y el judío y el gentil, y el bárbaro y el escita, y el griego y el romano, y el esclavo y el libre, todos son una misma cosa en Jesucristo, puesto que por todos padeció y murió, y en beneficio de todos derramó su sangre é instituyó su Iglesia, esa Iglesia que es la madre comun de todos los fieles, la columna y el fundamento de la verdad, la depositaria de todos los tesoros del cielo, á quien cumple enseñar, explicar é interpretar la doctrina del Evangelio y de la tradicion, el juez y árbitro irrecusable que debe fallar en todas las cuestiones que atañen á la fé, al dogma, á la disciplina y á las costumbres, y cuya autoridad es evidentemente una condicion esencial de la existencia de la sociedad religiosa, porque sin ella no hay religion verdadera, ni verdad indisputable, ni dogma que pueda creerse sin temor de incurrir en el error, ni misterio que no esté sujeto á las aberraciones y estravios del entendimiento humano.

En efecto, A. M., si el sistema que escluye al pueblo ignorante de los beneficios del cristianismo, puesto que no puede llegar á él por la vía del libre exámen, es como hemos visto, un sistema cruel é intolerante, y como tal absurdo y falso bajo este concepto, no lo es menos cuando si bien reconoce la necesidad de un principio de autoridad que guíe la multitud á la fé, por cuanto la razon ciega no puede conducir á unos seres ciegos como ella al conocimiento de las verdades religiosas, pretende no obstante sostener que esa misma razon basta á los hombres de inteligencia y de talento para lograr este objeto, es decir, para formarse á sí mismos su religion y sus creencias sin necesidad de la autoridad de la Iglesia docente. ¡Absurdo y falso! dije. Pues qué, ¿la verdad ha establecido dos caminos distintos para llegar á su augusto santuario, uno para el pueblo incivilizado, otro para las clases instruidas, aquel para la ignorancia, éste para el génio? No, no hay mas que un camino, y ese es Jesucristo, y para llegar á Jesucristo no hay otro medio que el de la enseñanza de la Iglesia. Todo el que intente comer el cordero fuera de ella es profano, segun la espresion de un Padre: cualquiera que sin sujecion á sus decisiones pretendiese interpretar el Evangelio, ve-

riase excluido de la unidad, y consiguientemente perdido en el insondable abismo de la incertidumbre y de la duda: porque no hay certidumbre racional en materias religiosas allí donde falta la sancion de ese poder visible y universal instituido por Jesucristo para decidir y fallar las cuestiones de la fè. Y aun cuando por un momento quisiéramos suponer (lo que nunca concederemos) que el hombre ilustrado pudiera formarse su religion ó encontrarla en el Evangelio, ¿podría jamás llegar al conocimiento de la verdad por la vía del exámen privado? Conducido por la frágil barca de la razon humana, ¿iría á buscarla en ese libro misterioso, como otro Colon buscaba un día un nuevo mundo en el seno del Occéano? ¡Oh! ¡Con cuántos escollos no tropezaria á cada paso en medio de ese mar tempestuoso, dirigido por un piloto tan ciego, tan torpe, tan ignorante, por mas que queramos suponer cuantas luces, cuanta ciencia, cuanta rectitud de intencion pueden haber en el hombre! El Evangelio es un libro divino é inspirado, no hay duda: pero es preciso notar que participa de la debilidad de la palabra humana, que encierra en una misma espresion sentidos diversos, y tiene pasages susceptibles de muchas y contrarias interpretaciones. ¿Cómo, pues, seria posible distinguir el sentido genuino del que no lo es con las solas luces de la razon? ¿Cómo pronunciar un fallo infalible respecto de un dogma, sin el concurso de una regla segura y de ninguna manera sujeta al error? No hay medio: ó se hace preciso acudir á la Iglesia, único tribunal á quien compete el derecho de interpretar y decidir semejantes cuestiones, porque cuenta con la asistencia perpétua del Espiritu de verdad, ó de lo contrario adherirse á sus propias inspiraciones, y declarar á la razon árbitro supremo é infalible en materias religiosas. Y de elegir esto último, ¿qué resultaria? Resultaria en primer lugar que no habria mas verdades que aquellas que la razon individual concibiese como tales, ni otros errores sino aquellos que á ella pluguiese colocar en esta clase; resultaria que no habria verdadera Fé ni verdaderas creencias religiosas, puesto que lejos de ser ellas el producto de una sumision voluntaria si bien razonable del entendimiento que cautiva sus luces ante la divina revelacion, como lo exige el Apóstol, serian por el contrario el pro-

ducto de una razon que se declara independiente de todo principio de autoridad, y consiguientemente infalible, haciendo depender de su interpretacion particular lo que no puede depender de nadie sino de Dios, cuyo órgano es la Iglesia; resultaria que el hombre no podria decir con verdad que creia en Dios, sino que creia en sí mismo, por cuanto en sí mismo encontraria entonces todo motivo de credibilidad y el único fundamento de su fé. No seguiremos la cadena de inducciones que de semejante sistema se desprenden. Ciego es menester estar, y aun mas que ciego, para no conocer lo que es la razon humana aislada ó abandonada á sus propias luces. ¿Puede ella jamás fundar una creencia segura ni establecer una verdad religiosa que no pueda ponerse en duda ó desmentirse tal vez al momento? ¿Puede pasar de formar conjeturas mas ó menos probables, sin que nunca sea capaz de asentar proposiciones infalibles? ¿Sus inspiraciones de mañana no pueden ser distintas de las de hoy? ¿Lo que ahora cree indudable, no puede juzgarlo luego dudoso? Diganlo sino las comuniones separadas de la unidad católica. Con todo ese aparato de iluminaciones de inteligencia, de gustos interiores, de auxilios celestiales que han querido suponer para desentenderse de la autoridad de la Iglesia en la interpretacion de los sagrados libros, no han hecho ni hacen otra cosa sino embrollar cada vez mas las cuestiones, erizarlas cada vez mas de nuevas dificultades, sin conseguir resolver definitivamente ningun punto doctrinal, mudar dogmas, cambiar y multiplicar simbolos, asentar principios contradictorios, variar de opiniones, girar, en una palabra, y agitarse constantemente en un perpétuo círculo de dudas y de incertidumbres que revelan la falta de un principio fijo, de una regla segura é infalible que conduzca la razon al conocimiento de la verdad. Y ved verificada la alegoría de Jesucristo en el presente Evangelio, de que un ciego no puede guiar á otro ciego sin que ambos vayan á hundirse en el precipicio: *Nunquid potest cæcus cæcum ducere? Nonne ambo in foveam cadunt?*

Pondérense, pues, cuanto se quiera los derechos de la razon, abúltense sus luces y los progresos que ha hecho en las ciencias humanas. No la negaremos la posibilidad de llegar al mas alto grado de

perfeccionamiento en lo que atañe á los adelantos puramente materiales, ni la disputaremos en este punto sus laureles. Pero en cuanto á querer arrogarse esa soñada infalibilidad en materias religiosas, siempre sostendremos que es el mayor de los absurdos, por no decir que es la mayor de las impiedades, porque es el exceso del orgullo que aspira á divinizar el pensamiento y á idolatrar los ensueños de una imaginacion estraviada y enferma, con visible desprecio de la revelacion. La razon, por mas que se diga, no puede pasar de decir: «me parece que esto es verdadero y aquello falso, que este es el sentido racional y tal vez divino, y aquel no;» pero pronunciar sin vacilamiento, sin ninguna especie de duda: *si ó nó*, jamás. Este fallo solo pertenece á la Iglesia docente, á ese tribunal augustó á quien Jesucristo hizo depositario de su doctrina y de su poder, á ese cuerpo místico á quien en la persona de los apóstoles confió la sublime mision de enseñar á todas las gentes y predicar y explicar su palabra á todo el mundo. Fuera de ese centro donde reside la unidad de fé y de enseñanza, no hay ni puede haber sino multiplicidad de sistemas, y caos, y confusion, y duda: porque siendo inalienable el derecho de exámen, é ilimitada la independenciamiento humano en los principios de la escuela racionalista, lo que en un momento de reflexion parece claro y evidente, en otro puede parecer oscuro é incierto; las nuevas luces del dia siguiente pueden desmentir las apariencias del dia anterior; las variaciones que acaso pueda experimentar la inteligencia en el porvenir, pueden traer consigo la retractacion de los juicios que se formaron en el tiempo pasado. Porque todo es insubsistente y variable en el hombre, y no solo en sí mismo, sino que tambien en sus semejantes encuentra á cada paso escollos que le impiden formar de un modo estable sus creencias. ¿Quién les ha dicho á los partidarios del libre exámen que todos sus correligionarios han de tener idéntico modo de pensar, las mismas opiniones, y que lo que los unos ven en el Evangelio lo han de ver tambien los otros, sin que entre ellos exista la menor divergencia? Pero ya lo hemos dicho, y no debemos repetir lo que una larga esperiencia nos está demostrando en este punto. Guiados esos ciegos panegiristas de la razon por ese conductor tan ciego como

ellos, vémosles enredarse cada dia mas en un interminable laberinto de perplejidades y contradicciones, suspendidos siempre en una indecision cruel; y no pudiendo sufrir las horribles convulsiones de una agonía mortal, van á buscar el fin de sus tormentos en la indiferencia y en el olvido de toda verdad religiosa, á la manera de esos náufragos que cansados de luchar con las olas se abandonan á la corriente, cubriéndose el rostro con la capa por no ver el horrendo escollo en que vá á estrellarse el ligero esquife.

Si pues queremos evitar el naufragio de nuestra fé, lanzémonos en la barca de Pedro, que es la Iglesia católica, y ella que, segun la espresion de un profeta, conoce los caminos del mar, nos sacará á salvo y nos llevará á seguro puerto. Allí reside ese principio de autoridad, ese poder infalible que nos enseñará las verdades eternas sin temor de caer en el abismo del error, á donde nos arrastra nuestra razon abandonada á sus propias luces. La misma imposibilidad en que ésta se halla para interpretar y esplicar los dogmas del cristianismo, ó sea para formarse á sí propia la religion, nos demuestra la absoluta necesidad de ese gran principio, puesto que sin él ni el rudo ni el sábio, ni el pueblo ni las altas inteligencias, ni la ignorancia ni el génio pueden llegar al conocimiento de las verdades religiosas, ni entender las sagradas escrituras, ni sacar del Evangelio los fundamentos de su fé. Corramos, pues, á la Iglesia que diez y ocho siglos há viene llenando esa mision que vanamente pretende disputarla el racionalismo; á ella que es la que posee el espíritu de verdad, y con quien está y estará Jesucristo hasta la consumacion de los tiempos; á ella que es la verdadera torre de David, de donde penden mil escudos y la armadura de los fuertes para hacer frente á las embestidas del error (1); á ella que es la esposa del Cordeiro sin ruga ni mancha (2), en quien Jesus depositó todos los tesoros de su doctrina celestial; á ella que es la encargada de mantener intacto el sagrado código de la palabra divina, tal cual le reci-

(1) Mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium. (Cantic. IV. 4.)

(2) Ut exhiberet ipse sibi gloriosam Ecclesiam, non habentem maculam, aut rugam, aut aliquid hujusmodi, sed ut sit sancta et immaculata. (Ad. Ephes. V. 27.)

bió de manos de los apóstoles; á ella , en fin , que jamás abandonó á sus hijos en el inmenso océano de las opiniones y sistemas humanos, sino que siempre les guió á través de la oscura noche de la mentira y del error , por las seguras sendas de la divina revelacion. En ella encontraremos donde quiera esa autoridad visible y universal que nos afirmará en nuestras creencias, que resolverá nuestras dudas, que no nos dejará vacilar en nuestra fé , y produciendo en nuestro espíritu una certidumbre sobreracional, nos proporcionará en esta vida una paz inalterable de conciencia, presagio de la eterna bienandanza que está reservada al verdadero creyente en la mansion de la inmortalidad.

(1) Milla el ppi podet esse, omnia mandata servavit. (Quinto. 17. 4.)
(2) Ille exhibet ipse esse prophetam prophetam, non habentem potestatem, sed regem, aut aliquid humanum, sed in se sancta et immutabilia. (Ad. Ephes. V. 27.)

DISCURSO

PARA LA DOMINICA II DESPUES DE PENTECOSTÉS.

LOS VANOS PRETESTOS QUE ADUCE EL RACIONALISMO PARA RECUSAR LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA CATÓLICA, DEMUESTRAN POR UNA PARTE EL ERRÓNEO SISTEMA DE ESTA ESCUELA, Y POR OTRA CUÁN JUSTAMENTE PERMITE DIOS QUE DIVAGANDO SIN CESAR POR EL LABERINTO DE LA DUDA NO ENCUENTRE JAMÁS LA VERDAD QUE BUSCA.

EN LOS DIVINOS LIBROS.

Homo quidam fecit cœnam magnam, et vocavit multos.

Cierto hombre dispuso un gran convite, y convidó á mucha gente.

LUC. XIV, 16.

BAJO las formas alegóricas ofrécenos hoy Jesucristo en el santo Evangelio una de esas instrucciones que por lo sólidas é interesantes merecen fijar la atención de todo buen católico, con tanto mas motivo, cuanto que la de que vamos á ocuparnos tiene un carácter de oportunidad especial, y se refiere muy particularmente á una de las mas apremiantes necesidades de los actuales tiempos. Oid ante todo el sagrado texto.

Un hombre (dice Jesucristo) dispuso un gran convite, y llamó á él mucha gente. A la hora de la cena envió un criado á decir á los convidados que viniesen, pues ya todo estaba dispuesto. Pero todos como de concierto empezaron á escusarse. El primero dijo: He comprado una granja, y necesito salir á verla: ruégote que me des por escusado. El segundo dijo: He comprado cinco yuntas de bueyes, y voy á probarlas: dame te ruego por escusado. Otro

dijo: Acabo de casarme, y así no puedo ir allá. Habiendo vuelto el criado, refirió todo esto á su amo. Irritado entonces el padre de familias, dijo á su criado: Sal luego á las plazas y barrios de la ciudad, y tráeme acá cuantos pobres y lisiados, y ciegos y cojos halláres. Dijo despues el criado: Señor, se ha hecho lo que mandaste, y aun sobra lugar. Respondióle el amo: Sal á los caminos y cercados, é impele á los que halles á que vengan, para que se llene mi casa. Pues os protesto que ninguno de los que antes fueron convidados han de probar mi cena.

A la simple lectura de este pasaje, se comprende desde luego quién sea ese hombre figurado en el padre de familias del presente Evangelio. ¿Quién sino Jesucristo, el Hombre por excelencia al mismo tiempo que Dios, fué el que presentándose en el mundo investido de la gran mision que le confiara su eterno Padre, convidó á toda la humanidad á participar de los inmensos beneficios de la redencion, y á gustar las incalculables ventajas de la civilizacion cristiana? ¿Quién sino él enviando sus apóstoles por toda la tierra, llamó todos los pueblos á la unidad católica, haciendo resonar donde quiera el eco poderoso de su palabra, y derramando en todas partes la semilla de su doctrina que encerraba los mas fecundos gérmenes de virtud y santidad, de concordia, de union, de ventura y sólido bienestar? Si, Jesucristo fué quien dispuso ese misterioso festin del cual los hombres y los pueblos todos del universo, sin escepcion de ninguna especie, eran llamados á participar, si hubieran querido aceptar las condiciones de la nueva religion que iba á sustituir á todos los antiguos cultos: puesto que su objeto único y exclusivo, su idea dominante era formar de todas las naciones una sola nacion, de todos los paises un solo pais, de todas las razas una sola raza, de todos los miembros de la gran familia un solo cuerpo místico, animado de una misma fé, inspirado por unas mismas creencias, y que caminase á un fin idéntico, á la unidad, á la perfeccion social y religiosa, á Dios, principio y término de todas las cosas. Pero sucedió desgraciadamente lo que en el convite que hoy nos refiere el texto sagrado. Los pueblos y los hombres no comprendieron ó no fueron capaces de apreciar debidamente las ventajas de su vo-

ecacion al cristianismo: y hambrientos como estaban de paz y de union, y sumamente necesitados de libertad y de progreso, y reclamando imperiosamente su situacion actual una renovacion completa bajo todos sentidos, y leyes mas humanas, y costumbres mas racionales, y un presente y un porvenir mas conforme á sus destinos, rechazaron no obstante en gran parte el llamamiento divino, escusáronse de admitir el divino código del Evangelio so pretestos mas ó menos especiosos, pero todos falsos é infundados: por lo que el gran padre de familias, viéndose desairado por los sábios y poderosos, por los amigos del placer y los esclavos de los goces materiales, llamó á sí á los pobros y necesitados, á los débiles é ignorantes, á los mansos y humildes de corazon (1), enriqueciéndoles con los tesoros de una doctrina que aquéllos menospreciaron en su necio orgullo (2).

¿Y no es esto mismo lo que estamos viendo en la actualidad respecto de los hombres y de los pueblos, que ciegos con las vanas teorías de un racionalismo insensato, ó hinchados con el orgullo de una ciencia enemiga do toda verdad revelada, se resisten á curvar sus frentes ante la autoridad de la Iglesia docente, y á entrar en el seno de la unidad católica? Así es, en efecto, y ved lo que va á prestaros asunto para el presente discurso. « El exámen de los vanos pretestos en que se funda el racionalismo para recusar la autoridad de la Iglesia católica, demuestra por una parte el erróneo sistema de esta escuela, y por otra cuán justamente permite Dios que divagando sin cesar por el laberinto de la duda, no encuentre jamás la verdad que busca en los divinos libros. » Invoquemos ante todo los auxilios celestiales, etc.

AVE MARÍA.

(1) Venite ad me omnes qui laboratis et onerati estis, et ego reficiam vos... Discite á me quia mitis sum et humilis corde, et invenietis requiem animabus vestris. (Matth. XI. 28, 29.)

(2) Esurientes implevit bonis, et divites dimisit inanes. (Luc. I. 53.)

REFLEXION ÚNICA.

Al examinar los motivos en que funda el racionalismo sus escusas, ó mejor dicho su repulsion hácia la autoridad divina de la Iglesia católica, algo parecido encontramos á lo que Jesucristo nos refiere en la alegoría del presente Evangelio. Bien pesados dichos motivos, resulta en último análisis ser el producto ó de una pasión desmedida por todo lo que halaga la ambición de los bienes materiales, ó de un ciego frenesí por todo lo que se refiere á adelantos puramente humanos, ó de un irresistible impulso hácia los goces y placeres del tiempo. Y no se me tache de exagerado, ni menos se crea que pretendo esquivar el punto principal de la cuestion cuando me espreso de esta suerte. Raciocinemos. ¿No es una de las eternas declamaciones del racionalismo, el repetir sin criterio que la autoridad de la Iglesia católica es un poder arbitrario que tiende á esclavizar las inteligencias bajo el yugo de unos dogmas incomprensibles, que su accion reprime el vuelo del pensamiento, es una rémora á los adelantos de la civilizacion, se opone al desarrollo del génio, é impide que se multipliquen los elementos de bienestar social mediante el desenvolvimiento de la industria y de las artes? Todo esto lo hemos oido decir mil veces, y no hay dia que la escuela racionalista no nos aturda con semejantes sofismas. ¿Y por qué? Porque la Iglesia se opone á que la razon sea la única divinidad del mundo; porque no consiente que esa potencia estraviada sea el juez y árbitro supremo de los dogmas revelados; porque no fraterniza con el orgullo del hombre que aspira á hacer la religion esclava del capricho, ni transige con la ciencia mundanal empeñada en que la fé esté sometida al fallo móvil y siempre voluble de la inteligencia humana; porque enseña que sin un poder divinamente constituido, llamado á pronunciar sus infalibles decisiones en materias religiosas, y á señalar dónde está la verdad y dónde el error, no hay ni puede

haber sociedad intelectual, ni religion estable, ni verdadero cristianismo, como dejamos consignado en el discurso anterior.

Hed ahí el origen legítimo, por mas que quiera sostenerse lo contrario, de esa lucha incesante, de esa resistencia tenaz que el racionalismo viene haciendo á la Iglesia católica, y por lo que rechaza el yugo de su autoridad divina. Los amadores de las riquezas, los que solo sueñan adelantos puramente materiales, los esclavos de los goces y placeres sensibles, son los que pretenden establecer esa soñada independendencia de todo poder religioso, para mejor poder entregarse sin freno ni traba alguna á los excesos de sus pasiones: ellos son los que hacen de la libertad del pensamiento un dogma universal; ellos los que proclaman la soberanía de la razon y la divinidad de la inteligencia, y echan por tierra la infalibilidad del catolicismo y la autoridad irrecusable de la Iglesia en las cuestiones religiosas. Y si no, remóntese al origen de esa escuela, y véase sino fueron esas tres concupiscencias las que crearon el racionalismo, las que arrojaron en el mundo el génio funesto que encendió en Europa el fuego de esa independendencia religiosa que tantos males y revoluciones tan desastrosas, y luchas tan sangrientas viene ocasionando á través de los siglos. Cierto que mucho antes, y aun desde la cuna misma de la creacion existia ya ese principio de muerte, puesto que en el Paraiso fué donde la razon humana dió el primer grito de rebelion contra la razon divina, y comenzó el choque de la inteligencia contra la autoridad suprema de Dios de que intentó emanciparse. Mas ¿no fueron las mismas causas las que ahora producen idénticos efectos? El hombre quiso ser tan rico como Dios, saber tanto como Dios, y gozar lo mismo que Dios, y para lograrlo creyó deber quebrantar el yugo de su autoridad, y desentenderse de su tutela como lo hizo de hecho. Esta misma marcha han seguido siempre, y ella es la que siguen en nuestros dias todos cuantos se adhieren á la escuela racionalista. Aspirando á poseerlo todo, á saberlo todo y á gozar de todo, no hallan otro medio de poner en práctica sus vanas teorías, que desentenderse de toda dependencia de la Iglesia católica, negar su autoridad, blasfemar contra su infalibilidad, rechazar sus enseñanzas, y arrojar como pesado y tirá-

nicó el yugo de un poder que no puede avenirse con el orgullo de su razon.

En vano Jesucristo les llama como el padre de familias de nuestro Evangelio, por medio de los que él ha destinado á realizar el gran pensamiento de la unidad católica : inútilmente les convida á gustar la verdad de su doctrina bajo las enseñanzas de la Iglesia. Su soberbia, origen primordial de toda escision en el orden moral, halla siempre excusas para no acudir al llamamiento divino : pues no merecen llamarse motivos los que como tales oponen los discípulos de la escuela racionalista para justificar su resistencia á la autoridad de ese poder visible fundado por el Hombre-Dios en el seno del catolicismo. Pero dejando aparte el detalle de estas excusas que todos conocemos, sin pararnos á desmenuzar las razones que aducen para no aceptar ese que ellos califican de yugo pesado é intolerable, ¿no ven que negando la autoridad de la Iglesia, y queriendo sustituir á ella la soberanía de la razon, si bien desechan por una parte lo que constituye la condicion esencial de toda asociacion humana, no hacen por otra sino cambiar digámoslo así las formas, pero dejando intacto el punto principal de la cuestion, á saber, la necesidad de ese principio de autoridad que el catolicismo defiende, puesto que rechazando la autoridad divina, se someten á una autoridad humana, y negándose á aceptar las enseñanzas de la Iglesia, inclinan no obstante su frente ante las enseñanzas del individualismo ciego y caprichoso?

Y en cuanto á lo primero, el mismo buen sentido rechaza la teoria absurda del racionalismo que aspira á pasarse sin la autoridad de la Iglesia en materias religiosas; puesto que es imposible de todo punto que ese cuerpo moral pueda formarse ni subsistir, bien así como ninguna otra sociedad, sin ese principio que anuda y estrecha todos los miembros con su cabeza. La autoridad es á toda sociedad lo que el cimiento á los materiales de un edificio, lo que el corazon al organismo del cuerpo humano, es el lazo de los elementos que le componen, el principio regulador del movimiento y de la vida. Separad pues la autoridad, y en el instante todo lo vereis descomponerse y disolverse en el orden social. Asi es que, aun cuando los

hombres hayan discutido mucho en todos tiempos acerca de sus formas, nunca empero negaron sériamente su necesidad, hasta tanto que el orgullo de un monge apóstata se atrevió hace trescientos años á lanzar contra el catolicismo un desafio insolente desde las gradas mismas del santuario, insultando á lo pasado y abriendo una nueva era de crímenes y errores para el porvenir. Sin embargo, aun los mas encarnizados enemigos de la autoridad mas bien puede decirse que han trabajado por arrancarla de su sitio que por destruirla. «Es, como dice un sábio orador, un pendon al que se amenaza la vispera del combate para volver á enarbolarle en provecho propio el dia siguiente de la victoria. Tal es la fuerza de las cosas: los hombres quieren la sociedad, y á causa de ella no pueden menos de reconocer como condicion indispensable de su existencia el principio de autoridad en que descansa.» Querer pues negar á la Iglesia lo que no puede negarse á ninguna sociedad humana, sobre ser el colmo del absurdo y de la blasfemia, seria altamente irracional y anti-lógico; seria afirmar que lo que constituye en cualquiera otra el principio de su vitalidad, está demas y no es sino un elemento de desórden y de anarquía en ese cuerpo místico del Salvador, en ese grandioso edificio levantado por las manos del Omnipotente sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, y sobre la piedra angular Cristo Jesus; seria en fin desmentir el oráculo divino en que se apoya, puesto que el mismo Jesucristo fué quien dijo á sus enviados, y en ellos á todos sus sucesores: «Se me ha dado una potestad omnimoda en el cielo y en la tierra: id, pues, y enseñad á todas las naciones: y yo estaré con vosotros hasta la consumacion de los siglos (1).» ¿Y para qué le fué dado al Hombre-Dios ese poder tan admirable? ¿Con qué objeto se le comunicó este á su Iglesia? Oid al Apóstol: «Él es, dice, quien nos ha dado apóstoles, profetas, evangelistas, doctores y pastores, (y bajo estas denominaciones se comprenden los diversos órdenes de la gerarquía católica) á fin de que todos de consuno trabajen para formar un solo cuerpo, el cuerpo místico de Jesucristo, hasta tanto que llegemos á la unidad de

(1) Matth. XXVIII. 18 et seq.

la fé y al conocimiento del hijo de Dios, á nuestra perfecta madurez en Jesucristo (1).» Tal es el objeto de esa potestad que forma el carácter esencial del catolicismo: porque no hay ni puede haber sociedad intelectual sin unidad de doctrina, ni unidad de doctrina sin una enseñanza única, ni ésta sin una autoridad visible, universal, indeclinable, sin un tribunal que gozando del privilegio de la infalibilidad en materias dogmáticas, determine lo que se debe creer como cierto, declare lo que se debe rechazar como falso, y señale á los hombres el recto camino que deben seguir para llegar á la posesion de la verdad.

Así lo comprendió la Iglesia desde su origen, y en su consecuencia, heredera de los poderes de su augusto fundador viene ejerciendo á través de los siglos sin interrupcion todos sus derechos, desarrollando á la faz del mundo el grandioso espectáculo de una gerarquía respetable cuyo orden nunca han podido alterar los acontecimientos humanos. Donde quiera, y á pesar de los esfuerzos del error, se ha dejado ver rodeada del prestigio de los fieles dóciles á sus enseñanzas, obedientes á sus mandatos, y sumisos á sus fallos, porque siempre la han considerado como la única depositaria de la verdadera tradicion y de las verdaderas creencias. Si en su marcha magestuosa ha tropezado á veces con algunos novadores que han intentado corromper la fé ó alterar el dogma, ella los ha reprimido y hecho enmudecer: y las mismas contradicciones que ha experimentado, los mismos choques que ha tenido que resistir, no han hecho sino engrandecer y avigorar ese principio de autoridad que las sectas separadas han querido arrogarse para sí, pretendiendo poseer esclusivamente sus derechos y su poder: que tal es, como antes indiqué, el verdadero objeto, la nécia pretension del racionalismo bajo cualquiera forma que haya adoptado. No tanto trabaja y

(1) Et ipse dedit quosdam quidem Apostolos, quosdam autem prophetas, alios vero Evangelistas, alios autem Pastores et Doctores, ad consummationem sanctorum in opus ministerii, in ædificationem corporis Christi: donec occurramus omnes in unitatem fidei, et agnitionis Filii Dei, in virum perfectum, in mensuram ætatis plenitudinis Christi. (Ad Ephes. IV. 11 et seq.)

ha trabajado siempre por abolir esa autoridad que mira como un enemigo irreconciliable, cuanto por descentralizarla, digámoslo así, de su sitio, por quitársela al catolicismo para dársela á la razon individual del hombre, á fin de que cada cual pueda formarse su fé, su simbolo, su Iglesia. Por manera que, si bien combatido en derecho ese gran principio, siempre empero ha sido reconocido de hecho por sus mismos adversarios.

Y aquí es donde mas resalta la enorme contradiccion en que incurre la escuela racionalista, cuando á la par que en teoría desecha esa autoridad enseñante que califica de yugo ominoso é intolerable, la acepta en la práctica, como lo vemos todos los dias. En vano oireis decir á sus discípulos con tono enfático y campanudo que ellos han conquistado la independenciam del pensamiento, y libertado la razon de la tutela del hombre. ¡Miserables! Sí, ese es vuestro deseo, esa vuestra aspiracion incesante: ahí está vuestra teoría... Pero cuando al propio tiempo os vemos publicar catecismos, redactar símbolos y confesiones de fé, establecer cuerpos enseñantes, é instituir donde quiera pastores que instruyan al pueblo, ¿todo esto no es la retractacion mas formal de vuestras teorías? ¿No es desmentir con los hechos lo que sustentais con las palabras? ¿No es apelar prácticamente á ese mismo principio de autoridad que censurais y motejais como injurioso á la libertad del hombre é indigno de un sér que piensa y raciocina? Una de dos: ó cesad de enseñar, porque haciéndolo así usurpais un poder que no os compete en la hipótesis del libre exámen, y de consiguiente vuestra palabra carece de todo prestigio, puesto que no teneis mision alguna del cielo, y cada uno es dueño de creer lo que tenga por conveniente segun sus propias inspiraciones; ó de lo contrario, confesad paladinamente que la autoridad es una condicion esencial de toda doctrina, y en este caso devolved á la Iglesia católica los derechos que impiamente intentásteis arrebatarla. No hay subterfugio que pueda eludir este irresistible dilema: ó autoridad, ó emancipacion completa de toda enseñanza; ó admitid lo primero, ó dejad libre de todo punto al individuo para que sin travas ni pedagogia de ninguna especie pueda formarse á si propio su religion; y entonces, inútiles son vuestros catecismos, por demás

están vuestros símbolos, vuestros pastores y vuestros templos... Mas no lo hareis así, porque estais persuadidos que en el dia en que de hecho renegáseis de ese principio vital de autoridad, en aquel dia cesaríais de existir como sociedad religiosa, en aquel habríais muerto para no revivir jamás.

Y en efecto, volviendo á la Iglesia católica, dígaseme, ¿qué sería esta sociedad, qué podría hacer en bien de sus asociados sin ese elemento que la disputan sus adversarios? ¿De qué la serviría haber recibido de Jesucristo el tesoro de su doctrina, y ser la depositaria de sus dogmas, si careciese de esa autoridad indispensable para conservar intacto este divino depósito, y para preservarle de la audacia del hombre que pretendiese introducir en él una mano sacrilega? ¿A qué conduciría una gerarquía contra la que á cada momento pudiera protestar impunemente la razon del individuo rechazando sus decisiones, por mas que se esforzase en demostrar que lo que mandaba creer era lo que siempre y lo que en todas partes se habia creído? ¿Qué significacion tendría un cuerpo docente á quien se le podría disputar su misión para explicar las divinas escrituras, puesto que cualquiera sería libre de pensar lo contrario y de entender de una manera muy diversa cualquiera texto de sentido oscuro ó ambigüo? ¿Todo esto no sería mas bien una parodia, una farsa de Iglesia, que una sociedad intelectual instituida por Dios y regida por el Espíritu Santo? Lo sería, sí, en el hecho de que todas las individualidades y cada una de por sí podría escusarse de acudir al llamamiento de la unidad, como los convidados del presente Evangelio, aduciendo pretextos mas ó menos plausibles para no admitir unas enseñanzas contra las que la razon les autorizaba á rebelarse siempre que ella aprendiese de distinto modo cualquiera verdad ó dogma, aun de los claramente contenidos en los divinos libros. Y ved cómo se explica que fuera de ese centro comun del catolicismo no haya ni sea posible la unidad de creencias ni de doctrina; por cuanto el Evangelio mismo, que debiera hacer de todos los hombres una sola familia, ha venido á ser en manos de las comuniones separadas de la Iglesia universal un elemento perpétuo de division y anarquía, dividiéndolas en mas bandos que ningun otro sistema filo-

sófico dividió jamás á las escuelas de la antigüedad profana, como observa oportunamente el sábio orador antes citado: «Y de aquí, añade el mismo, resulta que cada hombre declarado árbitro de su fé, añade ó suprime lo que le parece; su razon quita todo aquello que no comprende, la preocupacion todo lo que la choca, las pasiones todo cuanto las reprime y encadena. La fé anda errante á la ventura de doctrina en doctrina, semejante á esos pueblos nómadas que jamás plantan dos veces sus tiendas en un mismo punto del desierto: y lo que mas es, la movilidad de creencias se trasmite de las sectas á los individuos; cada cual tiene su propio Evangelio; lo que uno admite el otro lo rechaza; lo que este adora aquel lo blasfema. Mas fácil seria contar las nubes que se apiñan en el horizonte en un dia de tormenta, que enumerar los errores que se cruzan por cada inteligencia cuando ha renunciado al principio de autoridad sancionado por la Iglesia católica.»

Ved pues como el exámen de todos los motivos (y cuenta que solo nos hemos detenido en los principales y de mayor bulto) que el racionalismo alega para rechazar la autoridad del catolicismo, demuestra el erróneo sistema de esa escuela incapaz de sostenerse ante la luz del raciocinio. ¿Y quién no vé al propio tiempo cuán justamente permite Dios que divagando incesantemente en el laberinto del error, no encuentre jamás lo que busca en esos mismos libros donde se hallan los elementos de toda verdad en el orden religioso y social? No, no se ha hecho ésta para las inteligencias soberbias que pretenden comprenderlo todo sin el auxilio de la revelacion divina, ni anidará jamás la sabiduria en un alma maligna en donde mora el pecado (1). Y como quiera que nada hay tan ofensivo á Dios y que mas le aleje del hombre que el orgullo del entendimiento, ¿cómo seria posible que la verdad se presentase á los ojos del que se empeña en buscarla fuera de su centro, ó por caminos distintos de los que conducen á su posesion? De ninguna ma-

(1) *In malevolam animam non introibit sapientia, nec habitabit in corpore subdito peccatis. Spiritus enim Sanctus disciplinæ effugiet fictum, et auferet se á cogitationibus, quæ sunt sine intellectu, et corripietur á superveniente iniquitate. (Sapient. I. 4, 5.)*

nera: los que de buen grado rehusan acudir al llamamiento de la Iglesia; los que miran su autoridad como un yugo, y la dependencia de sus enseñanzas como una innoble esclavitud; los que se escusan de pertenecer á la unidad católica so pretestos frívolos ó capciosos sofismas, no son dignos de poseer la verdadera doctrina de Jesucristo. Por eso los desecha como el padre de familias de nuestro Evangelio desechó á los que no quisieron aceptar el convite, y llama en su lugar á las inteligencias humildes que no discuten, á los hombres de corazón recto que se someten dóciles á las enseñanzas de la Iglesia, á los creyentes sencillos que cautivan gustosamente su entendimiento en obsequio de la fé. Estos son á los que admite al gran festin de la unidad católica, á los que ofrece sus ventajas; y en cuyo obsequio desarrolla sus beneficios.

Mas no crean los que combaten el principio de autoridad por descansar mas libremente en el seno de sus pasiones, no crean, digo, que conseguirán el fin que se proponen. Donde quiera esa idea irá á turbar su funesto reposo: en todas partes, aun en medio del atollamiento producido por el exceso de los goces mundanales, ese pensamiento acibarará sus alegrías; porque el Señor en su infinita misericordia, deseoso de salvar sus almas y de rehabilitar sus conciencias, y ganoso al propio tiempo de realizar el gran proyecto de unidad universal que presidió á su obra divina, no perdonará medio alguno por lograr que los que no han oido todavía su doctrina la escuchen, y que los que claudican en sus creencias se afirmen en ellas, y que los que vacilan en la fé desechen toda duda. Al efecto enviará continuamente á sus ministros por toda la redondez del globo á recojer cuantos débiles y cojos y ciegos espirituales hallaren en los caminos de esta vida, para conducirles al centro de la unidad, para hacerles ovejas de su aprisco bajo la direccion de un solo y mismo pastor, bajo la accion de una misma autoridad, de una misma enseñanza y de una misma y única iglesia.

Nosotros pues, C. O., que hemos tenido la dicha de nacer y vivir hasta ahora en el seno de esta madre comun de los predestinados y bajo el suave yugo de sus enseñanzas, procuremos no desmerecer esta preferencia. Acudamos presurosos á sus llamamientos, escuche-

mos dóciles su doctrina , acatemos humildes su autoridad , sin adu-
cir vanos pretextos para emanciparnos de ella ; no sea que queriendo
vivir libres fuera del centro de la unidad , nos hagamos desgraciados
por gozar de esa funesta independencia que halaga las pasiones , y
en vez de disfrutar de los resplandores de la verdad eterna que emana
de Jesucristo , nos hallemos envueltos en las tinieblas del error , sin
luz , ni guia que nos señale el verdadero camino de la eterna feli-
cidad.

AL SEÑOR DON FRANCISCO DE PAZ Y CAJALBON, QUE ESTE DIA SE LE
CONMEMORA EN LA IGLESIA DE SAN JUAN DE LOS RIOS.

Los Padres y Hermanos macerados de la vida como se llama
en las Escrituras y como con ellas.

Los xv. 2.

No menos que en política también en religión es costumbre en anti-
gua de los que dependen una mala causa , echar mano de cuales-
quiera medios , siquiera sean los más repugnados , para desentorpear
el partido contrario. A falta de razones en que apoyarse un principio
moral , un sistema de vida , ó una opinión fundada , se apela al
orgullo , se emplea la calumnia , y no se economizan los más anti-
guos recursos que puede en el mundo á los que sostienen la ver-
dad , ya que esta no puede ganarse ni menos negarse. Y habiendo
que sean tales los repugnantes que la virtud despiden , que no sea
posible ni aun fingir la menor duda acerca de ella , se habla de
la sinceridad de quien la practica , se juzgan mal sus intenciones,
y se convierte en objeto de maledicencia lo que debería ser un mo-
tivo de edificación. Nada nos demuestra tan claramente esto como el
pasaje del presente Evangelio.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA III DESPUES DE PENTECOSTÉS.

EL ESPÍRITU DEL CATOLICISMO , LEJOS DE SER UN ESPÍRITU INTOLERANTE Y FANÁTICO COMO SUPONEN SUS ENEMIGOS , ESPOR EL CONTRARIO UN ESPÍRITU DE DULCE TOLERANCIA , QUE SE AJUSTA PERFECTAMENTE Á LA MISION CONCILIADORA QUE ESTÁ LLAMADO Á CUMPLIR EN LA TIERRA EN SUS RELACIONES CON LA HUMANIDAD.

Et murmurabant Pharisei et Scribæ dicentes : quia hic peccatores recipit, et manducat cum illis.

Los Fariseos y Escribas murmuraban diciendo: Mirad cómo se familiariza con los pecadores y come con ellos.

LUC. XV. 2.

No menos que en política tambien en religion es costumbre ya antigua de los que defienden una mala causa , echar mano de cualesquiera medios , siquiera sean los mas reprobados , para desacreditar al partido contrario. A falta de razones en que apoyar un principio erróneo , un sistema absurdo , ó una opinion infundada , se apela al sofisma , se emplea la calumnia , y no se economizan las mas amargas recriminaciones por poner en ridiculo á los que sostienen la verdad , ya que esta no pueda oscurecerse ni menos negarse. Y dado caso que sean tales los resplandores que la virtud despide , que no sea posible ni aun abrigar la menor duda acerca de ella , se dudará de la sinceridad de quien la practica , se juzgarán mal sus intenciones , y se convertirá en objeto de maledicencia lo que debiera ser un motivo de edificacion. Nada nos demuestra tan claramente esto como el pasaje del presente Evangelio.

«*Solían* (dice el Sagrado texto) *los publicanos y pecadores acercarse á Jesus para oírle. Y los fariseos y escribas murmuraban de él diciendo: Mirad cómo se familiariza con los pecadores y come con ellos.*» No comprendían sin duda aquellas inteligencias corrompidas que la mision del nuevo Mestas era una mision de paz, de amor y de misericordia: y ved por qué lejos de admirar la dulce condescendencia del Salvador para con los culpables, consideraban su conducta como una autorizacion, digámoslo así, del pecado, ó como una connivencia con los pecadores. No eran capaces de penetrar el misterio que encerraba aquella tolerancia tan estraña, tan nueva y nunca vista, acostumbrados como estaban los discípulos de aquellas dos sectas á menospreciar altivamente á todos cuantos en su necio orgullo creían menos justos, menos buenos que ellos: razon por la que Jesucristo para confundir por una parte su soberbia, y para hacer enmudecer por otra sus lenguas maldicientes, les propuso la siguiente parábola:

¿ Quién hay de vosotros que teniendo cien ovejas, y habiendo perdido una de ellas, no deje las noventa y nueve en la dehesa, para ir en busca de la que se perdió hasta encontrarla? Y en hallándola, se la pone sobre los hombros muy gozoso: y llegado á su casa, convoca á sus amigos y vecinos, diciéndoles: regocijaos conmigo, porque he hallado la oveja mia que se me habia perdido. Pues yo os digo que á este modo habrá mas fiesta en el cielo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de penitencia.

Lo que á Jesucristo le aconteció con los escribas y fariseos, acontece frecuentemente á la iglesia católica con todas las sectas y con las diversas escuelas filosóficas enemigas de la unidad. Si continuando acá abajo la mision sublime que al subir al cielo la confiara su augusto fundador, busca donde quiera las inteligencias extraviadas, evoca á sí á cuantos se pierden en el laberinto del error, y trabaja cuanto le es dado por reunir todos los hombres y todos los pueblos en derredor de ese centro comun para conducirlos á la verdad, y por medio de ella á la posesion de la positiva bienandanza, vereis levantarse de todos lados en torno suyo voces subversivas y

recriminaciones injustas y acusaciones inmotivadas, llamando á su celo invasion del poder, calificando su energía de intolerancia, y presentando á los ojos de la multitud como un exceso de ciego fanatismo su insistencia en procurar que todo el mundo comprenda dónde se hallan los verdaderos elementos de bienestar y positiva civilización, dónde la verdadera doctrina que ilustra el entendimiento y ennoblece el corazón, y dónde también el error que mata á los individuos y abre la tumba de las sociedades. Este es un hecho que viene reproduciéndose á través de los siglos y demostrando cuán mal conocen los enemigos del catolicismo el espíritu que preside á todos sus actos. Si le conociesen verían que «bien lejos de ser un espíritu de intolerancia y de fanatismo como gratuitamente suponen, es por el contrario un espíritu de suave tolerancia que se ajusta perfectamente á la misión conciliadora que está llamado á cumplir en la tierra en sus relaciones con la humanidad.» Y ved lo que voy á manifestaros en el presente discurso, si para ello me ayudais á implorar los divinos auxilios por la mediación de la augusta madre del Verbo, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

No es fácil comprender la lógica de los adversarios de la iglesia católica. Si ven que ésta, acomodándose en cuanto le es posible á las diversas circunstancias de los tiempos, sin que por eso transija con nada de cuanto pugna con sus invariables principios, adopta una marcha suave y temporizadora, se la tacha de que aspira á popularizarse y á hacerse un partido numeroso y compacto entre las grandes masas. Si por el contrario siguiendo un sistema mas severo y restrictivo se niega á fraternizar con ciertas ideas que envuelven un germen funesto de anarquía religiosa y social, acúsasela de intolerante en exceso: sin reparar que en lo primero manifiesta la dulzura

de una madre tierna y compasiva que trata de ganarse el afecto de sus hijos con una prudente condescendencia á sus flaquezas, y en lo segundo el carácter enérgico de una madre celosa que no puede permitir sin faltar á sus mas graves deberes, que aquellos á quienes dió á luz para ser felices con la posesion de la verdad, se vean arrastrados al abismo del mal víctimas de la mentira y del error. ¿Y esto es por ventura intolerancia? ¿Lo es la del militar que ha recibido una consigna de su gefe, y que antes prefiere morir en su puesto cumpliendo honrosamente su deber que ver holladas las órdenes que se le han transmitido, siquiera sea el mismo monarca quien tal intente? ¿Lo será el magistrado íntegro é incorruptible que ateniéndose á la letra y al espíritu de la ley se opone con heróica abnegacion á que la justicia se vea arrollada por la arbitrariedad, aun cuando ésta se vea apoyada por el poder y por el oro, y aquella no tenga mas defensa que su propia causa? Y si semejante conducta lejos de merecer censura es digna del mayor elogio; si bien al contrario de argüir intolerancia de parte de quien así obra, demuestra mas bien independencia de carácter y una incorruptibilidad á toda prueba, ¿por qué se ha de juzgar de distinto modo respecto de la iglesia católica?

Cierto que tras diez y ocho siglos viene oponiéndose á las invasiones del error que bajo diferentes formas ha pretendido reinar en el mundo sobre las ruinas de la verdad. Cierto que ha luchado constantemente y sostenido gloriosos combates contra mil sectas y escuelas que ora envalentonadas con los aparentes reveses que sufriera aquella, ora apoyadas por la influencia de gobiernos enemigos del catolicismo, aspiraron á desterrar del mundo hasta el último vestigio de la doctrina de Jesucristo. Cierto, en fin, que encastillada en el santuario de la revelacion divina, ni un ápice ni una jota ha cedido jamás de sus creencias, ni ha permitido que la fé padeciese el mas leve menoscabo, oponiéndose como un muro de bronce y como una columna de hierro á los tiros de los impíos Edomitas que intentáran destruir hasta los cimientos de ese augusto edificio. Pero en todo esto, ¿ha hecho otra cosa mas que cumplir fielmente sus deberes y llenar la mision que recibiera del cielo? ¿Qué! ¿Podia ella abandonar impu-

nemente el rico depósito de la verdad á las sacrílegas profanaciones de los que á toda costa se propusieran desterrarla del mundo? ¿Podía dejar el dogma á merced de los delirios y aberraciones de la inteligencia humana, ella que había sido destinada á mantener siempre vivo ese fuego sagrado y á propagarle por toda la redondez del globo con el soplo de su palabra inspirada? ¿Podía transigir con las exigencias y pretensiones del poder humano, cuando éste trataba de disputarla sus imprescriptibles derechos y de arrebatarla la autoridad que venia ejerciendo á nombre de Dios en bien de la humanidad, ella que era la única responsable de todo acto atentatorio contra las verdades tradicionales que estaban bajo su custodia? ¿Podía por último menos de defender á todo trance el genuino sentido de los sagrados libros, la legitimidad del culto católico, los artículos contenidos en el símbolo de los apóstoles, y todo cuanto desde estos venia creyendo el catolicismo donde quiera que penetrára el Evangelio? Y lo hizo en efecto con una abnegacion y un heroísmo incomparables. ¿Pero cómo? ¿de qué medios se sirvió? ¿qué armas blandió en esta honrosa lucha? ¿Corrió acaso á la conquista del mundo seguida de aguerridas huestes como los Alejandros y otros génios que ha conocido la humanidad para su desventura, desplegando el imponente aparato de una fuerza aterradora? ¿Se propuso sojuzgar las naciones y dar la ley á los pueblos llevando por do quiera la muerte y el esterminio? No: el mundo todo sabe que la iglesia nunca se permitió la menor violencia, ni aunque hubiera intentado usarla, jamás hubiera podido, pobre y desvalida como estaba, y sin contar con apoyo alguno en la tierra, ni poder disponer de ninguno de esos elementos con que cuentan los conquistadores humanos. La palabra era la única arma de que le era permitido hacer uso, y la mansedumbre y la tolerancia y el perdon su única defensa. «Id y enseñad,» se les había dicho á los apóstoles y en ellos á sus sucesores; «os envío como ovejas en medio de los lobos (1).» Y desde entonces el celo de la predicacion católica y el heroísmo del martirio vienen siendo los dos únicos elementos que han realizado el gran prodigio de la civi-

(1) Ecce ego mitto vos sicut agnos inter lupos. (Luc. X. 3.)

lizacion cristiana, los que han triunfado de los errores y de las pasiones del mundo, los que han conquistado para Jesucristo tantos imperios, los que han reunido en derredor de la Cruz tantos millones de almas que entonan un himno perpétuo de triunfo á la víctima del Calvario, los que han desterrado tantas preocupaciones, los que han sojuzgado tantas inteligencias rebeldes, y los que cada día aumentan el rebaño fiel de Jesucristo, atrayendo las ovejas extraviadas al aprisco de la unidad católica. ¿No la veis á ejemplo del pastor del presente Evangelio, abandonar gustosa las noventa y nueve ovejas que cuenta en su redil, esto es, á la innumerable multitud de fieles que perseveran constantemente adheridos á sus enseñanzas, por ocuparse casi esclusivamente de la única oveja perdida, por buscar á los que alucinados con las falsas teorías del racionalismo se emancipan del suave yugo de su autoridad maternal, por correr tras los que engañados con los sofismas de la impiedad filosófica huyen de su regazo para ir á gustar los envenenados pastos de doctrinas nuevas y peregrinas, por llamar á sí á todas las comuniones separadas de la unidad, convidándolas con las verdaderas enseñanzas del Evangelio? ¡Ah! ¿Quién ignora el celo de la religion en este punto? ¿Quién no sabe la constancia con que ha trabajado siempre por realizar el gran pensamiento de reunir todas las inteligencias en un solo haz misterioso, y por hacer de todos los pueblos un solo pueblo de fieles adoradores de Jesucristo en espíritu y en verdad? ¡Y á ese espíritu llamais un espíritu de intolerancia, porque no admite multiplicidad de creencias y confusion de principios en donde no hay ni puede haber mas que un principio, una creencia, una sola y única fé! ¡Y á esa constancia la calificais de invasion, porque está empeñada en espiritualizar á su despecho á un mundo materializado, en salvar mal que les pese á unas sociedades que corren ciegas al abismo de la perdicion, en atraer al buen camino á un siglo que deslumbrado por el falso brillo de una civilizacion efimera y de un progreso mal entendido, marcha directamente á la degradacion mas profunda y al mas completo olvido de sus altos destinos! ¡Y á ese celo dais el nombre de teocracia insufrible, porque no perdona medio alguno por rectificar las erróneas ideas de una generacion que ha constituido toda su

bienandanza en multiplicar los elementos de bienestar material, por desengañar á unos pueblos que han creído hallar el secreto de ser felices, poderosos y libres, en lo que justamente debe hacerles pobres, esclavos y desgraciados!

Mal han conocido el espíritu de la Iglesia los que tales calificaciones dan á su celo y heroísmo. Estudiáran siquiera la historia de lo pasado, ya que las lecciones de lo presente les son tan indiferentes, y aprenderían á juzgarla de una manera mas justa y favorable. Citense los actos de arbitrariedad que ha ejercido, revélense á la luz las violencias de que se ha hecho culpable en el transcurso de mas de diez y ocho siglos que viene desarrollando en el mundo su mision conciliadora. En vano... Ni una sola vez se ha estralimitado de la senda que la trazára su augusto fundador, ni en una sola ocasion ha desmentido su habitual y característica tolerancia, aun con sus mas encarnizados enemigos. Veces mil se ha visto amenazada de muerte, otras tantas ha visto correr su sangre inocente, víctima de odiosas conspiraciones y de enconosos partidos que mancomunaron sus fuerzas para hacerla la guerra. Apenas ha habido un siglo que no haya abortado monstruosos errores que aspiraron á sepaltarla entre sus propias ruinas. Unas tras otras se han levantado por todas partes heregias, cismas, escisiones que redoblaron sus padecimientos y la pusieron en el mayor conflicto. ¡Y cuánto no ha sufrido, especialmente en estos últimos tiempos en que la humana inteligencia pareció haber reunido cuantas estravagancias y aberraciones y sofismas fué capaz de inventar para destruir el catolicismo, en que reconcentrándose todos los ódios, todas las antipatías y todas las pasiones, dieron el grito de muerte contra sus venerandas tradiciones! Pues bien, entonces como siempre, ¿hizo otra cosa la Iglesia mas que padecer y perdonar? Si con una mano sostenia el edificio de la religion que se desplomaba á los golpes de la impiedad, ¿no ofrecia con la otra la paz y la union á los mismos que la oprimian y blasfemaban? Si aquí corria incansable á luchar con el error y á oponer su pecho á los envenenados tiros de la insolencia filosófica, ¿no la veiais lanzarse por otra parte llena de abnegacion heroica, á recoger los tristes restos de la civilizacion dispersos entre las ruinas de

la inteligencia, y á formar con ellos nuevas sociedades que reanimaba con su doctrina y robustecía con su autoridad? No se citará un solo pueblo á que no haya prestado su apoyo; no se recordará un solo proyecto útil en que no haya influido de una manera directa; ni se mencionará una concepcion grandiosa en que no haya presidido; ni... ¿Pero adónde voy? Quería hablar del espíritu de tolerancia de la Iglesia católica, é involuntariamente me iba engolfando en el anchuroso océano de sus glorias. Vuelvo pues á mi asunto principal, y pregunto á los que se atreven á calificar de una manera tan odiosa no solo los actos, sino aun tambien las intenciones de esa misma Iglesia: en medio de tantas pruebas como ha sufrido, de persecuciones tan encarnizadas como ha tenido que sostener, y de un ódio tan sistemático con que la han mirado siempre sus adversarios, ¿ha desmentido jamás ese carácter suave y tolerante que heredó de su divino gefe Jesucristo? Mas ya oigo á estos esclamar en aire de triunfo que no siempre se mostró la Iglesia tan llena de ese espíritu, y que no una sola vez ha manifestado bajo el nombre de celo una intolerancia reprobable y agena á su mision de paz y de concordia, apelando á la fuerza armada, solicitando el apoyo de los poderes terrenales, organizando ejércitos para sostener con el hierro y con el fuego sus doctrinas y sus dogmas. ¡Insensatos! ¡Cuán mal intentan encubrir bajo estos especiosos sofismas su enemiga irreconciliable hácia el catolicismo, y su imperdonable ingratitud á los inmensos servicios que ha prestado al mundo! Decidme, ¿habeis acaso olvidado que si la Iglesia instituyó las cruzadas, si armó á sus guerreros y bendijo sus pendones para ir á combatir al islamismo, fué para defender la libertad y la independenciam de la Europa contra las invasiones de aquel gigante que al propio tiempo que amenazaba su fé, la preparaba la más ignominiosa servidumbre? ¿Ignorais que si organizó ejércitos aguerridos fué para proteger vuestra nacionalidad á la par que vuestras tradiciones, para dar impulso á vuestro comercio, para libertaros de la barbarie musulmana, y para que no fuérais tributarios ó víctimas de la media luna? ¿No sabeis que si mas adelante hizo empavesar en el Mediterráneo el pendon de la cruz, y envió imponentes flotas á luchar contra los ene-

migos del nombre cristiano, fué para conservaros juntamente con vuestra fé, vuestra amenazada civilizacion? Y cuando despues-tuvo necesidad de hacer un llamamiento á las potencias católicas para reprimir los progresos de la heregía que invadiera una gran parte de la Europa civilizada, ¿no fué su principal objeto despues de mantener intacto el dogma, sofocar el fuego de la rebelion que encendiera en los pueblos aquel génio funesto que habia trastornado los cimientos del órden religioso y social, y sembrado por do quiera los secundos gémenes de la mas completa anarquía?

Pero todo esto y mucho mas que en pró de las sociedades ha hecho la Iglesia, afectan desconocerlo sus adversarios, únicamente por tener el triste placer de hacerla odiosa á los ojos del vulgo ignorante, traduciendo por fanatismo é intolerancia lo que no es sino un celo laudable y un heroismo digno de los mayores elogios. Mas poco importa que ellos lo desconozcan, é inútilmente pretenden desnaturalizar los hechos y desfigurar la historia, cuando ésta y aquellos subsisten en toda su integridad para dar un solemne mentís á cuantos abusando de la ignorancia ó de la credulidad se empeñan en sostener lo contrario. Podrán, si se quiere, alucinar por algun tiempo á los entendimientos menos ilustrados, ó sorprender á los incautos con sus eternas declamaciones: mas como quiera que á la verdad no se la mata, siquiera se la lastime, ella vuelve á aparecer despues de la lucha de las pasiones y por entre los nublados del error, para dar testimonio de su existencia, dejando avergonzados á los que la creian desterrada para siempre del mundo. Y el mundo, que no fué criado para ser perpétuo teatro de la mentira, y la humanidad que no fué arrojada en él para ser triste víctima del error y de la decepcion, abre al fin los ojos á la luz, y hace justicia á la verdad y la proclama en alta voz á despecho de sus enemigos.

¿Mas qué digo? ¿Por ventura los mismos émulos de la Iglesia católica no la han hecho justicia en este punto? ¿No han reconocido y confesado algunos de ellos á su despecho que esa mal llamada intolerancia dogmática del catolicismo no es sino un alto deber de su mision, puesto que sin ella se daría entrada á una funesta indiferencia respecto de todos los cultos y de todas las creencias, y se rom-

pería esa misteriosa cadena de verdades cuyos anillos se eslabonan unos con otros para formar una sola creencia, una fé siempre idéntica é indivisible? «En qué consiste, dice el filósofo de Ginebra, que los ministros protestantes no saben lo que creen ni lo que quieren, ni lo que dicen? Si se les pregunta si Jesucristo es Dios, no se atreven á responder; si se les obliga á decir qué misterios admiten, su lengua enmudece. Su interés temporal es lo único que decide de su fé... y la única manera de establecer su fé consiste en atacar la de los demás (1).» ¡Hed ahí la tolerancia de las comuniones separadas del centro del catolicismo! «La religion católica, apostólica, romana, dicen los enciclopedistas, es incontestablemente la única buena, segura y verdadera. Pero esta religion exige de los que la abrazan la mas completa sumision de su inteligencia. Si acaso se encuentra en ella algun hombre de espíritu inquieto, revoltoso y descontentadizo, comienza desde luego á erigirse en juez de la veracidad de los dogmas que se proponen á su fé, y no hallando en el objeto de ésta un grado de evidencia que se ajuste con la naturaleza de aquellos, hácese protestante. Apercibiéndose bien presto de la incoherencia de los principios del protestantismo, busca una solucion á sus dudas en el socinianismo; de allí al deismo no le queda mas que un paso; y una vez dado, se precipita insensiblemente en el pyrronismo, hasta venir á parar por último en el ateismo (2).» ¡Así se verifica, como antes decíamos, que la tolerancia, tal cual la comprenden los adversarios de la autoridad de la Iglesia católica, conduce á la negacion de todos los dogmas, al rompimiento de todos los lazos religiosos, á la destruccion de todas las creencias, á la sancion de todos los extravíos del entendimiento humano! Tan luego como el hombre cansado de sufrir el suave yugo de la religion se separa del seno de esa Iglesia, madre comun que nos concibió, nos alimenta y nos sostiene con su espíritu, pierde de vista el único punto en que se deja ver de lejos la verdad, una é indivisible, y se pierde

(1) J. J. Reusseau. Letr. XI de la Mont.

(2) Diction. Enciclop. Art. Unitaires. Tom. 47. pág. 200. Edit. de Neuchatel. 1764.

sin remedio en las inmensas regiones del error (1). Por lo demás, el catolicismo no es un sistema filosófico respecto del cual pueda tolerarse la menor variación. Los declamadores contra la intolerancia de la Iglesia no son sino unos falsos profetas semejantes á aquellos de quienes dice la Escritura que pretendian curar las heridas del pueblo gritando paz, paz, cuando no existia el menor vislumbre de ella (2). «Imponente es por cierto, escribia San Hilario, ese nombre: bella es la idea de la unidad; pero imposible es hallar paz y tranquilidad verdadera fuera de la unidad de la Iglesia é independientemente de su doctrina (3).»

Griten pues cuanto quieran, insistan con todas sus fuerzas en calumniar á la Iglesia como intolerante y fanática, esos hombres que jamás conocieron otra tolerancia que la que consiste en apadrinar todos los errores, en aceptar todas las extravagancias de la razon humana, en permitir todos los vicios, y en no oponerse á ninguna pasion por vergonzosa que sea. Si esa es la tolerancia que reclaman de la Iglesia, jamás la conseguirán, y bien pueden desde luego asegurar que su intolerancia en este punto será tan tenaz como hasta aquí, y que jamás transigirá con lo que en lo mas leve se oponga al divino código del Evangelio y á la doctrina pura y santa de la revelacion. Fuera de esto, ella no cesará de procurar que todos los hombres lleguen al conocimiento de la verdad; ella trabajará constantemente por mantener los derechos de Dios al propio tiempo que por defender los verdaderos intereses de los pueblos; ella con igual abnegacion que siempre y con idéntico heroismo hará frente á la impiedad sin descuidar la conversion del impío, y no rehusará hacer cuantos sacrificios la sean dables sin comprometer su causa, á trueque de realizar la union tan deseada de todos los hombres en der-

(1) Alienati sunt peccatores á vulvá, erraverunt ab utero, secuti sunt falsa. (Ps. LVII.)

(2) Et curabant contritionem filiæ populi mei cum ignominia, dicentes, pax, pax, et non erat pax. (Jerem. VI.)

(3) Speciosum quidem nomen est pacis, et pulchra est opinio unitatis. Sed quis ambigat eam solam ecclesiæ atque evangeliorum unitatem pacem esse, quæ Christi est. (S. Hilar. Lib. contra Auxent.)

redor de un centro común; ella si es necesario *invadirá*, por usar el lenguaje de nuestros adversarios, el palacio del rico, el hogar del pobre, y donde quiera llevará su benéfica influencia, pero sin estralimitarse en nada de su misión conciliadora, sin tomar parte en los negocios que no son de su competencia, y respetando en un todo la libertad del hombre, salvo á indicarle dónde está la verdad y dónde el error, qué es lo que debe admitir y qué lo que debe desechar. Enseñar al mundo, pero sin violentarle á aceptar sus doctrinas: evangelizar á los pueblos, pero sin hacerles fuerza á que practiquen sus enseñanzas; ilustrar las sociedades mostrándolas la senda del bien y de la verdadera civilización, pero sin pretender arrancar de ellas una adhesión forzada á sus principios; predicar la concordia y la unidad de creencias como elemento único de verdadero progreso y de positivo bienestar, pero sin perseguir á los que obstinados en sus errores permanecen fuera del círculo del catolicismo, antes bien orando por ellos é implorando en su favor las luces del cielo: he ahí lo que la Iglesia hace y lo que viene haciendo á través de los siglos, manifestando en un todo ese espíritu de verdadera tolerancia que tan bien se ajusta á la misión conciliadora que está llamada á cumplir en la tierra en sus relaciones con la humanidad.

Que este mismo espíritu anime á todos cuantos tenemos la dicha de pertenecer al gremio del catolicismo. Aprendamos de nuestro divino jefe Jesús á sacrificar nuestro reposo y nuestras comodidades temporales por correr en pos de esas inteligencias extraviadas que giran errantes fuera del centro de la unidad, para atraerlas al seno de la Iglesia mediante la persuasión y el ejemplo. Y ya que otra cosa no podamos, ya que nuestros esfuerzos no sean suficientes para lograr que participen de nuestras mismas convicciones y adopten nuestras creencias, no por eso les agriemos con nuestra intolerancia y desvío, ni cesemos de enviar al cielo los más ardientes votos para que descienda sobre sus entendimientos la luz de la verdad que emana del espíritu divino. Y cuando viésemos á alguna de esas ovejas perdidas tornar al aprisco del Salvador, ofrezcámosla nuestro apoyo, tendámosla los brazos, regocijémonos por su hallazgo, y

procuremos que no vuelva á estraviarse en los difíciles senderos del error. Nuestra mayor gloria, nuestra satisfaccion mas pura, y nuestra mas positiva dicha debe ser el que todos los hombres y todos los pueblos del mundo no formen mas que un solo rebaño, una sola sociedad, un solo pueblo, un solo hombre, conforme al sublime pensamiento del augusto fundador de la Iglesia católica, á fin de que todos despues de esta vida y cuando terminen los siglos, seamos tambien unos en idéntica gloria y en una misma é interminable inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA IV DESPUES DE PENTECOSTÉS.

LA IMPOTENCIA DE TODAS LAS DOCTRINAS HUMANAS PARA FUNDAR LA UNIDAD INTELECTUAL, SE ESPLICA ÚNICAMENTE POR EL PRINCIPIO DE SOBERANIA QUE LA IGLESIA CATÓLICA POSÉE ESCLUSIVAMENTE BASADA EN LA ASISTENCIA PERPÉTUA DEL ESPÍRITU DE VERDAD QUE LA FUÉ PROMETIDA POR SU AUGUSTO FUNDADOR.

Præceptor, per totam noctem laborantes, nihil cepimus: in verbo autem tuo laxabo rete.

Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos cogido: pero sobre tu palabra echaré la red.

Luc. v. 5.

Uno de los hechos que mas deben llamar la atención del hombre observador al estudiar la historia del cristianismo, es que solo él, sola su doctrina entre todas las demas que han inventado los hombres, ha podido constituir una sociedad intelectual tal cual la vemos en la Iglesia católica. Fenómeno es este que no se explica tan fácilmente como á primera vista parece, y las soluciones que comunemente se dan para explicarle, lejos de satisfacer el entendimiento y de producir en él un convencimiento íntimo, no consiguen sino aumentar sus dudas y dar mayor proporción á sus perplejidades. Decir que sola la doctrina católica posée eselusivamente toda la verdad, que ella es la única que procede por via de autoridad, y que eso es lo que la dá el privilegio de fundar la unidad de los entendimientos, no es mas que abordar la cuestion, pero sin resol-

verla: puesto que por una parte hay doctrinas fuera del catolicismo que poseen muchas de las verdades que este enseña, y por otra no es menos cierto que aunque todas las demas escuelas parezcan desechar en teoría el principio de autoridad, en la práctica le admiten y no pueden desentenderse de él. Y sin embargo vemos que ninguna de ellas ha podido crear esa unidad intelectual que es, digámoslo así, el núcleo al par que la gloria del catolicismo; vemos que por mas que han trabajado al efecto contando con elementos al parecer muy á propósito para realizar ese gran pensamiento, todas sus teorías han sido infructuosas, todos sus proyectos han fracasado, todas sus esperanzas han quedado fallidas, sucediéndoles en cierta manera lo que á los pescadores de que hoy nos habla el sagrado Evangelio: *Hallábase Jesus junto al lago de Genesareth, y las gentes se agolpaban alrededor de él, ansiosas de oír la palabra de Dios. En esto vió dos barcas á la orilla del lago, cuyos pescadores habían bajado, y estaban lavando las redes. Subiendo, pues, en una de ellas que era de Simon, pidióle que la desviase un poco de la tierra: y sentándose dentro predicaba desde allí á las turbas. Acabada la plática, dijo á Simon: Guía mar á dentro, y echa vuestras redes para pescar; á lo cual replicóle Simon: Maestro, toda la noche hemos estado trabajando y nada hemos cogido.*

Otro tanto ha acontecido á todas las escuelas filosóficas que desde la mas remota antigüedad han trabajado en la larga noche de los siglos por hallar una doctrina capaz de unir las inteligencias y de formar de ellas una sociedad pública. Lo mismo acontece al racionalismo moderno que tiempo há viene aspirando á ser la única doctrina del universo, sin que hasta ahora haya conseguido sino hacer mas visible su impotencia para realizar tan atrevida idea. Todas las doctrinas, en una palabra, á escepcion de la católica, cansadas de hacer vanos ensayos é inútiles esfuerzos, hánsse visto obligadas á reconocer que lo que se propusieran no es obra del hombre, y que á pesar de haber ahondado los cimientos, se necesita una fuerza sobrehumana para llegar á la cúspide del grandioso edificio de la unidad: *Per totam noctem laborantes, nihil cepimus.* Y esa fuerza sobrehumana, ¿en qué consiste? ¿cómo la posee el catolicis-

mo? ¿De dónde le viene? Hé aquí la cuestion. Yo me propongo simplificarla todo lo posible, limitándome á señalar la causa principal y casi única porque ninguna otra doctrina ha conseguido hasta ahora fundar la unidad de las inteligencias, y ésta es en mi concepto porque todas ellas carecen del principio de la soberanía intelectual, indispensable para someter los espíritus al imperio de la verdad: de donde deduzco que el privilegio de la doctrina católica en este punto, estriba en que ella sola viene de Dios, y cuenta con la asistencia perpétua de su divino espíritu: *In verbo autem tuo laxabo rete.*

«La impotencia de todas las doctrinas humanas para fundar la unidad intelectual, se explica únicamente por el principio de soberanía que la Iglesia católica posee exclusivamente, basada en la asistencia perpétua del espíritu de verdad que le fué prometida por su augusto fundador.» Ved todo el asunto de mi discurso y de vuestra atencion en este breve rato. Imploramos todos los divinos auxilios, poniendo por intercesora á la Virgen de Virgenes, y saludándola con las palabras del Angel:

AVE MARIA.

REFLEXION ÚNICA.

La soberanía intelectual, he dicho, es la base y el fundamento del grandioso edificio de la unidad católica: y al espresarme de este modo he tenido en cuenta una objecion que pudieran oponer á esta tésis los enemigos del catolicismo. Sin duda me dirán que esta soberanía reside en las ideas, y que ellas únicamente son las que han sojuzgado al mundo al imperio de la verdad: y por consiguiente, que esa fuerza sobrehumana que nosotros atribuimos á la asistencia continua del espíritu de Dios en su Iglesia, no es sino el producto de aquellas; segun que han obrado mas énergicamente en el entendimiento de ciertos hombres, ó han tenido mayor influencia para cons-

títuir la unidad. Pero desde luego se echa de ver lo absurdo de esta hipótesis, puesto que las ideas están también sujetas á corromperse y viciarse, son una cosa móvil como otra cualquiera, y para hallar consistencia y adquirir la inmovilidad, necesitan surgir de un principio fijo é invariable, apoyarse en un cimiento que pueda resistir y hacer frente á todos los embates del error, estar fundadas sobre una base indestruible: y esa base y ese cimiento no están en el hombre, no puede darle el hombre, cuya propensión á cambiar á cada instante, á ilusionarse con la mayor facilidad por las apariencias, y á tomar lo falso por lo verdadero, es tan innata en él desde que el pecado trastornó su inteligencia é hirió lastimosamente su corazón. La soberanía intelectual proviene pues de Dios, y no puede tener otro origen que Dios. Y si nó, ¿cómo es que no han podido ejercerla jamás todas las escuelas filosóficas antiguas y modernas? ¿Por qué en la larga noche del gentilismo trabajaron en vano todos aquellos gé-nios cuyo saber admira aun el mundo civilizado, sin que jamás consiguiesen fundar un dogma fijo, una doctrina universal, una creencia única? Y aun despues de promulgado el Evangelio, ¿cuántas escuelas no han aspirado inútilmente á este privilegio, cuántos sistemas no han fracasado ante esa idea, y vistose obligados á retroceder ante el convencimiento de su impotencia! El deísmo, el protestantismo, el racionalismo, en una palabra, ¿han logrado á pesar de todos sus esfuerzos constituir esa unidad intelectual? ¿No hemos visto al primero caer en el mayor descrédito, sin que niagun entendimiento medianamente ilustrado haga hoy dia caso de aquella escuela decrépita? ¿No vemos el segundo debatirse incesantemente y girar sin descanso en un perpétuo círculo de dudas y en un flujo y reflujó de variaciones, incapaz de formular un símbolo, un dogma, una idea constante á pesar de tener en sus manos la Biblia, que segun él contiene todo el sistema de la religión y todas las verdades que se deben creer? ¿Y quién no vé al último cuál se esfuerza por fijar su trono en el mundo moral y reinar como único soberano en todas las inteligencias, sin que por eso haya logrado hasta ahora realizar su vasto plan de unidad que admira á su despecho en la Iglesia católica? ¿En qué pues consiste esto, si la soberanía reside en las ideas? ¿Cómo

es, repito, que estas solo unen á los hombres dentro del círculo del catolicismo? ¿Por qué son tan infecundas en los diversos sistemas doctrinarios que han aspirado á esto mismo, y tan fecundas y poderosas en las enseñanzas del Evangelio bajo la autoridad de la Iglesia universal? ¿Cómo es que el cisma griego yace inanimado, semejante á un cadáver sin accion ni unidad bajo el dominio de la autocracia, las comuniones reformadas reducidas á divagar en un laberinto interminable de ideas sin cohesion, tejiendo y destejiendo sus creencias á manera de la tela de Penélope, y la escuela racionalista condenada á un eterno desórden, contradiciéndose á cada instante, y deduciendo de unos mismos principios diversas y contradictorias consecuencias? ¡Ah! Es que trabajan, digámoslo así, por su propia cuenta, es que buscan la soberanía intelectual fuera de su origen, y aspiran á ejercerla en los entendimientos con la sola influencia de unas ideas tan variables como todas las cosas que dependen del hombre, y por eso en vez de unir separan, y lejos de asociar introducen el caos y la anarquía en las inteligencias.

Mientras los pescadores de nuestro Evangelio trabajaron solos y por su propia inspiracion nada consiguieron, todos sus esfuerzos fueron inútiles, y las fatigas de toda la noche solo les produjeron el vacío, la nada, el cansancio, el convencimiento de su nulidad é impotencia: *Per totam noctem laborantes nihil cepimus*. Déjase empero oír la voz de Jesucristo: la soberanía habla por medio de aquel que tiene en su mano el cetro del poder que subyuga las inteligencias sin privarlas de su libertad, y se hace obedecer de los hombres sin violentar su voluntad: «Guiad mas adentro, les dice, y echad vuestras redes:» *Duc in altum, et laxate retia vestra*. Y esta voz produce la unidad, y la unidad antes inmóvil se pone en movimiento bajo la dirección del que la representa en toda su perfeccion y es su tipo mas consumado, y logra los resultados que hasta entonces buscára inútilmente. *In verbo autem tuo laxabo rete. Et cum hoc fecissent, concluderunt piscium multitudinem copiosam*.

Esto, señores, no pasa de ser un bosquejo demasiado imperfecto de la accion de la soberanía intelectual produciendo la unidad en la Iglesia católica, figurada en la barca del pescador del lago de Gene-

zareth, desde donde Jesucristo ejerce esa autoridad suprema en que consiste el fenómeno divino que venimos examinando. Pero no por eso deja de darnos una idea bastante luminosa de esa superioridad por excelencia que en vano han aspirado á ejercer sobre los entendimientos todas las escuelas filosóficas y las sectas y comuniones que giran fuera del círculo católico. No ha habido un solo filósofo, un jefe de escuela, una religión que no haya buscado en su ciencia ó en su genio el secreto de esa soberanía que produce la unidad. Todos han erigido un trono en su propio orgullo, desde donde han pretendido reinar como soberanos sobre las inteligencias de sus discípulos ó sectarios. Mas como carecian del verdadero principio de donde aquella dimana, no pudieron hacer frente á los diversos elementos de escision que tienen continuamente al hombre en perpetua hostilidad consigo mismo, ni resistir á la fuerza disolvente que empuja las inteligencias al cisma. El protestantismo, por ejemplo, toma en sus manos la Biblia, se la presenta á sus adeptos, y les dice: «Allí tenéis todo el cristianismo;» y abandonando sus dogmas al libre examen de cada individuo en particular, se empeña no obstante en crear la unidad intelectual, pretendiendo que todos vean una misma cosa en aquellas páginas, y encuentren idénticos dogmas. ¡Ilusión lastimosa! Ciertó que allí están encerrados los verdaderos elementos de la unidad que buscan: indudablemente que la Biblia contiene todas las ideas católicas; pero como quiera que no es el espíritu de Dios el que les guía en sus investigaciones, porque obran bajo la inspiración de su espíritu privado, resulta que no existiendo la soberanía intelectual, los espíritus se dividen, las inteligencias se extravían, confúndense las ideas, cada cual lee una cosa distinta del otro, entiende un pasage de un modo diferente ó le dá un sentido diametralmente opuesto: y de aquí la multiplicidad de creencias, la divergencia de opiniones, la incohesion de símbolos, en una palabra, el choque de las inteligencias, que despues de haber trabajado infructuosamente por crear la unidad, vencidas por la fuerza cismática no recogen por fruto de sus fatigas sino la mas espantosa anarquía: *Per totam noctem laborantes nihil cepimus.* ¿Y qué otra cosa ha logrado el racionalismo, sean las que quieran las formas que ha

tómado desde que se propuso ejercer en el mundo la soberanía intelectual? Ah! Él ha sembrado donde quiera vientos, y no ha recogido mas que tempestades, por usar un simil de los sagrados libros (1); ha querido sojuzgar todos los entendimientos y formar de ellos una sociedad pública; llamó soberana á la razon, y trabajó por hacer de ella la única regla de todos los pensamientos, la única directora de todas las ideas, el principio y fin único de todas las acciones humanas. La ciencia, el génio, la religion, el culto, las creencias, todo quiso que fuese tributario de esa potencia enferma y débil. Aspiró en una palabra, á fundar un sistema universal sobre ese cimiento móvil y deleznable. ¿Y qué sucedió? ¿qué sucede? Lo que no podia menos de acontecer faltando ese principio de fuerza unitaria capaz de contrabalancear el enorme peso que en las inteligencias opone siempre la fuerza cismática. Privadas de un lazo comun, cada cual gira en dirección opuesta, y «llevadas á donde el viento de la casualidad las impele, como dice un sábio orador, no se encuentran mas que para chocarse, formando á lo mas algunas agregaciones fortuitas, como esas nubes que pasan por el cielo sin poder jamás crear un día de reposo.» Así que, todos los esfuerzos del racionalismo no han dado por resultado mas que el caos intelectual, y por consiguiente el descrédito de una escuela que lanzando en el mundo la duda, la confusión de las ideas, el indiferentismo y mil otros gérmenes de escision; lejos de regenerar los pueblos como arrogante se prometiéra, y de crear una sociedad intelectual enteramente nueva, no ha hecho sino dispersar los elementos de sociabilidad, arrojándolos, por decirlo así, al viento de sus ridiculos sistemas, sin legar á los que incautos se dejaron alucinar por ellos mas que una decepcion amarga, un desengáño cruel, y algunos errores mas que añadir al largo catálogo de los muchos de que viene siendo víctima y juguete la humanidad á través de los siglos: *Per totam noctem laborantes nihil cepimus.*

Sola pues la iglesia católica ha podido realizar lo que ha sido imposible á todos los demas sistemas y escuelas que no obran bajo su

(1) Ventum seminabunt, et turbinem metent. (Osee. VIII. 7.)

dependencia. Ella únicamente ha tenido el privilegio esclusivo de crear la unidad intelectual, y de formar una sociedad que se estienda de Oriente á Occidente, y desde el Norte al Sur, que donde quiera crea idénticos dogmas, profesa idénticos principios, obedezca una misma é idéntica voz, y abraza y defiende las mismas verdades, sin divergencia de opiniones, sin division de partidos, sin confusion de ideas, sin multiplicidad de creencias, porque todas ellas parten de un mismo punto, descansan en un solo y único cimiento, atrancan de un mismo centro, y son impulsadas por una misma fuerza unitaria. Y esta fuerza la produce la soberanía intelectual ejercida por el espíritu de verdad en cumplimiento de aquellas divinas promesas. «Como mi Padre me ha enviado, os envío yo á vosotros. Id y enseñad: yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos (1)». Cuando viniere el espíritu consolador que procede del Padre y que yo os enviaré, él os enseñará toda verdad (2). Ved pues explicado el gran fenómeno de la unidad católica, y el por qué ningun otro poder en el mundo ha podido jamás realizar ese pensamiento de sojuzgar las inteligencias sin violencia, y unir las en un haz comun. ¡Qué espectáculo tan sublime! Diez y ocho siglos hace que esa soberanía incomprendible dispone del mundo, cautiva los entendimientos, une las voluntades, y apiña á tantos millones de hombres en derredor de un mismo centro. Hasta en los países mas remotos, en los climas mas desconocidos, en el polo como en el trópico cuenta innumerables hijos esa iglesia universal que fundó Jesucristo, y ovejas que oyen la voz del supremo pastor que á nombre de aquel dirige y apacienta el rebaño católico. Donde quiere la soberanía legada á la iglesia por su augusto fundador produce la mas bella unidad en medio del choque de las opiniones humanas que la disputan el imperio de la inteligencia sin poder jamás conseguirlo. Y no porque el error no haya contado y cuente en la actualidad con multitud de elementos suficientes al parecer para lograr el triunfo contra la verdad. Cuenta con nuestro mismo entendimiento, propenso

(1) Matth. XXVIII. 19.

(2) Joan. XVI. 13. *Vestrum spiritum veritatis et scientiam quam mundus non habet, dabo vobis.* (1)

siempre á dejarse alucinar del brillo deslumbrador de ciertas doctrinas que se ajustan perfectamente á los viciados instintos de nuestra naturaleza. Cuenta con el desorden de nuestra voluntad dispuesta á todas horas á abrazar lo que mas lisonjea el sensualismo, y á rechazar lo que hiere y lastima nuestro orgullo, nuestra vanidad, nuestra ambicion, nuestra molicio, y todas esas malas pasiones que tan fuertemente influyen en nuestras determinaciones. Cuenta con la pendiente innata que á todos nós arrastra hácia las tinieblas, y que nos hace preferirlas á la luz según la sublime espresion de los sagrados libros. Cuenta en fin... ¿Pero quién seria capaz de decir, sin entrar en otros detalles mas minuciosos, la fuerza formidable con que nos empuja hácia la escision el individualismo de nuestra inteligencia, el egoismo de nuestro corazon, y mas que todo esa libertad que Dios nos dió como un don precioso, y de que continuamente hacemos arma para rebelarnos contra el mismo que nos la concediera, para llamarnos independientes, para emanciparnos de todo yugo de autoridad, y pronunciarnos indistintamente contra la verdad ó contra el error, según que mas nos place ó es mas conveniente á nuestras miras?

— Y sin embargo A. M. El prodigio se obra: la unidad intelectual existe, y existe esclusivamente en el seno de la iglesia católica. ¿Quién realiza este gran fenómeno? ¿quién le explica? Las ideas ya hemos visto que son impotentes para ejercer semejante acto de soberanía: y ningun hombre de buen criterio se atreveria á afirmar que ellas por sí solas sean incapaces de sojuzgar tantos pueblos diversos por su carácter, por su educacion, por sus instintos, y cautivar tantos hombres, tantos entendimientos libres bajo el yugo de unas mismas creencias, de unos mismos dogmas, dogmas que hieren en lo mas vivo su independecia y su individualidad, exigiendo una aceptacion dolorosa y sangrienta. No es menos impotente el espíritu humano para crear por sí solo la unidad puesto que de ninguna manera le es dado arrogarse esa autoridad suprema, indispensable para someter todos los entendimientos á una verdad comun. Luego se hace preciso reconocer en la iglesia otro principio mucho mas elevado, otra fuerza incomparablemente mas poderosa, otra so-

beranía que no alcanza á poseer el hombre; y esa soberanía reside en el espíritu de verdad que preside al catolicismo, y está en él y con él desde el día en que descendió sobre los apóstoles en el cenáculo, y de quien les hablaba el Salvador cuando les decía: «Cuando los viéreis ante los reyes ó fuéreis arrastrados á los tribunales, no preméditeis lo que debéis contestar; pues en aquella hora se os inspirarán las palabras que hayais de decir, porque no sois vosotros los que habláis, sino el espíritu de vuestro Padre es quien habla en vosotros (1).» Y ved por qué en medio de las continuas fluctuaciones del entendimiento humano, y en la espantosa agitacion de los diversos sistemas filosóficos que han aspirado á entronizar la razón sobre las ruinas del catolicismo, y á pesar de los vaivenes de tantas opiniones encontradas que han dividido al mundo moral en mil escuelas y sectas diferentes, y á despecho de tantas antipatías, de tantos ódios, de persecuciones tan sangrientas, de ataques tan bruscos, de luchas tan encarnizadas como se han dado á la iglesia, ni el poder, ni el génio, ni la ciencia, ni las preocupaciones de la ignorancia, ni la influencia de los tronos, ni los amañes del error, ni ninguno de tantos elementos como se han empleado en el transcurso de diez y ocho siglos han conseguido derrocar el grandioso edificio de la unidad católica. Mientras que todo lo que es humano perece, y cuando aun aquellas instituciones que parecian destinadas á gozar de una especie de inmortalidad desaparecen de sobre la tierra bajo la accion irresistible del tiempo, y los tronos se hunden, y las dinastías cambian, y los pueblos dejan de figurar en el mapa, sola la unidad católica subsiste, porque la soberanía de la iglesia nunca envejece ni se gasta; atraviesa los siglos siempre bella, siempre pura, siempre invariable, radiante de juventud y de vida, siempre inmortal, porque está apoyada en la infalible promesa de su divino fundador, y en la asistencia perpétua del Espíritu Santo. Jesucristo desde la nave de

(1) Ad praesides et ad reges ducemini propter me in testimonium illis et gentibus. Cum autem tradent vos, nolite cogitare quomodo aut quid loquamini, dabitur enim vobis in illa hora quid loquamini: non enim vos estis qui loquimini, sed spiritus patris vestri qui loquitur in vobis. (Matth. X. 48, 49, 20.)

Pedro habla constantemente á la humanidad, y la humanidad obedece á la voz de su soberana autoridad y forma esa sociedad intelectual pública que se denomina iglesia. Desde allí aplaca el furor de los vientos de las doctrinas humanas que se sublevan contra la verdad, y conspiran á contrabalancear esa fuerza unitaria que la sostiene en medio de las enrespadas olas del error. Desde allí enfrena todos los elementos de repulsion que se agitan en la inteligencia humana, y neutraliza con su palabra poderosa esa otra fuerza cismática que tiende á destruir y á romper los lazos misteriosos que unen entre sí á los hombres en la creencia de unos mismos dogmas. Desde allí en fin envía á los suyos á la conquista intelectual del universo, haciéndoles pescadores de hombres según la espresion del mismo en el presente Evangelio (1), donde quiera, en todas las generaciones que se levantan encuentra eco su doctrina, y crea apóstoles y mártires que prediquen la unidad y mueran en su defensa.

¡Cuan bella, cuan admirable te ostentas á través de los siglos, oh iglesia santa de Jesucristo! ¡Qué poderosa apareces en medio de nuestras luchas y debilidades enriquecida por Dios con el exclusivo privilegio de la soberanía intelectual! Semejante á una reina á quien todo se somete en el mundo de las inteligencias, todo lo arrastras en pos de tí. Los reyes y los príncipes, los sábios y los filósofos, el genio y el poder se unen á tu cortejo, y te rinden homenaje no menos que el pobre y el ignorante; porque todos reconocen en tí el origen de esa suprema potestad que une y estrecha los vínculos sociales de un modo tan incomprensible y divino que á ningún otro principio le es dado poseer. ¡Gloria pues, iglesia de mi Dios! loor eterno á tí que nos asocias intelectualmente en esta vida, para conducirnos después de ella á aquella otra sociedad de puros espíritus que debe durar por toda la eternidad!

(1) Ex hoc jam homines eris capiens. (Luc. V: 10.) y . . .

DISCURSO

PARA LA DOMINICA V DESPUES DE PENTECOSTÉS.

SUPERIORIDAD DE LA DOCTRINA CATÓLICA SOBRE LAS DOCTRINAS DEL RACIONALISMO, CONSIDERADA BAJO SU ASPECTO SOCIAL, Ó SEA POR SU INFLUENCIA EN LAS COSTUMBRES PÚBLICAS Y PRIVADAS.

Nisi abundaverit justitia vestra plus quam Scribarum et Pharisaorum, non intrabitis in regnum caelorum.

Si vuestra justicia no es mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.

MATTH. V. 20.

El apóstrofe que en el presente Evangelio dirige Jesucristo á los enemigos de su doctrina, conviene perfectamente á los que en nuestros dias se han propuesto desacreditarla y rebajarla proclamando en su lugar las insensatas teorías del moderno racionalismo. Estaba el Salvador instruyendo á sus apóstoles acerca de varios puntos, y al hablarles de la ley de Moisés que hasta entonces habia venido rigiendo en el pueblo judío, les dice entre otras cosas: *Si vuestra justicia no es mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entrareis en el reino de los cielos.* No deja de chocar á primera vista esta alusion condenatoria de la conducta de unos hombres que siendo como eran los maestros y doctores de aquel pueblo, encargados de enseñarle é interpretarles la ley divina, distinguíanse entre el resto del vulgo por una observancia de sus preceptos llevada hasta la minuciosidad, y por su exactitud en ejecutar todas las prácticas y

ceremonias del culto. ¿En qué consiste, pues, que Jesucristo anatematiza tan terminantemente á aquellos hombres, hasta el punto de escluir de la eterna bienaventuranza á los que imitan su decantada justicia? No es de creer que su fidelidad en observar los preceptos, fuese el motivo de semejante apóstrofe, ni que Jesucristo condenase precisamente en ellos aquel celo con que exageraban ciertas prácticas de suyo poco importantes para la salvación, siquiera fuesen dignos de reconvencion por ello. Mas no, no es ese el sentido de las palabras del Salvador. Lo que principalmente motivaba aquella condenación espresa de su conducta, era el modo que tenían de interpretar la ley, y el espíritu con que la practicaban. Falsos é hipócritas, á pesar de aquella apariencia de piedad con que se cubrían; corrompidos en sus ideas y mas corrompidos aun en sus costumbres, mal disimuladas con aquel brillo exterior de virtud que les hacía aparecer á la vista de los demas como unos sepulcros blanqueados, segun el oportuno simil de Jesucristo, acomodaban la ley al capricho de sus pasiones, y esplicábanla de un modo que favoreciese á sus viciados instintos. Y ved por qué el Señor, que leia en los interiores de aquellos corazones pervertidos, y veia lo que los Escribas y Fariseos trataban de ocultar bajo el antifaz de un celo y de una justicia al parecer laudables, no solamente les censura y acrimina, sino que exige de sus discípulos otra justicia diferente, otra virtud mas sólida, otra observancia mas perfecta de su ley, y mas conforme al espíritu de santidad que resplandece en su doctrina y á los altos destinos á que están llamados.

Los discípulos de la escuela racionalista, tan superficiales en varias cosas como los Escribas y Fariseos, y no menos diestros, si así puedo espresarme, en esplicar é interpretar la doctrina católica segun sus tendencias y aspiraciones, bien lejos de hacer justicia á su santidad y excelencia, y de reconocer las ventajas que sobre cualquiera otra ofrece, no solamente con relacion al bienestar del individuo y de la familia si que tambien respecto á la sociedad en general, la desacreditan con mil injuriosas prevenciones, no siendo la menor de ellas el asegurar que aísla á los hombres, que los hace insociables, que debilita los lazos que debieran unirles entre sí, y

por consiguiente que se hace preciso admitir otra doctrina mas conforme á las necesidades de la humanidad socialmente considerada, y que se ajuste mejor al desarrollo de los diversos elementos de bienestar que reclaman los pueblos modernos. Y al efecto proclaman como único medio de conseguirlo el racionalismo, en el cual se jactan de encontrar todas las condiciones de progreso y civilización que demandan los adelantos de la época. No seré yo quien intente entablar una minuciosa polémica con esa escuela sobre todos los puntos que abraza su sistema. Limitándome únicamente á lo que acabo de indicar, solo me propongo demostrar «la superioridad de la doctrina católica sobre las doctrinas del racionalismo, considerada bajo su aspecto social, ó sea por su influencia en las costumbres públicas y privadas.» Hed aquí todo el asunto del presente discurso. Invoquemos para su mejor desempeño las luces celestiales, recurriendo á la madre de la luz y de la inteligencia, con la salutación angélica:

Ave María.

REFLEXION ÚNICA

Toda doctrina socialmente considerada, si ha de llenar las condiciones de útil, ventajosa y tal cual reclaman las necesidades de la humanidad, debe tener por primer objeto y último fin el bien público, la felicidad general de todos los individuos. Nacidos los hombres para vivir en sociedad, todo aquello que no tienda á estrechar mas y mas los vínculos que les unen, y á destruir todas las elementos de desórden que puedan oponerse al bienestar comun de los asociados, debe proscribirse como altamente pernicioso; bien así como por el contrario, aquella doctrina que acomodándose á las diversas situaciones de la vida individual y social enseña á cada cual sus respectivos deberes, proporciona los medios de cumplirlos, enfrena los vicios que se oponen á la armonía general, condena y des-

tierra los crímenes que engendran la inmoralidad, y es en una palabra la égida y la salvaguardia de las buenas costumbres, de las buenas ideas, y de las acciones virtuosas y justas, esa es la que únicamente puede llenar las condiciones de esencialmente social y civilizadora, la que puede unir los hombres y salvar los pueblos, moralizar los individuos y engrandecer las sociedades, al propio tiempo que crear y fomentar todo germen de dicha y bienestar bajo todos aspectos.

Y hé aquí puntualmente el carácter propio de la doctrina católica, y lo que constituye su principal diferencia y su superioridad sobre el racionalismo. Éste, proclamando la soberanía de la razón y estableciendo como base de todo su sistema la libertad del pensamiento, engendra desde luego la emancipación de toda autoridad intelectual, conduce irremediabilmente al desprecio de toda ley divina y humana que contraría sus ideas y aspiraciones, y tiene por término, mal que se quiera negar con estudiados sofismas, la omnímoda libertad de obrar sin sujeción á otra regla que la propia inspiración, como que aquella potencia ciega y enferma, y sujeta á tantos errores y extravíos, es la única que según los principios del racionalismo está llamada á decidir entre lo verdadero ó lo falso, entre lo bueno ó lo malo, entre lo justo ó injusto, y á fallar lo que se debe creer ó lo que se debe rechazar, lo que como ventajoso debe ejecutar el hombre, ó lo que debe evitar como pernicioso á su felicidad. La doctrina católica por el contrario apoyada en la revelación, sujeta al hombre, es cierto, á la autoridad suprema de la Iglesia, cautiva su inteligencia y obliga á la razón á curvar su altivez y á sacrificar su orgullo ante las aras de la fé: mas no porque proscriba todo cuanto hay de desordenado en el corazón humano, ahoga por eso sus legítimos sentimientos; ni porque trate de reprimir y enfrenar los excesos de las pasiones individuales, se opone al desarrollo de todos los elementos que pueden contribuir á mejorar el estado social de los pueblos y á afianzar su porvenir. Antes por el contrario, yo sostengo que el bien público se apoya mas sólidamente sobre los principios de la doctrina católica, que sobre los de cualquiera otra fundada en el racionalismo.

En efecto, al oír los nombres de virtud, justicia y probidad, apodérase de nuestros modernos sábios cierta especie de entusiasmo indefinible. Según ellos esto solo basta para asegurar los derechos de la sociedad y para obligar á los hombres á cumplir los diversos deberes que con ella han contraído. Una vez que la razon ha hablado, no es menester mas que escuchar su voz y seguir sus inspiraciones. La religion para nada es necesaria y está demas toda doctrina revelada, puesto que los principios del bien comun están grabados por la naturaleza en el alma de cada individuo. Tal es, en compendio, el sistema racionalista. Y hé aquí la ocasion de decir á los que sostienen esta teoria, lo que Jesucristo decia á los suyos en el presente Evangelio: *Nisi abundaverit justitia vestra plusquam Scribarum et Phariseorum, non intrabitis in regnum cælorum.* No seré yo quien me atreva á negar que hay en el corazon humano un lazo que acerca y une á los hombres entre sí. Tampoco me atreveré á censurar esas virtudes naturales y morales á las que una cierta inclinacion les lleva, y que la razon nutre y fomenta. Enhorabuena. Pero ¿será por eso menos necesaria la influencia de la doctrina católica para inspirar y sostener el cumplimiento de los diferentes deberes que los hombres están llamados á llenar, ya sea consigo mismos, ó con relacion á sus semejantes, ó respecto de la sociedad? Y si es cierto que esta doctrina se acomoda maravillosamente en muchos puntos con las enseñanzas de la razon y con los preceptos de la ley natural, si es indisputable que ella los desarrolla, fortifica y ennoblece, apoyándolos con su sancion divina, y marcándolos con el sello de su perfeccion, ¿quién no ve que en este mismo hecho se demuestra que su principal objeto es el bien público, la felicidad del individuo y el bienestar de la sociedad? ¿Quién no advierte su superioridad sobre las doctrinas del racionalismo, impotentes por sí solas para conseguir esta grandiosa idea?

Y digo impotentes bajo muchos conceptos. En primer lugar, aun cuando la razon sea un patrimonio comun de todos los hombres, no todos son igualmente ilustrados por esa antorcha celestial, siendo evidente que á los ojos de unos brilla con mas resplandor que á los de otros, causa impresiones mas ó menos vivas en los sugetos, se-

gun las diversas disposiciones de cada uno de ellos, sin que jamás tenga en todos indistintamente idéntica actividad y penetración suficiente para estraer de su propio fondo todas las verdades que encierra. Ahora bien, A. M., siendo esto así, fácil es comprender que esta misma desigualdad es ya un obstáculo poderoso para que el racionalismo pueda deducir de su sistema un principio fijo respecto á los deberes sociales del hombre. Y de hecho, si se exceptúan ciertas verdades que caen, por decirlo así, bajo el dominio de los sentidos, ¡cuántas habrá que no puedan comprender muchas inteligencias limitadas, á quienes sus escasas luces no permiten penetrar mas allá de lo que ven con sus propios ojos! Y entonces habrá que convenir en que la verdad no es mas que el monopolio de un corto número de seres enriquecidos por la naturaleza con esos dones que rehusó á la multitud, y que la estension del génio es sobre la tierra la única medida de las virtudes. ¡Qué doctrina tan desconsoladora y cruel! Mas no es necesario hacer grandes esfuerzos de imaginación para persuadirse de esta verdad. Basta solo consultar la historia de los errores del entendimiento humano, menos aun, con solo pararse á reflexionar la movilidad é inconsistencia de esa facultad del hombre, desde luego queda uno convencido de su nulidad y suma impotencia para evitar por sí solo todos los escollos que se presentan ante su razon por ilustrada que sea. Tan pronto se deja arrastrar por un vuelo impetuoso mas allá del término que se le ha prefijado: tan pronto le impide acercarse á él una escesiva pusilanimidad; ora se vé envuelto insensiblemente por mil preocupaciones funestas: ora se vé como cautivado por una autoridad imponente; aquí se deja llevar del demasiado apego á sus propias opiniones: allí se ciega voluntariamente por las tinieblas de unas pasiones que esclavizan su corazon. ¡Y cuántas veces en el conflicto de ideas que se cruzan en su mente, no sabe á qué decidirse ni es capaz de tomar un partido ni de adoptar ninguna resolución!

De aquí resultan por una deducción lógica y necesaria tantas variaciones como se advierten en la escuela racionalista respecto de los diversos puntos de la ley natural, en proporcion que son varios los modos que cada uno tiene de mirar sus principios y de deducir las

consecuencias. Diversificada segun las naciones y segun los espíritus ¿quién será capaz de ponerla al abrigo de los extravíos de la razón, y de esas aberraciones y escesos tan humillantes para la humanidad? ¿A qué tribunal habrá de recurrirse para resolver las dudas, reformar los errores y reparar los perjuicios? ¿Acaso una razón oscurecida se someterá libre y espontáneamente á otra razón mas ilustrada? ¿Qué de subterfugios no inventará, cuántos pretestos frívolos y capciosos no empleará, á cuántos sofismas no recurrirá para apoyar sus derechos y defenderse contra toda influencia estraña! ¿Bajo cuántas formas no se reproducirá á fin de paliar y autorizar cualquier sentimiento que un secreto interés le escitará á seguir! En buen hora que la voluntad de suyo tenga por objeto el bien y á él tienda por un instinto ó sea por un afecto interior grabado por la mano de Dios. Pero ¡ah! Cuando vemos que el imperio de la preocupacion nos hace frecuentemente tan injustos respecto de nuestros amigos y de nuestros prójimos, ¡cuánto mas fácil es que nos dejemos cegar respecto de nuestra propia causa! El espíritu tiene sus extravíos, el corazón sus debilidades: y ni la rectitud de este ni las luces de aquel son suficientes para defendernos contra las ilusiones del uno y del otro. Cierto que el amor de nuestros prójimos es un sentimiento dictado por la naturaleza: ¿pero no lo es tambien que su primera impresion nos arrastra á amarnos á nosotros mismos con preferencia á cualquiera otro? Y en el concurso de esos dos afectos, en el choque de esos dos sentimientos, ¿cuál de ellos será mas fuerte? ¿cuál prevalecerá si no hay una ley mas sublime, y una doctrina mas eficaz que la de la razón que nos enseñe á regularlos? ¡Ah! no nos hagamos ilusion en este punto A. M.: sin la doctrina católica, ese amor razonable que nos debemos á nosotros mismos, degenerará fácilmente en un egoismo glacial é insoportable que nos conducirá á referirlo todo á nuestro propio interés, y por consiguiente á debilitar los lazos que nos unen con nuestros semejantes, á romper los vínculos sociales destruyendo el equilibrio que debe existir entre unos seres llamados á dirigir sus esfuerzos individuales á un fin comun y á una felicidad idéntica. Quitad sino, por servirme de una comparacion que os será fácil comprender, quitad digo esa ley que go-

bierna al mundo físico; suponed por un momento la ausencia de esa fuerza de atracción que sostiene la mecánica celeste según Newton, y en el momento veríais precipitarse los globos en opuestas direcciones y reinar la confusión y el más espantoso desorden. Pues bien, otro tanto podremos decir respecto del mundo moral. Quitad de él esa otra ley que mantiene su mecanismo fomentando la unidad entre los diversos seres racionales, y haciéndoles converger digámoslo así á un centro común, en virtud de un principio que regulando sus derechos y sus deberes en sociedad tiene en calma las pasiones humanas, y no tardareis en ver la pugna de opiniones, el conflicto de intereses, la guerra de sistemas, y disolverse todo en los furros de una lucha fratricida. Prescindid de la doctrina católica y dejad á la razón sola el cuidado de indicar á cada cual lo que debe ejecutar y de señalar las respectivas obligaciones del individuo ora con relación á sí mismo, ora con relación á los demás miembros de la gran familia, y observareis como en el momento en que á cualquiera se le exija el menor sacrificio que hiera su amor propio, su orgullo, ó su susceptibilidad, es bastante ingenioso para hallar motivos plausibles para eludir su cumplimiento. ¿Y qué vendría á ser ese celo tan cacareado del bien público si no tuviese otro apoyo que el sentimiento inspirado por la razón individual? ¿Admiraríase por ventura en todos los hombres esa nobleza de alma que tan rara es entre ellos? ¿Sería en todos idéntico el heroísmo de su corazón? Imposible. Bueno que todos reconozcan, por ejemplo, cuán bello es el ejercicio de la beneficencia: mas no todos se sentirán igualmente dispuestos á practicarla; el amor innato á los placeres sensibles, la propensión á gozar de las comodidades que ofrece la opulencia, y la ambición de multiplicar los elementos de bienestar material, sentimientos todos inspirados por el racionalismo, son otros tantos gérmenes de egoísmo que endurecen el corazón y le hacen insensible á las ajenas miserias, sobre todo cuando en ello no encuentra su satisfacción la vanidad del hombre. Bueno que generalmente se confiese la conveniencia de vivir en pacífica armonía con todos en sociedad; pero como quiera que la razón por sí sola no sabrá siempre sobreponerse á los movimientos de odio y de resentimiento que las pasiones escitan en el corazón hu-

mano, como que ella frecuentemente estraviada por funestos errores le dictará que es natural mirar como enemigos á los que se manifiestan tales, tan luego como aperciba el menor indicio de malicia, opondrá á ella los esfuerzos de la venganza. Bueno que naturalmente se reconozca la injusticia de la ambicion que aspira á enriquecerse y elevarse con los despojos de la agena miseria; ¿pero quién cree que la razon será bastante poderosa para sostener en todos este noble sentimiento? Desde el momento en que el hombre podrá intrigar sin herir su reputacion, no háy duda que maniobrá mañosamente, y disimulará con artificio sus intenciones por sostener derechos imaginarios y legitimar sus fraudes é injusticias bajo las apariencias de una intachable probidad. Por último, la subordinacion, se dirá, es necesaria: el órden exige por una parte la autoridad y por otra la obediencia á los poderes constituidos para mantener el equilibrio social; pero ¿cómo podrá el racionalismo enfrenar los ímpetus de rebelion que nacen á cada instante dentro del hombre, y ese espíritu de independencia que tiende á emanciparse de toda autoridad que se opone á sus caprichosas exigencias? No: tan luego como se habrá persuadido de que no es conveniente fortalecer el imperio del poder con la esclavitud de la dependencia, procurará sacudir el yugo que le oprime, y no dudará resistirse cuan decididamente pueda á los derechos siempre sagrados y respetables de una justa dominacion. Yo apelo señores aquí á esa misma razon que tanto ensalzan sus partidarios hasta divinizarla y hacerla la única reina del mundo. Yo apelo á esa multitud de errores que diariamente abraza y defiende en su loco delirio, ocultándolos con las apariencias de la verdad. Ahí está la historia, leedla, y vereis el largo catálogo de aberraciones á que ha dado lugar esa escuela, y la interminable estadística de crímenes sociales que ha legado á la posteridad en el transcurso de diez y ocho siglos, sin contar con los innumerables que en los seis mil años que precedieron al Evangelio degradaron y cubrieron de baldon y de ignominia á la humanidad.

Por eso Dios, conecedor del corazon humano, y queriendo prevenirle contra sus propias sorpresas, y no dejar espuesto el bien general de la sociedad á la debilidad ó á los artificiosos sofismas de la

razon, despues de disponer á los hombres con el sentimiento de la ley natural, les habló por medio de su unigénito, les reveló sus verdades, y les legó una doctrina tan santa, tan pura, y tan sencilla al par que sublime, que no pudiesen sustituir la ambigüedad de las interpretaciones á la luminosa claridad de sus divinas enseñanzas. Tal es la doctrina del Evangelio y de la tradicion esplicada y enseñada por la iglesia católica, que es la depositaria de la verdad, la columna y firmamento, y el único tribunal inapelable constituido por Jesucristo en la tierra para interpretarla y distinguirla del error. Y en esa doctrina universal que se adapta á todas las capacidades, y encierra documentos de vida para todas las edades y situaciones, se hallan todos los principios de sociabilidad, todos los elementos de orden, todas las condiciones de bienestar y dicha individual y social, y el freno de todos los vicios, y el remedio de todos los desórdenes, y la regla de todos los deberes, y el apoyo de todos los derechos legítimos, en una palabra, cuanto puede contribuir á regenerar el mundo moral, á rectificar las ideas estraviadas, á crear gérmenes de civilizacion y de progreso bien entendido, á robustecer los vínculos de la unidad, á promover los verdaderos intereses de los pueblos, á arraigar las buenas costumbres, los buenos hábitos y las nobles aspiraciones, á oponerse á los elementos desorganizadores que engendran la rebelion y la anarquía, á contener el impetu de las pasiones que tienden á destruir el equilibrio de los diversos poderes que rigen el mundo, en suma á dirigir á todos los hombres por medio del amor y de la virtud á sus sublimes destinos. Lo que el racionalismo jamás ha podido conseguir al cabo de tantos siglos que viene multiplicando teorías y ensayando proyectos, lo hace la doctrina católica: porque ella es la luz que el Salvador trajo al mundo para ilustrarle y enseñarle, la luz indeficiente é incorruptible que muestra á los hombres, y á cada uno de ellos de una manera clara y segura el camino que deben seguir para llegar á la positiva felicidad que están llamados á poseer.

Y ved cómo resalta la grandeza de esta doctrina comparada con las doctrinas del racionalismo, cuya insuficiencia para fijar los legítimos deberes del hombre social, demuestra la superioridad de aque-

lla de una manera que no deja lugar á la menor duda, que es lo que me propuse probar en este breve rato. Sí, A. O.: la doctrina católica es la única que desenyuelve admirablemente todas las verdades que el hombre debe creer y aceptar, la que disipa todas las tinieblas de su inteligencia, la que fija las incertidumbres de su razon. Ella encierra la solucion de todas las dificultades, la respuesta á todas las dudas, y la refutacion de todos los sistemas que se agitan en el mundo intelectual. Siquiera haya opiniones que dividan en el seno del catolicismo los entendimientos respecto de algunos puntos estraños al dogma, aunque á veces en el campo de la discusion se debatan doctrinas mas ó menos fundadas, no por eso son menos ciertos é invariables los principios: y tan luego como la Iglesia habla, toda discusion cede, toda opinion calla, todo entendimiento se somete, toda razon se inclina ante su infalible fallo, porque ella sola posee, como demostramos en el discurso anterior, ese privilegio admirable de la soberanía que une los espíritus y armoniza entre sí las inteligencias de un modo incomprensible, agrupándolas en derredor de una fé comun y de unas mismas verdades.

No nos separemos un punto de ese centro, reservemos el depósito de esa doctrina tan superior á todas las doctrinas del racionalismo. Ella sola nos facilitará todos los elementos que podamos necesitar para llenar nuestros deberes como católicos y como hombres nacidos para vivir en sociedad. Ella nos conducirá en este mundo por las seguras sendas de la verdad y de la virtud, al término de nuestro destino que es la perdurable inmortalidad.

DISCURSO

PARA LA DOMINICA VI DESPUES DE PENTECOSTÉS.

CAUSAS POR QUÉ SIENDO UNA MISMA LA DOCTRINA CATÓLICA NO PRODUCE EL MISMO EFECTO EN TODAS LAS INTELIGENCIAS QUE LA RECIBEN, NI SATISFACE ESA HAMBRE MISTERIOSA DE VERDAD QUE AQUEJA A TODOS INDISTINTAMENTE.

Misereor super turbam: quia ecce jam triduo sustinent me, nec habent quod manducent; et si dimiseró eos jejunos deficient in via.

Me dá compasion esa multitud de gentes: porque hace ya tres dias que están conmigo y no tienen que comer; y si los envío á sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino.

MARC. VIII. 2. 3.

El hecho que hoy nos refiere el sagrado Evangelio es mas que un recuerdo histórico: es una enseñanza, una lección sublime que envuelve los mas preciosos documentos, y de la que se desprenden las mas importantes consecuencias. Recorria Jesucristo los pueblos de la Judea llenando la mision augusta que recibiera del cielo. Su nombre se hacia popular en todas partes: por do quiera que transitaba corrían tras él los hombres llenos de religioso entusiasmo, deseosos de verle y de escuchar su doctrina; y cuando una vez habian logrado acercarse á él, no sabian separarse de su lado, ya fuese por la admiracion y las simpatias que inspiraba, ó bien por los abundantes consuelos de todo género que sus manos benéficas derramaban con prodigalidad. En una de estas ocasiones, «*como subiese á la cima de un monte, y viese desde allí la numerosa multitud de personas que le seguian, dijo á sus discipulos: Causanme compasion esas gen-*

tes: pues hace ya tres dias que están conmigo, y no tienen que comer, y si los envio á sus casas en ayunas, desfallecerán en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos. Respondiéronle á esto sus discipulos: ¿Cómo podrá nadie en esta soledad proveerles de pan en abundancia? Pero Jesus les preguntó: ¿Cuántos panes teneis? Siete: dijeron ellos. Entonces mandó á la gente que se sentase en tierra: y tomando los siete panes, dando gracias, los partió y dió á sus discipulos para que los distribuyesen entre la multitud, y ellos se los repartieron. Tenian además algunos pececillos: bendijolos tambien, y mandó distribuirselos. Y comieron hasta saciarse, y de las sobras recogieron siete espuertas.

Este milagro de la divina Providencia, cuya posibilidad han negado los incrédulos de los últimos tiempos, se opera todos los dias de una manera no menos admirable en el mundo por el ministerio de la Iglesia católica. Lo que en sus dias hizo Jesucristo con las turbas que le seguian, repítelo á cada instante, siempre, constantemente en favor de toda la humanidad. La humanidad es á no dudarlo ese sér moral representado en aquella inmensa muchedumbre. Hambrienta en el desierto del mundo, diez y ocho siglos hace que viene clamando en pos de un alimento mas nutritivo, mas conforme á sus necesidades, de una doctrina capaz de responder á las diversas exigencias de la vida, y de fortalecerla para hacer frente á las vicisitudes y continuos vaivenes sociales que la tienen en perpétuo conflicto. Ha experimentado la inutilidad de todas las doctrinas humanas que vienen disputándose el dominio de la inteligencia, ha visto que las diferentes escuelas que unas tras otras se han sucedido arrogándose el imperio de la verdad, no la han proporcionado mas que un pan insubstancial, enseñanzas erróneas, preceptos ambiguos, doctrinas incoherentes, que en vez de aplacar esa hambre innata de felicidad que la atormenta, no han hecho mas que irritarla, dejando en su corazon un vacio inmenso que nada basta á llenar. Por eso á pesar de los incansables esfuerzos del racionalismo, á despecho de sus pomposas teorías y de sus campanudas declamaciones, la humanidad siempre hambrienta, nunca satisfecha, corre con muy cortas es-

cepciones en pos de Jesus que está en la Iglesia católica hasta la consumacion de los siglos; levanta sus ojos á esa montaña misteriosa desde donde habla á todos los pueblos y derrama en todos ellos los inmensos beneficios de la civilizacion cristiana; escucha esa doctrina celestial é infalible que encierra todos los gérmenes de verdadera dicha y positivo bienestar; y Jesus multiplicando prodigiosamente su palabra, y distribuyéndola por el ministerio de sus apóstoles y doctores, á quienes disemina por toda la redondez del globo para que lleven á los pueblos ese pan misterioso que dá la vida religiosa y social, perpetúa en el mundo el milagro del desierto, con la única diferencia que aquel solo tuvo por objeto satisfacer la necesidad material de aquellas gentes, y aquí tiene un fin mas elevado, como que se refiere á llenar las exigencias mucho mas apremiantes de la humanidad hambrienta de verdad y de justicia. Siendo, pues, indudable que esta multiplicacion prodigiosa se verifica, que este milagro es perpétuo y subsistente en la Iglesia, solo nos resta examinar «las causas por qué no en todas las inteligencias produce el mismo efecto la doctrina católica, esto es, por qué no satisface en muchas de ellas esa hambre innata de verdad que las atormenta y las deja arrastrar por las erróneas teorías del racionalismo.» Hed aquí todo el asunto del presente discurso, etc.

AVE MARÍA.

REFLEXION ÚNICA.

Que la humanidad colectiva é individualmente considerada esperimente dentro de sí misma una propension irresistible hácia la verdad, es un principio indisputable: y tan imposible seria que la inteligencia la desechase conocida como tal, como que la voluntad se adhiriese á lo malo una vez aprehendido bajo este concepto. Sin embargo, la historia del hombre, la historia de las aberraciones monstruosas del entendimiento humano en todos los pueblos y en todos los

siglos, nos presenta un fenómeno que á primera vista no parece ofrecer grande interés, y que bien observado no es de tan fácil solucion. La verdad existe en el mundo: los hombres la desean, la buscan, tienen hambre de ella, la piden con avidez: á su consecucion sacrifican todo su tiempo, su reposo, los esfuerzos de su inteligencia y los recursos de su génio: puede decirse que ella únicamente es el objeto de sus aspiraciones y desvelos, y el término de sus esperanzas; y sin embargo esa verdad que tan luminosa se muestra en la doctrina católica, y que á todos convida á gustar de sus enseñanzas, se vé desairada por muchos que huyen de ella como de un sér enojoso é importuno; contra ella levántanse escuelas numerosas; falanges formidables vienen haciéndola una guerra sin descanso; unas tras otras se alzan teorías sin cuento é innumerables doctrinas que la interceptan el paso á manera de un muro inespugnable: y entretanto el hambre crece, las necesidades de la humanidad se multiplican cada dia en proporcion que la falta ese alimento que una gran parte de ella busca inútilmente fuera del catolicismo. ¿Cómo es esto? ¿En qué consistió que teniendo los hombres la verdad tan cerca de sí mismos no la hallan? ¿Por qué operándose todos los dias esa portentosa multiplicacion de la palabra divina que á todos indistintamente se distribuye, hay tantas inteligencias hambrientas, cuando tantas otras se ven saciadas de ese pan misterioso? ¿Será acaso que la naturaleza humana haya cambiado en sus aspiraciones, en sus instintos, en ese irresistible impulso hácia lo verdadero con que la distinguió entre todos los demás séres la mano creadora? No es posible, y el suponerlo seria mas que un error una intolerable blasfemia lanzada contra la infinita bondad y sabiduría de Dios. ¿Será que la verdad haya dejado de brillar con el divino resplandor con que la enriqueció su autor inefable, y que no tenga suficiente fuerza de atraccion para resistir á la fuerza repulsiva del error? Tampoco, puesto que la verdad es una, invariable, eterna como Dios de donde emana, y siempre idéntica, cualesquiera que sean los cambios y transformaciones que pueda sufrir el mundo moral. Luego la esplicacion de ese fenómeno, la solucion de ese gran problema que hoy nos ocupa está en el hombre mismo, en su inteligencia enferma y extraviada por la

rebelion primordial verificada en el paraíso, en la alteración de todas sus facultades, víctimas del mas espantoso desorden; y mas que todo en la corrupcion de su voluntad, foco y origen de los estravios de su entendimiento. Los vapores inficionados por las pasiones de su corazon, levantan una densa nube que impiden á su inteligencia ver la claridad de la luz, verificándose así, segun el oráculo del Salvador, la preferencia que ciertos hombres dan á las tinieblas (1). Y no porque estas pueden satisfacer ese impulso de instruccion que es natural al ser intelectual, no porque el error sea capaz de llenar sus necesidades, no porque en él pueda hallar el reposo que ansia, ni menos ver saciada esa hambre misteriosa que le atormenta: sino porque existiendo, como observa oportunamente un sábio escritor contemporáneo, entre la verdad y el deber una relacion que hace que las cuestiones del espíritu sean tambien cuestiones del corazon, amenazándonos cada descubrimiento en Dios con una virtud, y exigiendo un sacrificio del orgullo ó de los sentidos, la debilidad y las pasiones vienen en auxilio del error y hacen un peso terrible en la lucha de las inteligencias, lucha que ha venido á ser la del bien y del mal. Y ved ya explicado en parte ese fenómeno que nos presenta la humanidad en sus relaciones con la verdad católica; el por qué siendo ésta una á pesar de su prodigiosa multiplicacion, no en todos produce idénticos efectos; por qué dándose á todos, comunicándose indistintamente á las inteligencias elevadas lo mismo que á las mas humildes, muchas de ellas no la gustan, no la aceptan, y por consiguiente lejos de satisfacer su hambre, las deja en la misma necesidad que antes tenian; por qué, en fin, habiendo sido criadas todas para la luz, amando instintivamente la luz, y no pudiendo ser cautivadas sino por la luz, abrazan no obstante algunas las tinieblas y se complacen en amontonarlas á su alrededor para no ver la claridad de la verdad que se presenta á sus ojos. ¡Ah! Es que hay en el sér humano una parte vil y vergonzosa que busca en la satisfaccion de los apetitos brutales del sensualismo una felicidad quimérica, que se deja arrastrar hácia los placeres terrestres, y siente una fuerte

(1) Et dilexerunt homines magis tenebras quam lucem. (Joan. III. 49.)

propension hácia todo cuanto halaga la concupiscencia de la carne: y como contra ésta está en continua lucha el espíritu (1), y como contra la ley de la mente no cesa de gritar la ley de los miembros (2), de aquí resulta que para poder disfrutar del placer que alucina, se hace preciso rechazar la verdad que esclarece y alumbra, á fin de no ver lo que contraría y disgusta. Por eso al asegurar Jesucristo que los hombres amaron mas las tinieblas que la luz, añade inmediatamente como causa de este desórden tan opuesto á la naturaleza del sér humano; «porque sus obras eran malas (3).»

Pero no es esta sola la causa del fenómeno que nos ocupa, ni basta lo dicho para esplicar ese misterio de contradicción que hallamos en el mundo moral con respecto á la verdad católica. En el pasaje del presente Evangelio tenemos un simil que, aunque imperfecto, no deja de darnos una idea bastante luminosa para comprender el origen principal de esa hambre que aqueja á una gran parte de la humanidad, aun despues que la verdad ha venido al mundo y se multiplica y distribuye prodigiosamente por el ministerio de la Iglesia. Yo le hallo, señores, primeramente en que no se busca donde se debe, y en esto pecan los hombres por defecto de elevacion, ó mas bien por demasiada bajeza en sus miras; y en segundo lugar porque no se busca como se debe, y bajo este concepto pecan por falta de perseverancia. Me esplicaré. Lanzad una mirada sobre el inmenso gentío que sigue al Salvador. En tanto que aquellas turbas se detienen en la llanura, nada veis mas que enfermos, famélicos, innumerable multitud de séres á quienes acongoja una irresistible necesidad que no pueden satisfacer porque carecen del alimento que reclama su debilidad y su cansancio. Pues otro tanto es lo que vemos en el mundo moral, el mismo espectáculo triste y desconsolador nos presenta una multitud de hombres, un sinnúmero de inteligencias enfermas y débiles que yacen todavía en las tinieblas del

(1) Caro concupiscit adversus spiritum, spiritus autem adversus carnem. (Ad. Galat. V. 17.)

(2) Habeo aliam legem in membris meis, repugnantem legi mentis meae. (Rom. VII. 23.)

(3) Erant enim eorum mala opera. (Joan. III. 19.)

error, hambrientas de verdad y deseosas de satisfacer esa necesidad irresistible que las impulsa hácia ella. ¿Y por qué? Porque se han detenido en la llanura, porque no se han levantado mas allá de donde pisan sus pies para ver la verdad que reside en la altura, sobre la cumbre de la montaña santa donde Jesus está en la Iglesia y con la Iglesia. ¿Qué importa que ciertos hombres, sejuzgados por los prodigios que á través de las edades viene operando en el mundo la doctrina católica, atraídos por la sublimidad de sus dogmas, y cautivados por ese poder misterioso que ha vencido al universo, regenerado los pueblos y civilizado las sociedades, hayan comprendido cuanto hay de dulce y consolador, de grande y eficaz en la religion verdadera, si en vez de subir con valor hasta la cresta de la montaña con Jesucristo, se quedan al pié de ella: esto es, si en vez de elevarse por medio de la fé á la posesion de aquellas verdades sobrenaturales que enseña el catolicismo, lejos de buscar allí en la altura de la suprema autoridad de la Iglesia donde reside la infalibilidad ese alimento misterioso que sácia el hambre del alma, y satisface todas sus necesidades, y calma la lucha de las pasiones, y fortalece la debilidad del espíritu, buscan acá abajo, en el horizonte mas próximo á la naturaleza física, en las doctrinas del racionalismo, un órden de cosas que satisfaga las exigencias ó mas bien los caprichos de una inteligencia enfermiza y poco dispuesta á abrazar ciertos principios que mortifican y punzan el orgullo, y están en lucha con las pasiones? ¿Qué otra cosa pueden esperar los hombres detenidos en la llanura y entregados á los recursos de esa escuela que jamás se remonta mas allá de las inspiraciones del individualismo, ni admite otras enseñanzas que las de la razon que ha querido divinizar, qué pueden esperar, repito, sino la hambre que dejan siempre las doctrinas humanas, el vacío de la duda, y las angustias del error? No: en vano mirarán á Jesucristo si con él no suben hasta la cumbre del monte; inútilmente esperarán saciar su necesidad si á través de las dificultades que oponen la sensualidad, el egoismo y demas pasiones que á manera de escarpadas rocas hacen penosa la subida, no se elevan mas allá de los pensamientos terrenales, no se remontan sobre esa atmósfera preñada de miasmas corrompidos, en donde solo

brilla una luz momentánea que fascina los ojos del cuerpo, y hollando decididamente los abrojos que punzan y saltando por sobre las espinas que lastiman el amor propio y el orgullo de la razón, no van á buscar la verdad allí donde únicamente puede hallarse, en el seno del catolicismo, en el centro de la unidad, en la altura de la potestad suprema de la Iglesia, desde donde el Salvador espera á todos cuantos con fé ardiente y con animoso valor corren en pos de él: desde donde obra todos los días la prodigiosa multiplicación de su palabra, y llena sobreabundantemente con su doctrina las diferentes necesidades de los pueblos y de los individuos. Apiedad de su debilidad, compadecido del hambre que les aflige, de manera alguna quiere despedirles sin proporcionarles el alimento que reclama su situación; desea facilitarles todos los elementos de verdadero bienestar y de positiva y sólida bienandanza, nada ansia con tanto ardor como que prosperen y se engrandezcan, y progresen en las vías de una civilización bien entendida. ¿Pero es por ventura culpa suya que ellos no suban á recibir el pan de la doctrina católica que encierra todos los elementos de progreso y de prosperidad individual y social? ¿Es culpa suya que no quieran elevarse sobre las mentirosas doctrinas del racionalismo, que los degradan al par que los tienen siempre estacionarios sin dar un paso adelante, alucinándolos con pomposas declamaciones y con insensatas teorías, muy bellas en el papel pero nulas en la aplicación, seductoras en teoría pero ineficaces en la práctica? Y no es decir, señores, que los hombres y los pueblos hayan adoptado estas enseñanzas y adheridose á esta escuela por convencimiento, ó porque los resultados les hayan hecho conocer que la doctrina católica sea insuficiente para responder á las diversas necesidades de la época. No han faltado, en verdad, quienes ó por odio á ella, ó por efecto de una prevención maligna, han dicho como allá los desconfiados discípulos del Salvador á vista de los pocos recursos con que contaban para alimentar á las turbas: «¿Cómo podrá nadie en esta soledad proporcionarles pan abundante?» *¿Unde illos quis poterit hic saturare panibus in solitudine?* «La industria, han gritado, se halla encadenada y necesita de un grande impulso que desarrolle sus elementos de prosperidad; el orden está

amenazado, y por do quiera rugen las tempestades que pueden arrastrar en pos de sí las naciones y la sociedad en masa; la civilización reclama un apoyo, y se hace preciso arrancar los gérmenes de despotismo que nos han dejado las pasadas luchas; la miseria es inmensa, los peligros son inminentes, ¿qué será de la humanidad si una mano bienhechora y poderosa no la levanta de la postración en que yace? Apelemos á la razón, evoquemos la libertad del pensamiento, proclamemos la soberanía de la inteligencia. Solo el racionalismo podrá satisfacer las apremiantes necesidades del siglo, solo él será capaz de calmar esa hambre de progreso que le atormenta, solas sus doctrinas conseguirán dar impulso á sus ideas y hacerle marchar hácia sus sublimes destinos. Por lo demas el catolicismo pasó ya, y sus enseñanzas son impotentes para responder á las nuevas y diferentes exigencias de la humanidad á la altura de civilización en que se ha colocado. ¿Cómo podría él desenvolver los elementos de bienestar individual y social que la generación actual há menester, y reclama y pide con urgencia? » *¿Unde illos quis poterit hic saturare panibus in solitudine?* Hé aquí, como observa un ilustrado orador, el grito de todas las épocas de agitacion, de toda existencia crítica, el grito de desesperación de un siglo que no encuentra la verdad por mas que la desea, porque pretende hallarla fuera de su centro. Y ese grito que ciertos espíritus se complacen en lanzar, envuelve el sistema de las pasiones culpables que aspiran á aprovecharse de una falsa alarma; es la estratagema de los que buscan el medio de fortalecer sus esperanzas criminales desesperando á los demas; es en fin el grito impío de los materialistas, escépticos y racionalistas de todos matices, de aquellos que mirando siempre abajo, nunca elevan sus pensamientos de la tierra para buscar la verdad en la altura de las enseñanzas divinas de Jesucristo, sobre la cima del monte santo donde reside Jesucristo rigiendo invisiblemente á su Iglesia, comunicándola sus luces, obrando siempre el prodigio de la multiplicación de su palabra, y distribuyendo por su ministerio ese pan de la verdad eterna que fortalece á los débiles, que sácia á los hambrientos, y acomodándose á todas las situaciones de la vida del individuo, y á las diversas necesidades de los pueblos, facilita á

todos elementos en abundancia para lograr la dicha que deben apetecer y la bienandanza á que deben aspirar.

Pero no basta subir á la montaña, sino que es necesario sentarse en derredor de Jesucristo para saciarse como las turbas del presente Evangelio. Es decir, que no es suficiente que los hombres busquen la verdad allí donde se halla, si no tienen la perseverancia necesaria para buscarla. ¿Cómo es posible consigan satisfacer esa hambre misteriosa que llevan dentro de sí mismas, ciertas inteligencias que divagando sin cesar de sistema en sistema, dejándose arrastrar de todo viento de doctrina al capricho de sus locos pensamientos, ensayando teorías, cambiando de opiniones, nunca se fijan, jamás tienen reposo, y marchan sin cesar envueltas en un laberinto tortuoso de principios incoherentes que las confunden y llenan de tinieblas? Pues ved, como os dije antes, el segundo defecto en que incurre una gran parte de la humanidad, y uno de los mas poderosos motivos porque nunca vé satisfecho ese instinto que la impulsa hácia lo verdadero, porque no se sienta al lado de Jesus, porque no escucha con calma las enseñanzas de la Iglesia, porque no medita como debe su palabra ni busca en ella con respeto la luz de la ciencia y los elementos del positivo saber. El crimen mas general y característico de los hombres del siglo en que vivimos, es un orgullo insensato que les impulsa á no admitir otras enseñanzas que las de su propia razon, ni á reconocer otra dependencia que la de sus propias ideas, ni á curvarse ante otro poder, mas que ante el poder de su propia soberanía. Así se explica que jamás haya habido tantos filósofos, pero tampoco tantos incrédulos; nunca mas economistas, pero nunca mas miserias de toda especie; en ningun tiempo mayor número de escuelas en todos los ramos del saber humano, y sin embargo, nunca mayor ignorancia de los verdaderos elementos de prosperidad individual y social. Todos quieren erigirse en maestros, todos se han empeñado en seguir las inspiraciones de su razon individual, y hasta pretenden forzar en cierto modo á la verdad á seguir los delirios de su estraviada inteligencia y á conformarse con sus caprichosas exigencias. Y de ahí las luchas intelectuales, la guerra de los espíritus, los desgarramientos sociales, y los angus-

liosos terrores de los pueblos, á vista del sombrío porvenir que se divisa en lontananza presagiando nuevos y mas terribles conflictos, y desgracias mucho mayores, y mas sangrientos combates... ¡ Tan cierto es que el orgullo de la razon y la rebelion de la inteligencia, nunca han podido producir mas resultados que decepcion y errores sin cuento, escitando así cada vez mas la hambre de la humanidad, irritando en mayores proporciones esa necesidad misteriosa de verdad que nunca halla satisfaccion cumplida en las doctrinas del racionalismo, impotente por mas que se esfuerce en demostrar lo contrario, para realizar ese colosal pensamiento de regeneracion social que se atrevió á concebir en malhora para desgracia del mundo! No: para llegar á deducir consecuencias ciertas, se hace preciso que haya principios ciertos, y esta certidumbre no la posee ni puede poseerla el racionalismo; solo es propia y caracteristica de la doctrina católica; en ella debe buscarse, puesto que solo ella la ha recibido de Dios que la asiste por medio de su divino Espiritu, cuya asistencia no la faltará mientras duren los siglos. Menester es fijarse en el centro de la unidad, sentarse á los pies del Salvador, recibir de las manos de la Iglesia el alimento de la divina palabra, gustar con calma el pan místico de sus enseñanzas, y de este modo y no de otro quedará satisfecha el hambre de verdad que aqueja á las inteligencias. Por no hacerlo así, se ven tantas almas hambrientas que á pesar de esa prodigiosa multiplicacion de la divina palabra verificada constantemente en el catolicismo, nunca consiguen hartura y satisfaccion, y andan siempre escualidas y desfallecidas como las turbas de nuestro Evangelio. Se las resiste emprender el penoso camino de la abnegacion de sus propias luces, encuentran una dificultad suma para subir al monte misterioso de la unidad, experimentan una repulsion incesante que las detiene y no las deja abordar á Jesucristo personificado en su Iglesia, centro único de toda verdad religiosa: y ved por qué fluctuando entre sus aspiraciones y deseos, y los obstáculos que las presentan su razon soberbia y sus funestas pasiones, si bien oyen la doctrina evangélica, no la reciben cual debieran, y aunque se les distribuya ese alimento misterioso que dá la vida eterna, no le digieren bien, y por consiguiente no obra en ellas los

efectos que está destinado á producir, y que de hecho produciria, si sobre la montaña al lado del Salvador, esto es, con entera sumision á su autoridad visible, oyesen las enseñanzas del catolicismo.

Ahora pues que conocemos A. M. las causas que impiden tan maravillosos efectos, trabajemos por remover todos los obstáculos que el orgullo de nuestra razon ó el ascendiente de nuestras pasiones intenten oponer á la realizacion de ese gran prodigio. Renunciemos desde luego á aquella y á estas; sacrifiquemos ante las aras de la fé esa independencia quimérica de nuestra inteligencia, esa libertad funesta del pensamiento, causa de todos nuestros errores y extravios. Sigamos á Jesucristo donde quiera; y sin detenernos ni por las dificultades del camino, ni por el cansancio que pueda ocasionarnos, subamos en su compañía hasta la cumbre del monte, sentémonos á su lado, recibamos de mano de sus apóstoles, esto es, del sacerdocio, ese pan misterioso; y alimentados con él debidamente, hallaremos en el tiempo completa satisfaccion á todas nuestras necesidades espirituales, y hartura á esa hambre innata de verdad que experimentamos, y nos proporcionará un porvenir glorioso en el cielo, en donde saciados sobreabundantemente con la posesion de la divina esencia, gozaremos de ella por los siglos de los siglos.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

INDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO PRIMERO.

Páginas.

- I. *Introduccion ó discurso preliminar*, sobre la mision del Sacerdocio católico en la predicacion de la divina palabra, con relacion á las necesidades del siglo presente, y al desarrollo de las ciencias humanas. 1
- II. *Discurso para la Dominica I de Adviento*. Grandeza y magestad del catolicismo, anunciado como primer elemento civilizador de las sociedades. 11
- III. *Discurso para la Dominica II de Adviento*. Unánime conformidad del mundo en esperar un Salvador cuya doctrina reuniese todas las condiciones de verdadera y esencialmente civilizadora. 14
- IV. *Discurso para la Dominica III de Adviento*. Mision sublime del catolicismo, perpetuada en la Iglesia por medio de su doctrina divina y civilizadora. 28
- V. *Discurso para la Dominica IV de Adviento*. Solo el catolicismo estaba llamado á desarrollar los fecundos gérmenes de la verdadera civilizacion, rectificandó con su doctrina las estraviadas ideas de la humanidad. 41
- VI. *Discurso para la Dominica infraoctava de Navidad*. El catolicismo considerado como principio de ruina para los pueblos y los individuos que rechazan su doctrina esencialmente civilizadora, y como principio de resurreccion para los que perseveran constantemente adheridos á las sublimes verdades que enseña. 52
- VII. *Discurso para la Dominica I despues de Epifanía*. Únicamente en el catolicismo se puede hallar á Jesucristo, porque solo allí reside la unidad de la fé, y la verdadera doctrina de la divina revelacion. 66
- VIII. *Discurso para la Dominica II despues de Epifanía*. Necesidad de una autoridad divina pública é infalible que enseñe al hombre las verdades reveladas, y las conserve inalterables contra los estravios y errores de la razon humana. 79
- IX. *Discurso para la Dominica III despues de Epifanía*. Sola la iglesia católica es la que posee esclusivamente la

- prerogativa de la infalibilidad dogmática, y por consiguiente la única depositaria de la divina revelación. 91
- X. *Discurso para la Dominica IV después de Epifanía.* Impotencia de todas las doctrinas humanas conjuradas contra la verdad católica. 104
- XI. *Discurso para la Dominica V después de Epifanía.* La esterilidad del proselitismo protestante prueba de una manera irrefragable que no es esta secta la verdadera iglesia de Jesucristo. 116
- XII. *Discurso para la Dominica VI después de Epifanía.* El catolicismo protegiendo en todas épocas el movimiento civilizador, ha demostrado que lejos de ser enemigo del verdadero progreso, es por el contrario su principal elemento. 129
- XIII. *Discurso para la Dominica de Septuagésima.* Influencia universal del catolicismo en la propagación y desarrollo de la ciencia en todos los ramos del saber humano. 141
- XIV. *Discurso para la Dominica de Sexagésima.* Las pasiones son las que vienen perpetuando en el mundo la lucha entre el error y la verdad, y ese principio de repulsión que impide la fecundidad de la doctrina católica. 154
- XV. *Discurso para la Dominica de Quincuagésima.* La fé en Jesucristo que fué el único principio de salvación en las sociedades antiguas, es la que puede salvar hoy á los pueblos modernos. 167
- XVI. *Discurso para la Dominica I de Cuaresma.* Necesidad de la doctrina católica, como principio esencialmente vital de las sociedades. 180
- XVII. *Discurso para la Dominica II de Cuaresma.* Sin el concurso de la doctrina católica y fuera de su círculo, no pueden existir las verdaderas condiciones de sociabilidad. 192
- XVIII. *Discurso para la Dominica III de Cuaresma.* Toda sociedad que obra fuera del círculo de la unidad católica, ejerce un verdadero despotismo sobre la inteligencia humana. 206
- XIX. *Discurso para la Dominica IV de Cuaresma.* Divinidad del catolicismo probada por su establecimiento en el mundo, por su desarrollo y su perpetuidad. 220
- XX. *Discurso para la Dominica de Pasión.* Inexcusable contradicción de los que en vista de la excelencia de la doctrina católica, reconocida aun por sus mismos émulos, se resisten á confesar su divinidad. 233
- XXI. *Discurso para la Dominica de Ramos.* El espontáneo impulso que se nota generalmente en los espíritus hácia la verdad, hace presagiar el completo triunfo de la unidad católica. 246
- XXII. *Discurso para la Dominica de Pascua de Resurrección.* 262

- El hecho de la Resurreccion basado en las pruebas mas auténticas, es la demostracion mas evidente de la divinidad de Jesucristo y de la religion católica. 259
- XXIII. Discurso para la Dominica I despues de Pascua de Resurreccion.** La incredulidad lejos de ser una prueba de grandeza de alma ó de superioridad de génio, no es sino el resultado de un orgullo criminal y de una presuncion estúpida, que engendran en el corazon humano una aversion constante hácia la doctrina católica. 273
- XXIV. Discurso para la Dominica II despues de Pascua de Resurreccion.** Solicitud incansable del catolicismo por mantener intacto el depósito de sus creencias, y atraer á todas las comuniones separadas al centro de la unidad. 288
- XXV. Discurso para la Dominica III despues de Pascua de Resurreccion.** El abandono aparente en que se ha visto en ciertas épocas la Iglesia, no ha sido mas que la realizacion de las predicciones relativas á ella; y por consiguiente lejos de desmentir las promesas hechas en favor suyo, son por el contrario una nueva prueba de su estabilidad. 301
- XXVI. Discurso para la Dominica IV despues de Pascua de Resurreccion.** Impotencia de todas las teorías humanas para labrar la prosperidad de los pueblos, si no están basadas en la doctrina católica, única que encierra todas las verdades necesarias al hombre, y todos los elementos de bienestar individual y social. 316
- XXVII. Discurso para la Dominica V despues de Pascua de Resurreccion.** Los adelantos de la civilizacion están ligados á los progresos del catolicismo, y en razon directa de su influencia en las sociedades. 331
- XXVIII. Discurso para la Dominica infraoctava de la Ascension.** Los combates y los triunfos del catolicismo á través de diez y ocho siglos, vienen dando el mas auténtico testimonio de la divinidad de su origen, y de su mision altamente social y civilizadora. 343
- XXIX. Discurso para la Dominica de Pentecostés.** La caridad es no solamente el génio dominante y característico del catolicismo, sino que le es tan propia y esclusiva que no puede tener accion fuera del círculo de la unidad católica. 355
- XXX. Discurso para la Dominica I despues de Pentecostés.** La imposibilidad en que se encuentra la razon humana para interpretar y esplicar las verdades de la religion, demuestra la absoluta necesidad de un principio capaz de producir en el espíritu una certidumbre sobreracional, y fijar nuestras creencias. 368
- XXXI. Discurso para la Dominica II despues de Pentecostés.** Los vanos pretestos que aduce el racionalismo para recusar

- la autoridad de la Iglesia católica demuestran por una parte el erróneo sistema de esta escuela, y por otra cuán justamente permite Dios que divagando sin cesar por el laberinto de la duda, no encuentre jamás el camino de la verdad. . . . 381
- XXXII. *Discurso para la Dominica III despues de Pentecostés.* El espíritu del catolicismo, lejos de ser un espíritu intolerante y fanático como suponen sus enemigos, es por el contrario un espíritu de dulce tolerancia que se ajusta perfectamente á la mision conciliadora que está llamado á cumplir en la tierra en sus relaciones con la humanidad. . . . 394
- XXXIII. *Discurso para la Dominica IV despues de Pentecostés.* La impotencia de todas las doctrinas humanas para fundar la unidad intelectual, se explica únicamente por el principio de soberanía que la iglesia católica posee exclusivamente, basada en la asistencia perpétua del espíritu de verdad que la fué prometida por su augusto fundador. . . . 407
- XXXIV. *Discurso para la Dominica V despues de Pentecostés.* Superioridad de la doctrina católica sobre las doctrinas del racionalismo, considerada bajo su aspecto social, ó sea por su influencia en las costumbres públicas y privadas. . . . 418
- XXXV. *Discurso para la Dominica VI despues de Pentecostés.* Causas por qué siendo una misma la doctrina católica no produce el mismo efecto en todas las inteligencias que la reciben, ni satisface esa hambre misteriosa de verdad que aqueja á todos indistintamente. . . . 429
- XXXVI. *Discurso para la Dominica VII despues de Pentecostés.* Los adelantos de la civilización están ligados á los progresos del catolicismo, y en razón directa de su influencia en las sociedades. . . . 431
- XXXVII. *Discurso para la Dominica VIII despues de Pentecostés.* Los combates y los triunfos del catolicismo á través de diez y ocho siglos, vienen dando el mas auténtico testimonio de la divinidad de su origen, y de su mision altamente social y civilizadora. . . . 443
- XXXVIII. *Discurso para la Dominica IX despues de Pentecostés.* La caridad es no solamente el genio dominante y característico del catolicismo, sino que le es tan propia y esclusiva que no puede tener acción fuera del círculo de la unidad católica. . . . 455
- XXXIX. *Discurso para la Dominica X despues de Pentecostés.* La imposibilidad en que se encuentra la razón humana para interpretar y explicar las verdades de la religion, demuestra la absoluta necesidad de un principio capaz de producir en el espíritu una certidumbre sobrenatural, y fijar nuestras creencias. . . . 468
- XL. *Discurso para la Dominica XI despues de Pentecostés.* Los vanos protestos que ofrece el racionalismo para recusar







TRONCOSO

SERMONES

1

1152

